LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS CON LA REPUBLICA ESPAÑOLA

1936•1939

ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA URSS
Instituto del Movimiento Obrero Internacional
COMITE SOVIETICO DE VETERANOS DE GUERRA

LA SOLIDARIDAD DE LOS PUEBLOS CON LA REPUBLICA ESPAÑOLA

1936•1939

EDITORIAL PROGRESO
MOSCU, 1974

COMISION INTERNACIONAL DE REDACCION:

H. TEUBNER	*RDA*
F. KRUŽIK	*Checoslovaquia*
R. MICHAUT	*Francia*
A. ELLIOT	*Gran Bretaña*
R. BERTOLINI	*Italia*
P. WASILUK	*Polonia*
I. NESTERENKO	*URSS*
L. LATINOVIĆ	*Yugoslavia*

TRADUCIDO POR ISIDRO R. MENDIETA

СОЛИДАРНОСТЬ НАРОДОВ
С ИСПАНСКОЙ РЕСПУБЛИКОЙ

На испанском языке

© Traducción al español
Editorial Progreso
1974

C $\frac{10605—273}{014(01)—74}$ —275—74

En julio de 1966 se celebró en Berlín un encuentro internacional de participantes en la guerra nacional revolucionaria en España y de veteranos de las Brigadas Internacionales. Allí surgió la iniciativa de escribir en común un libro que reflejase la experiencia del movimiento de solidaridad internacional con el pueblo español en los años treinta. Se constituyó una Comisión Internacional de Redacción, que más tarde, del 10 al 19 de enero de 1970, se reunió en Moscú con objeto de examinar y aprobar para su publicación los materiales presentados por varias organizaciones nacionales de veteranos de la lucha antifascista en España.

Como es natural, los artículos que figuran en el libro no abarcan todos los países cuyos hijos tomaron parte en esta lucha. No obstante, debe señalarse que la aportación hecha por los antifascistas de los países representados en la obra que ofrecemos al lector fue decisiva, tanto en el movimiento de solidaridad con la República Española como en la organización de las Brigadas Internacionales.

Han hecho una valiosa contribución a las labores de la Comisión Internacional de Redacción Dolores Ibárruri y otros miembros de la comisión encargada de elaborar la obra histórica *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, así como los veteranos de las Brigadas Internacionales Franz Dahlem (RDA), Franciszek Ksiezarczyk (Polonia), K. Lukánov (Bulgaria) y Valter Roman (Rumania).

Los artículos que describen el movimiento de solidaridad con el pueblo español en los diversos países han sido preparados por las siguientes organizaciones de participantes en dicho movimiento y en la guerra antifascista del pueblo español de 1936-1939 (entre paréntesis se indican los nombres de los autores):

RDA: Comité de Luchadores Antifascistas de la República Democrática Alemana, Sección de Ex Combatientes en España (prof. *H. Teubner*);

Argentina: Grupo de Voluntarios Argentinos del Ejército Popular Español (*trabajo colectivo*);

Austria: Agrupación de Voluntarios Austríacos de la República Española en 1936-1939 y de Amigos de la España Democrática (*M. Stern*);

Bulgaria: Comité de Luchadores Contra el Fascismo (*D. Sirkov*);

Canadá: Agrupación de Veteranos Canadienses de las Brigadas Internacionales (*trabajo colectivo*);

Cuba: Grupo de Combatientes Cubanos del Ejército Republicano Español (*L. Carbajal y R. Nicolau*);

Checoslovaquia: Unión de Luchadores Antifascistas (prof. *F. Kružik*);

EE.UU.: Veteranos de la Brigada Abraham Lincoln (*A. Landis*);

Finlandia: Grupo de Veteranos Finlandeses de las Brigadas Internacionales (*P. Koskinen y O. Hukkinen*);

Francia: Asociación de Ex Voluntarios Franceses en la España Republicana (*R. Michaut*);

Gran Bretaña: Asociación de Veteranos de la Brigada Internacional y de Amigos de la España Republicana (*Nan Green*);

Hungría: Unión de Guerrilleros Húngaros (*J. Györkei*);

Irlanda: Grupo de Veteranos Irlandeses de las Brigadas Internacionales (*Michael O'Riordan*);

Italia: Asociación Italiana de Combatientes Voluntarios Antifascistas en España (*C. Colombo*);

Noruega: Grupo de Veteranos Noruegos de las Brigadas Internacionales (*R. Dalland, J. Lappe, S. Mortensen y E. Reyersen*);

Polonia: Comisión Central de Dombrowskianos adjunta a la Unión de Combatientes por la Libertad y la Democracia (*trabajo colectivo*);

Rumania: Comité de Luchadores Antifascistas de la República Socialista Rumana (*M. Burcă y V. Roman*);

Suecia: Unión de Voluntarios Suecos en España (*K. Olsson* y *S. Rogeby*);

Suiza: Asociación de Ex Voluntarios Suizos en la España Republicana (*trabajo colectivo*);

URSS: Comité Soviético de Veteranos de Guerra, Sección de Participantes en la Guerra Nacional Revolucionaria en España (prof. *D. Pritsker*);

Yugoslavia: Asociación de Ex Voluntarios Yugoslavos del Ejército Republicano Español (*trabajo colectivo*).

El epílogo lo ha preparado, por encargo de la Comisión Internacional de Redacción, la Redacción soviética del libro (autores: *I. Krémer* e *I. Nesterenko*). Han escrito artículos para esta obra: Dolores Ibárruri, Presidente del Partido Comunista de España (*La lucha continúa*); Luigi Longo, ex Comisario General de las

Brigadas Internacionales y hoy Presidente del Partido Comunista Italiano (*Una importante etapa de la lucha de los pueblos contra el fascismo*), y Franz Dahlem, veterano de las Brigadas Internacionales y en la actualidad miembro del CC del PSUA (*La guerra de España y la lucha del movimiento comunista internacional por la unidad de las fuerzas antifascistas*).

DOLORES IBARRURI

Presidente del Partido Comunista de España

LA LUCHA CONTINUA

Entre los acontecimientos políticos que en los años treinta estremecieron la conciencia de Europa y del mundo, la resistencia popular española frente a la sublevación militar fascista iniciada en julio de 1936 ocupa un destacado lugar.

Aquella resistencia, por lo inesperada, en momentos en que gobiernos llamados democráticos cedían posiciones y facilitaban el desarrollo del fascismo, atrajo inmediatamente la simpatía y el apoyo de las fuerzas más progresivas de todos los países, en particular de la clase obrera, que de una manera decidida se pronunciaban por la ayuda al pueblo español.

Frente a esta actitud de las fuerzas populares y democráticas se levantaba la abierta hostilidad de los gobernantes de Francia e Inglaterra hacia la resistencia española, que intentaron ahogar desde el primer momento con su política llamada de "No-Intervención", que era en el fondo una prima al agresor. Esa política impedía al Gobierno español comprar las armas que necesitaba para defenderse frente a una subversión contrarrevolucionaria, cuyas raíces estaban en la Italia de Mussolini y en la Alemania de Hitler, que preparaban la agresión a Europa.

En contraste con la política de cobarde tolerancia y de concesiones a la agresividad fascista de los gobiernos llamados democráticos, que muy pronto había de volverse contra quienes la propugnaban abierta o vergonzosamente, aparecía la Unión Soviética, entonces el único país socialista, que no obstante su lejanía, y la casi imposibilidad física de ayudar al pueblo español, proclamó desde el primer momento que la causa de la República Española era la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva.

Consecuente con su declaración, demostró prácticamente que esto no era una frase propagandística, sino la firme disposición a ayudar al pueblo y al Gobierno españoles en su difícil resistencia a la agresión fascista. Y ello, no obstante que entre España y la

Unión Soviética no existían hasta entonces relaciones diplomáticas.

La sublevación fascista dejó a la República sin medios de defensa. La resistencia popular parecía imposible, sin aviación, sin tanques, sin cañones con que hacer frente al ejército sublevado, abastecido por Italia y Alemania de toda clase de armas ofensivas y defensivas.

La Unión Soviética facilitó al Gobierno republicano material de guerra para hacer frente a la sublevación. Pero no era fácil esta ayuda por la lejanía y por la política de los gobiernos de Francia, Inglaterra y EE.UU.

¡Cuántos barcos soviéticos fueron agredidos y hundidos en su navegar hacia España!, ¡cuántos hombres soviéticos sacrificaron sus vidas en su afán heroico de ayudar al pueblo español en la defensa de su derecho a ser y vivir libre en una España democrática! ¡Cuántos aviones, cuántos motores quedaron en Francia retenidos por el Gobierno francés, presidido por Blum, mientras nuestros combatientes clamaban por las armas que no tenían para defenderse! Una parte importante de estas armas no llegaron a España, y fueron posteriormente utilizadas por los alemanes contra el pueblo francés. ¡De esa responsabilidad histórica no hay Jordán que pueda lavar a los autores de la "No-Intervención"!

Llamando a la conciencia internacionalista de los comunistas y del movimiento obrero y progresivo internacional, la Internacional Comunista movilizó en ayuda del pueblo español a las fuerzas más combativas de cada país, organizándose las Brigadas Internacionales que, en las trincheras de la República Española, se cubrieron de gloria en defensa del pueblo español y de la libertad de sus propios países, elevando a las más altas cimas del heroísmo y del espíritu de sacrificio el internacionalismo proletario.

La Internacional Comunista, viendo en la lucha del pueblo español una lucha en la cual estaban interesados todos los pueblos, llamó a los trabajadores y fuerzas progresivas a ayudar a la República Española en su resistencia a la agresión fascista.

Italianos y alemanes, franceses y polacos, ingleses y norteamericanos, rumanos, búlgaros y yugoslavos, austríacos y suizos, finlandeses y suecos, irlandeses, noruegos y albaneses, canadienses, cubanos, argentinos y mejicanos y representantes de otras repúblicas latinoamericanas, de todos los continentes llegaron a España a luchar junto al pueblo español en la primera gran batalla contra la agresión fascista que precedió a la segunda guerra mundial. Y si no eran muchos por el número, sí eran importantes por lo que ellos representaban de heroísmo, de abnegación, de espíritu de sacrificio. Su aportación constituyó una ayuda inapreciable para nosotros y una página sublime de solidaridad internacional.

No es posible sustraerse a la emoción al leer en las páginas de este libro cuán vivo se conserva, pese a los años transcurridos, el recuerdo de la España republicana, combatiente de primera línea frente a la agresión fascista.

Con los hombres de las Brigadas Internacionales llegaron a España aviadores y tanquistas soviéticos, como combatientes y como instructores de nuestros soldados que no conocían el manejo de las modernas armas de lucha. Y juntos lucharon y cayeron con gloria y con heroísmo, mostrando con su ejemplo lo que significaba el internacionalismo proletario, lo que representaba la existencia en el mundo del primer país socialista, la existencia de la Unión Soviética.

Si la lucha armada terminó con la derrota de la República por la inferioridad de fuerzas y por la traición de la Junta de Madrid encabezada por el coronel Casado, la lucha por la República y la democracia no cesó con el establecimiento de la dictadura franquista, sino que en continuidad heroica y en las difíciles condiciones de un régimen terrorista prosigue hasta hoy, impulsada fundamentalmente por la clase obrera y por su Partido Comunista.

Es esta lucha, en la que hoy participan la clase obrera, los campesinos, los estudiantes de todas las universidades e institutos de España, los intelectuales, los profesionales y los grupos políticos fundamentales de nuestro país, con excepción natural de lo más reaccionario de la gran burguesía y de los grupos sobrevivientes del fascismo de ayer, lo que ha hecho posible el desarrollo de la crisis en que se debate actualmente la dictadura y que abocará sin ninguna duda a la desaparición del franquismo y al establecimiento de un régimen democrático en España.

Lo más interesante de esa lucha es que ella está llevada, al igual que en 1936-1939, por las jóvenes generaciones tanto comunistas como democráticas de nuestro país. Continúan la tradición, ¡una tradición de gloria y de heroísmo que nuestros combatientes de ayer, unidos fraternalmente con los camaradas de las Brigadas Internacionales, iniciaron, y que en continuidad heroica se perpetúa! ¡La juventud combate hoy con el convencimiento revolucionario de que sólo con la lucha puede ponerse fin a la dictadura y abrir para España el camino de la democracia y del Socialismo!

Y con esta lucha, en la que participan ya hoy todas las fuerzas democráticas fundamentales de nuestro país, incluso muchos hombres y grupos que ayer apoyaron a Franco, van desmoronándose las estructuras fascistas del régimen y creándose las condiciones para el establecimiento de un régimen democrático en el cual la clase obrera y fuerzas democráticas jueguen un papel determinante en la estructura política y social de una España abierta a todo progreso, y cuya meta no puede ser otra que el Socialismo, hacia el que tienden todas las fuerzas políticas fundamentales de nuestra época, con sentido de la realidad histórica actual.

LUIGI LONGO

Presidente del Partido Comunista Italiano

UNA IMPORTANTE ETAPA DE LA LUCHA DE LOS PUEBLOS CONTRA EL FASCISMO

En las páginas de este libro revive el impulso de solidaridad con que los trabajadores y demócratas de todos los países acudieron en ayuda de la España republicana, agredida por las fuerzas unidas de los generales rebeldes, del nazismo alemán y del fascismo italiano.

Una gran inquietud se apoderó de Europa y del mundo al conocerse la noticia de la sublevación franquista. En Londres, Moscú, Estocolmo, París, Nueva York, Buenos Aires, México y otras ciudades de varios países tuvieron lugar imponentes manifestaciones populares de solidaridad. En todas partes se expresó la firme voluntad de prestar una ayuda concreta a la República Española agredida. Se recogieron y enviaron urgentemente a España víveres, productos lácteos, medicamentos y ambulancias. Grupos de voluntarios de diversos países trataron por todos los medios de llegar a la frontera franco-española o de entrar en España por mar desde los puertos meridionales de Francia. Los antifascistas extranjeros que residían en España o que habían llegado a Barcelona para asistir a la Olimpiada Popular[1] participaron voluntariamente en las primeras batallas del pueblo contra la revuelta militar fascista.

Después de la emoción de los primeros días, se planteó inmediatamente el problema de pasar a una fase más organizada de la ayuda material y de la participación de voluntarios. Este problema adquirió particular relieve en Francia, en parte porque había allí numerosos grupos de emigrados por razones económicas o políticas (provenientes de países con gran desempleo o en los que dominaban la reacción y los regímenes fascistas), que manifestaban con gran entusiasmo su deseo de ayudar a la España republicana. Por otro lado, los trabajadores y demócratas fran-

[1] La Olimpiada Popular de Barcelona, cuya inauguración estaba anunciada para el 22 de julio de 1936, fue organizada con el concurso de las organizaciones deportivas proletarias y democráticas de diversos países. — *N. de la Red.*

ceses —bajo la influencia del Frente Popular— participaban activamente en todas las batallas nacionales e internacionales por la paz y la libertad. Puede decirse, además, que Francia era entonces el punto obligatorio para entrar en España. Obligatorio, pero no cómodo ni fácil, porque incluso desde la Francia del Frente Popular y de León Blum no podían pasar libremente a la España vecina ni la ayuda material ni los voluntarios.

Así lo prueban los testimonios reunidos en este libro, que narran las múltiples peripecias que hubieron de afrontar los voluntarios antifascistas de numerosos países para burlar la vigilancia policíaca en la frontera.

Como se sabe, los Estados capitalistas de Europa aplicaban entonces la llamada política de "No-Intervención". Una "no-intervención" unilateral, pues el Gobierno francés —a pesar de los tratados franco-españoles que le obligaban en sentido contrario— se consideró en el deber de impedir, o al menos obstaculizar, la llegada de ayuda a España, mientras que el Gobierno fascista italiano y el nazismo hitleriano enviaban tranquilamente armas y militares en ayuda de los generales rebeldes.

Con autorización o sin autorización de gobiernos que se consideraban democráticos, en diversos países se constituyeron centros para "Ayudar a España". Con el fin de estimular y coordinar esta actividad, en agosto de 1936 se reunió en París la primera Conferencia Europea en Defensa de la República Española, en la cual se formó una comisión internacional de información y coordinación de la ayuda a España.

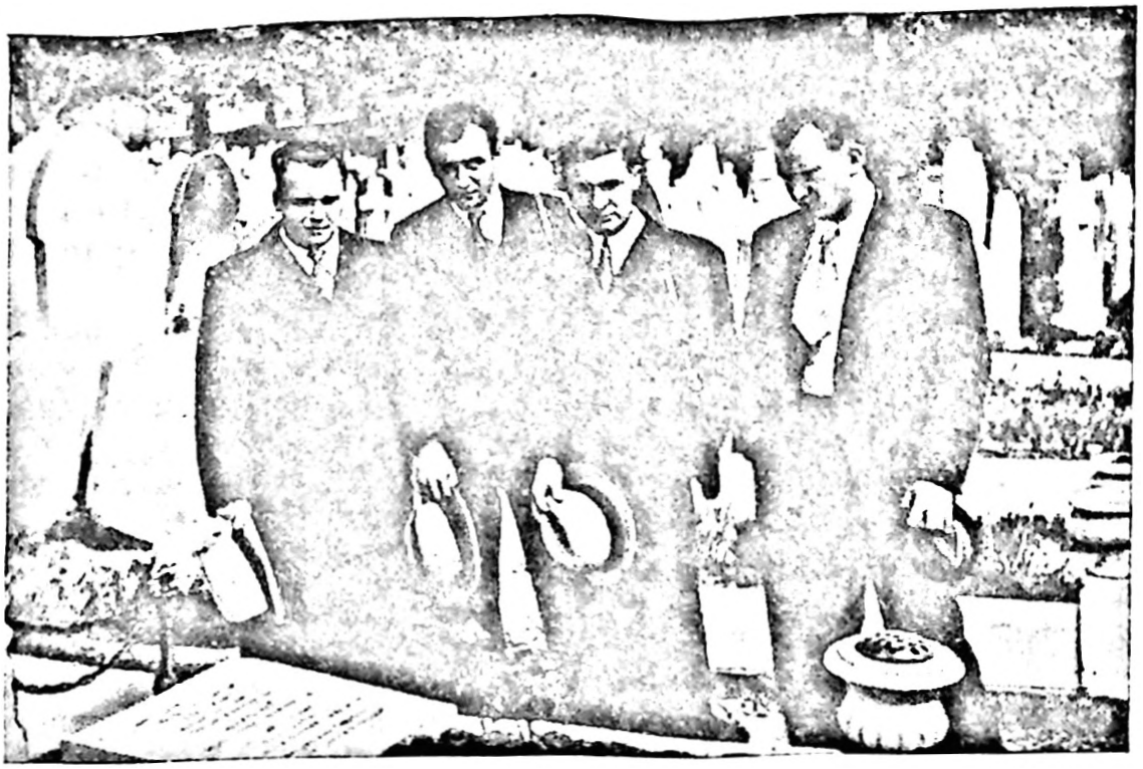
Comunistas, socialistas, socialdemócratas, la Liga de los Derechos del Hombre, varias iglesias protestantes, como la anglicana, católicos de renombre mundial y numerosas personalidades de la ciencia y la cultura se sumaron enérgicamente a la obra de ayudar a la España republicana, solidarizándose con ella.

Se puede decir, como lo hizo entonces Stalin con toda autoridad, que la causa de España era la causa de toda la humanidad avanzada y progresiva.

A la rebelión de los generales y a la defección de sectores enteros del aparato estatal tradicional, las masas trabajadoras españolas respondieron asumiendo la salvaguardia de las libertades democráticas del país. La lucha en defensa de la República adquirió, ante todo, un carácter profundamente nacional. Y la primera resistencia a los generales sublevados la opuso precisamente el propio pueblo.

En la guerra de España se enfrentaron el bloque oligárquico, capitalista y reaccionario y el bloque de las fuerzas populares, que había venido forjándose en la lucha durante el llamado "bienio negro"[2]. Esta colisión planteó con nueva fuerza la necesidad de

[2] Período comprendido entre el otoño de 1933 y finales de 1935, durante



Pilotos voluntarios soviéticos junto a la tumba de Carlos Marx. Londres, 1938

dar al Estado republicano un contenido democrático y socialmente avanzado.

Se manifestó así el profundo nexo existente entre la crisis de la estructura social y política de España y las esperanzas abiertas ante las masas populares al proclamarse la República[3]. Este nexo explica no sólo la participación entusiástica y combativa del pueblo en la defensa de la República, sino también el carácter profundamente democrático de su lucha armada en 1936-1939.

Esto explica también el desarrollo esencialmente unitario de las fuerzas democráticas, logrado y mantenido durante todo el curso de la guerra. Gracias a la magnitud de la iniciativa popular se consiguió vencer la desorganización provocada por el levantamiento, crear los elementos esenciales —administrativos, económicos y militares— de un nuevo Estado y sentar las bases de una sociedad civil radicalmente distinta de la que existía antes. Por último, el nexo con la evolución histórica de la nación caracterizó en grado considerable la acción de las fuerzas políticas más avanzadas de la República.

"Ya he dicho —declaró José Díaz, Secretario General del Parti-

---

el cual se encontró en el poder el bloque de partidos y grupos reaccionarios y filofascistas que habían triunfado en las elecciones de diputados a Cortes. — *N. de la Red.*

[3] La República se proclamó el 14 de abril de 1931. — *N. de la Red.*

do Comunista de España, pocos días antes de la resonante victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936— que nosotros somos los continuadores de aquellos hombres que dieron su vida por la libertad de España. Todo lo que hay de progresivo en la historia de España, lo reivindicamos para nosotros, para el pueblo"[4]. Díaz se refería a las exigencias más urgentes y más concretas de los pobres y a las condiciones de miseria de los desheredados. En ello encontraba los argumentos más eficaces para una amplia movilización de las masas con vistas a resolver tanto los problemas más candentes como los problemas más generales concernientes a la estructura y al carácter democrático y progresivo de la República. "No queremos —continuaba José Díaz— que los campesinos sigan comiendo hierba, sino que coman lo que el campo produce y cambien lo que sobre con los obreros de la ciudad, que les darán los productos manufacturados. Queremos una España culta, queremos una España donde los intelectuales, los médicos, los hombres de ciencia y los artistas estén al servicio del pueblo, no al servicio de unos cuantos explotadores; queremos que se abran las Universidades para el proletariado, para el pueblo... Queremos que los médicos traten a los obreros y al pueblo en general... Queremos una España en la que no sean posibles los crímenes y las atrocidades que se han cometido con nuestros hermanos de Asturias, culpables sólo de querer, como nosotros, una España justa, una España en la que haya pan, trabajo y libertad"[5].

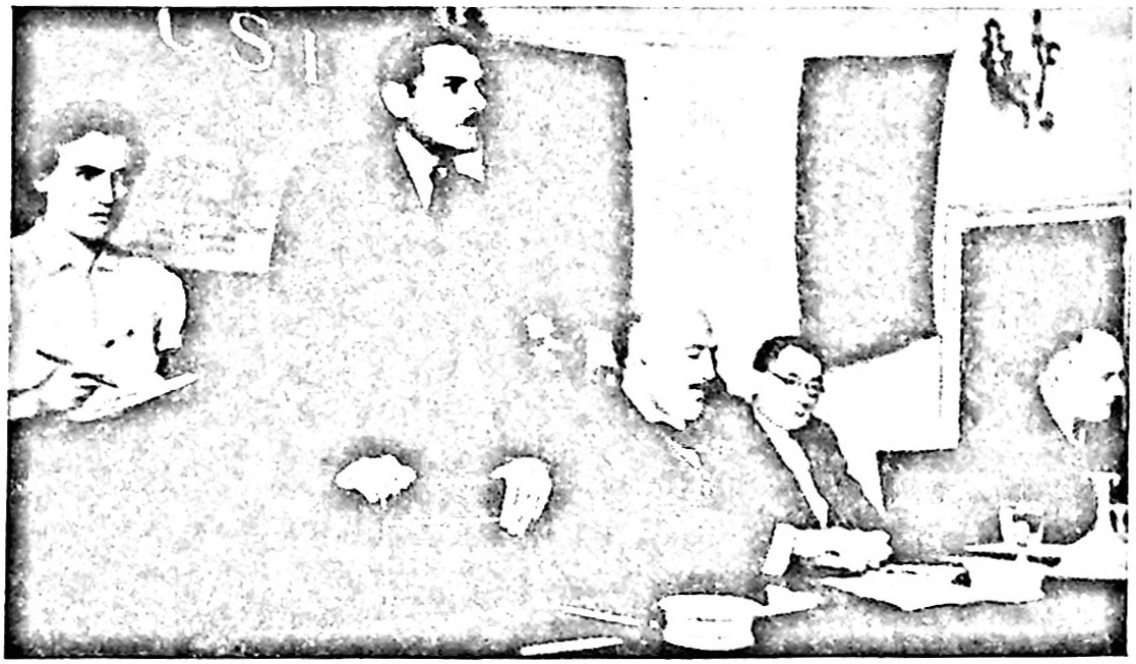
La batalla que sostenían las fuerzas populares en estas condiciones presentaba una exigencia de fondo: unificar el movimiento a un nivel más elevado y crear una organización social y militar más eficiente. El problema era complejo y de no fácil solución por el carácter multiforme del movimiento popular español y por la influencia que ejercían en él fenómenos típicamente nacionales, derivados de la diversidad de procesos históricos y de las peculiaridades de formación de las distintas comunidades nacionales (vascos, catalanes, gallegos). Las dificultades eran consecuencia también de un impetuoso desarrollo de los diversos componentes políticos del movimiento popular, así como de la comprensible hostilidad de las masas (sometidas durante siglos a los regímenes más duros) a formas de disciplina que, aunque vagamente, les recordaban la opresión de que querían liberarse.

Ante todas estas dificultades era necesario asegurar un fuerte apoyo al Frente Unico y a la unión de todos los antifascistas.

---

[4] José Díaz. *Tres años de lucha. Por el Frente Popular, por la libertad, por la independencia de España.* Ediciones Europa-América, París-México-Nueva York, 1939, pág. 89.

[5] Ibid., págs. 90-91.



Conferencia Internacional de Ayuda Médica a la República Española (París, julio de 1937). El doctor Barsky hace uso de la palabra

"¿Creéis que se puede oponer solamente el entusiasmo a la fuerza de un enemigo organizado, hábil y con un feroz aparato de represión? —preguntaba José Díaz en un mitin—. . . A este deseo y a esta voluntad hay que darles una forma orgánica, hay que encauzarlos en una fuerte organización que desarrolle la lucha y nos lleve al triunfo sobre la reacción y el fascismo. . . No basta con el entusiasmo y la voluntad; es necesario organizar, organizar siempre. . ."

Y agregaba: "Y ese es el dilema que tenemos planteado en España: O la democracia triunfa sobre el fascismo o el fascismo destroza a la democracia; o la revolución gana y vence a la contrarrevolución o la contrarrevolución hará de España una verdadera ruina de miseria, de hambre y de terror". "Eso es lo que queremos evitar —afirmaba Díaz en vísperas de las elecciones—, y por eso yo os digo: Bloque Popular para ahora y Bloque Popular para después del triunfo electoral, para que prosiga con todas las consecuencias el desarrollo de la revolución democrático-burguesa, haciendo en esta primera etapa lo que todavía no se ha hecho en nuestro país y que ya en 1789 hizo la Revolución francesa: destruir los residuos del feudalismo, que son una de las bases materiales de la reacción"[6].

Como se sabe, apenas fueron conocidos los resultados de la victoria del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero de 1936, los reaccionarios prepararon un golpe de Estado inmediato que anulara la voluntad popular, expresada en las urnas.

---

[6] Ibid., págs. 21, 118.

La reacción puso rumbo hacia el fascismo descarado, a través de los militares y del grupo de generales llamados africanistas[7].

El triunfo del Frente Popular en España en febrero fue seguido, poco después, de la victoria del Frente Popular en Francia. Era evidente que se trataba de un progreso unitario de las masas populares que podía cerrar el paso al fascismo en Europa y coadyuvar a la política de seguridad colectiva propugnada en aquellos tiempos por la Unión Soviética para salvar la paz.

El reforzamiento del frente de la democracia antifascista podría haber sido un baluarte seguro de la paz en Europa frente al revanchismo hitleriano, que representaba ya una amenaza, y frente al aventurerismo mussoliniano en Africa y en el Mediterráneo.

La vía elegida por la oligarquía reaccionaria española coincidía con la del fascismo europeo. Para salvar la República y la democracia en España había que frustrar el complot de la reacción, ampliar la base de masas del régimen republicano, desarmar a las fuerzas reaccionarias y asestar un golpe a las bases concretas de su poder.

Por eso se planteaba con urgencia la necesidad de aplicar íntegramente los puntos más importantes del programa del Frente Popular: confiscar sin indemnización las tierras de los grandes propietarios, de la Iglesia y de los conventos y entregar inmediata y gratuitamente esas tierras a los campesinos pobres y a los obreros agrícolas; liberar a los pueblos oprimidos por el imperialismo español; conceder a Cataluña, Euzkadi y Galicia el derecho de gobernarse libremente y decidir de su propio destino; mejorar en general las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera.

En la compleja y tempestuosa situación de aquellos días, la vanguardia de la clase obrera aprovechó la experiencia adquirida en los combates del "bienio negro" y en el proceso unitario que había conducido a la victoria del Frente Popular. De este modo se crearon las premisas para el contraataque de masas contra la sublevación militar fascista que se preparaba. Las acciones tendentes a despertar la vigilancia frente el complot militar, que se sentía madurar en la sombra, se fundieron con las iniciativas concretas de las fuerzas republicanas orientadas a intensificar el contacto con las masas. Se reforzaron así las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), creadas en 1933 para combatir a los pistoleros fascistas. Y en julio de 1936, las MAOC fueron el

---

[7] *Africanistas*: parte más reaccionaria de la casta de oficiales del ejército español, que hizo carrera durante las expediciones punitivas contra la población de las colonias españolas en Africa. — *N. de la Red.*

Cada vez que en Ginebra, o en cualquier otra parte, he sostenido el punto de vista del Gobierno español en pro de la retirada de los combatientes no-españoles, mi primera y mas honda preocupación ha sido dejar bien sentada la diferencia que existe entre unos "voluntarios" y otros.

Los que invaden el territorio español por orden de sus amos, y los que vinieron a defenderlo convencidos ciertamente de que en España se libraba la batalla definitiva por la democracia y por la paz de Europa.

¡Camaradas de las Brigadas Internacionales, Vanguardia gloriosa del antifascismo mundial, ciudadanos de honor del Madrid heroico y de la España vencedora de mañana; el lenguaje español tan rico en matices y vocablos, no nos da aquí ninguna palabra suficiente para expresar, con nuestra admiración hacia vosotros, nuestra gratitud!

Julio Alvarez del Vayo

Mensaje de Julio Alvarez del Vayo, Comisario General del Ejército Republicano y ministro de Estado, a los voluntarios de las Brigadas Internacionales

núcleo orgánico de los gloriosos milicianos[8], que fueron los primeros en hacer frente a los generales sublevados. Gracias a esta labor, al comenzar la batalla toda la España democrática se hizo "miliciana".

Cuando llegó la hora de la batalla por la República, el nervio del agrupamiento popular fue la clase obrera, que puso en acción su combatividad, su firmeza y su sentido innato de organización. El pueblo comprendía suficientemente bien los objetivos de la batalla: la República no era para él un fetiche ni una simple enseña y, pese a sus graves defectos, podía representar no sólo la suma de conquistas democráticas que había conseguido ya, sino también el punto de partida para batallas sociales y políticas más radicales.

El contraataque antifascista fue inmediato gracias a la sensibilidad y la iniciativa de las masas populares, puestas en guardia por toda la acción política precedente. La respuesta del pueblo a la sublevación fascista se manifestó en la inmediata huelga general política, en el armamento de las masas por iniciativa revolucionaria (legalizada más tarde por las autoridades republicanas), en el asalto impetuoso de los cuarteles y de las fortalezas fascistas, en la presencia continua de las masas en la calle y en el establecimiento del control de las poblaciones.

La larga y tenaz lucha por la unidad en el período que precedió al "golpe" fascista pudo así, en la hora dramática de la sublevación franquista, transformarse en acción unitaria en respuesta al llamamiento lanzado por el Partido Comunista y el Partido Socialista. Se patentizó con toda evidencia, también en las nuevas condiciones, la continuidad entre aquella nueva fase de la lucha republicana y antifascista y la que precedió al 18 de julio.

José Díaz resumió así los objetivos de esta lucha en un discurso radiado: "¿Por qué lucha en estos momentos el pueblo español? Por la defensa de sus libertades y derechos democráticos, contra el fascismo, contra los militares traidores que quieren sumir en la barbarie, en la miseria y el hambre a nuestro país. En esta lucha en defensa de la República democrática, el Partido Comunista de España está en primera fila. Frente a la amenaza del fascismo nos hemos levantado, defendiendo nuestro derecho y el derecho del pueblo a la vida. Queremos evitar a nuestro pueblo la

[8] *Milicianos*: combatientes de las Milicias Populares; destacamentos armados voluntarios organizados por los partidos políticos y los sindicatos para defender la República frente a los insurgentes militares fascistas. La parte más numerosa, disciplinada y combativa de las Milicias Populares fue el famoso Quinto Regimiento, formado por el Partido Comunista de España. Del Quinto Regimiento salieron muchos organizadores y jefes militares de talento de las fuerzas armadas republicanas. Sus numerosos batallones sirvieron de base para formar las unidades militares regulares del nuevo ejército de la República: el Ejército Popular. — *N. de la Red.*

D. Ibárruri, miembro del Buró Político del CC del Partido Comunista de España, habla a los combatientes de las Brigadas Internacionales

vergüenza del régimen fascista. Queremos vivir en paz con todos los pueblos del mundo"[9].

La contraofensiva popular unitaria de los primeros días frustró los objetivos esenciales del plan fascista. La Marina permaneció, casi enteramente, al lado de la República. Gran parte del ejército de Africa quedó bloqueado en la costa marroquí. De las cuatro columnas previstas para el asalto de Madrid, sólo dos se pusieron en movimiento, pero fueron paradas en la Sierra. Santander y la tierra vasca, que los generales facciosos daban por seguras, quedaron en manos del pueblo.

Ocho días después de comenzar la sublevación, un representante diplomático alemán en Madrid telegrafiaba a Berlín: "A menos que ocurra algo imprevisto, es difícil esperar, en esta situación, que la rebelión militar pueda triunfar". Fue entonces cuando el fascismo italiano se decidió a intervenir masivamente en España. Buques y aviones italianos efectuaron el transporte del grueso de las fuerzas facciosas de Marruecos a la metrópoli. Después irrumpieron las divisiones regulares fascistas de Italia y la legión nazi especial Cóndor, los Heinkel y los Junker de la Luftwaffe alemana.

La guerra civil en España cambió de carácter. La guerra desencadenada por el fascismo internacional contra el pueblo español apareció ya como la primera etapa de la agresión del fas-

[9] José Díaz. *Tres años de lucha*, págs. 260-261.

cismo a los pueblos de Europa. De ahí la necesidad de que las fuerzas democráticas del mundo entero pasasen a una ayuda más concreta y perceptible a la República Española. De ahí la afluencia en masa de voluntarios para combatir con las armas en la mano al fascismo español e internacional.

Así nació la organización de las Brigadas Internacionales, que se pusieron a disposición del pueblo español y de sus órganos de gobierno como expresión de las ideas del Frente Popular.

Se decidió desde el primer momento que las unidades militares internacionales formarían parte del ejército regular español y estarían a las órdenes de su Estado Mayor; que sus oficiales y comisarios pertenecerían al ejército español y quedarían sujetos a su disciplina; que la bandera de las Brigadas Internacionales sería la de la República Española, aunque se les autorizaba temporalmente el uso de la bandera roja como símbolo de la solidaridad internacional.

Las Brigadas Internacionales intervinieron valientemente en la defensa de Madrid y, después, en todas las batallas principales en España. Su heroísmo levantó en todo el mundo una ola de admiración y de emulación.

La afluencia de voluntarios a la base de las Brigadas Internacionales, instalada en Albacete, era incesante: de 600 a 700 hombres cada semana. En cifras generales, sus efectivos pasaron de 30.000 combatientes, procedentes de casi todos los países de Europa, de las dos Américas e incluso de Africa, la India y China.

Este libro confirma una vez más la valiosa aportación de las Brigadas Internacionales a la lucha del pueblo español; al formarse el nuevo Ejército Republicano, nacido de los destacamentos de las Milicias Populares, las unidades internacionales fueron ejemplo de orden y disciplina. Pero el mérito principal y el papel fundamental en la defensa de la República de la agresión de los generales sublevados, del fascismo italiano y del nazismo alemán correspondieron, sobre todo, al pueblo español: a sus Milicias, primero, y a su Ejército Republicano, después.

Cuando el Gobierno republicano, bajo la presión de los sedicentes gobiernos democráticos y de la Sociedad de las Naciones, decidió en septiembre de 1938 la retirada inmediata y completa de todos los combatientes no españoles que participaban en la guerra al lado de los leales, la población de Barcelona, en una imponente manifestación, saludó en nombre de toda la España republicana a los voluntarios, que habían ido a defender a España y que se despedían de ella, dejando para siempre en su tierra a muchos de sus mejores camaradas, caídos en los combates.

En aquella ocasión, Dolores Ibárruri, "Pasionaria", dijo dirigiéndose a todas las mujeres de España:

"¡Madres! ¡Mujeres!... Cuando los años pasen y las heridas de la guerra se vayan restañando; cuando el recuerdo de los días

dolorosos y sangrientos se esfume en un presente de libertad, de paz y de bienestar; cuando los rencores se vayan atenuando y el orgullo de la patria libre sea igualmente sentido por todos los españoles, hablad a vuestros hijos; habladles de estos hombres de las Brigadas Internacionales.

Contadles cómo, atravesando mares y montañas, salvando fronteras erizadas de bayonetas, vigilados por perros rabiosos que ansiaban clavar en ellos sus dientes, llegaron a nuestra patria como cruzados de la libertad, a luchar y morir por la libertad y la independencia de España, amenazadas por el fascismo alemán e italiano. Lo abandonaron todo: cariño, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos, y vinieron a nosotros a decirnos: ¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva"[10].

---

[10] Dolores Ibárruri. *En la lucha. Palabras y hechos, 1936-1939*, t. 1, Editorial Progreso, Moscú, 1968, pág. 355.

FRANZ DAHLEM

Miembro del CC del Partido
Socialista Unificado de Alemania

LA GUERRA DE ESPAÑA Y LA LUCHA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL POR LA UNIDAD DE LAS FUERZAS ANTIFASCISTAS

La heroica lucha del pueblo español por la libertad y la independencia, contra la sublevación militar fascista y la intervención de los Estados fascistas —Alemania e Italia— originó un movimiento de solidaridad inusitado por su magnitud. Millones de personas de distintos países participaron en la ayuda a la República Española.

La amplitud sin par de este movimiento fue preparada por los años de activa lucha antibélica y antifascista de los trabajadores de numerosos países, desplegada a iniciativa de los partidos comunistas agrupados en la Internacional Comunista. A la Comintern le corresponde el mérito histórico de haber señalado oportunamente el creciente peligro de una nueva guerra imperialista y haber definido con exactitud a los portadores de ese peligro: el fascismo europeo, en particular el alemán, y el militarismo japonés. Los líderes reformistas de la socialdemocracia, lo mismo que los grupos liberales de la opinión pública democrática, negaron durante largo tiempo la existencia del peligro de guerra.

El 1 de enero de 1933, en el centro del Ruhr, en Essen, se celebró una Conferencia de los partidos comunistas de nueve países europeos: Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, Polonia, Bélgica, Checoslovaquia, Austria y Luxemburgo[1]. En ella se adoptaron importantes acuerdos sobre la organización de acciones conjuntas del proletariado de los distintos países. Se recomendó, en particular, realizar "acciones antibélicas comunes de damnificados por la guerra, mujeres, jóvenes, deportistas... escritores, pintores, artistas, médicos, ingenieros y demás trabajadores intelectuales" y se propugnó la organización de campañas internacionales contra el terror blanco, contra las expediciones punitivas, contra las ejecuciones y el exterminio físico de luchadores revoluciona-

[1] *De la historia de la solidaridad proletaria internacional. Documentos y materiales*, ed. en ruso, Op. V, Moscú, 1961, págs. 35-38.

rios. En la resolución se destacaba la importancia del movimiento antibélico de Amsterdam y se exhortaba a los comunistas a participar activamente en él[2]. Así pues, los comunistas buscaron y encontraron formas democráticas generales, de masas, de lucha contra el peligro de guerra.

En un solo año, 1933, por iniciativa del Comité Mundial de Lucha Contra la Guerra Imperialista (constituido en el Congreso Antibélico de Amsterdam) se celebraron impresionantes congresos de carácter internacional, que centraron la atención de la opinión pública en la lucha contra la guerra y el fascismo y unieron estrechamente a los luchadores por la paz: desde los comunistas hasta los pacifistas, desde los proletarios hasta los conservadores ingleses.

En la larga lista de comicios contra la guerra celebrados en 1933 figuran, entre otros, los siguientes: Congreso Antifascista Europeo (París), Congreso Antibélico Latinoamericano (Montevideo), Conferencia de los Países Escandinavos Contra la Guerra (Copenhague), Congreso Antibélico de los EE.UU. (Nueva York), Congreso Asiático Contra la Guerra (Shanghai) y Congreso Internacional de la Juventud Contra la Guerra (París).

Con posterioridad, hasta el comienzo de la guerra de España, el movimiento antibélico se desarrolló en amplitud y profundidad. Salió de las salas de los congresos a las calles y plazas. Las consignas de lucha contra la guerra se entrelazaron con la exigencia de cerrar el paso al fascismo y con las campañas en defensa de las víctimas de las persecuciones y ejecuciones fascistas. En 1935 y 1936, las manifestaciones del Primero de Mayo transcurrieron en muchos países bajo consignas de lucha contra la guerra y el fascismo. Los acontecimientos en España dieron nueva fuerza a este movimiento y ampliaron su influencia en las grandes masas.

Por aquel entonces, el movimiento comunista internacional dio cima, en las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista (1935), a la elaboración de una línea estratégica y táctica que correspondiera a las nuevas condiciones. Los rasgos principales de esta línea eran: lucha contra el fascismo como tarea principal, defensa de los regímenes democráticos y alianza con todas las fuerzas políticas y sociales enemigas del fascismo y de la guerra. Como ha demostrado la historia, las resoluciones del VII Congreso de la IC contribuyeron a unir las fuerzas democráticas de varios países en el Frente Popular Antifascista.

En Francia, gracias a las acciones conjuntas de comunistas, socialistas y radicales fue frustrado en febrero de 1934 un intento

---

[2] *Rote Fahne*, 10.1.1933. Se alude a la participación en el movimiento contra la guerra, al que dio comienzo el Congreso Internacional de Amsterdam, celebrado del 27 al 29 de agosto de 1932.

de golpe de Estado fascista. El Partido Comunista de España, aplicando de manera consecuente la política de Frente Popular, coadyuvó a la victoria de la democracia sobre las fuerzas de la reacción y del fascismo en las elecciones generales de 1936, al aplastamiento de la sublevación militar fascista del 18 de julio en los centros principales del país y, después, a la organización de la resistencia popular a la invasión italo-alemana.

El movimiento comunista internacional hizo cuanto dependía de él para ayudar a los trabajadores de España a resolver complejos problemas: fortalecer el Frente Popular, organizar la defensa armada de la República y salvaguardar el régimen democrático en España. Destacados dirigentes del movimiento comunista —Palmiro Togliatti, Victorio Codovilla, Maurice Thorez, Jacques Duclos, Guillermo Pieck, Harry Pollit, Tim Buck y otros muchos— hicieron una gran aportación a la lucha del pueblo español y de su vanguardia: el Partido Comunista.

En la formación y dirección combativa de las Brigadas Internacionales, guardia y orgullo del movimiento de solidaridad internacional, desempeñaron un papel rector cuadros probados de los partidos comunistas: Luigi Longo, André Marty, Franz Dahlem, Giuseppe di Vittorio, Karlo Lukánov, Ferdinand Kozovski, Ralph Fox, John Cornford, Ferenc Münnich, Máté Zalka, Karol Swierczevski, Vladimir Ćopić, Veljko Vlahović y otros. La experiencia revolucionaria y el temple marxista-leninista ayudaron a estos cuadros a cumplir, junto con los antifascistas de distintos partidos, una tarea difícil y sin precedente en la historia: unir estrechamente a decenas de miles de voluntarios entusiastas, sin preparación militar, de lenguas diferentes, de nacionalidad y situación social distintas, de nivel cultural y opiniones políticas diversas, y formar con ellos unidades militares regulares del Ejército Popular —las Brigadas Internacionales—, ejemplares por su organización y disciplina y capaces de hacer frente al ejército profesional de los sublevados y de los intervencionistas e infligirle derrotas.

A medida que se desarrollaba la heroica lucha del pueblo español, las masas populares de los distintos países se dieron cuenta, cada día más, de que en España se decidía no sólo el destino de los españoles, sino también el porvenir de toda la humanidad progresiva.

La Unión Soviética, que prestó a la República Española ayuda en todos los aspectos —política, material y militar—, probó una vez más ser el baluarte de todas las fuerzas de la libertad y de la paz en el mundo entero. Al mismo tiempo, los participantes en el movimiento internacional de solidaridad comprendieron con creciente nitidez que, en aquella hora crítica, la ayuda que necesitaba el pueblo español no se limitaba a los víveres, la ropa y los medicamentos. Frente al enemigo cruel e implacable —la Ale-

mania y la Italia fascistas, que enviaban a España sin ningún obstáculo y en cantidad ilimitada material de guerra y hombres—, el pueblo español podía resistir y vencer únicamente si se restablecía el derecho legítimo del Gobierno de la República a adquirir armas en el extranjero. Había que sofrenar con mano firme a los gobiernos y las clases gobernantes de diversos países que aplicaban una política de apaciguamiento del agresor.

Las masas populares de los Estados no fascistas —en primer lugar, de Gran Bretaña y Francia, así como de los EE.UU.— exigían de sus gobiernos que cambiasen el rumbo político. Mas para conseguir éxito, para crear en todas partes un frente indestructible de la paz, era necesario forjar la unidad de acción de la clase obrera en cada país y a escala internacional: ésa era la tarea que señaló la Internacional Comunista.

Ya en el otoño de 1935, después del VII Congreso de la IC, en el que Jorge Dimitrov argumentó la necesidad de unir en el Frente Popular a todas las fuerzas que defendían la democracia y la libertad, la Comintern propuso a la Internacional Obrera Socialista la unidad de acción en cada país y a escala internacional para conjurar la amenaza de agresión de la Italia fascista contra Etiopía.

En una carta fechada el 25 de septiembre de 1935, Dimitrov decía al Secretariado de la Internacional Obrera Socialista: "Todo lo hecho hasta ahora por vosotros y nosotros es insuficiente ante el peligro que amenaza. Hay que aunar los esfuerzos de ambas Internacionales para salvar a la paz. Las dos Internacionales deben actuar de acuerdo y con sus esfuerzos comunes detener el brazo de los incendiarios de guerra fascistas.

La acción conjunta de ambas Internacionales pondría en pie a la clase obrera, la cual llevaría tras de sí a los partidarios de la paz pertenecientes a otras clases de la población. Alzaría a la lucha por la paz a pueblos enteros. Daría vida a un movimiento tan potente contra la guerra que, presionada por él, la Sociedad de las Naciones se vería obligada a actuar con mayor eficacia contra la agresión del fascismo italiano y alemán.

Aún estamos a tiempo de impedir la monstruosa catástrofe a que empujan a la humanidad los criminales fascistas"[3].

Y sólo el 15 de octubre de 1935, después de una segunda carta de la Comintern fechada el 7 de octubre, se recibió la respuesta. Federico Adler, secretario de la Internacional Obrera Socialista, decía en ella:

"En lo que respecta a la proposición de la Internacional Comunista de celebrar una reunión con cuatro representantes designados por ella, los partidos socialistas de Gran Bretaña, Holanda, Suecia, Dinamarca y Checoslovaquia han declarado que no pueden

---

[3] *La Internacional Comunista*, ed. en ruso, N° 28-29, 1935, pág. 56.

La población de Barcelona despide solemnemente a los voluntarios de las Brigadas Internacionales

aceptar esta proposición, primero, por la composición de la citada delegación de la Internacional Comunista, y segundo, porque rechazan toda unidad de acción con los partidos comunistas de sus países y toda unidad de acción de las dos Internacionales.

Por cuanto el Comité Ejecutivo de la IOS está obligado a tomar en consideración el punto de vista de estos grandes partidos de la clase obrera, no puede aceptar la proposición de la Internacional Comunista".

Las cartas de Jorge Dimitrov tuvieron un solo resultado: Federico Adler comunicó que el presidente y el secretario de la Internacional Obrera Socialista estaban dispuestos a entrevistarse con los representantes de la Internacional Comunista con fines informativos. La entrevista que celebraron Emilio Vandervelde, Federico Adler, Marcel Cachin y Maurice Thorez no condujo a nada. Pese a ello, Dimitrov declaró de nuevo a los dirigentes de la Internacional Obrera Socialista, en una carta fechada el 27 de octubre de 1935, que "la Internacional Comunista está dispuesta en todo momento a sostener conversaciones sobre la unidad de acción".

Así pues, los líderes socialistas sacrificaron los intereses generales de la clase obrera y de todos los trabajadores en aras de los prejuicios anticomunistas y, en algunos países, en aras de la política de colaboración con la burguesía.

Cuando el 18 de julio de 1936 estalló la sublevación fascista en España, se creó una situación peligrosa para la República. Y con motivo de la ofensiva de los insurgentes contra Madrid, Marcel Cachin y Maurice Thorez, en nombre de la Internacional Comunista, pidieron una entrevista con representantes de la Internacional Obrera Socialista. El 14 de octubre se entrevistaron con De Brouckère, presidente de la Internacional Obrera Socialista, y Federico Adler. Pero los líderes socialistas se negaron a aceptar la proposición de la Comintern de convocar una Conferencia internacional para tratar de las medidas que debían adoptar todas las organizaciones obreras en ayuda de España.

En los últimos meses de 1936, cuando las columnas de asalto de los fascistas habían entrado ya en los arrabales de Madrid y el destino de la capital de la República pendía de un hilo, la Comintern se dirigió tres veces a los líderes de la Internacional Obrera Socialista —el 25 de octubre, el 7 de noviembre y el 28 de diciembre—, proponiéndoles prestar con urgencia ayuda conjunta a la República. Pero dichos dirigentes mantuvieron invariablemente su negativa a la unidad de acción.

El 11 de marzo de 1937 se celebró en Londres una Conferencia de la Internacional Obrera Socialista para tratar del problema español. Tres días antes de inaugurarse la Conferencia —el 8 de marzo— comenzó una gran ofensiva de los intervencionistas italianos en dirección a Guadalajara. Después de conquistar los primeros éxitos, los invasores fascistas avanzaron hacia Madrid. El ministro de Estado de la República Española, el socialista Alvarez del Vayo, pidió a la Conferencia ayuda para España. Otro socialista, Pascual Tomás, propuso en nombre de la UGT la celebración de una Conferencia Mundial en la que participasen la Internacional Obrera Socialista, la Federación Sindical Internacional, la Internacional Comunista y los sindicatos de la Unión Soviética y de los EE.UU. Jouhaux dio lectura a una resolución de la Confederación General del Trabajo de Francia, en la que se decía: "La unidad de acción de todas las organizaciones de la clase obrera debe realizarse, por fin, a escala internacional". En respuesta a los discursos de sus colegas, Walter Citrine, líder de las Tradeuniones británicas, declaró que el Frente Unico "no era de desear". Otro laborista, Ernest Bevin, fue aún más tajante: "El movimiento obrero británico no permitirá que la guerra de España influya lo más mínimo en sus decisiones y su táctica"[4]. Como resultado de la posición negativa de los laboristas, se aprobó una resolución huera e inútil. Los españoles abandonaron la Conferen-

[4] *Internationale Press-Korrespondenz*, 1938. H. 7, S. 77.

cia, declarando: "Hemos pedido armas y nos han dado una evasiva". Si la suerte de España hubiera dependido de las resoluciones de la Internacional Obrera Socialista, la República Española habría dejado de existir ya entonces. Pero el joven Ejército Popular y los voluntarios internacionales que combatían en sus filas lograron cerca de Guadalajara la primera gran victoria sobre el fascismo italiano e internacional.

En aquellos tiempos, incluso los miembros de la Internacional Obrera Socialista que se encontraban en España —Pietro Nenni, Julius Deutsch y Jean Delvigne— empezaron a hacer llamamientos conjuntos con los comunistas Luigi Longo y Franz Dahlem, en los que se exhortaba a adoptar enérgicas medidas internacionales en ayuda de la República Española.

La Internacional Comunista impulsó un activo movimiento de solidaridad en todos los países. El 21 de abril de 1937 se celebró en París una Conferencia de representantes de veintiún partidos comunistas, que adoptó acuerdos concretos para organizar en común la ayuda a España. Se examinó asimismo la aplicación de medidas unitarias en cada país. Estas decisiones salían al encuentro del fervoroso anhelo de unidad de las masas populares. Los líderes socialistas no podían dejar de tener en cuenta este anhelo ni la popularidad que los voluntarios de las Brigadas Internacionales habían conquistado ya entonces en el mundo entero. En abril de 1937, Schevenels y Federico Adler visitaron a España. Fueron huéspedes de las Brigadas Internacionales y no escatimaron buenas palabras y promesas. Federico Adler, al saludar a la 14ª Brigada Internacional, declaró que "los voluntarios internacionales han dado un ejemplo de frente único digno de imitación". Y Schevenels, al saber que el Batallón Franco-Belga no tenía armamento suficiente, exclamó: "¡Camaradas, os juro que recibiréis armas!". Mas estas palabras no se vieron corroboradas con hechos.

En mayo de 1937, el salvaje bombardeo de Almería por buques de guerra alemanes y la declaración de los cabecillas nazis de que se reservaban plena libertad de acción respecto a España mostraron al mundo entero que la intervención del fascismo alemán e italiano en dicho país adquiría proporciones aún mayores. Los crímenes de los bandidos fascistas, que destruyeron una ciudad pacífica y asesinaron a miles de mujeres y niños, levantaron en todo el mundo una ola de indignación. En Francia y Gran Bretaña arreciaron las acciones masivas contra la política de "No-Intervención".

En estas circunstancias, el Partido Comunista, el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores de España se dirigieron a las dos Internacionales, así como a la Federación Sindical Internacional, en demanda de ayuda. Jorge Dimitrov propuso inmediatamente al presidente de la Internacional Obrera Socia-

lista, Louis de Brouckère, celebrar una entrevista con el fin de constituir un Comité de las tres organizaciones internacionales para desplegar acciones conjuntas tendentes a poner fin a la intervención de Alemania e Italia contra la República Española. En respuesta a esta proposición, De Brouckère afirmó que ni él ni Federico Adler estaban autorizados para constituir dicho comité. Dimitrov repitió su propuesta en un telegrama, demostrando cuán injustificados eran los motivos aducidos por el presidente de la IOS. De Brouckère accedió, por fin, a entrevistarse con los delegados de la Comintern para sostener un intercambio de opiniones. La entrevista se celebró el 21 de junio de 1937 en la ciudad francesa de Annemasse, asistiendo a ella Luigi Longo, Pedro Checa y Franz Dahlem, en representación de la Internacional Comunista, y De Brouckère y Federico Adler, por la Internacional Obrera Socialista. Este acontecimiento hizo nacer esperanzas en los corazones de millones de trabajadores. Los delegados de la Comintern presentaron proposiciones concretas, que preveían acciones conjuntas de ambas Internacionales en defensa de la España republicana. En Annemasse se llegó a un acuerdo que contenía los tres puntos siguientes: primero, se señalaba que las dos Internacionales tenían reivindicaciones comunes; segundo, se reconocía que en aquellos momentos era más necesario que nunca que las acciones en defensa de España se realizaran, allá donde fuera posible, de común acuerdo para evitar roces mutuos; tercero, ambas delegaciones consideraban necesario examinar en breve medidas concretas para prestar apoyo moral y material al pueblo español[5].

Parecía que se había creado, por fin, la base necesaria para la unidad de acción de la clase obrera. Sin embargo, también esta vez salieron a escena los viejos enemigos de la unidad. Los líderes laboristas desautorizaron a De Brouckère y Adler, a consecuencia de lo cual ambos dimitieron. Más tarde fueron repuestos en sus cargos, pero, como mostraron los hechos, a costa de renunciar a la unidad de acción concertada en Annemasse.

El 26 de junio de 1937, después de caer Bilbao, capital de Vizcaya, Jorge Dimitrov se dirigió de nuevo a los socialistas para señalarles el peligro que se cernía sobre Asturias y hacerles proposiciones concretas orientadas a acelerar las acciones conjuntas en ayuda del pueblo español. Propuso:

los comunistas y los socialistas deben dirigirse conjuntamente o en otra forma a los gobiernos de sus países respectivos para pedirles que apoyen el acuerdo de Annemasse;

ambas Internacionales deben dirigirse conjuntamente a la Sociedad de las Naciones reclamando que se apliquen a España los Estatutos de esta organización;

---

[5] Ibid., pág. 78.

ambas Internacionales deben movilizar a todas las organizaciones proletarias internacionales y a la opinión pública mundial en apoyo de estas reivindicaciones.

El 9 de julio tuvo lugar una entrevista de Louis de Brouckère y Federico Adler con Marcel Cachin y Maurice Thorez. Los representantes de la Internacional Comunista desarrollaron y precisaron del siguiente modo las proposiciones de Jorge Dimitrov: 1) ambas Internacionales apoyarán las acciones previstas para el 18 de julio, aniversario de la sublevación fascista, por iniciativa del Comité Internacional de Ayuda a la España Republicana (CIAER) y por el Comité Juvenil Internacional pro España Republicana; 2) ambas Internacionales apoyarán en lo sucesivo las actividades del CIAER; 3) enviarán una delegación conjunta a la Sociedad de las Naciones para pedir que se reconozcan a la República Española los derechos de miembro de dicha organización; 4) ambas Internacionales convienen en la necesidad urgente de aplicar medidas conjuntas y coordinadas para intensificar la ayuda al pueblo español y a las mujeres y los niños evacuados, así como para asegurar la evacuación ulterior de mujeres y niños, sobre todo del Norte de España.

En el comunicado sobre esta entrevista se decía que, como resultado del intercambio de opiniones, las partes habían llegado a un acuerdo acerca de las medidas a adoptar en favor de la España republicana.

En julio, el Ejército Popular emprendió una gran operación ofensiva — la batalla de Brunete— para ayudar a Asturias y a todo el Norte de la República. De Brouckère visitó en aquellos días a España. Habló en numerosos mítines celebrados en los batallones de las Brigadas Internacionales, en los que pronunció muchas palabras justas e hizo no pocas promesas. Pero sus palabras no fueron seguidas por los hechos.

En octubre cayó el Norte, a pesar de la ofensiva emprendida con fines de distracción por el Ejército Republicano en el Centro, donde liberó Quinto y Belchite. Las fuerzas fascistas del Norte crearon entonces una nueva amenaza a Madrid y a toda la República. En esta situación, el Partido Comunista y el Partido Socialista de España se dirigieron de nuevo a las dos Internacionales para pedirles una vez más que emprendieran acciones comunes en el espíritu de Annemasse, bajo la consigna de "¡Cesar la ayuda a Franco!" Los dos partidos obreros solicitaron apoyo con el fin de impedir el desenfreno del feroz terror fascista en Asturias. Propusieron que se declarase en todas partes el boicot a las mercancías exportadas desde el territorio ocupado por los fascistas y se intensificase la campaña exigiendo la retirada de España de todas las tropas extranjeras, incluidos los marroquíes y la Legión Extranjera. Pero este llamamiento no dio resultado, como no lo dieron tampoco las demás exhortaciones de los combatientes es-

pañoles ni los esfuerzos de la Internacional Comunista por conseguir un acuerdo de unidad de acción de los centros internacionales del movimiento obrero. La actitud negativa de los dirigentes de los partidos socialdemócratas causó un grave daño a la República Española y a todo el movimiento antifascista y antibélico. Es más, al rechazar todas las proposiciones de concertar un acuerdo internacional, los jefes derechistas de la Internacional Obrera Socialista y de la Federación Sindical Internacional trataron de destruir la colaboración de todas las fuerzas proletarias y democráticas conseguida en España en el marco del Frente Popular.

Si la República Española pudo sostener una larga lucha, de casi tres años, en el territorio relativamente pequeño de la Península Ibérica, bloqueada y con una enorme superioridad del enemigo en armamento, fue, ante todo, porque se logró la unidad de acción de la clase obrera y se estableció una estrecha alianza del proletariado y del campesinado. Fue también porque el Frente Popular antifascista, cimentado por el Partido Comunista de España, unió a las masas populares. De ahí que las tentativas de los jefes derechistas de la Internacional Obrera Socialista de romper la unidad del Frente Popular en España, y en primer término la colaboración del Partido Socialista y del Partido Comunista, equivaliesen a una ayuda a los enemigos de la República Española. Los elementos republicanos burgueses y socialistas de derecha vacilantes y capituladores que formaban parte del Frente Popular español se vieron respaldados por la política divisionista de los líderes del Partido Socialista Francés. De hecho, este partido rompió a fines de 1937 el acuerdo de unidad de acción con el Partido Comunista, lo que provocó el desmoronamiento del Frente Popular en Francia.

Los jefes derechistas de la Internacional Obrera Socialista, a remolque de la política de los gobiernos burgueses de sus países respectivos, apoyaron el Pacto de Munich de septiembre de 1938, que sancionó el sojuzgamiento de los pueblos de Checoslovaquia por la Alemania fascista y contribuyó a que el fascismo germano-italiano lograse estrangular a la República Española.

Seis meses después, en marzo de 1939, esos mismos jefes aplaudieron el complot capitulador del socialista de derecha Besteiro y del coronel Casado contra el Gobierno de la República. De esta forma, la política seguida por la Internacional Obrera Socialista de negarse tozudamente a la unidad de acción con la vanguardia revolucionaria de las fuerzas antifascistas y antiimperialistas —la Internacional Comunista— en la ayuda al pueblo español y a su lucha contra la agresión fascista, culminó de hecho en la solidaridad con los agresores y sus cómplices. Esta posición antiobrera y antidemocrática contribuyó al desmoronamiento de la Internacional Socialista. Varias semanas después de ser derro-

Louis de Brouckère, Luigi Longo y Franz Dahlem durante una entrevista con los voluntarios internacionales en Albacete

tada la República Española, dimitieron de sus cargos el presidente y el secretario de la IOS, Louis de Brouckère y Federico Adler.

La Internacional Comunista ayudó y apoyó activamente al pueblo español en lucha hasta el último momento de la guerra nacional revolucionaria. Después del trágico desenlace de la contienda, los partidos comunistas orientaron sus esfuerzos a prestar ayuda a los refugiados de España y a los ex combatientes del Ejército Popular y de las Brigadas Internacionales, internados en campos de concentración franceses, y a movilizar a la opinión pública internacional contra el desenfreno del terror en España.

Los esfuerzos de la Internacional Comunista por lograr la unidad de acción de todo el movimiento obrero internacional en la lucha contra la agresión militar fascista en España no fueron estériles. A iniciativa de los comunistas, en muchos países se consiguió en la práctica la unidad de acción y todas las organizaciones obreras y progresistas actuaron en frente único en defensa de la República Española. Creóse así un vasto movimiento masivo de solidaridad, que se extendió a casi todos los países. Fue la más potente manifestación de solidaridad desde los tiempos de la intervención imperialista contra el País de los Soviets y del movimiento "¡Fuera las manos de la Rusia Soviética!"

Esta experiencia de la política de unidad, así como los resultados positivos de la colaboración del Partido Comunista de España en el marco del Frente Popular, fueron aplicados ampliamente en la organización de la resistencia al fascismo durante la segunda guerra mundial y en la lucha por el desarrollo democrático del mundo de posguerra.

Por consiguiente, los acontecimientos de 1936-1939 han entrado en la historia del movimiento proletario y democrático internacional como una importante etapa en el desarrollo del espíritu de solidaridad, del internacionalismo proletario eficiente, del enriquecimiento de los métodos y las formas de lucha por la unión de todas las fuerzas enemigas del fascismo y de la guerra.

ALEMANIA

El triunfo del Frente Popular español en las elecciones de diputados a Cortes en febrero de 1936 alarmó a la burguesía monopolista alemana. El imperialismo germano apoyó inmediatamente a la reacción española cuando ésta, repuesta del primer susto, empezó a organizar un complot militar contra la República democrática. La Alemania hitleriana necesitaba de una España fascista. Y no sólo porque los militaristas y los monopolios alemanes quisieran apoderarse de sus minerales, sobre todo de sus materias primas estratégicas. Ese objetivo lo habían perseguido también antes. El capital alemán penetró en la Península Ibérica ya a comienzos del siglo XX, y a mediados de los años 30 tenía en sus manos parte considerable de la extracción de cinc, cobre, plata y mercurio españoles. Con la instauración en España de un régimen dependiente de Berlín, el imperialismo alemán habría conseguido cercar estratégicamente a Francia y poner en peligro las vías marítimas que enlazaban a la Gran Bretaña con sus colonias. España debía ser, según los planes hitlerianos, una base de operaciones en la futura guerra por su dominación en Europa. Además, el fascismo alemán temía que la existencia y el fortalecimiento de un régimen de Frente Popular en el sudoeste de Europa suscitasen inevitablemente un crecimiento de las fuerzas antifascistas en otros países europeos y en la propia Alemania.

Apenas había pasado un mes de las elecciones de febrero cuando el diario *Pravda*, órgano central del Partido Comunista de la Unión Soviética, informó que en Berlín se encontraba el conocido general monárquico español Sanjurjo para sostener conversaciones sobre la ayuda a las organizaciones militares contrarrevolucionarias de España, que preparaban un nuevo complot contra el gobierno[1]. Esta noticia correspondía por completo a la realidad. En sus entrevistas con Hitler, Goering y representantes de la Metall-AG, una de las agrupaciones monopolistas más poderosas, se

[1] Véase *Pravda*, 12.III.1936.

garantizó a Sanjurjo el apoyo alemán a un levantamiento contrarrevolucionario.

El mecanismo, bien ajustado, de la organización del partido nazi en España empezó a funcionar a toda marcha. El general alemán Faupel, que se encontraba en Madrid, cumplió la misión de enlace entre Hitler y los conspiradores españoles. Cuando empezó la sublevación, el almirante Canaris —jefe de la Abwehr hitleriana— hizo cuanto pudo para que el general Franco fuese nombrado jefe de los sublevados en sustitución de Sanjurjo, muerto en un accidente de aviación. El 27 de julio de 1936, el Mando hitleriano envió a Marruecos veinte aviones de transporte Junkers-52 para trasladar las tropas de Franco al sur de España, impidiendo así que fuesen apagados los focos aislados de la sublevación en los primeros días de la guerra civil.

Al recordar en 1939 este primer acto de intervención descarada en España, el general hitleriano de aviación Sperrle, jefe de la Legión Cóndor en 1936 y 1937, dijo: "Los pilotos alemanes trasladaron en unos cuantos días a Jerez, en aviones Ju-52, 15.000 legionarios extranjeros y marroquíes, así como pertrechos bélicos"[2]. Buques de guerra alemanes, entre ellos el torpedero *Leopard*, escoltaron a los barcos de transporte que trasladaron de Africa tropas de los rebeldes y material de guerra. La intervención de los hitlerianos en España fue aumentando a la par con la ampliación de la guerra.

Cuando los obreros armados y las unidades del ejército fieles al Gobierno de la República aplastaron la sublevación de los militares fascistas en Madrid, Barcelona y otros importantes centros del país, Schwendemann, consejero de la Embajada alemana en Madrid, telegrafió el 25 de julio a Berlín: "A menos que ocurra algo imprevisto, es difícil esperar, en esta situación, que la rebelión militar pueda triunfar"[3]. Estas palabras no eran solamente una manifestación de alarma y una apreciación serena de la situación. Eran también una petición de ayuda de los sublevados españoles. El "SOS" fue escuchado en Berlín. Por orden de Hitler, el 26 de julio de 1936 se creó el "Estado Mayor Especial W", de carácter secreto, que encabezó la organización de la intervención armada directa en España. Varios días después, el 31 de julio de 1936, el general nazi Milch envió a España el primer destacamento de la Legión Cóndor. Los pilotos militares, vestidos de paisano, zarparon en secreto rumbo a Cádiz en el buque *Usaramo*, en cuyas bodegas se cargaron aviones, bombas y cañones antiaéreos.

Las autoridades alemanas negaron tozudamente, durante mucho tiempo, estas acciones y todos los hechos posteriores de inter-

---

[2] *Die Wehrmacht*, 30.V.1939.

[3] *Akten zur deutschen Auswärtigen Politik*, Serie D, Bd. III, Baden-Baden, 1951, S. 13.

vención. En agosto, cuando la mayor parte de la Legión Cóndor y del material de guerra alemán se encontraba ya en la zona ocupada por Franco, el encargado de negocios del gobierno hitleriano en Londres, doctor Bielfeld, aseguraba cínicamente al Foreign Office británico que Alemania no prestaba apoyo alguno a los generales españoles sublevados, no les suministraba ni les suministraría ningún material de guerra.

En el proceso de Nuremberg contra los principales criminales de guerra nazis, Goering, que había mandado la aviación del Reich hitleriano, confesó: "Con autorización del Führer envié (a España. —*N. de la Red.)* una gran parte de mi flota de transporte y cierto número de unidades experimentales de combate: cazas, bombarderos y baterías antiaéreas... Para que el personal pudiera adquirir también cierta experiencia, me preocupé de que fuese renovado continuamente, enviando a hombres nuevos en sustitución de los que se retiraba"[4].

La Alemania auténtica, la Alemania popular, estuvo al lado de la España republicana desde los primeros días de la sublevación de los generales fascistas. Bajo la dirección del Partido Comunista, que se encontraba en la profunda clandestinidad y era perseguido cruelmente, la clase obrera y las fuerzas democráticas y progresistas del país acudieron en ayuda del pueblo español. "Expresamos nuestra admiración por la valentía de los luchadores por una España libre y feliz, contra la barbarie fascista"[5], se decía en un telegrama del CC del PCA al Gobierno español.

Cuando la intervención alemana en España fue un hecho, el CC del PCA señaló que la solidaridad y la lucha de los alemanes enemigos de Hitler por la libertad de España no era sólo una manifestación de internacionalismo proletario, sino también un deber nacional de cada patriota alemán, pues únicamente defendiendo la República Española se podría salvar al pueblo alemán del peligro de una nueva guerra mundial. En un documento del CC del PCA fechado el 26 de noviembre de 1936 se decía: "El papel de Hitler como principal incendiario de guerra en Europa y en el mundo entero hace recaer sobre nosotros, antifascistas alemanes, una responsabilidad inmensa. Tenemos el deber de hacer todo lo necesario para ayudar a derrotar a Hitler en España. Para ello hay dos caminos: la ayuda directa a los luchadores por la libertad españoles y el amplio movimiento de masas en Alemania"[6].

El 20 de diciembre de 1936, Walter Ulbricht, a la sazón miembro del Buró Político del CC del PCA, se dirigió por Radio Barcelona al pueblo alemán, exponiendo un programa de lucha con-

[4] *The Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, vol. IX, Nürnberg, 1947, p. 281.

[5] *Der Freiheitskampf des spanischen Volkes und die internationale Solidarität*. Berlin, 1956, S. 62.

[6] *Zeitschrift für Militärgeschichte*, Berlin, 1965, H. 1.

tra el régimen hitleriano. Terminó su discurso con estas palabras: "¡Honor y gloria a los combatientes españoles, que han defendido heroicamente Madrid frente al enemigo! ¡Honor y gloria a las Brigadas Internacionales, a los batallones Thaelmann, Edgar André y Chapáev, que han resistido hasta el fin ante las puertas de Madrid con la divisa de "¡Los fascistas no pasarán!" ¡Pasaremos nosotros! ¡Venceremos a Hitler y a Franco en las puertas de Madrid en aras de la paz, la libertad y la democracia!"

Así pues, las nuevas condiciones de la lucha antifascista creadas por la intervención de Hitler en España y por el movimiento internacional de solidaridad con el pueblo español dieron un nuevo contenido al programa de derrocamiento del régimen hitleriano y a la política de Frente Popular, elaborados en la Conferencia de Bruselas del PCA en octubre de 1935. La heroica resistencia que las masas populares españolas oponían al fascismo y la participación de voluntarios alemanes en los combates que se libraban en los frentes de España acrecentaban el espíritu combativo en Alemania e infundían audacia y seguridad a los obreros en las empresas, las minas y los astilleros. El 18 de octubre de 1936, el periódico socialdemócrata *Neuer Vorwärts* apareció con este titular: "Efervescencia en las empresas". El envío de soldados alemanes a España indignó a la población. En el sudoeste de Alemania, en Duisburgo y Dusseldorf, se difundieron ampliamente hojas de protesta. En Munich, las esposas y las madres de los soldados mandados a España se manifestaron en señal de protesta ante la sede del partido nazi. En Berlín y Baviera, en Silesia y la región del Rin, en Sajonia y la región del Ruhr, en todas partes, se hicieron más frecuentes las acciones de los obreros y las colectas clandestinas en ayuda de la España republicana. Comunistas, socialdemócratas y sin partido actuaron a menudo juntos y exhortaron a la solidaridad con el pueblo español. En todo el país se distribuyeron ilegalmente multitud de folletos con discursos de Guillermo Pieck, Walter Ulbricht y otros dirigentes del Partido Comunista.

La emisora Alemania Libre, fundada por los comunistas alemanes cerca de Madrid con ayuda de los amigos españoles, era también órgano del Comité pro Constitución del Frente Popular Alemán. En la banda de 29,8 metros, esta emisora transmitía a Alemania, esclavizada por Hitler, información política e indicaciones prácticas para la labor de las organizaciones antifascistas clandestinas. Ante su micrófono intervenían dirigentes del PCA y destacadas personalidades del movimiento antifascista alemán y extranjero: Georg Branting, Enrique Mann, Tomás Mann, Arnold Zweig, Ernesto Hemingway, Paul Robeson, Franz Masereel y otros.

Los llamamientos a formar un frente único, el Frente Popular, encontraron vivo eco en numerosas ciudades y empresas de Alemania. En Berlín, en la región del Sarre y en otras partes del

país, los comunistas y los socialdemócratas constituyeron grupos del Frente Popular. La Gestapo se enteró de ello. En un informe enviado desde Wilhelmshaven comunicó: "Entre los antiguos miembros del PSDA (en los astilleros navales) se ha extendido, sin duda alguna, la idea del Frente Popular. Es fácil observar que, con frecuencia, manifiestan abiertamente sus simpatías por los bolcheviques de España y confían en su victoria"[7].

Los éxitos del Frente Popular en España influyeron también en la posición de algunos dirigentes socialdemócratas —Erich Kuttner, Paul Hertz y Erich Ollenhauer—, moviéndolos a hacer una visita a la República Española, ir a las Brigadas Internacionales y valorar positivamente el Frente Popular. En mayo de 1937, Erich Kuttner dijo en un discurso ante la 11ª Brigada Internacional: "Tenemos la esperanza de que España pueda ser y sea el puente que una de nuevo las fuerzas desunidas del proletariado alemán"[8]. Paul Hertz, miembro de la Dirección del PSDA, apoyó la política de frente único y exteriorizó en repetidas ocasiones su disconformidad con la posición mantenida por los dirigentes de su partido. Erich Ollenhauer, representante de la Internacional Juvenil Socialista, pronunció un discurso en Madrid el 4 de julio de 1937, en el que apoyó la unidad de acción y juró solemnemente que la defendería. Por desgracia, poco después traicionó su juramento y se puso al lado de los enemigos de la unidad de los jóvenes socialistas y comunistas españoles.

El creciente terror de la Gestapo era también un exponente de las simpatías del pueblo alemán con la lucha del pueblo español. En Aquisgrán, en un solo día fueron detenidos 70 obreros por recaudar dinero para la España republicana en las empresas de la Talbot-Waggon-AG y en la fábrica de construcciones mecánicas Garbe und Lohmeyer. Veintiún obreros de la central eléctrica de la misma ciudad fueron condenados a penas de prisión de dos a ocho años cada uno. En la fábrica Weser-AG, la Gestapo detuvo a numerosos obreros acusados de haber abierto una suscripción en favor de los luchadores españoles por la libertad y fusiló a dos sin formación de causa. Practicó también numerosas detenciones en las empresas del consorcio IG Farbenindustrie y en las fábricas de automóviles de Francfort del Meno. A fines de 1936 detuvo a 90 obreros de la casa Adlerwerke, de Francfort, y a 40 de las fábricas de Rödelheim, encerrando a muchos de ellos en campos de concentración. El propio Himmler reconoció que el número de detenidos por simpatizar con la España republicana llegó a 3.000.

A pesar de las represiones de la Gestapo, los grupos activos de antifascistas, en primer término comunistas, no se limitaron

---

[7] Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, ZPA, D.F. IX/7, Fond 237.

[8] *Pasaremos*, 16.V.1937.

La Centuria Thaelmann en una posición junto a Tardienta. Agosto de 1936

a las medidas de apoyo moral y material al pueblo español: ayudaron también directamente a la República Española, organizando sabotajes en las fábricas de guerra y frustrando los suministros a los facciosos. En octubre de 1936, Juli Jürgensen, militante de una organización clandestina, comunicó al centro antifascista: "En Hamburgo se están cargando buques. Las grúas de puente embarcan en las bodegas de los transatlánticos cajones misteriosos. Se trabaja día y noche. El puerto está vigilado por la policía y la Gestapo. Los obreros portuarios se han enterado de que las cargas están destinadas a España... Saben que en España luchan sus hermanos. Indignados, han decidido frustrar el embarque"[9]. Los marinos y los portuarios de Hamburgo y Bremen organizaron un sistema de enlaces que les permitía saber cuándo se efectuaban los envíos de material de guerra a España.

Las tripulaciones de los buques que hacían la travesía a España comunicaban en los puertos extranjeros a las secciones de la Federación Internacional de Obreros del Transporte que en las bodegas llevaban una carga sospechosa. Por iniciativa de los grupos antifascistas, en el segundo semestre de 1936 tuvieron lugar actos de protesta en los buques mercantes. Al llegar a Rotterdam (Holanda), la tripulación del barco alemán *Henrika,* así como la del *Königstein,* se negaron a continuar el transporte de armas a

[9] Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, ZPA, D.F. IX/7, Fond 237.

España y el abastecimiento de los facciosos. Se declararon en huelga los marineros de los buques *Melilla, Lasbek, Poseidon* y *Preussen.* Cada acción de este tipo acarreaba detenciones y otras represalias.

La forma superior de ayuda de los antifascistas alemanes a la República Española fue su participación personal en la lucha armada contra los sublevados. Al comienzo, esta participación fue episódica y desorganizada. Varios emigrados políticos alemanes, encabezados por Reinhold Hoffmann, defendieron Irún en las filas de las Milicias de la República. Otros antifascistas alemanes que residían en Barcelona, en unión de sus compatriotas llegados para asistir a la Olimpiada Popular (entre los que figuraban Max Friedemann, Werner Hermlin y Franz Löwenstein), contribuyeron a sofocar el levantamiento en Barcelona. Días después, junto con voluntarios de otras nacionalidades, formaron el Destacamento Thaelmann de las Milicias Populares, que el 24 de julio entabló el primer combate contra los fascistas cerca de Huesca.

El 7 de agosto, por iniciativa de un grupo de activistas del PCA (Hans Beimler, Albert Schreiner, Hermann Geisen y Willi Wille) y con la ayuda del Partido Socialista Unificado de Cataluña, se inició en Barcelona la formación de la Centuria Thaelmann.

Al mismo tiempo, el Buró Político del CC del PCA se dirigió a todos los antifascistas alemanes que residían en el extranjero y tenían preparación militar, exhortándoles a ponerse a disposición del Frente Popular español como combatientes.

Empezaron a llegar a Barcelona, individualmente y en grupos, voluntarios de distintos países. El 29 de agosto, la Centuria Thaelmann salió para el Frente de Aragón. Posteriormente, esta unidad (más de cien hombres al mando de Albert Schreiner y de su suplente, Hermann Geisen) combatió brillantemente en las cercanías de Huesca, Tardienta y Alcubierre.

El Gobierno de Cataluña recompensó la hazaña de estos voluntarios entregando a la Centuria Thaelmann una bandera de honor. En dos meses de combate, la centuria perdió casi la mitad de sus efectivos. Entre los caídos en los primeros días figuran el socialdemócrata alemán Wilhelm Pfordt y el joven francés Robert Vigier. Durante el ataque a una cota cerca de Tardienta cayeron Sepp Hirsch, Rudolf Gemmel, Wilhelm Engelmann y otros muchos.

En el primer número del periódico de los voluntarios alemanes, *Die Rote Sturmfahne,* se decía el 15 de octubre de 1936: "Nuestra centuria es un destacamento de combate del Frente Popular alemán. En sus filas pelean comunistas, socialdemócratas y sin partido. Nos une a todos un gran objetivo: derrotar por completo al fascismo".

Bandera entregada a la Centuria Thaelmann por el Comité Central del Partido Socialista Unificado de Cataluña

De numerosos países acudieron presurosos en ayuda del pueblo español nuevos y nuevos combatientes, nuevos y nuevos "Voluntarios de la Libertad", como se los llamaba. La mayoría de los voluntarios alemanes eran emigrados políticos; pero había también otros que, venciendo el peligro, consiguieron escapar de la Alemania fascista. Muchos de ellos habían sido torturados en los calabozos de la Gestapo. Después de sufrir penalidades, humillaciones y suplicios en las cárceles, en los presidios y en los campos de concentración, estaban plenamente decididos a luchar contra el fascismo hasta la última gota de sangre.

El camino que recorrieron los voluntarios alemanes para llegar a España fue distinto y, con frecuencia, difícil. El punto de concentración era París, donde el CC del PCA, con el concurso activo del Partido Comunista Francés, organizaba su traslado a España.

En los primeros días de guerra, los voluntarios tuvieron la posibilidad de salir de París para España en grandes grupos casi sin ocultarse. Uno de estos grupos lo encabezaban Gustav Szinda, nombrado con posterioridad jefe del Estado Mayor de la 11ª Brigada Internacional (y hoy general mayor del Ejército Popular Nacional de la RDA), y el obrero Albert Denz, activista del partido de la ciudad de Hagen. Más tarde, cuando la policía francesa estableció un control riguroso en la frontera con España, el envío

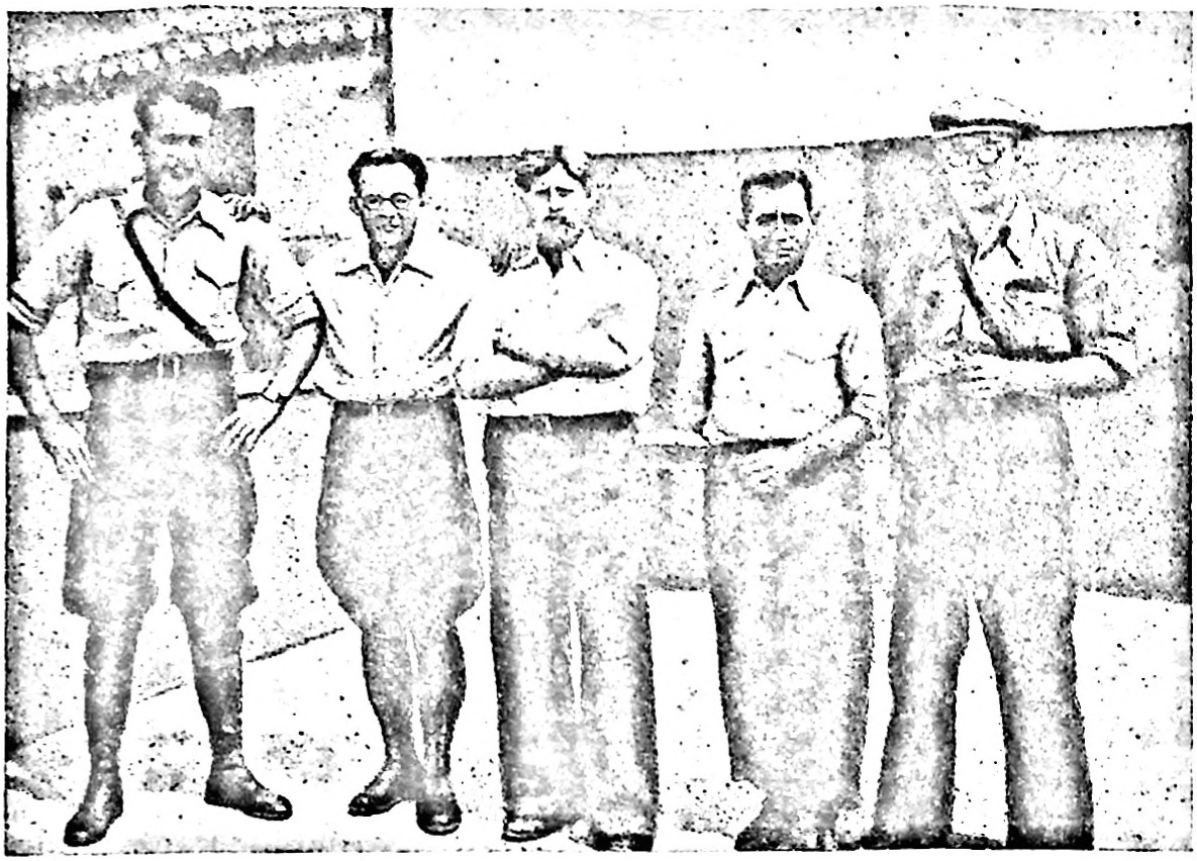
de voluntarios se hizo mucho más difícil. Tuvieron que viajar en tren hasta Perpiñán, seguir en autobús hasta las estribaciones de los Pirineos y después cruzar a pie la frontera por abruptos caminos de montaña, eludiendo el encuentro con los guardafronteras franceses. Extenuados, pero felices por haber logrado su propósito, descendían de las montañas para presentarse en el castillo de Figueras, donde eran recibidos los voluntarios internacionales.

El 9 de octubre de 1936 atracó en el puerto de Alicante el buque *Ciudad de Barcelona,* llevando a borde 650 antifascistas de numerosos países. Siguieron viaje a Albacete, donde se había formado un Estado Mayor con la misión de organizar las Brigadas Internacionales. Entre los alemanes llegados entonces figuraban expertos funcionarios y activistas del partido: Hans Kahle, Fritz Rettmann, Heinrich Wieland, Josef Zettler, Wilhelm Bahnik, Artur Becker, Christian Wolf, Hermann Gartmann, Richard Gladewitz, Albert Hössler, Heinz Hoffmann, Erich Hoffmann, Gustav Gundelach, Fritz Dickel, Arthur Dorf, Walter Sehlmann, Franz Klamm, Erwin Kramer, Bruno Kühn, Otto Kühne, Erich Mielke, Ewald Munschke, Alfred Neumann, Heinrich Rau, Max Roscher, Gustav Szinda, Karl Thoma (Ernst Blank), Paul Verner, Kurt Hager, Wilhelm Zaisser, Richard Staimer Stahlmann Richard, Georg Stibi, Erwin Strohmeier, Hermann Schuldt y otros muchos.

Además de militantes del Partido Comunista y sin partido, entre los voluntarios alemanes había un pequeño grupo de socialdemócratas: Paul Bergmann, Ernst Braun, Kurt Braun, Kurt Bröttinger, Kurt Garbarini, Hermann Drumm, Herbert Seifert, Hans Martens, Franz Schneider, Paul Feller, Otto Jürgensen y otros. A diferencia de la actitud evasiva adoptada por la dirección oficial del Partido Socialdemócrata Alemán, estos socialdemócratas se incorporaron sin vacilar a la lucha en defensa de la República Española.

Los voluntarios pertenecían a todos los sectores de la población trabajadora, desde obreros hasta intelectuales. Muchos escritores, poetas, compositores, pintores y escultores famosos fueron a España para poner su talento al servicio del pueblo español: Willi Bredel, Ernst Busch, Erich Weinert, Walter Gorrisch, Peter Kast, Heinz Kiwitz, Hans Marchwitza, Maria von Osten, Ludwig Renn, Bodo Uhse, Eberhard Schmidt, Jeanne Stern y Kurt Stern. Las canciones de Erich Weinert, interpretadas por Ernst Buch, alentaron a los internacionales en el combate contra el fascismo y hoy siguen sonando en el mundo entero como un llamamiento revolucionario.

Hicieron también su aportación a la lucha del pueblo español las abnegadas médicas alemanas Ursula Aman y Rosa Coutelle y las enfermeras Elisabeth Bier, Emmy Dörfel, Anni Schmidt y Olla



Combatientes alemanes de un destacamento guerrillero (el segundo, a la izquierda, Richard Stahlmann)

Ewert, así como las valerosas antifascistas Käthe Wohlrath, Käthe Dahlem, Lotte Möller, Golda Friedemann y Sabine Hager, que trabajaron en el Comisariado de las Brigadas Internacionales o en las redacciones de las emisoras de radio. La joven Taro, reportera gráfica de Leipzig, murió en España.

Durante toda la guerra llegaron a España cerca de 5.000 voluntarios alemanes. La mayoría pelearon en la primera Brigada Internacional, formada el 1 de noviembre de 1936, a la que se dio la denominación oficial de 11ª Brigada. Al principio constaba de tres batallones: Edgar André, Comuna de París y Dombrowski. Habitualmente, estos batallones se llamaban alemán, francés y polaco, tomando en consideración la nacionalidad de la masa fundamental de combatientes que los integraban; pero cada uno de ellos agrupaba a representantes de diversas naciones. Por ejemplo, en el Batallón Edgar André había alemanes, húngaros, polacos, franceses, yugoslavos, ingleses, checos, eslovacos e irlandeses. Los combatientes de la Centuria Thaelmann, llegados de Cataluña a Albacete junto con Hans Beimler, formaron el núcleo del Batallón Thaelmann, que al principio perteneció a la 12ª Brigada Internacional y después fue incorporado a la 11ª Brigada. Había también grupos y secciones de alemanes en las Brigadas 12ª y 13ª y en otras unidades internacionales. En diciem-

bre de 1936, Franz Dahlem, miembro y representante del CC del PCA y delegado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, fue incorporado a la dirección política de las Brigadas Internacionales.

Los voluntarios alemanes combatieron asimismo en unidades especiales del Ejército Popular: en una brigada de tanques, en la artillería antiaérea y de campaña, en destacamentos guerrilleros y en las unidades de transporte y Sanidad. Un numeroso grupo de médicos luchó por la vida y la salud de los combatientes del Ejército Popular en los hospitales y en primera línea. Entre ellos figuraban el doctor Walter Blank, Günter Bodeck, Heilbrunn y Feldmann, que sacrificaron su vida en esta lucha.

La 11ª Brigada Internacional entró en fuego el 9 de noviembre de 1936. En los primeros días de este mes, los fascistas, apoyados por la aviación, los tanques y la artillería alemanes e italianos, se lanzaron al asalto de la capital de la República Española, a la que amenazaba un grave peligro. Confiaban en que las unidades regulares de la Legión Extranjera y los batallones marroquíes, bien instruidos, conquistarían una victoria fácil sobre los destacamentos de las Milicias Populares, carentes de experiencias y mal armados.

Pero en aquellas jornadas de alarma, los combatientes de las Brigadas Internacionales, acogidos calurosamente por la población, acudieron en ayuda de los heroicos defensores de Madrid. En la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria, los intrépidos voluntarios de numerosos países derramaron su sangre junto con los luchadores españoles por la libertad. Después del primer combate, que duró muchos días, los efectivos de la 11ª Brigada Internacional se redujeron de 1.700 hombres a 900. Fueron numerosos los antifascistas alemanes que entregaron su vida. He aquí uno de los innumerables ejemplos de heroísmo de los Voluntarios de la Libertad.

Fritz Dietrich, obrero metalúrgico de Wuppertal, mandaba una escuadra de ametralladoras en el frente de la Ciudad Universitaria. Durante un encarnizado ataque de los fascistas, Dietrich fue con la ametralladora de un piso a otro, de una ventana a otra, de una casa semiderruida haciendo fuego contra el enemigo que la había cercado. A su alrededor estallaban bombas de mano y proyectiles de artillería, pero Dietrich no retrocedió y siguió disparando. De pronto, los escombros le cerraron el campo visual. Entonces sacó la ametralladora de la casa, la emplazó en un flanco de los grupos fascistas atacantes y volvió a abrir fuego. El ataque enemigo fracasó. Fritz Dietrich murió como un héroe en este combate, pero salvó a la compañía de que formaba parte.

El 1 de diciembre de 1936, las balas enemigas segaron en la Ciudad Universitaria las vidas de Hans Beimler y del comandan-

Llegada de voluntarios alemanes al frente de Madrid. 8 de noviembre de 1936

te del Batallón Thaelmann, Franz Vehlow (Louis Schuster). Entre los alemanes caídos en los primeros combates ante los muros de Madrid figuran: los comunistas Kurt von Appen, Georg Meyer, Paul Baumgarten, Philipp Mayer, Josef Graf, Richard Wagner y Willy Wille; los socialdemócratas Otto Volkmann, Paul Lose y Hans Schwindling, y los sin partido Máslow y Karl Katz.

La sangre de los caídos selló la unidad del frente antifascista, que se hizo realidad en las trincheras de España. Vastos sectores sociales de la República Española vieron en la muerte de Hans Beimler un símbolo de la solidaridad antifascista y del autosacrificio de los combatientes de las Brigadas Internacionales. Centenares de miles de personas asistieron al entierro del héroe. Estos sentimientos del pueblo español y su aflicción por la pérdida de los Voluntarios de la Libertad caídos en los combates fueron expresados por Rafael Alberti en una poesía titulada *A Hans Beimler, comunista, defensor de Madrid:*

— ¡Frente rojo! —dijo el héroe.
Y cayó en tierra Hans Beimler.
Lo oyeron sus españoles,
lo oyeron sus alemanes,
franceses e italianos...
— ¡Frente rojo! —y cayó en tierra
castellana, de leales,
quien vino desde muy lejos
a sembrar aquí su sangre...
Madrid, que tiene memoria,
lo gritará hasta quedarse

las bocas de sus fusiles
secas de tanto gritarlo.
¡Frente rojo! Silba el tren,
campo de España adelante.
Se descubren las aldeas,
los pueblos y las ciudades.
Entre huertos y jardines,
banderas y naranjales,
Valencia saluda el cuerpo
— ¡Frente rojo! — de Hans Beimler.
Los mares de Cataluña,
sus viñas, sus olivares,
las ramblas de Barcelona
— ¡Frente rojo! — de Hans Beimler.

A comienzos de enero de 1937, cerca de Villanueva del Pardillo (al noroeste de Madrid), los combatientes de las Brigadas Internacionales rechazaron con hábiles operaciones un ataque del enemigo y aniquilaron dos batallones fascistas. Esta victoria fue seguida de una jornada muy dura: el 7 de enero, en desigual combate con la infantería y los tanques enemigos a la ofensiva en la linde un bosque cerca de Remisa, el Batallón Thaelmann tuvo muchas bajas. En él quedaron sólo 30 hombres, pero mantuvo sus posiciones.

Durante un breve descanso en Murcia a fines de enero de 1937, la 11ª Brigada Internacional —que desde el 9 de noviembre de 1936 había perdido 1.230 hombres— fue completada con nuevos combatientes internacionales y españoles, en su mayoría voluntarios de las Milicias Populares ya fogueados. Los españoles constituían ya casi la mitad de los efectivos de la brigada.

El 6 de febrero de 1937, los fascistas iniciaron una ofensiva con objeto de cortar la carretera de Madrid-Arganda-Valencia. La 11ª Brigada entró en fuego el 11 de febrero. A pesar del frío tiempo invernal y del desfavorable relieve del terreno, sostuvo hasta el 27 del mismo mes combates incesantes y tenaces contra un enemigo excelentemente armado. En el sector de la 11ª Brigada había un punto clave —una casa solitaria perdida en un olivar, a la que se dio la denominación de Casa Blanca—, que fue objeto de violentos ataques de los marroquíes y de contragolpes de los voluntarios internacionales.

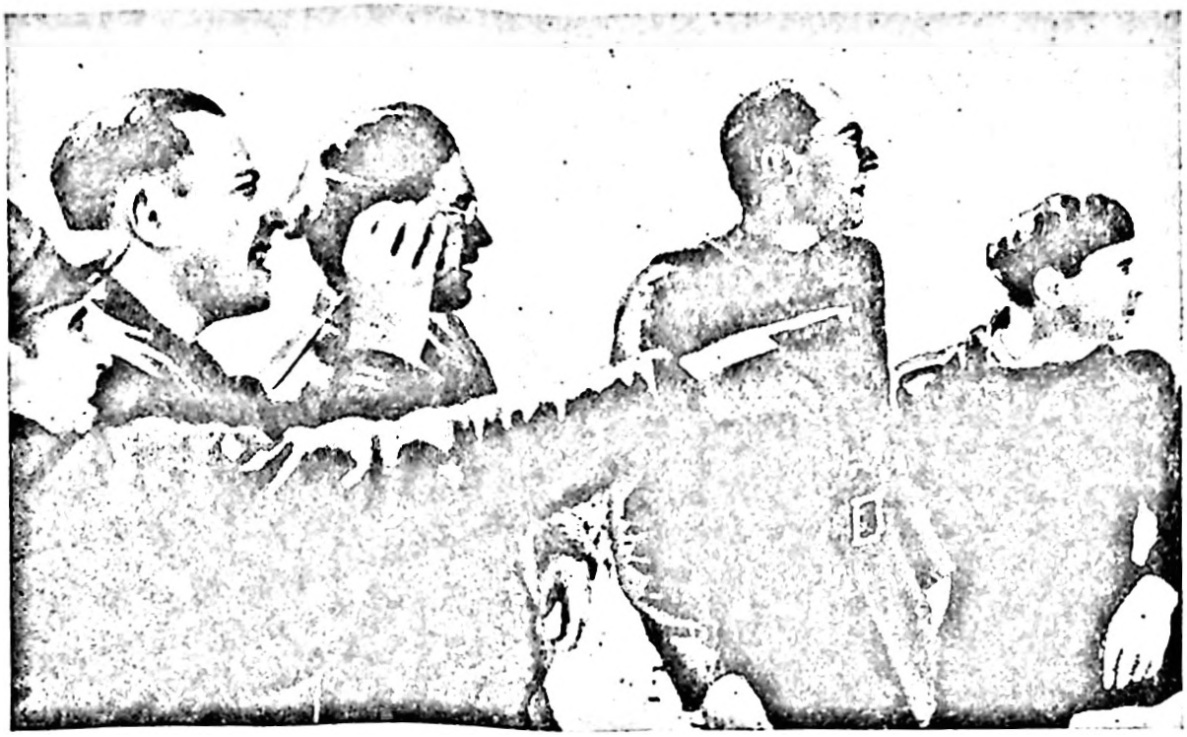
En los combates por la Casa Blanca se destacaron Ernst Wömper, jefe de compañía, y Hermann Drumm, ambos de la región del Sarre. Al frente de un contraataque irrumpieron los primeros en las trincheras fascistas y con bombas de mano acallaron una ametralladora. Los soldados franquistas, desconcertados, huyeron a la desbandada. Persiguiendo a los fascistas en retirada, los dos amigos cayeron bajo las balas enemigas.

Una semana después de terminar la batalla del Jarama, en la que se frustraron los planes de los rebeldes de cercar la capital de España desde el sudeste, la 11ª Brigada fue la primera del Frente de Madrid que entabló de nuevo combate con los agresores fascistas. El 8 de marzo de 1937, el Cuerpo Expedicionario Italiano, compuesto de tres divisiones italianas y una mixta hispano-italiana, pasó a la ofensiva en dirección a Guadalajara a lo largo de la carretera Zaragoza-Madrid. La 11ª Brigada Internacional, una de las primeras que llegó a la zona de Torija, entró en combate y junto con las brigadas españolas y con la 12ª Brigada Internacional, apoyadas por los voluntarios soviéticos —aviadores y tanquistas—, pararon a las columnas motorizadas del Cuerpo Italiano. Se cambiaron los papeles: los jactanciosos conquistadores de la Etiopía indefensa se vieron obligados a pasar a la defensiva. Después de tenaces y sangrientos combates por Brihuega, Trijueque y Torija, en los que la 11ª Brigada perdió 220 hombres, los defensores de la República pasaron a la ofensiva. El 18 de marzo fue un día catastrófico para los fascistas italianos: su Cuerpo Expedicionario dejó de existir temporalmente como unidad combativa.

La Alemania fascista cometió en España un crimen tras otro. El 31 de marzo de 1937, una escuadrilla de la Legión Cóndor arrasó Durango, y el 26 de abril, Guernica, dos pacíficas ciudades vascas. A consecuencia de los ataques aéreos, en Durango resultaron muertos 248 mujeres, niños y ancianos. Durante el bombardeo de Guernica, que duró tres horas, perecieron 1.654 personas y resultaron heridas otras 889. El 31 de mayo de 1937 se perpetuó un nuevo crimen, que estremeció al mundo: el acorazado *Admiral Scheer,* acompañado de cuatro torpederos y dos submarinos, cañoneó la ciudad portuaria de Almería, ciudad abierta, y causó en ella grandes destrozos. Perecieron miles de personas. Expresando la indignación del pueblo alemán por estas salvajadas, Guillermo Pieck declaró en un telegrama remitido a los partidos obreros españoles en nombre del CC del PCA: "Multiplicaremos nuestros esfuerzos para que el frente antifascista en Alemania... sea digno, en su dura lucha contra la dictadura parda, de las gloriosas y heroicas hazañas del Frente Popular español y de su valiente ejército"[10].

En la primera gran ofensiva de las fuerzas republicanas en el Frente del Centro, que empezó el 6 de julio y duró hasta el 28 del mismo mes, participaron también voluntarios alemanes de la 11ª Brigada y de otras unidades internacionales. En los combates de Brunete, Quijorna y Villanueva del Pardillo pelearon hombro a hombro con sus hermanos de armas, españoles e internacionales, y dieron pruebas de coraje y valor indomables. Tan sólo en las filas de la 11ª Brigada Internacional cayeron 600 héroes.

[10] *Rundschau* (Basel), 10.VI.1937, S. 895.



Hans Kahle, Ernesto Hemingway, Ludwig Renn y Joris Iwens en el frente de Guadalajara. Marzo de 1937

Varios días después, todas las Brigadas Internacionales, excepto la 14ª, fueron trasladadas apresuradamente a Aragón, donde el Mando republicano emprendió una gran ofensiva en dirección a Zaragoza. En esta operación desempeñaron el papel principal el V Cuerpo de Ejército mandado por Modesto, del que formaban parte la 11ª y la 15ª Brigadas Internacionales y la gloriosa 11ª División.

En medio de un calor extenuador, los combatientes de las Brigadas 11ª y 15ª tomaron por asalto y liberaron las ciudades de Quinto y Belchite, sólidamente fortificadas por ingenieros alemanes, hicieron numerosos prisioneros y se apoderaron de gran cantidad de armamento.

Los combatientes de la 11ª Brigada volvieron a revelar extraordinaria pericia y valentía en la siguiente gran operación del Ejército Popular: la defensa de Teruel a comienzos de 1938.

"Fueron especialmente difíciles las operaciones que le tocaron en suerte a la 11ª Brigada, la cual peleó desde el 4 hasta el 14 de enero junto a la altura de Concud y después resistió durante seis días, del 17 al 22 de enero, ataques extraordinariamente fuertes de la División Navarra en la zona del Muletón —escribió K. Swierczewski, jefe de la 35ª División, de la que formaba parte la 11ª Brigada—. Aquí... la brigada dio pruebas de tanta abnegación y auténtico heroísmo que el Mando español debió reconocer que, durante ese tiempo, la división "había mantenido Teruel", y el jefe del Frente de Levante, general Sarabia, incluso prome-

tió gestionar en Barcelona la institución de un distintivo especial para los participantes en estos combates"[11].

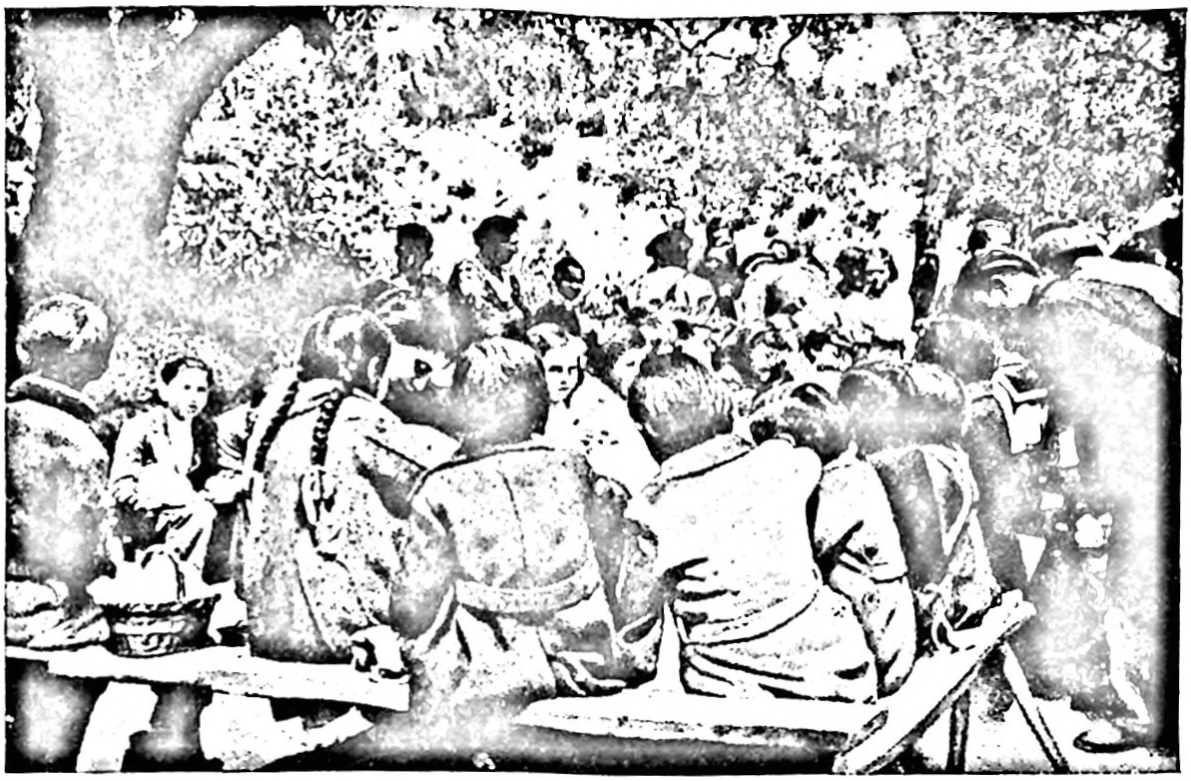
En marzo de 1938, cuando las tropas de Franco rompieron el Frente de Aragón y las unidades republicanas empezaron a replegarse desordenadamente, ante las Brigadas Internacionales (incluida la 11ª) y las mejores brigadas españolas se planteó la tarea de contener el embate del enemigo —superior en muchas veces tanto por sus efectivos como por su material— y dar al Mando del Frente la posibilidad de concentrar las reservas necesarias. La 11ª Brigada cumplió esta misión en condiciones difíciles en extremo: careció frecuentemente de enlace con la división y los batallones, fue cercada varias veces por las unidades enemigas y hubo de salir del cerco, combatiendo, por caminos vecinales de montaña. En menos de un mes, la 11ª Brigada perdió más de mil soldados y oficiales. Después del combate de Gandesa, de los 450 combatientes del Batallón Thaelmann sólo quedaron 80. Entre los caídos figuró Artur Becker, presidente de la Unión de Juventudes Comunistas de Alemania. Gravemente herido, fue hecho prisionero por los fascistas y después ejecutado en Burgos. Perecieron Wilhelm Pinnecke, jefe de batallón; Hans Erbe, ex jefe de la Sección de Personal de Albacete; Wilhelm Glaser (Richard Schenk), comisario, y otros muchos oficiales y soldados voluntarios alemanes.

La lucha, que costó grandes pérdidas, no pudo contener el avance del enemigo hacia el Mediterráneo. A comienzos de abril, la 11ª Brigada y toda la 35ª División ocuparon posiciones defensivas en la orilla izquierda del Ebro, al mismo tiempo que reorganizaban y completaban sus filas.

En el fuego de los combates se templó el frente único de los comunistas y socialdemócratas alemanes pertenecientes a las Brigadas Internacionales. El Comité de Unidad de Comunistas y Socialdemócratas Alemanes, formado en Albacete en noviembre de 1937, envió el 14 de diciembre una carta a la dirección socialdemócrata —que tenía su sede en Praga— y al CC del PCA, en la que exhortaba a la unidad de acción a los dirigentes de ambos partidos.

En febrero de 1938 se constituyó el Comité de Obreros Socialdemócratas y Comunistas Alemanes de la 11ª Brigada. Poco después, el 13 de marzo, los combatientes alemanes de las Brigadas Internacionales celebraron una Conferencia en Valencia y aprobaron un manifiesto, en el que se decía: "Venceremos si no vuelve a existir nunca la división y estamos siempre unidos. Entonces, los días de la dictadura hitleriana estarán contados y edificaremos juntos una Alemania libre y democrática, una Alemania de paz, una Alemania de libertad, una Alemania de bienestar

[11] Revista *Archivo Histórico*, ed. en ruso, 1962, N° 2, pág. 174.



Los educandos de la Guardería Infantil Thaelmann visitan a los voluntarios alemanes

y transformaciones sociales"[12]. Lamentablemente, los jefes de la socialdemocracia permanecieron sordos a los llamamientos de los combatientes antifascistas de todos los partidos.

La guerra continuaba. El 25 de julio de 1938, el Ejército Republicano, con la participación de cinco Brigadas Internacionales, inició la operación más importante de toda la guerra nacional revolucionaria: la batalla del Ebro. Protegidos por la oscuridad de la noche, dos Cuerpos de Ejército al mando de Juan Modesto cruzaron simultáneamente el río en muchos puntos. Antes de que el enemigo se repusiera de la sorpresa, los batallones de la 11ª Brigada Internacional, encabezados por el grupo de asalto escandinavo, estaban ya en la orilla opuesta del Ebro y al grito de "¡Viva la República!" irrumpieron en las posiciones fortificadas de los fascistas junto a Ascó y tomaron la ciudad. En 48 horas, el Ejército Popular español liberó de facciosos un territorio de 600 km² en la orilla derecha del Ebro.

Fue ésta una gran victoria. Los fascistas se vieron obligados a interrumpir la ofensiva en el Frente de Levante, con la que pretendían tomar Valencia, capital de provincia e importante puerto. El éxito del Ejército Republicano tuvo gran significación política en el país y en el extranjero y refutó las afirmaciones de

---

[12] Institut für Marxismus-Leninismus beim ZK der SED, ZPA, 3/1/421, Bl. 108-109.

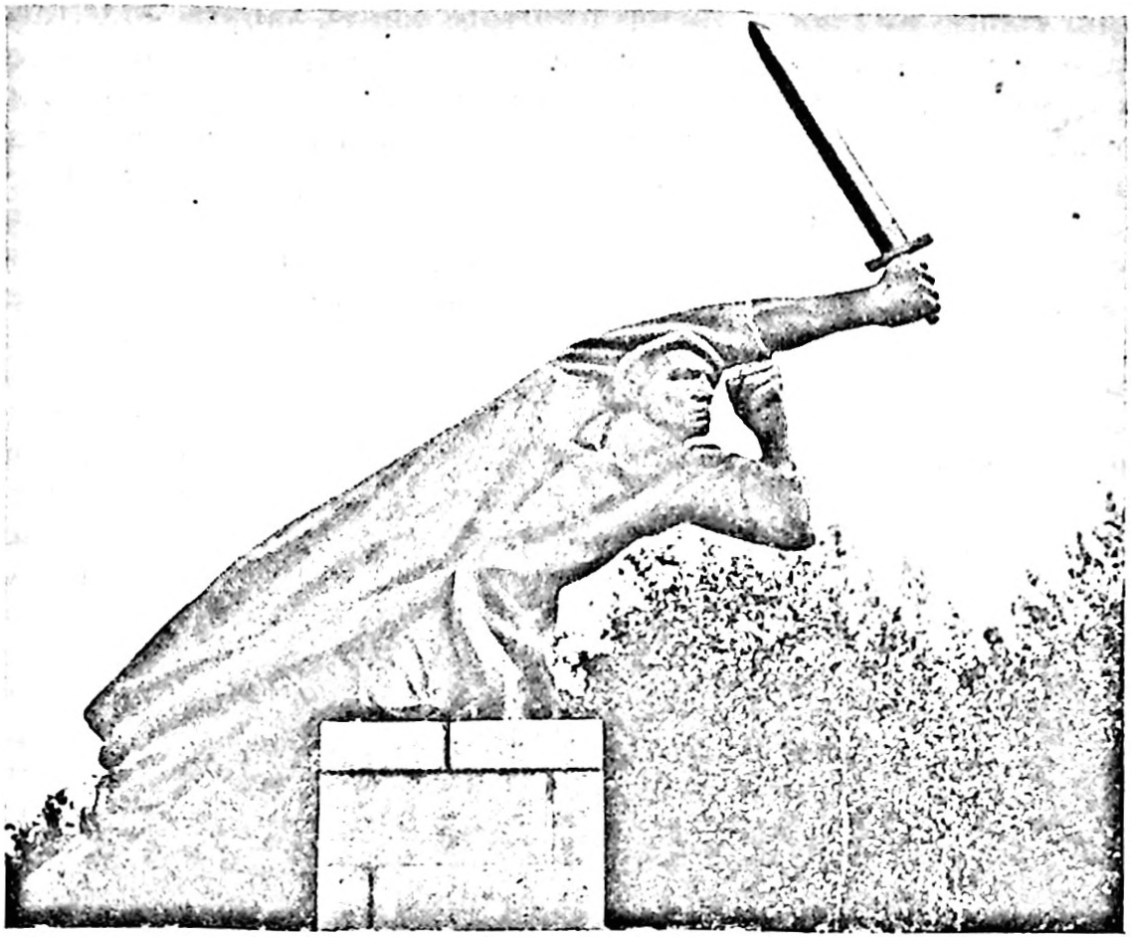
la propaganda fascista sobre la impotencia completa del Ejército Popular después de la catástrofe que había sufrido en marzo y abril en el Frente de Levante. Los oficiales y soldados del Ejército Popular dieron muestras de excepcional intrepidez, audacia y voluntad de victoria en el paso del Ebro y en la defensa, durante tres meses y medio, del territorio liberado en la orilla derecha del río. El Mando de los rebeldes e intervencionistas concentró contra la cabeza de puente republicana una potente artillería, toda la aviación y una cantidad enorme de municiones, cubrió literalmente de metralla cada metro de las posiciones republicanas y lanzó a la contraofensiva 15 divisiones de infantería, incluidas cuatro del Cuerpo Expedicionario Italiano. ¡Pero necesitaron más de cien días de encarnizados combates para recuperar el territorio que las tropas de Modesto habían conquistado en dos jornadas! Por sus acciones en la operación del Ebro, el Gobierno de la República galardonó a la 11ª Brigada Internacional con la máxima condecoración militar: la Medalla del Valor.

El 23 de septiembre, en pleno apogeo de los combates del Ebro, el Gobierno de la República decidió retirar del frente a los voluntarios internacionales. Estos abandonaron el campo de batalla con profundo pesar. En su memoria quedó grabada para siempre la solemne y emocionante despedida que les tributó la población de Barcelona.

Mientras que unos voluntarios regresaron a su país y otros, cuya patria se encontraba bajo el yugo fascista (incluidos los alemanes), permanecieron en los campamentos de desmovilizados en el norte del territorio republicano, Hitler y Mussolini siguieron acrecentando los suministros de material de guerra a Franco y reforzando sus tropas en España. El 30 de septiembre, Chamberlain y Daladier firmaron con Hitler el vergonzoso Pacto de Munich, arrojando a Checoslovaquia a las fauces de los imperialistas alemanes. La confabulación de Munich asestó un duro golpe a la República Española. La "quinta columna" intensificó su labor de traición. Aumentaron las tendencias capituladoras entre los elementos vacilantes del Frente Popular —socialistas de derecha, republicanos burgueses y anarquistas— y entre la oficialidad profesional.

El 23 de enero de 1939, al irrumpir de nuevo en Cataluña grandes fuerzas franquistas e intervencionistas, los voluntarios de las Brigadas Internacionales que no habían salido todavía de España pidieron al Gobierno republicano que les permitiera empuñar una vez más las armas contra los fascistas.

El 26 de enero cayó Barcelona, capital de Cataluña. En encarnizados y duros combates de retaguardia, los internacionales protegieron hasta el último momento el torrente de evacuados que trataban de llegar a la frontera francesa. Los voluntarios alemanes, que pelearon hombro a hombro con sus hermanos españoles,



Monumento a los voluntarios alemanes de las Brigadas Internacionales caídos en España. Berlín (fragmento)

volvieron a sufrir graves pérdidas. Murió Karl Thoma (Ernst Blank), último comisario político de la 11ª Brigada Internacional. Los días 8 y 9 de febrero se pasó lista por última vez en tierra española a los voluntarios internacionales, que cruzaron luego la frontera francesa en Perthus y Port-Bou.

De los 5.000 antifascistas alemanes que se batieron al otro lado de los Pirineos, 3.000 no volvieron. Dieron su vida por España y por una Alemania auténticamente democrática. Los supervivientes prosiguieron la lucha allá donde los llevó el destino.

Con ayuda de los patriotas franceses, unos 150 ó 200 combatientes de las Brigadas Internacionales lograron fugarse de los campos de concentración y de las "compañías de trabajo" y, después de la invasión de Francia por los hitlerianos, se sumaron a la Resistencia francesa. Figuraron entre ellos Otto Kühne, Max Friedemann, Norbert Kugler, Ernst Buschmann, Werner Schwarze, Heinz Priess, Hans Kukowitsch, Kurt Weber, Fritz Fugmann, Max Brings, August Mahnke, Heinrich Schürmann, Walter Vesper y Franz Blume.

Las autoridades francesas enviaron a una parte de los internacionales alemanes al Norte de Africa, donde fueron internados

en un campo de concentración limítrofe con el Sahara. Más tarde, el Gobierno Petain satisfizo la petición de los hitlerianos de que les fuesen entregados los combatientes de las Brigadas Internacionales que se encontraban en los campos de concentración franceses. Franz Dahlem y Heinrich Rau figuraron entre los primeros reclusos del campo de concentración de Le Vernet que fueron entregados a la Gestapo. Cuando los fascistas ocuparon la zona meridional de Francia, los gestapistas encerraron en campos de concentración alemanes a muchos participantes de los combates en España.

Algunos combatientes alemanes de las Brigadas Internacionales consiguieron llegar a la Unión Soviética por diversos caminos y venciendo dificultades enormes. Unos continuaron la lucha antifascista en los frentes de la Gran Guerra Patria encuadrados en el Ejército Soviético o en unidades guerrilleras. Pueden citarse, entre otros muchos, los nombres de Erich Weinert, Willi Bredel, Gottfried Grünberg y Günther Tenner.

En la retaguardia del enemigo, en Polonia y Alemania, pelearon Otto Heppner, Hermann Massinger, Richard Hoffmann, Hermann Salinger, Bruno Kühn, Albert Hössler, Josef Zettler, Hermann Kramer, Ferdinand Greiner, Heinrich Rosskampf, Vincenz Porombka y Frank Zielasko. La mayoría de ellos fueron apresados en distinto tiempo por la policía hitleriana y la Gestapo y ejecutados. Gracias únicamente a la solidaridad de los reclusos del campo de concentración en que se encontraba quedó con vida Josef Zettler. Entre los pocos que no consiguieron descubrir los sabuesos de la Gestapo figuran Ferdinand Greiner y Vincenz Porombka.

Ex combatientes alemanes de las Brigadas Internacionales se incorporaron a las guerrillas en Yugoslavia, Grecia y otros países ocupados por los hitlerianos. Entre ellos se destacó especialmente Kurt Lohberger, entregado a la Gestapo cuando se hallaba internado en un campo de concentración francés. Lohberger fue enviado a Grecia formando parte de la unidad de castigo "999", pero se pasó a los guerrilleros y fue nombrado jefe de una centuria del destacamento antifascista alemán perteneciente a un regimiento del Ejército Popular de Liberación de Grecia (ELAS).

En numerosos países europeos y al otro lado del océano (por ejemplo, en México), los ex voluntarios alemanes en España actuaron en el movimiento Alemania Libre.

Hermann Geisen y Kurt Garbarini, ex combatientes de las Brigadas Internacionales, hicieron labor antifascista en 1941 en las unidades de la Wehrmacht que se encontraban en Bélgica. Pero fueron detenidos por la Gestapo, trasladados a Alemania y decapitados en la cárcel de Plötzensee, de Berlín. Herbert Tschäpe se fugó en la primavera de 1944 del campo de concentración de Sachsenhausen y actuó en una organización clandestina de la

Resistencia alemana bajo la dirección de Anton Salfkow, mas fue también detenido por la Gestapo y ejecutado. La misma suerte corrió Reinhold Mewes, miembro del grupo clandestino de Beppo Römer.

En las organizaciones clandestinas de la Resistencia, en los presidios y campos de concentración, allá donde se encontraran, los combatientes alemanes de las Brigadas Internacionales lucharon abnegada y valientemente contra la tiranía fascista.

Después de ser derrotado el fascismo alemán por el victorioso Ejército Rojo, los ex combatientes de las Brigadas Internacionales formaron en las filas de los "activistas desde el primer momento".

Los participantes en los combates antifascistas en España pueden enorgullecerse legítimamente de haber hecho su aportación al desarrollo de la sociedad nueva. Hoy, algunos ex combatientes de las Brigadas Internacionales son miembros del Comité Central del Partido Socialista Unificado de Alemania y de su Buró Político y están representados en el gobierno. Al frente del Ejército Popular Nacional se encuentra Heinz Hoffmann; muchos generales y altos oficiales de las Fuerzas Armadas de la RDA pelearon en las Brigadas Internacionales. Veteranos internacionales desempeñan cargos de dirección en la economía nacional, en la Sanidad y en la vida cultural de la RDA. El Comité de Luchadores Antifascistas Alemanes de la Resistencia y el Comité de Solidaridad con el Pueblo Español prestan apoyo moral y material a los que en España sostienen el combate contra el régimen de Franco.

La Alemania auténtica ha luchado, lucha y luchará siempre al lado del magnífico pueblo español hermano, por los nobles objetivos de la humanidad, por la independencia nacional, la paz, la democracia y el progreso.

ARGENTINA

A los pocos días de comenzar la sublevación de los generales fascistas contra la República Española, en la Argentina se constituyó el Comité de Ayuda al Gobierno del Frente Popular, que desplegó inmediatamente una gran actividad en todo el país. Uno de los fundadores del comité fue el Patronato Español de Ayuda a las Víctimas Antifascistas (PEAVA), creado durante el "bienio negro", período de triunfo temporal de la reacción en España después de ser sofocada la insurrección de los mineros asturianos en octubre de 1934. En el verano de 1936 comenzó a publicarse en la Argentina el semanario *La Voz de España,* titulado después *La Nueva España,* que ofrecía una información veraz de los acontecimientos españoles.

Los trabajadores de la Argentina consideraron como una causa propia y entrañable la lucha de la República Española por la libertad y la independencia. En los primeros días de agosto de 1936, los vecinos de la localidad de Coronel Dorrego, al suroeste de Buenos Aires, y los campesinos pobres de la provincia bonaerense reunidos en el Consulado de España decidieron constituir una Junta de Ayuda a la República Española. Teniendo en cuenta que a los campesinos pobres, que forman la mayoría de la población de la Argentina, les sería difícil contribuir con dinero, nació la idea de que lo hicieran con los productos de su trabajo. El éxito fue tan sorprendente que surgió la necesidad de gestionar un galpón para almacenar el trigo que entregaban al fondo de ayuda no sólo los campesinos, sino también obreros, panaderos y comerciantes. En la provincia del Chaco, así como en las zonas más pobres del país (Santiago del Estero y Misiones), se llevaron a cabo campañas similares con lana y algodón.

El amplio movimiento de solidaridad y de ayuda a la República Española fue encabezado por el Partido Comunista de la Argentina. A iniciativa suya, en agosto de 1936 se constituyeron 212 comités locales de ayuda al pueblo español en numerosas ciudades, entre las que figuran Santa Fe, Mendoza y Bahía Blanca.

Una forma de actividad de estos comités fue la campaña de raciones para los combatientes del Ejército Republicano. En febrero de 1937 participaron en ella 5.804 personas, que recogieron 52.080 raciones por valor de 16.144 pesos; en marzo del mismo año, el total de adheridos a la campaña ascendió a 18.306 y recogieron 114.480 raciones, cuyo monto importaba 34.558 pesos; seis meses después, 36.995 personas recogieron ya 328.406 raciones por una suma de 101.805 pesos.

El 7 de marzo de 1937 se envió por vez primera al fondo del Comité Sindical de Ayuda al Pueblo Español, que funcionaba en París, 18 fardos de ropa, 4 cajones de comestibles y 1.000 kilos de harina. A partir de aquel momento los envíos fueron continuos. En abril de 1938, la ayuda material a España se calculaba en seis millones de pesos, que al cambio de entonces representaban, aproximadamente, dos millones y medio de dólares. Para el 7 de noviembre de 1938 se habían enviado a España 30 toneladas de leche en polvo y condensada y remitido dinero a Francia con el fin de adquirir otras 30 toneladas.

Las manifestaciones obreras del 1 de Mayo de 1937 se efectuaron bajo la consigna de ayuda y solidaridad con España. Junto a las rojas banderas del proletariado y a las banderas argentinas, flameaban sobre los manifestantes las de la República Española. Encabezaban la columna ambulancias que debían después ser embarcadas para España. Fue también un acto multitudinario el recibimiento tributado al embajador español, doctor Osorio y Gallardo, al que acompañaron desde el puerto hasta la sede de la Embajada más de 5.000 personas. En el primer aniversario de la defensa de Madrid se celebró un gran acto en el Luna Park, al final del cual se hizo una colecta para comprar comestibles con destino a los combatientes del Ejército Republicano y a sus hijos.

Un año después de la sublevación en España, en la Argentina funcionaban ya centenares de comités: femeninos, juveniles, de ayuda sanitaria, de organizaciones de emigrados españoles, etc. Todos ellos estaban unidos por un común sentimiento de odio al fascismo y de admiración infinita por el heroísmo del pueblo español. Era necesario aumentar a toda costa la ayuda a la España combatiente. A ello exhortaban el Partido Comunista y la prensa progresiva y de ello se habló en los congresos provinciales de ayuda a España celebrados en Córdoba y Mendoza (mayo y julio de 1937) y, por último, en el Congreso Nacional, reunido clandestinamente del 7 al 9 de agosto del mismo año, en el cual se logró la unidad en la organización de la ayuda a España.

Más de diez organizaciones sociales aprobaron la decisión del Congreso de constituir la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE) para coordinar la labor de todos los comités. El acuerdo de constitución de la FOARE fue firmado por tres organizaciones de emigrantes españoles, cuatro provin-

ciales (de Córdoba, Rosario, Mendoza y Bahía Blanca) y cuatro nacionales. Poco después se adhirieron la Junta Argentina Pro Ayuda Sanitaria a España Republicana y el Centro Pro Repatriación de Españoles Republicanos. Con posterioridad, en enero de 1939, se celebró una asamblea plenaria de los organismos de la provincia de Buenos Aires que actuaban bajo la denominación de Amigos de la República Española, en la que se acordó adherirse a la FOARE. En las labores de la Federación participaron activamente numerosas personalidades políticas y sindicales.

Al constituirse la FOARE, el semanario *La Nueva España* pasó a ser órgano suyo. Su tirada regular era de 40.000 ejemplares y en algunos números llegaba a 90.000. Publicaba informaciones veraces sobre la marcha de las operaciones en España. Radio Mitre, de Buenos Aires, transmitía diariamente una audición del periódico *La Nueva España*, que fue prohibida más tarde por las autoridades.

En los primeros meses de actividad de la Federación se reunieron más de 167.000 pesos en efectivo y 18.000 en productos diversos. Por encargo del Comité Internacional de Coordinación y de Información para la Ayuda a España Republicana, la FOARE adquirió con sus propios medios lápices y cuadernos para los escolares españoles y las Milicias de la Cultura así como tabaco para los combatientes. Fueron enviadas al Ejército Popular 114.000 cajas de cigarrillos.

El 14 de abril de 1938, con motivo del aniversario de la República Española, la FOARE remitió 500.000 francos franceses al pueblo español en lucha.

En enero de 1938 se realizó una campaña de recogida de regalos para los niños españoles que habían perdido a sus padres durante la guerra. En abril del mismo año, en el aniversario de la República se celebró un acto multitudinario al que asistió el embajador español. En él participaron muchas y destacadas figuras de la cultura argentina. La visita a Buenos Aires del conjunto teatral español dirigido por la gran actriz Margarita Xirgu, en cuyo repertorio figuraban obras de Federico García Lorca, dio lugar a nuevas manifestaciones de solidaridad con la España republicana.

En el otoño de 1938 se celebraron mítines dedicados a la situación en España y se emitieron sellos especiales en favor de la República, que fueron comprados rápidamente por la población. El 12 de octubre (día del descubrimiento de América por Colón) se conmemoró en la Argentina como Jornada Nacional de Ayuda a España, con lo que comenzó la tercera campaña de invierno de ayuda a la República. Más de 50.000 personas desfilaron aquel día ante el Consulado General de España en Buenos Aires. El cónsul se vio obligado a recibir desde las 8 de la mañana hasta las 11 de la noche a delegaciones y visitantes particulares, que le

expresaron su solidaridad con la España combatiente. Aquel mismo día se celebró un gran mitin organizado por el Centro Republicano Español en la Argentina, en el que hizo uso de la palabra el embajador español. En la ayuda a España se sacrificaban los últimos centavos. Hubo casos en que trabajadores sin empleo se quitaban el abrigo y lo entregaban para enviarlo a la España republicana. Aquel día se recaudaron más de 10.000 pesos. Desde el 1 hasta el 22 de octubre de 1938 se reunieron en favor de la España republicana 620.000 francos franceses y se hizo un gran envío de víveres, ropa y calzado. El pueblo argentino —unos 12 millones de personas en aquel entonces— entregaba mensualmente, por término medio, tres millones de francos. Desde el comienzo de la guerra en España hasta octubre de 1938 se colectaron 50 millones de francos.

La actividad de la FOARE fue altamente valorada por el pueblo español y por el movimiento internacional de ayuda a España. Recibió mensajes de gratitud de los miembros del Gobierno republicano, de muchos jefes militares, de destacados intelectuales, de la Sección Española del Socorro Rojo Internacional, de las Juventudes Socialistas Unificadas y de entidades de ayuda a España de diversos países.

Diez días después del comienzo de la guerra en España, el 29 de julio de 1936, se reunió el Comité Central Confederal de la Confederación General del Trabajo, conjuntamente con los secretarios de los sindicatos de la ciudad de Buenos Aires. En dicha reunión se acordó remitir a la Unión General de Trabajadores de España un telegrama de solidaridad con su lucha contra el fascismo, en el que se decía: "La CGT de la República Argentina les hace saber que inicia una suscripción de carácter nacional entre las organizaciones afiliadas, cuyo importe se remitirá en breve a la UGT".

En los primeros días de agosto empezaron a llegar las primeras aportaciones de los sindicatos, así como de los obreros y empleados de empresas fabriles y casas de comercio. El 10 de agosto, la CGT remitió a la UGT el primer giro: 20.000 francos.

La CGT decidió constituir una Comisión General de Ayuda, la cual designó a su vez tres subcomisiones: de víveres y medicamentos, de ropas y calzado y de dinero y propaganda.

El 15 de enero de 1937 se envió a España: 10.000 kg de leche condensada; 1.000 cajones con 12 latas cada uno de corned beef, equivalentes a 144.000 raciones; 100 cajones con 12 latas cada uno de boibet-mouton, equivalentes a 1.400 raciones; 100 cajones de carnes en conserva, equivalentes a 1.400 raciones; 100 cajones grandes con ropa de abrigo y calzado, y 50 kg de caramelos para los huérfanos de guerra. Posteriormente se enviaron otros 1.000 cajones de corned beef con un total de 13.200 latas. La ayuda cegetista a España en abril de 1937 ascendió a 366.715 pesos.

En las campañas de ayuda participaron activamente todos los afiliados a los sindicatos, pero la dirección reformista de la CGT no dio a la labor de solidaridad la importancia necesaria. El 30 de abril de 1937, la Federación Obrera Nacional de la Construcción y el Sindicato de la Construcción de la Capital Federal convocaron un acto de solidaridad con la República Española, que llenó por completo el Luna Park y arrojó un beneficio de más de 100.000 pesos destinados a la ayuda. El llamamiento a donar el jornal de un día para el proletariado español encontró un eco entusiasta. Sin embargo, por culpa de los dirigentes reformistas de la CGT, este dinero no fue enviado al Gobierno popular de España.

Las organizaciones de residentes españoles en la Argentina desplegaron también una activa labor de ayuda a la República. Deben ser mencionadas, en este sentido, la Federación de Sociedades Gallegas, con diez filiales, que se distinguió por su espíritu unitario; el Comité Asturiano y la Comisión Valenciana de Ayuda al Gobierno Legítimo Español; el Casal Catalá, la organización Amigos de la República Española, y otras.

La heroica lucha del pueblo español por su independencia contribuyó a que surgiera en la Argentina el primer movimiento femenino de masas organizado en el país. En marzo de 1937 se celebró la asamblea constitutiva del Comité Argentino Pro Huérfanos Españoles, la primera organización femenina del país que participó con la mayor actividad en la ayuda al pueblo español. Durante el período de los combates por Madrid, este Comité colectó dinero para comprar ambulancias, las equipó por completo y las dotó del personal necesario. Más tarde fueron enviadas otras cinco ambulancias. En decenas de talleres improvisados en domicilios de ayudistas, laboriosas manos femeninas arreglaban la ropa usada que se recogía para España, hacían ropa nueva y tejían ajuares para bebés. Mujeres y niños colectaban dinero para comprar víveres destinados a los combatientes republicanos españoles. A finales de 1938 fueron enviados 5.000 juegos de ropa para niños confeccionados por las mujeres antifascistas.

Las mujeres participaron también activamente en la labor de los comités provinciales, aunque las autoridades y la policía las amenazaban a menudo con represalias. Así ocurrió, por ejemplo, en la localidad de Algarrobo, donde, a pesar de las constantes amenazas policíacas, las mujeres se destacaron por su actividad en el movimiento de ayuda a España y organizaron un Comité de Ayuda a los Niños Españoles.

La Junta Argentina Médica de Ayuda Sanitaria a España Republicana desarrolló una importante labor en el abastecimiento de medicamentos al Ejército Republicano. Con el concurso de trabajadores de la industria farmacéutica, médicos y enfermeras se montaron laboratorios donde se preparaban medicamentos. La

Junta ayudó asimismo a suministrar ambulancias tanto al Ejército Republicano como a los establecimientos médicos de retaguardia. Fueron enviadas a España 40 ambulancias totalmente equipadas, cada una de las cuales costó 5.000 pesos, es decir, más de 2.000 dólares al cambio de entonces. La última, que no pudo ya salir para España por haber sido derrotada la República, fue enviada a Chile con el fin de prestar servicio sanitario a los refugiados españoles llegados en el vapor *Winnipeg*.

La juventud de la Argentina, movida por el odio al fascismo, manifestó activamente su solidaridad con el pueblo español. La organización Jóvenes Amigos de España Leal, de Buenos Aires, agrupó en sus filas a jóvenes comunistas, socialistas y de otras corrientes políticas, incluidos numerosos hijos de emigrantes españoles. Muchachos, muchachas y escolares, muchos de los cuales se incorporaban por vez primera a la vida social del país bajo la bandera de la solidaridad, colectaron con entusiasmo dinero en las calles de las ciudades; colocaron claveles y espigas de trigo a los transeúntes, recabando un donativo; difundieron miles de insignias, tarjetas postales, volantes, folletos, etc., que denunciaban los crímenes del fascismo contra el pueblo español.

El 7 de noviembre de 1938, los estudiantes argentinos arrendaron especialmente los cafés centrales para que cuantos lo desearan pudieran tomar en ellos "la taza de café que Mola pensaba tomarse en Madrid el 7 de noviembre de 1936". Con ello se ridiculizaba la conocida declaración jactanciosa hecha en octubre de 1936 por el general fascista Mola de que Madrid caería de un momento a otro y él se tomaría un café en la Puerta del Sol. En el Club Avellaneda se organizó la subasta de "una escoba para barrer a Franco de España", que proporcionó 500 pesos al fondo de solidaridad con la República Española. Los días 5, 6 y 7 de noviembre de 1938 fueron jornadas de donativos para la España republicana. Esta campaña transcurrió bajo el signo de la unidad de la juventud.

En la provincia de Rosario, la Junta Pro Socorro y Reconstrucción de España publicó su propio periódico, *España Leal*. La colectividad hebrea organizó la Comisión Israelita de Ayuda al Pueblo Español, que editó un boletín bilingüe con una tirada de 16.000 ejemplares. Los ingresos que proporcionaba la venta del boletín eran entregados al fondo de ayuda. Alcanzaron gran difusión los periódicos *Galicia, España Republicana* y *Correo de Asturias*.

La editorial de la FOARE, *La Nueva España*, y las editoriales de otras organizaciones progresistas publicaron una serie de libros sobre España, dedicando en ellos una atención especial a la guerra nacional revolucionaria. Entre los libros que alcanzaron mayor popularidad figuran los siguientes: *Doy fe... Un año de actuación en la España Nacionalista*, del abogado español Anto-

Cementerio de combatientes de las Brigadas Internacionales en Fuencarral (Madrid)

nio Ruiz Vilaplana; *Campesinos de España en la lucha por la tierra y la libertad,* de Minlos; *España en Armas. Historia de la guerra civil de España de 1936 y estudio de sus causas sociales, políticas y económicas,* de Jarry Gannes y Theodoro Repard; *La Rosa Blindada,* de Raúl González Tuñón; *España Contra el Fascismo,* de Bernardo Edelman; *España, su lucha y sus ideales,* de Osorio y Gallardo, y otros. De cada uno de estos libros se hicieron tiradas de 5.000 a 10.000 ejemplares, poco habituales entonces en la Argentina.

Con el patrocinio de *La Nueva España* se proyectaron las películas *Corazón de España, Infancia Española* y *Tierra de España.* En la capital y en otras ciudades se organizaron exposiciones de fotografías que mostraban episodios de la lucha, ciudades arrasadas por los bombardeos de la aviación italiana y alemana, niños desamparados y hambrientos...

Miles de personas respondieron al llamamiento del Patronato Español de Ayuda a las Víctimas Antifascistas. Unas daban 50 centavos; otras, 80; algunas, hasta un peso. Era todo lo que tenían. Los argentinos respondieron igualmente a la iniciativa del Patronato de ayudar a los marinos españoles del *Cabo San Antonio,* que se habían apoderado del barco para evitar que la oficialidad lo llevase a puerto franquista y a quienes las autoridades argentinas habían detenido acusándolos de rebelión.

La colectividad italiana participó también activamente en el movimiento de solidaridad con España. Muchos italianos residentes entonces en la Argentina marcharon a España para incorporarse a las Brigadas Internacionales.

La ayuda enviada desde la Argentina al pueblo español en dinero, ropa, víveres, medicamentos y ambulancias alcanzó la cifra de más de cuatro millones de dólares, que representan hoy 1.400 millones de pesos argentinos. Por la importancia de esta ayuda, la República Argentina ocupó un lugar destacado entre todos los países del mundo.

Después de ser derrotada la República Española, la FOARE y la Junta Argentina de Ayuda a las Víctimas de la Guerra Española (que se había constituido en las postrimerías de la contienda), conjuntamente con las fuerzas democráticas de Chile, la Central Obrera de este país, el Comité Chileno de Ayuda al Pueblo Español y los partidos políticos que integraban el Frente Popular, consiguieron que se autorizara a 2.000 refugiados a residir en Chile. Fue preciso depositar previamente 3.000 francos por cada uno de ellos. Al mismo tiempo se concertó con el Comité Chileno de Ayuda al Pueblo Español la creación de un fondo de reserva para mantener a los refugiados hasta que encontrasen trabajo.

En el vapor *Winnipeg* llegaron casi 2.200 refugiados, y la FOARE, en cumplimiento del acuerdo concertado, giró al Comité Chileno de Ayuda más de un millón de pesos chilenos.

En los primeros meses de 1940 se celebró en Buenos Aires, en la clandestinidad, un Congreso de Solidaridad organizado por la Junta Argentina de Ayuda a las Víctimas de la Guerra Española. Lo presidió el escritor Juan Marinello, ilustre figura de la intelectualidad cubana, y asistieron a él delegados de casi todos los países de América Latina y de los EE.UU. En el Congreso intervino el poeta chileno Pablo Neruda. Se acordó continuar la campaña en favor de la República Española, intensificar el movimiento continental de solidaridad con las víctimas del fascismo, prestar ayuda a los refugiados y promover un gran movimiento de lucha contra el fascismo, que había desencadenado ya la segunda guerra mundial.

Los patriotas argentinos, y en primer lugar los comunistas, movidos por el sentimiento del internacionalismo proletario, acudieron en ayuda de España como combatientes de las Brigadas Internacionales. Y a España llegaron ilegalmente, arriesgando su vida, más de 500 voluntarios de la Argentina. Entre ellos había muchos emigrantes de otros países: trabajadores italianos de la construcción, ucranianos y polacos de los frigoríficos de las ciudades de Avellaneda y Beriso, yugoslavos de los pozos petrolíferos de Comodoro Rivadavia, españoles, búlgaros y alemanes de otras zonas industriales del país.

Los voluntarios argentinos combatieron en las unidades del Ejército Republicano y de las Brigadas Internacionales: en los batallones Thaelmann, Dombrowski, Garibaldi y otros.

Entre los voluntarios figuraban el comunista Ortiz, que mandó la 24ª Brigada del Ejército Republicano; el comunista Jungman, comisario de una compañía de la 13ª Brigada Internacional; Fanny Edelman, activista de la Sección Española del Socorro Rojo Internacional y en la actualidad miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina; José Belloqui, que fue teniente del Ejército Republicano y, después de la guerra, miembro del CC del PCA y secretario del regional de la provincia de Buenos Aires; Angel Ortelli, dirigente del Sindicato de la Construcción, que fue uno de los comisarios políticos de la famosa 11ª División; Elguer, comisario político en el Servicio de Sanidad del Ejército Republicano; Fierro, Raquel Levenson, Bernardo Edelman, José Manzanelli y muchos otros.

Entre los emigrados que partieron de la Argentina para España figuraban Max Doppler, que asumió el mando del legendario Batallón Thaelmann y murió en el frente; el capitán Sieloff, que había sido dirigente del Sindicato de la Construcción; el italiano Bonano, comisario de la Brigada Garibaldi; el español Manuel Seoane, obrero gráfico, que fue jefe de las guerrillas en Galicia y murió fusilado por los franquistas. Entre los latinoamericanos que, perseguidos en sus países, se refugiaron en la Argentina para luego marchar a España se encontraban el boliviano Valenzuela y su esposa, una comunista argentina, que murieron en la defensa de Madrid.

En el Servicio de Sanidad del Ejército Republicano trabajó hasta el último día de guerra un grupo de médicos argentinos.

Es imposible recordar a todos los que pelearon en España llevando muy alto la bandera de la solidaridad antifascista del pueblo argentino y de su clase obrera. Muchos voluntarios argentinos mantuvieron con honor las tradiciones de combate de las Brigadas Internacionales en los campos de concentración de Gurs y Argelès y las continuaron en la Resistencia francesa.

La epopeya del movimiento masivo de solidaridad de los trabajadores argentinos con el pueblo español durante su guerra nacional revolucionaria sigue siendo en nuestros días un brillante ejemplo para la joven generación en la lucha por la independencia nacional de la Argentina.

AUSTRIA

El general Franco, que encabezó la sublevación contra la República Española, representaba a unas fuerzas reaccionarias semejantes a las que en febrero de 1934 aniquilaron en Austria los últimos restos de democracia, apoyándose, como él, en las potencias fascistas. El 12 de febrero de 1934, los obreros de Austria empuñaron las armas para tratar de cerrar el paso al fascismo. Pero los destacamentos de los Schutzbund[1] y los comunistas, que actuaron junto con ellos, eran demasiado débiles, pues los dirigentes del Partido Socialdemócrata Austríaco y de los sindicatos no participaron en la lucha. La insurrección sufrió una derrota. El Partido Comunista y el Partido Socialdemócrata fueron declarados ilegales. Pese a ello, las fuerzas reaccionarias no consiguieron quebrantar la voluntad de lucha de los obreros. Cuando en España comenzó la gran batalla contra el fascismo, numerosos antifascistas austríacos —en primer término los participantes en los combates de febrero de 1934— vieron en ella una posibilidad, largamente esperada, de volver a empuñar las armas para derrotar al fascismo, esta vez en tierra española. Y formaron en las filas de los combatientes de las Brigadas Internacionales.

"¡Aprender de España!": así se titulaba un artículo sobre los acontecimientos españoles, aparecido en el número de marzo (1936) de *Rote Fahne*, órgano central del Partido Comunista de Austria. El periódico destacaba la extraordinaria importancia de la unidad de acción a que habían llegado en España el Partido Comunista y el Partido Socialista sobre la base de la lucha revolucionaria contra el fascismo, pues esta unidad era "el factor central que había unido a todos los verdaderos demócratas y amigos de la libertad en un solo Frente Popular Antifascista". La importancia del Frente Popular en España y el papel de la unidad

---

[1] *Schutzbund:* organizaciones armadas del Partido Socialdemócrata Austríaco constituidas en 1923 con fines de defensa frente a los destacamentos fascistas militarizados. — *N. de la Red.*

fueron comprendidos también por una parte de los socialdemócratas.

El 11 de julio de 1936, una semana antes del levantamiento de los generales franquistas, el canciller austríaco Schuschnigg firmó un acuerdo con Hitler. La revista teórica del Partido Comunista de Austria, *Weg und Ziel*, señaló en marzo de 1937 que el fascismo alemán, al reconocer formalmente la independencia de Austria, había sometido de hecho a sus designios la política exterior de dicho país con ayuda de este tratado. Los planes de Alemania e Italia respecto a España, ultimados ya para entonces en todos sus detalles, impelían a ambos países fascistas a conseguir con la mayor rapidez un *modus vivendi* en el problema austríaco.

Cuando el general Franco, vinculado a las potencias fascistas, se alzó contra la República Española, la Austria burguesa se puso al lado de los facciosos. Es cierto que el Gobierno austríaco proclamó oficialmente su no ingerencia en los asuntos de España, pero la prensa burguesa desencadenó, ya en los primeros días de la sublevación militar fascista, una campaña de hostigamiento contra la República Española. El diario oficioso *Weltblatt* expresaba su indignación a mediados de agosto de 1936 por el hecho de que "en los últimos días han aparecido en las páginas de algunos periódicos manifestaciones, más o menos veladas, de simpatía por el Frente Popular" y exigía que se encontraran "las vías y los medios para hacerlas cesar con la mayor rapidez". La Jefatura de Policía impuso una multa de 500 chelines e hizo una seria advertencia al periódico liberal burgués de Viena *Tag* por publicar noticias veraces acerca de la situación en los frentes de España.

Unicamente la prensa obrera clandestina publicaba informaciones sobre la ayuda militar austríaca a Franco, que, por razones obvias, estaban muy lejos de ser completas. Por ejemplo, el periódico *Arbeiter-Zeitung* comunicó el 4 de septiembre de 1936 que la casa vienesa Gräf und Stift había vendido a los sublevados y embarcado para ellos en Trieste 40 tanques. El 19 de noviembre de 1936, el boletín *Pressedienst der Roten Fahne* dijo: "Se nos informa de fuentes fidedignas que en la fábrica de municiones de Hirtenberg se trabaja ahora en tres turnos de ocho horas. El 40% de la producción está destinado a los sediciosos españoles. Las remesas de munición se hacen a Portugal por conducto de la compañía de transporte Mathias Rothe, de Hamburgo".

El Gobierno de Austria propició también el reclutamiento de austríacos para el ejército de Franco. En las tropas de los sublevados había nazis austríacos no sólo llegados a Alemania y enrolados allí en la Legión Cóndor, sino también reclutados en la propia Austria. Según noticias del *Pressedienst der Roten Fahne* del 23 de diciembre de 1936, por iniciativa de la Acción Católica de la

Nobleza habían sido enviados a España cerca de 200 austríacos para engrosar el ejército faccioso. Rudolf Penz, oficial de los "destacamentos de defensa" fascistas (Heimwehr) de Innsbruck, regresó de España a Austria con el fin de reclutar allí nuevos mercenarios. Cada uno de ellos recibía 100 chelines, pasaje gratis (en ferrocarril hasta Génova y, después, en barco) y una póliza de seguro de vida, que era entregada a sus familiares.

Los grandes industriales y financieros recaudaron dinero para comprar armamento a los sublevados.

De los 1.700 antifascistas austríacos que pelearon en España, la mayoría llegó directamente de Austria. Muchos de ellos habían adquirido conocimientos militares elementales en los destacamentos de los Schutzbund y en los grupos de autodefensa obrera comunista. Además, los participantes en los combates de febrero de 1934 tenían cierta experiencia militar.

En cuanto el pueblo español se alzó a la lucha, acudieron también en su ayuda muchos de los componentes de los Schutzbund que habían encontrado asilo político en la Unión Soviética al ser aplastada la insurrección de febrero.

La inmensa mayoría de los voluntarios austríacos pertenecían al Partido Comunista o a la Unión de Juventudes Comunistas. En las Brigadas Internacionales podía verse asimismo a socialistas revolucionarios[2] y sin partido.

El doctor Julius Deutsch (miembro de la Dirección del Partido Obrero Socialdemócrata y en el pasado dirigente de los Schutzbund, llegado a España procedente de Checoslovaquia, donde estaba emigrado, y nombrado al poco tiempo general del Ejército Republicano) dijo en el periódico *El Voluntario de la Libertad,* órgano de las Brigadas Internacionales: "En esta gran lucha han desaparecido por sí solas las contradicciones que existían hasta ahora entre los antifascistas. Aquí, en España, el hecho de que uno haya sido en el pasado socialista o comunista carece hasta tal extremo de importancia que en el resto de Europa es casi imposible imaginárselo"[3].

Está claro que en la actividad práctica existían algunas divergencias entre comunistas y socialistas y surgían ciertas dificultades. Después del putsch del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) en Barcelona, en mayo de 1937, aparecieron serias contradicciones respecto a la actitud ante el trotskismo; sin embargo, no repercutieron en las relaciones entre los combatientes de las Brigadas Internacionales.

En la propia Austria, las organizaciones obreras clandestinas

---

[2] Después de ser derrotados los Schutzbund en febrero de 1934 y prohibirse el Partido Socialdemócrata, las organizaciones socialdemócratas clandestinas adoptaron la denominación de "socialistas revolucionarios".

[3] *Le Volontaire de la Liberté*, 17.III.1937.

—los socialistas revolucionarios, el Partido Comunista, la Sección Austríaca del Socorro Rojo Internacional (SRI) y los Sindicatos Libres— actuaron invariablemente en apoyo de la República Española y su unidad de acción continuó. En una declaración conjunta del PCA y del partido de los socialistas revolucionarios, aprobada a fines de 1936, se decía: "Los Comités Centrales de ambos partidos coinciden plenamente en seguir apoyando la lucha del pueblo español... y acrecentar la ayuda. Aplauden todas las acciones de solidaridad del movimiento obrero internacional... especialmente la ayuda política, moral y material que prestan al pueblo español el Gobierno soviético y los pueblos de la URSS"[4].

En septiembre de 1936, el Partido Comunista empezó a enviar grupos de voluntarios a las Brigadas Internacionales. La organización de esta labor, nada fácil, la asumió Johann Koplenig. La policía y los guardafronteras detenían a todos los sospechosos que cruzaban la frontera y, en la mayoría de los casos, los enviaban a un campo de concentración. Fueron muchos los que llegaron a Suiza a través de las montañas, haciéndose pasar por alpinistas o esquiadores. Hubo que proporcionar documentos falsos a los antifascistas vigilados por la policía o carentes de pasaporte. Los voluntarios austríacos estaban dispuestos a hacer todos los sacrificios materiales que fuesen necesarios para llegar a España y muchos de ellos vendieron lo que tenían. Por ejemplo, el joven tirolés Max Bair, cuya historia ha relatado Egon Erwin Kisch, vendió sus vacas y con el dinero así obtenido costeó el viaje a España no sólo de él, sino también de algunos amigos suyos.

En medio del terror fascista, la solidaridad internacional masiva de los austríacos podía manifestarse casi exclusivamente en las colectas clandestinas para el Fondo de Ayuda a España, lo que requería también grandes esfuerzos, abnegación y valentía. Es preciso señalar que el paro forzoso en masa y los bajos salarios limitaban, como es natural, la cuantía de los donativos en dinero.

El siguiente hecho testimonia las persecuciones de que eran objeto por las autoridades quienes expresaban su solidaridad con la lucha del pueblo español. El 24 de agosto de 1936, el obrero sin trabajo Thomas Hofer, de Knittelfeld, fue delatado a la policía por hacer colectas para España. El acusado confesó que había recaudado 2,6 chelines (suma que entonces equivalía a la remuneración de tres horas de trabajo según tarifas bajas). El Tribunal Militar de la ciudad de Leoben le condenó a dos años de presidio "por alta traición". La sentencia contenía la siguiente motivación: "Por cuanto Hofer recaudaba dinero para España, es evidente que lo hacía por encargo del Partido Comunista. Semejantes colectas deben ser consideradas como propaganda de

[4] *Pressedienst der Roten Fahne*, 3.XII.1936.

las ideas comunistas en Austria, lo que constituye un delito de alta traición"[5].

"Desde febrero de 1934, ningún acontecimiento ha tenido tan profunda repercusión en las empresas como el movimiento de solidaridad con el pueblo español —dijo el periódico *Tribunal*, órgano de la Sección Austríaca del SRI, en su número 9-10 de 1936—. Los obreros austríacos están haciendo verdaderos milagros de solidaridad". Y como ilustración citaba el siguiente ejemplo. En las fábricas de automóviles y armamento de Steyr, los obreros se negaron a recaudar fondos para una escuadrilla del ejército austríaco y acordaron entregar cada uno un chelín en favor del Frente Popular español. Se hicieron colectas en casi todas las empresas del distrito vienés de Floridsdorf y en todas las fábricas de construcciones mecánicas de la capital. Reunieron una suma considerable los tranviarios de Viena. En las organizaciones distritales del PCA, la colecta transcurrió bajo la divisa de "Cada distrito, una ametralladora para el Frente Popular español". Los presos políticos de una cárcel de Viena reunieron 10 chelines y los hicieron llegar en secreto al Fondo de Ayuda a España.

En respuesta, el gobierno recurrió a represiones policíacas. El 15 de septiembre de 1936, según noticias publicadas en *Arbeiter-Zeitung* el día 27 del mismo mes, la policía detuvo por recaudar donativos a 12 activistas sindicales, así como a otros 18 obreros de la empresa Siemens-Schuckertwerke, en Engerthstrasse, y de la fábrica de cables de Leopoldau (distrito de Viena. —*N. de la Red.*). Los obreros se declararon en huelga. La policía rodeó las fábricas y practicó nuevas detenciones. En vista de ello, los obreros de la fábrica Austro-Fiat, en prueba de solidaridad, declararon una huelga de dos horas, consiguiendo que parte de los detenidos fueran puestos en libertad. El 4 de octubre de 1936, el mismo periódico informó de haberse efectuado detenciones en las fábricas Shuttleworth, en la almazara de Viena, en el depósito central de tranvías de Viena-Simmering, en Trauzl, en el ferrocarril de Floridsdorf y en las fábricas Alpine-Donawitz. El 2 de noviembre fueron detenidos 28 tranviarios en el distrito de Brigittenau.

Sin embargo, ninguna acción policíaca pudo contrarrestar la solidaridad internacional. La constante labor explicativa de las organizaciones obreras clandestinas mantuvo a un alto nivel la conciencia antifascista. No hubo un solo periódico clandestino central, local o de fábrica que no dedicase gran espacio a las informaciones sobre España, al movimiento de solidaridad y a las cartas de los voluntarios austríacos. Ni siquiera las duras condenas impuestas por los tribunales austríacos pudieron detener el

[5] *Arbeiter-Zeitung*, 18.X.1936.

Facsímiles de sellos vendidos clandestinamente por el Partido Comunista de Austria en ayuda de la España Republicana. 1936

movimiento de solidaridad. He aquí un ejemplo, tomado de *Arbeiter-Zeitung* del 18 de octubre de 1936: "El aprendiz de carpintero Peter Draxler, de Mürzzuschlag, ha sido condenado en Leoben a cinco años de presidio por habérsele encontrado una hoja contra Franco. En ella no se decía ni una palabra de Austria: ¡estaba dirigida únicamente contra Franco, Hitler y Mussolini! ¡Mas eso ha sido suficiente para que se le condene a cinco años de presidio!"

Debe señalarse que los antifascistas austríacos prestaron gran ayuda a los internacionalistas de otros países que se dirigían a España a través de Austria.

Antes ya de que se formaran las Brigadas Internacionales, los austríacos pelearon contra los fascistas en tierra española encuadrados en la Centuria Thaelmann. Entre ellos figuró el joven comunista vienés Franz Hrejsemnou, que consiguió llegar a España ya en los primeros días de la sublevación fascista; más tarde participó en la defensa de Madrid, formó parte de un destacamento de exploración alpino, después fue tanquista y cayó en Brunete en el verano de 1937. En la misma centuria peleó también el estudiante de Medicina vienés Pepi Schneeweiss, socialista, uno de los primeros que marchó a España por su cuenta y riesgo.

Después, los voluntarios antifascistas empezaron a partir para España en grupos, principalmente a través de París, donde la organización de su viaje ulterior la dirigió durante mucho tiempo, por encargo del PCA, el conocido escritor austríaco Otto Heller (muerto más tarde en un campo de concentración nazi).

En octubre de 1936 comenzaron a llegar a España los primeros grupos organizados de antifascistas de distintos países, comprendida Austria. De uno de ellos formaba parte Adolf Reiner (cuyo verdadero nombre era Anton Dobritzhofer), ajustador mecánico de Viena que había mandado una compañía del Regimiento Carlos Marx de los Schutzbund. En diciembre de 1936 participó en la defensa de Madrid como tirador de ametralladora y durante la batalla del Ebro, en el verano de 1938, mandó la 11ª Brigada Internacional con el grado de comandante.

El primer jefe de la 11ª Brigada Internacional, general Kleber (Manfred Stern), que desempeñó un relevante papel en la organización de la defensa de Madrid en el otoño de 1936, nació y se crió también en Austria. De 1936 a 1938 combatió en España el comandante Kurt (Josef Dycka), que en 1934 y 1935 había sido uno de los dirigentes de las organizaciones clandestinas de los Schutzbund. Durante la ofensiva de Brunete fue jefe del Estado Mayor de la 35ª División; murió en la segunda guerra mundial peleando en un destacamento guerrillero soviético contra las tropas hitlerianas.

La mayoría de los voluntarios austríacos en España lucharon en las filas del Batallón Chapáev, de la 13ª Brigada Internacional, y en la 11ª Brigada. Se revelaron especialmente como magníficos tiradores de ametralladora. Podía encontrárselos en todas las armas, exceptuada la marina, en las secciones más diversas. Los pilotos de caza Hans Dobias y Walter Korous, antiguos combatientes de los Schutzbund, defendieron el cielo de España; el doctor Walter Fischer fue comandante de Sanidad en las Brigadas 11ª y 15ª y, después, en la 3ª División; el doctor Fritz Jensen, con el grado de comandante, fue primero médico —jefe de la

Grupo de voluntarios austríacos del Batallón Thaelmann. Mayo de 1937

13ª Brigada y, más tarde, dirigió el centro médico de Benicasim. En las unidades del Ejército Republicano prestaron servicio muchos médicos y enfermeras austríacos.

El comandante Adolf Fischer (Hugo Müller) mandó el Batallón de Ametralladoras de la 33ª División; Laurenz Hiebl, un batallón español de la 35ª División; el ingeniero Leopold Knopp, un batallón de la 14ª Brigada; el comandante Fritz Tränkler, una unidad de zapadores: el doctor Heinz Dürmayer, uno de los jefes de los Schutzbund clandestinos, fue comisario de una unidad de la 15ª Brigada; el capitán Franz Willinger sirvió en el XVI Cuerpo de Ejército; Rudolf Had, ex combatiente de los Schutzbund, mandó la Batería Thaelmann; Franz Hirschmann actuó como instructor en la 3ª División; Ferdinand Erb peleó en la 122ª Brigada; Leopold Mallina fue jefe del Estado Mayor de la 86ª Brigada, a la que pertenecía un batallón internacional.

En la Compañía Internacional de Blindados, los austríacos formaban el grupo nacional más numeroso. Lo mandaba Sepp Mittermaier, de Linz. En un grupo guerrillero que operó en la zona de Don Benito, cerca de la frontera portuguesa, combatieron cerca de 20 alpinistas austríacos al mando de Hias Hitzenberger. En el Regimiento de Tanques Rápidos, en el que Leo Dank (Hermann Neissl) fue comisario de batallón, pelearon varios oficiales: Toni Sandmann, los hermanos Franz y Willy Etz y Alfred Ruzicka. En un folleto publicado entonces en España con el título

de *Los combates de febrero,* Ruzicka dijo lo siguiente de un voluntario austríaco de las Brigadas Internacionales: "El camarada Josef Kavka, al que nosotros llamábamos Joschka, tenía 25 años. Era un obrero de abolengo. Los dos años últimos había servido en el Ejército Austríaco. En noviembre de 1936 vino a España. En el tercer aniversario de los heroicos combates de febrero en Viena cayó defendiendo al pueblo español y la democracia internacional".

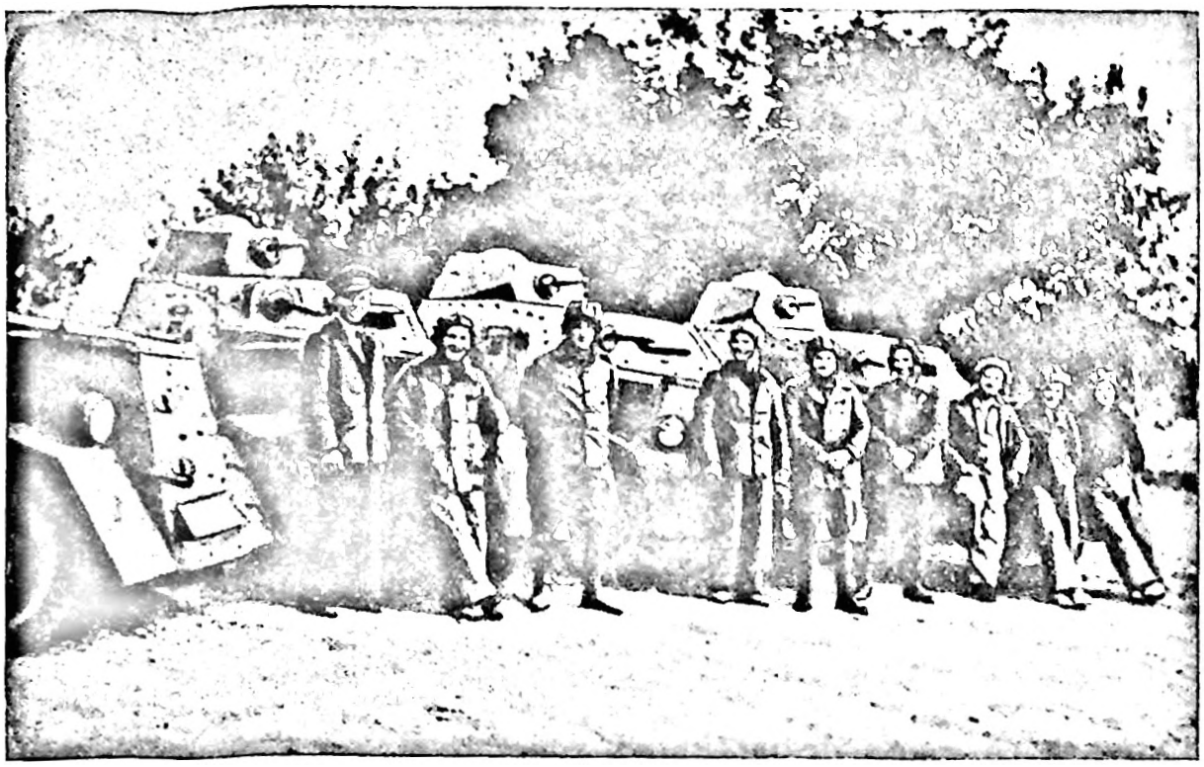
Lucharon también heroicamente otros antifascistas austríacos miembros de las Brigadas Internacionales cuyos nombres no hemos citado aquí. Cerca de 700 voluntarios austríacos reposan para siempre en tierra española. Muchos de los que salieron con vida de los combates en España cayeron más tarde en la lucha activa contra los nazis alemanes o murieron en campos de concentración.

El 11 de noviembre de 1936 llegaron a Albacete 625 internacionales. Se formó con ellos el Batallón Chapáev, que quedó incorporado a la 13ª Brigada. Tras un breve período de instrucción, la brigada fue enviada al sector de Teruel para participar en la ofensiva. El asalto de la ciudad, repetido siete veces, y luego 24 días de defensa de las posiciones conquistadas: tales fueron los primeros hechos de armas del Batallón Chapáev, en los que recibieron su bautismo de fuego muchos austríacos, en primer término, los integrantes de la Compañía de Ametralladoras. Durante los combates, el abanderado del batallón fue el vienés Franz Luda; resultó gravemente herido y hubo que amputarle ambas piernas.

El 13 de febrero de 1937, después de caer Málaga, la 13ª Brigada fue trasladada como refuerzo al Frente Sur. El doctor Fritz Jensen ha descrito así el camino hacia el frente: "Recorremos muy despacio los 180 kilómetros que separan a Almería de Adra. La carretera está atestada de gente: milicianos, ancianos, niños... Después entramos en Adra. La población carga en sus borriquillos el ajuar doméstico. Entran nuestros primeros camiones. Los soldados echan pie a tierra, forman y empiezan a cantar... Todos recobran el ánimo. No sólo la población, sino también los milicianos. Invitamos a que ingresen en el Batallón Chapáev cuantos lo deseen. Se incorporan más de 250 hombres..."

Desde fines de febrero hasta fines de junio de 1937, el Batallón Chapáev combatió en las montañas de Sierra Nevada (a más de 3.000 metros de altura sobre el nivel del mar) cerca de Valsequillo y La Granjuela y (en medio de un calor espantoso) junto a Peñarroya.

"El Batallón Chapáev ocupó posiciones en las montañas de Sierra Nevada, de difícil acceso —escribió Julius Schacht (Heinrich Fritz), comisario de la Compañía de Ametralladoras—. Gran parte de los camaradas austríacos estaban acostumbrados al relieve montañoso y esto les ayudó mucho...



Voluntarios austríacos de una compañía de autos blindados

Un día, a las seis de la madrugada, me puse en marcha con un jefe de sección para inspeccionar el emplazamiento de las ametralladoras en lo alto de una montaña. Fuimos a caballo y sólo a las 12 del día vimos a los servidores de las ametralladoras... No tenían tiendas de campaña, y lo único que pudimos hacer es prometerles que gestionaríamos en el pueblo mantas, abrigos y esclavinas para los combatientes. Días antes habían soportado una tempestad de nieve. Carecían de refugios. Las mantas y la ropa estaban empapadas... Y a pesar de eso, deberían esperar el relevo todavía una semana".

La 13ª Brigada fue relevada después de cuatro meses y medio de combates, pero no descansó, sino que se la envió al Frente del Centro para participar en la ofensiva de Brunete. El 7 de julio, el Batallón Chapáev intervino en el asalto de Villanueva de la Cañada. Más tarde, la 13ª Brigada pasó el río Guadarrama y ocupó combatiendo las posiciones fascistas en las lomas de la orilla oriental. Durante esta operación sufrió grandes pérdidas y luego fue disuelta. Los voluntarios austríacos se incorporaron al 4º Batallón de la 11ª Brigada Internacional.

Los austríacos combatieron en esta brigada desde su formación. Uno de ellos, Gustav Szinda, que la mandó más tarde, comenta en su libro *La 11ª Brigada* dos episodios de la batalla del Jarama:

"Los fascistas atacaron el 15 de febrero de 1937 en el sector que defendía el Batallón Thaelmann... Muchos amunicionadores resultaron heridos; otros no podían llegar a la primera línea porque los fascistas habían organizado una fuerte barrera de fuego. En vista de ello, el bracero austríaco Johann Mayer, de 24 años, se ofreció voluntario para hacer llegar la munición. Abasteció de cartuchos y bombas de mano a una compañía de ametralladoras y a dos de infantería... Salvó la vida a numerosos camaradas heridos, sacándolos del campo de batalla... El desenlace del combate del 15 de febrero dependió de Mayer, pues el amunicionamiento desempeñó aquel día un papel decisivo. Johann Mayer cayó en marzo del mismo año en los combates de Brihuega.

Si Johann Mayer fue el héroe del 15 de febrero, varios días después realizó una hazaña su compatriota Adolf Reiner (posteriormente jefe de la brigada). Durante un ataque de los carros blindados fascistas, se arrastró hacia ellos cien metros con un fusil y balas perforadoras y puso dos fuera de combate. Esto sembró el pánico entre las tripulaciones de los demás tanques, que retrocedieron".

En aquellos días, los antifascistas austríacos apoyaron en su país a los compatriotas que peleaban en España. Los Comités Centrales del PCA y de las organizaciones de socialistas revolucionarios llamaron al pueblo austríaco a conmemorar el aniversario de los combates de febrero en Austria, haciendo de febrero un mes de colectas para las Brigadas Internacionales[6].

Después del Jarama, los voluntarios austríacos combatieron cerca de Guadalajara, formando parte de la 11ª Brigada Internacional, contra las divisiones motorizadas italianas. Participaron tanto en la defensa como en la contraofensiva, durante la cual el Ejército Popular derrotó en toda la línea a cuatro divisiones italianas. Más tarde, los austríacos tomaron parte en el combate de Utande. En julio de 1937 vivieron un día memorable: en la 11ª Brigada se formó un batallón austríaco. Este hecho, además de significar un reconocimiento de los méritos de guerra de los voluntarios austríacos, tuvo gran importancia para la lucha antifascista en Austria.

Los combatientes austríacos decidieron dar a su batallón el nombre de "12 de Febrero de 1934". Juraron solemnemente pelear hasta la última gota de sangre por la libertad y la independencia de la España republicana, con plena conciencia de que ello serviría de magnífico ejemplo para la lucha liberadora del pueblo austríaco. Varios días después, las tropas republicanas pasaron a la ofensiva en el sector de Brunete. El Batallón 12 de Febrero recibió su bautismo de fuego en esta operación. Debido a la escasez de armamento, sobre todo de ametralladoras, estuvo al comienzo

---

[6] Véase *Pressedienst der Roten Fahne*, 5.II.1937.

en reserva; pero cuando las tropas atacantes fueron contenidas por el enemigo delante de Quijorna, el batallón austríaco recibió la orden de pasar a la ofensiva. Tras un victorioso ataque, el tercero, contra el cementerio —en el que se habían atrincherado 600 moros—, se capturaron más de cien prisioneros. Los voluntarios austríacos se apoderaron de numerosos fusiles y otros trofeos, entre los que figuraba gran cantidad de munición, tan necesaria en aquellos momentos. El Batallón 12 de Febrero resistió con todo éxito la primera prueba. El Mando de la división expresó su gratitud a los combatientes de la 11ª Brigada por haber liberado Quijorna.

En agosto de 1937, el Batallón 12 de Febrero volvió a distinguirse, esta vez en el Frente de Aragón. Durante el asalto de Quinto, los voluntarios austríacos se apoderaron de una batería de artillería enemiga y fueron destacados de nuevo por el Mando. Cuando los fascistas hicieron esfuerzos desesperados para liberar a la guarnición de Belchite, cercada por las tropas republicanas, el Batallón 12 de Febrero y otras unidades de la 11ª Brigada les cerraron el paso y rechazaron todos sus ataques junto a Mediana.

Hasta el final mismo de la guerra no hubo una sola batalla de importancia en la que no participase la 11ª Brigada y, dentro de ella, el Batallón 12 de Febrero. Durante la segunda operación de Teruel, en enero de 1938, el batallón rechazó semanas enteras los ataques de fuerzas fascistas superiores en número. En el sector del frente cubierto por los voluntarios austríacos se sucedieron los ataques fascistas, apoyados por tanques y aviones, pero los voluntarios se replegaron sólo después de ordenárselo el Alto Mando.

El batallón sufrió grandes pérdidas durante los combates. En el asalto de Quinto fue muerto el comisario Willi Soukup, querido por todos. En Teruel cayeron como héroes el comunista Paul Zimmermann (Karl Kaspar), subcomisario del batallón, y otros muchos camaradas.

El batallón peleó con el mismo heroísmo cuando el enemigo rompió los frentes de Aragón y de Levante. En marzo de 1938, durante los duros combates defensivos al replegarse las tropas del Frente de Levante, los internacionales austríacos conocieron la amarga noticia de que su patria había sido ocupada por la Alemania hitleriana. "Tanto más motivos tenemos para pelear contra el fascismo y derrotarlo aquí, en España: tal fue la reacción de los voluntarios del Batallón 12 de Febrero.

En esta unidad lucharon también españoles, alemanes y combatientes de otras nacionalidades. La mandaron en momentos diferentes no sólo austríacos —los comandantes Karl Bauer, Emil Reuter, Franz Berger, Adolf Reiner y el capitán Karl Rimbach—, sino también alemanes: el capitán Harry Hellfeld y el comandante Willy Benz. Fueron comisarios suyos los austríacos Leo Wurzel

(Lorenz Mraz) y Paul Steiner (Peter Hofer), el alemán Walter Knobloch y el español Vicente S. Bordes. En el batallón se creó una sólida confraternidad de armas internacional.

Los organizadores del Batallón 12 de Febrero. En el centro, Franz Honner

A mediados de octubre de 1937, en una aldehuela del Frente de Aragón se celebró una asamblea del batallón. Su comisario, Paul Steiner, la describió así: "En un cerro, junto a los muros de una iglesia, celebramos nuestra reunión. Quinientos camaradas de distintas nacionalidades forman apretadas filas... Oscurece durante la lectura de una carta a la patria (en la que exhortamos a la unidad de las fuerzas antifascistas de Austria). Nos vemos obligados a encender una vela, y esto da a la asamblea mayor solemnidad y seriedad. Cuando el presidente pone a votación la carta, se alzan quinientos puños cerrados. La carta es aprobada por unanimidad. Los camaradas españoles gritan: "¡Viva la unidad!" La reunión termina cantándose *La Internacional*".

Cuando el ejército hitleriano ocupó Austria en marzo de 1938, algunos antifascistas lograron huir del país. La afluencia de austríacos a las Brigadas Internacionales aumentó de nuevo. Había entre ellos activistas del Partido Comunista, que pelearon en el batallón austríaco como soldados rasos en la última gran ofensiva del Ejército Republicano en el Ebro.

El teniente Julius Schindler, ayudante del jefe del batallón, recuerda en sus memorias: "El 24 de julio de 1938, por la noche, el batallón pasó el río cerca del pueblo de Vinebre y al amanecer tomó la pequeña ciudad de Ascó. Desde allí avanzó hacia Fatarella, derrotando sobre la marcha a varios grupos fascistas. El 28 de julio atacó tres veces, pero sin resultado, las alturas de Gandesa-Batea. Al día siguiente fue herido el jefe de la brigada, Otto Flatter (Ferenc Münnich). El 12 de agosto se nombró para sus-

tituirle al comandante Adolf Reiner. Pasó a mandar el batallón el comandante alemán Willy Benz".

Los días 17 y 18 de agosto, el Batallón 12 de Febrero atacó cinco veces la cota 481 en la Sierra de Pandols. No se consiguió tomarla, pero la brigada mejoró notablemente sus posiciones en la carretera de Tortosa a Gandesa. Del 7 al 23 de septiembre, junto a la cota 565, la brigada rechazó incesantes ataques de los fascistas, que disponían de gran cantidad de artillería y tanques. El 12 de septiembre, el batallón austríaco, que había relevado al Batallón Thaelmann, se encontraba en primera línea y desde el amanecer hasta altas horas de la noche rechazó, bajo un fuego continuo, todos los ataques del enemigo.

El 24 de septiembre pasó a la reserva la 11ª Brigada. El Batallón 12 de Febrero tuvo muchas bajas en el Ebro. Al comenzar la operación contaba con 500 hombres de distintas nacionalidades; al terminar, sólo quedaban en él 122 soldados y oficiales aptos para el combate. Entre los caídos figuraban Fabian (Rudi Auerhan), ex director del periódico *Rote Fahne;* el teniente Franz Zartl, que había peleado en los Schutzbund; el capitán Fritz Mitter, de la Alta Austria; el brigada Hans Wagner, y Víctor Lendhardt, de Estiria.

La retirada del batallón de la primera línea coincidió con la orden del Gobierno español de licenciar a los voluntarios internacionales que combatían en el Ejército Republicano. Resultaba duro separarse de los camaradas españoles. Los austríacos, como los demás combatientes de las Brigadas Internacionales, estaban plenamente decididos a proseguir la lucha contra el fascismo. Ernst Blank, comisario de brigada, escribió en el periódico *Pasaremos:* "Ayer estuve en el Batallón 12 de Febrero cuando nuestros camaradas hicieron la promesa fraternal de seguir luchando como hasta ahora por la causa de España, por la paz y la libertad de los pueblos. Este juramento de nuestros hombres no son palabras hueras".

Los austríacos desmovilizados de la 11ª Brigada permanecieron hasta fines de enero de 1939 en una aldehuela no lejos del río Ter, en Cataluña. No podían regresar a su patria y ningún país "democrático" de Occidente quería darles entrada en su territorio. La República retiró del frente a los internacionales, en tanto que Hitler y Mussolini, incumpliendo la promesa que habían hecho, reforzaron sus tropas que actuaban en España. A fines de enero, las divisiones motorizadas italianas, y tras ellas las unidades de Franco, se acercaron a Barcelona. Decenas de miles de mujeres, niños, ancianos y heridos llenaron los caminos que conducían a la frontera francesa.

El 23 de enero de 1939, los internacionales licenciados volvieron a empuñar las armas para cubrir la retirada de los republicanos. Los austríacos, mandados por el comandante Adolf Fi-

scher, entraron en combate. El 24 de enero, los pilotos fascistas bombardearon las posiciones del batallón austríaco, que el 3 de febrero sostuvo su último combate contra las tropas italianas en las cercanías de Gerona. Un grupo de 28 austríacos al mando del teniente Hans Hertl defendió el puente ferroviario sobre el río Ter hasta que se vio obligado a volarlo para detener el avance de los italianos. El 9 de febrero, los 28 austríacos, después de haber cumplido con su deber, cruzaron la frontera francesa cerca de Port Bou.

Al terminar la guerra de España, parte de los combatientes de las Brigadas Internacionales encontraron asilo en la Unión Soviética. Otros consiguieron que se les autorizara la entrada en Inglaterra y en los Países Escandinavos. Pero la mayoría quedaron en Francia y fueron a parar a los campos de concentración de Saint-Cyprien, Gurs, Vernet y Argelès. Algunos austríacos se fugaron de ellos y vivieron clandestinamente en Francia. En el campo de Gurs quedaron 450 austríacos. Para elevar su instrucción general y política organizaron allí una escuela, que frecuentaban unos 300 hombres.

Las autoridades francesas querían desembarazarse de los combatientes de las Brigadas Internacionales y exigían que se marcharan al Norte de Africa o a su patria, que formaba ya parte del "Tercer Reich". Trasladaron a los austríacos al campo de concentración de Argelès, donde sus barracas fueron rodeadas por dos compañías de la Guardia Móvil. Los internacionales se veían obligados a marchar por la fuerza a Africa para, según se les dijo, construir allí un ferrocarril. En realidad, lo que les esperaba en tierras africanas era el enganche en la Legión Extranjera. Pero los austríacos opusieron resistencia y varios de ellos fueron encarcelados.

Después de la derrota de Francia, los oficiales de la Comisión Alemana de Armisticio exhortaron a los austríacos a repatriarse, asegurándoles que no serían perseguidos al volver a su país. Los combatientes del Batallón 12 de Febrero no se hacían ilusiones a este respecto, pero querían continuar la lucha contra Hitler en su propia patria, y no marchar a Africa. Ante este dilema, la mayoría de los reclusos de Argelès y una parte de los de Vernet, con la conformidad de los organismos dirigentes de sus partidos, decidieron repatriarse. Sin embargo, fueron pocos los que consiguieron quedar en libertad.

Casi todos los repatriados cruzaron el 1 de mayo de 1941 las puertas del campo de concentración de Dachau. Mas también en los campos de concentración prosiguieron la lucha contra el fascismo. Gracias a su cohesión y alta moral, relativamente muchos combatientes de las Brigadas Internacionales lograron salir con vida del infernal cautiverio. Entre los que cayeron en esta lucha debemos recordar a Rudolf Friemel, ex jefe de un batallón de

los Schutzbund de Favoritn (distrito de Viena), que representaba a los socialistas revolucionarios en el Batallón 12 de Febrero. La Gestapo lo detuvo en Oświęcim cuando trataba de establecer contacto entre el Centro Internacional de la Resistencia, del que formaba parte, y los guerrilleros polacos. Fue víctima de salvajes torturas y ahorcado públicamente el 30 de diciembre de 1944.

El día de la liberación de Dachau, en un combate con los SS cayeron Anton Hackl y Erich Hubmann (Lustig), voluntarios austríacos de las Brigadas Internacionales. Sepp Plieseis, que había combatido en España en un destacamento guerrillero, consiguió el 20 de agosto de 1943 fugarse de una compañía que trabajaba fuera del campo de concentración cerca de la ciudad de Hallein. Poco después formó en las montañas de Alt-Aussee un destacamento guerrillero, que dio mucho que hacer a los SS y salvó 7.000 cuadros originales que los nazis habían robado en distintos países de Europa.

Los internacionales austríacos llegados a la Unión Soviética combatieron en las unidades del Ejército Rojo y en los destacamentos guerrilleros. Otros dieron pruebas de gran valentía en la lucha contra los invasores hitlerianos, participando en la Resistencia francesa.

En un lazareto francés estaba recluido, bajo la vigilancia de la policía, el comunista Fritz Lettner (de Salzburgo), que padecía tuberculosis. En 1943 logró escapar con otros reclusos e incorporarse a los guerrilleros franceses. Al lado de ellos combatió hasta la liberación de Francia y regresó a la patria con el grado de oficial de las Fuerzas Francesas de la Resistencia.

Richard Sdolsek, que desde la defensa de Madrid en 1936 había participado en todos los combates de la 11ª Brigada, huyó de un campo de concentración francés, vivió algún tiempo en la clandestinidad y después llegó a Viena. Los gestapistas ignoraban que era un ex combatiente de la guerra de España y en 1943 fue movilizado para prestar servicio en la Wehrmacht. Junto con otro camarada se pasó a los guerrilleros italianos, en cuyas filas peleó hasta que fue liberada la provincia de Reggio Emilia.

En la Resistencia francesa en la clandestinidad actuaron enérgicamente emigrados comunistas austríacos y ex combatientes de España, revelando no menos heroísmo que en la lucha guerrillera armada. Publicaron hojas y periódicos para los austríacos que servían en la Wehrmacht y los distribuyeron entre las guarniciones alemanas de París, Burdeos, Nancy, Lille y otras ciudades. Editaron también los periódicos antifascistas *Soldat im Westen* y *Soldat im Mittelmeer,* destinados a los militares alemanes. El primero lo fundó Viktor Müllner (Hans Zipper), voluntario de las Brigadas Internacionales, más tarde asesinado por los nazis en el campo de concentración de Gross-Rosen. Las austríacas, incluidas enfermeras ex combatientes de España, ayudaban a transpor-

tar publicaciones clandestinas y armamento para los guerrilleros.

En 1943, los austríacos empezaron a emplear un nuevo método de lucha clandestina. Haciéndose pasar por franceses, se contrataban para trabajar en el "Reich" como obreros extranjeros, con el fin de, una vez en Austria, organizar grupos de la Resistencia en las empresas y localidades. Así procedieron, por ejemplo, dos enfermeras que habían participado en la guerra de España: Mara (Frieda Gincburg) y Anni Peczenig (cuyo esposo, antiguo voluntario, había sido sacado de un campo de concentración francés y asesinado en Oświęcim). Las dos intrépidas mujeres fueron espiadas por la Gestapo y fusiladas en el campo de concentración femenino de Ravensbrück.

Bandera de la 11ª Brigada Internacional

Tuvieron una importancia singular los Batallones de la Libertad Austríacos en las filas del Ejército Popular de Liberación yugoslavo y el Grupo de Combate Estiria, en el que desempeñaron un papel principal los antiguos componentes de las Brigadas Internacionales.

En el otoño de 1944, Franz Honner (uno de los organizadores del Batallón 12 de Febrero) y otros camaradas descendieron en paracaídas desde un avión soviético sobre la frontera de Eslovenia y Croacia. Se sumaron a este grupo los combatientes del Movimiento de la Resistencia y austríacos que habían desertado de la Wehrmacht. Así surgió el primer Batallón de la Libertad austríaco. Los jefes y comisarios de este batallón, que sostuvo duros combates hasta la capitulación incondicional de la Alemania hitleriana, fueron antiguos participantes de la guerra de España: Max Bair, Roman Füchsel, Leopold Stanzl y Franz Gebhart.

En las postrimerías de la primavera de 1944, en la zona liberada de Eslovenia descendió un grupo de 25 paracaidistas. Quince de ellos eran ex combatientes de las Brigadas Internacionales: once austríacos, dos españoles y dos italianos. Uno de los españoles fue Américo Brizuela, jefe de la 11ª Brigada después de ser retirados de España los internacionales. Este grupo, que adoptó el nombre de Grupo de Combate Estiria, realizó una gran labor militar y propagandística. Abandonado con frecuencia a su propia suerte durante semanas enteras, sostuvo duros combates en las condiciones meteorológicas más diversas y sufrió sensibles pérdidas. De los internacionales austríacos perecieron Leo Engelmann y Karl Sattler (Prater) y fue gravemente herido el capitán Sepp Spanner, ex jefe de transmisiones de la 11ª Brigada. Pese a todo, este grupo consiguió éxitos no pequeños. En las postrimerías de la guerra tenía ya 500 hombres y tomó la ciudad de Schwanberg (Estiria Meridional).

A comienzos de enero de 1945, cerca de 25 comunistas austríacos lograron llegar desde Francia hasta el Belgrado liberado, donde se formaron con ex prisioneros de guerra los Batallones de la Libertad 2°, 3°, 4° y 5°, mandados por ex combatientes de las Brigadas Internacionales: Peter Hofer, Zalel Schwager, Max Goldberger y Laurenz Hiebl. Nada más capitular Alemania, el 2° Batallón de la Libertad avanzó desde el frente de Croacia en dirección a Viena. Llegó allí el 12 de mayo de 1945 y constituyó el núcleo de la nueva policía.

Los ex combatientes de España hicieron una aportación notable a la restauración de la República Austríaca. Muchos de ellos desempeñaron cargos de responsabilidad en el Partido Comunista. Quince antiguos luchadores de las Brigadas Internacionales fueron o son en la actualidad miembros del Comité Central del PCA.

Es interesante la suerte corrida por la bandera de la 11ª Brigada, que el 17 de abril de 1938 fue entregada al Batallón 12 de Febrero.

Al reincorporarse el batallón a las operaciones en España en enero de 1939, la Compañía de Ametralladoras confió la bandera al vienés Ferdinand Barth. Este se la enrolló al cuerpo, debajo del uniforme, y cruzó con ella la frontera francesa. En el campo de concentración de Saint-Cyprien la cosió entre dos mantas. La bandera pasó después de unas manos a otras, de un campo de concentración a otro, hasta que Otto Glaser (Max Stern) no "desapareció" con ella durante cuatro semanas para entrevistarse con el Comité del PCA en Tolosa. Regresó sin la bandera, que había sido entregada para que la guardase a Mali Fritz, natural de Viena. En el otoño de 1940, durante una gran campaña terrorista contra los austríacos que participaban en el Movimiento de la Resistencia, Mali fue detenida; pero logró llevar consigo la bandera, cosida entre dos mantas, a la celda de la cárcel, en la que se

encontraba también Gerta Schindel, ex activista del Comité de Ayuda a España, de París. Desde allí, la bandera fue a parar, junto con ellas, a un campo de concentración en el departamento de Lozere.

Gerta consiguió fugarse del campo y comunicó a los camaradas dónde se encontraba la bandera. En la Nochebuena de 1941, en medio de una fuerte nevasca, Mali entregó la bandera, a través de la alambrada que rodeaba el campo, a un ex combatiente de la 11ª Brigada: Fritz Weiss. Los alemanes fueron ocupando toda Francia, y la bandera hubo de ser escondida varias veces en lugares diferentes. Finalmente llegó a manos de Paul Kessler, que se encontraba en Lyón. En junio de 1944, Kessler fue detenido por la Gestapo, pero ni siquiera las crueles torturas le obligaron a hablar. Cuando se le trasladaba en tren al campo de concentración de Buchenwald logró fugarse. Y en octubre de 1944 volvió a Lyón, después de ser liberada la ciudad, en busca de la bandera. Su domicilio había sido saqueado, pero en un rincón encontró la anhelada manta: la Gestapo no llegó a descubrir el tesoro que se ocultaba en ella.

En enero de 1945, los voluntarios austríacos de las Brigadas Internacionales llevaron la bandera a Yugoslavia, desde donde llegó a Viena junto con los Batallones de la Libertad austríacos. El Partido Comunista de Austria conserva allí la bandera de la 11ª Brigada como un combativo símbolo de antifascismo y de solidaridad internacional de los luchadores por la libertad de España.

BULGARIA

Cuando se libró en España (1936-1939) la sangrienta batalla entre la democracia y el fascismo, el pueblo búlgaro se encontraba oprimido por una dictadura monarco-fascista. El Partido Comunista había pasado a la clandestinidad ya en 1923. Después del golpe militar fascista del 19 de mayo de 1934 fueron prohibidos todos los partidos políticos. Un puñado de grandes capitalistas y banqueros, bajo la égida del monarca, detentaba el poder por medio del terror fascista y de la demagogia social. La política exterior antinacional de la camarilla gobernante empujaba a Bulgaria a los brazos de los agresores hitlerianos. Pero el fascismo búlgaro, a diferencia del alemán, fue incapaz de asegurarse una base de masas. Eran fuertes aún entre el pueblo las tradiciones revolucionarias de las insurrecciones armadas de 1918 y 1923. Las masas simpatizaban con las fuerzas que combatían al fascismo.

La fuerza más activa de la oposición antifascista era el Partido Comunista Búlgaro, que, pese a actuar en la clandestinidad, tenía gran influencia en la ciudad y en el campo. En la lucha contra el gobierno monarco-fascista desempeñaba también un importante papel la Unión Agraria Popular Búlgara (UAPB), un partido campesino de masas. En las filas de la oposición formaban asimismo la organización política pequeñoburguesa *Zveno,* que gozaba de considerable influencia en los medios militares y entre los intelectuales demócratas; los partidos socialdemócrata, democrático y radical y otros grupos políticos. El Partido Comunista hacía los máximos esfuerzos por formar y robustecer el Frente Popular, que debía agrupar todas las fuerzas antifascistas del país, para derrocar el régimen monarco-fascista. En Bulgaria estaba madurando un enconado combate de la democracia con la reacción fascista.

Es natural que los acontecimientos de España, donde este combate desembocó en la guerra civil, tuvieran una repercusión extraordinariamente amplia entre la opinión pública búlgara. La actitud de los partidos políticos y de las masas populares ante estos acontecimientos discrepaba rotundamente de la posición de

los medios oficiales. El Gobierno de Gueorgui Kioseivánov se adhirió al acuerdo de "No-Intervención", declarando que sería neutral respecto a las partes contendientes: los republicanos y los franquistas. Pero, en realidad, hizo cuanto pudo para respaldar a los facciosos y menoscabar los intereses del Gobierno español legítimo. En agosto de 1936, el Gobierno búlgaro no sólo prohibió la exportación y el tránsito de armamento a España, sino que, de hecho, suspendió todo comercio con la República Española. El 9 de abril de 1937 se promulgó el "Decreto sobre la no participación de súbditos búlgaros en la guerra civil española". Mas este decreto obstaculizaba únicamente la salida de voluntarios antifascistas, ya que casi nadie expresó el deseo de pelear al lado de Franco.

A pesar de que entre Bulgaria y la República Española siguieron existiendo relaciones diplomáticas oficiales, el Gobierno búlgaro autorizó la estancia en Sofía de un representante de los sublevados fascistas y le concedió libertad de acción, en tanto que ponía toda clase de obstáculos a la actividad normal de la Misión de la República Española.

La censura gubernativa limitó la publicación de informaciones objetivas sobre los acontecimientos de España, mientras que la prensa amarilla filofascista, poniendo en juego todos los métodos del venal periodismo burgués, se desvivía por denigrar al Gobierno del Frente Popular. Dichos órganos de prensa hicieron esfuerzos singulares para desprestigiar la idea de la solidaridad con la República Española e intentar demostrar que la lucha de los republicanos contra los facciosos no tenía ninguna base seria y, por tanto, carecía de sentido. Los periódicos reaccionarios, que acusaban calumniosamente a la URSS de ingerencia unilateral en los asuntos españoles e intimidaban al pequeño burgués con el peligro de guerra, inculcaban tenazmente en el lector la idea de que toda resistencia a la intervención italo-alemana en España conduciría a una guerra europea.

El diario oficioso *Dnes,* órgano del Movimiento Social Popular, de carácter fascista, el periódico *Slovo* y otras publicaciones semejantes desencadenaron una furiosa campaña contra el Frente Popular español y pusieron por las nubes a Franco. Para ellos, los rebeldes eran españoles "audaces" y "patriotas" que se habían alzado en armas contra un "régimen de terror", contra una "violación inaudita de la libertad individual y de la propiedad privada".

La República Española era atacada tanto desde la derecha como desde la "izquierda": los pequeños grupos anarquistas y trotskistas búlgaros exhortaban a "la revolución proletaria" contra el Gobierno del Frente Popular.

En contraste con estas fuerzas enemigas del pueblo español, la inmensa mayoría de la opinión democrática y de la oposición

burguesa antifascista, a pesar de sus diferencias de criterio y de ciertas vacilaciones (en particular, acerca de la "No-Intervención"), simpatizaban, en general, con la República Española y con la causa que defendía.

La vanguardia de la clase obrera, los comunistas, defendieron de manera consecuente al pueblo español. Se sumaron a ellos los socialistas de izquierda, la mayoría izquierdista de la Unión Agraria y los miembros de la organización *Zveno.*

El Partido Comunista desplegó una vasta campaña de propaganda en defensa de la República Española, publicó periódicos clandestinos e imprimió hojas. Utilizó también las páginas de los periódicos y revistas democráticos legales (por ejemplo, *Zariá, Stranitsi y Globus),* que seguían apareciendo a pesar de la rigurosa censura y de sus frecuentes suspensiones por las autoridades. Además, los comunistas transportaron del extranjero a Bulgaria gran cantidad de publicaciones progresistas, que informaban objetivamente de la situación en España. Una forma eficaz de propaganda en defensa del pueblo español fueron los programas en búlgaro de las emisoras de radio soviéticas y españolas.

La prensa comunista y democrática denunció a los sublevados como culpables directos de la guerra civil y subrayó el carácter terrorista del fascismo español. "En las provincias ocupadas por los facciosos reina un inaudito terror blanco, en comparación con el cual empalidecen los horrores de la Inquisición española medieval"[1], se decía en el folleto *España en la lucha contra el fascismo,* difundido ilegalmente por los comunistas. "En España luchan hombres contra fieras", afirmó el 15 de junio de 1937 el periódico *Zaschita,* órgano clandestino de la Sección Búlgara del SRI. Estas publicaciones informaron de las heroicas hazañas de los antifascistas españoles y manifestaron la admiración que les causaba su abnegada lucha.

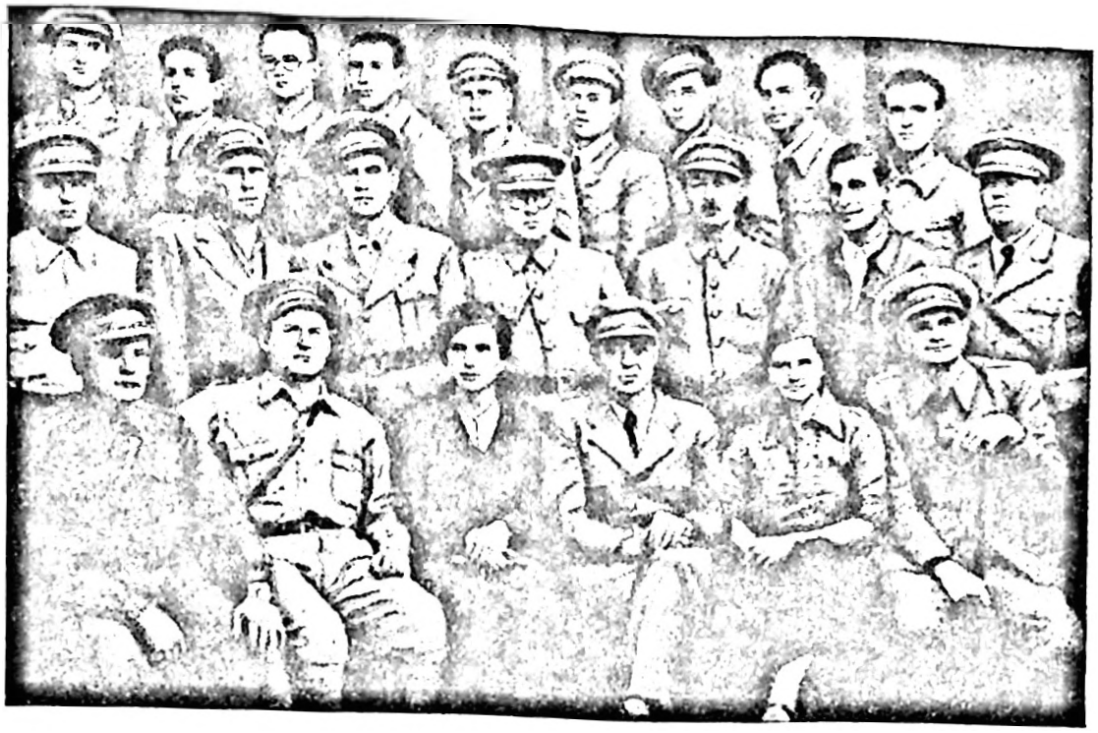
El poeta revolucionario Nikola Vaptsárov dedicó varios versos al heroico pueblo español —*España, Un sueño, Canto a un camarada, Canto a la esposa* y *Una carta*—, que la crítica literaria progresista destacó entre los mejores y más fuertes de la poesía mundial sobre este tema.

La valentía de los defensores de Madrid fue cantada por el escritor Svétoslav Mínkov en su libro *Madrid arde.* "Estos hombres —dijo— son dignos de nuestra admiración y su hazaña merece nuestro más profundo respeto"[2]. El mismo sentimiento (aunque en forma más velada a causa del recrudecimiento de la censura) lo expresó el poeta Mladén Isáev en su recopilación *El planeta alarmado,* aparecida en 1937.

---

[1] Archivo Central del Partido del Instituto de Marxismo-Leninismo (en lo sucesivo, ACP del IML), f. 1, op. 2, unidad de archivo (u.a.) 621, hoja (h.) 5.

[2] Sv. Mínkov. *Madrid gori,* II ed., Sofía, 1945, pág. 101.



Un grupo de voluntarios búlgaros: oficiales y comisarios políticos

En los reportajes *La España que yo he visto,* la escritora María Grubeshlíeva apreció altamente la intrepidez del pueblo español, y en particular de los madrileños, abnegados defensores de su ciudad natal. "Madrid ha dado pruebas de excepcional firmeza y decisión. En las condiciones de la guerra moderna, ninguna ciudad cañoneada incesantemente por el enemigo habría resistido jamás con tanto heroísmo y firmeza"[3].

Las heroicas hazañas de los voluntarios búlgaros en España y la tenacidad y el entusiasmo con que los obreros y campesinos españoles trabajaban en la retaguardia para derrotar a los fascistas fueron relatados con gran admiración por el escritor comunista Kristio Bélev en su libro *España nos llama,* editado en París en el otoño de 1937 y difundido después ilegalmente en Bulgaria.

El periódico *Zariá* afirmó el 27 de julio de 1938, con motivo del segundo aniversario del comienzo de la guerra civil: "Es difícil encontrar en la historia de la humanidad una epopeya más heroica de la lucha del pueblo contra los sojuzgadores y opresores".

La prensa comunista y democrática, basándose en numerosos hechos, mostró cómo ayudaban las potencias fascistas a los rebeldes y criticó duramente la política de "No-Intervención". "La "neutralidad" sólo ayuda a los sublevados españoles a crucificar la República y a quebrantar los puntales de la democracia mun-

---

[3] María Grubeshlíeva. *Kakvó vidiaj v Ispanía na pisatelskia kongrés v Madrid, Valencia y Barcelona,* Sofía, 1938, pág. 44.

dial", dijo el 10 de octubre de 1936 el periódico *Tribuna,* que editaban los comunistas y los socialistas de izquierda. "¡Cesar el bloqueo de la República Española!", exigió el 18 de septiembre de 1936 el periódico democrático *Vedrina.* "El Comité londinense de "No-Intervención" es una hipocresía horrible y vil", proclamó el semanario *Stranitsi* el 27 de octubre de 1937.

Bajo el régimen policíaco monarco-fascista que existía entonces en Bulgaria era muy difícil expresar la simpatía a la República Española por medio de asambleas, mítines y manifestaciones. Los antifascistas búlgaros patentizaban su solidaridad con ella, sobre todo, enviando saludos de obreros, campesinos, jóvenes y soldados. "Pensamos sin cesar en la heroica lucha del pueblo español contra los generales facciosos", escribió un grupo de soldados de la guarnición de Sofía en una carta a Largo Caballero, presidente del Consejo de Ministros de la España republicana. El Frente Sindical Unico celebró en la clandestinidad una Conferencia Nacional, que envió un mensaje de saludo a los heroicos obreros españoles. En el verano de 1937, 69 conocidos médicos búlgaros escribieron una carta a lord Cecil, presidente del Comité Internacional pro Paz, en la que protestaron contra el terror fascista en España y se solidarizaron con los demócratas españoles.

Un resultado concreto de la intensa actividad de los comunistas y de todos los antifascistas en apoyo de la República Española fue la recogida —efectuada clandestinamente en todo el país— de dinero, ropa, medicamentos y víveres para el fondo de ayuda.

El Gobierno búlgaro se vio obligado, en cierta medida, a tener en cuenta la opinión del pueblo. Ni su presidente, Kioseivánov, ni sus ministros, aun estando por entero al lado de Franco, se atrevieron a apoyarle públicamente. Como hemos dicho antes, el Gobierno de Bulgaria permitió en 1936 la presencia en Sofía de un representante extraoficial de los sublevados, pero no reconoció al régimen de Franco en noviembre de aquel año, como hicieron otros Estados fascistas, sino sólo en marzo de 1939, es decir, después de que los gobiernos "democráticos" de Inglaterra y Francia reconocieron en febrero a la dictadura fascista en España.

Como en otros países, muchos antifascistas búlgaros anhelaban marchar a España para luchar por su libertad. En enero de 1937 visitó a la URSS una delegación búlgara integrada por jóvenes comunistas y por militantes de la Unión Juvenil Socialista y de la Unión Juvenil Agraria. En un informe presentado a la Internacional Juvenil Comunista se decía que miles de jóvenes búlgaros deseaban pelear en defensa de la España republicana, pero el gobierno obstaculizaba por todos los medios su salida del país, debido a lo cual la mayoría de ellos no conseguían ver rea-

lizado su sueño. Mas a pesar de las prohibiciones y los obstáculos, en España lucharon cerca de 460 voluntarios búlgaros, dos terceras partes de los cuales eran comunistas. Casi todos los demás no pertenecían a ningún partido o simpatizaban con los comunistas. Entre los voluntarios había también algunos anarquistas, socialdemócratas y militantes de la Unión Agraria.

Muchos voluntarios comunistas eran activistas de su partido y de la Unión de Juventudes Comunistas. Entre ellos figuraban miembros de sus respectivos Comités Centrales: Sybi Dimitrov, Rubén Avrámov, Spas Gueorguíev, Dimitr Papadzhákov, Kosta Péniev, Blagói Ivanov y Raiko Damiánov. Estos cuadros del Partido Comunista, probados y templados, poseían gran experiencia práctica de creación de organizaciones clandestinas entre la población y en el ejército bajo la brutal dictadura fascista, así como de organización de la lucha armada de masas contra la reacción. Habían pasado por todos los horrores de las cárceles fascistas y mirado cara a cara a la muerte en más de una ocasión. La rica experiencia de lucha política y armada de los voluntarios búlgaros revestía gran importancia para el feliz cumplimiento de su misión en España.

La mayoría de estos voluntarios tenían una buena preparación técnico-militar. Entre ellos, los mejores especialistas militares eran los emigrados políticos búlgaros que residían en la URSS (cerca de cien), ex combatientes de la insurrección de septiembre de 1923 y del movimiento guerrillero de 1924 y 1925 en Bulgaria. En otros tiempos habían prestado servicio en el ejército búlgaro y, durante su estancia en la URSS, en el Ejército Rojo. Algunos poseían instrucción técnica superior o eran médicos altamente calificados. Los que estaban bien preparados militar, política y profesionalmente fueron designados por el Gobierno español para desempeñar cargos de responsabilidad o puestos de mando en las Brigadas Internacionales. Ferdinand Kozovski (coronel Petrov) y Tsviatko Radóinov (coronel Radiónov) fueron consejeros militares en los sectores del Frente de Madrid. Piotr Panchevski, que había terminado estudios superiores de ingeniero militar en la URSS, actuó como consejero del jefe de las tropas de ingenieros de la República Española y participó en la preparación y realización de importantes operaciones. Rubén Avrámov (Miguel Gómez) trabajó en la Escuela Central de Comisarios y formó parte de la Redacción de la revista *El Comisario*, órgano del Comisariado General de Guerra.

Un grupo de voluntarios búlgaros tomó parte activa en la organización y el funcionamiento de la base de las Brigadas Internacionales en Albacete. Por ejemplo, Karlo Lukánov (Belov) fue jefe de dicha base en la segunda mitad de 1937. Bajo su dirección se perfeccionó el aparato administrativo y se organizaron escuelas de instrucción de los voluntarios de especialidades militares

Voluntarios búlgaros. En primera fila, de izquierda a derecha: el ingeniero Zhecho Gúmushev (Rayko Grynchárov), Ferdinand Kozovski (coronel Petrov), Karlo Lukánov (coronel Belov) y el ingeniero Iván Schérev (Yaroslav Táshek)

diversas. Gueorgui Mijáilov (Zhelézov) dirigió en 1937 y 1938 la Sección de Personal de las Brigadas Internacionales. Oficiales búlgaros participaron en la organización y el funcionamiento de los centros de instrucción de las Brigadas Internacionales en Pozorrubio, Casas Ibáñez, Cambrils, Figueras, Olot, etc. Liubomir Tódorov (Kárbov), Doncho Diánkov, Ilía Y. Bálev y otros prestaron una gran ayuda en la organización de la Intendencia Central de las Brigadas Internacionales en Albacete. Desde diciembre de 1936 hasta junio de 1937, fue jefe suyo Kárbov, bajo cuya dirección se crearon los servicios de Intendencia en las brigadas.

Veinticinco oficiales búlgaros trabajaron como instructores militares, principalmente en unidades españolas, en las que no sólo los soldados, sino, con frecuencia, incluso los mandos carecían de suficiente preparación militar. En calidad de instructores de los combatientes y jefes de otras nacionalidades, les enseñaban el manejo de las armas y la táctica del combate moderno. Esta actividad, lejos de interrumpirse durante las operaciones, proseguía en primera línea en lo más álgido de los combates.

Los voluntarios búlgaros trabajaron y pelearon como instructores o consejeros en numerosas unidades republicanas: ocho cuerpos de ejército, catorce divisiones y más de veinte brigadas. En los eslabones centrales e inferiores de Sanidad Militar de las Brigadas Internacionales, quince búlgaros se consagraron, junto con especialistas de otras nacionalidades, a organizar y prestar ayuda

médica. Entre ellos figuraron Tsvetán Krístanov (Oskar Telgue), Piotr Kolárov (Franek), Konstantín Míchev (Mínkov), Simeón Grózev, caído en la batalla de Brunete, Gueorgui Dóbrev Stóev (Shvarts) y Raiko Radevski (Rodes). El doctor Krístanov fue durante mucho tiempo jefe de Sanidad de las Brigadas Internacionales, y Kolárov y Míchev, subjefes.

Las cifras que reproducimos a continuación permiten hacerse una idea de la labor efectuada por los búlgaros y otros médicos del servicio sanitario de las Brigadas Internacionales. A comienzos de 1938 lo componían 240 doctores de distintas nacionalidades, más de 800 practicantes y cerca de 1.500 enfermeras y auxiliares. Atendían 17 hospitales de sangre, con un total de camas que oscilaba entre 5.000 y 6.000. Además, en 1937 se organizaron en el frente cerca de 40 hospitales móviles de campaña, que al ser trasladadas las Brigadas Internacionales a otro sector eran desmontados o entregados a los servicios sanitarios de las unidades españolas. El parque de coches especiales y de transporte tenía cerca de 170 vehículos. Durante 1937 pasaron por los hospitales de sangre 27.015 heridos internacionales y españoles.

Veinte ingenieros y varios técnicos búlgaros trabajaron en la industria de guerra de la República Española, compartiendo sus conocimientos y experiencia con los especialistas españoles y ayudándoles a organizar la fabricación de armamento y munición. El ingeniero Stoiko Marínov (Paul Zámter) fue nombrado el 1 de febrero de 1937 jefe de la Sección de Artillería del Comisariado de Armamento. Los ingenieros Nikolái Vasílev Kolárov y Nedelcho Chobánov cumplieron misiones del Ministerio de Defensa. Kolárov fue consejero de las unidades de ingenieros del Frente del Centro. Participó activamente en el tendido de una vía férrea que enlazó Madrid con el ferrocarril de Valencia, lo cual facilitó el abastecimiento de la capital y del Frente del Centro y el traslado estratégico de tropas. Chobánov dio clases en una escuela de zapadores y, simultáneamente, dirigió la construcción de caminos y fortificaciones en el Frente del Ebro.

Los ingenieros Iván Schérev (Táshek) y Zhecho Gúmushev (Grynchárov) organizaron en Madrid, juntamente con ingenieros españoles, la fabricación de reflectores para la defensa antiaérea. La mayor parte de los voluntarios búlgaros actuaron en el ejército de operaciones, primordialmente en las unidades de infantería y artillería, y combatieron en casi todos los frentes de la República.

Algunos voluntarios búlgaros participaron en los combates contra el fascismo ya en el verano de 1936, así como en la primera unidad regular internacional —la 11ª Brigada Internacional—, formada a comienzos de noviembre de 1936. El día 9 de dicho mes, la brigada contraatacó a los fascistas en la Casa de Campo y en la Ciudad Universitaria, arrojándolos al otro lado del río Manzanares. Allí comenzó sus acciones de guerra el búlgaro Fer-

dinand Kozovski (Petrov), que fue nombrado subjefe de la 12ª Brigada Internacional, recién formada, al mando del húngaro Máté Zalka (Lukács).

La mayoría de los voluntarios búlgaros que llegaban entonces a España eran destinados a esta brigada. Todos ellos formaron parte de la Compañía Balcánica del Batallón Thaelmann, integrada por voluntarios de nacionalidades balcánicas y eslavas. La compañía recorrió todo el glorioso camino de lucha de la 12ª Brigada: desde los primeros ataques al Cerro de los Angeles, el 13 de noviembre de 1936, y los combates en la Ciudad Universitaria hasta la aplastante derrota de los intervencionistas italianos en marzo de 1937. En abril y mayo de 1937, la Compañía Balcánica sirvió de base para formar un nuevo batallón, al que se dio el nombre del comunista yugoslavo Djaković. El voluntario búlgaro Nikola Marínov (Jrístov), que mandaba la Compañía Balcánica, fue nombrado jefe del nuevo batallón.

En lo más álgido de la encarnizada batalla en la Ciudad Universitaria, la 12ª Brigada relevó a la 11ª, extenuada por diez días de combates y que había tenido muchas bajas. El 19 y el 20 de noviembre, la Compañía Balcánica ocupó el edificio de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, pero fue atacada por los tanques fascistas desde la retaguardia. Al replegarse a nuevas posiciones en la Ciudad Universitaria, sufriendo grandes pérdidas, contuvo el avance de los fascistas que habían irrumpido en las barriadas de Madrid. Al día siguiente, la compañía pasó al contraataque al mando del capitán Jrístov.

A comienzos de enero de 1937, después de los tenaces combates en la Ciudad Universitaria —sector occidental de la defensa de Madrid—, la 12ª Brigada realizó con todo éxito la operación ofensiva de Guadalajara, a lo largo de la carretera de Zaragoza. La Compañía Balcánica, que formaba parte del Batallón Dombrowski, ocupó combatiendo el pueblo de Almadrones, donde capturó prisioneros y trofeos. Otros batallones de la brigada liberaron los pueblos de Algora y Mirabueno.

Dos meses más tarde, la Compañía Balcánica volvió a pelear en la dirección de Guadalajara. A comienzos de marzo, dos Brigados Internacionales —la 11ª y la 12ª— y otras unidades escogidas del Ejército Republicano rechazaron el golpe de cuatro divisiones del Cuerpo Expedicionario de los intervencionistas italianos. El capitán Jrístov fue nombrado jefe de un sector del frente, encomendándosele la misión de proteger el flanco derecho de la brigada y de toda la agrupación de tropas republicanas. La Compañía Balcánica, a la que fueron agregadas secciones españolas, cumplió esta misión. El 18 de marzo, el frente republicano pasó a la contraofensiva, y los combatientes balcánicos, junto con otras unidades atacantes de la 12ª Brigada, entraron aquella misma tarde en Brihuega.

En la batalla del Jarama, en febrero de 1937, dos grupos de búlgaros pelearon en la Compañía Balcánica y en el Batallón Jorge Dimitrov, de la 15ª Brigada Internacional, que acababa de formarse. En el batallón había veinte voluntarios búlgaros. Su 1ª Compañía, en la que estaban concentrados los búlgaros, la mandaba Mavródiev (Iván Tsípurkov); el comisario de la compañía, y después de todo el batallón, fue Dobróev (Mirón Gueorguíev). El jefe del batallón era Iván Ivanov Paúnov (Grebenárov), figura destacada de la organización militar del Partido Comunista Búlgaro en los años 20, que había hecho estudios militares en la Unión Soviética. Oficial excelente, abnegado y valiente sin límites, cordial en las relaciones con los subordinados y muy querido por ellos, Grebenárov fue para todos un brillante ejemplo de valor y firmeza en el combate.

En el *Libro sobre la 15ª Brigada Internacional,* editado por su Comisariado en Madrid, en 1938, se decía lo siguiente del Batallón Dimitrov: "Lo considerábamos justamente nuestro batallón ejemplar. En el Jarama fue baluarte en cada combate defensivo y fuerza de choque en cada ataque"[4].

El batallón entró en fuego el 12 de febrero en el sector en que el grueso de las fuerzas fascistas habían roto el frente. Durante muchos días consecutivos, los dimitrovianos rechazaron diariamente varios ataques de los marroquíes y pasaron repetidas veces al contraataque. El jefe del batallón, los capitanes de las compañías y todos los demás oficiales y comisarios se encontraron siempre en primera línea, animando a los combatientes y lanzándose al ataque los primeros. Grebenárov, Mavrodíev, Piotr Aléxiev y otros búlgaros murieron heroicamente en estos combates. Las siguientes cifras permiten juzgar de la abnegación y valentía reveladas por los voluntarios en los sangrientos combates del Jarama: en cinco días —del 12 al 17 de febrero—, de los 565 hombres del Batallón Dimitrov quedaron en filas 215. Los demás batallones de la 15ª Brigada tuvieron también pérdidas semejantes.

En la gran batalla siguiente en el Frente de Madrid —la operación de Brunete en julio de 1937— participaron casi todos los voluntarios búlgaros encuadrados en los batallones Djaković y Dimitrov, en la Batería Vasil Kolárov y en las unidades de tanques.

El Batallón Djaković estaba compuesto de voluntarios balcánicos y españoles. En su organización e instrucción participaron activamente los oficiales e instructores búlgaros. Además del jefe del batallón, Jrístov, y de varios oficiales de Estado Mayor, eran también voluntarios búlgaros los jefes de dos compañías y de varias secciones y pelotones. Este batallón, que formaba parte de la

---

[4] *The Book of 15th International Brigade.* Madrid, 1938, p. 299.

45ª División, llegó al sector de Brunete el 14 de julio de 1937, cuando el Ejército Republicano había cesado la ofensiva y rechazaba los ataques de los fascistas. El batallón sostuvo duros combates defensivos y emprendió varios contraataques. Durante uno de ellos murieron heroicamente Gueorgui Zhúlev, oficial del Estado Mayor del batallón; el capitán Tódorov, jefe de una compañía, y otros voluntarios búlgaros.

El primer día de la operación de Brunete, el Batallón Dimitrov —que no se había repuesto aún de los cuatro meses de guerra de trincheras en el Jarama— atacó con éxito las posiciones del enemigo en Villanueva de la Cañada y tomó parte en la liberación de esta pequeña ciudad por las tropas republicanas. Los dimitrovianos pelearon durante tres semanas consecutivas, causando grandes estragos a los fascistas, pero perdieron la mayor parte de sus hombres. En las postrimerías de la operación, de los 445 combatientes del batallón sólo quedaban en filas 143. Los búlgaros, al igual que los demás dimitrovianos que peleaban al mando del voluntario húngaro Mihály Szalvai, conocido con el sobrenombre de Chapáev, pusieron en tensión todas sus fuerzas para asegurar el éxito de la operación en medio del insoportable calor del mes de julio y bajo el mortífero fuego del enemigo. Les sirvió de ejemplo el búlgaro Prodan Tabákov, comisario del batallón, que condujo a los combatientes al ataque en repetidas ocasiones, organizó combates de reconocimiento y sacó del cerco a sus secciones.

En los combates de Brunete recibieron su bautismo de fuego nueve oficiales tanquistas búlgaros, llegados a España en marzo de 1937. Participaron en la ofensiva y en la defensiva como jefes de tanques y de secciones de blindados. Los tanquistas búlgaros formaron parte de la unidad de carros de combate que en los días más difíciles para las tropas republicanas, del 23 al 25 de julio, contraatacó a la infantería enemiga que había roto el frente y ayudó a restablecer la situación.

En octubre de 1937, en el Frente de Aragón, los tanquistas búlgaros participaron en un ataque frustrado de blindados junto a Fuentes del Ebro. Durante este combate, librado en condiciones excepcionalmente difíciles en un lugar pantanoso, los tanquistas republicanos —incluidos los búlgaros— dieron pruebas de heroísmo y gran dominio de sí mismos. He aquí varios ejemplos. Gueorgui Tóshev (Jristo Dóichev), jefe de un tanque, después de haber salido del combate volvió en ayuda de sus camaradas, cuyos carros estaban atascados en un pantano o habían sido averiados por el enemigo. El subjefe de sección Gueorgui Yánkov (Mirko Stánkov), con el tanque incendiado y la ametralladora y el cañón averiados, fue cercado por los fascistas; pero no perdió la serenidad, rompió el cerco y puso a salvo su tanque. Borís Shishkov (Spas Belkov Filípov), subjefe de un regimiento de tanques, murió durante este

combate en su carro incendiado, pero no se entregó prisionero a los fascistas. G. Tóshev y Vl. Kynchev salieron del combate gravemente heridos.

Durante las operaciones ofensivas del Ejército Republicano en el Frente de Aragón, que comenzaron el 22 de agosto de 1937, los batallones Djaković y Dimitrov participaron también en el asalto y la liberación de las ciudades de Quinto y Belchite, que los ingenieros militares hitlerianos habían convertido en verdaderas fortalezas. En tenaces combates de calle, el Batallón Dimitrov reveló altas cualidades.

Después de los combates de Aragón, el Batallón Dimitrov, junto con los batallones Djaković y Masaryk, fue incorporado a la Brigada Internacional Eslava, de reciente formación, a la que se dio el número 129. En marzo y abril de 1938, cuando los facciosos y las tropas intervencionistas rompieron el Frente de Aragón y, avanzando hacia el Mediterráneo, cortaron en dos el territorio de la España republicana, la 129ª Brigada Internacional contuvo el embate del enemigo en la dirección principal de la ruptura y luego formó parte del Ejército de Levante, contra el cual dirigió Franco su golpe siguiente. El Mando del Cuerpo de Ejército elogió a la 129ª Brigada por el feliz cumplimiento de las órdenes recibidas y el Gobierno español la condecoró con la Medalla del Valor.

Un grupo de voluntarios búlgaros (40 hombres) fue encuadrado en un batallón especial de la 45ª División (el llamado Batallón Divisionario), que actuó en el flanco septentrional de la brecha. La mayoría de sus componentes resultaron muertos o heridos en combates sin par por su tenacidad y encarnizamiento durante la última gran operación de las tropas republicanas en el Ebro. En dichos combates participaron también los artilleros búlgaros de las divisiones 45ª y 35ª.

Como conclusión de este breve relato del camino de lucha recorrido por los voluntarios búlgaros, debe recordarse a los artilleros de la Batería Kolárov y a los aviadores búlgaros.

La batería se formó en marzo de 1937 como unidad del Grupo de Artillería Pesada Eslavo. Cuarenta voluntarios búlgaros de esta batería y del Grupo de Artillería combatieron durante más de un año en el Frente Sur.

Tres pilotos búlgaros —Zajari Zajaríev, Kiril Kirílov y Nikolái Vátov— llegaron a España con otros aviadores internacionales en agosto de 1936. La República Española disponía entonces sólo de un pequeño número de pilotos y aviones de sistemas anticuados. La aviación italo-alemana dominaba en el aire. En esta complicada situación, los pilotos búlgaros bombardearon en septiembre y octubre objetivos militares del enemigo y sostuvieron combates con los aviones fascistas. Por sus hazañas en España se condecoró a N. Vátov y K. Kirílov con la orden soviética de la Bandera Roja,

y Z. Zajaríev fue distinguido con el título de Héroe de la Unión Soviética.

El 23 de septiembre de 1938, cuando se retiró del frente a las Brigadas Internacionales, los voluntarios procedentes de países en que reinaban la reacción y el fascismo, incluidos los búlgaros, se vieron imposibilitados de regresar a su patria. Por cuanto el Gobierno de Bulgaria les había privado de la ciudadanía, los voluntarios búlgaros permanecieron en España en espera de que se les autorizase la entrada en algún país. Junto con otros componentes de las Brigadas Internacionales volvieron a empuñar las armas para contener la irrupción de los franquistas y de los intervencionistas italianos en Cataluña y facilitar la evacuación de la población civil. El 8 de febrero de 1939, los voluntarios cruzaron organizadamente la frontera de Francia al mismo tiempo que las últimas unidades españolas. Las autoridades francesas los internaron en campos de concentración.

Comenzó una lucha larga y difícil por la liberación de los voluntarios búlgaros. La opinión pública búlgara consiguió que se autorizara a algunos de ellos la repatriación. Muchos marcharon a la URSS y a otros países o regresaron clandestinamente a Bulgaria. Los demás lograron fugarse de los campos de concentración y, más tarde, se sumaron al Movimiento de la Resistencia francés y belga. El búlgaro Tódor Anguélov, ex combatiente de las Brigadas Internacionales, llegó a ser un destacado dirigente de la Resistencia antifascista en Bélgica y murió como un héroe. En señal de gratitud, Bélgica le erigió un monumento en Bruselas.

Al prestar a la República Española ayuda moral, material y militar, los antifascistas búlgaros cumplieron con su deber internacionalista e hicieron su modesta aportación a la lucha del pueblo español contra la ofensiva del fascismo interior e internacional.

Debe decirse que el movimiento de ayuda a la República Española se vio facilitado en gran medida por la política del Partido Comunista Búlgaro, orientada a crear el Frente Popular en la propia Bulgaria.

Los acontecimientos españoles ejercieron una influencia positiva en el movimiento antifascista búlgaro, enriqueciéndolo con experiencia de combate para la ulterior lucha armada contra el fascismo en 1941-1944. Nada más producirse la agresión de Hitler a la Unión Soviética, el PCB puso rumbo hacia la insurrección armada. En submarinos y aviones fueron trasladados a Bulgaria los ex combatientes de las Brigadas Internacionales emigrados en la Unión Soviética. Una vez en su país, empezaron inmediatamente, junto con otros compañeros de las Brigadas Internacionales, a organizar en Bulgaria la Resistencia antifascista armada. En aquel duro período figuraron entre sus dirigentes los ex voluntarios

Sybi Dimitrov, Tsviatko Radóinov, Dimo Díchev, Spas Gueorguíev, Avgust Popov, Vlado Tríchkov, Sybi Díchev, Vlado Gueorguíev, Raiko Damiánov, Borís Popov, Kiril Jaláichev y otros. Durante la insurrección popular del 9 de septiembre de 1944, Blagói Ivanov, ex combatiente de las Brigadas Internacionales, fue subjefe de las fuerzas insurgentes. Sybi Dimitrov, Tsviatko Radóinov, Jordán Kískinov y otros muchos veteranos de la guerra de España entregaron su vida por la victoria del pueblo búlgaro.

Después de triunfar la insurrección popular, la inmensa mayoría de los ex voluntarios desempeñaron cargos de responsabilidad en el partido, en el ejército, en la economía nacional, en los organismos administrativos y en las organizaciones sociales de masas. De las filas de los antiguos voluntarios surgieron destacados dirigentes del partido y estadistas de la República Popular Búlgara, entre los que figuran los ministros Dimo Díchev (Yánov), Rubén Avrámov (Miguel Gómez), Karlo Lukánov (Belov) y Piotr Panchevski; los generales Ferdinand Kozovski (Petrov), Blagói Ivanov, Zajari Zajaríev, Kiril Kirílov, y otros.

La Bulgaria socialista ha valorado altamente el heroísmo de los Voluntarios de la Libertad. Expresión del reconocimiento de todo el pueblo es la condecoración de los ex combatientes de las Brigadas Internacionales, por decreto del Presídium de la Asamblea Popular de Bulgaria, con una de las órdenes máximas: la "Orden de la Libertad Popular. 1941-1944" de primera clase.

CANADA

Más de 1.200 canadienses cruzaron el Atlántico para ayudar a rechazar la invasión fascista en España, que, como ha demostrado la historia, fue el preludio de la segunda guerra mundial. Como todos los combatientes de las Brigadas Internacionales llegados de otros países, los voluntarios canadienses comprendían que en las batallas en los frentes de España se ponía a prueba la disposición de la humanidad a defender la democracia y las libertades humanas y que, por consiguiente, estaban en juego los intereses cardinales de su propio país. De ahí que los 600 canadienses que cayeron en España en los combates contra los fascistas sean dignos del honor y el respeto de su país como verdaderos patriotas-héroes.

La idea de que los antifascistas canadienses participasen en la lucha y la defensa de la República Española, instaurada democráticamente, surgió a comienzos de octubre de 1936. Se hizo evidente que España era víctima de una invasión extranjera. Los generales sublevados habían desembarcado en la península tropas marroquíes. Hitler y Mussolini, con el pretexto de ayudar a su cómplice, el fascista Franco, emprendieron la invasión conjunta de España.

En octubre de 1936, Tim Buck, Secretario General del Partido Comunista de Canadá, visitó a España para conocer personalmente la situación en el país. Encontrándose en un sector del frente cerca de Aranjuez (a 45 kilómetros de Madrid), fue invitado a una reunión que iba a celebrarse en la capital, en la que se pensaba examinar la organización de unidades internacionales de voluntarios para defender la República Española. José Díaz, Secretario General del Partido Comunista de España, y un representante del Partido Comunista Francés presentaron un plan concreto.

Según este plan, los voluntarios extranjeros (más de 2.000) que peleaban en el 5° Regimiento y en otras unidades y columnas de las Milicias Populares, así como los antifascistas que llegaran

de otros países, debían ser agrupados en unidades militares especiales: las Brigadas Internacionales. Se proyectaba organizar unidades nacionales homogéneas o mixtas, en dependencia del número de voluntarios de las distintas nacionalidades. Pero el objetivo principal consistía en crear con los voluntarios extranjeros una fuerza armada lo suficientemente potente para hacer una contribución sustancial a la defensa militar de la República y constituir un impresionante apoyo combativo al pueblo español por parte de la democracia internacional. A la pregunta de cuál era la situación en cuanto a armamento y pertrechos, el representante del Partido Comunista Francés respondió que el Gobierno mexicano vendía armas a España y que la Unión Soviética había accedido a suministrar a la República todo el material de guerra necesario, incluidos aviones y tanques.

Nada más regresar a Canadá, Tim Buck informó de su viaje y del plan de formación de las Brigadas Internacionales al Comité Político del Partido Comunista de Canadá, el cual decidió en el acto movilizar a todos los miembros del partido y a los más amplios medios democráticos del país para realizar una campaña de ayuda a la República Española.

Pero algunos acontecimientos se adelantaron a esta decisión.

Antes ya de que Tim Buck regresara a Canadá, el doctor Norman Bethune, militante comunista de Montreal, propuso al Comité de Quebec del partido que se le enviase a España como médico y se organizase, con los recursos del partido, un Destacamento Móvil Canadiense de Transfusión de Sangre para prestar servicio a las unidades republicanas en el frente. La formación del destacamento estaba ya en marcha. Se adoptaban también otras medidas, entre ellas, la recaudación de fondos para comprar una ambulancia. Estos hechos, así como la activa participación de la opinión pública en la financiación ulterior de las instituciones médicas canadienses en España, muestran que el movimiento de ayuda a la democracia española abarcó a vastos sectores. El destacamento de transfusión de sangre (del que formaban parte Norman Bethune y sus colaboradores Hazen Sise, Ted Allan y, más tarde, Allan May y el doctor Hene, así como el intérprete Henning Sorensen y la conductora de la ambulancia, Jean Watts) fue parte inalienable de este movimiento.

Norman Bethune remitió periódicamente al Comité de Ayuda a la Democracia Española informes sobre la labor de su destacamento, en los cuales reflejaba el ambiente de la heroica lucha que sostenían los defensores de Madrid. En una carta fechada en enero de 1937, el doctor Bethune decía, entre otras cosas:

"Como sabéis, hemos rechazado la tentativa más seria de los fascistas después de la primera quincena de noviembre de tomar Madrid por asalto. Sus pérdidas han sido colosales. Han atacado en formación cerrada, como los alemanes en 1917 en Francia.

Nuestras ametralladoras los han segado literalmente. Sus pérdidas han sido cinco veces mayores que las nuestras.

Está claro que las Brigadas Internacionales han sufrido mucho, pues actúan como unidades de choque. Pero ahora llegan grandes refuerzos de franceses, alemanes, ingleses, polacos, austríacos e italianos, así como canadienses y americanos...

Desde hace dos semanas, los fascistas nos bombardean de dos a cuatro veces al día. Han perecido miles de personas de la población civil, incluidos mujeres y niños...

Ayer hicimos tres transfusiones de sangre; es, aproximadamente, el promedio diario. Además, proporcionamos sangre a los hospitales, que la emplean como creen conveniente...

En suma, es un gran país y un gran pueblo. Los heridos se comportan magníficamente.

Cierto día, después de hacer una transfusión a un soldado francés que había perdido un brazo, yo me disponía a salir de la sala, pero él levantó el otro brazo y, cerrando el puño, exclamó: "¡Viva la revolución!" Mi paciente siguiente fue un español, un estudiante de Medicina al que una bala había atravesado el hígado y el estómago. Cuando terminamos la transfusión, le pregunté cómo se sentía y me contestó en español: "No es nada". Ambos se restablecieron...

Aquí nos alienta mucho vuestro gran apoyo. Podéis creer y podéis asegurar a los obreros de Canadá que sus esfuerzos y su dinero salvan la vida de numerosos españoles, franceses, alemanes e ingleses. ¡Venceremos! Los fascistas están siendo ya derrotados. ¡Madrid será la tumba del fascismo!"

El Comité de Ayuda a la Democracia Española, que se encargó de costear y mantener el Destacamento Móvil Canadiense de Transfusión de Sangre, fue una expresión de las profundas simpatías del pueblo canadiense por la España democrática y de la fecunda actividad del frente único que encabezó en Canadá la campaña de defensa de la República. La popularidad del destacamento del doctor Bethune y las actividades del Comité de Ayuda contribuyeron en mucho al éxito de la campaña pro formación de una unidad militar voluntaria para combatir en España.

El Gobierno canadiense, lo mismo que la prensa burguesa y los elementos fascistas de Canadá y de los EE.UU., hicieron cuanto pudieron para contrarrestar el amplio movimiento democrático en apoyo del pueblo español. El Gobierno, después de proclamar la política de neutralidad, adoptó todas las medidas a su alcance para impedir que los canadienses participasen en la guerra española. Llegó a promulgar un decreto por el que se declaraba ilegal el servicio en el ejército de "cualquiera de las partes beligerantes" en España. Por fortuna, el Destacamento de Transfusión de Sangre había salido del país antes de que se publicara ese decreto. Pero sobre el Comité de Ayuda a la Democracia Española

pendió una amenaza constante de persecución, lo que hubo de limitar forzosamente la amplitud de su actividad.

A consecuencia del decreto, los jóvenes patriotas canadienses se vieron obligados, al pelear contra la agresión nazi-fascista en España, a transgredir la ley. Estos jóvenes —cuya marcha a España a fin de participar en la guerra contra el fascismo debía ofrecer la oportunidad de celebrar manifestaciones públicas bajo el signo de la solidaridad democrática internacional y del verdadero patriotismo— tuvieron que abandonar su hogar y su patria con el pretexto de "hacer una visita a Europa". Viajaron ilegalmente a España, corriendo el riesgo de ser víctimas, antes de llegar a ella, de la pérfida "No-Intervención".

La Dirección del Partido Comunista de Canadá decidió que el verdadero patriotismo requería soslayar el decantado decreto sobre el servicio en ejércitos extranjeros. A despecho de las prohibiciones impuestas por la legislación, el partido debía llamar públicamente a los antifascistas canadienses a prestar ayuda militar a la España combatiente, destacamento de vanguardia en la lucha mundial por la democracia y contra la ofensiva fascista.

La campaña de formación de un batallón canadiense comenzó con un gran mitin en Toronto, al que asistieron 4.000 personas. Tim Buck pronunció un informe sobre la situación en España, en el que argumentó convincentemente la necesidad de organizar dicho batallón y exhortó a los antifascistas jóvenes y sanos a engrosar las filas de los voluntarios. Tim Buck recorrió todo el país, desde el Atlántico hasta el Pacífico, repitiendo este llamamiento.

La repercusión fue extraordinaria. En cada reunión, los jóvenes, pletóricos de espíritu combativo, expresaban el deseo de defender la democracia española. En vista de que el número de voluntarios era muy grande, al principio surgieron incluso dificultades de organización. Por propia iniciativa se presentaban en Toronto más y más voluntarios de regiones remotas, como la Costa del Pacífico, las provincias esteparias y marítimas y la parte noroeste de Ontario y Quebec.

La entrevista de los primeros voluntarios llegados de provincias con los que se habían alistado en Toronto dio comienzo a la labor de selección organizada de los combatientes para el batallón canadiense. Los reunidos propusieron dar al futuro batallón el nombre de dos destacados dirigentes de la lucha libertadora del pueblo canadiense —Mackenzie y Papineau— e inscribir en su bandera dos fechas: 1837 y 1937. La primera debía recordar los tiempos gloriosos de la lucha de liberación nacional.

La Dirección del Partido Comunista de Canadá, basándose en las proposiciones presentadas por los primeros voluntarios, constituyó un Comité Nacional especial, responsable de la labor relacionada con los voluntarios, y exhortó a los comités provinciales del partido a crear los organismos correspondientes en todos los

centros importantes. Los subcomités locales tenían la misión de asegurar el reconocimiento médico de cada voluntario, recaudar dinero para su viaje, proporcionarle alojamiento temporal, etc. La infatigable labor de estos organismos locales permitió regular la llegada de voluntarios a Toronto de acuerdo con la existencia de pasajes para Francia en los buques que partían de Montreal, Quebec y Nueva York. Un testimonio de la profunda simpatía por la España republicana es que los doctores canadienses, salvo raras excepciones, hicieron gratis el reconocimiento médico de los voluntarios.

En contra de la voluntad de los gobiernos que, encontrándose bajo el dominio del capital monopolista, permanecían indiferentes ante la agresión fascista en España —y, con ello, empujaban a la democracia burguesa a ir cada vez más lejos en la aquiescencia tácita a la victoria del fascismo—, los voluntarios internacionales, comprendidos los canadienses, le cerraron el paso y transformaron el lema puramente español de "¡No pasarán!" en una consigna de la democracia mundial. Demostraron la unidad del internacionalismo democrático y del patriotismo auténtico, escribiendo una página gloriosa en la historia de Canadá.

Al llegar a París, los primeros grupos de voluntarios canadienses se dirigieron a los organismos del Partido Comunista Francés, explicaron que eran soldados del batallón canadiense y querían saber cómo podrían llegar mejor a España. Después de haberse presentado 200 visitantes semejantes —40 ó 50 a la semana—, la organización parisiense del PCF propuso al Batallón Mackenzie-Papineau que enviase a París un representante permanente para recibir a los voluntarios, asegurarles alojamiento temporal con el concurso de los comunistas franceses y hacerlos llegar a España.

La última etapa de la odisea de los voluntarios fue siempre ardua y casi siempre muy difícil. La política de "No-Intervención" del Gobierno francés les impedía utilizar en su viaje a España el transporte ordinario de pasajeros. El voluntario Lionel Edwards recuerda con las siguientes palabras su viaje de Nueva York a España a través de Francia:

"¡El buque *Roosevelt* tuvo verdadera suerte! Parecía que habían vuelto los tiempos de prosperidad. ¡Noventa y seis pasajeros, y todos a Francia! Entre ellos había tres damas ya de edad. Al enterarse de que se encontraban a bordo 93 bolcheviques empedernidos, se escondieron en sus camarotes y sólo subieron a cubierta cuando el buque atracó en la costa francesa.

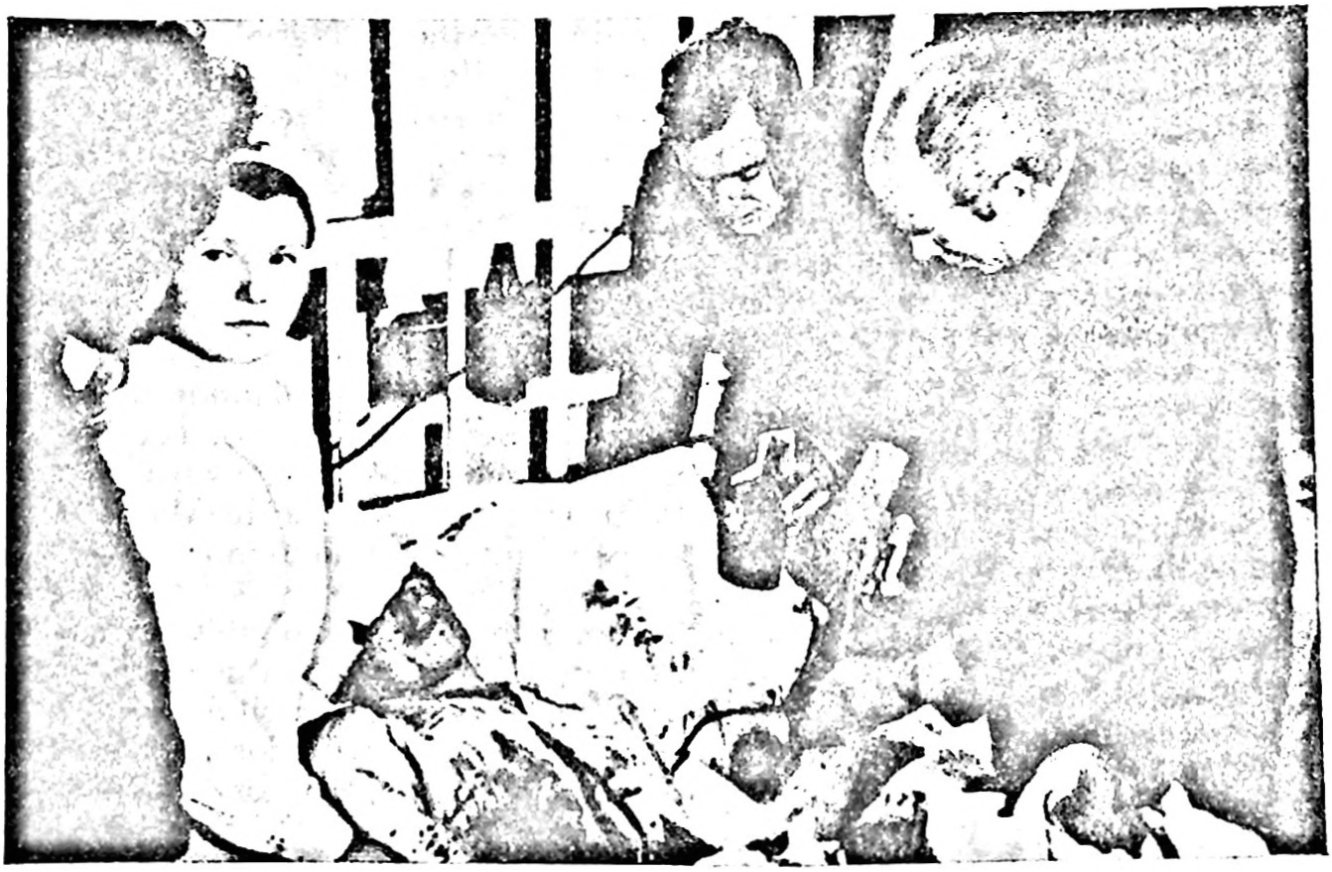
— *Ou allez-vous, monsieur?* —preguntó cortésmente un oficial del servicio de Seguridad.

— Vamos a París, a estudiar arte —respondimos.

El oficial sonrió ligeramente.

El tren, atestado, corre por los verdes campos de Normandía.

Canadienses de los batallones Lincoln y Whashington. Junio de 1937



El doctor Bethune haciendo una transfusión de sangre. Le asiste Henning Sorensen

París. Varios días después partimos para el sur, para Alais, gemela de Arlés, ciudad cercana a ella y más famosa.

Bill fue llamado a una reunión. Cuando volvió, instruyó al grupo:

— A las seis de la tarde tomaremos un autobús en la plaza de la ciudad. Recorreremos unos veinte kilómetros. Para entonces comenzará ya a anochecer, abandonaremos el autobús y nos esconderemos en la cuneta. En medio de la oscuridad nos será más fácil burlar a la guardia fronteriza. Nos guiarán unos contrabandistas.

El sol empezaba a ponerse cuando el grupo emprendió el viaje. El autobús paró. En el crepúsculo todo estaba en silencio. Salimos. Corrimos hacia una cuneta. Esperamos a que se hiciera completamente de noche. En la oscuridad divisamos unas pequeñas figuras con unos manojos de alpargatas.

¡No fumar, no encender fuego, no hablar! Se nos vigila. Si cumplimos estas instrucciones, pasaremos. La frontera corre por la cresta de las montañas. Para llegar a ella tendremos que caminar toda la noche.

Comenzó la marcha nocturna. Y cuantos viven aún, jamás la olvidarán. "¡Ahí está la frontera de España!", gritaron en francés los que iban en cabeza. "¡Salud, compañeros! ¡Mirad aquella casa blanca, es España!"

Los historiadores pueden hablar de los griegos de Jenofonte, de las legiones de César y de la vieja guardia de Napoleón. Pero estos jóvenes del lejano Canadá estaban llamados a ser combatientes de otro tipo. Se puede encontrar a sus predecesores entre los soldados de Cromwell, del ejército de la revolución francesa y de los destacamentos revolucionarios de Jorge Washington, entre los comuneros de París y entre los obreros rusos que pelearon en las barricadas de Petrogrado. No eran todavía soldados, pero estaban predestinados a dominar el arte militar y a ser magníficos combatientes"[1].

Algunos canadienses participaron en la guerra nacional revolucionaria del pueblo español ya en noviembre de 1936, cuando los voluntarios de las Brigadas Internacionales se lanzaron al combate en la Ciudad Universitaria, en los suburbios de Madrid, y pararon la ofensiva de los fascistas, que pugnaban por llegar al centro de la ciudad.

En esta batalla decisiva, los voluntarios internacionales actuaron como una "brigada" gracias únicamente a su entusiasmo y afán de victoria. Jamás habían intervenido en operaciones militares a escala de brigada o, por lo menos, en ejercicios de compañía. Llegados de docenas de países, hablaban en docenas de lenguas diferentes y su comandante nunca los había visto juntos.

---

[1] *The Marxist Quarterly*, 1966, N° 18.

El mismo había vivido hasta entonces en muchos países, incluido Canadá, en calidad de emigrado político huido del fascismo. Pero como los voluntarios sabían por qué luchaban, resistieron el embate de las tropas regulares fascistas y les causaron inmensas pérdidas.

La primera unidad canadiense —una sección del Batallón Abraham Lincoln de la 15ª Brigada Internacional— recibió su bautismo de fuego en la encarnizada batalla del Jarama.

Durante la ofensiva de Brunete, los voluntarios canadienses se distinguieron, encuadrados en esta brigada, durante el asalto de Villanueva de la Cañada, punto fortificado de los fascistas. Precisamente entonces, los norteamericanos dieron a sus compañeros de armas el sobrenombre de "los bravos canadienses", rindiendo tributo a su audacia en el ataque y a su tenacidad en la defensa.

Los canadienses prestaron servicio también en otras unidades de la 15ª Brigada: en los batallones Jorge Washington y Dimitrov, en la Compañía Inglesa de la 14ª Brigada, en las unidades de defensa antiaérea y de artillería del Ejército Republicano, en las unidades antitanque de las Brigadas Internacionales, en las guerrillas, en el transporte, en los arsenales y en los centros de Sanidad Militar.

A petición del Partido Comunista de Canadá, Bob Kerr, de Vancouver, fue retirado del frente a comienzos del verano de 1937 y enviado a la Sección de Personal de las Brigadas Internacionales, en Albacete, con la misión especial de agrupar en dicha base a los voluntarios que llegaban de Canadá y localizar a los canadienses que peleaban en otras unidades, a fin de organizar con ellos el Batallón Mackenzie-Papineau.

Cuando este batallón pasó a formar parte de la 15ª Brigada, se acordó reorganizarlo de tal modo que el inglés fuese en todas las unidades la lengua de mando. Todo el personal de la brigada lamentó mucho que los veteranos canadienses que habían peleado en las filas del famoso Batallón Dimitrov quedaran en él, separándose así de la masa fundamental de compatriotas suyos.

La primera gran batalla en que intervinieron los canadienses integrantes del Batallón Mackenzie-Papineau se libró en octubre de 1937 en Fuentes de Ebro. Mandaba entonces el batallón el norteamericano Robert Thompson, con posterioridad secretario del Partido Comunista de los EE.UU., y era su comisario Joseph Dallet, muerto el primer día de la batalla, sustituyéndole Saul Wellman, de Detroit. Los recuerdos de dos participantes en este duro combate permiten hacerse una idea de algunos momentos del mismo. Ronald Liversedge escribe:

"Exactamente a las 12.00, la aviación republicana se alzó de detrás de nosotros y las baterías antiaéreas de los fascistas abrieron fuego huracanado. En el aire se encontraban cerca de 50 bombarderos propios. Los aviones viraron a la derecha, formaron un

La siguiente operación en que participaron los canadienses fue la defensa de Teruel.

El 15 de diciembre de 1937, el Ejército Republicano emprendió la ofensiva contra Teruel, ciudad de importancia estratégica sólidamente fortificada, tomándola a los pocos días. A comienzos de enero de 1938, Franco desencadenó una contraofensiva en masa. Las Brigadas Internacionales 11ª y 15ª fueron encargadas de defender los accesos a la ciudad. El Batallón Mackenzie-Papineau y otros de la 15ª Brigada ocuparon posiciones —varias colinas y un valle— a dos o tres kilómetros al norte de Teruel.

Mandados por el capitán Edward Cecil Smith (periodista de Toronto) y el comisario Saul Wellman, los voluntarios canadienses, juntamente con otros batallones de las Brigadas Internacionales 11ª y 15ª y con una brigada de marinos españoles, rechazaron los furiosos ataques de los fascistas. Durante más de dos semanas, Franco lanzó cada día al combate grandes fuerzas frescas apoyadas por artillería pesada y aviación.

Dos compañías del Batallón Mackenzie-Papineau estaban al mando de los canadienses Niilo Mäkelä, de Timmins (Ontario), y Lionel Edwards, de Vancouver. El jefe de la tercera compañía era el español Ricardo Díaz. El norteamericano Jack Thomas mandaba la Compañía de Ametralladoras. Niilo Mäkelä, uno de los oficiales más valientes y queridos del batallón, murió dos meses después en la defensa de Caspe.

En sus memorias, el capitán Lionel Edwards describe así la situación en que actuó su compañía:

"Formando parte de una patrulla de vigilancia, la víspera del ataque, nos acercamos a las trincheras fascistas bastante cerca para oír cómo animaban los oficiales a sus soldados. Arriesgando la vida, comprobamos que teníamos frente a nosotros unidades de requetés navarros, las tropas más fanáticas de Franco. Estos maníacos clericales, que vestían capote-manta con capuchón como los frailes y boina roja, llegaron a la línea de fuego para hacer realidad los preceptos de Torquemada, restaurar la monarquía y sentar en el trono a un descendiente de don Carlos. Tras estas tropas se encontraban una división italiana y la artillería alemana...

El combate empezó al amanecer del día siguiente. En el cielo aparecieron escuadrillas de bombarderos y lanzaron sobre nosotros su carga mortífera. Después retumbaron los cañones. Muy pronto comprendí de verdad lo que es el infierno. El humo envolvió la cota que ocupábamos. Quedamos completamente negros. Nuestro oído dejó de percibir el lenguaje o la risa corrientes. La preparación artillera fue espantosamente larga. Los heridos gemían. Pero era imposible evacuarlos, pues los accesos de la retaguardia a nuestras posiciones estaban fuertemente batidos. El ca-

Oficiales del batallón canadiense en el frente

ñoneo cesó de pronto después del mediodía. Comprendimos que había llegado el momento del ataque.

Los fascistas se lanzaron sobre nuestras trincheras, gritando y agitando en alto los fusiles. Les dejamos que se acercaran y abrimos fuego. Se desconcertaron y retrocedieron, pero después se reagruparon. Vimos que los oficiales arreaban a estos "intrépidos soldados de Dios", amenazándoles con las pistolas. Volvimos a dispersarlos. Llegó la noche y se reanudó el cañoneo.

Los días y las noches posteriores fueron horribles... En mi memoria ha quedado grabado principalmente el espíritu combativo de nuestros soldados. Recuerdo al camillero David, de la parte meridional de Alberta; a Jack Thomas, minero inmigrante del País de Gales, y a un estudiante norteamericano, conocido por sus investigaciones, que cayó muy pronto...

La potencia de las unidades mecanizadas y la superioridad numérica del enemigo tenían que manifestarse forzosamente. Nuestras ametralladoras quedaron destrozadas. Se disparaba contra nosotros ininterrumpidamente casi desde todas partes. Los refuerzos no podían llegar porque los fascistas habían tomado la cota que se encontraba a nuestra derecha. Quedábamos un puñado de hombres armados sólo con fusiles. Nos vimos obligados a tomar la decisión de replegarnos.

Los cinco supervivientes abandonamos a duras penas nuestra posición, llevando un herido. Este y otro de los nuestros fueron muertos. Los cuatro que quedamos salimos, por fin, ocupando una nueva posición a bastante distancia de nuestra cota. Los fascistas tardaron mucho en atacarla. Temían encontrar resistencia de las tropas republicanas. Pero, finalmente, tomaron nuestra cota, la última en los accesos de Teruel".

El teniente Percy Ludwick, jefe de las tropas de ingenieros de la 15ª Brigada, relata otro episodio heroico de la defensa de Teruel por el batallón canadiense. Recuerda que un nutrido destacamento de caballería marroquí intentó rebasar con una maniobra envolvente las posiciones del Batallón Mackenzie-Papineau. Se lanzó como un alud en dirección al Estado Mayor de los canadienses. El capitán Erward C. Smith, dando pruebas de valor y sangre fría, ordenó rápidamente al escaso personal del Estado Mayor que emplazara varias ametralladoras pesadas. Abrieron fuego mortífero, segando hombres y caballos. Los moros supervivientes, presas del pánico, retrocedieron en desorden.

El Mando del Ejército Republicano destacó el importante papel desempeñado por el batallón en la defensa de Teruel y ascendió a varios canadienses. Por ejemplo, el capitán E. C. Smith fue promovido al grado de comandante.

Cuando las divisiones de Franco y de los intervencionistas italianos se abrieron paso hacia el Mediterráneo en la primavera de 1938 y las fuerzas republicanas entablaron duros combates de retaguardia en el Frente de Aragón, el Batallón Mackenzie-Papineau, igual que otros de la 15ª Brigada, conservó su espíritu combativo, a pesar de haber sufrido grandes pérdidas.

El 28 de julio de 1938, cuando el Ejército Republicano cruzó el Ebro, el batallón canadiense fue el primero de la 15ª Brigada que pasó este río. Al mando del comandante Edward C. Smith y del comisario Frank Rogers, los canadienses liberaron rápidamente de fascistas dos ciudades —Ascó y Flix— y, después del afortunado avance en dirección a Corbera, se acercaron más que nadie a Gandesa.

La victoriosa operación del Ebro obligó a Franco a cesar la ofensiva contra Valencia y trasladar sus divisiones al río para contener el avance del Ejército Popular. En los encarnizadísimos combates librados en las montañas de Sierra de Pandols y Sierra de Cavalls para mantener el territorio liberado durante esta operación, "los bravos canadienses" demostraron una vez más su valentía e intrepidez.

En septiembre de 1938, el Batallón Mackenzie-Papineau, lo mismo que los demás batallones de la 15ª Brigada, fue retirado del frente en cumplimiento de la decisión del Gobierno español de evacuar de la República a todos los voluntarios extranjeros. Los canadienses entregaron las armas a sus camaradas españoles

y empezaron a preparar el regreso a Canadá. Pero antes de abandonar España tuvieron que demostrar una vez más su unidad con el pueblo español en la lucha por la democracia. A fines de enero de 1939, cuando las hordas de Franco amenazaban Barcelona, numerosos canadienses expresaron nuevamente su disposición a luchar por la República.

Al resumir la labor de los voluntarios internacionales canadienses en España, se puede decir con todo derecho que los soldados y oficiales del Batallón Mackenzie-Papineau fueron verdaderos representantes de la democracia canadiense en España. La historia ha probado que, en el fondo, fueron el destacamento de vanguardia del ejército que el Gobierno canadiense envió, en fin de cuentas, a Europa durante la segunda guerra mundial para ayudar a sus aliados de la coalición antihitleriana a frustrar la tentativa fascista de esclavizar a la humanidad. La gloria de los voluntarios canadienses en España, ganada a tan alto precio, es inseparable de la historia del pueblo canadiense.

CUBA

Desde el primero hasta el último día de la guerra nacional revolucionaria en España, el pueblo cubano consideró la lucha del pueblo español hermano contra el fascismo como su propia causa vital.

El movimiento de solidaridad con la República Española tuvo en Cuba ciertas peculiaridades, determinadas tanto por los vínculos tradicionales entre ambos países como por la especificidad de la situación política en Cuba en los años 30. Poco más de un año antes de estallar la sublevación fascista en España, el movimiento revolucionario cubano había sufrido un duro golpe. En marzo de 1935 fue sofocada la última de las importantes acciones políticas de las masas populares después de ser derrocado el régimen de Machado. La represión de los huelguistas y el asesinato de Antonio Guiteras, en mayo del mismo año, aseguraron la victoria completa de la reacción proimperialista. Centenares de obreros fueron despedidos y los reaccionarios se apoderaron de los comités sindicales. En esta situación de repliegue temporal del movimiento revolucionario —y, al mismo tiempo, de incesante efervescencia revolucionaria— se inició el movimiento de solidaridad con la lucha del pueblo español.

En Cuba existían ciertas condiciones que permitían expresar abiertamente esta solidaridad: ante todo, seguían actuando organizaciones progresistas semilegales y se mantenían relaciones diplomáticas con el Gobierno republicano de España.

El movimiento en defensa de la República Española nació en Cuba por iniciativa de los españoles residentes en el país y pertenecientes a diversas organizaciones democráticas, como el Círculo Republicano Español, el Círculo Socialista Español, etc. En poco tiempo, el movimiento se extendió a vastos sectores del pueblo cubano.

La primera etapa de la lucha en defensa de la República Española consistió en una campaña de recaudación de fondos para comprar víveres, ropa, cigarros, tabaco, etc., con destino a los combatientes republicanos. El día de paga, los obreros de las empresas

industriales entregaban "para España" parte de su salario. Se organizaron mítines de masas con la presencia de representantes de la República Española, como Fernando de los Ríos y Vicente Uribe. Estos actos se celebraron en parques deportivos, con la consigna de "Que no se vea la hierba". Hubo concentraciones de más de 100.000 personas.

La segunda etapa de esta lucha comenzó cuando numerosos cubanos expresaron el deseo de ir a España para combatir en las filas de los defensores de la República. Este deseo aumentó a medida que se hizo evidente que los generales sublevados hacían la guerra contra el Gobierno legítimo de España con ayuda de mercenarios marroquíes y de tropas expedicionarias italianas y alemanas.

El combativo movimiento de solidaridad con el pueblo español fue encabezado por el Partido Comunista de Cuba (PCC). Los comunistas cubanos consideraban que al participar en el movimiento de los Voluntarios de la Libertad cumplían con su deber internacionalista. Al mismo tiempo comprendían la importancia de la lucha antifascista en España para el desarrollo del movimiento revolucionario en Cuba.

El Gobierno reaccionario de Cuba simpatizaba con los facciosos. Por eso, toda la actividad relacionada con la ayuda militar a la República Española era ilegal y se realizaba en la clandestinidad.

Por iniciativa del PCC se constituyó una comisión especial para seleccionar y organizar el envío de voluntarios a España. Formaban parte de ella representantes de diferentes partidos políticos: los comunistas Víctor Pina (actualmente capitán de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba), doctor Luis Alvarez Tabío y Ramón Nicolau; los oficiales nacionalistas de izquierda José A. Martínez Méndez y Emilio Laurent, y varios liberales y conservadores, como el ex capitán Enrique Llaca Argudín y el ex comandante Ramón O'Farrill. Por último, pertenecían a la comisión hombres que con posterioridad fueron miembros del Partido Auténtico y del Movimiento Joven Cuba.

El reclutamiento de voluntarios se vio facilitado en mucho por las tradiciones revolucionarias e internacionalistas del pueblo cubano, por el recuerdo de los días de lucha por la independencia de Cuba. En la primera guerra de liberación nacional del pueblo cubano, iniciada el 10 de octubre de 1868 al grito de "¡Independencia o muerte!", al lado de los cubanos combatieron voluntarios rusos, chinos, polacos, dominicanos, venezolanos, etc. En aquella guerra, el general Carlos Roloff, de origen polaco, mandó un cuerpo de ejército, y el Generalísimo Máximo Gómez, nacido en Santo Domingo, fue Jefe Supremo de todas las fuerzas del Ejército Libertador de Cuba durante la segunda guerra de independencia.

El primer contingente importante de voluntarios cubanos llegó a España el 15 de abril de 1937; el último (73 hombres), a fines de febrero de 1938. En total, en el Ejército Republicano español combatieron 850 cubanos.

La partida de los voluntarios cubanos para España implicó grandes dificultades. Además de seleccionarlos, había que proporcionarles documentos bastante seguros y equiparlos con todo lo necesario. Es cierto que no todos los voluntarios salieron para España directamente de Cuba. Unos residían en los EE.UU.; otros, en México o Venezuela; otros se encontraban en España cuando se produjo el alzamiento fascista. Pero todos representaban al pueblo cubano.

Al llegar a España, los voluntarios cubanos se incorporaron a distintas unidades de las Brigadas Internacionales y españolas. La mayoría de ellos combatieron en el 59° Batallón de la 15ª Brigada Internacional.

Las hazañas de los obreros, empleados, intelectuales y estudiantes de Cuba en los campos de batalla de España son una página gloriosa de la lucha revolucionaria del pueblo cubano. Entre los caídos por la libertad de España figuran el periodista Pablo de la Torriente Brau —intelectual eminente, comunista, uno de los dirigentes de la lucha contra la dictadura de Machado y héroe nacional de Cuba, muerto en las afueras de Madrid siendo comisario de la 1ª Brigada de Choque del Ejército Popular— y Policarpo Candón, jefe de brigada del Ejército Republicano, caído también en su puesto de combate.

En un artículo publicado en la prensa republicana española se dijo: "Con Pablo de la Torriente Brau, Sánchez y otros, Policarpo Candón es la prueba más viva de la contribución del pueblo cubano a esta gran lucha que sostenemos en España contra el fascismo internacional... Luchamos juntos en decenas de combates, y Candón fue siempre el mismo: tranquilo y lleno de confianza en el triunfo. Aprovechaba todo momento de calma para estudiar. Sabía siempre granjearse el respeto y el cariño de sus soldados y sus superiores. Con la muerte del camarada Candón, el Ejército Español ha perdido a uno de sus mejores dirigentes, y el pueblo cubano y los antifascistas del mundo entero, a un combatiente probado..."

Quisiéramos mencionar también a otros combatientes, menos conocidos, que cumplieron hasta el fin con su deber internacionalista y revolucionario en tierra española (desgraciadamente, nuestra memoria no ha conservado los nombres de muchos de ellos).

Julio Valdés Cofiño, miembro de la organización democrática Joven Cuba y teniente de artillería del Ejército Cubano, llegó a España con el primer grupo de voluntarios. Allí recibió el grado de comandante y mandó un sector del frente de la 101ª Brigada. Participó en la batalla de Brunete, donde murió, junto

con el Estado Mayor de su unidad, durante un bombardeo de artillería.

Los valientes oficiales del Ejército Cubano Enrique Montalbán y Fernández Marthen cayeron también en España: el primero, en Brunete; el segundo, en Belchite.

Homero Meruelos Bartarraín, que había luchado activamente contra la dictadura de Machado, fue comisario de una sección del Batallón Abraham Lincoln y murió cerca de Zaragoza al rechazar un contraataque del enemigo.

En encarnizados combates contra los fascistas cayeron el aviador Lino García, el comandante Alberto Sánchez, los comisarios Efalio Goas Leão, Armando Torres, Manuel Alonso Barroso, Roberto Bruzón Neira y muchos otros.

Hombro a hombro con otros defensores de la República pelearon con valentía los siguientes cubanos: Pedro Dalmau Naranjo, capitán de artillería; Oscar Hernández y Pablo Porras, comisarios; Maidagán, comandante; Andrés González Lanuza, Miguel de la Llera Gafas, Viciedo y Joseíto Rodríguez Valdés, capitanes; Leopoldo Lanier Sobrado y Roberto Casals, tenientes; Waldo Martínez y José Agostini, marinos; Rafael de la Vega y Luis Díaz Soto, doctores; José Campos Cuina y Mario Sánchez Díaz, oficiales de Sanidad Militar; Pía Martelar, enfermera. Deben agregarse a ellos, entre otros muchos Voluntarios de la Libertad cubanos, los siguientes oficiales y soldados: Humberto Alvarez, Carlos M. Parra Sarmiento, Julio Cuevas, Grenete, Palacios, Manuel Madariaga, Manolo Cueira, Landeta, Primo, Evelio Aneiros Subirat, Luis Peraza, Orlando del Real, Rodriguito, Brito, Mario Morales y Manuel González.

Al abandonar España con motivo de la retirada de los voluntarios internacionales del Ejército Popular, los antifascistas cubanos declararon en un mensaje de despedida al pueblo español, aprobado en una reunión:

"Hermanos de España:

...Al marcharnos, nos llevamos el más preciado tesoro que pueda ambicionar un verdadero antifascista:

El sentido de la unidad.

El sentido del sacrificio.

El sentido de la voluntad de vencer.

Tres lecciones inolvidables y de inapreciable valor. Serán nuestros lemas.

Por la Asociación de Combatientes de la Libertad:

M. del Peso, presidente.

J. Agostini, secretario[1].

El vasto movimiento de solidaridad con la República Española influyó también en la marcha de los acontecimientos en

[1] *Frente Rojo*, 18.XI.1938.

Cuba y ayudó al movimiento revolucionario cubano a salir del marasmo en que había caído a consecuencia de la derrota de los trabajadores en marzo de 1935. Bajo la presión de las masas, el Gobierno cubano se vio obligado a hacer concesiones, en particular, a excluir de su seno al general ultrarreaccionario Montalvo.

El Partido Comunista de Cuba, venciendo la resistencia de los reaccionarios, consiguió que fuesen legalizadas las organizaciones del partido y de los sindicatos, transformando estos últimos en puntos de apoyo de su actividad revolucionaria. Fue una gran victoria de los trabajadores la constitución de una potente central sindical: la Confederación de los Trabajadores de Cuba. Empezaron a publicarse en el país periódicos comunistas y democráticos y obras de los fundadores del marxismo-leninismo. En la Asamblea Constituyente se dio a conocer el programa de la Unión Revolucionaria Comunista. Los comunistas recibieron la posibilidad de participar en la redacción de la Constitución de 1940.

La derrota del pueblo español en la guerra nacional revolucionaria en marzo de 1939 no debilitó el movimiento de solidaridad en Cuba. Al contrario: los lazos fraternales entre los dos pueblos se reforzaron. Centenares de combatientes españoles encontraron refugio en Cuba y participaron en el movimiento revolucionario cubano. Los voluntarios, al regresar de España, se incorporaron en el acto al combate contra el fascismo y el imperialismo en su tierra natal. Muchos de ellos participaron activamente en la lucha contra la dictadura de Batista.

Los verdugos policíacos de la dictadura asesinaron a los héroes de la lucha en España José Agostini, Cuervo y Humberto Alvarez, este último dirigente de los comunistas de Cárdenas. El 13 de marzo de 1957, durante el asalto del Palacio Presidencial de Batista, cayó Norberto Nodal.

El pueblo cubano, inspirado por el heroico ejemplo de España, prosiguió la causa de la revolución española. Cuba es el primer país de habla española en que ha triunfado la revolución socialista. El primero, pero, como ha dicho Fidel Castro, no el último. Es profundamente simbólico que un veterano de la guerra de España, Alberto Bayo, fuera el maestro que enseñó el arte militar a Fidel Castro y a los héroes del *Granma,* dirigidos por él. Los acontecimientos en España formaron la conciencia política del joven Ernesto Che Guevara. Las consignas de la heroica batalla de Madrid —"¡No pasarán!", "¡Más vale morir de pie que vivir de rodillas!"— fueron símbolo de fe en la victoria de la Cuba revolucionaria en los días de Playa Girón.

El pueblo cubano está edificando hoy una sociedad nueva a noventa millas de la potencia imperialista principal.

Los cubanos, que tanto deben a la heroica lucha del pueblo español, están firmemente convencidos de que también él ganará su batalla por la libertad.

CHECOSLOVAQUIA

La heroica lucha de la España democrática en 1936-1939 fue acogida con plena comprensión y el máximo apoyo por la opinión progresista checoslovaca, que comprendió rápidamente las posibles consecuencias de la sublevación de los generales fascistas y de la intervención armada de los Estados fascistas. Una de las dos aliadas principales de los facciosos —la Alemania hitleriana— representaba entonces una amenaza directa a la integridad territorial y a la soberanía nacional de Checoslovaquia. En la propia Checoslovaquia, los medios gobernantes trataban de restringir las libertades democráticas y fascistizar la estructura del Estado. En estas condiciones, las fuerzas avanzadas del país, en primer término la clase obrera, no podían permanecer indiferentes ante la intervención del fascismo alemán e italiano y la política de "No-Intervención".

En otoño de 1936 se constituyó en Praga el Comité de Ayuda a la España Democrática, en el que colaboraron antifascistas de distintas convicciones políticas, creencias religiosas y profesiones. Además de los miembros individuales, se adhirieron a él cerca de cincuenta miembros colectivos, que agrupaban a unas 750.000 personas. A fines del año siguiente, los miembros individuales del comité llegaban ya a 1.136, y los colectivos, a 184. Simultáneamente se formaron 64 comités locales de solidaridad. En el comité estaban representados todos los pueblos que formaban entonces Checoslovaquia (es decir, no sólo checos y eslovacos, sino también alemanes, húngaros, ucranianos y polacos).

La actividad del Comité de Ayuda a la España Democrática y sus secciones fue muy diversa. Se prestó gran atención a divulgar informaciones veraces y oportunas sobre los acontecimientos de España, explicar su significado e importancia y solicitar infatigablemente ayuda moral y material para los antifascistas españoles. En esta labor desempeñaron una misión de inapreciable valor la revista mensual ilustrada *Španělsko* ("España"), que apareció en Praga desde abril de 1937 hasta septiembre de 1938

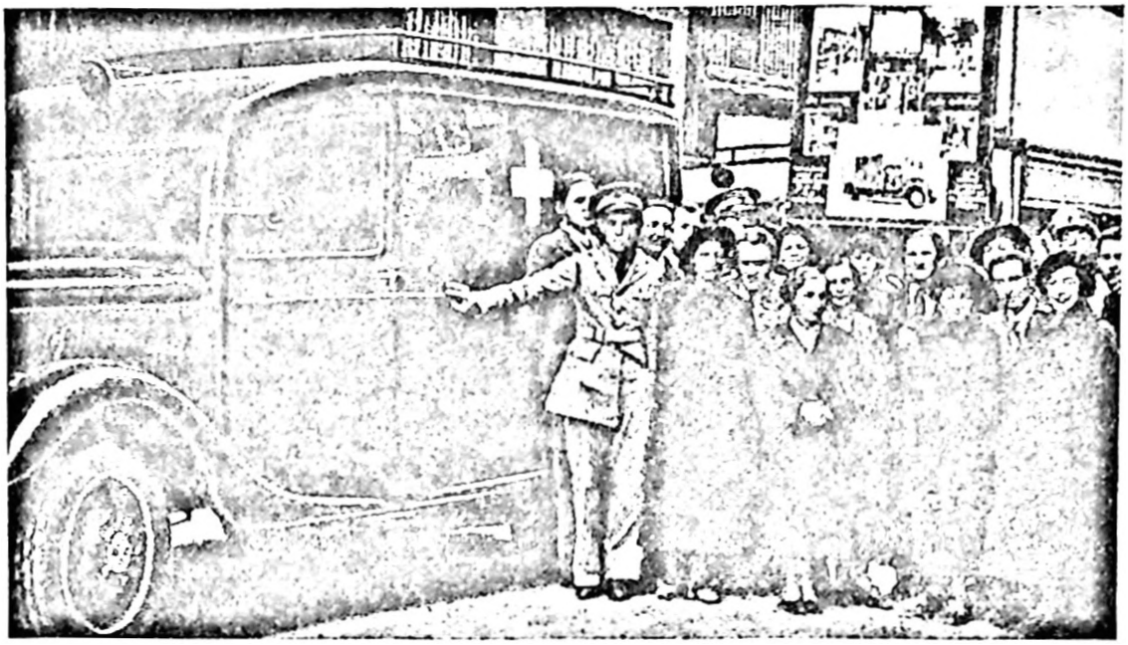
con una tirada de 20.000 ejemplares (de ellos, 5.000 en alemán), y el boletín en multicopista *Španělská korespondence* ("La Correspondencia Española"). En numerosos carteles (el autor de uno de ellos fue Oskar Kokoška), postales y manifiestos se llamó a prestar ayuda al pueblo español. El comité costeó la edición de folletos dedicados a la España combatiente (*La lucha de la democracia española, Durango, La España combatiente, España en nuestros corazones, España* y otros). Se organizaron exposiciones y conferencias. Gozaban de un éxito singular los informes de las personalidades políticas y culturales que visitaban a España, así como las obras teatrales y las películas dedicadas a este país.

Los comités centrales y locales de ayuda efectuaron con buen éxito colectas de donativos para comprar víveres, medicamentos y ropa. Los organizadores de estas colectas dieron pruebas de gran inventiva. Por ejemplo, se fabricaron y vendieron 110.000 insignias con los colores de la bandera republicana y la siguiente inscripción: "¡Viva la Libertad en España!"

Las siguientes cifras dan una idea de los resultados de la campaña de ayuda: hasta fines de 1937 fueron remitidos de Checoslovaquia a España paquetes postales por valor de más de un millón de coronas: en noviembre y diciembre de 1937 se hizo una recogida de regalos de Navidad y se enviaron 1.500 paquetes por valor de 145.000 coronas. Una medida de extraordinaria importancia fue la organización del Hospital de Sangre Juan Amos Kamenski, en la que se invirtió medio millón de coronas. Con posterioridad, este hospital fue sostenido exclusivamente con los donativos voluntarios. Ya en mayo de 1937, los médicos checoslovacos empezaron a prestar asistencia en él a los defensores de la España republicana heridos y enfermos. Al principio lo dirigió el cirujano Karel Holubec, que fue sustituido por el doctor B. Kisch. Con los esfuerzos del comité se organizó y costeó una guardería infantil en el sur de Francia para los niños españoles evacuados.

En la búsqueda de medios para ayudar a la España republicana participaron organizaciones sociales del carácter más diverso y hombres de buena voluntad de toda Checoslovaquia. Pero fueron las colectas en los centros industriales y en las minas las que dieron mejores resultados. Los obreros de varias empresas entregaban regularmente parte de su salario mensual. Es indiscutible el mérito especial de la clase obrera checoslovaca en el apoyo eficaz a la democracia española. El Partido Comunista de Checoslovaquia fue la fuerza política más activa que se alzó en defensa de los combatientes antifascistas españoles. Precisamente él lanzó entonces una consigna previsora y movilizadora: "En las cercanías de Madrid se lucha también por Praga".

Klement Gottwald, Secretario General del PCCh, pronunció el 12 de agosto de 1936 un discurso en Praga, en el que mostró la importancia de la lucha del pueblo español y de la solidaridad



Ambulancias enviadas por el Comité de Praga de Ayuda a la España Republicana

internacional: "La causa de España —dijo— es nuestra propia causa... Los sublevados habrían sido derrotados hace ya mucho, y se habría puesto fin al derramamiento de sangre, si no recibieran ayuda del extranjero. Tras sus espaldas se encuentra la reacción mundial. Hitler y Mussolini les abastecen de armas... De esta forma, la causa de España se ha convertido en la causa de la lucha internacional entre el fascismo y el antifascismo, entre las siniestras fuerzas de la barbarie medieval y el progreso, entre las fuerzas de la guerra y las de la paz, entre la tiranía fascista y la democracia, entre la degeneración reaccionaria y la civilización"[1].

La iniciativa principal y el papel rector en la fundación del Comité de Ayuda a la España Democrática y en su actividad correspondió a los comunistas. Todos los medios de influencia del partido —la prensa, los mítines en las empresas y entre la población, las asambleas de las organizaciones sociales y los discursos de los diputados comunistas desde la tribuna del Parlamento— fueron utilizados para intensificar la ayuda a España.

En un breve resumen es imposible mencionar a todos los grupos y organizaciones sociales que participaron en Checoslovaquia en el movimiento de ayuda a España. Sin embargo, debe recordarse el papel de los intelectuales checoslovacos progresistas, que dedicaron a esta noble obra todo su talento y todas sus dotes de organizadores. Antes ya de que se constituyera el comité, recaudó fondos eficazmente la Sociedad de Defensa de los Derechos y del

[1] *Živé tradicie.* Praha, 1959, s. 59-60.

Progreso Social ("Solidaridad"), que más tarde pasó a ser miembro colectivo de dicho organismo. En el verano de 1937, los escritores checoslovacos enviaron delegados al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, que se celebró en Valencia, donde tenía su sede provisionalmente el Gobierno de la República Española, y cerca de la primera línea del Frente del Centro: el heroico Madrid. La delegación checoslovaca estuvo en las posiciones de los combatientes del Ejército Popular durante los combates de Brunete. El conocido publicista antifascista Egon Erwin Kisch pasó varios meses entre los voluntarios de las Brigadas Internacionales.

El movimiento de solidaridad fue en aumento. A fines de 1937, el comité se transformó en Sociedad de Amigos de la España Democrática. La nueva organización prosiguió con redoblada energía la recaudación de donativos y organizó numerosos mítines. Por ejemplo, en la reunión que celebró en enero de 1938 en una de las salas más espaciosas de Praga estuvieron presentes 3.500 personas. Reuniones semejantes tuvieron lugar en otras ciudades. En ellas se aprobaron resoluciones, en las que se condenaban enérgicamente la intervención italo-germana y la política de "No-Intervención" y se exhortaba a la opinión pública a prestar una ayuda mayor y más eficaz aún a la España republicana.

Sin embargo, los resultados materiales y el efecto moral de la campaña de ayuda a la República Española podrían haber sido más considerables si las iniciativas de la opinión pública no hubiesen tropezado con la política reaccionaria del Gobierno checoslovaco y si se hubiese logrado la unidad de todas las fuerzas democráticas.

El Gobierno checoslovaco siguió reconociendo *de jure* a la República Española, que tenía en Praga un representante acreditado oficialmente. Pero allí continuaba también, como "persona particular", el ex encargado de negocios de España, que había traicionado a la República y actuaba como representante de los "nacionales", es decir, de los sublevados fascistas. Las autoridades de Praga hacían la vista gorda y toleraban las actividades de este fascista contra el Gobierno español legítimo. Igual que los demás gobiernos burgueses europeos, Checoslovaquia aplicó la política de "No-Intervención" en su interpretación anglo-francesa, es decir, con un espíritu de hostilidad a la República Española. Por eso, el gobierno, que había prohibido formalmente la exportación de armas a España y Portugal, se las vendía en grandes cantidades a otros países bajo cuya bandera actuaban agentes de los facciosos. Al mismo tiempo, las autoridades impedían que los bancos efectuasen giros de dinero a la República Española, confiscaban las sumas recaudadas por el Comité de Ayuda e incluso interferían los paquetes con medicamentos.

Cartel de la Sociedad de Amigos de la España Democrática, en el que se exhorta a ayudar al pueblo español

En el Comité de No-Intervención, que tenía su sede en Londres, el representante de Checoslovaquia, Jan Masaryk, aprobó la proposición de la Italia fascista de prohibir toda recaudación de fondos entre la población en ayuda del pueblo español y el envío a éste de víveres y medicamentos. En la Sociedad de las Naciones, la delegación checoslovaca votó contra la propuesta de la República Española de que se investigaran los hechos probatorios de la intervención de los Estados fascistas —Alemania e Italia— en España. Tal fue la línea política de "No-Intervención" de Checoslovaquia, determinada por los partidos políticos reaccionarios, a cuyo frente se encontraba el Partido Agrario, burgués-terrateniente, que tenía las posiciones clave en el gobierno.

Los diversos partidos "socialistas" que colaboraban en el gobierno, en particular los socialdemócratas, apoyaban de palabra a la República Española e incluso en sus periódicos publicaban información sobre ella y condenaban a los rebeldes y los intervencionistas. Pero por temor a estropear las buenas relaciones con sus compañeros reaccionarios de coalición ministerial, los socialdemócratas rehuían la verdadera lucha política en apoyo del pueblo español y contra la falaz aplicación unilateral de la política de "No-Intervención", orientada de hecho a estrangular a la República con el dogal del bloqueo. Los socialdemócratas checos mantuvieron una actitud de hostilidad al Frente Popular español y francés, y sus líderes declararon que antes saldrían de la II Internacional que aceptar la unidad de acción con los comunistas.

En tal situación, cualquier manifestación de solidaridad con España por parte de los obreros, campesinos, intelectuales y otras fuerzas democráticas tropezaba con extraordinarias dificultades y quienes participaban en ella eran, a menudo, perseguidos por las autoridades. Paralelamente, el gobierno estimulaba la labor del bloque de partidos que simpatizaban con los franquistas —pequeño en número, pero con gran influencia en los medios gubernamentales—, entre los que figuraban organizaciones separatistas, como el partido de los terratenientes húngaros de Eslovaquia o el partido sudete-alemán de Henlein, agente personal de Hitler.

La prensa de derecha lanzaba cada día sobre los lectores torrentes de ruines infundios acerca del Frente Popular español, esforzándose por embellecer y justificar los actos de la Junta de generales de Franco y, además, cubrir de lodo al movimiento de solidaridad en Checoslovaquia. Los reaccionarios invocaban de una manera hipócrita el acuerdo de "No-Intervención" y se afligían demagógicamente por el destino de los pobres, a los que el movimiento de solidaridad arrancaba, según decían, los últimos medios de existencia para ayudar a la España "roja". Basándose en ello, exhortaban a las autoridades a cortar, con el concurso de la policía y de los tribunales, la actividad "delictiva" de los comités de ayuda.

La única fuerza social capaz de rechazar resueltamente las maquinaciones de la reacción e influir en el cambio de política del gobierno respecto a la República Española podía ser la clase obrera, unida y cohesionada. Los comunistas de Checoslovaquia, igual que la Comintern en la palestra internacional, propugnaban la unidad proletaria. A comienzos de agosto de 1936, el PCCh propuso a los dirigentes de los partidos socialistas organizar la unidad de acción en ayuda del pueblo español. Al recibir una negativa, presentó una vez y otra nuevas proposiciones, señalando que se ampliaba la agresión italo-alemana y empeoraba la situación de la República Española, atenazada por el bloqueo diplomático y económico.

Pero todos esos llamamientos fueron la voz que clama en el desierto. Aunque representantes de las organizaciones socialistas locales participaron en algunos casos en acciones conjuntas con los comunistas, a escala de todo el país no se pudo lograr un acuerdo de unidad de acción. Los dirigentes de los partidos socialistas siguieron ateniéndose al principio de "cada uno por su cuenta" y prefirieron la división en el movimiento obrero a la ruptura con la burguesía reaccionaria. No obstante, venciendo todas las medidas hostiles del gobierno y la malquerencia de los partidos reformistas, la campaña de solidaridad con la España democrática entró en la historia de Checoslovaquia como uno de los más vastos movimientos populares desde la formación del Estado checoslovaco en 1918. Las fuerzas democráticas hicieron de la ayuda al pueblo español una de las tareas principales, una parte sustancial de su lucha por el mantenimiento de la paz y la independencia de Checoslovaquia.

Es posible que la combatividad antifascista de los trabajadores de Checoslovaquia, su internacionalismo y su solidaridad con la España democrática no se hayan manifestado en ningún otro terreno con tanta fuerza como en la decisión de participar personalmente en la defensa de la República Española. El odio de clase al fascismo, la alarma por los destinos de la patria, sobre la que se cernía también la amenaza fascista, y el sentimiento de fraternidad internacional de los trabajadores fueron los motivos principales que impelieron a muchos antifascistas checoslovacos a empuñar las armas. En esta decisión se vio reflejada la influencia de los largos años de lucha del Partido Comunista y de la Unión de Juventudes Comunistas, que habían educado a los trabajadores en el espíritu del internacionalismo proletario. El ejemplo de los comunistas arrastró a sus compañeros sin partido o que militaban en otros partidos políticos.

En los primeros destacamentos de las Milicias Populares españolas combatieron ya, al lado de franceses, alemanes, italianos y otros extranjeros, checos y eslovacos que, por distintos motivos, se encontraban en España al producirse la rebelión fascista.

Hoy es imposible comprobar exactamente cuántos fueron. Se han conservado sólo los nombres de cinco: Miloš Brožek, Roman Krobš, Miloš Sedlák, Eduard Štrof y Jaroslav Dula.

Los primeros voluntarios partieron de Checoslovaquia para España a mediados de agosto de 1936, cuando el PCCh creó una organización especial encargada de ayudarles a llegar a Francia y, desde allí, al punto de destino. Los partidos socialistas se atuvieron estrictamente en este terreno a la posición de la coalición ministerial, es decir, la hostilidad al movimiento de los voluntarios.

Aunque toda manifestación de solidaridad internacional chocó con la resistencia de las autoridades, la selección de los voluntarios tropezó con dificultades aún mayores. La prensa reaccionaria respaldó las medidas represivas del gobierno y desencadenó una histérica campaña contra "el reclutamiento de voluntarios por los comunistas". Con el pretexto de cumplir el acuerdo del Comité de No-Intervención, las autoridades negaron a los voluntarios los pasaportes necesarios para viajar al extranjero. La policía efectuó registros en los locales del Secretariado del PCCh y detuvo a varios funcionarios del partido, sospechosos de organizar la salida de voluntarios.

Estos últimos se vieron obligados a marchar a España ilegalmente o a dar a las autoridades datos falsos sobre el objeto de su salida al extranjero (trabajar en Francia o Bélgica, efectuar un viaje de negocios, visitar la Exposición Universal de París, etc.). Pero semejantes subterfugios no siempre daban los resultados apetecidos, sobre todo a quienes eran conocidos por la policía como comunistas o partidarios de la República Española.

De ordinario, el camino de los voluntarios a España pasaba por Austria, Suiza y Francia. El punto de concentración era París. Algunos preferían atravesar Alemania y Bélgica; otros elegían un camino más largo y complicado, a través de Polonia, para desde allí, en dependencia de las circunstancias, trasladarse por mar a Francia o llegar a Holanda por los Países Escandinavos. Pero ningún camino era fácil.

Antes de salir para el extranjero, los voluntarios pasaban habitualmente por Praga, donde recibían instrucciones acerca del itinerario a seguir. Individualmente o en pequeños grupos, emprendían la marcha, que requería intrepidez, disciplina y, lo que es principal, voluntad inflexible de lograr el objetivo. Muchos de ellos eran detenidos por la policía en los países vecinos y devueltos a Checoslovaquia; otros no conseguían siquiera salir de ella. Al intentar por segunda vez ir a España, era más prudente elegir una nueva ruta. Si en Praga se congregaba un número considerable de voluntarios, se les enviaba en pequeños grupos o individualmente en direcciones distintas para que fuese más fácil burlar la vigilancia de la policía y de los guardafronteras.

Španělsko za nás, my za Španělsko!

Již 10 měsíců běsní fašismus ve Španělsku. Již 10 měsíců se španělský lid udatně bije nejen s najatými vrahy z cizinecké legie a Marokánci, ale se statisícovými armádami německého a italského fašismu. Bombardování civilního obyvatelstva, žen a dětí, pustošení měst, barbarské ničení nejkrásnějších výtvorů lidského ducha a rukou, jimiž se fašismus zproslavuje ve Španělsku, vyplní provždy nejtemnější stránky lidských dějin.

ŠPANĚLSKÝ LID BOJUJE ZA SVĚTOVÝ MÍR.

Lidová armáda, Mezinárodní brigáda, španělský, katalánský a baskický lid nezápasí jen o svou svobodu a nezávislost, ale pokládá své životy za zájmy všeho pokrokového lidstva. Německý a italský fašismus položily podkop pod světový mír. Chtějí si podmanit nejen Španělsko, ale všechny demokratické a malé státy Evropy. Přepadly Španělsko bez vypovězení války, využivše spiknutí několika zrádných generálů. Celý mírumilovný svět, všechny demokratické státy a zvláště Společnost národů, měly v tomto okamžiku útočníky ztrestat tak, jak je k tomu zavazují jejich podpisy na mírovém paktu a členství ve Společnosti národů. Všechny demokratické státy měly, jak to odpovídá mezinárodnímu právu, poskytnout všechnu pomoc španělské republice. Ale zbabělost demokratů posílila zase jednou fašistické dobyvatele a podněcovatele války, povzbudila jejich zpupnost a troufalost. Svoji váhavostí a slabostí je spíše pobídli k pokračování v jejich zločinu.

Mezinárodní právo, které upravuje styky mezi civilisovanými národy, všechny zásady Společnosti národů, zavazovaly k tomu, aby Španělsko bylo považováno za oběť podlého útoku, aby povstalci byli postaveni mimo mezinárodní právo a mocnostem, které do Španělska vnesly válku, mělo být dáno najevo, že porušily mezinárodní právo a vystavily se následkem toho sankcím, které jsou určeny proti útočníkům. To se však nestalo. Ještě hůře:

Ve skutečnosti bylo použito sankcí proti španělské republice a byla proti ní prováděna neslýchaná blokáda, zatím co fašistický útočník shromažďoval na španělské půdě obrovský válečný materiál a veliké vojenské formace.

Vše se děje tak, jakoby španělský lid byl viníkem, protože brání svou národní nezávislost a svou svobodu. Mezinárodní právo je šlapáno. Svoboda je ohrožena nejen ve Španělsku, ale všude. Mír světa je ohrožen tím, že nepřátelé republikánského Španělska jsou za svůj útok odměňováni.

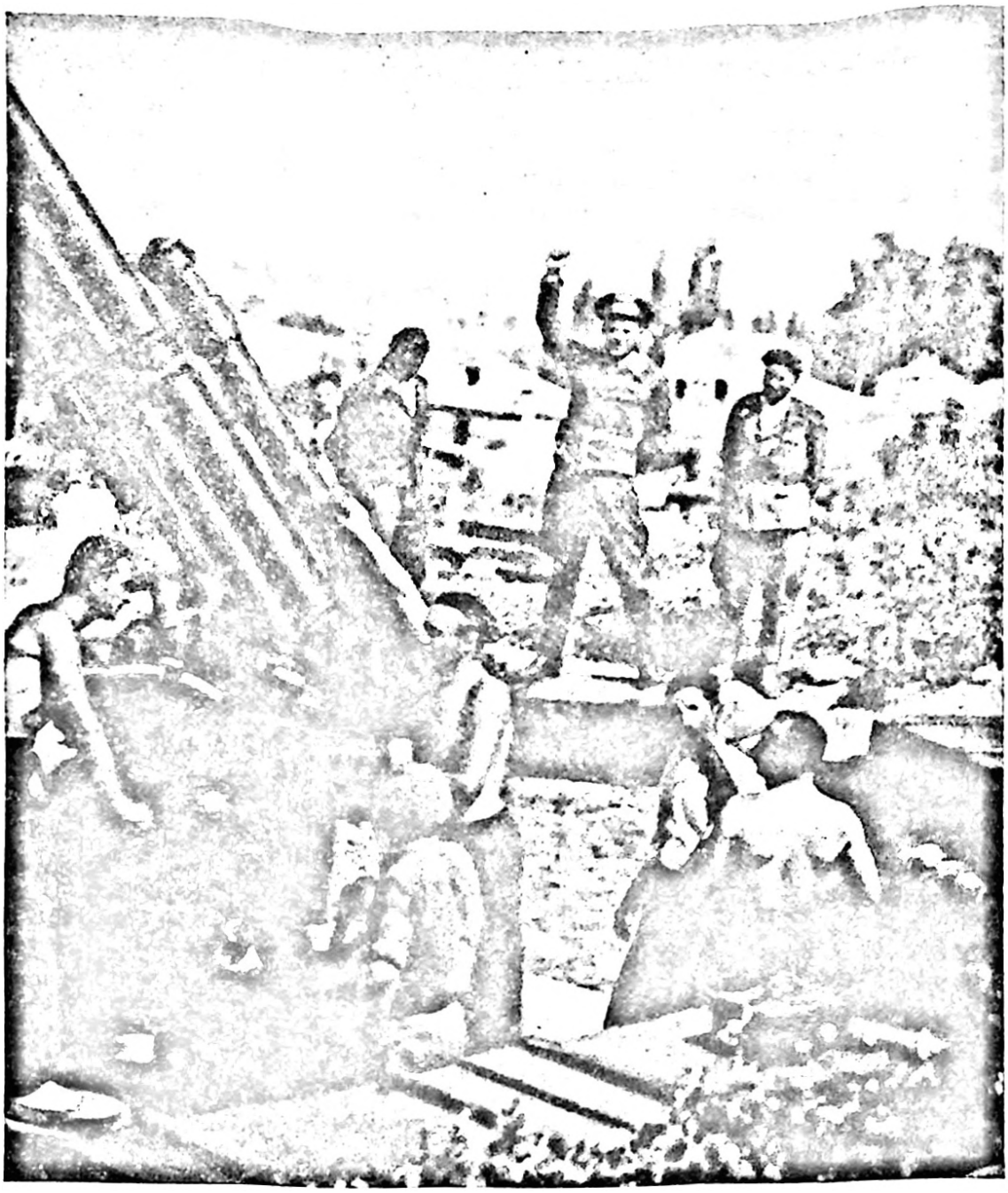
ŠPANĚLSKÝ LID BOJUJE ZA ZÁJMY ČSR.

Nepřátelé španělského lidu jsou i nepřáteli ČSR.

Bezpečnost republiky je ohrožena, protože každý, kdo by ji chtěl napadnouti, může se domnívat, že mu jeho zločin projde právě tak beztrestně, jako ve Španělsku. A že stačí vyvolat vnitřní nepokoje pomocí henleinovců, aby byla ospravedlněna intervence hitlerovských armád v Československu. Na španělských frontách se rozhoduje i o našem osudu, o nezávislosti Československa, o svobodě jeho národů.

Činy politických rozhodujících kruhů republiky podle toho ale nevypadají. Místo toho, aby republika okamžitě přispěchala demokratické vládě Španělska na pomoc všestrannou podporou, přihlíží trpně k dobyvačným podnikům fašismu. Ba co více: U nás jsou dokonce zakazovány projevy solidarity a sbírky pro Španělsko, zatýkáni a odsuzováni dělníci, kteří chtěli splnit to, co bylo povinností vlády.

Un manifiesto del Partido Comunista de Checoslovaquia, titulado "¡España por nosotros, nosotros por España!"



La Batería Antiaérea Gottwald en una posición

Desde Checoslovaquia salieron para España numerosos antifascistas emigrados, muchos de ellos alemanes, que habían encontrado allí asilo. Además, pasaron por Checoslovaquia voluntarios de Europa Oriental y Sudoriental. El Partido Comunista de Checoslovaquia, juntamente con los partidos comunistas de los países vecinos, sobre todo de Polonia, les prestó la ayuda necesaria para seguir el viaje hasta París, desde donde eran enviados a España.

En total, a la República Española llegaron más de 2.000 voluntarios checoslovacos, incluidos emigrados de otros países. De

ellos, no menos de 1.300 llegaron directamente de Checoslovaquia. Junto con checos y eslovacos, salieron para España centenares de alemanes y húngaros, así como decenas de ucranianos y polacos que eran ciudadanos de la República Checoslovaca. Obreros, mineros, artesanos, comerciantes, médicos, ingenieros, estudiantes, campesinos y empleados abandonaron su trabajo pacífico y se convirtieron voluntariamente en soldados antifascistas.

Muchos voluntarios pertenecían al Partido Comunista, pero la mayoría eran sin partido. Al pasar por el crisol de las pruebas de la guerra, parte considerable de los sin partido y de los militantes de otras organizaciones políticas ingresaron en el Partido Comunista. Por eso, a comienzos de 1939 eran ya comunistas más de la mitad de los checoslovacos que combatían en las Brigadas Internacionales. De los demás, un pequeño grupo pertenecía al Partido Socialdemócrata y a otros partidos. Pero todos estaban estrechamente unidos por las convicciones antifascistas y por el anhelo común de luchar.

Al seleccionar a quienes deseaban marchar a España como voluntarios para incorporarse a las Brigadas Internacionales, el Partido Comunista de Checoslovaquia concedió gran importancia a su preparación militar, pues el Ejército Popular necesitaba en extremo especialistas militares. Se daba preferencia a los que habían hecho el servicio, sobre todo en aviación y en otras armas técnicas. Gracias a ello, los voluntarios checoslovacos fueron útiles al organizarse las unidades tácticas técnico-militares del Ejército Republicano.

En las dos primeras Brigadas Internacionales, que se formaron en noviembre de 1936, había pequeños grupos de checos y eslovacos. Eran diez voluntarios de la Compañía Rákosi del Batallón Edgar André, entre los que figuraban los eslovacos Jurap Petroček y Ondrej Šima y el checo Jan Krejčí. Otro grupo, al que pertenecían Laco Holdoš y Jožko Májek, formaba parte de la Compañía de Ametralladoras del Batallón Thaelmann.

A fines de 1936, cuarenta checos y eslovacos y tres polacos formaron la Sección Klement Gottwald de la Compañía Mickiewicz, perteneciente a la 13ª Brigada Internacional. Casi al mismo tiempo se organizó la Sección Checoslovaca (al mando de Gustav Lohn) de la Compañía Eslava, que pertenecía a la 14ª Brigada Internacional. Poco después, en el Batallón Jorge Dimitrov, de la 15ª Brigada Internacional, se formó con voluntarios checoslovacos la Compañía de Ametralladoras Juan Ziska llamada así en honor del famoso caudillo popular bohemio. La mandó el polaco Kazimierz Gede, siendo su comisario político el checo Jaroslav Tichy. Fueron jefes y delegados políticos de las secciones Antonín Kobylák y Antonín Kymlička, Josef Kalaš y Jaroslav Hošek, y de la tercera sección —en la que había también voluntarios húngaros—, Máté y Stefan Fábry. Al principio, la Compañía Juan Ziska era

sólo de nombre una compañía de ametralladoras: carente de armamento y munición, participó en los primeros combates como una unidad corriente de infantería.

Los conocimientos militares de los voluntarios checoslovacos fueron aprovechados plenamente en otra arma: la artillería. Desde los primeros días se organizó la Batería Carlos Liebknecht, de la que formaron parte doce checoslovacos. Varios meses después, los voluntarios checoslovacos constituían en ella el grupo nacional más numeroso: 43 combatientes.

Mientras que los combatientes de la Sección Gottwald, al mando de Lorenc Lajdl y del delegado político Vendelín Opatrný, y los de la Batería Carlos Liebknecht peleaban en los alrededores de Teruel en difíciles condiciones derivadas del terreno montañoso, en los cuarteles de artillería de Albacete se reunían nuevos grupos de voluntarios procedentes de Checoslovaquia. Los dirigía Bohuslav Laštovička, redactor del periódico comunista *Rudé Právo,* que había sido oficial de artillería. Así nació a fines de enero de 1937 una nueva batería internacional de artillería, compuesta de checos y eslovacos, a la que se dio también el nombre de Gottwald. La vida de la nueva colectividad comenzó aproximadamente igual que la de otras muchas unidades formadas en aquellos tiempos. Su "arsenal" lo componían cañones anticuados de sistemas y calibres diferentes. Los voluntarios emprendieron con gran fervor y entusiasmo el estudio de los cañones y dispositivos y las clases teóricas de artillería. Se fijó un horario preciso de la jornada y empezó el estudio político.

A comienzos de febrero de 1937, la batería se transformó en antiaérea, siendo dotada de material de guerra moderno: cañones antiaéreos soviéticos de 76 mm, modelo de 1931. Tras unos días de intensa preparación, la batería salió para el Frente del Centro a mediados de febrero al mando de un instructor soviético: el capitán Semiónov.

En junio de 1937 se formó con nuevos voluntarios checoslovacos la Batería Májek, que fue agregada al 1er Grupo Eslavo de Artillería Pesada. Se entregó a la batería cañones anticuados de 150 mm (por lo visto, de procedencia francesa) y tras un acelerado entrenamiento práctico fue enviada al frente. La mandaba J. Douda y su comisario era B. Macháček. La batería pudo cumplir con buen éxito las misiones de combate porque la mayoría de los voluntarios que la integraban habían servido en su patria en el arma de artillería.

Un año después de haberse organizado la primera unidad checoslovaca —la Sección Gottwald— se formó un batallón, al que se dio el nombre de Tomás Masaryk, primer Presidente de la República Checoslovaca. El batallón checoslovaco —que, como era habitual en aquellos tiempos, sentía gran escasez de armamento— se instruyó en el pueblo de Fuentealbilla, no lejos de Albacete. El

personal de mando se reclutó entre los voluntarios que habían recibido sus despachos en los cursillos de oficiales internacionales en Pozorrubio. Habían luchado en el frente y tenían experiencia de combate. El primer jefe del Batallón Masaryk fue Stanislav Ríha, y el comisario, Miloš Nekvasil. Aunque el batallón se formó con nuevos voluntarios que acababan de llegar, su núcleo lo constituyeron combatientes expertos y fogueados del Batallón Dimitrov. A fines de enero de 1938, el batallón tenía 700 hombres, la mitad de los cuales eran checos y eslovacos y la otra mitad, españoles. Posteriormente se completó, como otras unidades internacionales, con combatientes españoles.

Los checos y eslovacos formaron parte de los batallones Dimitrov y Djaković, pertenecientes a la 45ª División. En las unidades mencionadas combatieron la mayoría de los voluntarios checoslovacos: infantes y artilleros. Pero muchos de ellos pelearon en otras armas del Ejército Republicano. En particular, los voluntarios checoslovacos pertenecientes a las minorías nacionales —húngaros y alemanes— fueron incluidos, teniendo en cuenta la lengua que hablaban, en unidades alemanas y húngaras de la Brigada Thaelmann, de la Brigada Dombrowski, etc.

En unión de los aviadores españoles, soviéticos y de otros países, defendieron la República Española pilotos voluntarios checoslovacos: Rudolf Bolfík, Jan Ferák, Rudolf John, Karol Gabula, Križ, Karel Král, Zdeněk Talaš y Karel Vejvoda.

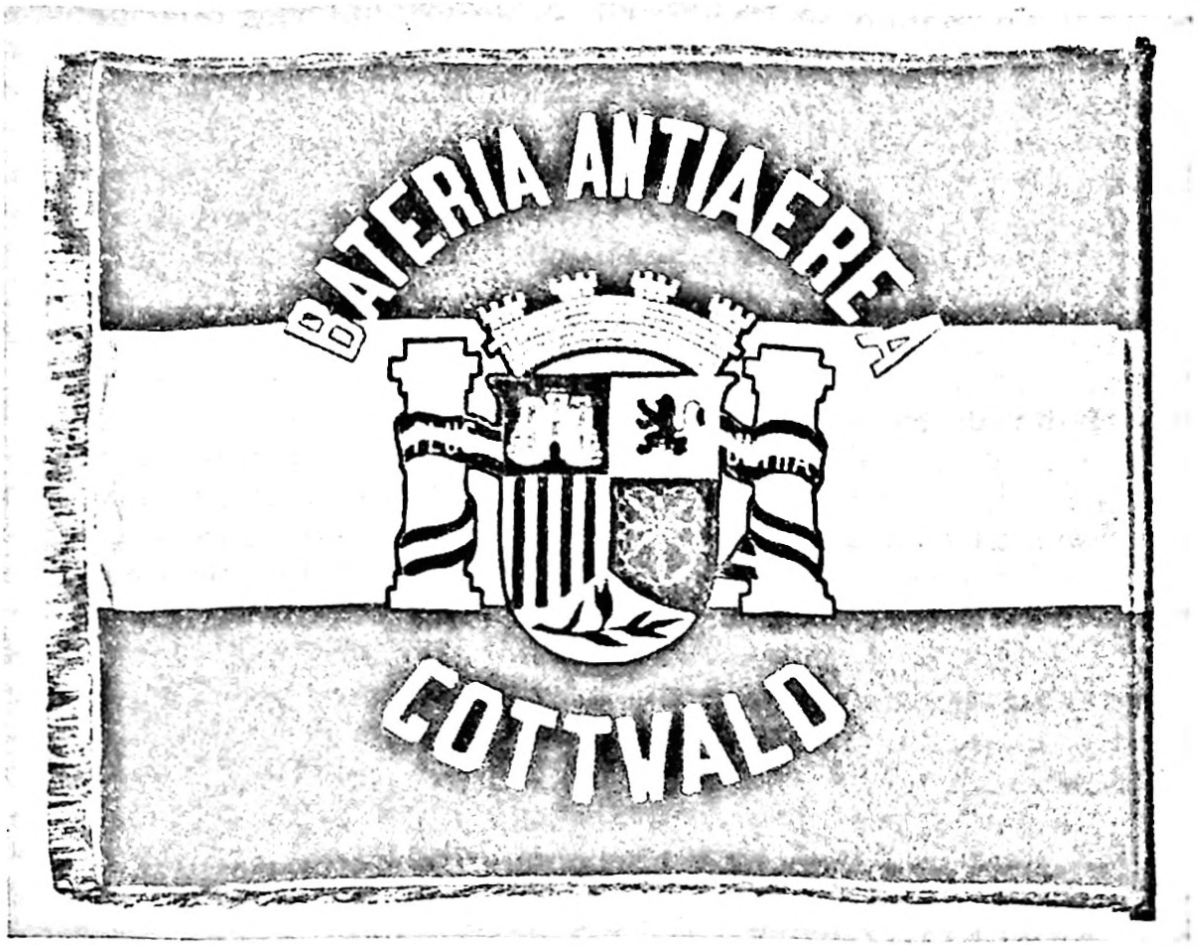
En las unidades blindadas pelearon también voluntarios checoslovacos. Algunos de ellos llegaron a España de la Unión Soviética (Oldřich Haken, Josef Hruška, Jan Mrkva y Břetislav Škarvada); otros, de Checoslovaquia (Ladislav Pískovský, Bruno Pitha, etc.).

En la primavera de 1937, varios voluntarios checoslovacos (Vendelín Opatrný, Alois Samec, Alois Soběslavský, Kamil Kozderka y Josef Bartoš, de la Sección Gottwald, y Miloš Knézl y Karol Matych, de la Compañía de Ametralladoras Ziska) fueron incluidos en un grupo guerrillero que operaba en la retaguardia del enemigo en Extremadura. Más tarde se unieron a ellos Pavel Antoš, Stanislav Sedlák y Oskar Valeš.

Desde marzo de 1938, varios artilleros checoslovacos sirvieron en el Grupo de Artillería Rosa Luxemburgo (Karel Štefek, subjefe del grupo; Eugen Stern, jefe de Estado Mayor; Géza Kršák, jefe de batería, y Karel Dufek, subjefe de batería).

Cerca de quince voluntarios checoslovacos combatieron en las filas del Batallón Internacional de la 86ª Brigada Mixta, y dos de ellos —Adolf Rach y Odpadlík— mandaron otros batallones de esta brigada.

En la operación del Ebro intervinieron unos 120 voluntarios de Checoslovaquia formando parte del Batallón Especial de la 45ª División. Fueron jefes de compañía A. Soběslavský, G. Lohn y A. Kobylák.



Bandera de la Batería Antiaérea Gottwald

Diversos voluntarios checoslovacos combatieron en caballería, trabajaron en la industria de guerra, en las emisiones internacionales de Radio Madrid, en los servicios administrativos de la base de las Brigadas Internacionales y en unidades de Sanidad Militar. En estas últimas, además del personal del Hospital Juan Amós Komenski, prestaron servicio D. Talenberg y otros médicos checos. Gustav Šimovič, jefe de un batallón de infantería de la 11ª División, y František Knézl, jefe de un batallón de zapadores, combatieron en unidades españolas del Ejército Republicano.

Los voluntarios checoslovacos participaron en todas las batallas importantes. Se les pudo ver en la heroica defensa de Madrid, en la primera ofensiva contra Teruel, en los encarnizados combates de Brunete, entre los combatientes que llevaron a cabo la operación de Zaragoza y en los distintos sectores del Frente Sur. Sus cañones defendieron Madrid, Valencia, Sagunto y otros puntos importantes de la República. Las montañas de Levante y las orillas del Ebro fueron testigos de su valentía, coraje y firmeza en el combate.

En la batalla del Jarama se distinguieron especialmente los voluntarios de la Batería Antiaérea Gottwald y de la Compañía de

Ametralladoras Juan Ziska. Ya en los primeros días de los encarnizados combates, los servidores de la Batería Gottwald derribaron tres aviones enemigos. La Compañía Juan Ziska cumplió su misión con todo éxito, aunque a costa de grandes pérdidas: en la primera semana de combates, sus efectivos disminuyeron de 162 hombres a 38, es decir, a menos de una cuarta parte. El voluntario búlgaro P. Tabákov, comisario de batallón, declaró: "En el heroico Batallón Dimitrov ocupa indiscutiblemente el primer lugar la Compañía de Ametralladoras, por su valentía, y lo que es aún más importante, por su arte militar, su disciplina en el combate y su hábil dominio de las armas".

En el verano de 1937, los voluntarios checos y eslovacos tomaron parte en la operación de Brunete, no lejos de Madrid, teniendo ya experiencia de lucha. Por ejemplo, la Sección Gottwald, después de los duros combates de Teruel, había peleado en las montañas de Sierra Nevada y en el sector de Pozoblanco, en Andalucía. El Batallón Dimitrov llegó a Brunete tras de haber defendido durante cien días las posiciones en el Jarama. Los artilleros de la Batería Carlos Liebknecht habían apoyado con su fuego a la infantería republicana en la operación de Teruel, en el Frente Sur y en el Frente de Aragón, cerca de Huesca. La operación de Brunete fue la primera sólo para la Batería Májek.

Esta operación proporcionó a la República un éxito limitado e hizo el balance de cierta etapa de desarrollo del Ejército Popular regular, incluidas las unidades internacionales. Un rasgo admirable de la vida de los voluntarios fue la amistad fraternal con sus compañeros de armas españoles y con la población civil. Los internacionales transmitían gustosos su experiencia militar y sus conocimientos a los jóvenes soldados españoles y eran para ellos ejemplo en el combate. Durante las pausas en las operaciones, los voluntarios ayudaban abnegadamente a los campesinos a recoger la cosecha, organizaban funciones infantiles y repartían regalos entre los niños. Las familias españolas los invitaban como huéspedes singularmente queridos.

Durante aquel período se estrecharon también los lazos de los voluntarios con su patria. Su abnegación y heroísmo fueron valorados dignamente por los trabajadores de Checoslovaquia como expresión suprema de solidaridad internacional. Las hazañas de los combatientes de las Brigadas Internacionales sirvieron de estímulo para extender más aún el movimiento de ayuda al pueblo español. Diversas organizaciones y personalidades progresistas sostuvieron correspondencia con los voluntarios, apoyaron material y moralmente a sus familias, se preocuparon de los inválidos y convalecientes, abastecieron constantemente de periódicos y revistas checoslovacos a los combatientes y les enviaron regalos. Las organizaciones del PCCh dieron pruebas de singular preocupación por los voluntarios.

En el verano del 1937 estuvo en España una delegación de diputados comunistas al Parlamento checoslovaco, presidida por Jan Sverma, y visitó a las unidades de las Brigadas Internacionales en que combatían voluntarios checoslovacos.

Todas estas manifestaciones de simpatía reforzaron el estado moral y político de los voluntarios, el sentimiento de estrecha ligazón con su pueblo. Los combatientes checoslovacos seguían con atención la vida política de su patria y participaban en ella. En las cartas abiertas aparecidas en *Rudé Právo* y otros periódicos democráticos expresaban su indignación por la política de "No-Intervención", protestaban contra las detenciones de comunistas con el pretexto de que se dedicaban a reclutar voluntarios y exhortaban a unir las fuerzas antifascistas checoslovacas en el Frente Popular y a intensificar el apoyo al pueblo español.

Con el fin de proporcionar a la opinión pública checoslovaca una información veraz acerca de los acontecimientos en España y sobre la vida de los voluntarios internacionales, en octubre de 1937 comenzó a publicarse la revista *Salud*, con un apéndice: *Vojáh Svobody* ("El Soldado de la Libertad"). También entonces, un grupo de voluntarios checoslovacos escribió y editó en Barcelona la recopilación *Por la paz y la libertad*, al mismo tiempo que en Checoslovaquia aparecía un folleto titulado *Los héroes eslovacos en España*. Estas publicaciones eran difundidas en Checoslovaquia por los comités de solidaridad y gozaban de gran popularidad entre la población.

Una página gloriosa en la epopeya de los voluntarios checoslovacos en España fue su participación, en agosto y septiembre, en la ofensiva en el Frente de Aragón y, sobre todo, en los combates por la liberación de Quinto y Belchite.

En aquellos momentos, lejos de Aragón, en el teatro de operaciones meridional, la Batería Májek rechazaba heroicamente los ataques del enemigo. En un desigual combate junto a Los Blázquez (cerca de Córdoba), que duró diez días, todas las piezas de artillería quedaron destruidas; pero sus servidores se abrieron paso combatiendo y rompieron el cerco enemigo.

Allí mismo, en el Frente Sur, se formó en el invierno de 1937-1938 la 129ª Brigada Internacional, compuesta por los batallones eslavo-balcánicos Djacović, Dimitrov y Masaryk. La brigada recibió su bautismo de fuego en la primavera de 1938 en Levante, donde tuvo que contener con encarnizados combates la ofensiva de las fuerzas de choque fascistas hacia el Mediterráneo.

Cuando los fascistas cortaron en dos partes el territorio de la República Española, la 129ª Brigada fue la única Brigada Internacional que quedó en la zona Centro-Sur. Se la destinó al Frente de Levante. Allí se encontraban también la Batería Gottwald, al mando de L. Holdoš, uno de los primeros voluntarios checoslovacos en España; la Batería Májek y la Batería Liebknecht, cuyo comisario

era Alexandr Bubeníček, miembro del CC del PCCh, que cayó en un combate. Le sustituyó K. Kubín. En los extenuadores combates defensivos en el Frente de Levante, las baterías antiaéreas Liebknecht y Gottwald pelearon en un sector junto con sus camaradas de las unidades de infantería. El personal de la Batería Gottwald se distinguió especialmente en la defensa de la antigua ciudad de Sagunto, que era un importante centro industrial de la República. Sus cañones defendieron durante cerca de dos meses esta ciudad y sus acerías. La batería rechazó 51 ataques aéreos y derribó diez aviones enemigos. Su camino de combates terminó en Valencia. Mientras estuvo allí, la aviación fascista no logró averiar ni uno solo de los buques llegados al puerto.

Los voluntarios checoslovacos dejaron de actuar en las operaciones militares en España después, fundamentalmente, de los combates en el Frente de Levante. A pesar de las duras batallas en las montañas, de la escasez constante de armamento y munición y de la insuficiencia de ropa y víveres, los combatientes resistieron con firmeza el embate de las fuerzas enemigas, bien armadas y superiores en número. La 129ª Brigada perdió en estas acciones a muchos e intrépidos combatientes internacionales y españoles. Estos últimos constituían ya dos tercios de sus efectivos. Un testimonio de la firmeza y valentía demostradas por la 129ª Brigada es la Medalla del Valor con que la condecoró el Gobierno español. El siguiente hecho prueba de manera elocuente las cualidades combativas de la brigada. La decisión del Gobierno español de retirar del frente a los voluntarios extranjeros fue cumplida en Cataluña del 23 al 25 de septiembre. Sin embargo, la 129ª Brigada siguió peleando en su sector, ya que el Mando del Ejército de Levante consideró imposible relevarla en aquella dirección. Sólo fue retirada del frente el 10 de octubre.

Las noticias que llegaban entonces de la patria no eran nada agradables. Sobre Checoslovaquia se cernían los negros nubarrones del fascismo. Las primeras páginas del periódico de las Brigadas Internacionales, *El Voluntario de la Libertad*, recalcaban expresivamente que la defensa de Checoslovaquia pasaba por los campos y las montañas de España. La tragedia de la patria, la conciencia de su importante misión internacionalista en España y el sentimiento de profundo nexo interno con el heroico pueblo español infundían energías a los voluntarios checoslovacos y acrecentaban su decisión de luchar. Por eso consideraban que la retirada de los internacionales de los frentes y la próxima salida de España no eran más que una breve tregua en vísperas de nuevos combates contra el fascismo.

Los internacionales checoslovacos fueron retirados del frente a las afueras de Valencia y más tarde trasladados a Cataluña por mar. Los medios gobernantes de Checoslovaquia se negaban categóricamente a la repatriación de los combatientes antifascistas. Las

En el verano del 1937 estuvo en España una delegación de diputados comunistas al Parlamento checoslovaco, presidida por Jan Sverma, y visitó a las unidades de las Brigadas Internacionales en que combatían voluntarios checoslovacos.

Todas estas manifestaciones de simpatía reforzaron el estado moral y político de los voluntarios, el sentimiento de estrecha ligazón con su pueblo. Los combatientes checoslovacos seguían con atención la vida política de su patria y participaban en ella. En las cartas abiertas aparecidas en *Rudé Právo* y otros periódicos democráticos expresaban su indignación por la política de "No-Intervención", protestaban contra las detenciones de comunistas con el pretexto de que se dedicaban a reclutar voluntarios y exhortaban a unir las fuerzas antifascistas checoslovacas en el Frente Popular y a intensificar el apoyo al pueblo español.

Con el fin de proporcionar a la opinión pública checoslovaca una información veraz acerca de los acontecimientos en España y sobre la vida de los voluntarios internacionales, en octubre de 1937 comenzó a publicarse la revista *Salud,* con un apéndice: *Voják Svobody* ("El Soldado de la Libertad"). También entonces, un grupo de voluntarios checoslovacos escribió y editó en Barcelona la recopilación *Por la paz y la libertad,* al mismo tiempo que en Checoslovaquia aparecía un folleto titulado *Los héroes eslovacos en España.* Estas publicaciones eran difundidas en Checoslovaquia por los comités de solidaridad y gozaban de gran popularidad entre la población.

Una página gloriosa en la epopeya de los voluntarios checoslovacos en España fue su participación, en agosto y septiembre, en la ofensiva en el Frente de Aragón y, sobre todo, en los combates por la liberación de Quinto y Belchite.

En aquellos momentos, lejos de Aragón, en el teatro de operaciones meridional, la Batería Májek rechazaba heroicamente los ataques del enemigo. En un desigual combate junto a Los Blázquez (cerca de Córdoba), que duró diez días, todas las piezas de artillería quedaron destruidas; pero sus servidores se abrieron paso combatiendo y rompieron el cerco enemigo.

Allí mismo, en el Frente Sur, se formó en el invierno de 1937-1938 la 129ª Brigada Internacional, compuesta por los batallones eslavo-balcánicos Djacović, Dimitrov y Masaryk. La brigada recibió su bautismo de fuego en la primavera de 1938 en Levante, donde tuvo que contener con encarnizados combates la ofensiva de las fuerzas de choque fascistas hacia el Mediterráneo.

Cuando los fascistas cortaron en dos partes el territorio de la República Española, la 129ª Brigada fue la única Brigada Internacional que quedó en la zona Centro-Sur. Se la destinó al Frente de Levante. Allí se encontraban también la Batería Gottwald, al mando de L. Holdoš, uno de los primeros voluntarios checoslovacos en España; la Batería Májek y la Batería Liebknecht, cuyo comisario

era Alexandr Bubeníček, miembro del CC del PCCh, que cayó en un combate. Le sustituyó K. Kubín. En los extenuadores combates defensivos en el Frente de Levante, las baterías antiaéreas Liebknecht y Gottwald pelearon en un sector junto con sus camaradas de las unidades de infantería. El personal de la Batería Gottwald se distinguió especialmente en la defensa de la antigua ciudad de Sagunto, que era un importante centro industrial de la República. Sus cañones defendieron durante cerca de dos meses esta ciudad y sus acerías. La batería rechazó 51 ataques aéreos y derribó diez aviones enemigos. Su camino de combates terminó en Valencia. Mientras estuvo allí, la aviación fascista no logró averiar ni uno solo de los buques llegados al puerto.

Los voluntarios checoslovacos dejaron de actuar en las operaciones militares en España después, fundamentalmente, de los combates en el Frente de Levante. A pesar de las duras batallas en las montañas, de la escasez constante de armamento y munición y de la insuficiencia de ropa y víveres, los combatientes resistieron con firmeza el embate de las fuerzas enemigas, bien armadas y superiores en número. La 129ª Brigada perdió en estas acciones a muchos e intrépidos combatientes internacionales y españoles. Estos últimos constituían ya dos tercios de sus efectivos. Un testimonio de la firmeza y valentía demostradas por la 129ª Brigada es la Medalla del Valor con que la condecoró el Gobierno español. El siguiente hecho prueba de manera elocuente las cualidades combativas de la brigada. La decisión del Gobierno español de retirar del frente a los voluntarios extranjeros fue cumplida en Cataluña del 23 al 25 de septiembre. Sin embargo, la 129ª Brigada siguió peleando en su sector, ya que el Mando del Ejército de Levante consideró imposible relevarla en aquella dirección. Sólo fue retirada del frente el 10 de octubre.

Las noticias que llegaban entonces de la patria no eran nada agradables. Sobre Checoslovaquia se cernían los negros nubarrones del fascismo. Las primeras páginas del periódico de las Brigadas Internacionales, *El Voluntario de la Libertad*, recalcaban expresivamente que la defensa de Checoslovaquia pasaba por los campos y las montañas de España. La tragedia de la patria, la conciencia de su importante misión internacionalista en España y el sentimiento de profundo nexo interno con el heroico pueblo español infundían energías a los voluntarios checoslovacos y acrecentaban su decisión de luchar. Por eso consideraban que la retirada de los internacionales de los frentes y la próxima salida de España no eran más que una breve tregua en vísperas de nuevos combates contra el fascismo.

Los internacionales checoslovacos fueron retirados del frente a las afueras de Valencia y más tarde trasladados a Cataluña por mar. Los medios gobernantes de Checoslovaquia se negaban categóricamente a la repatriación de los combatientes antifascistas. Las

negociaciones se alargaban. Entretanto, las divisiones del general Franco y de los intervencionistas habían irrumpido ya en Cataluña. Y los ex voluntarios decidieron volver al frente.

Así surgieron de nuevo un batallón checoslovaco, con cerca de 450 hombres, y una batería de artillería. En las proximidades de Llagostera, no lejos de Gerona, los voluntarios checoslovacos entablaron el último combate contra los fascistas en tierra española. Después de agotar los cartuchos en un combate contra las vanguardias de una división italiana, los voluntarios checoslovacos se retiraron a Francia. Se ignora cuántos checos y eslovacos perecieron en estos combates. Entre los muertos figuraban Pavel Antoš y Kahan, ex combatientes de la Compañía de Ametralladoras Juan Ziska. Jan Eisner y Stanislav Krejčí fueron hechos prisioneros por los fascistas. En dos años y medio de guerra, en España cayeron más de 400 voluntarios checoslovacos.

El 15 de marzo de 1939, Bohemia y Moravia fueron anexionadas por la Alemania nazi. En Eslovaquia se formó un gobierno títere clerical-fascista. Poco después, la ocupación fascista se extendió a casi toda Europa. Los antifascistas checoslovacos tenían un solo pensamiento: proseguir la lucha contra el enemigo jurado.

A pesar de los años de duros combates en los frentes de la España republicana, a pesar de los sufrimientos morales y físicos que hubieron de soportar tras las alambradas de los campos de concentración después de salir de España, los checoslovacos de las Brigadas Internacionales volvieron a empuñar las armas, con la misma firmeza y decisión, para pelear de nuevo contra el fascismo. Combatieron en los destacamentos guerrilleros en su patria, en las unidades checoslovacas formadas en Francia y en Inglaterra, en los destacamentos de la Resistencia en la Francia ocupada y en el Ejército de Liberación Nacional Chino. Los que lograron llegar a la Unión Soviética se incorporaron al Cuerpo de Ejército Checoslovaco al mando de Ludvik Svoboda y participaron en la liberación de su patria de la esclavitud hitleriana. En los años de posguerra, los veteranos checos y eslovacos de las Brigadas Internacionales trabajaron en las primeras filas de los abnegados constructores de la Checoslovaquia nueva, socialista.

Han transcurrido decenios desde los tiempos en que el pueblo español opuso heroica resistencia a la agresión fascista, desde los tiempos en que surgió aquel movimiento internacional de solidaridad, sin par en la historia, del que fueron una parte las Brigadas Internacionales. Pero los acontecimientos de aquellos años y sus enseñanzas no se han borrado de la memoria del género humano. Tenía razón Klement Gottwald al decir en 1937 en una carta a los voluntarios checoslovacos en España: "Estáis escribiendo en la historia de los pueblos de nuestro país páginas de las que se enorgullecerán las generaciones futuras".

ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

Escribir de los hombres avanzados de los Estados Unidos de América que entregaron su corazón a la causa de la República Española es un deber nuestro. Escribir de la España y la Norteamérica de los tiempos de la guerra antifascista significa abrir de par en par una ventana desde la que se divisan las vísperas de los horrores apocalípticos del fascismo; significa echar una mirada al dinámico decenio en que la guerra española despertó en Norteamérica la conciencia antifascista, que más tarde, a lo largo de los difíciles años de la segunda guerra mundial, acrecentó las energías del pueblo.

Nada puede borrar de la memoria del pueblo la experiencia y las enseñanzas de aquellos años: ni los "exorcismos" ignorantes de los nuevos inquisidores sobre la amenaza "roja" ni las supervivencias de la lógica de la "guerra fría" en algunos estadistas norteamericanos.

Escribir de la Norteamérica y la España de los años 30 significa tender un puente a un pasado casi prohibido. Porque en la mayoría de los programas escolares y universitarios de los Estados Unidos o se han excluido hoy por completo las informaciones acerca de la guerra de España, o se han falseado tanto los acontecimientos relacionados con ella que la presentan como un simple "golpe de Estado palaciego" contra el gobierno "rojo".

Esto no quiere decir, por supuesto, que en Norteamérica no se publiquen libros que digan la verdad sobre la guerra nacional revolucionaria española. Esos libros existen y tienen una acogida cada día mejor entre los lectores actuales. A pesar de los esfuerzos de los medios reaccionarios, la Norteamérica progresista busca con vehemencia solución a sus problemas y recurre más a la experiencia del pasado.

Norteamérica fue en los años 30 escenario de enconados choques sociales entre el trabajo y el capital. Los capitalistas intentaron encontrar la salida de la asoladora crisis de 1929-1932 en el recrudecimiento de la explotación de la clase obrera, la cual respondió a esos intentos con huelgas frecuentes. Las acciones de los obreros y de los desocupados fueron reprimidas a menudo por me-

dio de las armas. La tierra norteamericana se tiñó con la sangre de los trabajadores.

El movimiento de los parados forzosos, cuyo número se mantuvo al nivel de 16.500.000 entre 1932 y 1936, se transformó en un vasto frente de combates de clase del proletariado.

Las calamidades derivadas de la crisis económica afectaron también la agricultura. A mediados de la década del 30, solamente en dos años se despojó a los campesinos de más de 1.300.000 granjas y se les obligó, además, a vender 330.000 parcelas.

En los EE.UU., lo mismo que en Europa, el capital se resistió con todas sus fuerzas y por todos los medios a las reformas que hacía imprescindibles la crisis económica mundial. Los mellizos norteamericanos de los Krupp y los Thyssen, que habían desbrozado el camino del poder al fascismo alemán, intentaron volver atrás el reloj de la historia. Se constituyeron diversas organizaciones de tipo fascista: Legión Negra, Ku-Klux-Klan, Coughlinites, América First, Nazi Bund y varios "Cuerpos de Vigilancia" y "Ejércitos Secretos".

Pero no encontraron apoyo entre las masas. La clase obrera y las fuerzas democráticas no se dejaron amedrentar y desmoralizar por la ofensiva del gran capital. Antes al contrario, la lucha contra las consecuencias de la crisis templó a la clase obrera. El número de afiliados a los sindicatos aumentó de cuatro millones a cerca de quince. Bajo la presión de los sindicatos y de los consejos de parados fue promulgada una ley de restablecimiento de la industria y se efectuaron importantes reformas en los seguros sociales y en el sistema de pensiones. En el curso de esta lucha, los obreros industriales y los granjeros trabajadores pasaron a ser la fuerza capaz de oponer resistencia a las siniestras fuerzas reaccionarias.

La solidaridad con el pueblo español nació en Norteamérica en un ambiente de combativos choques sociales.

Antes ya de que comenzara la guerra española, los medios gobernantes de los EE.UU. mantuvieron una actitud de hostilidad frente al Gobierno de Frente Popular de la República Española. Sus simpatías de clase estaban con las fuerzas que el pueblo español había rechazado en febrero de 1936 en las elecciones de diputados a Cortes ; es decir, con el bloque formado por la oligarquía financiera, los terratenientes y la Iglesia, que se apoyaban en la camarilla de generales monárquicos. Por eso, cuando la conjura de estas fuerzas reaccionarias desembocó el 18 de julio de 1936 en un levantamiento militar fascista contra el legítimo gobierno democrático, el capital norteamericano corrió en ayuda de los cabecillas de la sublevación.

El 11 de agosto de 1936, a las tres semanas justas de empezar la insurrección fascista contra la República, el Departamento de Estado de los EE.UU. anunció el embargo "moral" de los suministros de armamento a ambas partes beligerantes en la guerra es-

pañola. Y el 8 de enero de 1937, las dos Cámaras del Congreso norteamericano aprobaron una resolución conjunta (la Ley de Embargo), que prohibía el envío de material de guerra a España.

Así pues, el Gobierno Roosevelt proclamó formalmente la política de neutralidad, pero creó de hecho las condiciones necesarias para prestar ayuda a los rebeldes. Es sabido, por ejemplo, que Alemania e Italia, protectoras de Franco, podían suministrar a éste sólo una cantidad insignificante de petróleo. Entonces acudió en su ayuda la American Texac Oil Company (Texaco): en tres años de guerra envió a Franco 1.866.000 Tm de combustible —incluida gasolina de aviación de alta calidad— que cubrieron por completo las necesidades de sus fuerzas armadas. Además, los fascistas españoles recibieron de los EE.UU. 12.000 camiones, es decir, el doble que de Alemania e Italia. En cambio, la República Española no podía comprar en los EE.UU. ni combustible ni camiones. Es más, el Gobierno norteamericano autorizó la venta a Italia y Alemania de armas y munición, que eran reexpedidas a los franquistas. De una sola fábrica en Carnes-Point (Estado de Nueva Jersey) fueron cargadas en mercantes alemanes, de enero a abril de 1937, 60.000 bombas de aviación.

Cuando Barcelona y otras ciudades de la República Española fueron bombardeadas sin piedad en marzo de 1938, el Presidente Roosevelt reconoció que los aviones franquistas lanzaban sobre Barcelona bombas de fabricación norteamericana, señalando que podían haber sido vendidas a algún gobierno europeo y reexpedidas después a Franco[1].

Los Estados Unidos ejercieron presión diplomática sobre el Gobierno de México para obligarle a cesar el apoyo a la República Española. A pesar de que los EE.UU. reconocían formalmente al Gobierno republicano como gobierno legítimo de España, el Departamento de Estado abrió un consulado norteamericano en Málaga, ocupada por los sublevados en febrero de 1937.

La prensa burguesa reflejó plenamente la posición filofascista del capital monopolista y del Gobierno norteamericanos. Desde el primer día de la guerra española, periódicos y revistas de grandes tiradas (*The Chicago Tribune, The Washington Times, The New York Journal, The Los Angeles Times* y otros) apoyaron la versión de "la cruzada" de Franco contra el peligro comunista, que, según ellos, amenazaba a España, y ensalzaron la valentía de los rebeldes sitiados en el Alcázar de Toledo, de aquellos "héroes que se protegieron no sólo con los gruesos muros de la fortaleza, sino también con las mujeres e hijos de obreros que habían capturado como rehenes.

---

[1] *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, New York, 1969, pp. 252, 286.

Un cartel norteamericano de ayuda a España. 1938. "¡Levantad el embargo! ¡Ayuda a España por todos los medios!"

A medida que adquirían vasta publicidad las pruebas de la barbarie fascista —bombardeos de la población civil de las ciudades, ejecuciones en masa y ferocidades contra los habitantes de las localidades ocupadas— y se hacía evidente la intervención directa de las tropas italianas y alemanas, una parte de la prensa modificó su apreciación de los hechos y el carácter de sus informaciones. En particular, revistas tan influyentes como *Time*, *Newsweek* y *Fortune* empezaron a expresar abiertamente sus simpatías por la República.

El cambio de orientación de estos órganos de prensa debióse también a la actitud, bien definida, de amplios sectores de la sociedad norteamericana ante los acontecimientos de España. Un sondeo efectuado por el Instituto Gallup reveló que el 76% de la población de los EE.UU. apoyaba a la República Española. Los par-

tidos principales del país se vieron obligados a tomar en consideración este hecho, y no sólo en las campañas electorales y otras acciones políticas, sino incluso, a veces, en los actos de los organismos gubernamentales. La República Española fue apoyada incondicionalmente, en primer término, por los obreros organizados de Norteamérica, así como por la inmensa mayoría de los científicos, intelectuales, estudiantes y profesores universitarios. Un testimonio de las simpatías de los intelectuales norteamericanos por la República Española nos lo ofrece la carta publicada el 1 de marzo de 1937 en *The New York Times* con el título de *Noventa y ocho escritores estigmatizan a los rebeldes españoles*. Al pie de ella figuraban las firmas de destacadísimos escritores norteamericanos: Flanklin P. Adams, Brooks Atkinson, Robert Benchley, Erskine Caldwell, John Dewey, Clifton Fadiman, Dorothy Canfield Fisher, Sinclair Lewis, Lewis Mamford, Christopher Morley, Genevieve Taggard, Thorton Wilder y otros.

En aquellos tiempos se publicaron muchos artículos, cartas, resoluciones y llamamientos semejantes, firmados por ciudadanos sencillos y por figuras eminentes de la ciencia y del arte. Las corresponsalías y los artículos de destacados escritores y periodistas —George Seldes, Martha Gellhorn, Herbert Matthews, Joseph North, Ernesto Hemingway, Upton Sinclair y otros muchos— contribuyeron en gran medida a crear un estado de opinión favorable a la República Española. En ellos se exponía el significado de la agresión fascista contra la República, se mostraba la valentía del pueblo español y de los destacamentos de las Milicias Populares y se ponía en guardia contra las consecuencias que podría acarrear la victoria de los fascistas en España.

En los EE.UU. no hubo una sola organización obrera —incluidos sindicatos tan importantes como los de las industrias del acero, automovilística, de la goma y del petróleo— que no expresara en sus resoluciones y órganos de prensa el caluroso apoyo a la República Española. En todo el país se celebraron grandes manifestaciones, mítines y asambleas. A fines de 1936 tuvo lugar en Nueva York un mitin de las organizaciones unificadas de ayuda a España, con asistencia de 16.000 personas, en el que los dirigentes del Sindicato de la Confección exhortaron a prestar ayuda a la República. Los militantes del sindicato recogieron 100.000 juegos de ropa para la población española. A comienzos de 1937, en un mitin en Cantón (Estado de Ohio) —uno de los muchos celebrados en las ciudades de los EE.UU.— se colectaron más de 1.500 dólares para el fondo de Ayuda a España.

Cuando la Federación Sindical Internacional, a propuesta de los sindicatos mexicanos, organizó una semana de apoyo a España, el Comité Sindical Norteamericano de Ayuda a España remitió en el acto 100.000 dólares. Según informaciones de *The New York Post*, este mismo comité recaudó en julio de 1937 otros 125.000 dó-

lares para los sindicatos españoles, y seis importantísimas organizaciones republicanas, 800.000 dólares. (En la actualidad. a consecuencia de la devaluación del dólar, la suma total del dinero recaudado se expresaría en millones de dólares, en vez de los centenares de miles indicados.)

En el tercer año de guerra, cuando se hicieron evidentes para el mundo entero los rapaces propósitos del fascismo alemán e italiano, la política del Gobierno de los EE.UU. de no resistencia a la intervención fascista en España suscitó una nueva explosión de indignación del pueblo norteamericano. En septiembre de 1938, 70.000 trabajadores de Nueva York salieron a la calle para exigir que fuese derogada la Ley de Embargo, que prohibía la exportación de armas a España. Alcanzó singular amplitud la campaña preparatoria del envío a España, en noviembre de 1938, del mercante *Erich-Maria* con cereales, víveres, ropa y medicamentos por valor de 300.000 dólares. Entre los granjeros norteamericanos y canadienses se recogieron 2.000 toneladas de grano. Más de cien organizaciones deportivas y sindicales de Nueva York y de otras ciudades de los EE.UU. celebraron competiciones deportivas de pago, con el lema de "Match para España".

Es paradójico que, a pesar de contar con el apoyo total del gran capital, las organizaciones ultraderechistas tuvieran poco éxito en sus intentos de hacer colectas entre la población en favor de los sublevados españoles. La principal organización fascista, que se denominaba Comité Americano de Ayuda a España, se señaló el objetivo de recaudar 500.000 dólares. La campaña, cuyo punto culminante debía ser un mitin en el gigantesco Madison Square Garden, de Nueva York, fracasó: no consiguieron vender ni siquiera la mitad de las localidades. Después de reunir, en total, 17.562 dólares, el "comité" dejó de actuar al poco tiempo.

A despecho de las numerosas e indiscutibles manifestaciones de la auténtica voluntad del pueblo norteamericano, que exigía ayuda para la España republicana, quienes tenían el poder en sus manos apoyaron a los enemigos de la República. Se despreció groseramente la voluntad de la mayoría del pueblo norteamericano. La Norteamérica capitalista prestó al fascismo español una ayuda tan decisiva, en resumidas cuentas, como la intervención militar de Alemania e Italia.

La forma suprema de solidaridad internacional de la Norteamérica progresista fue la participación de voluntarios estadounidenses en la guerra de España al lado de la República.

Los combatientes de la Brigada Internacional Abraham Lincoln que pelearon en las filas del Ejército Republicano sumaron, en total, poco más de 3.000. Pero millones de hombres y mujeres de Norteamérica les apoyaron, siguieron su suerte con atención invariable, dieron muestras de preocupación por ellos y los defendieron de los ataques de la reacción norteamericana. Los voluntа-

Mitin de solidaridad con el pueblo español en la Plaza de Colón, de Nueva York. 1936

rios de la Brigada Lincoln fueron la bandera que inspiró a los participantes en el movimiento de solidaridad con la España republicana. La presencia en los frentes de la guerra española de una unidad internacional norteamericana dio vida a la organización nacional Amigos de la Brigada Abraham Lincoln. Como dijo uno de los fundadores de esta organización, Philip Bard, los Amigos se se-

Médicos voluntarios norteamericanos (el segundo, a la derecha, el doctor Barsky)

ñalaron el objetivo de "abarcar cada casa, cada sindicato, cada club y cada comunidad religiosa y recoger mensualmente no menos de 100.000 paquetes de cigarrillos, chocolate, libros y dinero"[2].

Los nombres de los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln son un orgullo del pueblo norteamericano. En la sección de California de esta organización actuaron hombres como Ellis Patterson, diputado a la Asamblea Legislativa del Estado; John Anson Ford, inspector de Instrucción Pública de Los Angeles; Upton Sinclair, distinguido escritor; Leo Gallagher, abogado, y James Cagney, actor eminente.

A todo lo largo de la guerra española, los Amigos de la Brigada Abraham Lincoln cumplieron con buen éxito la tarea que se habían señalado. Decenas de secciones de esta organización agruparon en todo el país a más de 25.000 miembros y recaudaron cerca de 215.500 dólares para enviar paquetes a los voluntarios.

Además de combatientes voluntarios, el pueblo norteamericano mandó a España médicos voluntarios. En octubre de 1936 comenzó

---

[2] *Daily Worker* (New York), 7.VI.1937.

a actuar la organización norteamericana Oficina de Ayuda Médica a la Democracia Española. Fue fundada por un grupo de destacados médicos y científicos, del que formaban parte Henry Pratt Fairchild, el profesor Paul Douglas, el profesor Alberto Einstein, el doctor Walter B. Cannon (de la Universidad de Harvard), el doctor James B. Peters (de la Universidad de Yale), el doctor Thomas Addis (de la Universidad de California) y otros muchos representantes de los centros de enseñanza superior médica de los EE.UU. La organización se dedicó también a enviar víveres y ropa al pueblo español.

En enero de 1937, la Oficina formó el primer destacamento médico, dirigido por el doctor Edward Barsky. Lo integraban médicos, enfermeras, chóferes de ambulancias, un farmacéutico y un intérprete. Salieron de Nueva York rumbo a España, a bordo del buque *Paris*, llevando consigo equipos para un hospital de 50 plazas, medicamentos y ambulancias, todo ello adquirido con los primeros donativos del pueblo norteamericano. Los componentes del destacamento participaron en la guerra de España durante dos años; 117 médicos y enfermeras entregaron todos sus conocimientos y energías, y a veces la vida, en aras de la causa común.

Se organizaron hospitales norteamericanos en el Frente de Madrid —en Romeral, Tarancón y Castillejo— y en Cataluña: Vich, Mataró y S'Agaró. Además, los médicos y las enfermeras norteamericanos sirvieron en varios hospitales de las Brigadas Internacionales en Albacete, Murcia, Denia, Benicasim, etc.

Los hospitales de sangre móviles, que disponían de gran número de ambulancias (incluidos quirófanos sobre ruedas), prestaron servicio en todos los frentes de España bajo la dirección de los doctores Irving Busch, A. I. Friedman, Leo Eloesser y Edward Barsky. En repetidas ocasiones fueron bombardeados por la aviación, cañoneados por la artillería y atacados por los aviones de asalto del enemigo. En marzo de 1938, durante los duros combates y el repliegue del Ejército Republicano, el doctor Barsky fue nombrado jefe de todos los hospitales de las Brigadas Internacionales y dirigió la evacuación de los heridos y de su personal médico de la zona Centro-sur a Cataluña.

Miles y miles de heridos, tanto de las Brigadas Internacionales como de todas las unidades del Ejército Popular, fueron atendidos por los expertos y solícitos médicos, enfermeras y camilleros voluntarios norteamericanos, que dieron pruebas de dedicación infinita en el cumplimiento de su deber y de disposición al sacrificio.

La Oficina de Ayuda Médica norteamericana, juntamente con otras organizaciones fieles a la causa de la democracia, prosiguió durante toda la guerra la recaudación de fondos para ayudar a la República Española.

La primera noticia publicada por la prensa sobre la participación de una unidad norteamericana en la batalla del Jarama, en

febrero de 1937, fue inesperada para la opinión pública y causó verdadera sensación. Como es natural, la actitud de hostilidad de las autoridades de los EE.UU. frente a la democracia española impidió que el movimiento de los voluntarios tuviese un carácter tan masivo y público como otras manifestaciones de solidaridad. La iniciativa de formar unidades de voluntarios y el papel organizador de esta labor corresponden al Partido Comunista. Sus militantes figuraron entre los primeros que comprendieron la amenaza que representaba para el mundo entero la sublevación fascista en España y expresaron su disposición a acudir en ayuda del pueblo español no sólo con manifestaciones y colectas. Muchos de los voluntarios que pelearon en las Brigadas Internacionales se habían templado en las batallas de clase de los años 30 y eran miembros del Partido Comunista y de la Juventud Comunista o activistas de los sindicatos. Fueron ellos los primeros que salieron entonces a la calle en las ciudades para hacer frente al Nazi Bund norteamericano y organizaron piquetes ante los consulados de la Alemania hitleriana. Cuando el transatlántico *Bremen*, orgullo de la flota mercante nazi, entró en el puerto de Nueva York, fueron ellos precisamente quienes irrumpieron en su cubierta para arrancar del asta la bandera con la svástica. Y aquel joven marino que arrojó al río Hudson el símbolo de la dominación fascista, manejó más tarde una ametralladora en las Brigadas Internacionales. Es natural que muchos de ellos estuviesen dispuestos a entregar la vida en una lucha que consideraban un asunto vital para sí mismos.

Antifascistas de todos los confines del país respondieron al llamamiento del Partido Comunista. Marcharon voluntariamente a una guerra justa en defensa de la libertad y la democracia, impelidos por los sublimes principios de la solidaridad proletaria internacional y por los ideales de la Norteamérica libre, de la Norteamérica cuyos disparos en 1755 en Concord Bridge "hicieron tambalearse los privilegios y los tronos de los reyes".

Los primeros 97 voluntarios se hicieron a la mar en Nueva York el 26 de diciembre de 1936. Nadie acudió a despedirlos, pues rehuían toda publicidad. Ni siquiera la prensa norteamericana, tan bien informada, sabía nada de aquel viaje. En el buque, los voluntarios no se acercaron unos a otros, aparentando no conocerse. Unos eran muy jóvenes; otros, de edad madura. Había entre ellos obreros, hombres de profesiones liberales, estudiantes, maestros de escuela, norteamericanos nativos, cuyos antepasados participaron en la revolución de 1776, e inmigrantes nacidos en Europa y en los países de América Latina. Varios días después de su partida, el Congreso aprobó una ley extraordinaria que prohibía a los ciudadanos norteamericanos enrolarse en el Ejército Español. Pese a ello, en los meses posteriores, los voluntarios siguieron saliendo para España en grupos o individualmente, adoptando todas las medidas de precaución. Después de cruzar el océano, atravesaban Fran-

Un grupo de voluntarios norteamericanos. Entre ellos, el cantante Paul Robeson. Tarazona, agosto de 1937

cia para llegar a la frontera española. No siempre fue fácil burlar la vigilancia de los puestos fronterizos de control establecidos por el Comité de No-Intervención. Por ejemplo, en marzo de 1937, diecisiete norteamericanos y ocho canadienses encabezados por Joseph Dallet, con posterioridad comisario de un batallón internacional, fueron detenidos por la policía francesa en el Mediterráneo en una pequeña barca de pescadores y encarcelados. Después de cumplir la condena que se les impuso, lograron, no obstante, llegar a España por vía terrestre. Joseph Dallet murió en otoño de 1937 junto a Fuentes de Ebro cuando conducía al ataque a los combatientes de su batallón.

Entre enero y febrero de 1937 se formó, dentro de la 15ª Brigada Internacional, el Batallón Abraham Lincoln, integrado por norteamericanos y voluntarios de otras nacionalidades. Este batallón participó en siete importantísimas batallas de la guerra española.

El camino de combate del Batallón Lincoln comenzó en el sector del Jarama, donde el Ejército Popular detuvo, en una sangrienta batalla, la ofensiva de las tropas seleccionadas del general Franco y frustró su plan de cercar Madrid. El batallón, al mando del capitán Robert Merriman, intervino en la contraofensiva de las tropas republicanas del 27 de febrero y perdió tres cuartas partes de sus efectivos: tuvo 127 muertos y más de 200 heridos. Entre

los caídos se encontraban los magníficos oficiales internacionales Douglas Seacord, John Scott y William Henry y el irlandés Eamon Mc Grotty, ayudante del jefe de una compañía.

En las cercanías de Brunete (julio de 1937) pelearon ya dos batallones norteamericanos: el Batallón Abraham Lincoln y el Batallón Jorge Washington. Participaron en el ataque a Villanueva de la Cañada y la cota Mosquito, en la defensa de Villanueva del Pardillo y, más tarde, cubrieron la retirada desde Brunete al otro lado del río Guadarrama. En diez días de combates sufrieron bajas tan considerables que sus efectivos quedaron reducidos a la mitad. Al terminar la batalla el 28 de julio de 1937 quedaban, en total, 250 soldados aptos para el combate y se formó con ellos un solo batallón: el Batallón Lincoln-Washington. Entre los muertos figuraba el jefe del Batallón Lincoln, Oliver Law, el primer negro norteamericano que mandó una unidad militar estadounidense compuesta de blancos y negros. Cayeron también, entre otros muchos, Harry Hynes y Morris Wickman, comisarios de compañía del Batallón Washington.

Una breve anotación en el diario de un combatiente muestra el estado moral de los voluntarios norteamericanos en los días difíciles de la batalla de Brunete: "21 de julio. Calma, pero los francotiradores, escondidos entre los arbustos y los árboles, alcanzan constantemente a alguien. Hoy he perdido a mi mejor amigo. Sydney Graham, de Nueva York, ha sido muerto por las balas de un francotirador. Lo hemos enterrado en un valle y hemos escrito en la lápida de su tumba: "Muerto para que pueda vivir la democracia española" ".

Un mes después, la 15ª Brigada Internacional participó activamente en la ofensiva de las tropas republicanas en Aragón. Tomó Quinto tras tenaces combates, atacó la altura de Purburell y, por último, junto con la 32ª Brigada española, se lanzó al asalto de Belchite. Esta ciudad-fortaleza fue tomada tras una sangrienta batalla por cada barriada y cada casa. Mandaron los destacamentos de asalto casi todos los oficiales del Estado Mayor de la brigada: su comisario, Steve Nelson; el jefe de Estado Mayor, Robert Merriman, y los capitanes Carl Bradley y Philip Detro.

En el invierno de 1937 a 1938, la 15ª Brigada (Brigada Lincoln[3]), juntamente con la 11ª Brigada y otras unidades del Ejército Popular, sostuvo encarnizados combates defensivos en el sector más amenazado del Frente de Teruel —La Muela-El Muletón-Santa Bárbara— y en el valle del río Alfambra.

La 15ª Brigada se distinguió especialmente en la ofensiva de

---

[3] En los EE.UU., la 15ª Brigada en su conjunto es denominada habitualmente Brigada Abraham Lincoln. Al llamarla así se sobrentiende no sólo la propia brigada, sino a todos los norteamericanos que pelearon en el Ejército Popular español. Por eso, en este artículo se admite también la doble denominación: Batallón Lincoln y Brigada Lincoln. — *N. de la Red.*

Segura de los Baños, emprendida inmediatamente después de los combates de Teruel. Como resultado de esta operación fue hecha prisionera una compañía enemiga, con su capitán a la cabeza, y se capturaron trofeos. Al día siguiente, la brigada causó grandes pérdidas a las banderas de la Legión Extranjera, que emprendieron un contraataque. El jefe del V Cuerpo de Ejército, Juan Modesto, expresó su gratitud a los componentes de la Brigada Lincoln.

El 9 de marzo de 1938, cuando los fascistas rompieron el Frente de Levante, los combatientes de la brigada volvieron a pelear con valentía en la dirección principal del golpe enemigo. Los tenaces combates librados durante el repliegue en el sector de Belchite-Caspe son un testimonio del extraordinario coraje y espíritu de sacrificio de los voluntarios. Cerca de Caspe lograron parar el avance de una división fascista, que había abierto una brecha en el frente, y hacerse fuertes de momento en la segunda línea de defensa, lo que permitió al Mando republicano ganar tiempo.

Después, en unión de las Brigadas Internacionales 12ª y 13ª, trasladadas del Frente del Centro, los voluntarios de la Lincoln prosiguieron los combates de retaguardia. Hasta fines de marzo se replegaron bajo el embate de las fuerzas enemigas, muy superiores en número, siendo cercados con frecuencia y perdiendo el enlace con el Mando y entre sus batallones. Fue especialmente trágico para la Brigada Lincoln el cerco en que cayó, junto con la 11ª Brigada y con todo el V Cuerpo de Ejército, durante los combates defensivos en la zona montañosa de Calaceite-Batea, no lejos de Gandesa. Tuvieron muchas bajas entre muertos, heridos y prisioneros; pero el espíritu combativo de los voluntarios no decayó. Terminada esta operación, la Brigada Lincoln y otras Brigadas Internacionales fueron retiradas al otro lado del Ebro, a fin de completarlas y prepararlas para nuevas batallas.

Los reveses del Ejército Republicano en Teruel y en el Frente del Este a comienzos de 1938, que coincidieron con la ocupación de Austria por los hitlerianos, hicieron surgir nuevas tendencias en los medios gobernantes norteamericanos. El 2 de febrero, la Associated Press transmitió un despacho urgente, en el que se decía: "Sesenta senadores y congresistas norteamericanos envían un mensaje de saludo a la primera sesión de las Cortes españolas reunida en Cataluña... Expresan su confianza en la auténtica democracia de la República Española"[4]. Henry L. Stimson, ex Secretario de Estado, condenó enérgicamente el embargo de armas y declaró: "Es evidente que si el Gobierno legítimo de España es derribado, su derrota sólo podrá explicarse por la circunstancia de haberse visto privado del derecho a comprar en nuestro país y en otras naciones amigas las armas necesarias para su defensa"[5].

[4] *A. P. Dispatch*, 2.II.1938.
[5] *The New York Times*, 23.I.1938.

Millones de personas alzaron su voz en todo el país para exigir con redoblada energía la abolición del embargo, que impedía la exportación de armas. Los sindicatos, los clubs democráticos, las logias masónicas y la Iglesia exhortaron a revisar la política de los EE.UU. respecto a la venta de armas a la República Española. El conocido comentarista Drew Pearson dijo: "Washington ha conocido "lobbystas" de todo tipo... pero raramente ha visto personas que gasten dinero para llegar de todos los confines del país en aras de una causa que no les reportará ningún beneficio material"[6].

Los senadores Nye, Borah, Clark y Thomas, así como King, del Estado de Utah —que en el pasado habían sido activos partidarios de la Ley de Neutralidad—, lamentaron públicamente su posición. El 2 de mayo, el senador Nye presentó en el Congreso una moción, en la que se preveía la derogación de la Ley de Embargo del 8 de enero de 1937 y se autorizaba la exportación de armas a la República Española. Numerosos congresistas y senadores desplegaron una campaña con el fin de conseguir que dicha moción fuese aprobada. Sin embargo, bajo la presión del Gobierno de los EE.UU., la Comisión parlamentaria de Relaciones Exteriores la rechazó.

En julio de 1938, los voluntarios norteamericanos participaron activamente en la encarnizada y sangrienta batalla del Ebro. El Mando del Ejército los destacó por sus acciones de guerra en Ascó, Fatarella y Gandesa y por la defensa de la cota 666 en la Sierra de Pandols. En la Sierra de Cavalls y durante el último combate en el Ebro, en todas partes, los norteamericanos dieron ejemplo de valentía y abnegación.

En dos años de guerra, el Batallón Abraham Lincoln tuvo trece jefes. Siete cayeron en el frente. Los demás, excepto el último, comandante Milton Wolff, fueron heridos varias veces. Hubo también muchas bajas entre los comisarios de todos los grados, los jefes de compañía y de sección y los soldados rasos. Los internacionales norteamericanos hicieron cuanto pudieron. Unidos por propia voluntad, escribieron una página verdaderamente gloriosa en la historia de la guerra española y en la historia de la lucha del pueblo de los EE.UU. contra el fascismo.

Algunos nombres recordarán siempre a los norteamericanos supervivientes las batallas en que tomaron parte. Jamás olvidarán la firmeza del comisario Steve Nelson en el Jarama y en Brunete, o la valentía y la acertada dirección de los capitanes Leonard Lamb, Hans Amlie y Carl Bradley en Quinto y Belchite. Los comisarios Joseph Dallet, Saul Wellman, Carl Geiser y Fred Keller revelaron magníficas cualidades de dirigentes en Fuentes de Ebro, Teruel y Segura de los Baños. En los combates de Caspe se distin-

---

[6] H. Thomas. *The Spanish Civil War*. New York, 1961, p. 536.

Combatientes norteamericanos de la 15ª Brigada Internacional pasan el rio Ebro. Julio de 1938

guió el comisario de la 15ª Brigada, Dave Doran, uno de los mejores voluntarios norteamericanos. Un testigo dijo de él: "Dave Doran fue el alma del combate junto a Caspe... Cualesquiera que fueran las fuerzas enemigas que rompiesen el frente, se podía estar seguro de que Doran no daría ni un paso atrás"[7]. En el Ebro reveló singular valentía el jefe del Batallón Lincoln, comandante Wolff, que como muchos otros voluntarios norteamericanos tomó parte activa en todas las batallas, empezando por la de Brunete.

Cuando el Gobierno republicano español decidió retirar del frente las Brigadas Internacionales, los voluntarios norteamericanos fueron repatriados. Antes de abandonar España, los combatientes del Batallón Lincoln y de toda la 15ª Brigada juraron apoyar al pueblo español en la lucha contra el fascismo. Y en efecto, al regresar al país hablaron en numerosas asambleas sindicales, ante decenas de miles de obreros en todas las regiones, destacando la necesidad de la unidad de acción de todas las fuerzas en la lucha contra el fascismo.

La labor de los veteranos de la guerra española fue fecunda.

---

[7] A. H. Landis. *The Abraham Lincoln Brigade.* New York, 1967, pp. 428-429.

Se constituyó el Comité Unificado de Apoyo a los Refugiados Antifascistas, presidido por el doctor Edward K. Barsky. La organización funcionó durante largos años. Se recaudaron centenares de miles de dólares. El Comité ayudó con víveres, ropas y medicamentos a decenas de miles de españoles que sufrían en los campos de concentración franceses de Argelès-sur-Mer, Prats de Mollo y otros. Los españoles que emigraron a México, Cuba y América del Sur recibieron también ayuda del pueblo norteamericano y, en primer lugar, de la organización Veteranos de la Brigada Lincoln. Con el dinero recaudado por el pueblo norteamericano, en la ciudad de México se construyó y equipó por completo un hospital para los refugiados republicanos, al que se dio el nombre del doctor Barsky. Su personal médico estaba integrado, principalmente, por españoles exiliados.

Los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln fueron los iniciadores de la ayuda a los españoles encerrados en las cárceles franquistas. El Comité Americano por la Libertad de España hizo esfuerzos para conseguir la excarcelación de los presos que llenaban las ergástulas fascistas. Esta labor la prosiguieron con posterioridad el Comité de Acción por la Libertad de España, los sindicatos, diversas organizaciones políticas, grupos y comunidades eclesiásticos.

En vísperas de la segunda guerra mundial, la actitud en los EE.UU. ante los combatientes de la Brigada Lincoln fue contradictoria. Aunque el pueblo norteamericano apoyaba incondicionalmente a los ex voluntarios de la guerra de España, el gobierno exigió que fuesen interrogados por el tristemente célebre comité investigador de las actividades antiamericanas.

A pesar de que la experiencia de combate de los veteranos de la Brigada Lincoln era estudiada por el Departamento de Guerra de los EE.UU., los ex voluntarios fueron incluidos en las listas de personas sujetas al servicio militar como elementos sospechosos, con la anotación de "antifascistas prematuros". Diversas órdenes secretas especiales prohibían que se les incorporase a unidades militares enviadas al extranjero. Y sólo después de una lucha tenaz de los veteranos en defensa de su derecho a proseguir el combate contra el fascismo, dichas restricciones fueron anuladas y se les permitió pelear en las filas del ejército norteamericano. En los frentes de la segunda guerra mundial perecieron 400 combatientes de la antigua Brigada Abraham Lincoln.

Según informó la revista *Volunter for Liberty* ("El Voluntario de la Libertad"), "más de 600 norteamricanos veteranos de la guerra de España se enrolaron en el ejército, la flota, la infantería de marina y la aviación de los EE.UU. y 300 sirvieron en la flota mercante". Había entre ellos unos sesenta o setenta oficiales, como, por ejemplo, el capitán Herman Bottcher, ascendido a oficial en el campo de batalla y condecorado por méritos de guerra con la Cruz

con Corona de Hojas de Roble. Robert Thompson, que había mandado en España el Batallón Mackenzie-Papineau (canadiense), se ganó también esta orden peleando en Nueva Guinea.

Veteranos del Batallón Lincoln se manifiestan en Nueva York. 1938

En la segunda guerra mundial se distinguieron asimismo el teniente Harry Schonberg, ayudante del jefe de dicho batallón, y Lawrence Cane, último jefe de la Compañía de Ametralladoras canadiense. Schonberg fue capitán de un batallón de choque en Italia, y Cane, capitán de un batallón de zapadores en la Costa de Omaha. Kenneth Shaker, ex jefe de una sección de la Compañía de Ametralladoras del Batallón Lincoln, mandó con el grado de capitán una compañía del famoso 509º Batallón de Paracaidistas, perteneciente a la 82ª División. Participó en el desembarco en Normandía en 1944, al abrirse el segundo frente en Europa, así como en las operaciones de Anzio (Italia) y en el sur de Francia. Varios ex combatientes de la Brigada Lincoln cumplieron misiones de la Dirección de Servicios Estratégicos (información secreta), dando pruebas de gran valentía en la retaguardia enemiga en el Norte de Africa, Italia, Francia y Yugoslavia. Algunos de ellos se habían distinguido ya en la guerra española: el capitán Irving Goff, que al frente de un destacamento guerrillero efectuó una audaz operación para liberar a 300 prisioneros republicanos en la retaguardia del ejército franquista; los tenientes William Aalto, Michael Jiminez, Irving Fajans y el último jefe del Batallón Lincoln, Milton Wolff.

Al mismo tiempo que defendían su derecho a pelear contra el fascismo con las armas en la mano, los veteranos de la Brigada Lincoln actuaron en las primeras filas del movimiento que propugnaba la más rápida apertura del segundo frente en Europa. Consideraban que la victoria sobre Hitler y Mussolini significaría

el comienzo del fin del régimen franquista y la liberación del pueblo español.

Los veteranos de la Brigada Lincoln, al proseguir la lucha contra la dictadura franquista durante la segunda guerra mundial, contribuyeron a denunciar la escandalosa actividad de las compañías petroleras norteamericanas, que vendían petróleo al Gobierno de Franco, el cual lo reexpedía después a la Alemania nazi.

En la posguerra, la histeria del maccarthismo fue acompañada de detenciones, encarcelamientos y otras persecuciones, tendentes a denigrar y anular todas las conquistas del movimiento progresista de los años 30 y del período de la gran guerra antifascista. Pero quienes habían entregado todas sus energías a España dieron pruebas de firmeza también en esta lucha. Los voluntarios de la Brigada Abraham Lincoln permanecieron fieles al juramento que hicieran al pueblo español. En aquellos años fueron los iniciadores de la campaña contra la admisión de la España franquista en la ONU. Condenaron la política de doblez del Departamento de Estado de los EE.UU., que criticaba públicamente a Franco, pero contribuía en secreto a afianzar su régimen. Esta oposición resuelta a la política que llevó en 1953 a la firma del Pacto Washington-Madrid irritó al Gobierno de los EE.UU

La mayoría abrumadora de los veteranos de la Brigada Lincoln no tenían en aquel período ningún vínculo formal con el Partido Comunista. Pero combatieron firmemente la táctica hitleriana del anticomunismo, utilizada por los Estados Unidos durante la "guerra fría".

Y siempre que el Gobierno de los EE.UU. ayudó a implantar o contribuyó a mantener una dictadura fascista o militar en cualquier parte del mundo, los ex combatientes de la Brigada Lincoln lucharon activamente contra esta política. No es de sorprender que los voluntarios norteamericanos de las Brigadas Internacionales sufrieran en su propia carne las consecuencias de la "Ley McCarran" y las persecuciones del mencionado comité investigador. En aquellos años, muchos de ellos vieron destrozada su vida, frustrada su carrera y prohibida su actividad laboral en multitud de ramas.

Pese a todas estas dificultades, los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln continuaron el combate antifascista. Lucharon por la liberación de Leoncio Peña, antifascista español que participó en la segunda guerra mundial, y de otros presos políticos, reclamaron su amnistía completa y organizaron manifestaciones y piquetes en apoyo de esta demanda. Como ejemplo de esas actividades puede mencionarse la manifestación de 1964 ante el pabellón de la España franquista en la Exposición Mundial de Nueva York. Dicha manifestación tuvo gran repercusión en la prensa de los EE.UU. y ayudó a miles y miles de norteamericanos a comprender la naturaleza de la dictadura del general Franco. Otra acción importante

fue la manifestación de protesta contra la llegada a Nueva York de un buque-escuela franquista con jóvenes cadetes españoles.

Los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln desempeñaron un importante papel en la incorporación de los norteamericanos al movimiento internacional de protesta contra la ejecución de Julián Grimau. Todas estas acciones prosiguieron, a despecho de los intentos del gobierno de intimidar a los veteranos. Incluso la Corte Suprema de los Estados Unidos se vio obligada en 1965 a rechazar, "por falta absoluta de pruebas", la acusación de actividades subversivas que presentara el fiscal general de la EE.UU. contra los veteranos de la Brigada Abraham Lincoln.

Los decenios de lucha de los ex combatientes de las Brigadas Internacionales contra las represiones y las amenazas constantes por parte del Gobierno de los EE.UU. se vieron coronados con la victoria. Es elocuente que su lucha fuese apoyada por miles de norteamericanos que habían participado en el movimiento de ayuda a la República Española. Para ellos, luchar por la libertad de España significa luchar por la libertad de América.

FINLANDIA

La Finlandia de los años 30 se asemejaba más a un Estado fascista que a una república democrática burguesa. La vida sociopolítica del país estaba controlada por diversas entidades chovinistas de tipo fascista: la organización militarizada Schutzkoprs (Suojelskunta), la organización femenina Lotta Svärd, la Sociedad Académica Carelia, el Movimiento Patriótico Popular, etc.

La representación oficial de la clase obrera la monopolizaba el Partido Socialdemócrata, dirigido por líderes derechistas y reaccionarios. A ello contribuían las duras persecuciones del gobierno contra todas las organizaciones obreras de izquierda.

La central sindical revolucionaria de Finlandia, que agrupaba a 100.000 obreros, fue disuelta por las autoridades en 1932. El Partido Comunista se encontraba en la clandestinidad desde su fundación en 1918. La extensión del movimiento antifascista en Europa después de subir al poder el fascismo alemán repercutió también en Finlandia, originando una discusión de los medios sociales en torno a los problemas del frente único obrero y popular. En el país se vislumbraron algunas posibilidades legales para la acción de las fuerzas de izquierda por la paz y la democracia, contra la guerra y el fascismo.

Los acontecimientos que se desarrollaron en España después de la sublevación militar fascista acentuaron estas nuevas corrientes en la vida política de Finlandia. La información de la prensa burguesa sobre estos acontecimientos era tendenciosa. Presentaba como despótico al Gobierno de la República Española y encomiaba el golpe reaccionario como un movimiento de liberación nacional.

Pese a ello, la labor explicativa de los comunistas y de algunas revistas culturales e ilustrativas de tendencias progresistas permitió a los obreros finlandeses comprender el sentido de los acontecimientos. En las empresas se discutían animadamente las noticias de España y se efectuaban colectas para el pueblo español. Las organizaciones socialdemócratas locales en que eran mayoría los elementos de izquierda recaudaban donativos en metálico y organizaban conferencias y conciertos de pago en ayuda de la Repú-

blica Española. La Unión Femenina Socialdemócrata organizó, por iniciativa de su presidenta, Sylvi-Kyllikki Kilpi, la ayuda a los niños españoles. Sin embargo, los dirigentes del Partido Socialdemócrata obstaculizaron las formas masivas de solidaridad, temiendo que se acrecentara la influencia de los elementos de izquierda en el movimiento obrero. La recaudación de fondos por la Unión Femenina se efectuaba como una obra neutral, benéfica; además, se rehuía toda publicidad y se procuraba impedir que participasen en ella personas conocidas por sus opiniones izquierdistas. El Comité Finlandés de Ayuda a los Niños Españoles envió, a través del Comité Internacional de París, 100.000 francos en metálico, víveres y ropa.

La única fuerza política del país que propugnó de una manera firme y consecuente la ayuda múltiple a la República Española fue el Partido Comunista. Sus tentativas de crear el frente único de las fuerzas democráticas fueron frustradas por los dirigentes de la socialdemocracia finlandesa. En las difíciles condiciones de aquellos tiempos, que excluían la utilización de la propaganda y la agitación escritas y orales a gran escala, el Partido Comunista procuró dar a la campaña de ayuda al pueblo español un amplio carácter social y vincularla al movimiento en pro del Frente Popular único.

Entre las actividades del Partido Comunista en apoyo de la República Española ocuparon un lugar especial la selección y el envío de voluntarios. El llamamiento de la Comintern en este sentido encontró una acogida favorable en Finlandia: fueron muchos los que expresaron el deseo de combatir al fascismo con las armas en la mano. Pero la profunda clandestinidad en que tenían que actuar los comunistas y las represiones por parte del gobierno impidieron que esta labor tuviera un carácter masivo.

El gobierno, tomando como pretexto la "neutralidad" de Finlandia, prohibió la salida de voluntarios para la España republicana. La policía política persiguió intensamente a los infractores de esta prohibición. Los organizadores del reclutamiento y los propios voluntarios tuvieron que dar pruebas de gran ingenio para burlar la vigilancia policíaca y evitar los fracasos. Quienes caían en manos de la policía al intentar salir para la España republicana amenazados de ser entregados a los tribunales por "conato de alta traición". Las autoridades consideraban sospechoso a cualquier obrero que manifestase el deseo de marchar al extranjero: suponían que quería incorporarse a las Brigadas Internacionales y le sometían a severos interrogatorios.

Por eso, la mayoría de los voluntarios abandonaban el país ilegalmente. Preferían hacer el viaje a través de Suecia. Partían uno a uno, a menudo sin dinero. El punto de reunión era Estocolmo, desde donde se trasladaban a Francia, habitualmente por mar.

Los voluntarios llegaban, por fin, a España después de vencer los obstáculos derivados de la falta de documentos, del descono-

cimiento del idioma y del encuentro con los gendarmes franceses al cruzar los Pirineos o con los fascistas en el Mediterráneo, entre Murcia y Barcelona (como ocurrió con el mercante español *Ciudad de Barcelona,* que fue torpedeado por los franquistas el 30 de mayo de 1937).

Del total de 300 ó 350 voluntarios fineses que participaron en la guerra de España, unos 60 salieron de la propia Finlandia, principalmente de Helsinki, Vyborg, Turku, Pietarsaari y Kemi. Los demás llegaron de los países a que habían emigrado en otros tiempos: EE.UU., Canadá, URSS y Suecia. Un grupo considerable estaba formado por marineros. Eran, en lo fundamental, obreros: el más joven tenía apenas 16 años; el más viejo, 40. Algunos habían hecho el servicio militar en el ejército finlandés; otros eran ex combatientes de la guerra civil de 1918 en Finlandia, de la guerra civil en Rusia o de la primera guerra mundial. Los voluntarios procedentes de Finlandia militaban, en su mayoría, en el Partido Comunista. Pero había también sin partido y socialdemócratas. La diferencia de opiniones políticas no fue óbice para que se estableciese entre todos ellos una verdadera confraternidad de armas en las Brigadas Internacionales.

Los grupos de voluntarios finlandeses empezaron a llegar a España a comienzos de 1937. Hasta entonces, sólo lo habían conseguido algunos emigrados. Uno de los primeros fue el comunista Tuure Lehén, procedente de la URSS. En septiembre de 1936, en Madrid, enseñó el arte militar a las Milicias Populares en el famoso 5° Regimiento; después, en Albacete, participó en la organización de las Brigadas Internacionales, y desde la primavera de 1937 fue instructor en unidades internacionales y españolas.

Al llegar a España, los voluntarios finlandeses eran enviados a distintas unidades de las Brigadas Internacionales, lo que creaba dificultades a quienes desconocían otros idiomas. Más tarde, en el curso de los combates se logró agrupar una parte de ellos en unidades propias, principalmente en el seno de la 15ª Brigada Internacional. En el Batallón Mackenzie-Papineau (canadiense), que pertenecía a esta brigada, se formó una compañía de ametralladoras, a la que se dio el nombre de Jaakko Ilkka (dirigente de una insurrección de campesinos fineses en 1597-1598). La mandaba el capitán Niilo Mäkelä, procedente de Canadá. Entre los mandos del batallón figuraban finlandeses de los EE.UU., Canadá y Finlandia. En el Batallón Lincoln-Washington, de la misma brigada, los finlandeses combatieron en la Compañía de Ametralladoras, una de cuyas secciones recibió el nombre del revolucionario finés Toivo Antikainen. Cerca de otros veinte pelearon en la 11ª Brigada Internacional. Pequeños grupos de finlandeses actuaron en compañías de infantería, destacamentos guerrilleros, artillería, diversos servicios del ejército y unidades de Sanidad Militar.

Voluntarios finlandeses en Albacete. Julio de 1937

El camino de combate de los voluntarios finlandeses comenzó en febrero de 1937, en las filas de la 11ª Brigada Internacional, al rechazar la ofensiva de los facciosos en el Jarama. Los tiradores de ametralladora finlandeses participaron después en los combates contra los intervencionistas italianos en el sector de Guadalajara. Allí peleó valientemente el apuntador Paavo Pajunen, que sustituyó en el combate al jefe de la Sección de Ametralladoras, Henry Mäki, un finlandés de Canadá, al resultar herido.

La Sección de Ametralladoras Toivo Antikainen, al mando de Niilo Kruth, finlandés de los EE.UU., entró en fuego por vez primera en la operación de Brunete, en julio de 1937. Mandaron las escuadras de ametralladoras sus compatriotas Toivo Suni, de Canadá; Henry Bushka, de los EE.UU., y Frans Pakkala, de Finlandia. Los finlandeses participaron en los ataques y contraataques junto a Villanueva de la Cañada y en la cota Mosquito, donde tuvieron los primeros muertos y heridos. Al rechazar una ofensiva de la caballería mora se distinguió la escuadra de ametralladoras mandada por el sargento Toivo Suni.

Pero la operación más importante y difícil, en la que los voluntarios finlandeses revelaron en plena medida su valentía, firmeza y cualidades combativas, fue la retirada de las tropas del Frente del Este en marzo y abril de 1938. El 9 de marzo, los facciosos y los intervencionistas asestaron un golpe por sorpresa a las tropas republicanas de este frente, lanzando contra ellas varios cuerpos de

ejército de infantería, apoyados por potente fuego artillero, bombardeos de aviación y unidades de tanques. Los republicanos retrocedieron apresuradamente, quedaron cortadas las comunicaciones, dejó de existir virtualmente la dirección de las tropas y se abrió una ancha brecha en la línea defensiva del Ejército Popular. Se ordenó tapar esta brecha —por la que irrumpieron cuatro divisiones enemigas— a tres Brigadas Internacionales incompletas de la 35ª División. Las fuerzas eran demasiado desiguales, y lo único que pudieron hacer los internacionales fue no dejarse cercar por las columnas motorizadas del enemigo, que avanzaban por todos los caminos hacia la retaguardia republicana. Los combatientes de la división opusieron abnegada resistencia al enemigo allí donde lo permitían las condiciones del terreno.

En aquellos días, el Batallón Mackenzie-Papineau desempeñó casi siempre el papel de retaguardia de la 15ª Brigada. Sus unidades, en primer término la Compañía de Ametralladoras, entablaron combate muchas veces con los destacamentos fascistas, que presionaban por la retaguardia y por los flancos. Los choques incesantes con el enemigo y los frecuentes ataques de su aviación, que bombardeaba y ametrallaba los caminos, desorganizaron las columnas, hicieron que se mezclaran las unidades grandes y pequeñas y causaron bajas.

Nada más llegar al frente el 10 de marzo, después de una marcha nocturna, el batallón canadiense chocó con las vanguardias de las divisiones italianas Flechas Negras y Flechas Azules, que proseguían la ofensiva. La Compañía de Ametralladoras ocupó posiciones dominantes en una cota al norte de Azuara, cerca de Belchite. En la vertiente septentrional se encontraba la sección al mando de Henry Bushka, y en la meridional, la sección del teniente Gunnar Ebb (Paavo Koskinen). Los excelentes combatientes Kauko Nihtilä —un marinero finlandés que se había distinguido en los combates del Jarama—, Villi Pääkkö y el sargento Toivo Suni, héroe de la operación de Brunete, batían con su fuego las dos carreteras que conducían a Lécera, por las que el enemigo trataba de irrumpir en la retaguardia de la 15ª Brigada. La artillería y la aviación fascistas bombardearon la cota, matando a varios de sus defensores. Entre ellos figuraba Yrjö Kyyny, voluntario finlandés de Canadá. Pero los servidores de las ametralladoras sostuvieron el combate durante todo el día.

Al oscurecer se ordenó al batallón replegarse a la orilla opuesta del río Aguas, a dos kilómetros de la posición que ocupaba. Durante la noche se abrieron trincheras. Por un desfiladero pasaba la única carretera que llevaba a Lécera. Además, desde allí se batía muy bien toda la zona ocupada por los fascistas. Un grupo de ametralladoras tomó posiciones en la cima de una cresta abrupta, de difícil acceso, desde la que podía hacer fuego magníficamente contra la carretera.

(Gunnar Ebb)
Paavo Koskinen

Cuando amaneció. fuerzas fascistas superiores en número reanudaron la ofensiva, pero fueron recibidas con intenso fuego de artillería y ametralladora. El batallón recibió en aquel momento la orden del Mando de la división de replegarse hacia Lécera y empezó a cumplirla sin demora. Mas esta orden no llegó al grupo de ametralladoras atrincherado en la cresta por haber sido muertos los enlaces. El grupo, cubriendo la retirada de sus compañeros, prosiguió el combate hasta el último cartucho, pero después fue cercado por el enemigo. Los fascistas asesinaron salvajemente a todos los internacionales, incluidos el jefe del grupo, Nihtilä; el jefe de una sección, Bushka; el comisario Aarne Mynttinen y el apuntador Villi Pääkkö.

Entretanto, al sur de Belchite quedó cercado, junto con la infantería, un grupo de ametralladoras finlandés de la 11ª Brigada, en el que servía de apuntador Eero Lojander. Los tanques italianos cortaron la retirada al grupo. El grupo sostuvo un duro combate para ayudar a su unidad a romper el cerco, pero quedó aislado y perdió el contacto con las unidades de la brigada. Y solamente al llegar a Hijar se unió al Batallón Mackenzie-Papineau.

Durante el repliegue hacia Lécera, la Compañía de Ametralladoras del Batallón Mackenzie-Papineau supo que la ciudad había sido tomada ya por los fascistas y que la única carretera que llevaba desde ella hasta Albalate estaba batida por la artillería enemiga. No había más que una salida: ladear Lécera y dirigirse a Albalate dando un rodeo. A altas horas de la noche del 12 de marzo, perseguidos por la aviación fascista y perdido el enlace con el Estado Mayor de la brigada, los combatientes del batallón canadiense, replegándose por caminos vecinales, salieron a la carretera a dos kilómetros de Albalate. El teniente de ametralladoras Gu-

nnar Ebb (Paavo Koskinen) recibió del jefe de la división, general Walter (Swierczewski), la orden de prepararse para la defensa. Pero a las pocas horas se ordenó proseguir el repliegue en dirección a Hijar, pues el enemigo, rebasando el flanco derecho de la brigada, se acercaba a dicha ciudad. Bajo un intenso fuego de la artillería enemiga, la compañía de ametralladoras cruzó rápidamente en camiones la ciudad de Hijar, que estaba ardiendo, para salir a la carretera de Alcañiz. Las demás unidades del batallón canadiense se vieron obligadas a abandonar la carretera y dirigirse hacia esta ciudad dando un rodeo y perdiendo frecuentemente el enlace entre ellas.

A seis kilómetros de Alcañiz, una batería republicana, sin protección de la infantería, hacía fuego contra los fascistas a la ofensiva. En vista de ello, el capitán Mäkelä, que mandaba la Compañía de Ametralladoras Jaakko Ilkka, ordenó a sus soldados que ocuparan posiciones defensivas en las cotas cercanas. Allí se unieron a la compañía soldados de infantería de la 15ª Brigada y ametralladores del Batallón Lincoln que habían perdido el contacto con sus unidades. Se formó así un destacamento mixto, integrado por: un grupo de ametralladoras pesadas, en el que combatían como apuntadores los finlandeses Eero Hautojärvi y Eero Lojander; un grupo de fusiles ametralladores al mando del finlandés Asser Mantere, una pequeña unidad de infantería y un tanque. Este destacamento, mandado por Ebb (Koskinen), entabló combate con dos escuadrones de caballería marroquí y frustró su tentativa de rebasar el flanco izquierdo de la columna republicana.

El destacamento de Ebb mantuvo durante día y medio la posición ocupada por las unidades de la 15ª Brigada; pero cuando en la mañana del 15 de marzo se supo que los fascistas habían tomado Alcañiz con una maniobra envolvente, el destacamento se puso en marcha hacia el norte, a campo traviesa, en dirección a Caspe. En la tarde del mismo día se acercó a ella combatiendo. Fue la primera ciudad no ocupada por el enemigo que encontraron en sus seis días de repliegue. Las unidades mixtas de las Brigadas Internacionales 15ª y 11ª —1.200 hombres, en total— ocuparon posiciones defensivas en las alturas al oeste de Caspe.

Durante dos días, los voluntarios internacionales libraron tenaces combates, pasando varias veces al cuerpo a cuerpo, con la División Navarra de los fascistas que atacaba apoyada por 30 piezas de artillería y 30 tanques. Los primeros ataques de los facciosos fueron rechazados. Lanzando al combate nuevos refuerzos, el enemigo consiguió el día 16 irrumpir en la ciudad; pero fue expulsado de ella con el concurso de las unidades de la 14ª Brigada, trasladadas a aquel sector. En el combate por Caspe pereció el finlandés Aulis Taivanen y resultaron mortalmente heridos Niilo Mäkelä, jefe de la Compañía de Ametralladoras, y Hugo Lehtovirta, jefe de sección. En estas acciones se distinguieron Eero Hautojärvi,

Eero Lojander, Asser Mantere y Olavi Ohman. El soldado Kaarlo Siskonen, con una bomba de mano, averió un tanque enemigo.

En la noche del 16 de marzo, el Batallón Mackenzie-Papineau, como toda la 15ª Brigada, fue retirado a la zona de Batea para descansar y reorganizarse. Pero el descanso no fue largo. A fines del mismo mes se dio orden al batallón de entrar en combate contra los fascistas que habían reanudado la ofensiva en el sector de Gandesa. Una compañía de infantería al mando de I. Päiviö, finlandés de Canadá, a la que se agregó la sección de ametralladoras de Ebb, tomó posiciones en la carretera de Calaceite-Gandesa, al este del río Algas. Otro destacamento, mandado por Henry Mäki, fue reforzado con las escuadras de ametralladoras de Walter Forsman, Asser Mantere y Tauno Hermans. Se le encomendó la misión de tomar posiciones junto al río Algas a lo largo de la carretera de Batea-Maella. El destacamento de Päiviö fue atacado y cercado al amanecer por unidades de una división italiana. En el desigual combate, Päiviö fue hecho prisionero. El grupo de ametralladoras de Hautojärvi, que había ocupado una posición aparte, resistió el combate con los tanques enemigos, que pugnaban por llegar a Gandesa. Después de gastar toda la munición, al oscurecer, el grupo se replegó por un desfiladero hasta el cruce de carreteras de Batea a Calaceite.

El segundo destacamento, al mando de Mäki, combatió entre Batea y el río Algas y se vio obligado a retroceder ante la amenaza de cerco. Pero los fascistas lograron copar a la escuadra de ametralladoras de Tauno Hermans. Todos sus componentes, incluidos el propio Hermans y el camillero Syvert Virtanen, de Helsinki, perecieron.

A comienzos de abril, el Batallón Mackenzie-Papineau y toda la 15ª Brigada pasaron a la reserva para ser reorganizados y completados. Las duras pruebas que hubieron de afrontar durante la retirada de marzo no quebrantaron la alta moral y el espíritu combativo de los internacionales finlandeses. Durante la reorganización, el voluntario finés Frank Rogers fue nombrado comisario del batallón canadiense; Henry Mäki, jefe de la 2ª Compañía, y Gunnar Ebb, jefe de la Compañía de Ametralladoras.

En el verano de 1938 comenzó la última operación en que participaron los voluntarios finlandeses: la ofensiva del Ejército Popular en el Ebro. En la noche del 24 al 25 de julio, el Batallón Mackenzie-Papineau ocupó las posiciones de partida para cruzar el Ebro en el sector comprendido entre las ciudades de Flix y Ascó. Al frente del batallón marchó la Compañía de Ametralladoras, mandada por Ebb. A las 5 horas y 40 minutos, las escuadras de ametralladoras subieron a las barcas y comenzó el paso del Ebro. La primera que llegó a la orilla opuesta fue la escuadra de Hautojärvi.

Los marineros que figuraban entre los voluntarios finlandeses eran excelentes remeros y desempeñaron un papel sustancial en el paso del Ebro por el batallón canadiense. Un corresponsal del periódico norteamericano *Daily Worker* habló con admiración de estos combatientes, destacando las hazañas de Kaarlo Siskonen, Boris Karlenius, Walsh Castello (dirigente de los obreros sin trabajo canadienses) y Tauno Erkillä. La artillería y la aviación fascistas bombardearon incesantemente el lugar del paso. Olavi Suhonen resultó muerto y Tauno Erkillä fue herido.

Nada más cruzar el río, la Compañía de Ametralladoras cayó bajo el fuego de la artillería fascista. El batallón tuvo las primeras bajas: varios muertos y heridos, entre ellos finlandeses. Se consiguió neutralizar el fuego de la batería enemiga únicamente cuando el batallón avanzó cinco o seis kilómetros en la profundidad del territorio ocupado por los facciosos. El súbito golpe de las tropas republicanas pilló de sorpresa a los fascistas. Muchos se entregaron prisioneros. Entre los trofeos conquistados figuraba la batería que había cañoneado al batallón.

Al amanecer del día siguiente, el Batallón Mackenzie-Papineau llegó a las afueras de Corbera. Los combatientes, calzados con alpargatas, apenas tuvieron tiempo de recibir calzado de cuero de los depósitos tomados a los fascistas, cuando empezó un intenso bombardeo aéreo de la ciudad, que duró todo el día. Se ordenó al batallón que abandonara la ciudad en llamas y atacase en dirección a una carretera al sur de Gandesa. En aquel sector, la resistencia del enemigo fue excepcionalmente fuerte.

Se señaló a la Compañía de Ametralladoras la misión de avanzar al sur de Gandesa. El grupo de Walter Forsman, que marchaba en vanguardia, cayó bajo un fuerte fuego cruzado. Forsman fue mortalmente herido en este ataque. También entonces resultó muerto Sulo Tourunen, de Canadá. El obstáculo principal que impedía el éxito de la ofensiva era la cota 368, fortificada por los fascistas. Durante tres semanas se libraron encarnizados combates por esta cota, que no dieron resultado debido a la falta de artillería. En ellos cayeron Kalle Manninen, activista del Partido Comunista de Finlandia, y Arvi Myllykangas, de Canadá, que era enlace de la Compañía de Ametralladoras.

Después de encontrarse varios días en la reserva, el Batallón Mackenzie-Papineau recibió orden de ocupar posiciones en las montañas de la Sierra de Pandols, al sur de Gandesa, y relevar a las unidades de la gloriosa 11ª División. Las posiciones pasaban por picachos pelados, en los que era imposible abrir trincheras. Los cascos de metralla de los proyectiles de artillería, de las granadas de mortero y de las bombas de aviación causaron muchas bajas. No había agua cerca. Los bombardeos no se interrumpieron ni un solo día. Allí cayó Arvi Mikkolo y resultaron heridos Eero Hautojärvi y Kaarlo Siskonen.

Tras duros y agotadores combates, los componentes del batallón, extenuados por el calor y la sed, fueron pasados a la reserva. Luego participaron en una nueva ofensiva en la Sierra de Cavalls, al nordeste de Gandesa. Poco antes de comenzar la ofensiva enfermó el jefe del batallón, siendo sustituido por el capitán Ebb. En lugar de este último, pasó a mandar la Compañía de Ametralladoras el voluntario finlandés Karl Syvänen, de los EE.UU., que había intervenido ya en la operación de Brunete.

Eino Laakso
(Walter From)

El 21 de septiembre, después de un breve descanso, el Batallón Mackenzie-Papineau fue enviado a las posiciones anteriores para rechazar una gran ofensiva iniciada por los fascistas. Tras una intensa preparación artillera, los tanques y la infantería del enemigo hicieron retroceder el flanco derecho del batallón. Simultáneamente, en el flanco izquierdo consiguieron clavar una cuña entre el batallón y las unidades vecinas. El batallón cayó en una bolsa y empezó a replegarse combatiendo. Henry Mäki, de los EE.UU., que mandaba la Compañía de Ametralladoras, fue herido; el apuntador Viljo Siltanen, de Canadá, recibió heridas mortales.

Fue éste el último combate en que participaron el Batallón Mackenzie-Papineau y los voluntarios finlandeses. El Gobierno de la República decidió retirar del frente a todos los voluntarios internacionales.

Regresaron a la patria dos terceras partes, aproximadamente, de los antifascistas finlandeses que habían servido en el batallón. Los demás perecieron en los combates o fueron asesinados por los fascistas en el cautiverio. Los supervivientes recuerdan con cariño y respeto a sus compañeros de armas caídos en las batallas por la libertad de España.

En el primer semestre de 1937, el Mando republicano impulsó la formación de pequeños destacamentos guerrilleros para operar en la retaguardia de las tropas fascistas. Los guerrilleros eran principalmente españoles, pero en sus filas se admitía también a voluntarios de las Brigadas Internacionales. Un grupo de finlandeses participó en las audaces operaciones de estos destacamentos.

De ordinario, los guerrilleros operaban en la retaguardia del enemigo tres o cuatro días y después cruzaban de vuelta la línea del frente, sirviéndoles de guías vecinos de los lugares correspondientes. Estaban armados con ametralladoras ligeras, metralletas, pistolas Mauser, bombas de mano y minas que hacían explosión con baterías de linternas. El arma preferida de los finlandeses era la metralleta, muy cómoda para los combates a corta distancia. Pero faltaban armas y había que conquistarlas en los combates por los depósitos fascistas.

En el oeste de Andalucía, el punto de concentración de los guerrilleros se encontraba en una finca no lejos de Los Blázquez. Desde allí, los grupos de guerrilleros —entre los que había cinco finlandeses— hacía incursiones en la zona de Azuaga-Peñarroya. En este sector del frente fue volado un tren que trasladaba tropas fascistas de Pueblonuevo a Bélmez. Los españoles que vieron la explosión desde los puestos de observación en las montañas contaron después que habían muerto muchos fascistas. Las minas las colocaban, de ordinario, los finlandeses Onni Hukkinen y Kallas Laakso.

En la primavera de 1937, en pleno apogeo de los combates por Peñarroya, se envió a la retaguardia de los fascistas un destacamento guerrillero de cien hombres, que asaltó un Estado Mayor del enemigo. En esta operación participaron ocho finlandeses. Cerca de Obejo, otros cinco finlandeses combatieron en un destacamento guerrillero que atacó en la carretera un tren de abastecimiento fascista, destruyendo cuatro camiones cargados de víveres, y voló en un túnel un tren con soldados italianos.

Seis finlandeses fueron destinados desde la base de Jaén a un destacamento guerrillero —del que se nombró jefe a Ebb—, que operaba en la zona de Segovia-Avila. Durante la operación de Brunete, el destacamento asestó golpes a las comunicaciones del enemigo. Entre los guerrilleros que actuaron en las cercanías de Brunete se encontraban los finlandeses Reino Keto e Yrjö Korpi, de Canadá.

Desde Jaén se envió otro destacamento guerrillero al pueblo de Lanteira, en Sierra Nevada, al mando del teniente Eino Laakso. Después de tomar posiciones en el Pico de Mulhacén, los guerrilleros efectuaron incursiones en el territorio ocupado por los fascistas. Combatieron allí durante dos meses. En la falda del Mulhacén volaron un hotel, en el que se alojaban altos oficiales del ejército fascista. Los combatientes del destacamento de Eino Laakso entraron varias veces en Guadix, no lejos de Granada, y actuaron en la propia Granada. Otro destacamento, del que formaban parte el sueco Venberg y el finlandés Vattulainen (ambos perecieron en España), combatió en la dirección de Málaga. Con un ataque por sorpresa liberó de la cárcel a 200 prisioneros de guerra.

Cuatro finlandeses sirvieron como minadores en un destacamento guerrillero que tenía su base en Boltaña y operaba en la

zona de Broto-Fiscal (Alto Aragón). Cerca de Jaca fue volado un tren militar. En esta operación participaron, junto con españoles, los finlandeses Liimatainen y Hukkinen.

Durante los combates por Belchite, este destacamento guerrillero actuó intensamente, dificultando el transporte de tropas y cargas de los fascistas. Siete finlandeses tomaron parte en dichas operaciones, distinguiéndose de manera especial Kallas Laakso y Ahti Lassila. El primero de ellos realizó un ataque de extraordinaria osadía: irrumpió en un local en el que se encontraban veinte fascistas y los segó a todos con una ráfaga de metralleta.

Los voluntarios finlandeses pelearon, sin regatear su vida, en la primera gran batalla contra los fascistas en Europa. Su lucha sigue siendo hoy ejemplo inspirador para los demócratas y antifascistas de Finlandia.

FRANCIA

En 1936, el amplio movimiento democrático en Francia contaba ya con grandes éxitos. La victoriosa réplica de los obreros a la tentativa de golpe fascista del 6 de febrero de 1934 había demostrado que el fascismo no era ni un mal inevitable —como pensaban algunos— ni una fuerza invencible. En la lucha antifascista se unieron comunistas, socialistas y radicales. Las proposiciones de unidad de acción presentadas por el Partido Comunista Francés, que los socialistas habían rechazado hasta entonces, encontraron, por fin, un eco favorable. Y el 27 de julio de 1934, los representantes de ambos partidos firmaron el pacto correspondiente. En octubre del mismo año, Maurice Thorez, en nombre del Partido Comunista, propuso "organizar, como contrapeso a la reacción y el fascismo, el Frente Popular de la Libertad, del Trabajo y de la Paz"[1], crear una amplia unión popular basada en la alianza de todas las fuerzas proletarias y democráticas. Esta idea se abrió paso rápidamente entre las masas.

La formación de un amplio Frente Popular viose facilitada también por otro hecho. El 14 de julio de 1935, el Partido Radical, que gozaba de gran influencia entre las clases medias, participó al lado del Partido Comunista y del Partido Socialista en manifestaciones conjuntas de centenares de miles de trabajadores, que demandaban la formación de un nuevo gobierno democrático.

A esta reivindicación de las masas populares unieron su voz representantes eminentes de la intelectualidad francesa, agrupados en el Comité de Vigilancia Antifascista de los Intelectuales, de París: Paul Langevin, Romain Rolland, Jean Perrin, Frédéric Joliot, Paul Rivet, Henri Wallon, Jean-Richard Bloch, André Malraux, Jean Cassou, Luis Aragón, Henri Barbusse, Marcel Cachin, Paul Vaillant-Couturier y muchos más.

Al mismo tiempo, la clase obrera rechazó la ofensiva de los ca-

---

[1] Véase *La Internacional Comunista y sus tradiciones revolucionarias*, ed. en ruso, Moscú, 1969, pág. 88.

pitalistas, estimulados por los decretos del Gobierno Laval sobre la rebaja de sueldos de los funcionarios públicos y la reducción de las asignaciones para seguros sociales. Aumentaron rápidamente las huelgas contra la disminución de salarios y las "marchas del hambre" de los parados forzosos.

La fusión de las dos grandes centrales sindicales, la CGT y la CGTU, en una sola organización —la Confederación General del Trabajo (CGT)— en marzo de 1936 representó una importante etapa en la movilización de las fuerzas y en el fortalecimiento de la unidad de la clase obrera. Dos meses más tarde, las elecciones legislativas dieron la victoria al Frente Popular. El Partido Comunista, el Partido Socialista y el Partido Radical conquistaron 337 de los 559 escaños en el Parlamento. Se formó el Gobierno del Frente Popular, presidido por el socialista León Blum. La clase obrera, que había tomado conciencia de su fuerza, emprendió una enérgica lucha contra los bajos salarios, el desempleo y los atentados a los derechos de los sindicatos en las empresas. El potente movimiento huelguístico obligó a los patronos a firmar con los representantes de la CGT los "Acuerdos Matignon", que concedían a los trabajadores importantes aumentos de salarios, la semana de 40 horas, dos semanas de vacaciones retribuidas al año y el respeto de los derechos de los sindicatos en las empresas.

Sin embargo, la burguesía francesa, obligada a ceder ante el empuje del movimiento obrero, estaba plenamente decidida a tomarse la revancha a toda costa. Los trusts se negaron a cumplir los "Acuerdos Matignon", desorganizaron la producción y torpedearon la cotización del franco. Apoyaron abiertamente a los grupos fascistas, subsidiaron sus periódicos y ensalzaron con todo descaro al nazismo. Presionado por ellos, el Gobierno francés emprendió el 7 de marzo de 1936 la senda del estímulo de los agresores fascistas, dejando sin respuesta la ocupación por el ejército hitleriano de la zona desmilitarizada del Rin y negándose a imponer a Italia las sanciones propuestas por la Sociedad de las Naciones con motivo de la guerra anexionista de Mussolini contra Etiopía.

Tal era la situación en Francia cuando los generales españoles se sublevaron contra el Gobierno republicano.

Los trabajadores de Francia expresaron su admiración por el heroísmo del pueblo español, alzado en defensa de la República. Ya en 1934 habían manifestado su solidaridad con los combatientes de Asturias. Después siguieron con gran simpatía el ascenso del movimiento obrero español, que se desarrolló al mismo tiempo que el francés en la lucha por el triunfo del Frente Popular. En julio de 1936, muchos franceses comprendieron que la sublevación de los generales fascistas, organizada de acuerdo con Hitler y Mussolini, constituía una amenaza no sólo para el pueblo español, sino también para la seguridad de Francia. Porque si triunfaba el fascismo en España, a las dos fronteras de Francia con Estados fascistas

—Alemania e Italia— se añadiría una tercera: en los Pirineos. En Francia tuvieron un profundo eco las palabras de Manuel Azaña, Presidente de la República Española: "En las cimas del Guadarrama estamos defendiendo París al defender Madrid".

El diario *L'Humanité*, en cuyas páginas publicaban artículos Marcel Cachin, Gabriel Peri y Paul Vaillant-Couturier, y el periódico *Ce Soir*, en el que colaboraban Luis Aragón y Jean-Richard Bloch, sostuvieron una infatigable campaña pro ayuda al pueblo español. *L'Humanité* publicó el 27 de agosto de 1937 un artículo de Maurice Thorez, Secretario General del Partido Comunista Francés, en el que pidió que se concediera al Gobierno español "la posibilidad de adquirir libremente en Francia aviones, cañones y municiones". El artículo terminaba advirtiendo que la solución de este problema tenía gran importancia para España y para el futuro de los pueblos de Europa: "Mañana lanzará Hitler a sus agentes en Checoslovaquia contra las autoridades republicanas. Mañana puede ser Rumania, donde se agitan los Guardias de Hierro pagados por Hitler. O puede ser Yugoslavia. O puede ser Bélgica. ¡Mañana puede ser la propia Francia!"

El gran escritor francés Romain Rolland hizo un emocionado llamamiento a todos los pueblos del mundo. En él les exhortaba a ayudar a España, pues eso significaba ayudarse a sí mismos, por cuanto estaba en peligro el destino de la humanidad[2].

Numerosos escritores y periodistas franceses defendieron con pasión a la España republicana: Andrée Viollis, Georges Bernanos, Georges Soria, Simone Tery, André Wurmser, Madeleine Braun, André Malraux, François Mauriac, Paul Claudel y Antoine de Saint-Exupéry, así como Louis Delaprée y Gerda Taro, que murieron en España siendo corresponsales de periódicos franceses.

Los intereses nacionales de Francia y el programa antifascista del Frente Popular exigían que se prestase ayuda inmediata al Gobierno legítimo de España. Insistían en ello el Partido Comunista Francés, la Confederación General del Trabajo, el ala izquierda del Partido Socialista, encabezada por Jean Zyromski, y todos los demócratas consecuentes.

Sin embargo, León Blum decidió el 25 de julio de 1936 aplicar una política de "neutralidad estricta". Con este pretexto, y violando los contratos firmados con anterioridad, prohibió la exportación de armas a España y propuso a las demás potencias que asumieran compromisos semejantes. Dos días antes, acompañado del ministro de Asuntos Extranjeros, Yvon Delbos, hizo un viaje a Londres, donde cedió con facilidad a las exigencias de los medios conservadores británicos partidarios del acuerdo con Alemania e Italia. Al regresar a Francia, Blum se pronunció resueltamente contra

---

[2] *De la historia de la solidaridad proletaria internacional. Documentos y materiales.* Recopilación V, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 448.

la prestación de ayuda al pueblo español. Por su parte, influyentes círculos del gran capital francés empujaron al gobierno a aplicar una política de traición a la democrática República Española. El 1 de agosto, Blum propuso a las principales potencias europeas aplicar colectivamente el principio de la "No-Intervención" en los asuntos de España. Pese a las evidentes infracciones del Acuerdo de No-Intervención por Hitler, Mussolini y Salazar, el Gobierno Blum y los gobiernos franceses posteriores siguieron esta política hasta el 27 de febrero de 1939, día en que Francia e Inglaterra rompieron las relaciones diplomáticas con la República Española y reconocieron al Gobierno del general Franco.

La política de "No-Intervención", que estimulaba de hecho la agresión fascista, contribuyó al desmoronamiento del Frente Popular francés, en cuyas filas se libraba una encarnizada lucha entre los partidarios de la ayuda al pueblo español y los defensores de la política gubernamental de "apaciguamiento" del fascismo. Las constantes concesiones del Gobierno francés al fascismo y al gran capital crearon condiciones que facilitaron la activación y la ofensiva de la reacción. Presionado por la gran burguesía, el Gobierno francés interrumpió en febrero de 1937 la realización de las reformas económicas y sociales previstas en el programa del Frente Popular. Esta sedicente tregua, proclamada por el Gobierno Blum y apoyada por el Partido Socialista y el Partido Radical, socavó la combatividad de los trabajadores y coadyuvó a que la gran burguesía pasase a la contraofensiva.

En junio de 1937, en vez de adoptar medidas enérgicas contra los trusts, el gobierno dimitió. Le sustituyeron gobiernos encabezados por los radicales Chautemps y Daladier, que continuaron y profundizaron la política de ofensiva contra los derechos económicos y políticos de las masas populares, llegando a suprimir en 1938, sobre la base de los "poderes extraordinarios", las principales conquistas que había logrado la clase obrera en 1935. Simultáneamente, la política de "No-Intervención" fue transformándose cada día más en un estímulo descarado a la agresión hitleriana en España y en una confabulación directa con los Estados fascistas.

En aquellos años de encarnizados combates de clase, de victorias y derrotas de los trabajadores franceses, el amplio movimiento de solidaridad con la República Española —desplegado por los trabajadores de Francia nada más producirse la sublevación franquista— ocupó un lugar destacado en la lucha política de la clase obrera y de las masas populares, que exigieron el envío de armas y víveres a España y la renuncia a la política de "No-Intervención".

El 3 de septiembre de 1936, en un grandioso mitin celebrado en el Velódromo de Invierno de París, Dolores Ibárruri dijo: "Defendemos la causa de la libertad y de la paz. Necesitamos aviones y cañones para nuestra lucha... ¡Necesitamos armas para defen-

Recaudación de donativos en Francia para comprar medicamentos con destino a España

der la libertad y la paz! Y no olvidéis, y que nadie lo olvide, que si hoy nos toca a nosotros resistir a la agresión fascista, la lucha no termina en España". La consigna de "¡Cañones y aviones para España!", lanzada en el mitin de 40.000 trabajadores, fue apoyada con entusiasmo al día siguiente en una impresionante manifestación celebrada en la Plaza de la República, de París, y luego en todo el país. En las casas, en las empresas y en las instituciones se organizaron colectas de dinero, ropa y víveres.

Por iniciativa del PCF, de la CGT y del Socorro Popular Francés se constituyeron numerosas organizaciones, entre las que figuraban las siguientes: Comité de Ayuda a los Refugiados del Norte de España, Comisión de Solidaridad con el Pueblo Español, Comité de Instalación de los Niños Españoles, Comité de Ayuda a las Familias de los Voluntarios Franceses de las Brigadas Internacionales, Comité Nacional de Mujeres y Muchachas de Francia. La ayuda a la España republicana se plasmó en decenas de millones de francos y en miles de toneladas de mercancías diversas. Por ejemplo, la Unión de Muchachas de Francia reunió 300.000 latas de leche condensada para los niños españoles; el Socorro Popular Francés recaudó 24 millones de francos y, juntamente con los sindicatos, organizó el envío a España de todos los donativos. El SPF y los sindicatos invitaron a Francia y dieron hogar en familias

francesas a 10.000 niños españoles, que pudieron así escapar de los bombardeos de la aviación fascista y de las privaciones de la guerra. En noviembre de 1936, el Congreso de la CGT llamó a todos sus afiliados a entregar mensualmente una hora de jornal para el fondo de ayuda a España.

París fue la sede del Comité Internacional de Coordinación e Información para la Ayuda a la España Republicana, en cuya presidencia de honor figuraban personalidades tan eminentes como el físico Paul Langevin, el escritor Jean-Richard Bloch, Francis Jourdain, Marcel Cachin, Jean Longuet, Jean Zyromski, Pierre Cot, Edouard Herriot y otros. En París se encontraba también la Central Sanitaria Internacional, que agrupaba a médicos antifascistas de todas las tendencias y de todos los países. Por iniciativa y con la participación del doctor Pierre Rouquès y de sus colaboradores, la Central Sanitaria Internacional organizó la recogida y el envío a España de material sanitario y medicamentos. Formó también equipos de médicos, cirujanos y enfermeras voluntarios para organizar el Servicio de Sanidad de las Brigadas Internacionales.

La solidaridad con el pueblo español en lucha se expresó en las formas más diversas. Los obreros de la industria aeronáutica, respondiendo a la consigna popular de "¡Aviones para España!", mostraron su disposición a trabajar gratis horas extraordinarias. Se formó una sociedad, con el nombre de France-Navigation, para asegurar, a pesar del bloqueo y de la "No-Intervención", los transportes marítimos a la España republicana.

Sin embargo, la página más brillante e incomparable en la historia de la solidaridad de la democracia francesa con el pueblo español fue la participación de voluntarios de Francia en la lucha armada contra el fascismo. Este movimiento tuvo su origen en la iniciativa personal de antifascistas franceses, aislados o en grupos, movidos por el deseo de cerrar el paso a la amenaza fascista. Pero el PCF le dio muy pronto una forma organizada. Como resultado de ello, 8.500 antifascistas franceses —comunistas, socialistas, sindicalistas y sin partido— tuvieron la posibilidad de marchar a España para combatir en las filas de su Ejército Popular.

A pesar de que el Gobierno francés y el Comité de No-Intervención pretendieron convertir la frontera franco-española en una barrera infranqueable, los esfuerzos y la ayuda del PCF hicieron de Francia una especie de puente con España, por el que pasaron muchos miles de voluntarios antifascistas de otros países y continentes.

En cuanto comenzó la sublevación fascista, numerosos trabajadores españoles emigrados en Francia volvieron a su país para cumplir con su deber y defender la patria frente al fascismo. Con ellos marcharon sus amigos: trabajadores franceses y antifascistas refugiados de distintos países. En Barcelona se encontraron con

los deportistas llegados en julio de 1936 para participar en la Olimpiada Popular y combatieron desde los primeros días en la capital catalana. Fueron los primeros voluntarios internacionales. Unos pelearon en el norte, defendiendo Irún; otros, en la isla de Mallorca, donde los republicanos efectuaron un desembarco y libraron heroicos combates, pero tuvieron que replegarse y evacuar la isla por carecer de armas y municiones. Los voluntarios extranjeros supervivientes de Irún se retiraron a Francia y luego cruzaron por segunda vez la frontera española. Formaron en Barcelona la Centuria Comuna de París, que fue enviada a Madrid, donde se reforzó con otros voluntarios llagados de Francia y participó en los combates al mando de Jules Dumont, ex oficial del ejército francés.

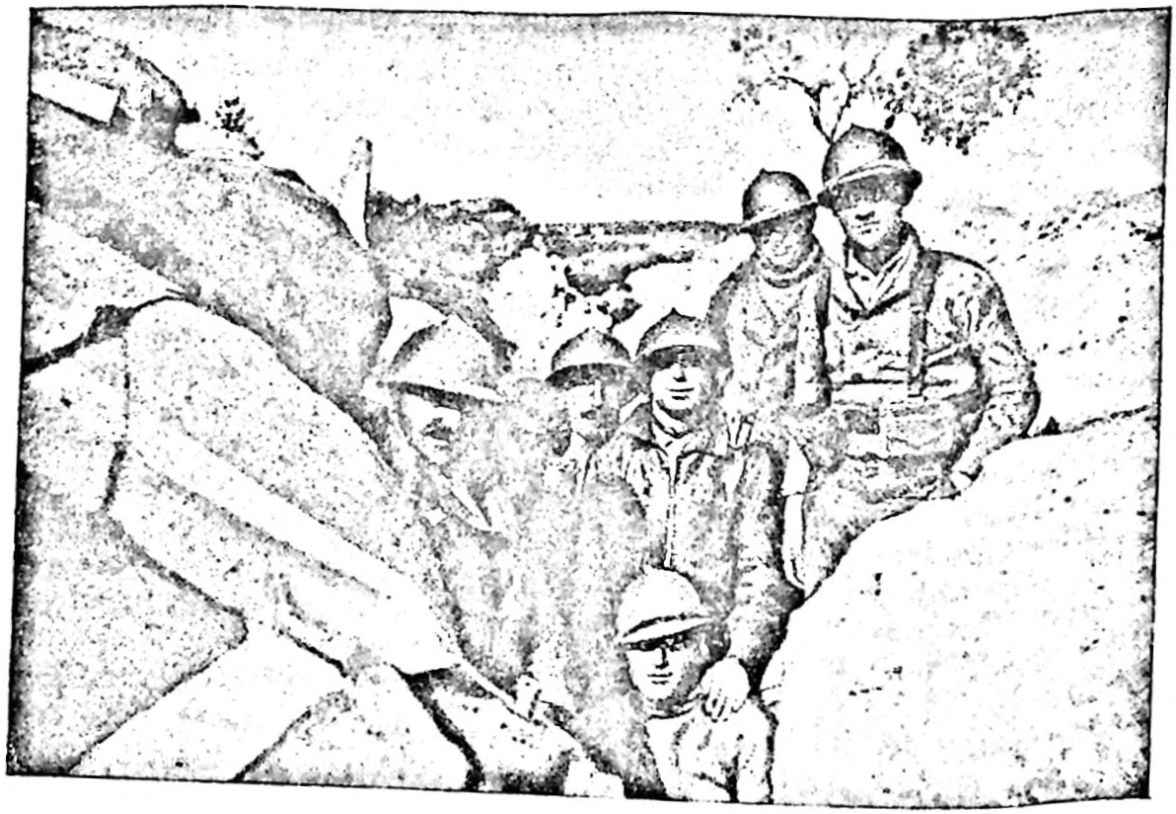
En octubre, cuando el Gobierno de la República empezó a crear el Ejército Popular regular, los combatientes de esta centuria pasaron a formar parte del primer batallón regular internacional, integrado por voluntarios franceses y belgas, al que se dio también el nombre de la Comuna de París. Jules Dumont y el comisario Pierre Rebière encabezaron el Batallón Comuna de París, que con otros batallones de la 11ª Brigada Internacional —el Batallón Edgar André, alemán, y el Batallón Dombrowski, polaco— llegaron al frente el 8 de noviembre para ayudar a los heroicos madrileños, que rechazaban la furiosa ofensiva fascista.

Los voluntarios franceses, que continuaron afluyendo durante el otoño y el invierno de 1936-1937, formaron otros batallones, que fueron incorporados a diversas Brigadas Internacionales: el Batallón Franco-Belga André Marty, de la 12ª Brigada; el Batallón Henri Vuillemin y el Batallón Franco-Belga Luisa Michel, de la 13ª Brigada; el 10º Batallón Domingo Germinal, el 12º Batallón Franco-Inglés y el 13º Batallón Henri Barbusse, de la 14ª Brigada, y el Batallón 6 de Febrero, de la 15ª Brigada. Hubo también franceses en las tropas de ingenieros, en los escuadrones de caballería, en las unidades de tanques y en las de artillería de campaña y antiaérea. La batería internacional del Grupo de Artillería Ana Pauker la mandaban los franceses Gaston Carré (jefe) y Paul Richard (comisario político).

Entre los numerosos pilotos internacionales que se batieron contra la aviación franquista había también franceses. Algunos formaron parte de la Escuadrilla España, mandada por el conocido escritor André Malraux. Otros voluntarios franceses fueron agregados al Parque Automóvil, a la Fábrica de Reparación de Automóviles de Albacete y al 1er Regimiento de Transporte del V Cuerpo de Ejército. Numerosos médicos, practicantes y enfermeras franceses lucharon por salvar la vida de los combatientes del Ejército Popular en los hospitales móviles de campaña y en los establecimientos sanitarios de la retaguardia.

El servicio de Correos de las Brigadas Internacionales, cuya central se encontraba en Albacete, fue organizado por el francés

En el centro, el capitán Jacquot; a la derecha, Marcel Sagnier



Combatientes franceses del 10° Batallón de la 14ª Brigada en el Jarama. Febrero de 1937

Jean Grandel, ex secretario general del Sindicato de Empleados de Correos de Francia.

Los voluntarios franceses que peleaban en España representaban a todas las corrientes políticas integrantes del Frente Popular. El grupo más numeroso lo constituían los militantes comunistas y sus simpatizantes. Eran menos numerosos los miembros del Partido Socialista y del Partido Radical. Entre los socialistas (que habían formado parte del Frente Popular francés), pelearon en las Brigadas Internacionales dos jefes de batallón, el comandante Fort y el comandante Bernard (fusilado en 1944 por los nazis por participar en el Movimiento de la Resistencia), el comandante de artillería Agard y el comandante Gabriel Hubert.

Al frente de los voluntarios comunistas franceses en España se encontraron varios miembros del CC del PCF: André Marty, François Billoux y Henri Janin. León Mauvais y Jean Cathala cumplieron sistemáticamente diversas misiones de partido. En la primavera de 1937 llegó un grupo de treinta hombres —miembros del Comité Central y de los Comités regionales de la Unión de Juventudes Comunistas de Francia— para completar los cuadros de las Brigadas Internacionales. Entre ellos figuraban: Louis Perrault, caído en su puesto de combate en 1938; Jean Hemmen y Lafond, fusilados por los nazis durante la ocupación; Henri Tanguy, que llegó a comisario de la 14ª Brigada; Charles Escure y André Gregoire, jefe de un batallón de la 12ª Brigada. Los dirigentes del Partido Comunista Francés —en particular, Maurice Thorez, Jacques Duclos, Marcel Cachin, Eugène Enafe y Florimond Bonte— estuvieron varias veces en España, donde se entrevistaron con los combatientes de las Brigadas Internacionales y les alentaron a proseguir la lucha contra el fascismo.

En las filas de las Brigadas Internacionales pelearon juntos hombres de distintas generaciones: veteranos de la guerra de 1914-1918 y ex participantes de las guerras coloniales en Marruecos, Siria o Indochina; otros de menor edad, que acababan de hacer el servicio militar, y, por último, muchachos muy jóvenes, como, por ejemplo, Pierre Georges (Fabien), de 17 años, que fue más tarde un héroe de la Resistencia francesa en 1940-1945. Pero ni las diferencias de edad o de nacionalidad ni las diferencias de opiniones o de origen social les impidieron entenderse perfectamente y combatir unidos al enemigo que todos odiaban: el fascismo.

El 6 de noviembre de 1936, los fascistas llegaron a las puertas de Madrid, que comenzó a sufrir los primeros bombardeos de la artillería. En la tarde del 8 de noviembre, los voluntarios del Batallón Comuna de París ocuparon posiciones de partida para un contraataque en la Casa de Campo, parque enclavado en la orilla occidental del río Manzanares. Contra este sector dirigían su golpe principal las columnas de asalto fascistas, las tropas marroquíes y los mercenarios de la Legión Extranjera.

Coronel Fabien
(Pierre Georges)

Durante los primeros combates en el Manzanares, en el sector comprendido entre el Puente de San Fernando y el Puente de los Franceses, los internacionales tuvieron muchas bajas. La 2ª Compañía del Batallón Comuna de París perdió dos tercios de sus efectivos y pudo rechazar el embate enemigo gracias únicamente a que entró en combate el Batallón Edgar André. Una semana después, la 11ª Brigada recibió la orden de contraatacar a las unidades de legionarios y moros, que habían irrumpido en la Ciudad Universitaria los días 15 y 16 de noviembre. Allí, los combatientes del Batallón Comuna de París y los dinamiteros asturianos arrebataron al enemigo los edificios de las facultades de Filosofía y Letras, de Farmacia y Medicina.

En aquellos días, el Batallón Franco-Belga, el Batallón Garibaldi y el Batallón Thaelmann (de la 12ª Brigada Internacional), con el apoyo de los tanques, atacaron al sur de Madrid el Cerro de los Angeles, fortificado por los rebeldes. Esta operación debilitó la ofensiva de los fascistas hacia el Manzanares. Varios días después, la 12ª Brigada llegó también a la Ciudad Universitaria. En los duros combates librados durante la segunda quincena de noviembre en la Ciudad Universitaria y en la Casa de Campo, los internacionales de las brigadas 11ª y 12ª junto con los milicianos españoles y las unidades regulares del Ejército Popular, rechazaron furiosos ataques del enemigo, desangrando a sus columnas de choque.

En diciembre de 1936 y enero de 1937, cuando los facciosos cambiaron la dirección de sus golpes, ambas brigadas participaron en los combates de Boadilla del Monte, al oeste de Madrid. Allí resultó herido Bernard, que mandaba el Batallón Franco-Belga. En Majadahonda, los voluntarios pelearon junto con varios batallones de las Milicias Populares —Asturias, 1º de Madrid y Pacífico —y con la 3ª Brigada, al mando de José María Galán, y participaron en la defensa del sector noroeste de Madrid, que com-

prendía los siguientes pueblos: Villanueva del Pardillo, Las Rozas, Pozuelo de Alarcón, Humera y Aravaca. El Batallón Comuna de París fue sometido a un violentísimo bombardeo aéreo, pero no retrocedió; su jefe, Jules Dumont, resultó herido, sustituyéndole Marcel Sagnnier. El Batallón Thaelmann, en el que combatían cerca de cien franceses al lado de sus camaradas alemanes, defendió sus posiciones pagando por ellas un gran tributo de sangre: de los 600 hombres que lo integraban sólo quedaron 32.

En los combates en el sector noroeste de la defensa de Madrid tomaron parte también los voluntarios franceses de la 14ª Brigada Internacional. A fines de diciembre de 1936, esta brigada, compuesta principalmente de franceses, fue trasladada a Andalucía, donde paró la ofensiva de grandes fuerzas facciosas que habían roto el frente republicano. Cumplida esta misión se la envió de nuevo al sector del Frente de Madrid en que se decidía por segunda vez el destino de la capital. Como antes, los sublevados no alcanzaron su objetivo principal: tomar Madrid.

Mientras se libraban estos combates decisivos, dos batallones de voluntarios franceses y belgas de la 13ª Brigada Internacional participaron en una ofensiva de las tropas republicanas contra Teruel (diciembre de 1936-enero de 1937). La operación no tuvo éxito y los batallones sufrieron pérdidas sensibles.

En febrero de 1937, en la orilla oriental del río Jarama se entabló la tercera gran batalla por Madrid, que duró tres semanas. Las mejores unidades del Ejército Popular, incluidas cuatro Brigadas Internacionales —en cada una de las cuales había batallones de voluntarios franceses—, dieron muestras de firmeza y heroísmo. Y una vez más se desvanecieron las esperanzas de los generales facciosos de tomar Madrid. En el Jarama recibieron su bautismo de fuego los voluntarios del Batallón 6 de Febrero, compuesto de franceses y belgas, de la nueva 15ª Brigada Internacional.

Las pérdidas sufridas son una prueba del encarnizamiento de la batalla del Jarama y del estoicismo de los voluntarios: a los diez días de lucha, de los 800 combatientes del Batallón 6 de Febrero que llegaron a las posiciones del Jarama sólo quedaban en filas 150 hombres. Tuvieron también muchas bajas otros batallones de las brigadas 15ª y 11ª, que rechazaron la ofensiva de los fascistas cerca de Morata de Tajuña, objetivo principal de los ataques enemigos en aquellos días. La mayoría de los jefes de las unidades que integraban estas brigadas resultaron muertos o heridos. Fueron grandes, asimismo, las pérdidas que sufrieron las unidades del Batallón André Marty, de la 12ª Brigada Internacional, que impidió al enemigo lograr su segundo objetivo: el pueblo de Arganda, en la carretera de Madrid a Valencia. Una compañía de este batallón, que defendía el Puente Pindoque, fue sorprendida de noche por los moros y aniquilada totalmente. Otra compañía, que recibió

la orden de tapar la brecha abierta, tuvo también grandes pérdidas.

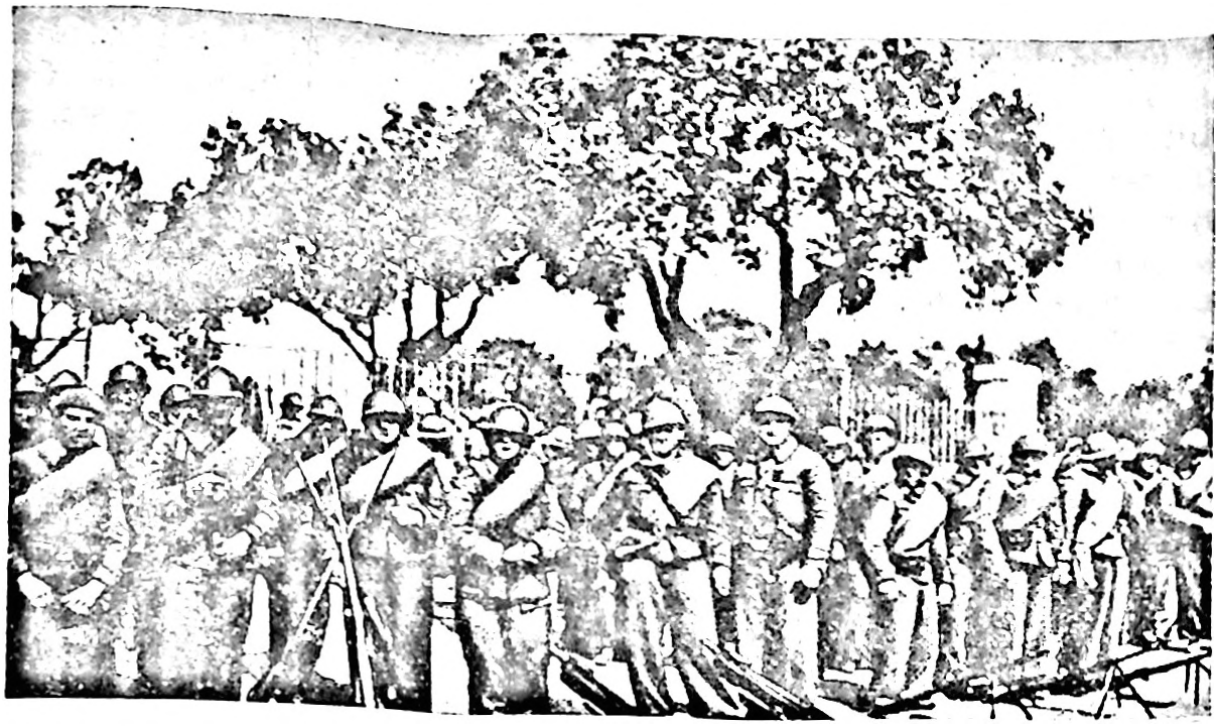
Cuando el frente se estabilizó a fines de febrero, las Brigadas Internacionales, fatigadas por los incesantes combates, necesitaban descansar y completarse. Pero no tuvieron tiempo de hacerlo: en marzo comenzó una nueva ofensiva de los fascistas.

En los primeros días de marzo, el Cuerpo Expedicionario Italiano, al mando del general Roatta (Mancini), pasó súbitamente a la ofensiva. Dos Brigadas Internacionales —la 11ª y la 12ª— fueron las primeras unidades a las que el Mando republicano del Frente de Madrid encargó contener el avance de los intervencionistas. En la tarde del 9 de marzo, los voluntarios del Batallón Comuna de París y de toda la 11ª Brigada llegaron a la carretera de Zaragoza, al este de Guadalajara. Durante los días precedentes, el enemigo había avanzado 25 kilómetros. Los voluntarios internacionales entraron en fuego, pararon a los fascistas y les obligaron a desplegar en orden de combate. La 12ª Brigada, llegada al día siguiente, cerró el paso a los fascistas en la carretera de Brihuega. Los voluntarios de las brigadas 11ª y 12ª se replegaron lentamente, sin cesar los combates defensivos contra tres divisiones enemigas, dando al Mando la posibilidad de ganar tiempo y concentrar fuerzas mayores. Dos días más tarde, los voluntarios internacionales contraatacaron junto con las brigadas españolas de la 11ª División. El Batallón Comuna de París tomó el punto fortificado Casa del Cobo, y el Batallón André Marty, de la 12ª Brigada, participó en el asalto y ocupación de otra posición clave: el Palacio de Ibarra. El 18 de marzo —aniversario de la Comuna de París—, las tropas republicanas pasaron a la ofensiva en todo el frente poniendo en fuga a las cuatro divisiones de Mussolini.

Los combatientes del Ejército Republicano, extenuados por los duros combates, comprendían la gran importancia internacional de su éxito y expresaban su alegría por la victoria conquistada.

Varias semanas después, al reorganizarse las Brigadas Internacionales según el principio idiomático, el Batallón Comuna de París pasó de la 11ª Brigada a la 14ª, en la que se unieron franceses y belgas. En la aldehuela de Ciruelas, no lejos de Guadalajara, tuvo lugar un acto emocionante en el que los franceses se despidieron de los internacionales alemanes que integraban los batallones Thaelmann y Edgar André.

La 14ª Brigada Internacional, que tomó el nombre de "La Marsellesa", fue mandada por el comandante Jules Dumont, siendo su comisario François Vittori. Estaba formada por cuatro batallones, al mando de los franceses Marcel Sagnier, Boris Guimpel y Grillet y del inglés George Nathan; este último fue sustituido más tarde por el argelino Raban Oussidoum. El quinto batallón de la brigada lo componían exclusivamente españoles. Como todas las Brigadas Internacionales, la 14ª engrosaba sus filas no sólo con nuevos voluntarios llegados de otros países, sino también con com-



Combatientes franceses y alemanes del 10º Batallón de la 14ª Brigada. Madrid, marzo de 1937

batientes españoles, que en el verano de 1938 constituían cerca del 85% de sus efectivos.

Después de la reorganización, tres batallones de voluntarios franceses siguieron perteneciendo a las brigadas 13ª, 15ª y 150ª, pero posteriormente se fusionaron también con la 14ª Brigada "La Marsellesa".

Del 29 de mayo al 3 de junio de 1937, la 14ª Brigada, formando parte de la 35ª División, participó junto con las brigadas españolas 31ª y 69ª en una ofensiva en la Sierra de Guadarrama. Los antifascistas atacaron de noche Balsaín y sostuvieron tenaces combates por el Cerro del Puerto, posición que el enemigo había fortificado. Esta operación tenía por objeto crear una amenaza a la ciudad de Segovia y, de esta forma, aliviar la situación de las tropas republicanas en el Frente Norte, junto a Bilbao. El jefe de la 35ª División, general Walter escribió: "La 14ª Brigada... cerca de Segovia se ha merecido plenamente los elogios por su heroico comportamiento en el combate de Balsaín"[3]. En estos combates fue herido Boris Guimpel, jefe de batallón. Su suplente, el capitán belga Rasquin, resultó muerto.

En julio de 1937 se desarrolló la gran ofensiva de las tropas republicanas en Brunete, en la que participaron muchos voluntarios franceses del Batallón Henri Vuillemin y del Batallón 6 de Febrero, al mando de Gabriel Fort —reincorporado a filas después de una grave herida recibida en el Jarama—, así como del Batallón André

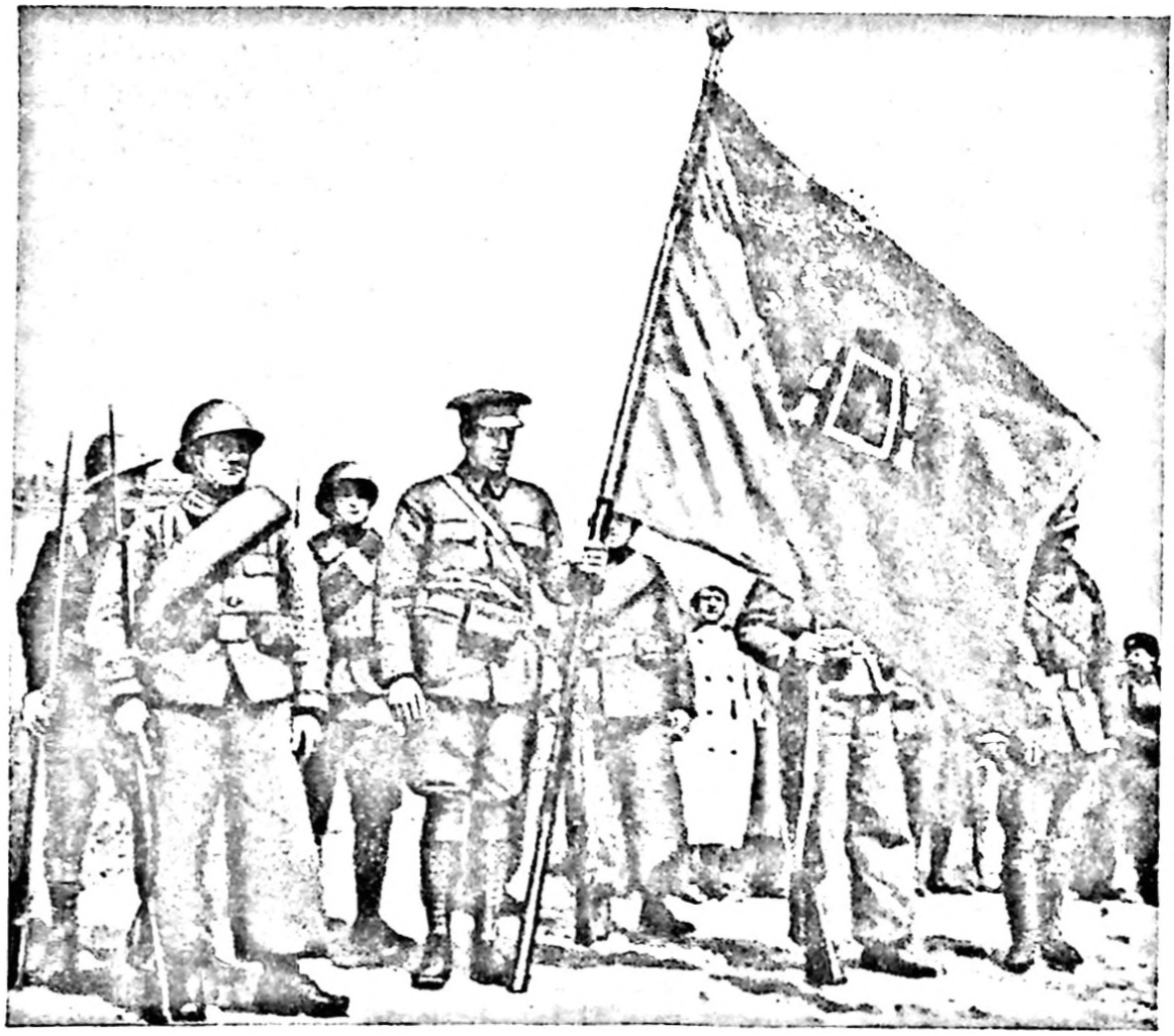
[3] Revista *Archivo Histórico*, 1962, Nº 2, pág. 188.

Marty, que mandaba Emile Boursier (suplentes: Fernand Belino y François Ruiz). Lucharon también franceses en el Grupo de Artillería Ana Pauker, que apoyó con su fuego a las tropas republicanas durante el ataque de Villanueva de la Cañada. Fernand Belino recibió serias heridas en esta operación, y Gabriel Fort quedó ciego a consecuencia de una herida grave en la cabeza.

En octubre de 1937, la 14ª Brigada tomó parte en una gran batalla defensiva en el sector de la Cuesta de la Reina, al sur de Madrid. Fue una batalla muy dura. En tres días, la Brigada Internacional perdió más de 1.000 hombres entre muertos y heridos. Cayeron como héroes los jefes de compañía Aurèle Vittori y René Angel, los capitanes Clerc y Louis Boujard, los comisarios Francisco Terroba y Blondeau y resultó herido Rabah Oussidoum, jefe de batallón. Pero el enemigo fracasó en sus intentos de romper el frente de las tropas republicanas.

En marzo de 1938, los fascistas emprendieron en Aragón una gran ofensiva, empleando cinco cuerpos de ejército, entre los que figuraba uno italiano apoyado por numerosos tanques, potente artillería (cerca de 600 cañones) y aviación (600 aviones). Para cerrar la brecha abierta por el enemigo durante los primeros días de ofensiva, el Mando republicano trasladó a la zona de la ruptura unidades españolas de reserva y cinco Brigadas Internacionales. El 12 de marzo, las Brigadas Internacionales de la 35ª División quedaron casi cercadas en el sector de Hijar-Alcañiz-Ebro por cuatro divisiones enemigas. Y sólo a costa de grandes esfuerzos, rechazando los ataques de los fascistas por el frente y por los flancos, lograron salir del cerco. El 15 de marzo, los fascistas irrumpieron en Caspe, pero fueron expulsados de la ciudad por un batallón de la 14ª Brigada de la 45ª División, enviado como refuerzo.

El batallón, mandado por Emile Boursier, contraatacó y llegó a las afueras de Caspe. El jefe de la 14ª Brigada, Marcel Sagnier, tomó el mando de una agrupación de tropas, compuesta por esta brigada, dos batallones de la 12ª Brigada, un batallón español y dos baterías. Durante veinticuatro horas, la agrupación sostuvo un tenaz combate por Caspe contra la División Navarra; pero ante la amenaza de cerco completo, se replegó en la noche del 16 de marzo, ocupando posiciones en la línea del río Guadalupe. El comisario, Haudecoeur, miembro del CC de las Juventudes Comunistas de Francia, llegó al frente desde Albacete encabezando un nuevo batallón francés, el Vaillant-Couturier, que entró en fuego inmediatamente. Sin embargo, pese a los milagros de heroísmo hechos por los voluntarios y por otras unidades leales, las fuerzas enemigas siguieron avanzando en el Frente del Este y salieron al Mediterráneo, aislando a Cataluña del resto de la España republicana. En estos combates cayeron o resultaron gravemente heridos muchos voluntarios franceses, entre ellos, Rabah Oussidoum y Gabriel Hubert. El comisario Haudecouer logró eludir el cautiverio: con



Bandera de la 14ª Brigada

una bomba en la mano se abrió paso entre un grupo de soldados fascistas.

Las graves pérdidas sufridas por las tropas republicanas durante la retirada en el Frente de Levante no quebrantaron el espíritu de resistencia de los combatientes del Ejército Popular y de los voluntarios internacionales. Tres meses escasos después, el Ejército Republicano llevó a cabo la operación más audaz de toda la guerra: el paso del Ebro y la ruptura del frente enemigo en profundidad.

La 14ª Brigada participó en esta operación formando parte de la 45ª División. Se le encomendó una importante misión de distracción: en la noche del 24 de julio cruzar el Ebro cerca de Amposta, en un punto alejado del sector en que debía pasarlo el grueso de las fuerzas. Esta operación fue un episodio inolvidable, que mostró la valentía e intrepidez del Batallón Comuna de París. Un grupo de combatientes, desnudos, cruzaron a nado el río protegidos por la oscuridad de la noche, atacaron súbitamente con bombas de mano las trincheras enemigas y las tomaron. Tras el grupo, bajo un fuerte fuego enemigo, otros combatientes del batallón pasaron

el río en barcas y balsas.Avanzaron combatiendo varios centenares de metros en la profundidad de la defensa enemiga. El Mando fascista, repuesto de la sorpresa, ordenó a su artillería abrir contra el río un intenso fuego de barrera, lo que hizo imposible el paso de otras unidades de la brigada.

Durante todo el día, el Batallón Comuna de París rechazó firmemente los ataques de grandes fuerzas enemigas, principalmente marroquíes, apoyadas por artillería y tanques. Al final de la jornada, después de haber perdido más de tres cuartas partes de los combatientes y casi todos los oficiales, el batallón, cumpliendo la orden del Mando, pasó a la orilla izquierda del Ebro bajo un fuerte fuego enemigo. Protegiendo el cruce cayeron el jefe del batallón, Cazala, y el comisario, López. La 14ª Brigada cumplió su misión de combate: atraer fuerzas considerables del enemigo, asegurando así las operaciones ofensivas de las unidades del V Cuerpo del Ejército del Ebro que habían pasado a la orilla derecha.

Desde el 8 de septiembre, los voluntarios franceses participaron en la segunda fase de la operación del Ebro: los combates defensivos para mantener el territorio liberado de fascistas. Estos combates superaron a todas las operaciones precedentes de la guerra española por la cantidad de artillería, aviación, tanques y otro material bélico empleado por los sublevados y los intervencionistas. Desde el momento en que la 14ª Brigada tomó posiciones en la Sierra de Cavalls hasta el 23 de septiembre, cuando el Gobierno de la República retiró del frente a los voluntarios extranjeros, los ataques del enemigo y los contraataques de las tropas republicanas en este sector no cesaron ni un solo día. En estos combates murieron el capitán Rol, jefe del Batallón Comuna de París —reorganizado y completado después del combate del 25 de julio—, su comisario y el comisario del Batallón Henri Barbusse, René Hamon.

El último día de estancia en el frente, el 23 de septiembre, en las posiciones de la 14ª Brigada se creó una situación grave en extremo. El fuego huracanado de artillería y ametralladora obligó a las unidades republicanas a replegarse. Los puestos de mando de la 14ª Brigada y de la 45ª División se encontraron súbitamente en la primera línea. El jefe de la brigada, Marcel Sagnier, y el comisario, Tanguy, encabezaron un contraataque. La brigada reconquistó las posiciones perdidas, y los fascistas, que habían izado su bandera en la colina en que se encontraba el puesto de mando, huyeron a la desbandada. Los voluntarios franceses terminaron con honor su último combate contra el fascismo en tierra española.

Los voluntarios franceses se separaron con dolor en el corazón de sus hermanos españoles, al lado de los cuales habían combatido durante dos años en batallas en las que se decidía ya la suerte de Europa. Escucharon con emoción, antes de salir de España, la de-

El Excmo Sr. Dn. JUAN NEGRÍN LOPEZ, Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Defensa Nacional, y en su nombre, el Ilmo. Sr. Dn. Antonio Cordón García, Coronel de Artillería, Subsecretario del Ejército de Tierra.

CERTIFICA: Que Don Luzze Gillard ha combatido en ESPAÑA en las Brigadas Internacionales con el empleo de Brigada, en defensa de las libertades del PUEBLO ESPAÑOL, perteneciendo como tal combatiente a la Brigada.

Al salir del territorio que vino a defender el referido Brigada el Gobierno de la REPUBLICA manifiesta por el presente certificado el agradecimiento de la NACION, a que se ha hecho acreedor por su leal adhesión y comportamiento, en beneficio de ESPAÑA, en la SEGUNDA GUERRA de su INDEPENDENCIA.

Barcelona 28 de Octubre de 1938

Certificado de agradecimiento que el Gobierno español entregó a los combatientes de las Brigadas Internacionales al salir para su patria

claración de Dolores Ibárruri, vicepresidente de las Cortes de la República, en la que les expresó la inmensa gratitud y el infinito cariño del pueblo español.

*

Al terminar la guerra de España, el Gobierno francés internó en campos de concentración, junto con los combatientes del Ejército Popular, a los voluntarios extranjeros de las Brigadas Internacionales. Los ex voluntarios franceses consideraron un deber sagrado desplegar una vasta campaña de ayuda a sus compañeros de armas que sufrían en los campos de concentración de Gurs, Vernet, Saint-Cyprien y otros, así como a los centenares de miles de refugiados españoles —hombres, mujeres y niños— encerrados en campos custodiados por la policía y la gendarmería. La traición de las potencias occidentales a la democracia española no tardó en dar sus amargos frutos. La política de "No-Intervención", tras una serie de capitulaciones ante el fascismo, condujo al vergonzoso Pacto de Munich; luego, al desmembramiento de la República Checoslovaca, a la pérdida de la independencia de Austria y, por último, a la segunda guerra mundial.

Menos de un año después de volver a su patria, los voluntarios franceses fueron de nuevo soldados, dispuestos a defender Francia frente a su enemigo: la Alemania fascista. Y cuando la incapacidad y la falta de deseos de la burguesía francesa y del Alto Mando

del ejército de oponer resistencia permitieron a las tropas hitlerianas ocupar Francia prácticamente sin lucha, los veteranos de las Brigadas Internacionales fueron los primeros en la Resistencia, fueron los primeros en el combate por la liberación de la patria.

En septiembre de 1940, Pierre Rebiere, ex comisario del Batallón Comuna de París y miembro del CC del PCF, encabezó la lucha antifascista en cinco departamentos del centro de Francia, revelándose como un jefe capaz y valiente. Más tarde se le nombró miembro del Comité Militar Nacional con el grado de teniente coronel. Detenido por los hitlerianos, Rebière fue torturado cruelmente y fusilado en octubre de 1942. Antes de morir escribió: "Afronto con calma las últimas horas de mi existencia, pues mi conciencia está tranquila. He cumplido con mi deber hasta el fin".

El joven Pierre Georges devino una figura legendaria de la Resistencia francesa. Antes ya de la invasión de Francia por las tropas hitlerianas fue encerrado en un campo de concentración por su actividad antifascista, pero se fugó y organizó grupos de jóvenes antifascistas en la región de Marsella. Más tarde, con el nombre de Fabien, figuró entre los fundadores y jefes de la organización nacional de Francotiradores y Guerrilleros Franceses (FTPF). En 1941 dio la señal para el comienzo de la lucha armada contra los ocupantes, abatiendo en París al primer oficial hitleriano. Durante los combates por la liberación de París, Pierre Georges mandó una importante unidad de las Fuerzas Francesas del Interior (FFI). Formó la 1ª Brigada de París y, al frente de ella, participó en la persecución de las tropas hitlerianas hasta el Rin. Cayó en el frente de Alsacia, en diciembre de 1944, junto con Pimpeau, ex comisario del batallón internacional en que había peleado en España.

Tanguy, ex comisario de la 14ª Brigada Internacional, inició ya en 1940 la organización de comités populares en la región parisiense y en 1941 se incorporó a los FTPF. Allí se encontraban, entre sus compañeros de lucha, los voluntarios Haudecouer, ex comisario de batallón, y Carre, ex comandante de artillería en España, así como los veteranos de la guerra española Joseph Epstein y Georges Vallet. De 1941 a 1944, Rol-Tanguy desempeñó diversos cargos de mando en la organización de los FTPF y a partir de junio de 1944 fue jefe regional de las FFI de la Isla de Francia. El coronel Rol-Tanguy dirigió la insurrección de París y el 25 de agosto de 1944 recibió, junto con el general Leclerc, la capitulación del general von Choltiz y de las tropas alemanas del Gran París.

François Vittori, ex comisario de la 45ª División de las Brigadas Internacionales, organizó la Resistencia en Córcega y después dirigió la liberación de la isla.

El doctor Pierre Rouquès, ex jefe de Sanidad de las Brigadas Internacionales, organizó junto con otros veteranos de la guerra de

España —el doctor Reboul, el doctor Chrétien y su ayudante, Fanny Bré— los servicios sanitarios de los francotiradores y guerrilleros franceses, ocultando y curando a los heridos.

André Breton, Fernand Belino, Honoré Galli, Yvonne Robert y muchos otros combatieron también, desde los primeros días de ocupación, en las filas de la Resistencia. Incluso los que regresaron de España heridos o enfermos —como, por ejemplo, el autor de este artículo— participaron asimismo en la lucha redactando hojas, sirviendo de enlaces, etc.

El coronel Jules Dumont, organizador de los primeros grupos antifascistas armados, fue detenido y fusilado por los hitlerianos. André Tourné, participante de la guerra de España, fue uno de los dirigentes de la Resistencia en Lyón; resultó gravemente herido y quedó inválido para toda la vida. Boris Guimpel, uno de los jefes de las FFI, dirigió con Gaudefroy las operaciones contra los fascistas en la zona meridional del país. Jacquot representó al Comité Nacional de los FTPF en el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Francesas. Louis Blesy y Delcamp mandaron en Provenza y Tolosa, respectivamente, unidades de francotiradores y guerrilleros. Taddée Oppmann, Jean Baillet, Appere, Fongarnard, Jean Hemmen, Just Héras, Lafond, Carré, Schmidt, Champion y Bessières, ex combatientes de la guerra de España, figuraron entre los organizadores de los primeros grupos armados de la Resistencia, junto con Beaulieu, Clouet, Lemaitre, Cotille y tantos otros. Muchos de ellos perecieron en los combates, fueron fusilados, encarcelados o deportados a Alemania y encerrados en campos de concentración: Grandel, Jean Cathala (guillotinado por los hitlerianos), Marcel Langer, Epstein, Julien Hapiot, Georges Vallet, etc.

La lucha continuó también en las cárceles. Por ejemplo, cuando se amotinaron los reclusos de la prisión central de Eysses, los veteranos de las Brigadas Internacionales pelearon en los grupos de choque: Bernard (fusilado después de sofocada la revuelta), Marc Perrin, Henri Neveu y Jourdan. Durante la liberación del campo de concentración de Buchenwald, dos antiguos oficiales de las Brigadas Internacionales, Belino y Lagunas, formaron dos compañías de reclusos que se alzaron contra sus verdugos.

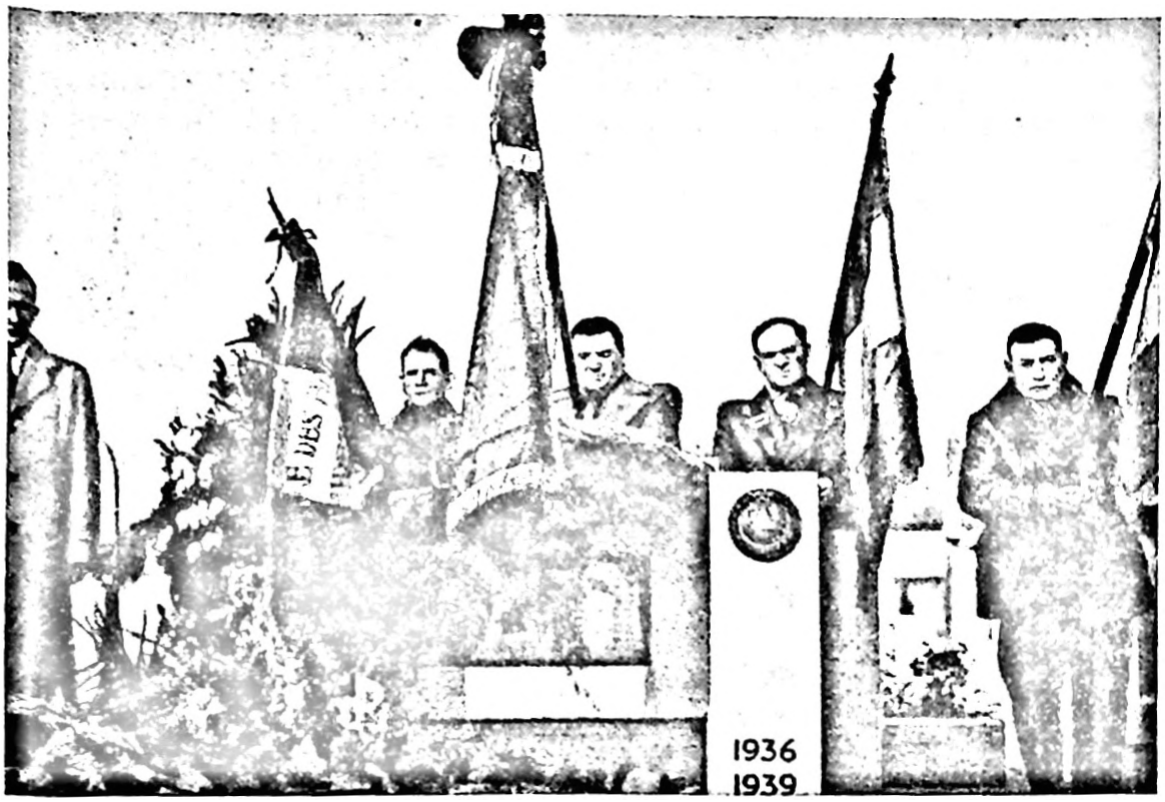
En las filas de la Resistencia, los ex voluntarios franceses pelearon frecuentemente hombro a hombro con los camaradas españoles. Los soldados y oficiales del Ejército Popular de la República Española refugiados en Francia habían conocido las penalidades de los campos de concentración y de las llamadas compañías de trabajo. Durante la ocupación fascista se incorporaron por millares a los destacamentos de francotiradores y guerrilleros. Junto con ellos combatieron heroicamente numerosos veteranos de las Brigadas Internacionales polacos, italianos, alemanes, judíos, húngaros, etc., que por distintos medios habían logrado evadirse de los campos

de concentración. Los nombres de Cristino García, héroe de la Resistencia francesa fusilado en España en 1946 por la policía franquista junto con otros once españoles que habían luchado por la libertad del pueblo francés; del general Evaristo Luis Fernández, jefe de la primera unidad de guerrilleros españoles en Francia; de Celestino Alfonso y de los 23 héroes del grupo Manouchian, entre los que había cinco veteranos de las Brigadas Internacionales, simbolizan la fraternidad de armas, sellada con la sangre, que unió para siempre a los combatientes de la España republicana y de la Resistencia francesa en la misma batalla contra el fascismo y por la libertad de todos los pueblos.

Después de la victoria sobre el fascismo en mayo de 1945, los ex combatientes de las Brigadas Internacionales se agruparon en la Asociación de Ex Voluntarios Franceses en la España Republicana (AVER). Para entonces, de los 8.500 franceses que marcharan voluntarios para combatir en las Brigadas Internacionales, 3.000 habían caído en los campos de batalla de España y alrededor de otros 3.000 en las filas de la Resistencia y en los campos de concentración hitlerianos.

Desde su fundación, la AVER —con el concurso de los sindicatos, las municipalidades dirigidas por miembros de los partidos de izquierda y el Socorro Popular Francés— desplegó una gran actividad para prestar ayuda material a los veteranos de la guerra española que habían regresado a la patria mutilados o enfermos y que no recibían, ni reciben aún, ninguna ayuda del Estado. En la solución de este complejo problema, la AVER es ayudada por numerosas asociaciones locales de veteranos de guerra en Francia y en los países socialistas.

Los ex voluntarios de la guerra de España siguen sintiendo profunda estimación y simpatía por el pueblo español y manifiestan en las formas más diversas su solidaridad con las decenas de miles de combatientes republicanos que se vieron obligados, después de la victoria de Franco, a refugiarse en Francia. Muchos de estos emigrados se han creado una familia en Francia y no son pocos los que participan en el movimiento democrático y antifascista francés. A comienzos de los años 50, en el período más duro de la "guerra fría", los diversos gobiernos reaccionarios franceses persiguieron a los antifascistas españoles residentes en Francia y que, como regla general, habían participado en la Resistencia. La AVER, juntamente con todas las organizaciones democráticas, realizó una amplia campaña de protesta contra la detención y expulsión de Francia a republicanos españoles. La AVER, que condena las salvajes represiones en la España fascista, figuró entre los organizadores de los grandes mítines de protesta contra el asesinato de Julián Grimau. En los últimos años, la AVER participa activamente en los encuentros internacionales en defensa del pueblo español y demanda la amnistía de los presos políticos.



Ceremonia de la inauguración de un monumento a los combatientes de las Brigadas Internacionales en el cementerio de Aubonne

Los supervivientes de las Brigadas Internacionales no son muchos. Pero cada vez que el fascismo intenta levantar la cabeza, expresan en el acto su disposición a oponerle resistencia. Durante la tentativa de contrarrevolución en Hungría, en 1956, grupos fascistas protegidos por la policía asaltaron la Redacción del diario *L'Humanité* y trataron de incendiar sus locales. Y los ex voluntarios formaron en las primeras filas de la manifestación popular que frustró los planes fascistas. En este choque resultaron muertos dos obreros; uno de ellos, Ferrand, era un veterano de la guerra española. De la misma manera, cuando los fascistas intentaron durante la guerra de Argelia dar un golpe de Estado y cometieron sangrientos atentados contra los demócratas, los antiguos voluntarios participaron con entusiasmo en la lucha de la clase obrera contra el fascismo. En febrero de 1962, durante una manifestación antifascista en París, la policía mató a nueve personas; el presidente de la AVER, Fernand Belino, resultó gravemente herido.

Y hoy, los voluntarios de la libertad, aunque han envejecido, no han cesado el combate. Antes al contrario: la experiencia adquirida ha hecho de ellos luchadores templados y valientes por la democracia, por la paz, por una vida mejor para los trabajadores. Muchos son destacadas personalidades políticas y sociales. Por ejemplo, François Billoux es miembro del Buró Político del CC del

PCF, y Henri Rol-Tanguy, miembro del CC del PCF; André Tourné, ex diputado al Parlamento, preside en la actualidad la Asociación Republicana de Veteranos de Guerra; Fernand Belino es consejero general del departamento del Sena y presidente de la AVER; André Gregoire, alcalde de Montreuil-sur-Seine, importante ciudad de los alrededores de París; Honoré Galli, uno de los dirigentes de la Asociación Francia-España. Gaudefroy, Blesy y Rol-Tanguy, que participaron en la liberación del país, forman parte de la Dirección de la Asociación Nacional de Antiguos Combatientes de la Resistencia Francesa.

Los ex combatientes de las Brigadas Internacionales son fieles al ideal por el que derramaron su sangre, junto con sus compañeros de lucha, en las filas del Ejército Republicano español.

GRAN BRETAÑA

En julio de 1936, cuando estalló en España la rebelión fascista, en Inglaterra existía el Comité de Ayuda a las Víctimas del Fascismo, organizado sobre una amplia base social. El comité realizó una gran labor para hacer comprender a las masas trabajadoras el peligro de fascismo y de guerra. Por iniciativa suya se constituyó en Londres una Comisión Jurídica Internacional, encargada de investigar las causas del incendio del Reichstag; se sostuvo una enérgica lucha para salvar la vida de Ernesto Thaelmann, Edgar André y otros antifascistas alemanes; se envió al Brasil una delegación para intervenir en defensa de Luis Carlos Prestes; se hizo una campaña de ayuda a los mineros asturianos en 1934, y se desplegaron otras acciones.

El Comité de Ayuda a las Víctimas del Fascismo se alzó también en defensa del pueblo español. El 31 de julio celebró un mitin, en el que se acordó formar un Comité de Ayuda Médica a España. El 10 de agosto, es decir, tres semanas después de comenzar la sublevación, salió para España el primer destacamento sanitario, compuesto de doctores, enfermeras y otro personal médico y auxiliar. Con posterioridad, el comité envió a España destacamentos sanitarios y medicamentos hasta el fin de la guerra.

En vista de que el Gobierno conservador británico negaba categóricamente la participación directa del fascismo alemán e italiano en la guerra al lado de los rebeldes, el Comité de Ayuda a las Víctimas del Fascismo mandó a España una delegación para investigar sobre el terreno los hechos probatorios de esta intervención, de la que formaban parte dos laboristas miembros del Parlamento, un laborista miembro de la Cámara de los Lores y un comunista. La delegación trajo de España pruebas irrefutables de la intervención italo-alemana: bombas de aviación alemanas, paracaídas italianos y otro material de guerra capturado por los republicanos a los sublevados. Estas pruebas materiales fueron presentadas en una Conferencia del Partido Laborista celebrada en Edimburgo en septiembre de 1936.

Más tarde se constituyó el Comité Nacional Unificado de Ayuda a España, que incorporó a sus actividades a sectores más amplios aún de la opinión pública. Lo integraban miembros de todos los partidos políticos, de los sindicatos y de diversos comités y comunidades religiosas. Se eligió para presidirlo a la duquesa de Atholl, perteneciente al Partido Conservador. El Secretariado Unificado del Comité quedó compuesto por tres miembros del Parlamento: un laborista, un liberal y un conservador. Debe señalarse que aunque el Gobierno conservador de Inglaterra apoyó a los facciosos durante toda la guerra, un grupo bastante numeroso de conservadores propugnó la ayuda al Gobierno republicano, guiándose principalmente por el hecho de que la victoria del fascismo en España crearía una seria amenaza a las vías comerciales del Imperio Británico y a sus intereses nacionales.

Para que la unidad de acción en defensa de la República Española alcanzara la mayor amplitud, el Comité Nacional Unificado no exigía de sus miembros una declaración formal de apoyo al Gobierno republicano, sino que basaba su actividad en el principio de prestar ayuda "donde sea más necesaria". Los comunistas, que constituían la minoría en el Comité Nacional y en los comités locales de ayuda, cumplieron lealmente las condiciones de la colaboración. Al mismo tiempo, el Partido Comunista sostuvo una campaña independiente de ayuda política y organizativa a España, al margen de dichos comités y de conformidad con su programa. En esta campaña desempeñó un papel relevante Isabel Brown, de la dirección del Partido Comunista, que poseía brillantes dotes de oradora y gran visión política. Con su labor se había granjeado popularidad y respeto en todo el país.

La acción en defensa del pueblo español fue sostenida, en primer término, por los obreros organizados. Poseían ya experiencia de lucha de calles con las bandas fascistas de Oswald Mosley y sentían alarma por la subida de los nazis al poder en Alemania, por el aniquilamiento de las organizaciones obreras alemanas y por el putsch fascista en Austria. Tenían una clara visión del carácter clasista de la guerra en España y comprendían que las bombas lanzadas sobre Barcelona, Guernica y Málaga eran un ensayo de los futuros bombardeos de las ciudades inglesas.

Al lado de los obreros, en el movimiento de ayuda a España participaron los intelectuales, conscientes de que el fascismo ponía en peligro sus ideales y la cultura en general. Las comunidades religiosas veían en el fascismo una amenaza a la libertad de cultos y, al prestar ayuda a los damnificados, se guiaban por ideas humanitarias. Los líderes laboristas se vieron obligados a tomar parte en el movimiento de ayuda a la España republicana bajo la presión de los militantes de base de su propio partido. Clement Attlee, dirigente del Partido Laborista, saludó a los manifestantes con el puño en alto desde un balcón de la Cámara de los Comunes y a

fines de 1937 visitó en España al Batallón Británico de una Brigada Internacional, a una de cuyas compañías se dio su nombre. Algunos políticos liberales se sumaron al movimiento con el fin de defender la democracia burguesa; los miembros del Partido Conservador, en aras de los intereses comerciales británicos. Los armadores que comerciaban con España formaron un comité, que exigió al Gobierno inglés garantizar la seguridad de los buques británicos en aguas españolas y publicó en *The Times* una protesta contra la política de "No-Intervención", que dificultaba dicho comercio.

En mayo de 1937, después de la destrucción de Guernica, el general faccioso Mola amenazó con barrer de la faz de la tierra la ciudad de Bilbao. El pueblo inglés respondió dando cobijo a cuatro mil niños vascos. Los activistas de las organizaciones sociales transformaron los solares próximos al puerto de Southampton en un campo de tránsito bien equipado, desde el cual los niños eran enviados a guarderías especiales organizadas por los sindicatos, las comunidades religiosas y los comités de ayuda a los niños vascos. En dichas guarderías, las clases se daban en la lengua vernácula y se educaba a los niños en el espíritu de la cultura española, preocupándose de que crecieran fuertes, sanos y libres de temores. Más de 2.000 de estos niños retornaron con posterioridad a España y se reunieron con sus familiares; otros quedaron en Inglaterra y crearon allí sus propios hogares.

Durante toda la guerra española tuvieron lugar en Inglaterra miles de asambleas, grandes manifestaciones populares, mítines y desfiles. Terminada la jornada, los trabajadores de Londres marchaban a Whitehall (residencia del gobierno) reclamando: "Armas para España". En la plaza central de Londres, Piccadilly, los manifestantes interrumpieron el tráfico más de una vez. Se celebraron mítines multitudinarios en la Plaza de Trafalgar, de la capital británica, y en otras ciudades. Algunos sindicatos, como el de impresores, constituyeron organizaciones permanentes, agrupadas en el Movimiento Antifascista de Impresores. Es poco probable que existiera en Inglaterra una ciudad que no tuviese su Comité de Ayuda a España. Algunas ciudades enviaron a la República Española ambulancias adquiridas con el dinero recaudado por la población. Los obreros sin trabajo, que entonces pasaban de dos millones en Inglaterra, compraban con sus míseros recursos leche condensada, recogían ropa y entregaban al pueblo español todo lo que podían economizar.

Fueron reunidos más de dos millones de libras esterlinas, en dinero y en objetos, para el fondo de ayuda al pueblo español. A través de Francia y de los Pirineos se mandaron a España convoyes de víveres y medicamentos. Veintinueve barcos transportaron víveres a los puertos de la República Española. A pesar del bloqueo fascista, los mercantes siguieron haciendo travesías a la España republicana. Merece ser recordado especialmente el capitán Jones

El Comité Británico de Ayuda a España llama a los ingleses a recoger donativos

("Patata"), de Cardiff, que efectuó repetidos viajes, derrochando audacia, a los puertos del norte de España.

Después de caer Cataluña en febrero de 1939, a las pocas horas de llegar a Francia los primeros refugiados españoles quedó constituido en Perpiñán el Comité Británico de Ayuda a España. En junio del mismo año, el buque *Sinaia,* fletado por el Comité Nacional Unificado de Ayuda a España, zarpó para México con 1.200 familias españolas, cuyos miembros se habían encontrado gracias al concurso del Comité de Perpiñán. El Comité Británico de Ayuda a los Refugiados de España, fundado al final de la guerra, apoyó a los españoles que consiguieron llegar a Inglaterra y a los ex combatientes de las Brigadas Internacionales hasta que encontraron trabajo.

El movimiento de solidaridad con el pueblo español fue, indiscutiblemente, el más amplio y omnímodo movimiento de solidaridad internacional conocido en la historia de Inglaterra. Unió a los sectores más diversos de la población en el apoyo a la heroica lucha del pueblo español contra el fascismo.

¿Cómo pudo ocurrir que, a pesar de tan potente campaña en ayuda de la República Española, el Gobierno inglés presidido por Baldwin y después por Chamberlain pudiera seguir, desde el comienzo hasta el fin de la guerra española, una política que aseguró, en fin de cuentas, la victoria militar de Franco?

La parte predominante de la clase que ocupaba el poder en Inglaterra sustentaba posiciones anticomunistas en extremo y pug-

naba por aplicar una política de acuerdos con los dictadores fascistas y de concesiones a éstos, calculando que las fuerzas armadas de la Alemania hitleriana se lanzarían a una "cruzada" en el Este, contra la Unión Soviética. Esta política encontró su expresión más vergonzosa en la traición de Munich a Checoslovaquia y condujo a la infame traición a la República Española. Por su parte, los líderes de derecha del Partido Laborista y del Congreso de las Tradeuniones obstaculizaron el desarrollo, bajo la dirección de la clase obrera, de un movimiento masivo de tal fuerza que obligase a la reacción a retroceder.

Desde los primeros días de guerra, los generales españoles sublevados percibieron el apoyo evidente de las fuerzas reaccionarias inglesas y de la mayoría conservadora del Parlamento. En tales medios eran una rara excepción las personas dispuestas, como la duquesa de Atholl, a desdeñar su carrera política para luchar en defensa de la República Española y de los principios de la justicia.

Los gobiernos de Baldwin y Chamberlain, tratando de estrangular a la República Española con el dogal de la "No-Intervención", proclamaron hipócritamente su "neutralidad". Sin embargo, entre la mayoría gubernamental en el Parlamento hubo diputados que se arrancaron la hoja de parra de la "neutralidad" y proclamaron abiertamente su apoyo total a Franco. Por ejemplo, sir Henry Page Croft declaró el 23 de marzo de 1938: "Considero al general Franco un valiente caballero cristiano y creo en su palabra". El capitán Victor Kazalet llamó al general Franco "líder de nuestra causa", y sir Arnold Wilson exclamó: "¡Ruego a Dios que Franco gane la guerra en España, y cuanto antes, mejor!"

Podrían citarse muchísimos ejemplos de la profunda devoción de los conservadores por Franco, el "valiente caballero cristiano" que anegó en sangre España. A eso precisamente se refería Churchill al escribir a fines de 1938: "Nada afianzó tanto la influencia del primer ministro (es decir, Chamberlain. — *N. de la Red.*) entre las clases pudientes como la fe en su actitud amistosa respecto al general Franco y a la causa de los nacionalistas (de los sublevados. — *N. de la Red.*) en España"[1].

Las simpatías por Franco, Hitler y Mussolini se conjugaban, como es natural, con el odio fanático a la Unión Soviética. Poco después de empezar la guerra de España, Baldwin dio las siguientes instrucciones al secretario del Foreign Office, Eden: "No debemos permitir ni a los franceses ni a nadie que nos arrastren a un conflicto al lado de los rusos".

Es evidente que para Baldwin (como para el general Franco), el Gobierno de la República Española, compuesto entonces de republicanos demócratas burgueses moderados, era "rojo", y la nega-

[1] W. Churchill. *Step by step (1936-1939).* New York, 1939, p. 312.

tiva de Manuel Azaña y José Giral a permitir que el país fuese sojuzgado por el fascismo se consideraba como sinónimo de "intrigas de los rusos". La derrota de la democracia española era para los medios gobernantes de Inglaterra el único resultado deseable de la guerra de España. Y veían un medio seguro para conseguirlo en la política de "No-Intervención", que encubría sus verdaderos fines. Esta supuesta neutralidad fue presentada al pueblo inglés como una política de paz, la renuncia a la cual conduciría infaliblemente a la guerra en Europa. Esgrimiendo el argumento de "la paz en nuestro tiempo", los medios gobernantes de Inglaterra consiguieron sofocar la protesta del pueblo contra la intervención de Italia y Alemania en España, contra el hundimiento de buques mercantes ingleses que transportaban víveres y mercancías a la España republicana, contra la creciente amenaza a las comunicaciones británicas en el Mediterráneo y contra los actos del Gobierno del Reino Unido en favor de Franco, más descarados cada día a medida que se acercaba el desenlace de la guerra española.

La política de protección del fascismo seguida por el Gobierno inglés no encontró una enérgica resistencia entre la oposición parlamentaria, representada por el Partido Laborista.

Los líderes de derecha del Partido Laborista y del Congreso de las Tradeuniones estaban ocupados, sobre todo, en atizar la lucha contra el ala izquierda del movimiento obrero británico, especialmente contra el Partido Comunista, y no en movilizar al pueblo inglés para acciones enérgicas en apoyo de la República Española. La propia idea de esas acciones les era odiosa. Por eso expulsaron inmediatamente de su partido a la Liga Socialista, que agrupaba a los laboristas de izquierda, en cuanto esta organización publicó, junto con el Partido Laborista Independiente y el Partido Comunista, el plan de una campaña conjunta en apoyo de la República Española.

Se estableció una original colaboración de los líderes de la oposición y del gobierno. El Gobierno conservador de Gran Bretaña empujó a Francia a proseguir la política de "No-Intervención", y los laboristas de derecha justificaron su apoyo a esta política aduciendo el ejemplo del Gobierno francés, presidido por "el socialista probado" León Blum. Citrine, secretario general de las Tradeuniones británicas, trató de intimidar en 1936 a los delegados al Congreso de esta central sindical con la amenaza de una guerra europea, que estallaría, según él, si se facilitaba al Gobierno español las armas que necesitaba. Se trataba de una argumentación falaz, pues la Alemania hitleriana no estaba entonces preparada en absoluto para la guerra. Pero semejante demagogia fue empleada también en gran escala por el Gobierno Chamberlain.

Unicamente el 27 de julio de 1937, el Consejo Nacional del Trabajo (integrado por el Partido Laborista, el Congreso de las Tradeuniones y el Movimiento Cooperativista) se apartó, por fin,

de la política de "No-Intervención". Pero incluso después de eso, todas las propuestas de acciones de masas en apoyo de la República Española —huelgas, negativa a transportar mercancías destinadas a los franquistas, etc.— fueron rechazadas invariablemente por los líderes de derecha como 'impracticables".

En mayo de 1939, poco después de terminar la guerra de España, el Partido Laborista celebró su Conferencia anual. En ella, los delegados calificaron como se merecía esta política de los dirigentes derechistas del Partido Laborista, que era, en esencia, una política de traición a la democracia española. Al discutirse el proyecto de resolución presentado por el Comité Ejecutivo, en el que se expresaba hipócritamente "la admiración eterna por el heroísmo del pueblo español" y se condenaba al Gobierno británico por su ayuda a los rebeldes, el delegado J. Poole declaró: "Los que hemos estado vinculados a la lucha de España durante los dos años y medio últimos no podemos permitir que la conciencia del partido se tranquilice o que el recuerdo de los sacrificios del pueblo español sea sólo un párrafo formal en la resolución del Comité Ejecutivo". Sybil Wingate habló con mayor severidad aún: "Lord Halifax afirmaba recientemente que en las manos del gobierno no hay sangre española... Sabemos lo que representa ese Poncio Pilatos. Pero ¿qué podemos decir de nosotros mismos, de nuestro movimiento, de nuestro Comité Ejecutivo Nacional, cuya traición en el primer año (de la guerra de España. — *N. de la Red.*) y cuya tozuda negativa posterior a emprender acciones eficaces nos han hecho perder importantísimas posiciones en la lucha contra el fascismo y han costado la vida a muchos de nuestros mejores y más valientes camaradas?"

El honor del movimiento obrero británico lo salvaron los ingleses que marcharon a España para, junto con sus hermanos y hermanas españoles, pelear contra el fascismo.

De los 2.000 voluntarios británicos (entre los que predominaban los comunistas y los miembros del Partido Laborista), el 80% eran representantes de la clase obrera.

La primera vida inglesa inmolada por la libertad de España fue la de la joven pintora Felicia Browne. Cuando comenzó la sublevación se encontraba en Barcelona, adonde había ido para participar en la Olimpiada Popular. Se enroló inmediatamente en las Milicias Populares y murió el 25 de agosto de 1936, en el Frente de Aragón, al salvar al voluntario italiano Paolo Comida, herido en un combate nocturno.

Dos jóvenes obreros de la industria de confecciones londinense —Sam Masters y Nat Cohen— iniciaron la organización de un grupo de voluntarios ingleses. Estaban de vacaciones en Francia y, al tener noticias de la sublevación, cruzaron la frontera española. En Barcelona formaron, con otros voluntarios ingleses, la Centuria Tom Mann. Cuando supieron que el punto de concentración de

los voluntarios internacionales era Albacete, este grupo, compuesto de 18 hombres, se trasladó allí y fue incluido en el Batallón Thaelmann. Otros 12 voluntarios ingleses, llegados para entonces a Albacete, formaron un grupo de ametralladoras, siendo destinados a un batallón francés. Los dos grupos ingleses participaron en la defensa de Madrid.

Entretanto, en Inglaterra se exhortó a organizar un batallón británico y centenares de voluntarios expresaron el deseo de enrolarse en él. En esta campaña desempeñó un importante papel organizador el Secretario General del Partido Comunista de Gran Bretaña, Harry Pollitt. El reclutamiento de voluntarios se efectuó, más o menos públicamente, hasta el 9 de enero de 1937, día en que el Gobierno británico acordó hacer extensiva a España una ley de 1870, que prohibía el alistamiento en ejércitos extranjeros, y amenazó a sus infractores con dos años de cárcel o una multa y, a veces, con ambas cosas. Las dificultades aumentaron cuando el Comité de No-Intervención acordó, el 20 de febrero, prohibir la salida de voluntarios para España y establecer un sistema de control en la frontera franco-española. Pero estos obstáculos no hicieron más que acrecentar la decisión de los antifascistas ingleses. Un medio que permitía burlar la ley era la posibilidad de pasar el fin de semana en París sin pasaporte. Transformados en "turistas", los voluntarios ingleses partían sin dificultades para Francia y desde allí, con ayuda de una organización magníficamente montada por los camaradas franceses, cruzaban a pie los Pirineos o llegaban a España por mar, a veces en barcas de pescadores.

Durante noviembre y diciembre de 1936, cerca de 500 ingleses llegaron a Madrigueras (cerca de Albacete), donde se alojaban los voluntarios de Gran Bretaña y de otros países que hablaban inglés: irlandeses, canadienses, cubanos, chipriotas, etc. Debe recordarse que entonces no existía en Inglaterra el servicio militar obligatorio. Por eso, sólo muy pocos voluntarios, principalmente veteranos de la primera guerra mundial, tenían preparación militar o experiencia de combate. Fue a ellos a quienes se encargó enseñar el arte militar a sus camaradas más jóvenes.

A fines de diciembre, el Alto Mando del Ejército Republicano ordenó a la base de Albacete que formara rápidamente una nueva Brigada Internacional y la enviase al Frente Sur para rechazar la ofensiva de los facciosos, que habían roto la línea de defensa de las Milicias Populares en el sector de Córdoba-Andújar. La nueva Brigada Internacional, la 14ª, se organizó en unos cuantos días. El primero de sus batallones que llegó al frente, el 24 de diciembre de 1936, fue el Batallón Marsellesa. Formaba parte de él una compañía de 145 hombres, en su mayoría voluntarios ingleses. La mandaba George Nathan, capitán retirado del ejército británico, y su comisario era Ralph Fox, escritor, periodista e historiador comunista. La 14ª Brigada, junto con las unidades españolas lle-

gadas para tapar la brecha fascista, cumplió la misión encomendada por el Mando. En los tenaces combates, los batallones de la brigada perdieron muchos hombres valerosos. Ralph Fox murió encabezando un contraataque cerca de Lopera. En ese mismo combate, librado los días 28 y 29 de diciembre, cayeron como héroes: Lorrimer Birch, científico graduado en la Universidad de Oxford; John Cornford, graduado en la Universidad de Cambridge, comunista, líder estudiantil y poeta muy prometedor; Joe Gough, obrero sin trabajo de Luten; "Tich", ex sargento del ejército británico; McLaurin, natural de Nueva Zelanda, llegado a España de Inglaterra, y otros.

Después de casi un mes de combates en el Frente Sur, y luego en el de Madrid, la compañía —en la que quedaban, en total, 67 hombres— volvió a Madrigueras, donde se instruían y formaban las nuevas unidades de voluntarios.

A fines de enero de 1937 quedó terminada la organización del Batallón Británico, en la que desempeñaron un papel primordial D. F. Springhall, su comisario, y Peter Kerrigan, que le sustituyó más tarde en este cargo. En las cuatro compañías y unidades auxiliares del batallón había 600 hombres. Junto con los batallones Franco-Belga, Dimitrov (eslavo) y Norteamericano, fue incorporado a la 15ª Brigada Internacional, que acababa de formarse y que entró en combate en la batalla del Jarama.

El Batallón Británico recibió su bautismo de fuego los días 12, 13 y 14 de febrero de 1937. Tomó posiciones en unas alturas delante de Morata de Tajuña y rechazó los ataques de unidades facciosas seleccionadas —infantería mora y mercenarios de la Legión Extranjera—, que asestaban el golpe principl en dicha dirección. Después de un duro y sangriento combate, al amanecer del segundo día de lucha, en el batallón quedaban sólo 225 hombres. En la primera mitad de aquella jornada, el batallón rechazó otro ataque de los fascistas; pero los moros rompieron más tarde el frente en su flanco derecho e hicieron prisionera a toda la Compañía de Ametralladoras. Poco después fue gravemente herido el jefe del batallón, Tom Wintringham. Los combatientes se replegaron a una nueva línea de defensa. Al amanecer del tercer día, a pesar de estar hambrientos y extenuados, siguieron defendiéndola tenazmente al mando del escocés Jack Cunningham, que se había escapado del hospital encontrándose herido.

Los moros pasaron súbitamente al ataque apoyados por tanques. Los ingleses, formando pequeños grupos, continuaron el combate, aunque carecían de armas antitanque y de bombas de mano. Pero al observar que los carros enemigos habían aparecido ya en su flanco, empezaron a replegarse. Sin embargo, se repusieron del desconcierto y se logró parar la retirada. Los 140 combatientes supervivientes, con Cunningham al frente, restablecieron la anterior línea de defensa. Al terminar la jornada, el batallón, que sólo

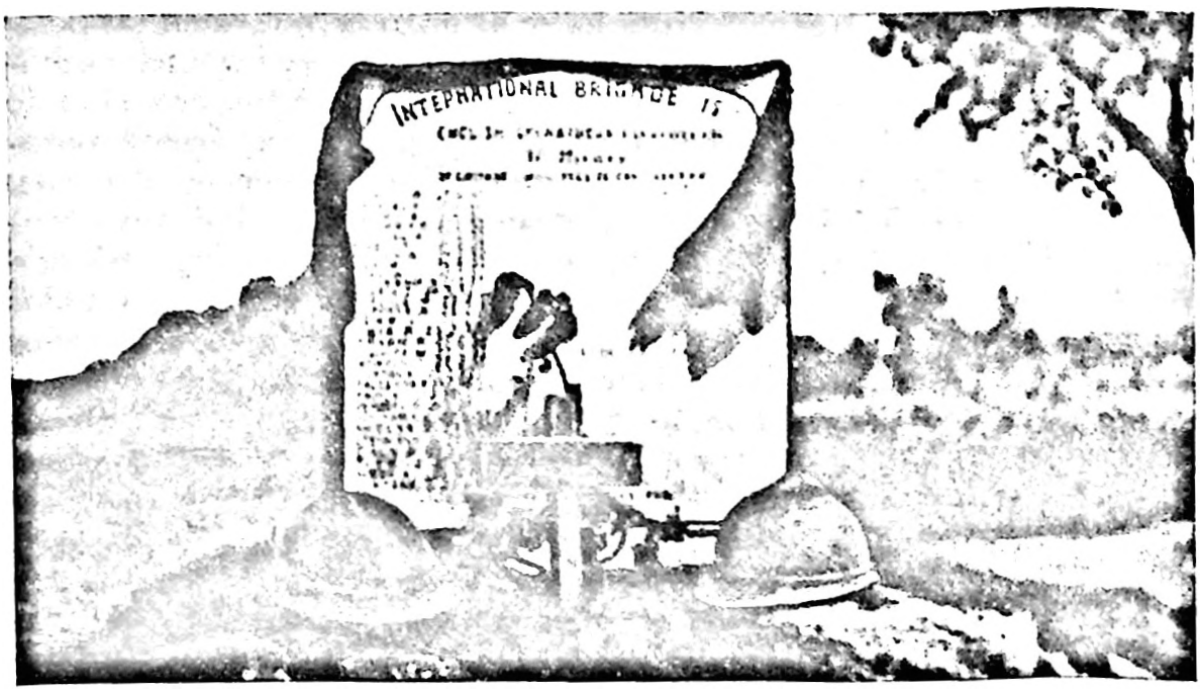
unas horas antes parecía derrotado, se afianzó de nuevo en las posiciones reconquistadas. En los días posteriores, los ingleses rechazaron repetidos ataques de los fascistas y el 27 de febrero, cuando las tropas republicanas atacaron al enemigo en todo el frente, pasaron a la ofensiva. La lucha terminó en un combate cuerpo a cuerpo.

El Batallón Británico, y especialmente su oficialidad, tuvo muchas bajas en la batalla del Jarama. El primer día quedó privado de dos tercios de sus jefes y comisarios, y al día siguiente, de todos los demás. Los muertos y heridos fueron sustituidos por soldados rasos, promovidos a jefes. Briskey, uno de los activistas más competentes y modestos del movimiento obrero inglés, fue ascendido a jefe de compañía. Bajo su dirección, la compañía mantuvo durante todo el 12 de febrero una posición no fortificada. Briskey murió como él quería morir: peleando al lado de sus camaradas. Ken Stalker, que asumió el mando de la compañía en lo más álgido de la batalla, cayó también en su puesto de combate sin dar ni un paso atrás. Clem Beckett, famoso en Inglaterra como corredor de "dirt-track", combatió en un grupo que hizo frente durante varias horas a fuerzas enemigas superiores en número y pereció junto con C. St. John Sprigg (el escritor marxista Christopher Caudwell).

En los primeros días de combates cayeron Jim Wash, de Birkenhead; Leonard Bibby, de Liverpool, y Clifford Lawther, de Durham. George Bright resultó muerto cuando llevaba munición a la primera línea bajo el fuego enemigo. Entre los voluntarios ingleses gozaba de gran popularidad el londinense Ralph Campeau, comisario de la 1ª Compañía, que poseía grandes dotes de organizador. El 12 de febrero, en plena batalla, infundiendo ánimos a los combatientes, cantó la canción obrera *Joven Guardia*. Gravemente herido por una ráfaga de ametralladora, Ralph Campeau falleció varios días después. El londinense M. Davidovitch dio también pruebas de gran valentía aquel terrible 12 de febrero. El y sus hombres sacaban heridos por unas escarpas al descubierto, bajo el fuego enemigo. Al ser mortalmente herido, dijo a los camilleros que le dejaran y ayudasen a los que todavía podían ser salvados.

El batallón, como toda la 15ª Brigada Internacional, pasó en marzo a la guerra de posiciones, que duró hasta el 17 de junio. Luego fue retirado del Jarama para tomar parte en la gran ofensiva de Brunete.

En el mismo mes de marzo se formó la 1ª Sección de la Compañía Anglo-Norteamericana, integrada por nuevos voluntarios ingleses y combatientes repuestos de las heridas recibidas en los frentes de Córdoba y de Madrid. Pertenecieron a ella cerca de cuarenta ingleses e irlandeses al mando del teniente irlandés Paddy O'Daire. Esta compañía, incorporada al 20° Batallón Internacional de la 86ª Brigada Mixta española, participó en la defensa de Pozoblanco, en el Frente Sur. Después de permanecer allí cuatro meses se fusionó con la 15ª Brigada Internacional.



Una tumba de voluntarios ingleses caídos en los combates del Jarama en febrero de 1937

Del 9 al 18 de julio, el Batallón Británico se encontró en el centro de la batalla de Brunete. El comandante George Nathan fue jefe de operaciones del Estado Mayor de la 15ª Brigada Internacional. Jack Cunningham mandó tres de los seis batallones de la brigada. El 6 de julio se ordenó al Batallón Británico, a cuyo frente se encontraba Fred Copeman, salir a los accesos meridionales de Villanueva de la Cañada para cortar la carretera de Brunete. Los fascistas, tratando de romper el cerco, utilizaron como protección a las mujeres y los niños. Quienes presenciaron eso jamás lo olvidarán.

El batallón participó en la batalla ocho días consecutivos y tuvo grandes pérdidas. Murieron muchos jefes de unidades, entre ellos, George Nathan; el comunista Bob Elliot, consejero municipal de Durham; Bill Meredith, uno de los héroes del Jarama; Alex McDade, de Glasgow, autor de la letra de la canción *El Jarama,* que se convirtió en himno del batallón, y George Brown, dirigente comunista de Manchester. El jefe del batallón, Fred Copeman, y su comisario, Bert Williams, se vieron obligados a abandonar la primera línea por enfermedad, sustituyéndoles Joe Hinks y Walter Tapsell, respectivamente. Malcolm Dunbar, jefe de una batería antitanque recién formada, resultó herido, ocupando su puesto Hugh Slater.

En el *Libro sobre la XU Brigada,* publicado en Madrid en 1937, Slater describe el siguiente episodio, ocurrido durante la tercera jornada de la operación de Brunete: "Malcolm Dunbar y yo regresábamos de la posición en que se encontraba el cañón más

alejado. Al acercarnos a nuestra base vimos que era bombardeada furiosamente. El estruendo de las explosiones —estallaban los cajones de munición— se fundía con el silbido de las balas enemigas. Junto al blindaje de Cunningham y alrededor de los cañones ardía la hierba. El lugar recordaba el infierno... A través del humo se divisaban cuatro o cinco sombras grises en movimiento. Parecían fantasmas. Costaba trabajo creer que hubiese aún hombres en medio del fuego y de las explosiones de las bombas y municiones... Los combatientes de la batería golpeaban con mantas la hierba en llamas. Con su pasmosa valentía impidieron que continuara la destrucción de proyectiles y cañones. Entre los servidores de nuestra batería antitanque, que daban pruebas de tanto heroísmo, se encontraban Arthur Nicholl, de Dundee; Geoffrey Mildwater, de Finchley; Otto Estensen, de Ormsby; Jimmy Arthur, de Edimburgo; Jack Black, de Dover, y Cooperman, del Estado Mayor de la brigada. Black, ayudante de nuestro jefe, resultó muerto después de haber sacado dos veces del depósito cajas de proyectiles... Este episodio fue una de las innumerables acciones heroicas de aquellos días..."

El 22 de julio, los ingleses recibieron la orden de mantener una posición clave en la línea del frente al sur de Villafranca, en el punto en que torcía al oeste, hacia Brunete. Dos días más tarde se le ordenó replegarse a posiciones defensivas, pero la orden llegó con varias horas de retraso y el batallón siguió peleando cercado. Al anochecer, los 42 combatientes que quedaban en filas de los 300 con que contaba al principio el batallón lograron romper el cerco y ocupar nuevas posiciones defensivas. Al día siguiente, los fascistas intentaron varias veces avanzar, pero el Batallón Norteamericano los rechazó a sus posiciones de partida. Los contraataques enemigos sólo cesaron el 26 de julio, después de lo cual la 15ª Brigada Internacional fue retirada a la reserva.

Tras un breve descanso en el pueblo de Mondéjar, el Batallón Británico mandado por Paddy O'Daire y su adjunto, Arthur Ollerenshaw (ex piloto de las Reales Fuerzas Aéreas), participó en la ofensiva contra la ciudad de Quinto, en el Frente de Aragón. Luego se le encomendó la misión de defender Mediana, diez millas al norte de Belchite, para contener a las unidades fascistas que trataban de acudir en ayuda de la ciudad, sitiada por las tropas republicanas. Después de la toma de Belchite, el jefe de la 35ª División, general Walter (Karol Swierczewski), señaló que "en esta operación, el Batallón Británico ha cumplido plenamente su misión, dando pruebas de valentía en repetidas ocasiones, y ha continuado su gloriosa tradición". Entre los documentos de la 15ª Brigada Internacional figura una copia del telegrama remitido por el jefe del Frente del Este al general Walter: "Envío mis más entusiásticas felicitaciones a los jefes, oficiales, suboficiales y soldados de vuestra valiente División, y especialmente a usted y a las Brigadas Inter-

nacionales 11ª y 15ª por su heroísmo y combatividad en la brillante acción de la toma de Quinto". En el telegrama se subrayaba que había sido "un episodio de gran importancia para el triunfo de nuestra causa".

Terminada la operación, el batallón fue retirado temporalmente a la retaguardia, pero en octubre volvió de nuevo al frente en el sector de Fuentes de Ebro. En el ataque a las posiciones enemigas, sólidamente fortificadas, participaron todos los batallones de la 15ª Brigada Internacional. Pero la misión de mayor responsabilidad la cumplieron el Batallón Mackenzie-Papineau (canadiense) y parte de un batallón español que actuaba como unidad de asalto sobre tanques. Los ingleses perdieron allí a su jefe, Harold Fry, y al comisario Eric Whaley, que acababa de llegar de Inglaterra.

A fines de octubre, la 15ª Brigada Internacional regresó a la zona de Madrid para reorganizarse y aumentar su preparación militar y política. El Batallón Británico recibió de Inglaterra una bandera ricamente bordada, que fue entregada con toda solemnidad al jefe de la 15ª Brigada durante una parada especial, en presencia del alcalde de Mondéjar. En diciembre, los combatientes del batallón fueron visitados por Arthur Horner, con posterioridad Secretario General del Sindicato de Mineros del País de Gales y de la Federación de Mineros de Gran Bretaña, y por Harry Pollitt, Secretario General del Partido Comunista. El dirigente de los comunistas ingleses estuvo también en todos los hospitales y casas de convalecencia en que había compatriotas suyos.

Las tropas republicanas tomaron Teruel el 22 de diciembre de 1937. En los primeros días de enero de 1938, las tropas franquistas pasaron al contraataque en los accesos de esta ciudad. Y comenzó una nueva etapa, que duró tres meses, del camino de lucha recorrido por el Batallón Británico, al mando entonces de Bill Alexander y del comisario político Walter Tapsell. Este camino está jalonado de gloriosas y heroicas hazañas, en el curso de las cuales cayeron valientemente cerca de 200 camaradas.

A mediados de enero, el Estado Mayor de la 15ª Brigada Internacional fue trasladado de debajo de un puente ferroviario (varios kilómetros al nordeste de Teruel) a la propia ciudad. En previsión de contraataques fascistas, cuatro batallones tomaron posiciones en un ancho frente. Uno de esos contraataques comenzó en la madrugada del 19 de enero. Los voluntarios ingleses, junto con un batallón español y otro canadiense, rechazaron el intento de los fascistas de avanzar por el valle que lleva a Teruel y tomar la ciudad. En la tarde del 20 de enero, el comandante del V Cuerpo de Ejército, Juan Modesto, destacó en una orden del día especial al Batallón Británico por la firmeza demostrada en la lucha. Su jefe, Bill Alexander, fue ascendido a capitán.

La 15ª Brigada Internacional atacó en febrero a los fascistas en las alturas de Segura de los Baños. "En estos combates —escribió

el jefe de la 35ª División, general Walter— se distinguió la 15ª Brigada... Como resultado de esta operación hicimos prisionera a toda una compañía, con su capitán al frente, y nos apoderamos de nueve ametralladoras, tres morteros y más de cien fusiles. Al día siguiente, 16 de febrero, la 15ª Brigada Internacional causó también grandes pérdidas a dos banderas (batallones. — *N. de la Red.*) fascistas de refresco, que contraatacaban sus posiciones"[2]. El Batallón Británico, que actuó con éxito, volvió a ser elogiado en una orden por el jefe del Cuerpo de Ejército. En aquella ocasión, las pérdidas no fueron tan considerables, debido a la creciente madurez del Mando y a la mejor preparación de los combatientes para la operación. Durante ella, Bill Alexander recibió heridas tan graves que quedó inválido y en julio fue preciso enviarlo a Inglaterra. Pasó a mandar el batallón Sam Wild, antiguo marino de la flota real.

El Batallón Británico y toda la 15ª Brigada Internacional hubieron de afrontar duras pruebas en marzo y abril de 1938, durante la ruptura en masa del Frente de Aragón por los fascistas y la retirada desordenada de las tropas republicanas. En cuanto se recibieron las primeras noticias sobre la ofensiva del enemigo, la 15ª Brigada, cumpliendo órdenes del Mando de la división, salió para la primera línea, sin saber que las unidades que la defendían se habían retirado ya.

En la madrugada del 10 de marzo, el batallón, avanzando en orden de marcha hacia Belchite, entró en un olivar a dos kilómetros al norte de la ciudad y se encontró inesperadamente con el enemigo. Cayó bajo un intenso fuego de artillería y ametralladora, pero, a pesar de las muchas bajas, se mantuvo tenazmente. Sam Wild ordenó a las compañías que se replegaran hacia la carretera, cubriendo por turno la retirada. Al pasar por la ciudad desierta, los ingleses ocuparon cinco veces posiciones defensivas y continuaron el combate. Los últimos que abandonaron la ciudad al final de la jornada fueron 90 voluntarios ingleses, que opusieron tenaz resistencia a los fascistas y les causaron pérdidas considerables.

El 11 de marzo de 1938, el batallón quedó casi cercado al replegarse, y sólo después de una marcha forzada durante la noche consiguió salir del anillo enemigo y unirse al Estado Mayor de la brigada en Vinaceite. El día 15, librando duros combates de retaguardia, se acercó a la ciudad de Caspe. La táctica del enemigo de infiltrarse en la retaguardia de las tropas republicanas hacía difícil distinguir a propios y ajenos. A consecuencia de ello, el jefe del batallón, Sam Wild, y tres voluntarios más fueron hechos prisioneros. Sin embargo, lograron escapar atacando por sorpresa a su escolta, para lo cual uno de los voluntarios empleó como rompeca-

---

[2] Revista *Archivo Histórico*, ed. en ruso, 1962, N° 2, pág. 175.

bezas una lata de conservas. El jefe del batallón recibió la orden de ocupar una posición en las afueras de la ciudad y la cumplió. Pero aquella misma noche, la posición fue rodeada por los fascistas, y los ingleses tuvieron nuevamente que romper el cerco enemigo, atrincherándose cada vez en una nueva línea y manteniéndola hasta recibir la orden de retirada. Sam Wild fue ascendido a capitán por su comportamiento en estos combates.

En la mañana del 31 de marzo de 1938, el Batallón Británico, al marchar hacia el frente a través de Calaceite, cayó en una emboscada. Se entabló un encarnizado combate, durante el cual fueron averiados varios tanques enemigos. Aquella mañana cayeron prisioneros 140 hombres, incluido el comisario del batallón, Walter Tapsell, que fue fusilado por los fascistas.

Después de un encarnizado combate, que duró todo el día siguiente y en el cual resultaron muertos o heridos otros 150 hombres, el Batallón Británico fue reorganizado bajo la dirección del capitán Malcolm Dunbar y del comisario Bob Cooney. Cruzó bajo un intenso fuego enemigo varios desfiladeros, se hizo fuerte en unas cotas que dominaban las carreteras de Tortosa y Mora de Ebro y durante doce horas contuvo el avance de una gran columna fascista, dando así a las unidades republicanas el tiempo necesario para volar un puente sobre el Ebro. Al anochecer, esta posición había perdido ya su importancia; por eso, en la madrugada del día siguiente, los ingleses cruzaron el río en pequeñas barcas y se unieron a su división.

Durante las ocho semanas siguientes, el enemigo dirigió el golpe principal hacia el sur, en dirección a Valencia, y en el Ebro reinó la calma. Este tiempo fue aprovechado para reagrupar las unidades republicanas y preparar el paso del Ebro. La visita que hicieron entonces al batallón Jawaharlal Nehru y Krishna Menon infundió ánimos a los voluntarios.

A media noche del 25 de julio, el batallón recibió la orden, tanto tiempo esperada, de cruzar el Ebro. Comenzó la gran ofensiva de las tropas republicanas.

La 15ª Brigada Internacional pasó el río junto a Mora de Ebro. Inmediatamente después de las unidades españolas de otras brigadas, que neutralizaron en su camino todos los focos de resistencia, se puso en marcha el batallón canadiense. Y tras él, los ingleses cruzaron el río en barcas y por un puente de pontones. Avanzando arrolladoramente en dirección a Corbera, atacaron al anochecer las alturas ocupadas por los marroquíes al sur de la ciudad. En un combate nocturno, los moros fueron desalojados de sus posiciones, lo cual facilitó las operaciones de la Brigada Dombrowski, que tomó por asalto Corbera.

El Batallón Británico dio pruebas de gran firmeza en el combate por una cota que protegía Gandesa y se ganó el título de "Batallón de Choque". Era una posición sólidamente fortificada, co-

nocida con la denominación de cota 481. Los ingleses e irlandeses la atacaron durante cinco días, en cooperación con los voluntarios canadienses y norteamericanos y con las unidades españolas del V Cuerpo de Ejército. El 1 de agosto se lanzaron al asalto final y más encarnizado, que duró doce horas. Parte de los combatientes llegaron a veinte metros de las posiciones fascistas, pero fueron barridos con fuego cruzado desde tres lados: desde la cima de la cota, desde Gandesa y desde el valle del flanco derecho. A las diez de la noche se ordenó a los atacantes que se atrincherasen, aunque estaban dispuestos a lanzarse a un nuevo ataque.

En la noche del 5 de agosto, después de trece días de combates ininterrumpidos, el batallón fue retirado a la reserva. Mas ocho días después entró de nuevo en fuego en la famosa cota 666, en la Sierra de Pandols, rechazando los ataques del enemigo. En estos combates resultó herido en un brazo el jefe del batallón, Sam Wild, pero se negó a abandonar la primera línea. Por su acertada dirección del combate fue condecorado con la Medalla del Valor y antes de salir de España, ascendido a comandante.

El batallón fue retirado a descansar el 26 de agosto, pero el 6 de septiembre volvió al combate, cumpliendo misiones de unidad de choque en todas partes donde era necesario. El 22 de septiembre, la 15ª Brigada recibió orden de relevar en la primera línea a la 13ª Brigada Internacional. En aquellos días se supo que el Gobierno republicano había decidido retirar del frente las Brigadas Internacionales. El último combate en que participó el batallón en el Ebro fue tan encarnizado como el primero que librara en el Jarama en febrero de 1937.

En la tarde del 23 de septiembre de 1938, los voluntarios ingleses cruzaron por última vez el Ebro: esta vez, para separarse de sus compañeros de armas —los combatientes del Ejército Republicano— y regresar a Inglaterra. Sus filas habían clareado considerablemente. Entre los caídos durante el último combate figuran los oficiales y comisarios Harry Dobson, Lewis Clive, David Guest, Morris Miller, Jack Nalty y Liam McGregor. Los voluntarios ingleses abandonaron el frente sabiendo que habían preparado a numerosos jóvenes combatientes españoles para que ocuparan su puesto. Hacía ya mucho que el Batallón Británico, como las demás unidades internacionales, se completaba con españoles, y en los últimos tiempos, la 15ª Brigada Internacional fue mandada por un oficial español.

Pero las operaciones militares no terminaron para todos los voluntarios. El personal médico inglés continuó la lucha por salvar la vida de los combatientes del Ejército Popular heridos y enfermos. Algunos voluntarios ingleses prosiguieron su noble labor en los campos de concentración franceses en que fueron internados los combatientes del Ejército Popular y de las Brigadas Internacionales después de la retirada de Cataluña. En total, en la guerra

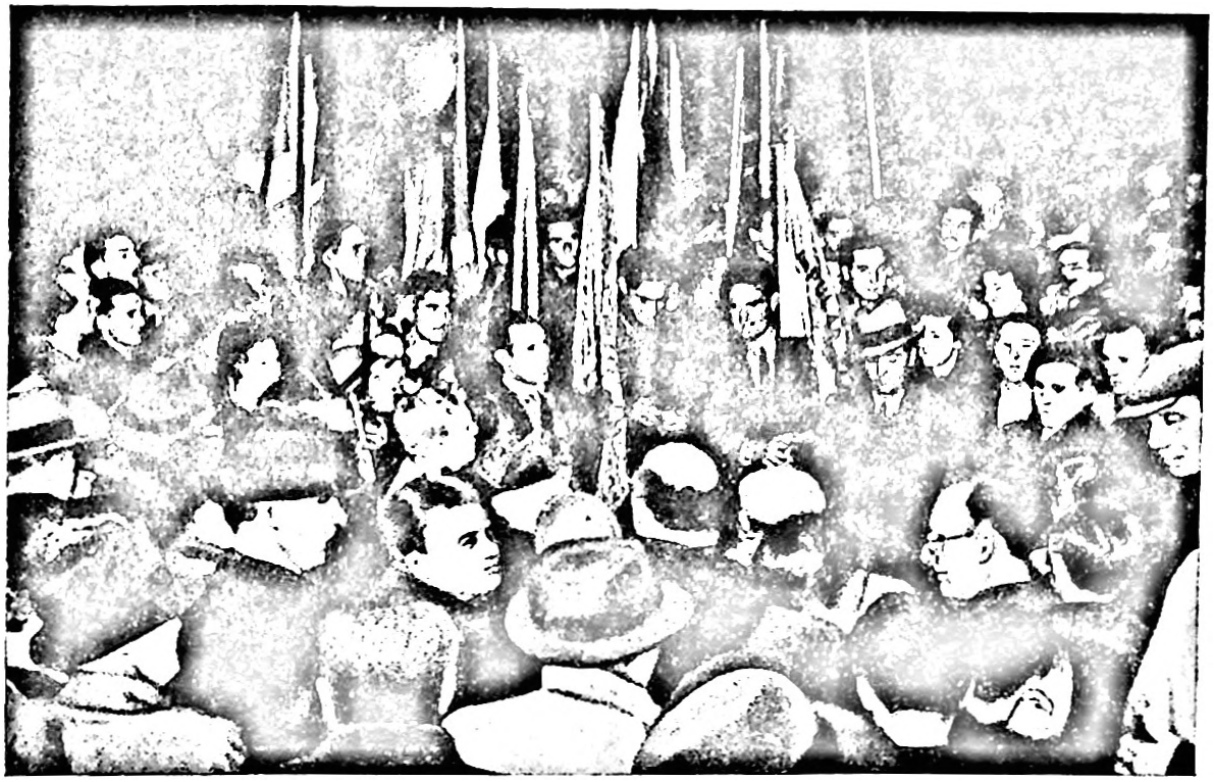
española tomaron parte once médicos ingleses (uno de ellos, el doctor Sollenberger, murió durante los combates por Brunete), 29 enfermeras, 35 chóferes y otro personal auxiliar. Sirvieron en las unidades del frente, en dos hospitales base en Huete y Uclés y en un hospital de convalecientes en Valdeganga, costeados con los donativos recogidos en Inglaterra.

El doctor R. S. Saxton, que continuó la labor iniciada por el doctor canadiense Norman Bethune con el servicio móvil de transfusión de sangre, salvó la vida de muchos combatientes. Se acreditó como un enérgico organizador el doctor L. Crome, médico-jefe de la 35ª División. Las enfermeras inglesas se granjearon gran estimación por su magnífica preparación profesional, su valentía y su fidelidad a la misión encomendada y al deber. Es digno de mención especial el grupo de excelentes mecánicos encabezado por Harry Evans, cuyo trabajo de reparación y arreglo de ambulancias y otros vehículos averiados reportó gran provecho al servicio de Sanidad.

Los voluntarios ingleses participaron en el inolvidable desfile de despedida de las Brigadas Internacionales en Barcelona. El regreso del Batallón Británico a Londres se demoró hasta el 7 de diciembre de 1938 a causa de las dificultades puestas por los gobiernos inglés y francés. En la Estación Victoria, de Londres, el batallón fue recibido por una gran multitud, que rompió los cordones policíacos enviados "para mantener el orden". En el mitin pronunciaron discursos de bienvenida Clement Attlee, sir Stafford Cripps, Tom Mann, líder sindical; William Gallacher, diputado comunista al Parlamento y presidente de la Federación de Mineros, y Will Lawther, cuyo hermano murió en España. Sam Wild dijo en su discurso de respuesta: "Cumpliremos la promesa que hemos hecho al pueblo español antes de salir de allí de que continuaremos en Inglaterra la lucha por España".

Nada más regresar a su patria los voluntarios ingleses, se constituyó la Asociación de la Brigada Internacional, que desde entonces no ha interrumpido su actividad. No tuvo que ocuparse de atender a los inválidos de guerra y a las familias de los caídos en España, pues de ello se encargó el Comité de Ayuda a la Brigada Internacional, fundado en junio de 1937 y que disponía de un fondo de 50.000 libras esterlinas.

La Asociación se sumó a la lucha política orientada a continuar la ayuda a la República Española. Sus miembros hablaron en actos celebrados en todo el país en defensa del pueblo español y recaudaron fondos para seguir ayudándole. Además, la Asociación organizó fondos de ayuda a sus ex compañeros de armas de otros países, privados por sus gobiernos reaccionarios de la posibilidad de regresar a la patria e internados en los campos de concentración del sur de Francia o hechos prisioneros y encarcelados en la España fascista.



Recibimiento de los combatientes ingleses de las Brigadas Internacionales en la Estación Victoria, de Londres, en 1938

Al empezar la segunda guerra mundial, la Asociación hizo una enérgica campaña pro liberación de los voluntarios internacionales que se encontraban en las cárceles y campos de concentración de Francia y del Norte de Africa. Una importante etapa de esta campaña después de ser ocupada Francia por la Alemania hitleriana fue la recogida de centenares de firmas de conocidas personalidades sociales en defensa de Franz Dahlem, Heinrich Rau y Luigi Longo. La Asociación celebró en Londres una Conferencia de representantes de gobiernos exiliados de los países ocupados por los nazis para incitarles a exigir a las autoridades franquistas la liberación de sus compatriotas recluidos en las cárceles y campos de concentración, a fin de que pudiesen participar en la guerra contra el fascismo.

La inmensa mayoría de los voluntarios ingleses de las Brigadas Internacionales pelearon en los frentes de la segunda guerra mundial, la cual fue para ellos la continuación de la lucha antifascista en España. Algunos, entre los que figuraban destacados luchadores antifascistas, cayeron en el campo de batalla. La hostilidad del Mando militar impidió que una parte de los voluntarios fueran admitidos en el ejército. A muchos de ellos se les negaron los ascensos a que se habían hecho acreedores en los combates.

La Asociación editó una revista semanal, que se titulaba al principio *The Volunteer for Liberty* ("El Voluntario de la Libertad") y, más tarde, *Spain Today* ("España de Hoy"). La revista

publicaba informaciones sobre la lucha antifascista en España y el movimiento de solidaridad con el pueblo español. Vio la luz quince años, pero después dejó de aparecer por falta de medios. La Asociación no cesó la ayuda al pueblo español y a sus dirigentes republicanos. En particular, desplegó una vasta campaña en defensa de figuras tan destacadas como Santiago Alvarez, Sebastián Zapirain y Gregorio López Raimundo, encarcelados por las autoridades franquistas. Recaudó sistemáticamente sumas considerables para retribuir a los abogados ingleses y observadores oficiales en los procesos montados por los franquistas contra los presos políticos españoles. Pero, por desgracia, ni las protestas de la opinión pública ni la presencia de defensores internacionales pudieron impedir el trágico desenlace de procesos como los de Julián Grimau y otros.

Apoyándose principalmente en los sindicatos y en el movimiento obrero de Inglaterra, la Asociación de la Brigada Internacional ha respaldado y respalda la lucha del pueblo español por su libertad.

Bajo la dirección de cuatro secretarios sucesivos —Bill Rowe, Jack Brent, Alec Digges y Nan Green—, la Asociación ha conquistado gran prestigio entre la clase obrera inglesa y todo el pueblo. Publica miles de folletos y hojas, postales y carteles de protesta. Hasta hoy, sus miembros intervienen cada semana en mítines de los sindicatos, en asambleas juveniles y en otras organizaciones. Cuando llegan a Inglaterra representantes de la España franquista —como Castiella, Fraga Iribarne y otros semejantes— se celebran manifestaciones de obreros y tradeunionistas con consignas en defensa de la democracia española y contra Franco y su régimen.

Los ex voluntarios ingleses desempeñan cargos de dirección en numerosas organizaciones sindicales. Los más destacados de ellos —Will Paynter en la Unión Nacional de Obreros Mineros y J. L. Jones en la Unión General de Obreros del Transporte— son estimados en todo el país.

Las actividades de la Asociación de la Brigada Internacional han contribuido a mantener vivo entre la opinión progresista inglesa el recuerdo de la heroica lucha del pueblo español contra el fascismo en los años 30.

En nuestros días, la solidaridad con el pueblo español y la ayuda a su lucha contra la dictadura franquista forman parte, como en los años 30, de la lucha de la clase obrera y de todas las fuerzas progresistas de Inglaterra por la paz.

HUNGRIA

La lucha del pueblo español por la libertad y su petición de ayuda en el verano de 1936 encontraron eco entre el pueblo húngaro, que sufría la opresión del régimen de Horthy. En aquellos días, los acontecimientos de España eran comentados calurosamente por los trabajadores en las empresas, en las barriadas obreras y, sobre todo, en las organizaciones del Partido Comunista, clandestinas, y del Partido Socialdemócrata, legales. En las asambleas sindicales se pronunciaban informes acerca de la situación en España, en las empresas se daban charlas sobre el mismo tema y los coros, en los clubs obreros, interpretaban canciones españolas. En las librerías se agotaron literalmente en unos días los libros dedicados a España y los diccionarios españoles.

El diario socialdemócrata *Népszava* ("La palabra del Pueblo") dio a conocer sistemáticamente, con amplitud y objetividad, los acontecimientos en España durante varios meses. Pero poco después, el ministro del Interior le prohibió publicar semejantes informaciones. Las noticias de España dejaron de insertarse en primera plana, luego se hicieron más cortas y, con el tiempo, desaparecieron por completo. Sin embargo, las autoridades no pudieron impedir la actividad clandestina del Partido Comunista y de las organizaciones obreras socialdemócratas, que exhortaron a todos los hombres progresistas a apoyar la abnegada lucha del pueblo español. "Es una causa de honor de cuantos aman la paz y la libertad —se decía en un llamamiento del Partido Comunista de Hungría— apoyar al pueblo español agredido, que defiende la paz y la libertad de todos los pueblos"[1].

Bajo la dictadura horthista, la solidaridad con la España republicana, como cualquier otro movimiento progresista, podía manifestarse únicamente en la profunda clandestinidad. Una forma de apoyo internacional fueron las colectas. Las células del Socorro Rojo Internacional iniciaron la recogida de donativos indivi-

[1] *Munkás*, 30.VIII.1936.

duales. Es elocuente que al mes de comenzar la guerra española se hubieran recaudado ya y enviado a España (según datos incompletos) 5.000 pengos (cerca de 1.000 dólares).

En aquel entonces, las ideas y los sentimientos verdaderos de los trabajadores húngaros podían manifestarse con libertad sólo fuera de Hungría. Por eso, la campaña de ayuda al pueblo español alcanzó gran amplitud precisamente en la emigración. Es sabido que al ser derrotada en 1919 la República Soviética Húngara, cerca de 100.000 comunistas y otros elementos progresistas se vieron obligados a abandonar el país, constituyendo el núcleo fundamental de la emigración política. En los años posteriores, centenares de miles de húngaros marcharon al extranjero en busca de trabajo.

La labor de los emigrados húngaros en Francia, Bélgica y Canadá en ayuda de España se distinguió por su singular intensidad y diversidad de formas. En las barriadas obreras en que vivían húngaros se organizaron conferencias, sesiones de cine, veladas literarias y exposiciones dedicadas a la lucha del pueblo español, se colgaron carteles y mapas que mostraban la marcha de las operaciones.

La recaudación de donativos ocupó un importante lugar en el movimiento de solidaridad de los emigrados húngaros. Recurrieron a centenares de procedimientos y, literalmente grano a grano, crearon un fondo considerable de ayuda al pueblo español. En esta labor se distinguieron por su singular actividad las mujeres cuyos esposos, padres o hermanos peleaban en España. Participaron en el trabajo de agitación y propaganda y organizaron sistemáticamente veladas, despertando así la atención y la simpatía con los que luchaban por la República Española. Alcanzaron gran popularidad dos bailarinas húngaras, Anna Poor y Klara Tarr, cuyos esposos combatían, y perecieron después, en España. En París no hubo un solo centro sindical o Casa de la Cultura de los obreros en que no actuaran ambas bailarinas en beneficio del pueblo español. En los espectadores causaba gran impresión, sobre todo, el baile *Niños de Madrid,* que mostraba los horrores de los bombardeos de la capital española.

El movimiento de solidaridad entre los húngaros emigrados en Bélgica fue dirigido por grupos de comunistas y socialdemócratas, cuya acción unitaria se reforzó al constituirse el Frente Unico Antifascista belga. En Bruselas, comunistas y socialdemócratas dieron por turno ciclos de conferencias dedicadas a los acontecimientos en España. A las veladas para el fondo de ayuda a España asistían también los húngaros que, de ordinario, permanecían al margen de la vida política y del movimiento obrero.

En los años 30 residían en Canadá 40.000 húngaros, entre los cuales tenía notable influencia el Partido Comunista de Canadá. A pesar de las duras condiciones de vida que existían en el país,

agravadas por las consecuencias de la crisis económica, los emigrados húngaros reunieron sumas considerables en ayuda del pueblo español. Remitieron a España gran número de paquetes postales con cigarrillos, tabaco, jabón, ropa, apósitos y medicamentos y organizaron en Canadá centros de donación de sangre. En los primeros meses de la sublevación fascista, los húngaros y sus camaradas canadienses compraron y enviaron a España dos ambulancias. Para recaudar fondos, las entidades húngaras organizaron espectáculos, bailes y conciertos.

En el poderoso movimiento de solidaridad, que abarcó el mundo entero, participaron también los mejores representantes de la intelectualidad húngara. Los escritores Emil Madarász, Lájos Kassák, Zseni Várnai, György Bálint, Imre Forbath, Antal Hidas, Gyula Illyés, László Herebejös, Attila József, Miklós Rádnoti, Mihály András Rónai, Miklós Vetö y Aldár Komjat crearon obras dedicadas a los acontecimientos de España y animaron a los húngaros a luchar contra el fascismo, enemigo común de los pueblos español y húngaro. Es preciso recordar, a este respecto, los versos de Aladár Komjat *Marcha de la Brigada Internacional,* a los que puso música el compositor húngaro Pál Arma, que residía en París. Esta canción inspiró durante cerca de tres años a los voluntarios húngaros en España. Y hoy también suena como un vehemente llamamiento a cumplir con el deber proletario internacional.

En septiembre y octubre de 1936, cuando se hizo evidente que a la República Española no le bastaba con la ayuda material, los mejores hijos del pueblo húngaro marcharon a España. Allí lucharon contra el fascismo cerca de mil húngaros, llegados de Hungría y otros países: Francia, Bélgica, Canadá, Unión Soviética, EE.UU., Rumania, Checoslovaquia, Yugoslavia, etc.

En la propia Hungría, no todos los que deseaban enrolarse en el Ejército Republicano pudieron hacerlo. El régimen de Horthy recurrió a todos los medios para impedir la salida de voluntarios a España. En una orden del ministro del Interior a los guardafronteras, fechada el 16 de enero de 1937, se decía: "Elementos de tendencias bolcheviques y obreros sin trabajo escapan a Checoslovaquia sin documentos de salida —y en la mayoría de los casos a pie— y desde allí son enviados a España... Sometan a un minucioso interrogatorio a quienes traten de cruzar ilegalmente la frontera y, teniendo en cuenta la circunstancia antes señalada, procuren descubrir y registrar cada caso que pruebe la actividad de un agente reclutador o el propósito secreto del fugitivo de enrolarse en el ejército rojo español... Basándose en la presente orden, dicha persona debe ser conducida a la Sección Política de la Dirección General de Policía de Budapest"[2].

---

[2] Magyar Szocialista Munkáspáspárt KB. Párttörténeti Intézet. Archivum. A/VII. 1/20.

A pesar de las rigurosas medidas policíacas, las tentativas de salir ilegalmente para España no cesaron. Pero sólo 120 entusiastas lograron llegar allí. Muchos voluntarios fueron detenidos ya en la frontera húngara o en los Estados vecinos y devueltos a Hungría. Por ejemplo, en las primeras semanas de la guerra civil cruzó la frontera de Checoslovaquia un grupo de cuarenta obreros de la construcción, de los cuales sólo unos cuantos llegaron a España.

La selección de los voluntarios en Hungría fue organizada por los sindicatos y el Partido Comunista, destacándose por su mayor aporte los sindicatos de obreros de la construcción, de metalúrgicos y de panaderos. En esta labor participó con singular actividad uno de los dirigentes del Sindicato de Panaderos, Mátyás Kronovitz, que más tarde partió voluntario a España y murió allí como un héroe.

El viaje de muchos voluntarios fue costeado por sus compañeros de trabajo. Otros salieron para España a pie, con unos cuantos pengos en el bolsillo. Así procedieron, por ejemplo, Vilmos Zsinkó, miembro del Comité Central de la Unión Comunista de Jóvenes Obreros; László Humhál y László Teke, dirigentes de la organización de Budapest de dicha Unión, e István Bakalár, activista de las Juventudes Comunistas. Antes de llegar a España, muchos de estos antifascistas hubieron de pasar largos meses de cárcel en Austria, Suiza, Italia, Francia y otros países capitalistas.

Ferenc Kerekes tardó cinco meses en llegar de Budapest a Madrid. En sus recuerdos, escritos en 1938 a raíz de los hechos, dice:

"Trabajaba en Budapest cuando supe que los generales fascistas se habían sublevado contra el legítimo Gobierno democrático de España.

Tomé el tren con mi esposa y mi hijo y los llevé a casa de mis padres para poder marcharme inmediatamente a España. Los funcionarios impidieron mi salida, negándose a extenderme un pasaporte. Pero yo no me desanimé. No renuncié a mi propósito, y el 25 de diciembre de 1936 salí para Madrid.

Carecía de dinero y no hablaba ninguna lengua, excepto el húngaro. Llegué a Austria y me dirigía a Suiza a través de los Alpes, cubiertos de nieve. ¿Qué dificultades tuve que vencer? Me cazaron cuatro veces en la frontera y me volvieron atrás, y sólo a la quinta vez logré cruzarla. Hube de superar dificultades semejantes al tratar de llegar a Francia. En Lyón estuve treinta días en la cárcel. Después me dirigí a Marsella con la esperanza de ocultarme en algún barco para llegar a Barcelona. Fui detenido de nuevo y quisieron obligarme a ingresar en la Legión Extranjera. Pero conseguí escapar aprovechando un momento propicio. En Perpiñán volvieron a encerrarme en la cárcel veinte días. Cuando salí, crucé los Pirineos.

El 17 de mayo llegué a la ciudad de Figueras y desde allí seguí viaje a Albacete. Se cumplió, por fin, mi viejo deseo y salí para

Madrid, donde tuve la posibilidad de luchar con las armas en la mano por una causa noble"[3].

El viaje a España fue menos difícil para los voluntarios húngaros que vivían en la emigración. Sin embargo, también ellos tuvieron que afrontar grandes sacrificios. Muchos dejaron a sus esposas e hijos sin el sostén de la familia y sin parientes.

Cuando se supo en Uruguay que en España se estaban formando Brigadas Internacionales, en unos cuantos días se enrolaron cerca de cincuenta voluntarios húngaros. La organización comunista húngara en Uruguay comprobó las condiciones de vida de los voluntarios y decidió autorizar la partida sólo de los solteros o de los que no tenían hijos, pues no estaba en condiciones de ayudar económicamente a las familias de los que marcharan a España. El primero que se inscribió fue Gyula Kovacsik, secretario de un grupo de comunistas húngaros, que más tarde, en julio de 1937, resultó herido en Brunete, quedó inválido. pero volvió voluntariamente al frente. Desde el hospital escribió una carta a los húngaros residentes en Uruguay, exhortándoles a ocupar su puesto en el destacamento. Muchos de ellos se hicieron eco de este llamamiento, y el grupo de partido acordó enviar a España a seis. Más tarde, en 1938, Kovacsik murió como un héroe cerca de Lérida.

En el Ejército Popular español combatieron dos voluntarios húngaros con el grado de general. Uno de ellos, el comunista, soldado y escritor Máté Zalka, estaba prisionero en Rusia cuando triunfó la Gran Revolución Socialista de Octubre. Se sumó al pueblo revolucionario ruso y, como jefe de una unidad del Ejército Rojo, peleó hasta el fin de la guerra civil (1919-1922). En octubre de 1936 salió de Moscú para España con el nombre de Pál Lukács: mandó primero la 12ª Brigada Internacional y, más tarde, la 45ª División del Ejército republicano. El segundo general húngaro conocido en España fue János Gál. Lo mismo que Máté Zalka, cayó prisionero en el frente ruso durante la primera guerra mundial. Gál participó en la Revolución Socialista en Rusia, combatió en las filas del Ejército Rojo durante la guerra civil y, como oficial profesional, terminó estudios en la Academia Militar Frunze. Cuando llegó a España, el Gobierno republicano le concedió el grado de general y lo nombró jefe de la 15ª Brigada Internacional. Con posterioridad mandó la 15ª División del Ejército Popular.

En las filas de los voluntarios húngaros pelearon nueve comandantes, entre los que figuraba Ferenc Münnich, experto combatiente internacionalista, participante en la Gran Revolución Socialista de Octubre y activo dirigente de la República Soviética Húngara. Llegó a España con el nombre de Ottó Flatter. Desempeñó diversos cargos de dirección en el ejército y desde abril hasta fines de agosto de 1938 mandó la 11ª Brigada Internacional.

---

[3] *Spanyol földön a Rabadságért,* Barcelona, 1938, 17 old.

Dezsö Jász, comisario de regimiento del Ejército Rojo de la República Soviética Húngara, combatió en España con el nombre de Juan de Pablo. Designado coronel, ocupó diversos puestos de dirección, entre ellos el de jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del Ejército del Norte.

Conocemos los nombres de otros 99 oficiales y 47 suboficiales que representaron a los mejores hijos del pueblo húngaro en las filas de los internacionales. En el Ejército Popular actuaron, además, unos quince médicos y diez enfermeras húngaros.

Los primeros voluntarios húngaros llegaron a España a comienzos de agosto de 1936. Figuraba entre ellos Mihály Szalvai, miembro del Partido Comunista de Hungría desde su fundación. Un tribunal contrarrevolucionario horthista le condenó a quince años de cárcel por haber combatido en el Ejército Rojo húngaro. Se fugó de la cárcel y tras largo éxodo en la emigración (Checoslovaquia, Austria, Alemania, Bélgica y Francia) consiguió llegar a España. Con el primer grupo llegó también Endre Keszöcze, que desde los 14 años participó en el movimiento obrero. Emigrado en París, trabajó en la fábrica de automóviles Renault y en 1927 ingresó en el Partido Comunista Francés.

A fines de septiembre luchaban ya contra el fascismo en tierra española 45 voluntarios húngaros, encuadrados en distintas unidades. El 11 de octubre de 1936 se presentaron en Figueras, cerca de la frontera franco-española, más de 600 voluntarios, entre los que había 46 húngaros. Con ellos llegó István Stechmayer, que posteriormente alcanzó gran popularidad entre los voluntarios con el nombre de Stefi. En España se graduó en una escuela de oficiales, mandó primero una sección y después una compañía y cayó como un héroe en febrero de 1938 en Extremadura.

Con el mismo grupo llegaron a España varios húngaros procedentes de Bélgica, entre ellos Endre Basch, uno de los dirigentes de la organización comunista de emigrados húngaros en Bruselas. Fue a España con su mujer y su hijo, y toda la familia participó activamente en la lucha antifascista. Con el grado de teniente, Basch fue jefe del Cuartel Salamanca, en la ciudad de Albacete; después, hasta el final de la guerra, mandó varias unidades de artillería. Durante la ocupación de Francia por los hitlerianos, la Gestapo lo detuvo como uno de los dirigentes del movimiento antifascista clandestino y pereció en un campo de la muerte.

El 17 de octubre de 1936, los voluntarios húngaros se agruparon en Albacete en una unidad de 91 hombres, formando la 3ª Compañía del Batallón Edgar André, de la 11ª Brigada Internacional. A esta compañía pertenecía también una sección yugoslava. El 9 de noviembre, la compañía húngara recibió su bautismo de fuego en el Frente de Madrid, en el Manzanares. A pesar de sus grandes pérdidas, los voluntarios se mantuvieron valientemente e hicieron honor a la confianza de los madrileños. Tres años más

Máté Zalka (Pál Lukács), jefe de la 12ª Brigada Internacional, con su Estado Mayor

tarde, un voluntario húngaro recordó así los pormenores de este combate:

"Nuestros camaradas se levantaron al amanecer. Después de desayunar llegó la orden de prepararse para el combate. En seguida se oyó tiroteo. En la Casa de Campo, los valientes de las Milicias Populares combatían ya contra los mercenarios fascistas. . . Serían las once de la mañana cuando la compañía se puso en marcha hacia el sitio señalado. Apenas habíamos recorrido 800 metros entre los árboles del parque cuando silbaron sobre nuestras cabezas miles de balas fascistas.

Nuestra compañía desplegó instantáneamente y avanzó con rapidez hacia el Puente de los Franceses. A los pocos minutos vimos el puente y el río Manzanares. En esta orilla, tras una barricada de sacos terreros, unos cuantos milicianos defendían el puente con una ametralladora.

— ¡Han venido los internacionales! —se dijeron unos a otros los combatientes españoles que ocupaban la posición. Algunos creyeron que éramos rusos.

En la orilla opuesta del río se ve a los fascistas. El jefe de la compañía ordena: "¡Primera y segunda sección, a la izquierda del puente! ¡Tercera, a la derecha (cruzar el río)! ¡Las ametralladoras, al otro lado del puente!" La orden se cumple en el acto. Sin hacer caso de la lluvia de balas, nos metemos en el agua helada del río y avanzamos. Empieza nuestro combate a muerte. Nuestro pequeño destacamento pelea contra fuerzas superiores en número. Las ametralladoras de "Chapáev" (así llamamos a Szalvai) y de Keszöcze siembran la muerte entre los fascistas, los moros y los asesinos mercenarios de la Legión Extranjera, que avanzan en formación cerrada. Tabletea el fusil ametrallador de Ferenc Kovács. Los fascistas aparecen casi a treinta metros de nosotros. En este momento, el jefe de la compañía ordena también a la cuarta sección que avance... El enemigo intenta hacernos retroceder con bombas de mano, pero no lo consigue..."

Junto al Puente de los Franceses fue herido el jefe de la compañía húngara, sustituyéndole Mihály Szalvai ("Chapáev"), que mandaba las ametralladoras. Szalvai se reveló como un jefe de compañía valiente, reflexivo y exigente. Supo entablar relaciones de buena amistad con sus subordinados. Y los soldados le querían mucho. Varias semanas después, a fines de noviembre, resultó herido. Pero dos meses más tarde (en los últimos días de enero de 1937), repuesto de las heridas, volvió al frente con el grado de comandante y se le nombró jefe del Batallón Edgar André, de la 11ª Brigada Internacional. Dirigió el batallón durante los combates del Jarama y de Guadalajara. A fines de marzo se le confió el mando del Batallón Dimitrov, de la 15ª Brigada Internacional.

En un momento crítico de la batalla de Guadalajara se distinguió el voluntario húngaro Rezsö Szántó, que mandaba una batería de la 12ª Brigada Internacional. Los fascistas italianos habían roto el frente en el punto de enlace de dos Brigadas Internacionales y amenazaban con envolverlas por la retaguardia. Al ver el peligro, el general Lukács lanzó al combate todo el Estado Mayor de la brigada. Rezsö Szántó volvió los cañones 180 grados y abrió fuego mortífero contra el enemigo, que atacaba desde la retaguardia. Los fascistas retrocedieron.

La victoria de Guadalajara dio a las fuerzas republicanas una corta tregua. Se retiró a la compañía húngara al pueblo de Meco para descansar. Al mismo tiempo, por iniciativa de Máté Zalka,

János Gál y Ferenc Münnich, empezó a formarse un batallón húngaro. Los voluntarios húngaros, que habían peleado hasta entonces en numerosas unidades internacionales, fueron concentrados en Meco. El batallón se formó con rapidez bajo la dirección del capitán Lajos Cséby (Pedro Fernández). La primera orden del día del batallón (al que se dio el nombre de Rákosi[4]) se publicó el 1 de abril de 1937. Poco después, la 12ª Brigada se transformó en división, al mando de Máté Zalka, compuesta de dos Brigadas Internacionales: la Brigada Garibaldi y la Brigada Dombrowski. El batallón húngaro quedó incorporado a esta última.

Mihály Szalvai ("Chapáev")

En el batallón húngaro se desplegó una intensa actividad. El número de combatientes aumentaba sin cesar. Llegaron nuevos voluntarios, se reincorporaron los heridos, ya curados, y los graduados en las escuelas de oficiales. Su primer comisario fue Gijorgy Weiszbrunn, militante del movimiento obrero francés. Más tarde le sustituyó Imre Tarr, veterano del Ejército Rojo de la República Soviética Húngara. Emigró al triunfar la contrarrevolución en Hungría, y cuando regresó a la patria, en 1923, fue condenado a tres años de cárcel. Cumplida la condena, emigró de nuevo a Francia, trabajó en el Consejo de Redacción de un periódico comunista y formó parte de la dirección del Grupo Húngaro del Partido Comunista Francés.

---

[4] En 1956, en un acto solemne con motivo del vigésimo aniversario de la formación de las Brigadas Internacionales, los voluntarios húngaros declararon: "En 1936, mil combatientes húngaros, que en los campos de batalla de España mantenían en alto la bandera de la libertad y del internacionalismo proletario, inscribieron en esa bandera el nombre de quien había expresado ante un tribunal horthista los intereses del pueblo húngaro y cumplido valientemente con su deber. En 1949 sufrimos una amarga desilusión... Este hombre ha borrado él mismo su nombre de la heroica bandera".

Se nombró jefe del batallón a Ákos Hevesi, que había peleado en defensa de la República Soviética Húngara. Los horthistas le condenaron a diez años de cárcel, pero el Gobierno soviético lo canjeó por prisioneros de guerra en 1922 y se trasladó a la URSS. En España era conocido con el nombre de comandante Pál Niebuhr.

El batallón mandado por Ákos Hevesi no agrupaba a todos los húngaros que peleaban en España. En la 15ª Brigada Internacional había una sección (la Petöfi) compuesta de húngaros que eran en su mayoría ciudadanos de Checoslovaquia. En el Estado Mayor del Frente de Madrid servía el capitán Sándor Sziklai. Hecho prisionero por los rusos durante la primera guerra mundial, participó en la Gran Revolución Socialista de Octubre y en la guerra civil en Rusia y en 1917 ingresó en el Partido Bolchevique. En España se llamaba Péter Ladi. Junto con él servía Miklós Steinmetz, que el 29 de diciembre de 1944 fue cobardemente asesinado por los hitlerianos en los accesos de Budapest cuando cumplía la misión de parlamentario del Ejército Soviético.

La primera operación en que participaron el batallón húngaro y toda la 45ª División fue la ofensiva de comienzos de junio de 1937 cerca de Huesca, en el Frente de Aragón. En la tarde del 11 de junio, la víspera de la ofensiva, un proyectil de la artillería fascista segó la vida del jefe de la división Máté Zalka, cuando reconocía las posiciones. En la ofensiva de Huesca cayeron también como héroes el jefe del batallón húngaro, Ákos Hevesi, y su comisario, Imre Tarr.

Los voluntarios del batallón húngaro, encuadrado en la Brigada Dombrowski, intervinieron en las operaciones del Ejército Popular en diversos frentes. Jalonan este camino de lucha los nombres de numerosos héroes caídos. Entre ellos figuran Imre Ébert, jefe de compañía, muerto en los combates de Brunete en el verano de 1937, y Pal Nagy, miembro del CC del Partido Comunista de Hungría.

Después de Extremadura se libraron los duros combates defensivos de la primavera de 1938, cuando fue roto el Frente de Aragón de las tropas republicanas. La 13ª Brigada se distinguió en la defensa de Lérida. Mihály Szalvai, que mandaba desde agosto de 1937 el batallón húngaro, se reveló una vez más como un jefe muy capaz. Imre Mezö describe en sus memorias, publicadas en 1938, un episodio de la retirada en el Frente de Aragón, del que fue testigo:

"Después de ocupar una nueva línea defensiva, Szalvai inspeccionaba, como de costumbre, las posiciones de una compañía cuando alguien gritó:

— ¡Todos a las armas! ¡Vamos! ¡De prisa!

Vimos que la caballería enemiga galopaba hacia el otero en que se encontraban las posiciones provisionales de la compañía. Las ametralladoras apenas tuvieron tiempo de disparar una cinta cuan-

Voluntarios húngaros. En la segunda fila, de izquierda a derecha: A. Hevesi (comandante Niebuhr), capitán István Molnár y Rezsö Szhántó (comandante Baller)

do los jinetes cayeron sobre las posiciones húngaras. Se entabló un combate desigual. Y gracias únicamente al dominio de sí mismo y al ingenio de Szalvai y a la firmeza de los combatientes, el ataque de caballería fue rechazado, causándose estragos al enemigo"[5].

En 42 días de combates en el Frente de Aragón, las filas de los voluntarios húngaros volvieron a disminuir. En la defensa de Lérida cayeron, entre otros, György Sebes, secretario de la organización del partido en una compañía, y György Weiszbrunn, comisario del batallón.

Durante la ofensiva de julio del Ejército del Ebro, el batallón húngaro pasó el río con el primer escalón en el sector de la 13ª Brigada. La orden de cruzar el Ebro se recibió a las 21 horas y 30 minutos del 24 de julio. A las O horas y 30 minutos del 25 de julio, el batallón había cumplido ya la orden con todo éxito. Después de ocupar Camposines, las unidades de la 13ª Brigada avanzaron en dirección a Gandesa. El batallón causó grandes pérdidas a los fascistas y capturó muchos prisioneros y material de guerra.

En los combates de agosto para defender el terreno conquistado en la orilla derecha del Ebro, el batallón tuvo en dos semanas 30 muertos y 105 heridos. Permaneció en primera línea hasta el 23 de septiembre de 1938, día en que el Gobierno republicano retiró del frente a los voluntarios internacionales.

Al despedirse de España, los soldados de la Brigada Dombrow-

[5] *Spanyol földön a Rabadságért*, 42 old.

ski —entre los que se encontraban los del batallón húngaro— prestaron juramento de fidelidad:

"Nosotros, Voluntarios de la Libertad de la Brigada Dombrowski, soldados del invencible Ejército Popular español, defensores de la libertad del pueblo español y de todos los pueblos del mundo; nosotros, hijos de Polonia, de Hungría, de Letonia, de Lituania y de Estonia; enemigos a muerte del fascismo, de la barbarie y de la opresión nacional, juramos aquí, en esta tierra de España, tan querida, en la que dejamos las tumbas de nuestros compañeros de combate; juramos por la sangre derramada en la lucha contra el fascismo, por nuestra conciencia revolucionaria y antifascista, por nuestras banderas de combate y las condecoraciones recibidas del Gobierno republicano, que seremos fieles hasta el último aliento a las ideas por las que vinimos a luchar a España. Continuaremos esta lucha por doquier allá donde nos lleve nuestro destino.

Juramos fidelidad eterna al pueblo español, cuya sangre se ha fundido con la nuestra en los combates. Juramos fidelidad al Gobierno de la República y al Mando del Ejército Popular y declaramos solemnemente que en cualquier momento volveremos a las filas del Ejército Popular... si es necesario y si la República lo desea...

Pero incluso si no es necesario que volvamos, vivirá eternamente en nuestros corazones y en los corazones de las generaciones venideras el recuerdo de la libertad, la pasión que arde en vosotros y por la que habéis luchado tan heroicamente".

El 23 de enero de 1939, los voluntarios —incluidos los húngaros—, que esperaban la salida de España, volvieron a empuñar las armas para participar en los últimos combates en las filas del Ejército de Cataluña. Había que asegurar la evacuación de los heridos y de los hospitales, proteger al torrente de refugiados que se dirigían hacia la frontera francesa para salvarse del ejército fascista, que había roto el frente en Cataluña.

En las unidades internacionales de nueva formación se enrolaron incluso los heridos: László Rajk, András Tömpe y László Gyárov. Los húngaros, en unión de otros voluntarios de las Brigadas Internacionales y de los combatientes españoles, cumplieron también honrosamente con su último deber.

El 9 de febrero de 1939 cruzaron la frontera franco-española en Port-Bou. A los heroicos combatientes de la libertad les esperaban las tropas coloniales francesas, la gendarmería y los campos de concentración rodeados de alambradas.

Pese a la amargura de la derrota, los voluntarios húngaros estaban dispuestos a proseguir la lucha contra el fascismo. Nada más llegar a los campos de concentración, se constituyó y empezó a actuar una organización del Partido Comunista. En los campos no cesó ni un instante la lucha. Pocos meses después, la firmeza moral y política de los voluntarios húngaros, su temple internacionalista y antifascista se vieron sometidos a una nueva prueba.

El batallón húngaro después de los combates de Aragón. 1938

El 1 de septiembre de 1939 comenzó la segunda guerra mundial.

El Gobierno francés exhortó a los ex combatientes de las Brigadas Internacionales a enrolarse en la Legión Extranjera. Pero los voluntarios rechazaron este llamamiento: querían luchar contra el fascismo, y no contra los pueblos de las colonias. Cincuenta y dos voluntarios internacionales, entre ellos diez húngaros, sospechosos de organizar la resistencia, fueron enviados al campo de castigo de Vernet y, después, al campo argelino de Djelfa, limítrofe con el desierto de Sahara. Con posterioridad se trasladó allí a los demás combatientes de las Brigadas Internacionales.

En marzo de 1941, ocupada ya Francia por los fascistas alemanes, una parte de los voluntarios deportados para trabajar en Alemania consiguió escapar en el camino y regresar a la patria. En Hungría prosiguieron la lucha contra el fascismo, participando en el movimiento antifascista clandestino. Entre ellos figuraba László Rajk, secretario de la organización del partido del batallón húngaro, y con posterioridad secretario del CC del Partido Comunista de Hungría, que actuaba entonces en la clandestinidad. Muchos de los repatriados fueron detenidos y encarcelados o asesinados. Así murió Pál Fügedi.

En 1943, al ser liberada Argelia por las tropas aliadas, los reclusos del campo de concentración de Djelfa tuvieron la posibilidad de trasladarse a la URSS para combatir contra la Alemania fascista. En mayo de 1944, Mihály Szalvai fue lanzado en paracaídas sobre Yugoslavia y participó en la lucha liberadora del pueblo yugoslavo. Sándor Sziklai, oficial del Ejército Soviético, volvió a Hungría en el otoño de 1944. Ferenc Münnich tomó parte en la batalla decisiva de la segunda guerra mundial: la batalla de Stalingrado.

Otros continuaron la lucha antifascista en el Movimiento de la Resistencia y en los combates guerrilleros en Francia, en Bélgica, en todas partes adonde los llevaron las circunstancias. En esta lucha murieron 33 ex combatientes húngaros de las Brigadas Internacionales. Uno de ellos, István Molnár, había mandado en España el Batallón Palafox (polaco). Otro, László Marschall, teniente del batallón húngaro, durante la liberación de París en agosto de 1944 mandó una barricada en el cruce de los bulevares de Saint-Germain y Saint-Michel y más tarde encabezó la Compañía Petöfi, que actuó encuadrada en las tropas francesas.

Después de la liberación de Hungría en 1945, los ex voluntarios húngaros de la guerra española trabajaron con infatigable energía en el restablecimiento del país y en la edificación de las bases del socialismo. Muchos llegaron a ser ministros, viceministros, generales y oficiales de las Fuerzas Armadas. Ferenc Münnich fue desde 1958 hasta 1961 jefe del Gobierno del Estado socialista húngaro: Presidente del Consejo de Ministros de la República Popular Húngara.

Durante el levantamiento contrarrevolucionario de octubre de 1956 en Budapest, los ex voluntarios de los combates por la libertad de España empuñaron de nuevo las armas. En esta lucha cayeron Imre Mezö, secretario del Comité del partido de la ciudad de Budapest, y el general mayor Sándor Sziklai, director del Instituto Histórico-Militar.

Actualmente viven en Hungría cerca de 150 ex voluntarios de la España republicana. Muchos de ellos siguen siendo dirigentes activos de la vida política y social. Son un ejemplo vivo para la joven generación, un modelo de entusiasmo revolucionario, de fidelidad a los ideales del socialismo y del internacionalismo proletario.

IRLANDA

Cuando se sublevaron los generales fascistas españoles hacía trece años que había terminado la guerra civil en Irlanda. Esta guerra fratricida, a la que precedieron cuatro años de resistencia masiva y de lucha guerrillera contra la dominación inglesa, debía decidir si Irlanda conseguiría independizarse por completo del imperialismo británico. La burguesía conservadora irlandesa y los adeptos con que contaba en el movimiento de liberación nacional aceptaron las condiciones del Tratado Anglo-Irlandés de 1921, en virtud del cual se crearon en el territorio de Irlanda dos Estados: uno formalmente independiente y otro que siguió en dependencia colonial de Inglaterra. La parte radical del movimiento nacional se alzó contra este tratado: comenzó una cruenta guerra civil. En 1923, los partidarios del tratado se impusieron con la ayuda de las armas británicas.

La guerra civil irlandesa, que dividió al pueblo en dos bandos durante mucho tiempo, fue seguida de una paz agitada. En 1932, el gobierno de los partidarios del tratado, presidido por William Thomas Cosgrave, sufrió una derrota en las elecciones generales. El partido Fianna Fail, con Earmon de Valera al frente, formó un nuevo gobierno, que representaba principalmente los intereses de los pequeños capitalistas y comerciantes y de los granjeros medios. El programa de dicho partido preveía el afianzamiento de la independencia política y económica de Irlanda como un Estado autónomo. Pero en el terreno social, el Gobierno De Valera prosiguió en muchos aspectos la política antiobrera de Cosgrave.

La derrota del Gobierno Cosgrave en las elecciones asestó un golpe a la reacción irlandesa. Con el fin de reconquistar las posiciones perdidas, los reaccionarios emprendieron una histérica campaña contra los republicanos de izquierda y los comunistas. La multitud, instigada por los reaccionarios, asaltó en marzo de 1933 Connolly House, sede de la organización Obreros Revolucionarios Irlandeses y de los Grupos de Granjeros Pequeños. Con ambas organizaciones se formó en junio de 1933 el Partido Comunista Irlandés, a pesar del terror y de las persecuciones gubernamentales. Por

iniciativa del PCI se constituyó en septiembre de 1934 el Congreso Republicano Irlandés, en el que se agruparon republicanos de izquierda y sociedades de inquilinos, de parados forzosos, de pequeños granjeros, etc.

Como en otros países de Europa, en Irlanda existía un movimiento fascista, denominado Movimiento de los Camisas Azules. Su líder era el general Owen O'Duffy, ex comandante de las tropas de los partidarios del tratado, que antes de subir al poder el Gobierno De Valera ocupó el puesto de jefe de policía. O'Duffy se puso en contacto con los medios fascistas internacionales e incluyó en el programa del "Movimiento" un punto que preveía la creación del "Estado corporativo irlandés". El 28 de febrero de 1934, el diputado J. A. Costello declaró en el Parlamento: "En Italia vencieron los "camisas negras", y en Alemania, los "camisas pardas" hitlerianos. En Irlanda vencerán también, sin duda alguna, los "camisas azules" "[1].

Contra la amenaza fascista se alzaron enérgicamente, en combativo frente único, los republicanos, los afiliados a los sindicatos, los comunistas y los granjeros pequeños. Bajo la dirección de Frank Ryan, Tom Barry, George Gilmore, Sean Murray y Peadar O'Donnell, barrieron de las calles a los "camisas azules" tras numerosos y violentos choques. Muchos de los que participaron activamente en esta lucha se incorporaron más tarde a las Brigadas Internacionales.

El levantamiento de los generales reaccionarios españoles el 18 de julio de 1936 fue respaldado en Irlanda con una ruidosa campaña propagandística de las fuerzas de derecha. Especulando con los sentimientos religiosos del pueblo, los reaccionarios irlandeses —sobre todo, los "camisas azules"— desplegaron una campaña de calumnias contra la República Española. Por ejemplo, el periódico de extrema derecha *Irish Independent* ("Irlanda Independiente") presentaba al Gobierno burgués de izquierda formado por Manuel Azaña en febrero de 1936, después de la victoria electoral del Frente Popular, como "un grupo de sanguinarios bolcheviques que persiguen a las monjas y los sacerdotes católicos". Esta propaganda hacía mella en los sectores del pueblo atrasados políticamente.

El cuadro falso de los acontecimientos que se desarrollaban en España desorientó incluso a muchos militantes de las organizaciones obreras y republicanas. La primera explicación clara de las causas de la guerra española la hizo el 27 de julio de 1936 el semanario *The Worker*, órgano del Partido Comunista Irlandés: "En los momentos en que escribimos estas líneas, España está escribiendo una nueva página inmortal en la historia de lucha de la clase obrera. Las informaciones de la prensa capitalista son como una cortina de humo, que envuelve a los combatientes en el campo de batalla. Pero

[1] *Irish Independent*, 29.II.1934.

los claros de luz que se filtran por esa cortina nos permiten, pese a todo, imaginarnos el cuadro auténtico de la batalla". Tras exponer el programa del Frente Popular español, el periódico recalcaba que los socialistas y los comunistas lo apoyaban plenamente, aunque no estaban representados en el Gobierno de la República. El comentario terminaba con las siguientes palabras: "¡Saludamos a nuestros heroicos hermanos y hermanas españoles en su gloriosa lucha!"

Esta posición, clara y concreta, del periódico comunista ayudó a muchas personas a justipreciar la situación; pero la prensa capitalista siguió emponzoñando desvergonzadamente la conciencia de la gente con el veneno de la mentira. En un ambiente de histerismo organizado, el jefe de los "camisas azules", O'Duffy, se proclamó "salvador de la religión" y anunció su propósito de formar una brigada de voluntarios irlandeses "para defender el cristianismo en España"[2]. Se constituyó también el Frente Cristiano Irlandés, una organización reaccionaria que celebraba reuniones con participación de destacadas personalidades eclesiásticas y seglares, las cuales, encubriéndose con lemas religiosos, hacían agitación en apoyo de Franco. Como resultado de ello se recaudó entre los feligreses una cuantiosa suma, 30.000 libras esterlinas, con el supuesto fin de reparar y reconstruir las iglesias españolas damnificadas durante los combates. Parte de ese dinero fue a parar al departamento de la Guerra de Franco. El resto desapareció sin dejar huella, lo que, como es natural, se ocultó a la opinión pública.

Los antifascistas irlandeses contrarrestaron con energía la campaña que atizaba el odio a la España republicana. En ello les ayudaron grandemente los veraces resúmenes de los acontecimientos españoles que publicaba cada semana en *The Worker* el Secretario General del Partido Comunista Irlandés, Sean Murray. Se celebraban reuniones, en las que se relataba la verdad sobre España. Murray, excelente orador, dijo en una de ellas: "Quiero poner en guardia a los obreros irlandeses contra las informaciones de la prensa sobre las atrocidades en España. Esas informaciones parten de embusteros imperialistas, de lacayos del fascismo. Tienden a en-

---

2 La brigada irlandesa reclutada para intervenir en la guerra al lado de Franco permaneció en España menos de seis meses. Sólo tomó parte en una "escaramuza" con los marroquíes, en la que tuvo dos muertos. Otros cuatro cayeron durante la breve estancia en las trincheras. Al comprender que habían sido engañados, los matachines de la brigada se amotinaron y exigieron que se les enviara a su país. Al regresar a Irlanda se les preparó minuciosamente un recibimiento triunfal, como si se tratara de unos héroes. Durante algún tiempo se sintieron felices en una atmósfera de constante estruendo periodístico, que ponía por las nubes sus "hazañas" en el ejército franquista. Con ayuda de los clérigos se ejerció sobre ellos una hábil presión para impedir que revelaran la verdad sobre la España de Franco. Unicamente algunos periódicos, entre ellos *The New York Times*, publicaron con posterioridad pormenores sobre la bancarrota de esta brigada. La historia de sus "hazañas", mal disimulada, fue expuesta por el general Owen O'Duffy en un libro publicado en Dublín en 1938.

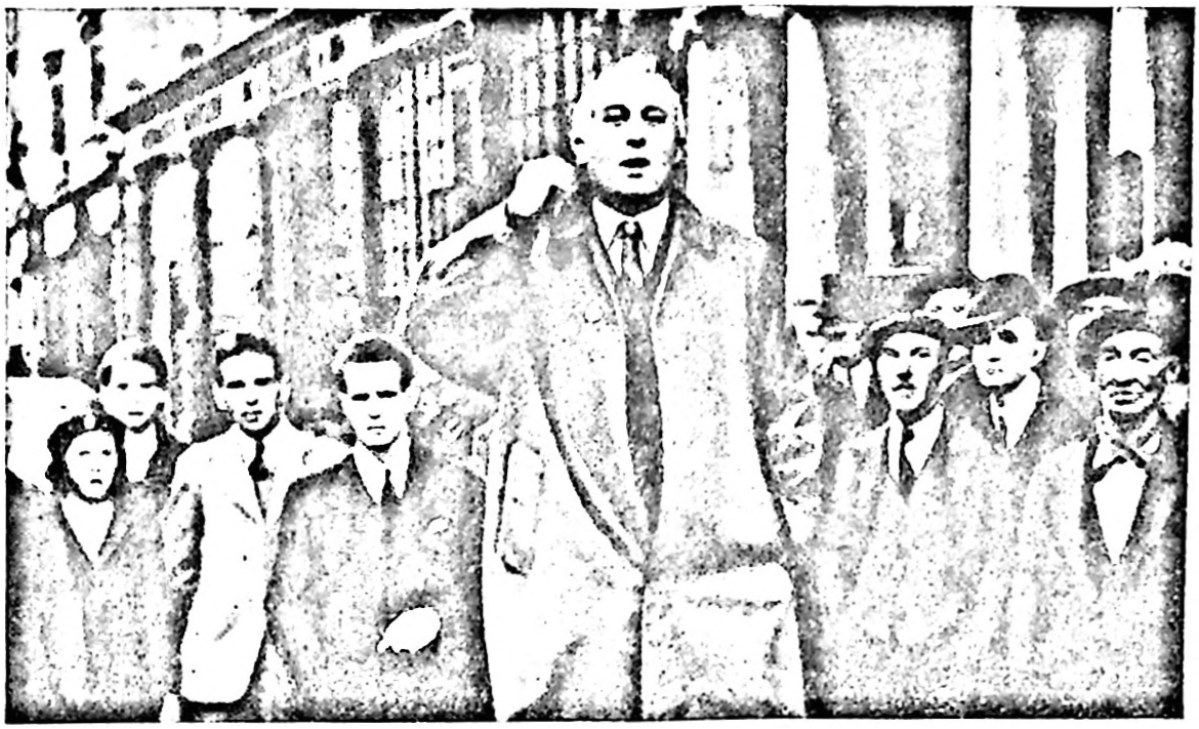
frentar el mundo entero con la España republicana y a organizar una intervención extranjera que imponga el fascismo al pueblo español. No se puede creer a esos embusteros". El dirigente del Partido Comunista citó ejemplos de la historia de Irlanda, demostrativos de que los lemas religiosos habían sido utilizados para velar la ofensiva de la clase gobernante contra los derechos del pueblo. Murray demostró que en España se empleaba esa misma táctica. "El heroico pueblo español —recalcó— no lucha solamente contra los traidores de su propio país. Lucha también contra los enemigos de la libertad en toda Europa, incluida Irlanda. Esto hace que el problema español sea candente para los amigos de la libertad en cada país. ¿Debemos permanecer al margen en Irlanda y permitir que se cometa a la vista de todos este crimen contra el pueblo de España?"[3]

Otro fogoso tribuno que defendió a la República Española fue Peadar O'Donnell, participante activo en el movimiento guerrillero de 1920-1923 y autor de varios libros. Hacía un viaje por España cuando estalló la sublevación y sus informaciones fidedignas desde este país desempeñaron un importante papel en la difusión de la verdad. Ernie O'Malley, famoso también por su participación en el movimiento guerrillero y por su conocido libro *Heridas ajenas*, dedicado a la guerra de independencia de Irlanda, se convirtió en un combativo defensor de la República Española.

Por desgracia, en aquel momento de tensión no se oyó la voz del Congreso de las Tradeuniones Irlandesas ni del Partido Laborista (Socialdemócrata) Irlandés. Es cierto que en la Conferencia anual del Congreso de las Tradeuniones, en agosto de 1936, Christie Clark (de la Unión Nacional Irlandesa de Obreros Carpinteros), Bob Smith (del Sindicato de Fontaneros) y otros delegados hablaron en defensa de sus hermanos españoles. Pero los periódicos silenciaron sus declaraciones al informar de los debates de la Conferencia.

A medida que aumentó entre las masas la solidaridad con la lucha antifascista en España, la prensa capitalista y clerical irlandesa intensificó la campaña de mentiras y calumnias. Mas a pesar de la escasez de periódicos progresistas y del clima de violencia creado por la reacción, la labor audaz de los primeros defensores de la República Española dio sus frutos. Se constituyó el Comité Nacional de Ayuda a España, encabezado por personalidades sociales tan destacadas como Sheehy-Skeffington (viuda de un pacifista irlandés asesinado por un oficial británico en 1916), la escritora Dorothy Macardle, Nora Connolly-O'Brien (hija de James Connolly, líder de los socialistas irlandeses, que ejecutaron los imperialistas británicos por haber dirigido la insurrección de 1916) y R. N. Tweedy. En Belfast, Harry Midgely, miembro del Parlamento y presidente del Partido Laborista de Irlanda Septentrional,

[3] *The Worker*, 15.VIII.1936.



Sean Murray, Secretario General del Partido Comunista Irlandés, habla en Dublín en un mitin de solidaridad con la España Republicana

expresó su solidaridad con los antifascistas españoles. En septiembre de 1936, los delegados a la Conferencia Nacional del Sindicato Unificado de Obreros del Transporte y Oficios Varios, a pesar de la campaña de intimidación, respaldó por unanimidad la decisión del Comité Ejecutivo de las Tradeuniones Británicas de destinar 1.000 libras esterlinas en ayuda del Gobierno español. En Dublín y Belfast se constituyó un comité con el propósito de organizar un destacamento sanitario irlandés para el Ejército Republicano.

En contra de la posición oficial de la Iglesia católica irlandesa, que apoyaba frenéticamente al general Franco, el sacerdote O'Flanagan defendió con audacia y valentía la República Española. Participante activo en el movimiento antibritánico, fue uno de los pocos sacerdotes que en su tiempo condenaron públicamente el Tratado de 1921. En un mitin en defensa de la República Española celebrado el 3 de diciembre de 1936 en Engineer's House, de Dublín, O'Flanagan dijo: "La guerra de España es una guerra de las clases ricas, privilegiadas, contra el pueblo español pobre y oprimido. La causa por la que se lucha en España nos es más entrañable de lo que piensan muchos. La Legión Extranjera y las tropas marroquíes están haciendo en España lo que hicieron en Irlanda los constabularios o "black-tans" (se alude al cuerpo mercenario inglés enviado a Irlanda en 1920-1921 para realizar operaciones punitivas contra los guerrilleros y la población civil. — *N. de la Red.*)"[4]. El orador

[4] *The Worker*, 12.XII.1936.

condenó el enganche en la "Brigada Irlandesa para Franco", que estaba efectuando el Frente Cristiano.

O'Flanagan y el Comité de Ayuda a España, transformado más tarde en Sociedad de Amigos Irlandeses de la República Española, refutaron la falacia de los fascistas españoles y de los reaccionarios irlandeses de que la guerra de España se debía a motivos religiosos. El secerdote O'Flanagan recorrió los Estados Unidos de América y Canadá para dar a conocer a los católicos de dichos países, en mítines y por radio, la verdad sobre la guerra de España. Hasta el último día de su vida (murió en Dublín el 7 de agosto de 1942), O'Flanagan fue un ardiente patriota irlandés y un combativo antifascista.

Pese a que numerosos dirigentes sindicales estaban asustados por las campañas contra los partidarios de la República Española, hicieron, aunque de manera anónima, cuantiosos donativos al fondo del Comité de Ayuda a España y algunos efectuaron públicamente colectas con el mismo fin entre los afiliados a los sindicatos. (Entre estos últimos figuró, por ejemplo, John Swift, en la actualidad secretario general del Sindicato Irlandés de Panaderos y presidente de la Unión Internacional de Obreros de la Alimentación.) El 17 de enero de 1937, los partidarios de la República Española celebraron un mitin en una de las más espaciosas salas de Dublín: el Teatro Gaiety. El orador principal fue el sacerdote vasco Ramón Laborda. Refutó la falaz afirmación de que los fascistas defendían el cristianismo, y dijo: "Cuando supe hace poco que los católicos irlandeses ofrecen hombres y dinero al fascista Franco, personificación del imperialismo más repulsivo, exclamé indignado: ¡Eso no es posible! Irlanda no podría hacer eso si no hubiese sido engañada con la mayor desvergüenza"[5].

La noticia de que estaban llegando a España voluntarios antifascistas extranjeros tuvo gran repercusión en Irlanda. Los comunistas se esforzaron por tomar parte en esta manifestación de solidaridad internacional.

En septiembre de 1936 se decidió formar un destacamento voluntario irlandés para el Ejército Republicano español. El Partido Comunista encomendó el reclutamiento de voluntarios y su envío a Bill Gannon, miembro del partido, que tenía gran experiencia de trabajo político en el Ejército Republicano Irlandés (ERI) y había sido condecorado con una medalla por el Gobierno de Irlanda en vista de sus relevantes méritos en la lucha nacional. A comienzos de septiembre salió para España el primer voluntario irlandés. Fue el cantero comunista Bill Scott, ex combatiente del ERI e hijo de un veterano del movimiento obrero que participó en la insurrección de 1916 encabezada por James Connolly. Al llegar a Barcelona, Scott se incorporó a un grupo de antifascistas franceses, alemanes,

[5] *The Worker*, 23.I.1937.

italianos e ingleses, con los que se formó la Centuria Thaelmann. Durante la defensa de Madrid, Bill Scott peleó en el Batallón Thaelmann. En una carta dirigida a Sean Murray, dijo: "No te preocupes: que sepan que estoy en España ... porque defender la libertad es la causa más sagrada en la historia de la humanidad"[6]. En diciembre de 1936 cayeron, defendiendo Madrid, los primeros antifascistas irlandeses: Tommy Patton, de Achill (condado de Mayo) y William Barry, de Dublín. Este último residió hasta 1936 en Melbourne, y para llegar a Madrid hubo de recorrer medio mundo.

En diciembre partió para España el primer grupo organizado de voluntarios irlandeses. Lo encabezaba Frank Ryan, que la víspera de la salida declaró a los periodistas: "La formación de este destacamento irlandés es una expresión de solidaridad de la Irlanda revolucionaria con los valientes obreros y campesinos españoles en su lucha por la libertad y contra el fascismo. Su objetivo es defender el honor de Irlanda, mancillado por la intervención del fascismo irlandés al lado de los sublevados fascistas españoles. Debe ayudar a las fuerzas revolucionarias de Irlanda a tomar conciencia de la amenaza fascista en su propia casa y, por último —último en la enumeración, pero no menos importante—, establecer los más estrechos lazos fraternales entre las fuerzas democráticas republicanas de Irlanda y de España"[7].

Frank Ryan, dirigente de los irlandeses en las Brigadas Internacionales, personificaba las mejores tradiciones combativas y revolucionarias de su pueblo. A los 18 años participó ya en la guerra contra los constabularios, y, más tarde, durante la guerra civil en Irlanda, contra las fuerzas armadas de los partidarios del tratado con Inglaterra. Periodista revolucionario, dirigió durante muchos años el periódico *An Foblokt* ("La República") y fue uno de los fundadores y secretario del Congreso Republicano Irlandés. El Gobierno Cosgrave lo encarceló varias veces durante el período de 1923 a 1932. Frank Ryan gozaba del respeto general por su integridad de carácter, su valentía y su defensa de la cultura irlandesa (tomó parte con gran entusiasmo en el movimiento pro renacimiento del idioma gaélico, autigua lengua de los irlandeses). Junto con Frank Ryan, integraron el primer grupo organizado de voluntarios destacados militantes del movimiento comunista, republicano y obrero irlandés. Entre ellos figuraban: Kit Conway, de Tipperary, figura legendaria de la guerra contra los constabularios y de la guerra civil; Jack Malty y Paddy Duff; Donal O'Reilly, veterano del ERI e hijo de una conocida familia revolucionaria; Frank Edwards, de Waterford, destituido del cargo de maestro por su actividad antifascista: Seamus Cummins y Jim Prendergast, conocido activista y

[6] *The Worker*, 19.III.1937.
[7] *The Worker*, 19.XII.1936.

orador del Partido Comunista Irlandés. Una vez en España, el grupo irlandés fue enviado a Madrigueras para organizarse y entrenarse. Esto requirió poco tiempo, pues la mayoría de sus componentes, hasta los más jóvenes, habían pertenecido al ERI en uno u otro período y tenían experiencia militar. Se dio el nombre de James Connolly a la unidad irlandesa de las Brigadas Internacionales.

Las filas de los voluntarios irlandeses en Madrigueras aumentaron sin cesar con nuevos voluntarios llegados de Irlanda, así como con emigrados residentes en Inglaterra y los Estados Unidos, que se habían visto obligados en otros tiempos a abandonar la patria a consecuencia del paro forzoso o por motivos políticos. Entre los voluntarios había tres hermanos Power (John, Willie y Paddy), de Waterford, y tres hermanos O'Flaherty, de Boston, "la pequeña Irlanda" de los EE.UU.

El pasado revolucionario, las tradiciones de lucha, la madurez política y el espíritu combativo de los voluntarios irlandeses atrajeron a su unidad a numerosos camaradas de otras nacionalidades que hablaban inglés. Figuraba entre ellos el joven voluntario judío Samuel Lee, que habría de morir junto con camaradas irlandeses en la batalla del Jarama, y John Scott, de Africa del Sur, que cayó también allí.

La Sección Irlandesa salió para el frente por vez primera el 24 de diciembre de 1936, en unión de los voluntarios ingleses y franceses del 12° Batallón de la 14ª Brigada Internacional. No todas sus unidades habían terminado entonces de formarse, pero una circunstancia excepcional —la ruptura del frente republicano por los fascistas en el sur, en la zona de Córdoba— exigía una reacción inmediata. Al acercarse al frente —mejor dicho, al lugar en que se suponía que estaba el frente, pues nadie sabía a ciencia cierta cuánto habían avanzado los fascistas—, el batallón fue ametrallado por la aviación. Cuando los combatientes llegaron a unos olivares por un camino vecinal, cayeron súbitamente bajo un fuego cruzado de las ametralladoras emplazadas en las alturas circundantes. Las secciones del batallón, incluida la irlandesa, prosiguieron el avance, hicieron retroceder a los fascistas y ocuparon el pico más cercano.

Poco después se puso en claro que el batallón estaba casi cercado por destacamentos fascistas. Los combatientes no preparados se desconcertaron y comenzaron a replegarse. El batallón sufrió grandes pérdidas en este inesperado combate. De la Sección Irlandesa cayeron en el campo de batalla nueve voluntarios. He aquí sus nombres: John Meehan, de Galway; Michael Nolan, Jim Foley, Leo Green, Tony Fox, Henry Bonar y Tommy Woods, obreros de Dublín; Mick May, joven boy-scout, que, como escribiera Frank Ryan, "hizo una gran obra cubriendo con fuego de ametralladora la retirada de sus camaradas", y "Frank Conroy, que peleó heroica-

mente"[8]. Días después llegaron los demás batallones de la 14ª Brigada; pasaron al contraataque junto con las unidades españolas y pararon al enemigo.

La brigada fue trasladada al poco tiempo al Frente del Centro, en el que las tropas republicanas rechazaban la ofensiva de grandes fuerzas fascistas al nordeste de Madrid. Del 11 al 14 de enero, los irlandeses participaron en un contraataque en Majadahonda, en el que resultó muerto Denis Coady, obrero de Dublín. Los camaradas lo enterraron en Torrelodones. En los combates se distinguió especialmente el capitán Kit Conway, bajo cuya dirección se rechazó un ataque nocturno de los moros. Muchos combatientes de la Sección James Connolly resultaron heridos. Jack Nalty, conocido deportista, fue herido en el pecho por una ráfaga de ametralladora y recorrió a pie cinco kilómetros hasta el puesto de socorro más próximo. Curado de las heridas, tomó parte en los combates posteriores y murió en septiembre de 1938 durante la última operación de la 15ª Brigada Internacional en el Ebro.

Los irlandeses sentían profundo pesar no sólo por sus compatriotas caídos, sino también por Ralph Fox, escritor comunista inglés de talento y comisario de compañía, muerto en el frente de Córdoba. Era muy apreciado por su libro *Marx, Engels y Lenin acerca de Irlanda*. Muchos combatientes leyeron este libro, que afianzó en ellos el convencimiento de que la liberación nacional de Irlanda debía vincularse estrechamente a la solidaridad proletaria internacional.

Las grandes pérdidas sufridas obligaron a disolver la Sección James Connolly, en vista de lo cual voluntarios irlandeses fueron incorporados a los batallones inglés y norteamericano de la 15ª Brigada Internacional Abraham Lincoln, que acababa de formarse. Encuadrados en esta brigada, participaron en la célebre batalla del Jarama. Durante esta operación hubo reveses y éxitos. Frank Ryan describe así uno de los combates:

"Por la carretera de Chinchón a Madrid, la misma por la que habíamos marchado al ataque tres días antes, andaban desperdigados los combatientes supervivientes: varios centenares de ingleses, irlandeses y españoles. Deprimidos por las grandes pérdidas, la retirada y la falta de víveres, agotados por tres días de combates extenuadores, nuestros hombres parecían haber llegado a un límite en el que era ya imposible toda resistencia. Algunos bajaban aún en desorden de las cotas que sólo una hora antes formaban la línea del frente. Esa línea había dejado de existir... Después de tres días de lucha encarnizada, los fascistas, superiores a nosotros en número y armamento, lograron una victoria. Al retroceder, todos hablábamos de lo mismo: de los camaradas caídos, de las condiciones infrahumanas, del gran cansancio casi insuperable... Reconocí

[8] *The Worker*, 6.II.1937.

a un joven comisario de una compañía española. Con una mano ensangrentada —había recibido un balazo— volteaba nervioso su metralleta y ora amenazaba a sus soldados, ora les suplicaba. Pedí a Manuel que le tranquilizara y le asegurase que reuniríamos rápidamente a los hombres. Conté cuántos habíamos quedado y decidí volver atrás, al encuentro del enemigo, a lo largo de la carretera de San Martín de la Vega, y atacar a los moros...

Los combatientes estaban tendidos en grupos en la cuneta de la carretera, comiendo con ansia las naranjas que les habían arrojado desde un camión al pasar por allí... Yo no podía apartar la vista de las cotas que habíamos abandonado... Se dio la orden de formar. Los soldados se levantaron con dificultad y formaron de cuatro en fondo. Algunos seguían aún en la hierba poniendo en orden los cascos y los fusiles. "¡De prisa!", les gritamos desde la columna. Delante de nosotros, en la carretera, Jack Cunningham (jefe del batallón. —*N. de la Red.*) reunía a otro grupo de combatientes. Aceleramos el paso, los alcanzamos y me puse con él al frente de la columna... Los que nos seguían caminaban en silencio. Sus pensamientos no eran, sin duda, agradables. Recordé los tiempos en que celebrábamos manifestaciones ilegales y, volviendo bruscamente la cabeza hacia ellos, grité: "¡Vamos, a cantar!"

Disonante al principio, la canción se extendió después, cada vez más fuerte, sobre las filas de combatientes... Las espaldas encorvadas se enderezaron y los pies cansados caminaron con mayor firmeza. Y los que unos minutos antes parecían un tropel derrotado, marcharon al combate con el mismo orgullo que tres días antes. Sobre el valle resonó:

...Agrupémonos todos
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional...

Avanzamos, acercándonos más y más a la primera línea... Volví la cabeza. Tras un bosque de puños en alto, haciendo el saludo antifascista, caminaba un extraño destacamento: hombres sin afeitar, ensangrentados, sucios, pero plenamente decididos a pelear de nuevo. Junto a la carretera estaba, de pie, el jefe de nuestra brigada, general Gál... Le saludamos con un triple "¡hurra!" Habló con nosotros concisamente, expresivamente. Disponíamos de hora y media hasta el anochecer para reconquistar las posiciones perdidas. "¿Ruptura en el flanco derecho? Un batallón español viene en nuestra ayuda". Volvimos a cantar *La Internacional.* La cantamos en francés. Se unió a nosotros un grupo de franceses y belgas. Pasamos por delante de un batallón de españoles. Se contagiaron de nuestro entusiasmo y cantaron también. El único, me parece, que no cantó fue Jack Cunningham. Con las manos en los

bolsillos del capote, caminaba al frente de sus soldados... Nosotros cantábamos, él planeaba el ataque...

Aparecen ante nuestra vista unos olivares y desplegamos a la izquierda. Nos encontramos, por fin, en una cresta que jamás volveremos a abandonar: mientras nos mantengamos en ella, la carretera de Madrid a Valencia estará libre. Las balas silban, golpean en la tierra, alcanzan a los hombres. Gritos, quejidos... Pero los hombres cantan.

Pegados a tierra, abrimos fuego contra los olivares. No hay ni secciones ni siquiera compañías. Pero algunos combatientes se lanzan adelante. Otros siguen su ejemplo inmediatamente. Lo siguen incluso con excesiva rapidez, pues eso nos impide a veces disparar... Atacamos. Atacamos sin cesar. Me arrastro hacia adelante y de pronto comprendo con claridad, con una alegría incontenible, que somos nosotros los que atacamos y son ellos los que retroceden..."[9]

La ofensiva fascista fue rechazada. Pero los voluntarios, sin exceptuar los irlandeses, pagaron cara esta victoria. Perecieron los mejores y más valientes de entre ellos, como el sacerdote R. M. Hilliard, al que se dio el apodo de "cura-boxeador" porque peleaba hábilmente en el ring. Al comienzo de la ofensiva fascista, con un pequeño grupo de soldados carentes de fusiles antitanque y bombas de mano, resistió varios ataques de los carros enemigos. Junto con él murieron Eamon McGrotty, de Derry, miembro de la orden católica de los Hermanos Cristianos Irlandeses; William Fox, Bill Henry y Dick O'Neil, de Belfast; Hugh Bonar, de Donegal; Liam Tumilson, ex miembro de la secta antinacional "Orange Order", que, sin embargo, demostró en España su fidelidad a la causa de la liberación nacional irlandesa y de la solidaridad internacional; Paddy McDaid, que defendió heroicamente el edificio de "Four Courts", en Dublín, durante la guerra civil de 1922; Charlie Donnelly, estudiante de un colegio de Dublín y poeta de talento, uno de los líderes del Congreso Republicano Irlandés. Al salir para España, interrumpió un libro que estaba escribiendo sobre la vida de James Connolly.

La mayor pérdida sufrida por los irlandeses fue la muerte del capitán Kit Conway. Dieciséis años antes se había acreditado como un magnífico jefe guerrillero en la lucha contra los imperialistas británicos y contra los partidarios del tratado con Inglaterra. Enemigo indomable del fascismo, ingresó en el Partido Comunista Irlandés y era muy conocido en numerosas regiones del país por su combativa resistencia a los "camisas azules". Teniendo en cuenta el ambiente de hostilidad a los defensores de la España republicana, muchos voluntarios se vieron obligados a salir furtivamente de Irlanda. Pero Conway, activista de la sección sindical de

---

[9] *The Book of the XV Brigade*. Madrid, 1938, pp. 58-61.

obreros de la construcción, el día de su partida para España pronunció un discurso en las obras en que trabajaba. Explicó a los obreros lo que ocurría en España y dijo: "Antes abonaré con mi cuerpo la tierra de España que permitir la victoria del fascismo".

En marzo de 1937, numerosos irlandeses heridos en el Jarama (como, por ejemplo, Peter Daly, del condado de Wexford) después de curarse volvieron a la base de Albacete, donde se estaba formando una nueva compañía. Se incluyó en ella una sección anglo-norteamericana, otra latinoamericana y otra de irlandeses e ingleses. La compañía quedó incorporada al 20° Batallón.

Dos irlandeses —Peter Daly y Paddy O'Daire— fueron tenientes de la compañía anglo-norteamericana, que tomó parte en los combates de Pozoblanco. Tras cuatro meses de lucha en el Frente Sur, se les llamó a Albacete para incluirlos en la 15ª Brigada Internacional, que había sido reorganizada.

Del 6 al 26 de julio, los voluntarios irlandeses participaron en la batalla de Brunete, en la que perdieron la vida Thomas Morris; dos camaradas de Belfast: William Laughran y William Beattle; William Davis, de Dublín, Michael Kelly, de Bollinaslow. Otro irlandés, George Brown, uno de los dirigentes del movimiento comunista y obrero de Manchester, fue muerto por una bala fascista cuando yacía herido al borde de la carretera. Después de la batalla de Brunete, los batallones de la 15ª Brigada Internacional volvieron a ser reorganizados. Peter Daly fue nombrado jefe del Batallón Británico. Resultó gravemente herido en el Frente de Aragón, durante la toma de Quinto, y falleció en el hospital de Benicasim.

Cuatro meses más tarde, en los combates de Teruel cayeron otros tres irlandeses: Peter Glacken, Francis O'Brien y David Walshe, un joven de Ballina (Irlanda Occidental).

Durante la ofensiva fascista en Aragón, iniciada el 9 de marzo de 1938, murió como un héroe Ben Murray, obrero de Belfast, al tratar de cerrar el paso a las tropas de Franco.

En el mismo frente, los fascistas italianos hicieron prisionero a Frank Ryan, ayudante de la 15ª Brigada con el grado de comandante. Se le formó con otros prisioneros en la carretera y, amenazándoles con las bayonetas, trataron de obligarles a hacer el saludo fascista. Ryan se negó orgullosamente. Los fascistas le dijeron que lo iban a matar, pero él siguió mirándolos con desprecio. Entonces lo condujeron ante un pelotón, los soldados apuntaron y simularon un fusilamiento. Ryan siguió manteniéndose firme. Y no lo fusilaron. Un alto oficial consideró que un comandante del Ejército Republicano era una buena presa y podría ser canjeado por alguno de los oficiales fascistas italianos hechos prisioneros. Lo encerraron en un campo de concentración y, más tarde, en la cárcel de San Pedro de Cárdenas, donde los fascistas trataron en vano de quebrantar su firmeza por medio de torturas. Luego fue

FASCIST WARSHIPS IN DUBLIN BAY!

AT the end of July two Italian warships are announced to arrive in Dublin Bay — on a so-called courtesy visit.

Not long ago a German Nazi training ship came here. Why this anxiety of the dictators to show "friendship" to this country?

Such friendship is not welcoming. These visits of the fascist naval forces are part of the plan to spread fascist propaganda in an effort to arouse a friendly feeling among the people of this country for dictators.

With poison gas and bombs from the air, Mussolini's Blackshirts murdered and slaughtered the people of Abyssinia and robbed that country of its food-producers. When Hitler seized Austria, Mussolini supported him, though he had guaranteed to maintain Austrian independence.

The Irish people, who have fought so hard for freedom, can have no friendship for Fascism — either Italian or German — which is today a menace to world peace.

BOMBS FROM THE AIR

HOUSES WRECKED

CHILDREN MURDERED

CITIZENS OF DUBLIN, PROTEST AGAINST THIS FASCIST PROPAGANDA VISIT

NO TRUCK WITH FASCISM

FOR two years the people of Republican Spain have fought against the combined forces of Mussolini and Hitler.

Barcelona, Madrid, Bilbao, Tarragona and other centres in Spain have suffered the horrors of air raids. Mussolini openly boasts that he is smacking the airplanes bombs and pilots responsible for the cruel warfare against the women and children of Republican Spain.

This is supposed to be a civil war. It is nothing of the kind. The Spanish people are fighting for liberty against a foreign fascist invasion.

Frank Ryan, Republican fighter and leader of the Irish Unit, International Brigade, is now a prisoner in a Franco jail. Italian officers control Franco territory and it is they who hold Frank Ryan prisoner. DEMAND HIS RELEASE!

The people of Dublin can extend no welcome to the warships of Mussolini — the user of poison gas, the betrayer of Austria, the bomber of Spanish women and children and the jailer of Frank Ryan.

Cartel publicado por los antifascistas irlandeses para protestar contra la visita a Dublin de buques de guerra italianos y exigir la libertad de Frank Ryan, cautivo de los franquistas

trasladado a la Prisión Central de Burgos, donde un tribunal militar lo condenó a muerte. En Irlanda se constituyó un comité especial, integrado por prestigiosas personalidades sociales, que emprendió una campaña pro liberación de Ryan. No se logró este objetivo, pero los fascistas se vieron obligados a conmutar la pena de muerte por la de treinta años.

Las bajas sufridas por los voluntarios irlandeses en muertos y heridos durante los combates de 1937 y 1938 fueron repuestas con luchadores llegados de la patria. Hombro a hombro con los ingleses, norteamericanos, canadienses, chipriotas y representantes de otros pueblos integrantes de la 15ª Brigada Internacional, los nuevos voluntarios irlandeses y los veteranos pasaron el Ebro y participaron en los combates posteriores en la Sierra de Pandols. Allí, la lista de héroes irlandeses caídos en la lucha se completó con nuevos nombres: Jimmy Straney, Maurice Ryan y Paddy O'Sullivan, jefe de la 1ª Compañía del Batallón Británico.

El 22 de septiembre de 1938, dos años después de llegar a Madrid el primer antifascista irlandés, murieron en combate otros dos compatriotas: Liam McGregor, joven comisario y destacado activista del Partido Comunista de Irlanda, y Jack Nalty, oficial de una compañía de ametralladoras, que fue a España con el primer grupo de Frank Ryan. Las balas fascistas segaron la vida de activos militantes del movimiento republicano, sindical y comunista.

Al ser retiradas las Brigadas Internacionales de los frentes de España, en septiembre de 1938, terminó también el servicio de los antifascistas irlandeses en las filas de su Ejército Popular. En diciembre emprendieron el regreso a la patria. Los voluntarios cumplieron el juramento de solidaridad y salvaguardaron el honor del pueblo irlandés y sus tradiciones de amor a la libertad. Su lucha fue una expresión natural de los vínculos tradicionales del movimiento de liberación nacional irlandés con la causa de la solidaridad internacional de los trabajadores.

El número de voluntarios irlandeses de las Brigadas Internacionales fue pequeño si se le compara con el de otros pueblos, pero deben tenerse en cuenta las difíciles condiciones políticas en que se sumaron al movimiento. De los 127 voluntarios irlandeses, 55 entregaron su vida en los frentes de España. Los periódicos de Irlanda informaron raramente de la muerte de los irlandeses enrolados en las Brigadas Internacionales. Sólo el semanario progresista *Irish Democrat* habló de su lucha y su heroísmo.

Cuatro de los veteranos "españoles" combatieron durante la segunda guerra mundial en las tropas antihitlerianas: Paddy O'Daire, que se ganó el grado de comandante; Alec Digges, que desempeña en la actualidad un alto cargo en la Asociación de la Brigada Internacional y de Amigos de la España republicana; Michael Lehane, muerto en un buque mercante noruego durante

un choque armado con el enemigo, y Paddy Roe Mc'Laughlin.

Quienes regresaron a su lugar de origen tropezaron con numerosas dificultades, originadas por el desempleo, que hacía estragos en Irlanda. La perspectiva de encontrar trabajo era singularmente dudosa para los combatientes antifascistas que habían estado en España. Y pese a ello, muchos volvieron a la patria y prosiguieron la lucha.

Donal O'Reilly reanudó su actividad sindical. Hoy es miembro del Sindicato de Estuquistas de Irlanda y del Consejo Sindical de Dublín.

Michael O'Riordan, voluntario internacional irlandés (en la actualidad, Secretario General del Partido Comunista Irlandés)

Jim Prendergast ocupó su puesto en el Partido Comunista Irlandés. Con posterioridad trabajó entre los obreros irlandeses emigrados en Inglaterra y ahora es dirigente del Sindicato Nacional Ferroviario. Paddy Duff, uno de los primeros voluntarios irlandeses que llegaron a España, es funcionario retribuido de la Unión Obrera de Irlanda. Michael O'Riordan, John Power y Paddy Smith hubieron de pasar los años de la segunda guerra mundial en un campo de concentración irlandés. James F. O'Regan y Liam O'Hanlon cumplieron condenas de nueve años en cárceles inglesas por participar en la lucha en defensa de la República Irlandesa. Hugh Hunter reanudó su infatigable labor como activista del movimiento comunista irlandés. Peter O'Connor ocupó el puesto de consejero de trabajo en su ciudad natal: Waterford. Otros, como Frank Edwards y Thomas O'Brien, continuaron sus actividades en las filas de las fuerzas progresistas de Irlanda.

Gracias a los esfuerzos de los ex voluntarios, la verdad acerca de España se abrió paso, en fin de cuentas, en la conciencia del pueblo irlandés. En este sentido es elocuente el siguiente hecho. La visita "amistosa" de los buques de guerra fascistas italianos al puerto de Dublín en 1938 desencadenó una tempestad de protestas. Los oficiales fascistas, recibidos por manifestaciones de

obreros que cantaban el himno revolucionario *Bandiera Rossa*, se vieron obligados a huir de las calles de la ciudad. Esta canción la llevaron a Dublín por vez primera los voluntarios irlandeses de las Brigadas Internacionales, que la habían aprendido de sus compañeros de lucha italianos: los garibaldinos.

Una de las tareas más importantes que tenían planteada los internacionales que regresaron de España era luchar por la libertad de Frank Ryan del cautiverio franquista. Como hemos dicho ya, se constituyó con este fin un comité, que organizó mítines y acciones de protesta. Deseoso de sofocar la campaña, el Gobierno De Valera afirmó públicamente, faltando a la verdad, que en Burgos se trataba bien a Ryan. Más tarde se supo que Ryan había sido trasladado de Burgos a Alemania, muriendo en Dresde el 10 de junio de 1944. Sus restos reposan en la República Democrática Alemana y su tumba es cuidada con cariño por sus ex compañeros de armas de la 11ª Brigada Internacional.

De la misma manera que la agresión del fascismo a la República Española en 1936 tuvo en Irlanda gran resonancia, la intrépida lucha que sostiene actualmente el pueblo español contra el franquismo influirá, sin duda, en ella, pues es un país que no ha conquistado todavía la completa independencia nacional. De ahí que la solidaridad con España sea parte inalienable de nuestra lucha por la libertad nacional. Muchos irlandeses embotados en otros tiempos por el torrente de propaganda reaccionaria muestran ahora vivo interés por los acontecimientos de España. Comprenden con mayor claridad el contenido auténtico de la guerra de 1936-1939 cuando observan, por ejemplo, la creciente unidad de los obreros españoles comunistas y católicos o se enteran de que en algunas iglesias se exhorta a oponer resistencia al régimen franquista.

Aunque las fuerzas de la reacción son aún muy grandes en Irlanda, ninguno de sus adeptos se atreve ahora a convocar un mitin público en apoyo de Franco. Ninguno de ellos conmemoró el trigésimo aniversario de la sublevación de los generales. En cambio, el Movimiento Juvenil Connolly, surgido en 1964, celebró con una conferencia pública el aniversario del comienzo de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español. La Sociedad Católica de San Laurencio del Colegio de la Trinidad, de Dublín, organizó un simposio dedicado a la guerra de España, en el que participaron Peaddar O'Donnell, en nombre de los Amigos Irlandeses de la República Española, y Michael O'Riordan, ex voluntario de las Brigadas Internacionales. La Unión Estudiantil Irlandesa manifiesta su solidaridad con la lucha de los estudiantes españoles. Estos cambios en la sociedad irlandesa son resultado, en grado considerable, de la incesante lucha del pueblo español contra el franquismo. Y son una recompensa para quienes, en nombre de todo el pueblo irlandés, cumplieron a costa de la propia

vida con su deber internacional en los campos de batalla de España.

Las tradiciones antifascistas de las unidades irlandesas de las Brigadas Internacionales están vivas en la memoria de la nueva generación de combatientes. Están vivas en las filas del Partido Comunista Irlandés, en las organizaciones laboristas y sindicales irlandesas, en el movimiento republicano y en el Movimiento Juvenil Connolly, fundado para difundir los ideales de liberación nacional y social y de solidaridad internacional.

ITALIA

La guerra de Italia contra Abisinia terminó formalmente en mayo de 1936 con la ocupación de Addís-Abeba. Para el fascismo fue un gran éxito no tanto militar como político. Los cabecillas fascistas presentaron a las masas su aventura africana como una campaña emprendida por Italia, injustamente preterida, para asegurar a su pueblo un mínimo de bienestar. Este truco propagandístico, basado en el lema nacionalista del "gran proletario" que se alza para conquistar "un puesto bajo el Sol", estaba muy lejos de ser nuevo. Había sido puesto en juego, y no sin cierto éxito, ya en 1911 durante la guerra anexionista de Italia con Turquía por Libia. Entonces, las acciones antimilitaristas de las organizaciones proletarias debilitaron la influencia de esta consigna imperialista entre las masas.

En 1935 y 1936, los esfuerzos propagandísticos de los cabecillas fascistas y su guerra de rapiña contra Abisinia fueron respaldados por la hipócrita política de la Sociedad de las Naciones y por el Gobierno de los EE.UU. En la práctica, las "sanciones" contra el agresor proclamadas por las potencias occidentales no obstaculizaron lo más mínimo la continuación de la guerra: prosiguió la venta de materias primas estratégicas al Gobierno italiano y sus barcos con tropas y armas, lo mismo que sus buques de guerra, cruzaron sin ningún impedimento el Canal de Suez hacia las costas africanas. Además, las declaraciones de protesta de los gobiernos de las "grandes potencias" occidentales contra la agresión de Italia a Abisinia no repercutieron lo más mínimo en las relaciones de amistad entre ellos y el Estado fascista italiano.

La demagógica propaganda fascista alcanzó gran amplitud en Italia en la aureola de las victorias militares y de los éxitos de la política exterior. Mussolini aprovechó la difícil situación del pueblo, agravada por la crisis económica de 1931 y 1932, para engañar a las masas con promesas de una futura prosperidad del gran imperio fascista. La política agresiva del fascismo italiano fue apoyada por las altas jerarquías de la Iglesia católica, elementos pequeñoburgueses y representantes de los medios políticos diri-

gentes antes de subir el fascismo al poder. La vanguardia de la clase obrera y algunos grupos políticos enemigos del régimen fascista fueron los únicos que no picaron en el anzuelo de las consignas nacionalistas.

En un llamamiento del Partido Comunista Italiano publicado en octubre de 1935 en su órgano central, *Lo Stato Operaio,* se decía: "Uno de los aspectos más trágicos de la situación creada en Italia es que el pueblo desconoce el verdadero estado de cosas y el curso real de los acontecimientos".

Y sin embargo, a pesar de la propaganda y del terror fascistas que reinaban entonces en Italia, el año de 1936 se distinguió por un ascenso del movimiento antifascista en el país. El gran impulso renovador que, como decía Palmiro Togliatti, había dado el VII Congreso de la Comintern al movimiento comunista y obrero internacional sirvió de estímulo al Partido Comunista Italiano para aplicar con espíritu de iniciativa la táctica del frente único. Se avivó y reforzó la unidad de acción de los comunistas y socialistas italianos en la emigración. Fue un éxito de la labor conjunta la celebración en Bruselas, el 12 y 13 de octubre de 1935, de un Congreso de italianos, en el que participaron 371 delegados de Europa y América en representación de todos los grupos antifascistas sin distinción de credos políticos y religiosos. "¡Paz inmediata con Abisinia! ¡Abajo Mussolini!": con estas palabras terminaba el llamamiento del Congreso a los trabajadores del mundo entero.

En aquellos años se crearon en Francia, bajo la influencia de los crecientes éxitos del Frente Popular, condiciones más favorables para la actividad legal de las organizaciones de antifascistas italianos emigrados, que hasta entonces habían sido perseguidas y represaliadas por la policía francesa. El triunfo del Frente Popular en Francia dio un nuevo impulso a la acción de las fuerzas antifascistas en la propia Italia. La experiencia de lucha de los trabajadores franceses influyó en las grandes masas y fue aplicada en la labor revolucionaria tanto de los comunistas como de otros grupos clandestinos.

Los acontecimientos de España en el verano de 1936 repercutieron con fuerza singular en el desarrollo del espíritu antifascista y del movimiento oposicionista entre las masas. Desde el primer día de la sublevación militar fascista, los trabajadores italianos expresaron su solidaridad con la República Española. Los antifascistas, sobre todo los que se encontraban en Francia y Bélgica, empezaron a recaudar dinero para prestar ayuda al pueblo español. A mediados de agosto de 1936, el Comité de Ayuda había reunido ya 38.000 francos.

En Italia —en Roma, Milán, Génova, Bolonia, Módena y otras ciudades— tuvieron lugar manifestaciones de solidaridad con el pueblo español, se distribuyeron octavillas y en los muros de las casas aparecieron inscripciones que decían: "¡Viva Largo Caba-

llero! ¡Abajo Mussolini!" El Partido Comunista hizo una colecta para la España republicana. El periódico clandestino *Unitá* informó que en un mes se habían recaudado 100.000 francos. El interés en el país por los acontecimientos españoles fue en aumento. El número de radioyentes de las emisoras antifascistas clandestinas creció de día en día. Los comunistas italianos les hicieron llegar programas diarios —a través de las emisoras del Partido Comunista de España y del Partido Socialista Unificado de Cataluña—, en los que informaban detalladamente de los acontecimientos en España y de la heroica lucha del pueblo español por su independencia y denunciaban la criminal política de intervención aplicada por Mussolini.

Un hecho que permite juzgar del volumen que alcanzó la intervención italiana en España es la declaración hecha por el conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores de Italia, durante su entrevista con Hitler en 1940. Ciano dijo entonces que Italia había gastado en la guerra de España 14.000 millones de liras. Tras largas negociaciones con Franco, esta suma fue reducida a la mitad, a 7.500 millones de liras, en la cuenta presentada al Gobierno franquista.

Según informaciones de la prensa italiana, durante toda la guerra Italia envió a los sublevados españoles 1.930 cañones, más de 7.500.000 proyectiles de artillería, cerca de 250.000 fusiles y 324 millones de cartuchos para ellos, 10.135 metralletas, 7.663 automóviles y camiones y 950 tanques y vehículos blindados. La marina de guerra de los franquistas se completó con 91 buques submarinos y de superficie italianos. Por otra parte, 92 mercantes de la flota italiana transportaron tropas y armamento para los rebeldes. En las operaciones intervinieron al lado de Franco 6.011 pilotos italianos (5.699 militares y 312 civiles), que efectuaron 86.420 vuelos de combate y 5.318 bombardeos. Desde los aviones fueron arrojadas 11.584 toneladas de bombas. Además de los aviones de las Fuerzas Aéreas italianas que participaron en la intervención, Mussolini suministró a los insurgentes 763 aviones de guerra y 1.414 motores de aviación de repuesto.

El periódico oficioso italiano *Force Armate* comunicó el 8 de junio de 1939 que en la guerra contra la República Española habían participado 100.000 soldados y oficiales del ejército regular italiano y camisas negras, pertrechados y equipados con todo lo necesario. Existen fundamentos para suponer que los verdaderos efectivos de las fuerzas expedicionarias italianas en España fueron, por lo menos, el 50% mayores.

La prensa mundial publicó datos acerca de la intervención italiana en los asuntos españoles al mismo tiempo que informaba de la sublevación de los generales fascistas en España. Tres días antes del levantamiento de los facciosos, el 15 de julio de 1936, Mussolini firmó la primera orden sobre el envío de aviones

italianos al Marruecos Español para transportar a España las tropas africanas del general Franco.

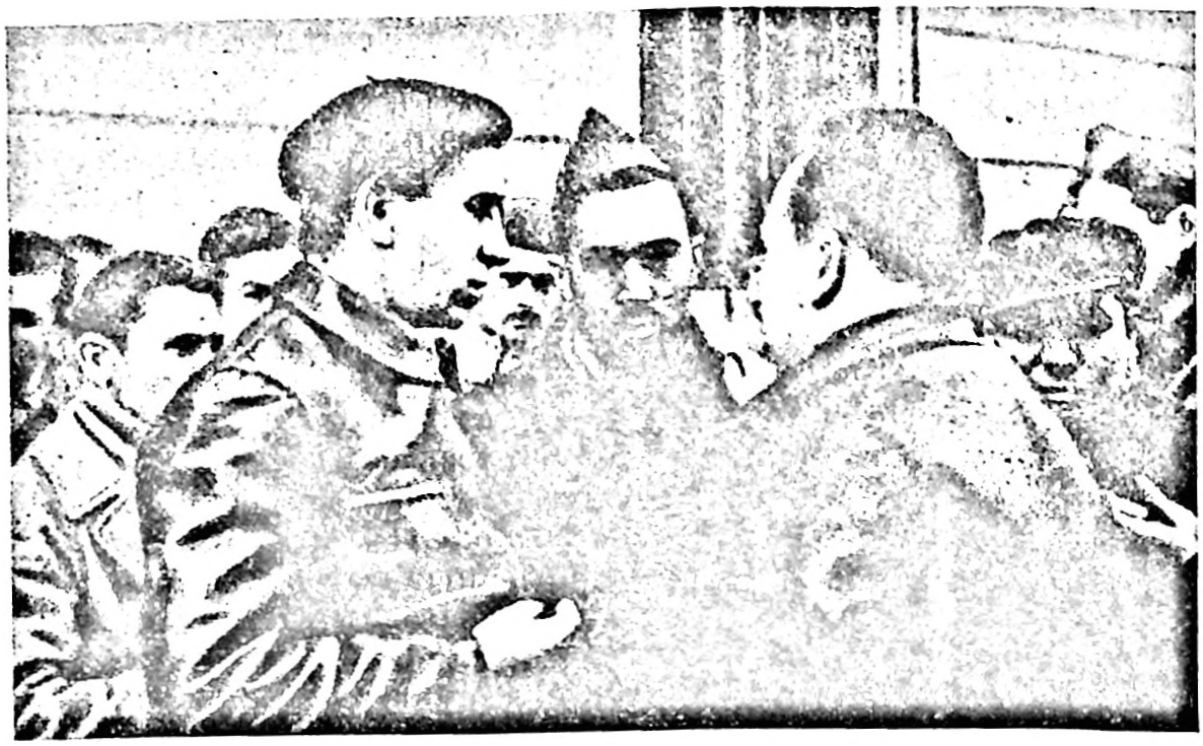
En las semanas y los meses posteriores zarparon de Gaeta (cerca de Nápoles) y de otros puertos italianos, rumbo a España, los buques *Lombardía, Cerdeña, Sicilia, Liguria* y *Toscana,* llevando a bordo armamento, munición, tropas e instructores militares. Además, de Milán y otras ciudades despegaron escuadrillas de aviones de guerra Fiat, Caproni y Savoia Marchetti para apoyar las operaciones de los sublevados españoles. La isla de Mallorca fue prácticamente ocupada y convertida en base principal de la aviación italiana que actuó contra las tropas republicanas y la población civil.

La agresión armada de la Italia fascista a la República Española no fue una aventura bélica casual: formó parte de la política general de expansión militar, dictada por los intereses del imperialismo italiano, por su afán de transformar el Mediterráneo en un lago italiano.

Ya en 1934, el Gobierno de Italia inició negociaciones con representantes de los monárquicos españoles y subsidió su labor de zapa contra el Gobierno democrático de la República Española, prometiéndoles que, en caso de lucha abierta contra ésta, les apoyaría con dinero, hombres. aviones y material de guerra.

La intervención armada del fascismo mussoliniano contra la España republicana no gozó de popularidad entre las masas del pueblo italiano. La creciente envergadura de las operaciones militares hizo necesario movilizar contingentes cada día mayores de hombres para reforzar las tropas expedicionarias italianas, aumentó el número de muertos y heridos y agigantó los gastos de guerra, lo que repercutió negativamente en la situación de los trabajadores. Todo ello acentuó el descontento entre la población italiana, que simpatizaba con el pueblo español. Las noticias de los italianos que combatían por la libertad al lado de la República Española acrecentaban este sentimiento y contribuían a redoblar la actividad de los grupos y organizaciones antifascistas. En el país se hicieron más frecuentes las detenciones. Tribunales especiales fascistas dictaron numerosas sentencias contra antifascistas, sobre todo comunistas, por hacer propaganda en favor de la República Española y organizar el cruce ilegal de la frontera por voluntarios italianos.

La solidaridad con el pueblo español aumentó de día en día, uniendo estrechamente a todas las fuerzas antifascistas italianas. El Partido Comunista, el Partido Socialista y el Partido Republicano firmaron el 25 de agosto de 1936 un pacto de unidad de acción en la ayuda a España. Más tarde, el 31 de diciembre del mismo año, dichos partidos publicaron un manifiesto contra la intervención fascista, en el que se decía: "¡Las tropas deben retirarse de España!" Así pues, la unidad de acción de todas las fuer-



L. Longo y U. Vidali conversan con voluntarios italianos

zas progresistas italianas se hizo realidad, por vez primera, en los frentes de España durante la lucha armada contra el fascismo.

Los antifascistas italianos que residían en España como emigrados políticos se incorporaron inmediatamente a los destacamentos de las Milicias Populares y lucharon contra los sublevados. Ettore Guaglierini (Pablo Bono) participó en la organización del 5° Regimiento de las Milicias Populares, formado por el Partido Comunista de España, y más tarde, al crearse las unidades del Ejército Popular regular, fue nombrado comisario de un cuerpo de ejército. Vittorio Vidali (Carlos Contreras), dirigente de la Sección Española del Socorro Rojo Internacional, encabezó desde los primeros días el 5° Regimiento como comisario.

En los tenaces combates librados en la Sierra de Guadarrama durante el verano de 1936, las unidades del 5° Regimiento cerraron el paso a los insurgentes, que pugnaban por entrar en Madrid. En aquellas primeras batallas por la capital cayeron como héroes Guido Giacobini, Fernando de Rosa y tantos otros italianos.

Para los antifascistas italianos, la muerte de Fernando de Rosa constituyó una pérdida singularmente sensible. Militante activo del movimiento juvenil socialista italiano y español, Fernando de Rosa había participado en la insurrección de Asturias en 1934 y cayó al frente del Batallón Octubre, organizado por la JSU.

Los primeros voluntarios italianos procedentes del extranjero entraron en España en agosto de 1936. Eran emigrados políticos residentes en Francia. Enrolados en la 22ª Centuria de las Mili-

cias Populares, formada en el Cuartel Carlos Marx, de Barcelona, entraron en fuego contra los fascistas en el Frente de Aragón. El 22 de agosto, en el combate por Tardienta, pereció uno de los primeros el comunista italiano Paolo Comida.

A fines de agosto llegó al Frente de Aragón otro grupo de voluntarios italianos. Lo formaban varios centenares de hombres de convicciones políticas diferentes al mando de Carlo Rosselli, dirigente de la organización Justicia y Libertad, fundada por los antifascistas emigrados en Francia. La columna constaba de dos compañías: una de ametralladoras y otra de infantería. En el primer combate junto a Monte Pelado murieron como héroes Mario Angeloni y otros cinco italianos. Angeloni era en Italia un conocido abogado defensor de los activistas de las organizaciones obreras ante los tribunales fascistas, por lo que había sido encarcelado y condenado.

En aquellos mismos días, un grupo de voluntarios italianos peleó en el Frente Norte, defendiendo la ciudad de Irún contra las tropas del general faccioso Mola. En el campo de batalla quedaron muchos italianos; entre ellos, los comunistas Remigio Maurovic y Alberto Donati y el socialista Pietro Bertoni.

Después de caer Irún, los voluntarios se replegaron a Francia y volvieron a España, donde formaron con otros italianos la Centuria Gastone Sozzi. Le dieron este nombre en honor de un comunista italiano asesinado en la cárcel por la policía fascista. La centuria fue incorporada a la Columna Libertad, de las Milicias Populares de Cataluña, que peleó en el Frente de Madrid. Integraban la centuria 86 italianos, 29 polacos, diez franceses, un danés y varios belgas; la mandaba el comunista Antonini y era su comisario Francesco Leone, ambos voluntarios italianos.

Además de las unidades y destacamentos de combate enumerados, en los que pelearon la mayoría de los voluntarios italianos, hubo también pequeños grupos en las Milicias Populares de Aragón y en las unidades regulares del Ejército Popular. En particular, en el período inicial de la guerra fueron destinados a la aviación republicana diez pilotos voluntarios italianos. El 30 de septiembre murió en un combate aéreo sobre Toledo el piloto Giordano Viezzoli, al que un tribunal fascista había condenado en Italia a seis años de cárcel por sus actividades en el Partido Republicano Italiano. Aquel mismo otoño murió cerca de Madrid en misión de combate otro piloto comunista italiano, Primo Gibelli, llegado de la URSS.

Luigi Longo expresó los sentimientos y pensamientos de los voluntarios italianos en un discurso pronunciado el 18 de septiembre de 1936, en Madrid, al entregar al 5° Regimiento una bandera del Partido Comunista Italiano. En él dijo:

"Los mártires italianos de la lucha antifascista, los miles de combatientes que el fascismo tiene encarcelados, están también

mentalmente con vosotros. La causa por la que han sacrificado la libertad y la vida es la misma causa por la que combatís hoy vosotros. Las aspiraciones de pan y trabajo, simbolizadas en la espiga y el martillo bordados en nuestra bandera, son vuestras propias aspiraciones. El pueblo de España defiende en este momento en los diversos frentes de guerra la causa del trabajo contra la explotación, de la libertad contra la opresión, de la civilización contra la barbarie... Por eso, vuestra lucha es la lucha de todos los pueblos que aspiran a la paz, la libertad y el bienestar.

El fascismo italiano, los explotadores y opresores del pueblo italiano, están con los enemigos de la libertad, a los que envían armas, aviones y pilotos. ¡Pero el pueblo italiano está de todo corazón con vosotros, soldados de la libertad!... Centenares de italianos piden que se les conceda el honor de enrolarse en las Milicias Populares para sostener al lado vuestro la batalla común por la libertad. Por eso, la bandera que entrego a vuestro regimiento no es sólo un presente del Partido Comunista Italiano, sino que simboliza la solidaridad de todo el pueblo italiano con la España republicana"[1].

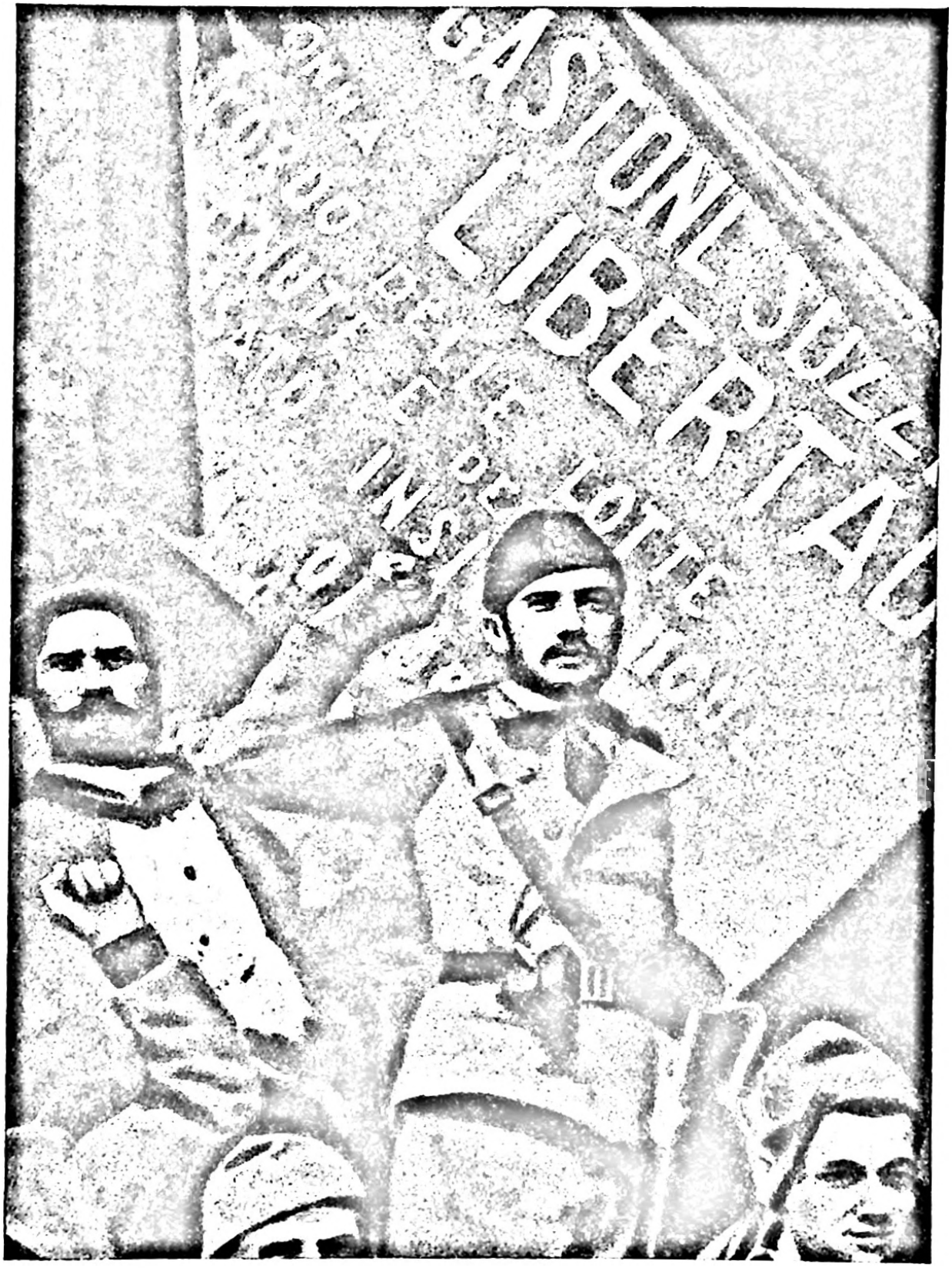
En el otoño de 1936, la lucha de la República contra los sublevados y los intervencionistas adquirió el carácter de una gran guerra. El Gobierno del Frente Popular emprendió la formación del ejército regular. Entre sus primeras unidades fueron organizadas las Brigadas Internacionales, a las que se incorporó también a voluntarios antifascistas llegados de numerosos países, que combatían en centurias y columnas diversas.

Una de las primeras unidades internacionales regulares fue el Batallón Giuseppe Garibaldi, nombrado así en honor del héroe nacional de Italia. Quedó formado en Albacete, en octubre, cuando empezaron a llegar allí organizadamente y en gran número voluntarios italianos procedentes de Francia, Bélgica, Suiza, San Marino, Norteamérica, la URSS y directamente de Italia. Se enrolaron en el batallón más de 500 hombres de todas las edades (de 18 a 50 años), de diversos sectores de la población y de convicciones políticas diferentes: comunistas, que constituían la mayoría, socialistas, republicanos, "jilistas" (miembros de la organización Justicia y Libertad) y numerosos sin partido, entre los que había no pocos católicos. Mandó el batallón Randolfo Pacciardi, dirigente del Partido Republicano Italiano, siendo sus comisarios políticos el comunista Antonio Roasio y el socialista Amedeo Azzi.

Por consiguiente, la composición del batallón y de su dirección reflejaba la alianza y la unidad —que se mantuvo durante toda la guerra española— de las principales fuerzas políticas del movimiento democrático antifascista italiano. Los garibaldinos vieron en

---

[1] Luigi Longo (Gallo). *Le brigate internazionali in Spagna.* Roma, 1956, p. 27.



Combatientes de la Centuria Gastone Sozzi

sus filas, al lado de los dirigentes del Partido Comunista Italiano —Palmiro Togliatti (Mario Ercoli), representante de la Internacional Comunista, y Luigi Longo (Gallo), que era Comisario General de las Brigadas Internacionales—, al dirigente de los socialistas italianos, Pietro Nenni.

Del total aproximado de 4.000 voluntarios italianos, 1.822 eran comunistas; 137, socialistas; 124, anarquistas y 55, militantes de partidos democráticos radicales. El grupo de voluntarios no pertenecientes a ningún partido era el más numeroso. Debe destacarse que casi la mitad de los voluntarios representaba a la clase obrera italiana.

El 10 de noviembre de 1936, sin terminar de organizarse el Batallón Garibaldi fue enviado urgentemente al Frente del Centro, formando parte de la 12ª Brigada Internacional al mando de Máté Zalka (Lukács) y con Luigi Longo como comisario. En dicho frente peleaba ya la 11ª Brigada Internacional, de la que era comisario Giuseppe di Vittorio (Nicoletti), destacado dirigente del PCI. Al principio, el batallón participó en un ataque a las posiciones fascistas en el Cerro de los Angeles, al sur de Madrid. El convento que se alzaba en la cima del cerro, fortificado por los sublevados, era una importante posición en el flanco oriental de la defensa de Madrid. Desde él se veían muy bien las carreteras que conducían a la capital y al aeródromo de Getafe, ocupado por los fascistas, y el propio aeródromo.

La ofensiva de la brigada no tuvo éxito, aunque los batallones, incluido el Garibaldi, llegaron combatiendo a la falda del cerro. Al final del primer día de lucha se hizo claro que para vencer no bastaba con la audacia y la decisión: hacía falta, además, preparación militar de los combatientes y una perfecta organización de las unidades y de la dirección del combate. En la brigada no había un enlace normal del Mando con las unidades; tampoco estaban organizados el suministro de munición y de víveres ni la evacuación de los heridos. Los resultados de esta lección se manifestaron seis días más tarde, cuando el batallón y toda la 12ª Brigada, corrigiendo la mayoría de los defectos señalados, entró de nuevo en fuego en otro sector del Frente de Madrid: en la Ciudad Universitaria. El 19 de noviembre, el Batallón Garibaldi tomó posición no lejos del Puente de San Fernando, en el río Manzanares, y varios días después relevó al Batallón Dombrowski (polaco) en el sector que llegaba hasta la Puerta de Hierro. En incesantes combates, que duraron hasta el 26 de noviembre, se rechazaron a costa de grandes pérdidas los furiosos ataques de los moros. En estas acciones perecieron 20 garibaldinos y resultaron heridos más de 150.

A partir del 30 de noviembre, el Batallón Garibaldi rechazó la ofensiva de los fascistas en el sector de Pozuelo de Alarcón, al noroeste de Madrid, y contraatacó al enemigo. El general Kleber —jefe del sector— dijo en una carta al comandante del Batallón,

Giuseppe di Vittorio ((Nicoletti), comisario de la 11ª Brigada Internacional, conversa en Albacete con unos combatientes

Pacciardi, refiriéndose a esta batalla: "Gracias a las brillantes acciones del Batallón Garibaldi, después de cuatro días de resistencia han sido rechazados los furiosos ataques del enemigo, apoyado por aviación, artillería y numerosos tanques, y consolidadas nuestras posiciones. El espíritu de sacrificio revelado por el Batallón Garibaldi ha unido estrechamente a su alrededor a todas las unidades que han defendido Pozuelo". Las siguientes cifras testimonian el encarnizamiento de estos combates: el 9 de diciembre, cuando la 12ª Brigada fue retirada a la reserva, los efectivos del Batallón Garibaldi habían disminuido casi a la mitad, pasando de 600 combatientes a 350.

A mediados de diciembre, las filas de los garibaldinos se vieron reforzadas con nuevos voluntarios italianos, que llegaban sin cesar. El grupo más numeroso —310 hombres— lo encabezaba el comunista Guido Picelli, ex diputado al Parlamento italiano y dirigente de la "defensa proletaria" en Parma durante la tristemente célebre marcha de Mussolini sobre Roma en 1922. Fue Picelli quien el 1 de mayo de 1926 izó la bandera roja sobre la alta torre de Montecitorio, edificio del Parlamento en Roma.

Con los nuevos voluntarios se formaron, además, dos compañías. Una de ellas, mandada por Bocchi y teniendo como comisario

a Locatelli, fue incorporada a la 14ª Brigada Internacional. A fines de diciembre, junto con la Compañía Británica y otras unidades del batallón de vanguardia de esta brigada, dicha compañía participó en una encarnizada batalla contra los fascistas, que habían roto el frente en el sur de España, en Andalucía. La compañía y todo el batallón contuvieron el avance del enemigo a costa de grandes pérdidas —de 600 hombres sólo quedaron en filas 200—, permitiendo así al grueso de las fuerzas de la brigada cumplir la misión que se le había encomendado. Cuarenta italianos, cercados en las montañas, fueron hechos prisioneros por los fascistas y fusilados. La otra compañía —más de cien hombres— formó dentro de la 15ª Brigada Internacional, junto con voluntarios de los países balcánicos y eslavos, el Batallón Jorge Dimitrov. Durante la batalla del Jarama mandó este batallón un voluntario italiano: el comandante Carlo Penchienati.

Después de una pequeña operación de carácter local efectuada en Boadilla del Monte el 20 de diciembre, la 12ª Brigada fue trasladada la última noche del año 1936 a la dirección de Guadalajara con la misión de atacar por sorpresa a los fascistas y desalojarlos de la carretera de Zaragoza. El ataque tuvo éxito y el Batallón Garibaldi tomó el pueblo de Mirabueno. En este combate cayeron como héroes el jefe de compañía Guido Picelli y otros ocho voluntarios italianos.

El año de 1937 comenzó con nuevos y grandes combates en defensa de Madrid, en los que intervino la 12ª Brigada. Los fascistas, concentrando grandes fuerzas, pasaron el 3 de enero a la ofensiva en el sector de las Rozas-Majadahonda (al noroeste de Madrid) con el fin de cercar la capital desde el norte y aislarla de las tropas republicanas emplazadas en la Sierra de Guadarrama.

En febrero, la República tropezó con nuevas dificultades. Mussolini amplió su intervención en España y concentró en la zona de Sevilla el Cuerpo Expedicionario. El objetivo inmediato de las operaciones fue Málaga —ciudad portuaria defendida por destacamentos de las Milicias Populares mal armados—, que los italianos tomaron el 8 de febrero. Pero el objetivo principal del general Franco era Madrid. Su plan consistía en cercar y aniquilar a las tropas más combativas de la República y apoderarse de la capital mediante un golpe simultáneo desde la carretera de Zaragoza y desde el sur, desde el río Jarama. El 6 de febrero, una gran agrupación de tropas fascistas descargó un golpe al suroeste de Madrid, entablándose la batalla del Jarama. En esta batalla, la más importante registrada hasta entonces tanto por su envergadura como por la efusión de sangre, participaron en el bando fascista cerca de 40.000 hombres. Pero, lo mismo que la ofensiva de enero en el noroeste de Madrid, no les reportó ningún éxito: sólo pudieron avanzar de cuatro a seis kilómetros en profundidad en la orilla oriental del Jarama. Los combates duraron tres semanas,

Un grupo de voluntarios del Batallón Garibaldi. De pie (el segundo a la izquierda), Antonio Roasio

interviniendo en ellos más de veinte brigadas republicanas, entre las que figuraban cuatro Brigadas Internacionales: la 11ª, la 12ª, la 14ª y la 15ª. La acrecida organización y combatividad de las unidades del Ejército Popular se manifestó en que, además de rechazar los furiosos ataques de las fuerzas facciosas seleccionadas, pasaron a la contraofensiva. Los fascistas perdieron el 50% de sus efectivos y sus unidades no pudieron continuar las operaciones ofensivas.

En esta situación, el general Roatta, comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario Italiano, cuyas cuatro divisiones —Llama Negra, Plumas Negras, Dios lo Quiere y Littorio— se concentraron durante el mes de febrero en la zona de Sigüenza, debía pasar a la ofensiva contra Madrid para, con un golpe de las fuerzas a su mando, derrotar al Ejército Republicano y tomar la capital. El general italiano, lo mismo que Franco, estaba seguro de que los 50.000 soldados de su Cuerpo Expedicionario lograrían una victoria fácil sobre las débiles fuerzas de la defensa republicana. Roatta señaló con seguridad a sus subordinados las etapas consecutivas de esta operación: "¡Mañana estaremos en Guadalajara; pasado mañana, en Alcalá de Henares. y dos días después, en Madrid!" En una orden del día especial hizo llegar a sus tropas las palabras de aliento de Mussolini: "Sigo las particularidades de la batalla con la seguridad de que el empuje y la tenacidad de nuestros legionarios romperán la resistencia enemiga. ¡Sepan los legionarios que yo sigo hora por hora todas sus acciones, que serán coronadas por la victoria!"

A las siete de la madrugada del 8 de marzo de 1937, cincuenta cañones del Cuerpo Expedicionario Italiano abrieron fuego contra las posiciones, débilmente fortificadas, de las tropas republicanas cerca de Mirabueno y contra las cotas próximas a Moranchel. Simultáneamente, unos treinta aviones fascistas bombardearon las zonas de Almadrones y Mirabueno. Tras ellos se lanzaron al ataque veinte tanques acompañados de infantería. Los pequeños destacamentos republicanos se replegaron. Así comenzó la batalla de Guadalajara. La ofensiva fascista constituyó para los republicanos una sorpresa completa.

En la noche del 9 de marzo, el Batallón Garibaldi, compuesto de unos 800 hombres, fue lanzado a cerrar la brecha abierta en dirección a Brihuega. Los garibaldinos, encabezados por el comisario del batallón, Ilio Barontini (Pacciardi se hallaba de descanso), recibieron la orden de ocupar unas alturas al norte de Brihuega y defender las posiciones hasta que llegaron los demás batallones de la brigada. Pero, entretanto, los intervencionistas habían tomado ya Brihuega, y el Batallón Garibaldi entabló combate con las vanguardias del Cuerpo Expedicionario Italiano.

Al mismo tiempo, la 11ª Brigada Internacional rechazó la ofensiva del enemigo en el sector de la carretera de Zaragoza. Los gari-

baldinos hicieron los primeros prisioneros, entre los que figuraba un comandante del ejército italiano. Por la noche se presentaron los primeros desertores de la División Plumas Negras.

La batalla se reanudó con nueva violencia al día siguiente. Roatta lanzó al ataque dos divisiones completas, apoyadas por toda la artillería del Cuerpo Expedicionario, contra dos brigadas republicanas. Sin embargo, a pesar de la enorme superioridad en número, los fascistas no pudieron vencer la tenaz resistencia de los internacionales. Los tanques y la aviación republicanos asestaron golpes demoledores a las columnas intervencionistas. Durante toda la jornada, los fascistas sólo lograron avanzar seis kilómetros a lo largo de la carretera, ocupar el pueblo de Trijueque y hacer retroceder un tanto a la 12ª Brigada al tomar el Palacio de Ibarra.

El 12 de marzo pasaron a la ofensiva las cuatro divisiones del Cuerpo Expedicionario. Dos de ellas atacaron a la 12ª Brigada Internacional. El Mando republicano pudo oponer a este ataque —además de las dos Brigadas Internacionales citadas, extenuadas por dos días de combates y que habían sufrido grandes pérdidas— sólo tres brigadas trasladadas urgentemente del sector del Jarama, un batallón de tanques y la valentía de los pilotos leales, que atacaron desde el aire las columnas motorizadas del enemigo en las más desfavorables condiciones meteorológicas. Las Brigadas Internacionales fueron incluidas en la división mandada por Enrique Líster. A su izquierda, al norte de la carretera de Zaragoza, tomó posiciones la 12ª División, al mando del comunista italiano Nino Nanetti. Los intervencionistas no pudieron avanzar hacia Madrid ni un solo paso. En sus filas se relajó la disciplina y se hicieron más frecuentes los casos en que los italianos se entregaban prisioneros, desertaban o se pasaban con sus armas al lado de los republicanos.

La desmoralización de las tropas fascistas fue resultado también de la intensa propaganda realizada entre los soldados enemigos por Luigi Longo, Vittorio Vidali, Teresa Noce (Estella), Giuliano Paietta (Camen), Giacomo Calandrone (Canapino) y los comisarios del Batallón Garibaldi. Con simples cohetes se lanzaron hojas al otro lado de la línea del frente; además, se utilizaron altavoces para dirigirse a los soldados enemigos y transmitir alocuciones de los prisioneros de guerra, en las que relataban la verdad sobre la lucha del pueblo español.

El 13 de marzo se produjo un viraje en la batalla. Los fascistas pasaron a la defensiva. Las unidades republicanas de Enrique Líster contraatacaron al enemigo a lo largo de la carretera de Zaragoza y liberaron Trijueque. Al día siguiente, la 12ª Brigada pasó también a la ofensiva contra el Palacio de Ibarra. Los garibaldinos, dirigidos por Brignoli, atacaron desde dos lados apoyados por la artillería y cinco tanques. Después de una enconada resistencia, la guarnición fascista depuso las armas y el Palacio de Ibarra pasó a manos de las tropas republicanas. En este combate fueron derro-

tados dos batallones de fascistas italianos, se hicieron 150 prisioneros y se capturaron varios cañones, unos 300 fusiles y gran cantidad de munición.

El 18 de marzo, después de reagrupar y preparar sus unidades, el Ejército Popular pasó a la contraofensiva en todo el frente, poniendo en fuga a las divisiones fascistas. La batalla de Guadalajara terminó el 23 de marzo con la derrota completa del Cuerpo Expedicionario Italiano y el fracaso de la nueva tentativa de Franco de tomar Madrid. Esta victoria tuvo gran importancia militar y política. Los republicanos derrotaron por vez primera, cerca de Guadalajara, a un ejército fascista de 50.000 hombres magníficamente pertrechado. Los centenares de soldados y oficiales del Cuerpo Expedicionario Italiano hechos prisioneros y la gran cantidad de documentos capturados —publicados después en la prensa— testimoniaron con hechos la intervención extranjera en la República Española. La única conclusión que sacó Mussolini de la vergonzosa derrota en Guadalajara fue seguir ampliando la intervención en España.

Los garibaldinos, cuyo heroísmo y abnegación salvaron el honor del pueblo italiano, desempeñaron un importante papel militar y político en la batalla de Guadalajara. El Comisario General del Ejército Republicano, Alvarez del Vayo, rogó en un telegrama al Comisario de Guerra del Frente del Centro que hiciese llegar a través del camarada Gallo (Luigi Longo. — *N. de la Red.*) su admiración y saludo fraternal a los combatientes de las Brigadas Internacionales, cuya obra jamás olvidaría el pueblo español, y especialmente al Batallón Garibaldi, que era un símbolo en la lucha heroica por la libertad, contra los invasores fascistas.

En la batalla de Guadalajara cayeron heroicamente a manos de los legionarios italianos numerosos combatientes del Batallón Garibaldi. Entre ellos figuraban: Beniamino Mudado, Domenico Mazza, Giovanni Tremul, Andre Leandro, Pietro Poletti, Gagliardo Delmiro, Giuseppe Javoli, Pietro Rivani, Francesco Jacopini, Fernando Morillo, Severino Bottagisi, Francesco Bret, Nunzio Guerrini, Plasido di Valerio, Giuseppe Carrara, Luigi Pinessi, Luigi Basso, Bernardo Falco, Prieto Cibrario y Alfredo Paternoster.

En abril de 1937, el Batallón Garibaldi fue ampliado y transformado en la 12ª Brigada, a la que se dio también el nombre de Garibaldi. Junto con la Brigada Dombrowski, los garibaldinos formaron un grupo divisionario al mando del general Lukács. Tras un corto descanso, la 12ª Brigada participó dos veces en las operaciones durante el mes de abril: una, en el Jarama; otra, en la Casa de Campo, junto al Garabitas.

A fines de mes, la brigada fue retirada a descansar y reforzada con combatientes españoles y voluntarios de la Compañía Italiana del Batallón Dimitrov, de la columna Justicia y Libertad y de la Batería Antonio Gramsci.

En junio, la 12ª Brigada Garibaldi, juntamente con la Brigada Dombrowski y algunas unidades catalanas —entre las que se encontraba el batallón anarquista Rojo y Negro, al mando del antifascista italiano Fausto Nitti—, participó en la ofensiva contra Huesca (Frente de Aragón). La operación no tuvo éxito. Del 12 al 16 de junio durante los sangrientos ataques a los pueblos de Chimillas y Alerre, sólidamente fortificados por el enemigo, los garibaldinos tuvieron muchas bajas. Entre los muertos figuraba el republicano Libero Battistelli, jefe del batallón, un hombre de alma generosa que había llegado de la Argentina, donde estaba emigrado, para luchar por la libertad. Al comienzo mismo de la operación resultó mortalmente herido el jefe de la división, general Lukács (Máté Zalka).

Al mes siguiente, la 12ª Brigada tomó parte en la gran ofensiva de las tropas republicanas en Brunete. Con una hábil maniobra, la brigada contribuyó al éxito del ataque contra Villanueva del Pardillo, el 9 de julio, y a la captura de gran cantidad de prisioneros y trofeos. El jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro, coronel Vicente Rojo, expresó su gratitud a la brigada. Allí cayó peleando el sargento Bruno Lugli.

En la operación de Brunete, el veterano revolucionario italiano Vincenzo Bianchi (Krieger) asumió el mando de la 13ª Brigada Internacional. Giuliano Paietta fue nombrado comisario de esta brigada, en sustitución del yugoslavo Blagoje Parović, muerto al comienzo de los combates.

Con la batalla de Brunete terminó un año de tenaces y duros combates por Madrid.

En agosto se cambió el Mando de la Brigada Garibaldi al dimitir su jefe, Pacciardi. Esta dimisión fue motivada por las originales opiniones de Pacciardi y algunos de sus adeptos, principalmente miembros de Justicia y Libertad, acerca de la organización de los voluntarios italianos y de su participación en la guerra nacional revolucionaria en España. Pacciardi no estaba de acuerdo con que se formaran en el Ejército Popular unidades internacionales que agrupasen a voluntarios de diversas nacionalidades, incluidos españoles, y se basasen en el apoyo de todo el movimiento internacional de solidaridad. Insistía en la formación, con los medios de la emigración italiana, de una unidad militar puramente italiana con mando autónomo. Además, proponía la disolución del batallón en vista del carácter prolongado de la guerra antifascista en España y de las grandes pérdidas en hombres, cuya reposición tropezaba con crecientes dificultades a consecuencia de los obstáculos que ponía el Comité de No-Intervención.

Estas opiniones de Pacciardi, en las que la estrechez nacional se conjugaba con la falta de confianza en las fuerzas del pueblo español, no encontraron apoyo entre los garibaldinos. Junto con él y con el comandante Carlo Penchienati, partidario suyo, abando-

naron el campo de batalla y salieron de España no más de veinte voluntarios anarquistas y republicanos. Los garibaldinos mantuvieron firmemente su unidad y cohesión. Como dice Luigi Longo en su libro *Las Brigadas Internacionales en España,* los garibaldinos, fieles a las ideas del internacionalismo proletario, "veían en la guerra de España, sobre todo, no sólo una batalla del antifascismo español, o francés, o italiano, sino una batalla del antifascismo del mundo entero, que todos los antifascistas estaban interesados profundamente y en la misma medida en llevar hasta el fin"[2].

En agosto, la 12ª Brigada participó en una gran operación ofensiva en la dirección de Zaragoza (Frente de Aragón). Allí permaneció hasta febrero de 1938, en que fue trasladada a Extremadura para intervenir en una ofensiva que tenía por objeto distraer del Frente de Teruel una parte de las fuerzas fascistas. En un combate resultó mortalmente herido el capitán Renzo Gua, militante de la organización Justicia y Libertad.

La brigada fue reintegrada poco después al Frente de Aragón y llegó a las proximidades de Caspe, donde las tropas republicanas contenían con dificultad la ofensiva de grandes fuerzas facciosas e intervencionistas, que habían roto el frente. La 12ª Brigada, así como las demás unidades internacionales y españolas capaces de combatir, se replegó peleando en dirección a Gandesa y luego, sufriendo grandes pérdidas, se retiró a la orilla izquierda del Ebro, a la zona de Benifallet. Se nombró nuevo jefe de la brigada a Alecsandro Vaia (Martino Martini), que había peleado antes en Euzkadi. En Benifallet se sumaron a la brigada los últimos voluntarios italianos llegados a España.

Tres mil doscientos garibaldinos —italianos y españoles— tomaron posiciones en la línea defensiva del frente, cuya extensión pasaba de treinta kilómetros. Durante 1937 y 1938, el número de soldados y oficiales españoles aumentó sin cesar en la Brigada Garibaldi, lo mismo que en las demás Brigadas Internacionales. Esto se explica porque los nuevos voluntarios italianos llegados del extranjero no bastaban para cubrir las bajas (muertos y heridos) sufridas por la brigada. Además, aumentaban de mes en mes las dificultades para cruzar la frontera franco-española y, sobre todo, la italo-francesa. Durante toda la guerra consiguieron llegar de Italia a España solamente 223 voluntarios. Como resultado de ello, los españoles constituían en el verano de 1938 cerca de dos tercios de los combatientes de la brigada y no menos de la mitad de sus cuadros de mando. En septiembre asumió el mando de la brigada un español: el comandante Luis Rivas, antiguo mecánico madrileño.

Cuando el Ejército Republicano pasó el Ebro el 25 de julio, la 12ª Brigada siguió ocupando sus posiciones defensivas. Los garibaldinos llegaron a la primera línea sólo el 3 de septiembre. La

---

[2] Luigi Longo (Gallo). *Le brigade internazionali in Spagna,* p. 263.

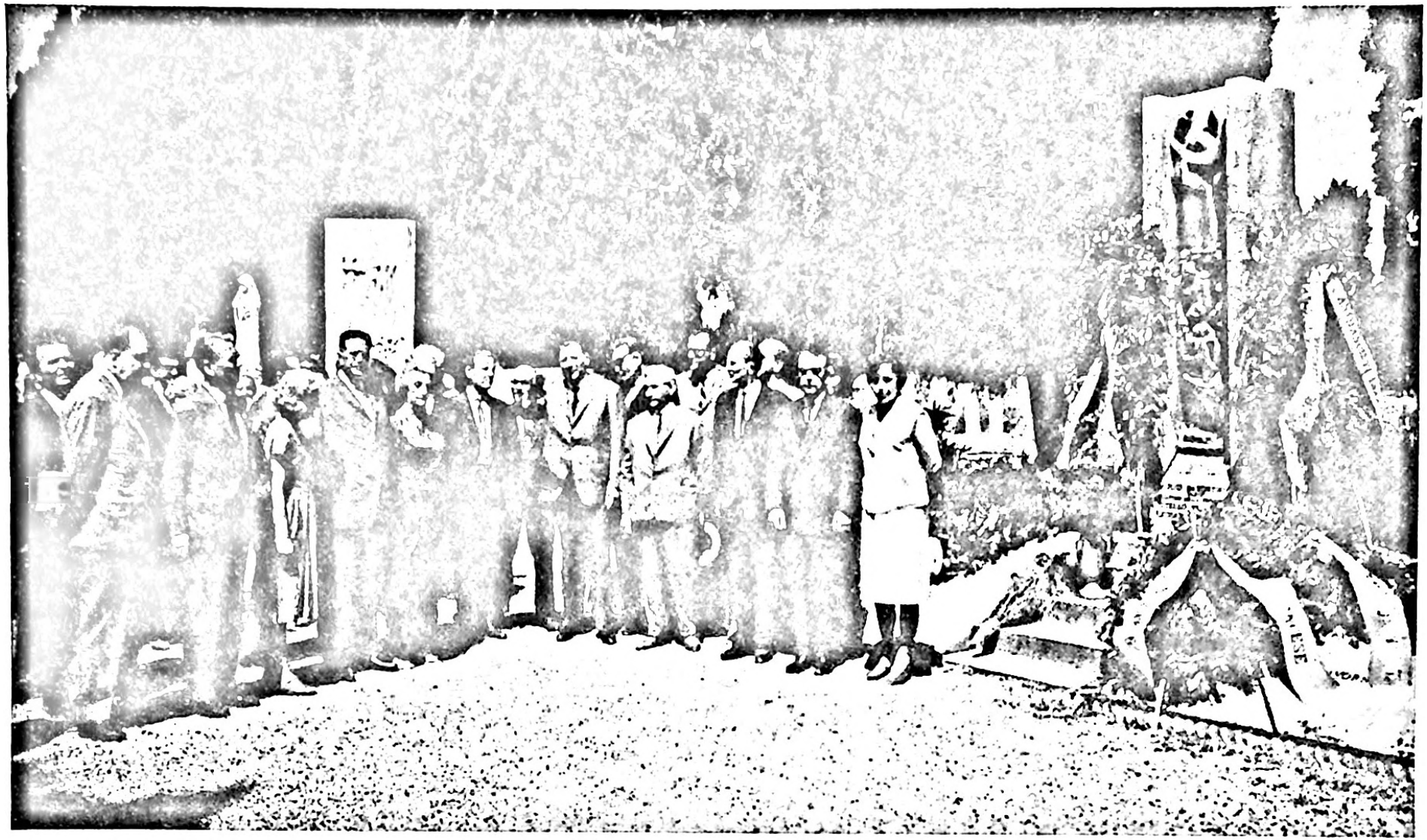
Brigada Garibaldi sostuvo durante veinte días incesantes y encarnizados combates en la línea de defensa de la Sierra de Pandols, cerca de Gandesa. El Mando de la 45ª División valoró altamente su heroísmo, destacando en una orden del día que "en los combates en el río Ebro había demostrado ser la mejor unidad".

"Yo participé en la guerra de 1914 a 1918 como oficial del ejército alemán —declaró el coronel Hans Kahle, jefe de la 45ª División, en una interviú publicada el 18 de noviembre de 1938 en el periódico parisiense *La Voce degli Italiani*—, pero jamás vi batallas tan encarnizadas, tal cantidad de artillería y aviación concentradas por el enemigo, como en el Ebro. Desde el puesto de observación de la división se nos comunicó varias veces que la Brigada Garibaldi se encontraba en una situación amenazadora. Pero cada vez que los fascistas se lanzaban al ataque, los garibaldinos surgían como por milagro de debajo de la tierra, de las trincheras semidestruidas y los ponían en fuga, causándoles grandes pérdidas... La Brigada Garibaldi dio pruebas de inquebrantable valentía y estoicismo y en estos combates superó todas las hazañas que había realizado hasta entonces en el campo de batalla, desde Pozuelo hasta Guadalajara".

Cuando la brigada fue retirada a descansar, quedaban en filas sólo 900 combatientes. Los garibaldinos conocieron entonces la decisión del Gobierno de la República Española de licenciar del Ejército Popular a todos los voluntarios extranjeros. A fines de enero de 1939, encontrándose en los centros de desmovilización (Torelló y Calella), volvieron a empuñar las armas para, en unión de un batallón español, proteger durante dos días la evacuación de la población civil a Francia a través de las montañas.

El 11 de febrero, los garibaldinos desfilaron formados ante sus jefes, por última vez, y cruzaron la frontera franco-española. En este último desfile faltaban muchos de sus compañeros de lucha. En el frente habían muerto o desaparecido —lo que equivalía a la muerte— no menos de 600 voluntarios, de ellos 335 comunistas; no menos de 2.000, entre ellos 861 comunistas, resultaron heridos; no menos de cien, de ellos 23 comunistas, cayeron prisioneros; de estos últimos, ninguno regresó a su hogar: los fascistas los ejecutaron a todos.

Los voluntarios italianos llegados a Francia —cerca de 900— fueron internados en el campo de concentración de Saint-Cyprien. Afrontaron con valentía las privaciones y adversidades que tocaron en suerte a los voluntarios de todas las nacionalidades que fueron a España desde países fascistas u ocupados por los fascistas. Durante los primeros meses, cerca de cien hombres lograron fugarse del campo de concentración. La mayoría de los restantes fueron trasladados en 1941 al campo de Vernet y, después, entregados por el gobierno de Vichy a las autoridades italianas, las cuales los encarcelaron en la pequeña isla de Ventotene, no lejos de Nápoles.



Inauguración de un monumento a Ilio Barontini, ex comisario del Batallón Garibaldi, en Liorna. Junio de 1965

Dos semanas antes de firmarse el armisticio entre el Gobierno del general Badoglio y el Mando aliado, en agosto de 1943, estos voluntarios fueron puestos en libertad como resultado de una potente ola de huelgas en los grandes centros industriales reivindicando paz y amnistía. Una vez liberados se dispersaron por todo el país y fueron los primeros organizadores de la guerra de guerrillas.

Pero los garibaldinos empezaron ya antes a oponer resistencia armada a los hitlerianos y a los fascistas italianos. En la lucha liberadora del pueblo francés participaron cerca de mil patriotas italianos ex voluntarios de la guerra de España. Según datos oficiales, unos cien italianos murieron en el combate por la independencia y la libertad de Francia, en las cárceles y los campos de concentración hitlerianos. En el campo de la muerte de Buchenwald actuó una sección italiana de la organización militar clandestina (cuyo jefe de Estado Mayor fue el capitán Renato Bertolini, de la Brigada Garibaldi), que liberó a los reclusos antes de que llegaran las tropas norteamericanas. Los garibaldinos pelearon asimismo en destacamentos guerrilleros en Bélgica, Holanda, Luxemburgo y Yugoslavia.

Ilio Barontini, ,ex comisario del Batallón Garibaldi, se trasladó en 1938 de España a Abisinia. En unión de los garibaldinos Bruno Rolla y Anton Uchmar (Oghen) ayudó allí a organizar la lucha liberadora del pueblo etíope contra el fascismo italiano. De regreso en Europa, los tres se sumaron al Movimiento de la Resistencia en Francia e Italia. Barontini y Oghen organizaron acciones armadas en el sur de Francia, particularmente en Marsella. Bruno Rolla, recluido en una cárcel italiana hasta fines de 1943, fue luego uno de los organizadores de la lucha guerrillera en las montañas de los Abruzos. Con posterioridad, todos ellos y otros muchos garibaldinos figuraron entre los cuadros de mando de la Resistencia armada contra el fascismo italiano y los ocupantes alemanes.

De 1943 a 1945, Luigi Longo mandó unidades de garibaldinos que, por sus efectivos, representaban más de dos tercios de los 400.000 hombres del ejército guerrillero italiano. En 1944, Guiseppe Alberganti, Ilio Barontini, Rafaele Pieragostini, Anton Uchmar, Carlo Farini, Aldo Lampredi, Antonio Roasio, Francesco Leone y Alecsandro Vaia, todos ellos ex combatientes de las Brigadas Internacionales, formaron parte de los grupos dirigentes de siete regiones septentrionales y centrales de Italia y encabezaron la insurrección popular. En ella participaron también otros muchos voluntarios italianos del Ejército Republicano español.

Cuando Italia quedó liberada del fascismo, los garibaldinos pasaron a ocupar un lugar destacado en la vida social y política del país: sus nombres figuran entre los dirigentes de partidos políticos y organizaciones sindicales de la República Italiana.

El dirigente de los comunistas italianos, Palmiro Togliatti, que participó activamente en la guerra antifascista del pueblo español, valoró a fondo la importancia histórica del movimiento internacional e italiano de solidaridad con la República Española en 1936-1939: "Si es cierto que sobre España cayó, después de marzo de 1939, el silencio fúnebre de los sepulcros y de los presidios, es cierto también que, aunque la lucha se libró ya en otro campo, sus objetivos no cambiaron... Si el primer bastión hubiese caído sin combate, la suerte del mundo y de nuestro país habría sido distinta. En aquel campo de batalla conocimos a amigos y enemigos; conocimos el peligro y la tarea común de todos los demócratas sinceros; en aquel campo de batalla surgió la unidad antifascista como realidad y escuela concreta tanto de guerra como de política, como escuela para los pueblos, para las clases, para los partidos, para los hombres de Estado clarividentes"[3].

El espíritu de unidad antifascista y de solidaridad, que movió a los combatientes de las Brigadas Internacionales a realizar hazañas heroicas y alentó a los luchadores de la Resistencia italiana, sigue vivo en nuestros días en la lucha de nuevas generaciones del pueblo italiano por la paz, la democracia y el socialismo.

---

[3] Palmiro Togliatti. *Esperienza di Spagna.* (*Risorgimento*, Roma, s.a., N° 2, p. 121.)

NORUEGA

El problema más grave de la clase obrera noruega en los años 30 era el paro forzoso, que afectaba sobre todo a la población rural y a la juventud. Miles de jóvenes quedaron sin trabajo antes ya de que se desencadenara la crisis en el país. Es más, muchos de ellos nunca lo habían tenido. En las localidades rurales eran huéspedes permanentes el hambre y la miseria.

Los gobiernos burgueses reaccionarios que se sucedieron en Noruega no hicieron nada para aliviar la suerte del pueblo trabajador. Al contrario: su política condujo a un empeoramiento constante de la situación de los obreros y campesinos, lo que, como es natural, suscitó una encarnizada resistencia de los trabajadores.

La radicalización del movimiento obrero noruego en la primera mitad de la década del 30 se manifestó en numerosas y potentes huelgas en la agricultura y en la industria. Los parados crearon sus propias organizaciones de lucha. Paralelamente al combate por reivindicaciones económicas alcanzó creciente amplitud la acción política de la clase obrera, enfilada, en primer término, contra las crecientes fuerzas fascistas.

En la primavera de 1932 se agravó la situación política en Noruega. La provocación reaccionaria del ministro de Defensa, Vidkun Quisling, contra la clase obrera llamó la atención de todo el país. Quisling, cuyo nombre se convirtió en sinónimo de traición en los años de la agresión hitleriana, hizo en febrero de 1932 la sensacional declaración de que "un agente comunista" había atentado contra su vida. A pesar de que la comisión parlamentaria encargada de investigar esta y otras acusaciones de Quisling contra los partidos y los sindicatos de izquierda reconoció que eran infundadas o procedían de fuentes sórdidas, el gobierno eximió al ministro de toda responsabilidad. Quisling dejó de ser ministro en 1933, al dimitir todo el gabinete del Partido Campesino. Pero varios meses después subió de nuevo a la superficie de la vida política del país como "führer" del nuevo partido fascista Unión Nacional.

Las primeras organizaciones reaccionarias de tipo filofascista surgieron en Noruega en los años 20. Eran clubs de tiradores y "uniones patrióticas" nacionalistas. Entonces representaban el mayor peligro para el movimiento obrero las bandas de esquiroles fascistizantes, que actuaban, principalmente, en las zonas rurales contra los sindicatos de leñadores y obreros agrícolas. La formación de la Unión Nacional en 1933 mostraba que en Noruega adquirían vigor peligrosas fuerzas fascistas estrechamente vinculadas a los sedicentes partidos democráticos, en primer término al Partido Campesino y al partido de derecha Hoyre.

Ante el movimiento obrero organizado se planteó como tarea principal combatir resueltamente el peligro fascista. El Partido Comunista de Noruega fue el primero que señaló la amenaza fascista y trató de movilizar a la clase obrera para contrarrestarla. Pero sus esfuerzos por crear un frente único de los trabajadores tuvieron éxito sólo a nivel de las organizaciones obreras de base.

En aquellos años, la juventud dio pruebas de singular actividad. Frustró los conciliábulos de la Unión Nacional en las barriadas obreras, celebró manifestaciones de protesta ante los consulados alemanes y organizó piquetes frente a los buques alemanes que atracaban en puertos noruegos. Aparecieron lemas antifascistas en las rocas de difícil acceso, en lo alto de las chimeneas fabriles y en los barcos de turistas alemanes que entraban en los fiordos y las bahías de Noruega. Las autoridades respondieron a estas acciones con una ola de detenciones y persecuciones judiciales.

En el movimiento juvenil socialdemócrata se formó entonces un ala izquierda antifascista, que estableció contacto con la Juventud Comunista. Numerosos intelectuales radicales se sumaron también al movimiento antifascista.

Esta creciente protesta social contra el fascismo sirvió de base al movimiento de solidaridad de los trabajadores noruegos con la República Española cuando esta última fue agredida por las fuerzas unidas del fascismo español e internacional.

*

La lucha liberadora del pueblo español ejerció gran influjo en las actividades de todas las fuerzas antifascistas de Noruega. La incorporación de vastos sectores de la población a la campaña de ayuda a la República Española alcanzó una amplitud sin precedente en la historia del país y fue un auténtico movimiento de todo el pueblo, cuya influencia se dejó sentir durante largos años, incluido el período de la segunda guerra mundial.

La política de "No-Intervención" de Inglaterra, Francia y los EE.UU. obstaculizó los vínculos normales y múltiples entre la España democrática y los países de Europa y América. El Gobierno socialdemócrata de Noruega, que subió al poder en 1935, tampoco

se atrevió a aplicar una política que contradijera los intereses de los principales Estados capitalistas. Se prohibió a los noruegos salir del país para España como voluntarios. Fueron prohibidos también la ayuda al pueblo español con material de guerra y el transporte de cargas militares.

Pero el pueblo noruego se negó a someterse a semejante política, que significaba de hecho el bloqueo de la España republicana. La ayuda al pueblo español adquirió en Noruega dos formas. Una tenía carácter militar y, como es lógico, sólo podía realizarse ilegalmente. La otra era el envío de paquetes postales con medicinas, víveres y ropa para la población civil, sobre todo para las decenas de miles de niños españoles que se encontraban en una situación calamitosa, y de medicamentos para el frente. Este tipo de ayuda, a pesar de tropezar con dificultades considerables, pudo realizarse legalmente.

En el otoño de 1936, la Unión de Sindicatos Noruegos (USN) inició la recaudación de donativos para el fondo de ayuda a España. En corto plazo, hasta el 24 de noviembre de 1936, se reunieron más de 100.000 coronas. Parte considerable de este dinero fue puesta a disposición del Comité Internacional de Ayuda a España. Con los medios restantes se compraron apósitos y ropa, que se enviaron a España directamente desde Noruega.

En noviembre del mismo año, a propuesta de la USN, se constituyó un Comité Noruego de Ayuda a España sobre una base más amplia, integrado por representantes de numerosas organizaciones. El Comité emprendió sin demora la recaudación de fondos a gran escala. La primera remesa, hecha a fines de noviembre, contenía apósitos, anestésicos e instrumental quirúrgico. Desde noviembre de 1936 hasta marzo de 1937 se enviaron a España 24.000 ampollas de morfina, 20.000 botiquines individuales, 150 kilogramos de yodo puro, 80 juegos de instrumental quirúrgico y grandes cantidades de ropa.

Los trabajadores de Noruega apoyaron con entusiasmo la labor del Comité. Poco después, junto con el Comité Sueco de Ayuda a España, el Comité Noruego pudo emprender el cumplimiento de una importante tarea: fundar en el territorio de la República Española un hospital moderno bien equipado. Fue instalado en el edificio de una escuela técnica de la ciudad industrial de Alcoy, a cien kilómetros al sur de Valencia. Al principio tenía 125 plazas, pero después se amplió a 650.

El personal del hospital —médicos, enfermeras, etc.— estaba compuesto por partes iguales de noruegos y suecos. El hospital recibió al primer paciente el 19 de mayo de 1937. Varios meses después, el 20 de septiembre, fue transferido al Gobierno republicano, el cual expresó su profunda gratitud por la ayuda prestada. El Comité siguió enviando a dicho hospital los equipos e instrumentos que era difícil adquirir en España.

El Comité noruego prestó también una gran ayuda a los hijos de los refugiados españoles. En colaboración con las autoridades republicanas se fundaron varios guarderías y hospitales infantiles. En Oliva, un pueblo de pescadores próximo a Valencia, se instalaron tres guarderías y un hospital infantil con 300 camas. Otra guardería, enclavada en la Casa de la Playa, fue costeada por el Comité de Ayuda de Bergen; y otra más, subsidiada por los obreros municipales de Oslo, en la Casa de la Montaña. El Hospital Infantil Nansen recibió apoyo material del Comité de Ayuda de Oslo. Además, el Comité Noruego de Ayuda a España participó activamente en la organización, en distintas regiones de la España republicana, de numerosas casas de reposo para los heridos.

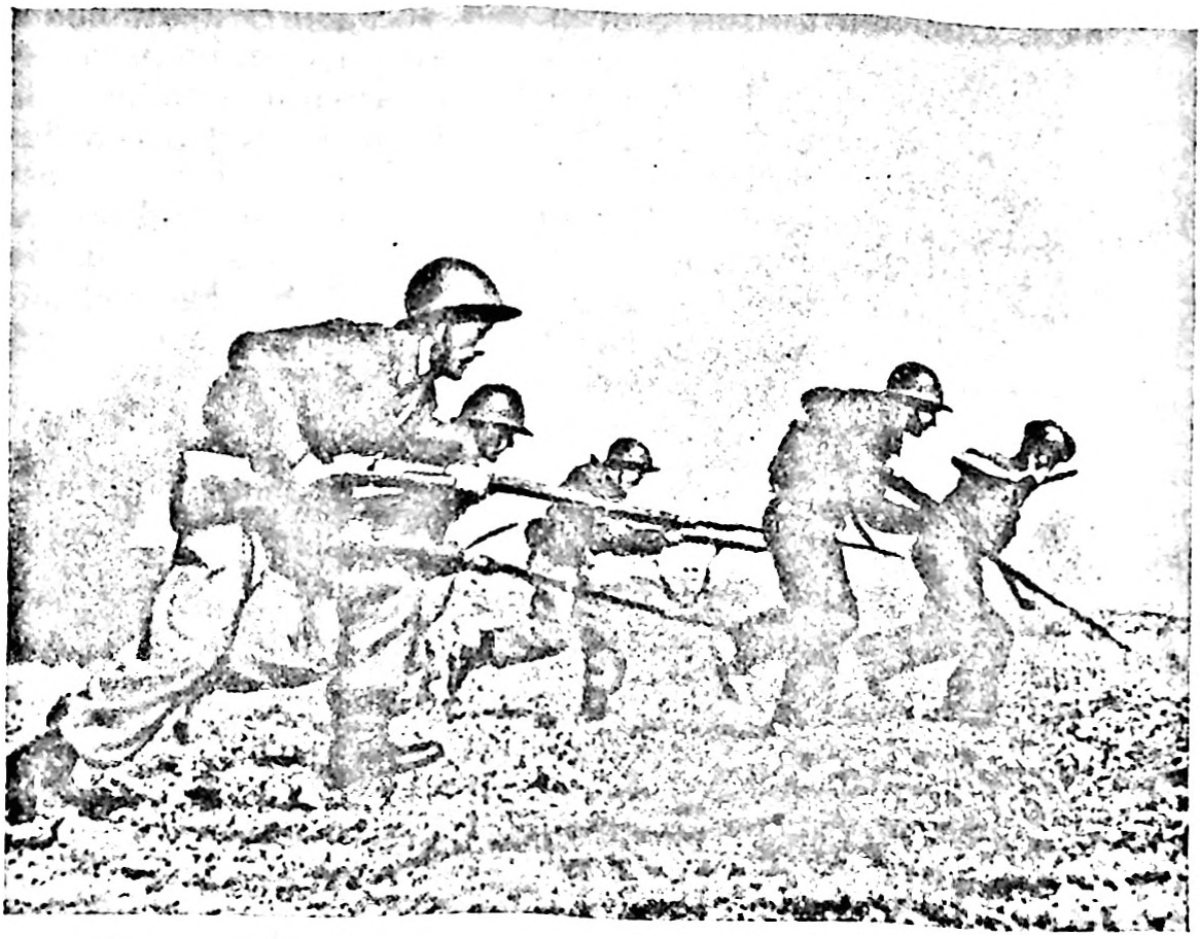
El Comité noruego remitió de manera regular a la población civil española paquetes con productos alimenticios, principalmente aceite de hígado de bacalao, preparados vitamínicos y pescado. En 1937 y 1938 se enviaron a España, cada dos semanas, 1.000 kilogramos de aceite de hígado de bacalao, y cada mes, 100.000 tabletas de vitaminas. Se mandaron asimismo grandes remesas de productos (por ejemplo, en diciembre de 1937, 110.000 kg de bacalao curado). Poco después se efectuó uno de los envíos mayores: 10.000 kg de tocino de cerdo, 10.000 kg de aceite de hígado de bacalao, 30.000 botes de leche condensada azucarada, 12.000 kg de leche en polvo, 90.000 kg de azúcar y 170.000 pastillas de jabón.

El Comité de Ayuda a España recaudó en Noruega cerca de dos millones de coronas. Al ser derrotada la República Española, el Comité orientó su labor a prestar ayuda a los españoles refugiados en Francia.

Tuvo gran importancia para la lucha del pueblo español la organización del transporte del material de guerra comprado por el Gobierno republicano, que efectuaron comunistas noruegos con la colaboración de camaradas suecos y daneses. Los buques noruegos que llevaban en sus bodegas armamento y munición a los puertos españoles realizaban travesías peligrosas. Con el fin de participar en ellas, los marineros noruegos se contrataban especialmente para formar parte de las tripulaciones. Esta ayuda fue necesaria, sobre todo, en 1937 y 1938 al cerrarse la frontera franco-española.

*

El Partido Comunista de Noruega (PCN), iniciador de todas las formas de ayuda al pueblo español, no se limitó a la labor de los comités. Respondiendo al deseo de los antifascistas noruegos, principalmente de la juventud, de cerrar el paso al fascismo con las armas en la mano y participar en la lucha armada del pueblo español, el PCN organizó a fines de 1936 un centro de selección y envío de voluntarios a España. Para entonces, algunos marineros noruegos habían abandonado los buques en puertos españoles y, por



Los combatientes de las Brigadas Internacionales atacan

propia iniciativa, peleaban ya en las Brigadas Internacionales contra los sublevados.

A comienzos de 1937 partieron de Noruega para España los primeros voluntarios. Las autoridades obstaculizaban por todos los medios su salida y la policía organizaba redadas de cuando en cuando, al recibir delaciones de los confidentes fascistas. La mayoría de los voluntarios noruegos eran militantes del PC o de la JC. A ellos se sumaron voluntarios de otras convicciones políticas.

Se desconoce la cifra exacta de los voluntarios noruegos que participaron en la guerra de España y de los que cayeron en los combates por la República. A juzgar por los datos de que disponemos, en las Brigadas Internacionales combatieron cerca de 400 noruegos, pero en la actualidad se conocen solamente los nombres de algunos de ellos. Por razones de seguridad, las listas nominales de voluntarios fueron destruidas en cuanto la Alemania hitleriana ocupó Noruega el 9 de abril de 1940.

No es casual que la Gestapo empezara inmediatamente a buscar y aniquilar a los ex participantes en la guerra de España, comprendiendo que desempeñarían un importante papel en el Movimiento de la Resistencia. En eso no se equivocó. Los veteranos de la guerra

de España eran antifascistas convencidos, luchadores apasionados por la libertad y la independencia de su país y tenían no poca experiencia práctica de lucha. Muchos fueron a parar a campos de concentración hitlerianos y perecieron allí. Otros, después de las privaciones sufridas en España y de los horrores vividos con posterioridad en los campos de concentración, quedaron inválidos para el resto de sus días. Pero cada uno de los supervivientes prosiguió la lucha abnegada contra los invasores hitlerianos. Se sabe que el núcleo del más importante grupo clandestino de la Resistencia noruega estaba formado por ex internacionales.

Durante la guerra española, centenares de activistas del movimiento de solidaridad efectuaron una gran labor en Noruega, escribieron artículos explicativos, pronunciaron conferencias y se dedicaron a cuestiones de organización. Es imposible mencionarlos a todos; sin embargo, debe recordarse a los que adquirieron mayor popularidad por su abnegada labor.

La noruega Lise Lindbaek llegó a España por vez primera en diciembre de 1936 y vivió allí año y medio. Más tarde, con motivo de su labor de ayuda a los refugiados españoles, residió en Francia. De 1937 a 1938 fue corresponsal permanente del periódico liberal *Dagbladet*. Durante la guerra civil y después de ella pronunció numerosos informes en Noruega, Suecia y Dinamarca y escribió varios libros dedicados a España.

El destacado escritor antifascista noruego Nordahl Grieg estuvo dos veces en la España combatiente. Los reportajes que envió desde allí fueron reunidos más tarde en el libro *Verano español*. En 1936 y 1937, la revista antifascista *Veien Frem*, editada por él, dedicó gran espacio a los acontecimientos españoles. Su conocida novela *El mundo debe ser todavía joven* está dedicada también, en lo fundamental, a la guerra de España. Junto con el escritor danés Martin Andersen-Nexö fue el iniciador de numerosas concentraciones de la juventud de los Países Escandinavos en 1937 y 1939. Nordahl Grieg murió trágicamente en diciembre de 1943.

Viggo Hansteen desempeñó un importante papel en la organización del transporte de material de guerra a España. En unión de los camaradas suecos y daneses buscó buques y tripulaciones dispuestas a cumplir la peligrosa misión de llegar a los puertos españoles con armas y municiones. Hansteen fue fusilado por los gestapistas en Noruega en septiembre de 1941.

Gerda Grepp —corresponsal del periódico socialdemócrata *Arbeiderbladet*— fue la primera periodista noruega que llegó a España. En 1937 y 1938 representó a la Oficina de Prensa del Gobierno Español, Agence Espagne, en París. Pronunció informes en Noruega y Suecia. Murió en Noruega en 1940.

Just Lippe trabajó en 1936 en España como corresponsal del periódico *Arbeideren*, órgano del PCN. En noviembre de dicho año, el Partido Comunista le encargó de organizar el transporte de

voluntarios noruegos y de armamento a la España republicana.

Ottar Lie, secretario de organización del PCN, dirigió durante la guerra de España la campaña de reclutamiento de voluntarios para las Brigadas Internacionales y ayudó a su salida de Noruega. Su colaborador más inmediato en esta labor fue Erling Tendeland. La Gestapo detuvo a Ottar Lie en 1943 y lo ejecutó.

Nina Haslund Gleditsch y Kristian Gleditsh tuvieron una participación activa en la organización de la campaña de ayuda a España. Hablaron a los trabajadores noruegos del verdadero estado de cosas en dicho país y les exhortaron a prestar ayuda a la noble lucha del pueblo español contra el fascismo. En unión de otros muchos activistas noruegos recaudaron dinero para la República Española.

Tal fue la contribución de los antifascistas noruegos a la heroica lucha del pueblo español por su libertad.

POLONIA

El crecimiento del fascismo en Europa en los años 30 reflejaba el propósito de la burguesía de la mayoría de los Estados europeos de debilitar las fuerzas democráticas, aplastar el movimiento obrero revolucionario y desencadenar una "cruzada" contra la URSS. El fascismo, sobre todo después de subir al poder el partido hitleriano en Alemania en 1933, creó focos de agresión y de guerra que amenazaban la soberanía e independencia de los pueblos, especialmente de los Estados pequeños, como Polonia.

Los medios dirigentes de Polonia no veían, o no querían ver, esta amenaza. Antes al contrario: los intereses de las clases gobernantes polacas y su miedo al socialismo y a las masas trabajadoras determinaron la rápida evolución del régimen de "saneamiento", legado por Pilsudski, hacia el totalitarismo fascista. En el ámbito de la política exterior, el Gobierno polaco tendió desde 1934 a colaborar estrechamente con la Alemania hitleriana, cerrando los ojos ante la amenaza que representaba el fascismo para los intereses nacionales y la existencia misma del pueblo polaco.

Este rumbo de la política interior y exterior chocó con la creciente resistencia de las grandes masas populares, en primer término de la clase obrera. A mediados de los años 30, Polonia fue escenario de tempestuosas acciones de los trabajadores, ocupando uno de los primeros lugares en el mundo por el número de huelgas y la cantidad de participantes en ellas. En la conciencia de la opinión pública dejó una profunda huella la "primavera sangrienta" de 1936, durante la cual se registraron encarnizados choques de clases en Cracovia, Lvov y Czestochowa y se derramó sangre obrera. En las zonas rurales, singularmente damnificadas por la crisis agrícola, hubo agitaciones, que desembocaron en agosto de 1937 en una huelga campesina masiva. La inmensa mayoría de la opinión pública polaca exigió cambios políticos, el establecimiento de un régimen democrático en el país y la realización de vastas reformas sociales. Hasta el campo gobernante sufrió entonces, sobre todo de 1935 a 1937, una profunda crisis interna.

El régimen, debilitado y desacreditado ante el pueblo, pudo mantenerse gracias únicamente a la desunión de las fuerzas de la

oposición democrática y a la táctica oportunista de sus líderes. Por eso, el Partido Comunista de Polonia orientó sus esfuerzos a unir todo el campo democrático, a buscar los medios de llegar a un acuerdo y colaborar con el Partido Socialista Polaco (PPS) y con el Partido Campesino (Stronnictwo Ludowe).

La política de Frente Popular, proclamada por la Internacional Comunista y aplicada por el Partido Comunista de Polonia, encontró apoyo entre las fuerzas de izquierda del movimiento socialista y campesino; pero chocó con la pertinaz resistencia de los dirigentes de ambos partidos, que rechazaron sistemáticamente el programa propuesto por los comunistas como base de un acuerdo.

Esa fue la causa de que los comunistas polacos no consiguieran crear el Frente Popular. Sin embargo, a pesar de la clandestinidad en que se veían obligados a actuar y de las crueles persecuciones de que eran objeto, lograron en aquellos años ciertos éxitos parciales, ampliando su influencia en la clase obrera y creando un punto de apoyo en el campo y entre los intelectuales demócratas.

En el verano de 1936. la vida política del país se caracterizaba por una enconada lucha entre la reacción y la democracia, y dentro de esta última, entre los adeptos y los adversarios del Frente Popular. No es de extrañar que, en semejante situación, el levantamiento fascista en España tuviese una repercusión excepcionalmente grande en Polonia y acelerase la polarización de las posiciones sociales y políticas. Las masas trabajadoras polacas aplaudieron el triunfo del Frente Popular en Francia y en España y siguieron con atención la lucha de las fuerzas progresistas de ambos países contra el fascismo y la reacción. Cuando en los calurosos días de julio de 1936 estalló en España la sublevación franquista contra la República, la opinión pública polaca la apreció unánimemente, en lo fundamental, como una tentativa de la reacción de frustrar el victorioso desarrollo de la democracia y asestar un golpe al Frente Popular, como un intento de restaurar el régimen monárquico fascista en dicho país.

Todas las fuerzas reaccionarias y filofascistas —y, ante todo, el campo gobernante, el clero católico y el chovinista Partido Nacional— se colocaron al lado de los sublevados. En la prensa comenzó, y se sostuvo hasta el fin de la guerra, una campaña contra la República Española, a la que se acusó de cometer crímenes y monstruosidades de toda índole. Al mismo tiempo fueron objeto de brutales ataques y persecuciones los polacos partidarios de la República. Cualquier acto en ayuda del pueblo español se identificó con actividades contra el Estado. El clero hizo también propaganda en favor de los facciosos. El Gobierno polaco proclamó oficialmente su neutralidad en los asuntos españoles, pero, de hecho, ayudó con su actividad a los insurgentes y a los intervencionistas fascistas en España. Como regla general, los diplomáticos polacos votaron en el Comité de No-Intervención y en la Sociedad de las Naciones a favor de las resoluciones adversas a la República y sostuvieron

contactos secretos con la "Junta" del general Franco. En el edificio de la Embajada polaca en Madrid encontraron refugio durante muchos meses 140 dirigentes monárquicos y fascistas y sus familiares. En Varsovia desplegó actividades semioficiales una representación franquista, dirigida por el ex ministro plenipotenciario español Francisco Serrata, que traicionó a la República, y su hijo Juan. Es más, las autoridades permitieron a los facciosos comprar armamento polaco y no obstaculizaron el tránsito de armas polacas por los puertos de Gdynia y Gdansk (Danzig).

La actitud de las fuerzas democráticas del país ante los acontecimientos españoles fue completamente distinta. Bajo las consignas del internacionalismo y de la solidaridad antifascista internacional se desplegó entre las masas populares un movimiento, de amplitud sin precedente en el período interbélico, de solidaridad con el heroico pueblo español.

En julio y agosto de 1936 se extendió ya por todo el país una potente ola de asambleas, conferencias y mítines obreros, en los que se aprobaron resoluciones de solidaridad con la lucha de los trabajadores españoles. Los principales inspiradores y organizadores de este movimiento fueron los comunistas, que difundieron infatigablemente la verdad sobre la guerra civil en España, empleando a gran escala las formas legales e ilegales de actividad. En defensa de la República Española se pronunciaron también el Partido Socialista Polaco y la central sindical más importante del país, dirigida por él. Un hecho, entre otros, que testimonia el estado de ánimo de la clase obrera polaca en aquellos tiempos es que incluso los sindicatos de orientación gubernamental propagaron el apoyo a la República Española.

Los gobernadores provinciales dieron a conocer repetidas veces al Ministerio del Interior, en sus informes mensuales, la gran amplitud alcanzada por las asambleas y los mítines "españoles".

En agosto de 1936, la policía dispersó a más de cien jóvenes mineros que se habían concentrado ante el Consulado de España en Katowice y enviado una delegación al cónsul para pedirle que se les concediera el visado español, con el fin de ir a dicho país y enrolarse en las Milicias Republicanas. En el mismo mes empezaron a aparecer en la prensa breves noticias, en las que se informaba de la detención de jóvenes obreros por los guardafronteras polacos cuando intentaban salir ilegalmente para España.

La creciente inquietud de las masas populares polacas por el destino de la patria ante la amenaza de ofensiva del fascismo alemán contribuyó a impulsar el movimiento de solidaridad con la República, que era una manifestación de los sentimientos internacionalistas y antifascistas de los trabajadores.

El periódico *Wiadomści,* órgano del PCP, dijo en agosto de 1936 que "el triunfo de los mercenarios españoles de Hitler implicaría una consolidación notable de las posiciones del hitlerismo en

Periódicos progresistas polacos que apoyaron a la España Republicana

Europa y, con ello, un crecimiento de la amenaza a la independencia de Polonia". Numerosos socialistas y dirigentes del ala radical del Partido Campesino, e incluso algunos medios conservadores, liberales y católicos, enjuiciaron del mismo modo, aproximadamente, la guerra desencadenada en España por los fascistas.

Una de las formas más importantes del movimiento de solidaridad fue la recaudación de fondos en ayuda de la República, efectuada por los sindicatos progresistas durante toda la guerra. Esta campaña tropezó con extraordinarias dificultades a consecuencia de

los diversos obstáculos puestos por las autoridades, de las frecuentes detenciones de los recaudadores y de la confiscación del dinero reunido. A la par con la recaudación semilegal de dinero, activamente apoyada por los comunistas, el PCP organizó su propio fondo ilegal de ayuda a la España popular, al que contribuyeron con sus donativos no sólo los obreros y otros sectores de la población urbana, sino también los campesinos. Las condiciones materiales, difíciles en extremo, de los trabajadores hicieron que los donativos fuesen, a menudo, muy modestos. Pese a ello, el fondo "español" de los sindicatos llegó a fines de 1938 a 80.000 zlotys, y el fondo del PCP, según datos incompletos, fue mayor aún.

Precisamente la campaña de propaganda efectuada de 1936 a 1939 alrededor del problema español contribuyó a que el PCP conquistara importantísimos éxitos en su política de unidad de los trabajadores y de Frente Popular. En las empresas industriales y en los sindicatos, comunistas y socialistas organizaron conjuntamente reuniones, veladas y mítines "españoles", recaudando en común dinero para el fondo de ayuda a la República. En los pueblos, los militantes del PCP podían contar de ordinario en sus medidas "españolas" con el concurso de muchos dirigentes locales del Partido Campesino. En los medios intelectuales les ayudaban activamente hombres de distintas concepciones y convicciones políticas.

Debe recordarse el relevante papel que desempeñaron los trabajadores polacos emigrados, diseminados por todo el mundo (especialmente en Francia y Bélgica), en esta vasta campaña de solidaridad de las masas laboriosas de Polonia con la República Española.

Entre ellos predominaban los mineros y metalúrgicos, principalmente comunistas, activistas de la colonia polaca y de las organizaciones sindicales. Los emigrados polacos en Francia y Bélgica, junto con otros trabajadores, participaron de manera activa en todos los actos de solidaridad con la República Española combatiente. Se hicieron cargo de los niños españoles evacuados, organizaron colectas para la población de la República Española, rodearon de solicitud a las familias de los voluntarios de las Brigadas Internacionales, prestándoles ayuda económica permanente, y cuidaron de los voluntarios heridos y enfermos llegados a Francia para curarse y descansar.

*

Entre las páginas más brillantes de la historia del movimiento polaco masivo en defensa de la República Española figura la actuación de los voluntarios internacionales en las operaciones del Ejército Popular español.

Nada más estallar la sublevación, los amigos polacos del pueblo español trataron de ayudarle con su participación personal en el combate.

Los destacamentos de voluntarios polacos surgieron, y después recorrieron un glorioso camino de lucha hombro a hombro con sus hermanos españoles, merced a los esfuerzos de los partidos comunistas de Polonia, Ucrania Occidental y Bielorrusia Occidental, así como de la Sección Polaca del Partido Comunista Francés.

El PCP inició el reclutamiento de volutarios en el otoño de 1936. Miles de hombres expresaron el deseo de marchar a España: comunistas, socialistas, miembros del Partido Campesino y sin partido. Pero sólo pudieron hacerlo una pequeña parte de los que lo deseaban, pues el viaje a España implicaba dificultades enormes. Las condiciones derivadas de la clandestinidad y el cruce ilegal de varias fronteras requerían firmeza, resistencia y abnegación excepcionales. Con ayuda de los partidos comunistas de Checoslovaquia, Austria y Suiza se organizaron los itinerarios a seguir para cruzar la frontera polaco-checoslovaca y después (con frecuencia ilegalmente) las fronteras de Austria, Suiza y Francia. Al llegar a París, los antifascistas establecían contacto con los comunistas franceses y polacos, los cuales los enviaban luego en grupos a la España combatiente a través de los Pirineos. A veces, la etapa final del viaje la hacían por mar.

Fueron muchos los antifascistas polacos que al no conseguir enlazar con los organizadores del reclutamiento, o pareciéndoles que la espera era demasiado larga, llegaron a España por sus propios medios. A menudo, los voluntarios eran enviados a España a través de Checoslovaquia escondidos en dispositivos neumáticos debajo de los vagones ferroviarios. A veces recurrieron a la ayuda de los portuarios y marineros de Gdynia y zarparon hacia algún puerto francés ocultos en las bodegas de los barcos. Los voluntarios eran detenidos con frecuencia por la policía de los países que debían atravesar para llegar a España. Y pese a todo, en las filas del Ejército Republicano pelearon cerca de 800 antifascistas llegados de Polonia. Sin embargo, representaron la parte menor de los voluntarios polacos en España, la mayoría de los cuales eran emigrados.

Es difícil señalar el número exacto de voluntarios polacos. No obstante, se puede afirmar con toda probabilidad que llegó a 5.000, comprendidos varios centenares procedentes de los Estados Unidos de América, Canadá, América del Sur y otros países.

Entre los voluntarios emigrados predominaban los obreros de grandes empresas industriales, principalmente mineros y metalúrgicos. El grupo llegado de Polonia estaba compuesto, sobre todo, de activistas obreros, militantes del PCP y de la Unión de Juventudes Comunistas Polacas. Cerca del 25% de los emigrados de Francia y Bélgica eran comunistas; los demás no pertenecían a ningún partido, excepto un pequeño número de militantes del Partido Socialista y de otros partidos.

Los primeros grupos de voluntarios polacos (mineros, en su inmensa mayoría) llegaron a Barcelona, procedentes de Francia, en

agosto de 1936. Un grupo combatió en el Frente de Aragón en las filas de la Centuria Thaelmann. El segundo grupo —nueve hombres, encabezados por Franciszek Palka— tomó parte en la heroica defensa de la ciudad de Irún, fronteriza con Francia. Otros 36 hombres formaron la unidad de ametralladoras Dombrowski, al mando de Stanislaw Ulanowski (Bolek), en la Columna Libertad de las Milicias Populares de Cataluña. A comienzos de septiembre, esta columna sostuvo encarnizados combates en las cercanías de Madrid. Los voluntarios de la unidad de ametralladoras S. Ulanowski y Stanislaw Matuszczak (Henri), activistas de los grupos polacos del PCF; el metalúrgico Antoni Kochanek, dirigente político de estos grupos, y el minero emigrado Wiktor Kuznicki (Pawel Szkliniarz) desempeñaron un destacado papel en la organización y la lucha de las unidades internacionales polacas.

En octubre de 1936, cuando llegaron a la base de las Brigadas Internacionales (Albacete) grupos más numerosos de voluntarios, se organizó el primer batallón polaco, el Batallón Dombrowski, que formó parte de la 11ª Brigada Internacional y, más tarde, de la 12ª. Tras una breve preparación militar, el batallón —cerca de 750 hombres— entró en fuego a comienzos de noviembre, mandado por S. Ulanowski. Al ser herido éste, le sustituyó en el mando el comandante Ferdinand Kozovski (Petrov), voluntario búlgaro.

Al mismo tiempo llegó al frente el Escuadrón de Caballería Dombrowski, compuesto de polacos y combatientes de otros pueblos eslavos. En diciembre de 1936 partió para el sector de Teruel el Batallón Chapáev, de carácter multinacional, perteneciente a la 13ª Brigada Internacional. Encuadrada en él salió también la Compañía Adam Mickiewicz, polaca, mandada por el emigrado Stefan Niewiadomski.

Poco a poco, a medida que llegaban nuevos voluntarios y crecía el Ejército Republicano, se formaron otras unidades con combatientes y mandos polacos.

De abril a junio de 1937, la 12ª Brigada Internacional —que mandaba el voluntario húngaro Máté Zalka (general Pál Lukács)— se transformó en división, a la que se dio más tarde el nombre de 45ª División. Con los batallones polaco y húngaro se organizó la Brigada Jaroslaw Dombrowski, denominada al principio 150ª Brigada y después, en septiembre de 1937, 13ª Brigada. Su primer jefe fue el antifascista español Fernando Gerasi, y su comisario, Stanislaw Matuszczak.

En julio de 1937 se formó con voluntarios polacos y combatientes españoles un batallón internacional al que se dio el nombre de Batallón José Palafox, héroe de la lucha liberadora del pueblo español contra Napoleón. Fue nombrado jefe del nuevo batallón Jan Tkaczow, capitán de la escala de reserva del ejército polaco y conocido activista del PCP entre los campesinos. Como comi-

sario se designó a Mikolaj Dwornikow (Stanislaw Tomaszewicz), secretario de la Unión de Juventudes Comunistas de Bielorrusia Occidental.

El tercer batallón de la Brigada Dombrowski, el Batallón Rákosi (húngaro-español), lo mandaba Akos Hevesi (Pál Niebuhr) y tenía como comisario a Imre Tarr. Hasta octubre de 1937 siguió perteneciendo también a la brigada el Batallón Franco-Belga, encabezado por Emile Boursier (jefe) y Armand Maniou (comisario). Después de formarse en noviembre de 1937 el tercer batallón polaco-español, al que se dio el nombre de Adam Mickiewicz (su primer jefe fue Boleslaw Molojec, y su comisario, Wasyl Lazowy), estos cuatro batallones formaron parte de la 13ª Brigada hasta el final de la guerra.

Entre los polacos, los españoles, los húngaros y los franceses se establecieron relaciones de amistad fraternal, que excluyeron todo roce por cuestiones nacionales.

Los polacos estaban unidos asimismo por lazos de cordial amistad con los representantes de otros pueblos del Estado polaco. En el Batallón Palafox existía una compañía ucraniano-bielorrusa, a la que se dio el nombre de Tarás Shevchenko, gran poeta y demócrata revolucionario ucraniano. Otra compañía del mismo batallón, compuesta en su mayoría por hebreos, llevaba el nombre de Naftali Botwin, joven revolucionario ejecutado en cumplimiento de la sentencia de un tribunal burgués polaco por haber matado a un provocador.

Además de la Brigada Dombrowski y de las unidades ya mencionadas, grupos considerables de voluntarios polacos combatieron en la Batería Bartosz Glowacki (héroe de la insurrección de Kościuszko en 1794) y en la Batería W. Wróblewski (general de la Comuna de París).

En las unidades internacionales y españolas existieron también, en distinto tiempo, otras secciones polacas: en el Batallón Thaelmann, en la Compañía de Estado Mayor de la 14ª Brigada y en un batallón de la 86ª Brigada Mixta. El voluntario Tadeusz Ćwik (Wladyslaw Stopczyk) fue comisario de la 45ª División y subcomisario de un cuerpo de ejército. Waclaw Komar mandó la 129ª Brigada Internacional, formada a comienzos de 1938.

Fueron también bastante numerosos los polacos que prestaron servicio en la Sanidad Militar de las Brigadas Internacionales. Trabajaron con singular abnegación más de veinte enfermeras y farmacéuticas polacas. De los 250 médicos, aproximadamente, de las Brigadas Internacionales, 41 eran polacos. Entre ellos se contaban veinte médicos-jefe de batallón y cuatro médicos-jefe de brigada. Mieczyslaw Domański-Dubois, médico-jefe de la 35ª División, comunista y figura destacada del movimiento antifascista, era muy conocido entre los intelectuales franceses. Murió en el Frente de Aragón durante el asalto de Quinto. En el servicio

Bandera del Batallón Dombrowski (Dąbrowski, en polaco)

de Sanidad trabajaron asimismo Siegfrid Beer, León Samet y Andrzej Lorski.

Entre los voluntarios polacos gozaba de gran influencia Gustaw Reicher (Rwal), miembro del Comité Central del Partido Comunista Polaco y representante del CC del PCP ante el Comité Central del Partido Comunista de España en 1937. Con su ayuda, los oficiales y comisarios polacos resolvieron eficazmente los problemas políticos y de organización que surgieron en la vida de la Brigada Dombrowski.

*

Los voluntarios polacos intervinieron en casi todas las operaciones principales. En difíciles condiciones, en medio de victorias y derrotas se formaron las filas de templados combatientes antifascistas, internacionalistas y patriotas, y aumentó su experiencia política y militar. El 9 de noviembre de 1936, en los comienzos de la batalla decisiva por Madrid, el Batallón Dombrowski y otras unidades de la 11ª Brigada Internacional entraron en combate, sobre la marcha, en el sector de la Ciudad Universitaria y de la Casa de Campo. Con un contraataque arrollador, echaron a los sublevados al otro lado del río Manzanares y durante varios días rechazaron los encarnizados ataques de los fascistas. En la heroica defensa de la Casa de Velázquez se cu-

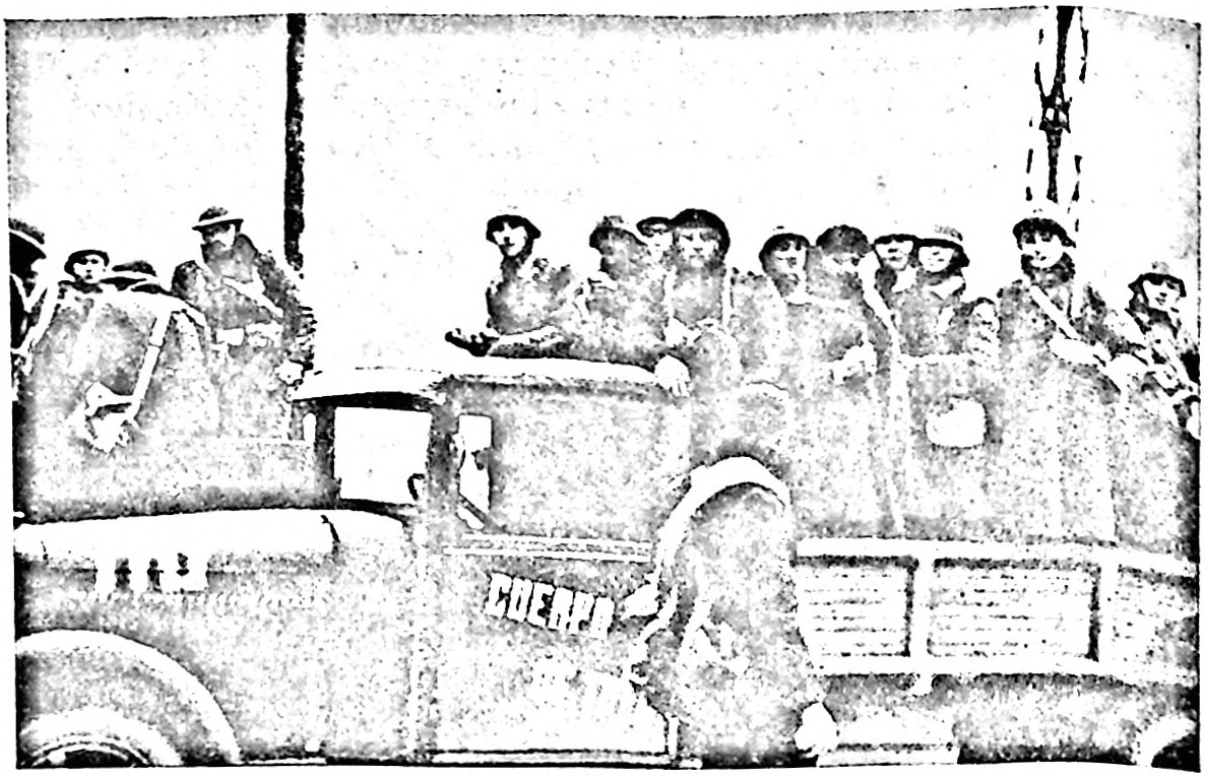
brió de gloria la 3ª Compañía, que, defendiendo tenazmente las posiciones que ocupaba, perdió la mayor parte de sus efectivos. El batallón participó también en las operaciones ofensivas de Humera y Aravaca y después, por segunda vez, en la Casa de Campo y en Boadilla del Monte. A mediados de diciembre, de los 600 hombres del batallón sólo quedaban 300.

De noviembre de 1936 a enero de 1937, el batallón cambió varias veces de jefe. Cuando resultaron heridos Stanislaw Ulanowski y Antoni Kochanek, asumió el mando Wiktor Kuźnicki; pero muy pronto lo remplazó de nuevo Kochanek, que exigió ser dado de alta antes de tiempo del hospital en que se curaba. Menos de dos semanas después, Kochanek murió en un combate cerca de Almadrones. Kuźnicki volvió a encabezar el batallón.

Tuvo grandes bajas (cerca de cien hombres, entre muertos y heridos) la Compañía Mickiewicz, que se distinguió en la toma por asalto del cementerio de Teruel, fortificado por el enemigo, durante la ofensiva de diciembre de las tropas republicanas en dicho sector.

La causa de que los voluntarios sufrieran pérdidas tan considerables no residía únicamente en la enorme superioridad de las tropas enemigas en material de guerra. Se debían también a la poca experiencia de combate de los soldados rasos y de sus mandos. En estas condiciones adquiría mayor importancia aún la moral combativa de los internacionales. Pervivirá eternamente, como símbolo de valor indomable, la hazaña de un grupo de voluntarios que el 21 de noviembre, cercados por el enemigo en un pequeño edificio de la Casa de Campo, se defendieron hasta el último cartucho bajo un fuego huracanado de los tanques y los lanzallamas fascistas y perecieron casi todos. Allí cayeron el francés André, subjefe de batallón; Stanislaw Wroclawski, jefe de una compañía de ametralladoras, y León Inzelsztein, comisario de compañía. En aquel combate resultaron gravemente heridos Stanislaw Ulanowski y Piotr Wasiluk.

A mediados de diciembre de 1936, el batallón polaco —que tenía solamente unos 300 hombres, pero conservaba su combatividad— pasó a la reserva del Frente de Madrid. Esto le permitió reponer en parte sus efectivos con nuevos voluntarios polacos llegados de Albacete y con una compañía balcánica al mando del búlgaro Nikola Marínov (Jrístov). Pero el descanso no duró mucho: ya a finales de mes, el batallón llegó al sector de Guadalajara para efectuar una operación ofensiva de carácter local. El 3 de enero, los dombrowskianos, apoyados por los voluntarios del Batallón Garibaldi, atacaron las posiciones enemigas en Almadrones y liberaron esta localidad, capturando prisioneros, armamento y otros trofeos. El júbilo de la victoria se vio ensombrecido por el dolor: durante el combate cayó como un héroe el jefe del batallón, Antoni Kochanek.



El Batallón Dombrowski en el frente de Madrid. Diciembre de 1936

En febrero de 1937, el batallón participó en la larga batalla del Jarama, en la que se decidió de nuevo la suerte de Madrid. Los combates revistieron singular encarnizamiento el 13 de febrero, cuando los fascistas emprendieron una impetuosa ofensiva fuertemente apoyados por la artillería y los tanques. El enemigo rompió la línea de defensa en el sector vecino, creando una situación crítica en extremo para el Batallón Dombrowski: parte de él fue atacada simultáneamente por la caballería mora desde la retaguardia y por los tanques y la infantería desde el frente. Los voluntarios cercados se defendieron hasta la última bomba de mano y pelearon cuerpo a cuerpo. Un héroe de esta jornada fue el voluntario Tomasz Stelmach; gravemente herido, encontró fuerzas en sí mismo para hacer estallar una bomba de mano y morir junto con los fascistas que le rodeaban.

Al final de la batalla, en la que resultó herido Kuźnicki, asumió el mando del batallón Józef Strzelczyk (Jan Barwiński), metalúrgico de Lodz y activista del PCP. Los refuerzos llegados en aquellos momentos permitieron reponer las pérdidas sufridas. El batallón, integrado hasta entonces exclusivamente por voluntarios polacos, se completó con combatientes de otras nacionalidades. Se fusionó con él la Compañía Ambiente, de las Milicias Populares, fogueada ya en los combates y compuesta de voluntarios al mando de Bernabé Vera (jefe) y José Lacierra (comisario).

En los combates de marzo en la dirección de Guadalajara, el batallón cumplió la importante misión de cubrir el flanco derecho

de la 12ª Brigada y de toda la agrupación principal de tropas republicanas, que mandaba Enrique Líster. Los voluntarios entraron en fuego sin haber tenido tiempo de descansar después de las tres semanas de combates en el Jarama. Los participantes en la batalla de Guadalajara la recuerdan no sólo por la intrepidez con que pelearon los republicanos contra un enemigo mucho más fuerte que ellos, sino también por las condiciones meteorológicas, excepcionalmente desfavorables, en que se libró. La lluvia incesante, el aguanieve, los vientos borrascosos y las heladas fueron la causa de que los combatientes, que carecían de ropas de abrigo y ocupaban posiciones en trincheras pantanosas poco profundas, enfermaran en masa. Más del 50% se resfriaron y el 20% sufrieron congelaciones en las manos o los pies. Sin embargo, cuando las tropas republicanas pasaron el 18 de marzo a la contraofensiva —que culminó en la derrota completa de los intervencionistas italianos—, el batallón polaco se lanzó a un ataque frontal. Tomó por asalto las posiciones enemigas y fue uno de los primeros que entró en Brihuega, posición clave de todo el frente. Al final de la jornada, los dombrowskianos hicieron varias decenas de prisioneros y se apoderaron de gran cantidad de armamento y otro material de guerra. En aquella ocasión, sus pérdidas fueron insignificantes.

El mes siguiente proporcionó a las armas republicanas un nuevo éxito, esta vez en el Frente Sur. La Compañía Mickiewicz y todo el Batallón Chapáev participaron en la ofensiva en el sector de Pozoblanco, donde se distinguieron durante el victorioso ataque a las localidades de Valsequillo y La Granjuela.

Después de Guadalajara, los voluntarios polacos y toda la 12ª Brigada vivieron un período de calma de casi dos meses, interrumpido a veces por operaciones de carácter local en el Jarama y en la Casa de Campo. Este período fue aprovechado para efectuar una intensa labor de instrucción militar, educación política y organización. A semejanza de todo el Ejército Popular, las unidades internacionales (incluido el Batallón Dombrowski) superaban entonces los hábitos guerrilleros del período inicial y reforzaban la organización militar regular. El general Walter, que era muy cordial y, al mismo tiempo, exigente con los voluntarios polacos, dijo un año después refiriéndose a este proceso de perfeccionamiento: "El año pasado, cuando visité por primera y única vez el entonces Batallón Dombrowski, se percibía en él claramente un espíritu de familiaridad. La disciplina militar no era satisfactoria del todo y el armamento estaba en pésimas condiciones. En los últimos tiempos... (la brigada.—*N. de la Red.*) da la impresión de ser una colectividad disciplinada y cohesionada, en la que está muy desarrollado el sentido de la confraternidad de armas y de la confianza mutua en el combate"[1].

[1] Revista *Archivo Histórico*, 1962, Nº 2, pág. 186.

Combatientes del Batallón Dombrowski después de la victoria de Guadalajara. Marzo de 1937

La formación de una nueva Brigada Internacional —la Brigada Jaroslaw Dombrowski— planteó nuevos problemas de organización: había que completar su Estado Mayor y poner a punto el funcionamiento de sus servicios, dar una preparación táctico-militar a los oficiales, unificar el armamento de todas sus unidades y aprender a manejar las armas de tipos nuevos. Se prestó una atención especial a acabar con la desigualdad en el equipamiento material de las unidades surgida en el período de gran autonomía de los batallones, en el que numerosos problemas eran resueltos merced a la iniciativa y el ingenio del Mando de cada unidad.

En las nuevas condiciones aumentó más todavía el papel de los comisarios y del sistema de trabajo político, cultural y educativo dirigido por ellos.

Los voluntarios resumieron la experiencia política y combativa, adquirida durante los meses de dura lucha armada contra los fascistas, en un manifiesto al pueblo polaco, cuyo texto fue discutido en reuniones de todas las unidades. Los voluntarios explicaban en él los fines de lucha del pueblo español, exponían los motivos que les habían impelido a engrosar las filas del Ejército Republicano y exhortaban a los obreros y las organizaciones democráticas de Polonia a unirse en el Frente Popular. "Mañana —decía el manifiesto—, las bandas fascistas, estimuladas por la inmunidad de sus crímenes, pueden alzar la mano parda, de conformidad con el programa de Hitler, contra la independencia del

pueblo polaco... intentando apoderarse de nuestras riquezas naturales, que el imperialismo alemán ansía desde hace ya mucho... Todos deben comprender que la causa de España es la causa de Polonia"[2].

A comienzos de junio de 1937, cuando la brigada se encontraba aún en proceso de organización, tomó parte (encuadrada en la división del general Lukács) en una operación ofensiva cerca de Huesca con el fin de distraer fuerzas del enemigo y aliviar la situación del País Vasco. Pese al heroísmo y la abnegación de las tropas republicanas, la ofensiva fracasó. La Brigada Dombrowski, que los días 12 y 16 de junio atacó las fortificaciones enemigas en el sector de Chimillas, perdió casi una tercera parte de sus hombres. Cayeron, entre otros, Karol Sznurawa, jefe de compañía; Józef Major, intrépido camillero; Adam Dawidowicz, ayudante del jefe del Batallón Dombrowski; el voluntario Waclaw Górecki, el sargento Andrzej Kijak, el cabo Ignacy Wasiun y el comisario del batallón húngaro, Imre Tarr. Constituyó una dolorosa pérdida para todos los voluntarios la muerte del jefe de la división, general Lukács, internacionalista húngaro que gozaba del cariño general.

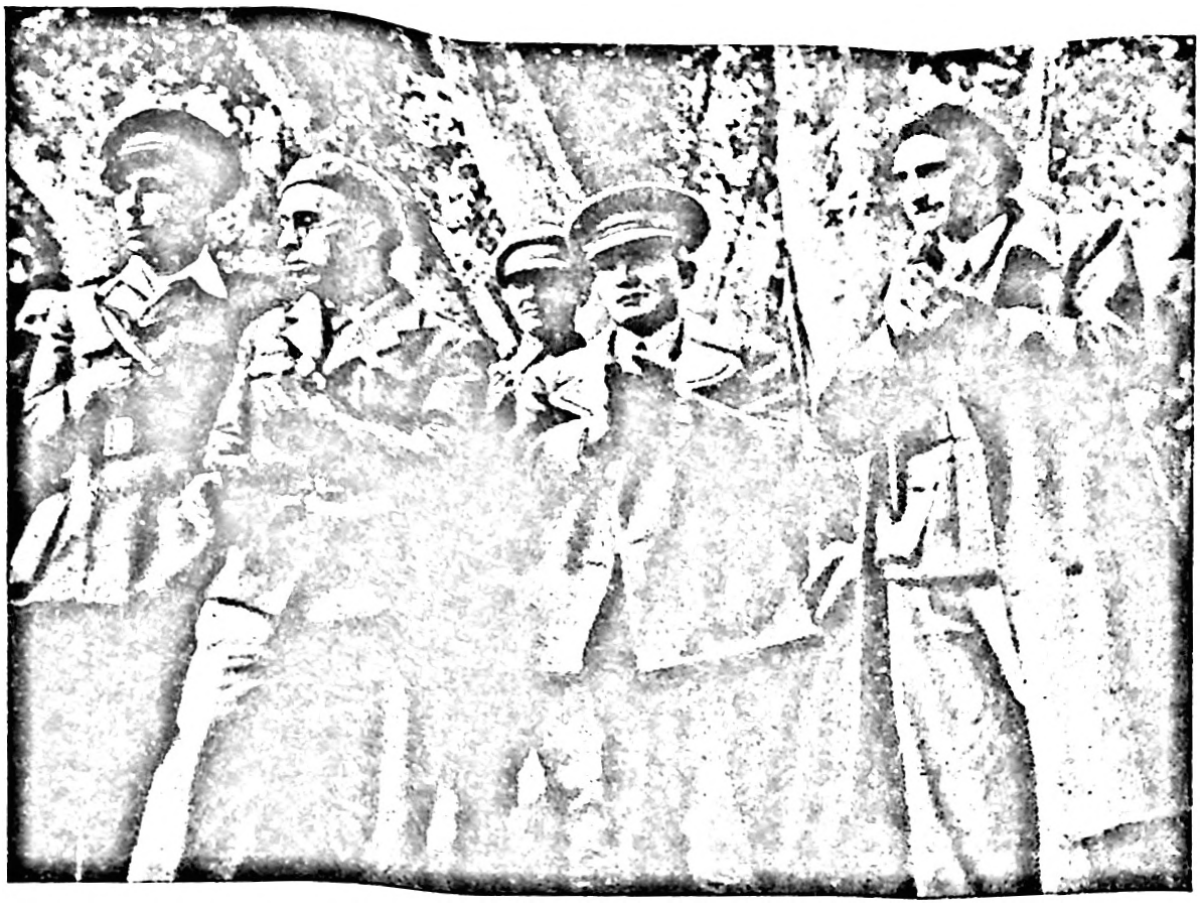
Después de Huesca, la Brigada Dombrowski fue completada con mil combatientes españoles de los remplazos movilizados. Desde aquel momento, los voluntarios internacionales constituyeron la minoría de la brigada, lo que hizo surgir nuevos problemas ante el Mando. En primer lugar, era preciso pasar al uso del español en la instrucción, la dirección y la documentación. Mas para ello había que aprender rápidamente esta lengua y preparar y promover cuadros de mando españoles. Fueron nombrados oficiales y comisarios varios veteranos de la antigua Compañía Ambiente, organizándose después la preparación de cuadros en cursillos especiales. Los voluntarios acogieron cordialmente a los combatientes españoles y los rodearon de atención fraternal.

En julio de 1937, la brigada participó en la toma de Villanueva del Pardillo y luego sostuvo durante muchos días tenacísimos combates en el sector de La Mocha. Allí recibió su bautismo de fuego el Batallón Palafox, recién formado, que ya en el primer combate rechazó el asalto de la infantería marroquí, causándole muchas bajas. Durante la operación cambió el Mando de la brigada: Józef Strzelczyk (Barwiński) sustituyó a Fernando Gerasi, que estaba enfermo, y Waclaw Komar encabezó el Batallón Dombrowski.

A fines de agosto de 1937, después de permanecer algún tiempo en las posiciones del segundo escalón, la brigada tomó parte en la ofensiva de las tropas republicanas en el Frente de Aragón. En esta operación se distinguieron por su audacia y valentía dos

---

[2] *Polacy w wojnie Hiszpanskiej 1936-1939*. Warszawa, 1963, str. 201.



Durante un mitin en la Brigada Dombrowski. De izquierda a derecha: Strzelczyk, jefe de la brigada; Matuszczak, comisario de la brigada; general Swierczewski y Rwal, representante del CC del PCP

batallones —el Dombrowski y el Palafox—, que protegidos por la oscuridad de la noche penetraron profundamente en la retaguardia enemiga. Llegaron a Villamayor del Gállego, a pocos kilómetros de Zaragoza, derrotando a pequeñas unidades enemigas que encontraron en el camino y capturando varias docenas de prisioneros y material de guerra. Pero muy pronto, al no ser apoyados por otras unidades, ambos batallones quedaron cercados; no obstante, supieron abrirse paso combatiendo hasta las posiciones de partida. Su hazaña fue altamente valorada en una orden del día especial de la 45ª División.

Las pérdidas de la brigada fueron también grandes en aquella ocasión, sobre todo en los batallones que operaron en la retaguardia enemiga. En el Batallón Dombrowski perecieron Boleslaw Krzykalski (Stefan Wiśniewski), a la sazón jefe de la 1ª Compañía; Stanislaw Bielecki, ayudante del jefe de dicho batallón; Józef Rubinsztein, figura destacada del Partido Comunista de Polonia; Stefan Kozlowski ("el Canadiense"), comisario de la 4ª Compañía; Pawel Wiśnia (Pol), G. Czyra, Adam Maksymiuk ("Junker"), Boruch Nysenbaum (Bobruś) y otros muchos. Estas unidades de la brigada y de toda la 45ª División inmovilizaron con

sus acciones parte de las fuerzas enemigas y facilitaron los éxitos de los republicanos en otros sectores de la dirección de Zaragoza, en la que fueron liberados de facciosos los pueblos de Quinto, Codo y Mediana y la ciudad de Belchite, sólidamente fortificada. En el logro de estos éxitos desempeñó un relevante papel la 35ª División, mandada por un voluntario polaco: el general Karol Swierczewski (Walter).

En el otoño de 1937, la brigada se encontró en la reserva del frente y sólo una vez, en octubre, tomó parte en una operación ofensiva de carácter local en la zona de Fuentes de Ebro. Así pues, los dombrowskianos gozaron por vez primera de una tregua prolongada. Fueron meses de intenso entrenamiento, que comprendió no sólo instrucción en orden cerrado, sino también ejercicios tácticos en el campo, maniobras y clases teóricas en cursillos diversos. Los comisarios políticos desplegaron una múltiple actividad, ocupándose, entre otras cosas, en liquidar el analfabetismo entre los reclutas españoles.

Durante su permanencia en Aragón, la brigada estableció estrechas y cordiales relaciones con la población civil. En diversas ciudades y aldeas —Samper de Calanda, Binéfar y Vinaceite—, en todas partes donde estuvieron acantonados los batallones, se celebraron casi a diario veladas para los combatientes y los vecinos del lugar. En ellas intervinieron voluntarios internacionales, combatientes españoles y representantes de las autoridades locales y de diversas organizaciones antifascistas. Al final de las veladas se entregaban regalos a los niños: leche condensada, ropa, juguetes y dulces, comprados, como regla general, con el dinero donado por los propios combatientes.

Los jefes y comisarios de la brigada hicieron todo lo posible para que los combatientes españoles y la población civil viesen en los voluntarios a unos hermanos suyos, que se habían puesto al servicio de la República movidos por sus profundas convicciones ideológicas, internacionalistas y patrióticas. Esto tenía una importancia singular en Aragón y Cataluña, donde ciertos sectores políticos, principalmente los anarquistas, acogieron al principio con desconfianza la organización de las Brigadas Internacionales en España. Los extremistas anarquistas intentaron presentar a las Brigadas Internacionales como una fuerza armada que trataba de asegurar a los comunistas la conquista del poder. Pero bastaba con que la brigada se detuviera, aunque fuese por poco tiempo, en cualquier localidad, para que semejante prevención cediese su puesto a una calurosa simpatía.

En diciembre de 1937, la Brigada Dombrowski tomó posiciones en el sector de Tardienta-Zuera, en el Frente de Aragón. A comienzos de febrero de 1938 fue trasladada al Frente Sur y a mediados de mes, encuadrada en la 45ª División, participó en una operación ofensiva en Extremadura. Con un ataque arrollador, la

brigada tomó las posiciones enemigas y capturó 130 prisioneros y trofeos. Sin embargo, el éxito fue pasajero. Aquel mismo día, el enemigo concentró fuerzas considerables, parte de las cuales salió a la retaguardia de las fuerzas republicanas atacantes. Carentes de reservas, los internacionales se vieron obligados a replegarse bajo un fuego cruzado. La caballería mora cortó la retirada a la Compañía Shevchenko y a otras unidades. Numerosos voluntarios cayeron en desigual combate, entre ellos, Jan Tkaczow, jefe del Batallón Palafox; su comisario, Mikolaj Dwornikow (Tomaszewicz), y el español Llamas, comisario del Batallón Mickiewicz. Resultaron heridos Franciszek Księzarczyk, jefe del Batallón Dombrowski, y otros muchos soldados, oficiales y comisarios. (En cifras generales, la brigada tuvo en estos combates 38 muertos, 116 heridos y 174 desaparecidos).

A comienzos de marzo de 1938, sin haber tenido tiempo de reponer las pérdidas sufridas en Extremadura, la brigada fue trasladada de nuevo al Frente de Aragón, donde las tropas franquistas habían emprendido una gran ofensiva. Incorporada a la 35ª Dvisión, la brigada sostuvo todo el mes incesantes combates de contención durante la retirada general en el Frente de Aragón. En las proximidades de Belchite, Alcañiz y Caspe, de Lérida y Balaguer, los batallones de la brigada fueron cercados más de una vez, pero rompieron el cerco causando grandes pérdidas al enemigo. Aunque sus propias bajas fueron considerables, la brigada supo conservar hasta el fin del repliegue la organización y la mayor parte de las armas automáticas y demás material de guerra de que disponía.

Después del repliegue de Aragón, los dombrowskianos se encontraron durante más de dos meses en la reserva del Ejército del Ebro, que acababa de formarse acantonados en Pradell y sus alrededores. Mandaba la brigada el voluntario soviético Mijaíl Jvátov (Járchenko), siendo su comisario L. Varela.

El período comprendido entre mayo y julio tuvo extraordinaria importancia para el destino ulterior de la brigada. En cumplimiento de las directrices del Gobierno republicano y del Mando del Ejército del Ebro, que tuvieron en cuenta la amarga experiencia de la retirada de Aragón, la brigada se transformó en una especie de gran escuela militar. Fueron reorganizados los Estados Mayores y se fortalecieron los cuadros de oficiales y sargentos mediante la promoción de numerosos internacionales y españoles que se habían distinguido en los últimos combates.

La instrucción militar, sistemática e intensa, abarcó a todos sin excepción: soldados rasos, sargentos y oficiales. Además de maniobras y ejercicios tácticos en el campo, se organizaron cursillos especiales de transmisiones, exploración, Sanidad Militar, etc. En la brigada se crearon tres escuelas de mandos subalternos, en las que terminaron estudios 540 combatientes, y una escuela de

EL VOLUNTARIO DE LA LIBERTAD

POR VUESTRA LIBERTAD Y LA NUESTRA — ZA WOLNOŚĆ WASZĄ I NASZĄ

OCHOTNIK WOLNOŚCI

ORGAN POLSKICH OCHOTNIKÓW REPUBLIKAŃSKIEJ ARMJI HISZPAŃSKIEJ

Rok II N.° 5 (61) — 26. lutego 1938

Brygada Dabrowskiego znow w boju

[illegible]

"El Voluntario de la Libertad", órgano de los combatientes polacos de las Brigadas Internacionales

observación y transmisiones con 55 alumnos. También en los batallones se organizaron cursillos de diversas especialidades. Como las demás unidades del Ejército del Ebro, la brigada se preparó para nuevos combates por la liberación de los territorios que habían ocupado los fascistas. Varias veces se hicieron simulacros de paso del río.

Entonces nació el "movimiento de los activistas", que encabezaron los comisarios. Los combatientes contrajeron el compromiso de adquirir conocimientos militares y dominar el manejo de las armas a la perfección y con la mayor rapidez, retando a emulación a los demás. Este movimiento, que abarcó a 700 de los 2.400 combatientes, intensificó la vida política y cultural en la brigada. Se hicieron más frecuentes los encuentros con la población civil. Pradell fue visitado con frecuencia por delegaciones obreras y representantes de las organizaciones juveniles y femeninas. A su vez, los voluntarios enviaron delegaciones a las fábricas barcelonesas que los apadrinaban.

Cuando el 25 de julio comenzó, por fin, la tan esperada ofensiva del Ejército Republicano, los oficiales y soldados voluntarios estaban preparados para ella tanto en el aspecto militar como en el moral y político. Los combatientes acogieron con verdadero entusiasmo la orden de pasar a la ofensiva y cruzar el Ebro. La brigada participó en esta operación encuadrada en la 35ª División, que mandaba Pedro Merino. Figuró entre las unidades de vanguardia del XV Cuerpo del Ejército del Ebro, que el 25 de julio de 1938, a las 0 horas y 15 minutos, inició el paso del río y la ofensiva en la dirección principal del golpe de las tropas republicanas. En colaboración con la 11ª Brigada Internacional, los dombrowskianos cruzaron el río en barcas en la zona de Ascó. Venciendo rápidamente la resistencia del enemigo, cogido de sorpresa, tomaron en menos de veinticuatro horas el pueblo de Venta de Campo, la pequeña ciudad de Corbera y otros puntos de resistencia de los franquistas.

Pero al acercarse a Gandesa, las unidades de Ejército Popular chocaron con una resistencia organizada del enemigo, que había logrado trasladar reservas. Se entablaron combates por Gandesa, que duraron muchos días, con participación de la 13ª Brigada. Los primeros días reportaron un gran éxito a la brigada y a todo el Ejército del Ebro. Los dombrowskianos avanzaron veinte kilómetros en profundidad en el territorio ocupado por el enemigo, hicieron cerca de 2.000 prisioneros y se apoderaron de cinco piezas de artillería, cuarenta ametralladoras pesadas y otras muchas armas, quince camiones, depósitos militares, etc. Al principio, las pérdidas fueron pequeñas. Sin embargo, en una semana de combates por Gandesa, es decir, hasta el 2 de agosto, la brigada tuvo 220 muertos y 429 heridos. Entre los muertos el segundo día de la operación figuraba el comunista Szymon Jaszuński, subco-

misario de la brigada, trabajador científico y destacado publicista.

La brigada patentizó sus cualidades combativas con mayor brillantez aún en la fase posterior, defensiva, de la operación. La superioridad de las tropas franquistas en hombres y material, apoyadas por las divisiones italianas y la Legión Cóndor hitleriana, se hizo entonces abrumadora.

En agosto y septiembre de 1938, la brigada, como la 35ª División, libró combates defensivos extraordinariamente duros en el sector de Gandesa y de Corbera, en las montañas de la Sierra de Pandols y de la Sierra de Cavalls. Durante todo este período, los furiosos ataques de las tropas franquistas, que trataban de reconquistar el territorio perdido y arrojar a las unidades del Ejército Popular al otro lado del Ebro, se estrellaron contra la heroica resistencia de los republicanos. Se luchó por cada palma de tierra. Con frecuencia, los ataques y contraataques se repitieron varias veces al día y las posiciones clave pasaron reiteradamente de unas manos a otras. Un testimonio de la valentía singular y de las afortunadas operaciones de los dombrowskianos fue la condecoración del Batallón Mickiewicz, el 7 de agosto, con la Medalla del Valor. Lo mandaba entonces Franciszek Ksiezarczyk y era su comisario el comunista español Robles.

La primera quincena de septiembre se distinguió por combates de extraordinaria tenacidad. El 7 de septiembre, el enemigo, apoyado por un fuego huracanado de artillería y un intenso bombardeo desde el aire, se lanzó varias veces al asalto de las posiciones de la brigada en la Sierra de Cavalls. En aquella ocasión se distinguió un batallón húngaro, el cual, después de perder las cotas 362 y 368, las recuperó varias horas más tarde con un audaz contraataque. Al día siguiente, los fascistas reanudaron los ataques y tomaron la cota 356, pero los húngaros, en cooperación con el Batallón Dombrowski, los rechazaron de nuevo.

El 21 de septiembre, el enemigo emprendió un asalto general de las posiciones de la brigada. La pequeña cota 281, defendida por el Batallón Mickiewicz, fue blanco de un intenso fuego artillero y de incesantes bombardeos aéreos. La infantería franquista atacó furiosamente la cota, mas tuvo que retroceder, sufriendo pérdidas inmensas. Los combatientes que defendían una cota vecina, la 287, destruyeron cuatro de los quince tanques atacantes. Aquel día se creó una situación excepcionalmente grave para el Batallón Palafox, a cuyo frente se encontraban el húngaro István Molnár (jefe) y Eugeniusz Szyr (comisario). El enemigo rebasó al batallón y tomó parte de las posiciones del sector vecino. En aquella difícil jornada se realizaron muchas y gloriosas hazañas. Se distinguieron especialmente los combatientes de las compañías Botwin y Shevchenko, que defendieron heroicamente cada palmo de tierra. Cuando el enemigo irrumpió en sus trincheras, se defendieron hasta la última

bomba de mano. Casi todos los internacionales cayeron como héroes en un combate cuerpo a cuerpo.

La brigada no recibió refuerzos en hombres durante cerca de dos meses de combates en el Ebro. En la segunda quincena de septiembre, los efectivos de los batallones apenas superaban los de las compañías, y éstas, a su vez, tenían muy pocos combatientes más que las secciones. Entre los muertos figuraban Józef Kolorz (Kostecki), destacada figura de la colonia polaca en Francia; el poeta ucraniano Jurko Welykanowicz; Antoni Pietrzak, jefe de compañía; el capitán Adam Lewinski, dirigente juvenil del Partido Socialista; Jan Kirchner y Jan Gacek, jefes de compañía; Franciszek Mroziński, comisario de compañía, y otros muchos.

El Mando apreció altamente las hazañas de la brigada. que fueron destacadas varias veces en las órdenes del día de la 35ª Brigada y del XV Cuerpo de Ejército. Por decreto del Gobierno republicano se galardonó a la brigada con una alta condecoración: la Medalla del Valor.

Con la operación del Ebro terminó el camino de lucha de los voluntarios polacos en España. El 23 de septiembre, en un momento en que se libraban intensos combates en la margen derecha del Ebro, el Gobierno republicano dio orden de licenciar a los voluntarios extranjeros. Los internacionales de la Brigada Dombrowski se separaron con profundo pesar de los combatientes españoles. Durante el mitin de despedida, en el que habló la vicepresidente de las Cortes, Dolores Ibárruri, los voluntarios polacos juraron solemnemente que, adondequiera que los llevara su suerte, seguirían siendo siempre y en todas partes amigos del pueblo español y defensores de su justa lucha.

Una vez retirados del frente, los voluntarios polacos que habían peleado en las filas del Ejército Popular fueron alojados en los campamentos de repatriación en los alrededores de San Pedro de Torelló. Pero pasaron las semanas y los meses sin que lograran salir de España. El gobierno de "saneamiento", que había privado de la ciudadanía polaca a los voluntarios, no pensaba siquiera en su retorno a la patria, y los gobiernos de los países de Europa Occidental les negaban el derecho de asilo. Hasta fines de 1938, sólo Francia, y en parte Bélgica, dieron entrada en su territorio a pequeños grupos de voluntarios polacos, principalmente enfermos y heridos. Los demás tuvieron que esperar el resultado de las negociaciones entabladas por las autoridades republicanas con los gobiernos de otros países.

Los voluntarios se vieron, pues, sometidos a una nueva prueba moral, tanto más dura por cuanto la situación en los frentes era cada día más desfavorable para la República. Pero no se desanimaron: por propia iniciativa ayudaron a los campesinos en las faenas agrícolas, repararon carreteras, etc. Movidos por el deseo

de aliviar, por poco que fuera, las dificultades de abastecimiento con que tropezaba la población local, los voluntarios entregaban constantemente pan, arroz y leche de sus modestas raciones de soldado para los niños y los evacuados en grave estado.

Entretanto, la situación internacional se hizo cada día más tensa. En septiembre de 1938, las potencias occidentales firmaron el Pacto de Munich, que desmembró a Checoslovaquia. Precisamente en aquel período, los voluntarios aprobaron en numerosas reuniones un *Manifiesto al pueblo polaco,* en el que expresaban su profunda alarma con motivo de la amenaza de muerte que se cernía sobre Polonia y su anhelo de retornar a la patria y participar en su defensa.

El pueblo español vivió entonces días trágicos. Las fuerzas facciosas y de los intervencionistas germano-italianos, superiores en número, rompieron el Frente de Cataluña. Las columnas franquistas y las divisiones italianas entraron en Barcelona y otras ciudades catalanas. La situación de la República empeoró de día en día y para Cataluña se hizo desesperada.

El 23 de enero de 1939, tres días antes que entraran los fascistas en la capital de Cataluña, en Palafrugell se celebró un gran mitin de los voluntarios, en el que se acordó por unanimidad reincorporarse a las tropas republicanas. Esta segunda salida para el frente de hombres ya desmovilizados, y que esperaban la repatriación en momentos en que la República sufría duras derrotas militares, patentizó una vez más el alto grado de conciencia antifascista de los voluntarios, su ferviente internacionalismo y la decisión de ser fieles hasta el fin a su solidaridad con la lucha del pueblo español.

Poco después, los voluntarios recibieron armas, salieron al encuentro del enemigo y, conteniendo su ofensiva, protegieron, junto con las mejores unidades españolas, la evacuación de la población civil, que abandonaba sus hogares y huía en tropel hacia la frontera francesa.

Las ciudades y los pueblos de Granollers, Seva, Vich, Casa de la Selva, Gerona y La Bisbal, el río Ter y, finalmente, Figueras, plaza fuerte fronteriza, jalonan el último camino de lucha de la Brigada Dombrowski, reconstituida a toda prisa bajo el mando de Henryk Toruńczyk, primero, y de Mihály Szalvai, después. Los últimos voluntarios muertos en tierra española cayeron en los combates sostenidos cerca de la frontera. Entre ellos figuraba Marian Kapitański, conocido dirigente del PCP en Czestochowa, que antes había sido herido tres veces.

El 9 de febrero de 1939, formando en las filas de los destacamentos republicanos que abandonaban España, los voluntarios polacos cruzaron organizadamente la frontera francesa. Eran cerca de mil.

Varios centenares de polacos —principalmente heridos y enfermos evacuados con antelación— se encontraban ya entonces en la URSS, Francia, Bélgica y otros países.

En tierra española reposan para siempre unos 3.200 voluntarios polacos, hijos de la clase obrera y representantes del campesinado y la intelectualidad. Dieron su vida en la lucha por los ideales de la libertad y la democracia, "por vuestra libertad y la nuestra".

*

De febrero a agosto de 1939, es decir, antes de empezar la segunda guerra mundial, la mayoría de los voluntarios polacos estuvieron internados en campos de concentración franceses, en malísimas condiciones, siendo víctimas de persecuciones de todo género por los jefes de los campos. Estas duras condiciones se vieron aliviadas, en parte, por la magnífica campaña de solidaridad del pueblo francés, cuyos iniciadores fueron los comunistas franceses y los voluntarios que se hallaban en libertad. Los polacos tenían fijo su pensamiento en los destinos de la patria, sobre la que se cernía ya la amenaza directa de agresión hitleriana. En un mensaje al Presidente de Polonia, Ignacy Mościcki, en numerosas intervenciones públicas y en cartas remitidas a la Embajada polaca en París, los voluntarios reclamaron que se les concediera de nuevo la nacionalidad polaca, el derecho de regresar a la patria y participar en la defensa de su independencia frente a la evidente amenaza de invasión hitleriana. Pero todos sus esfuerzos resultaron vanos: el Gobierno polaco desoyó sus llamamientos. Durante el período de 1941 a 1945, en casi todos los países ocupados —desde Dinamarca hasta Yugoslavia— los voluntarios formaron parte, individualmente o en pequeños grupos, de las organizaciones clandestinas comunistas y antifascistas que sostuvieron una lucha sin cuartel contra el enemigo. Los grupos más numerosos de voluntarios actuaron, como es natural, en Francia y Bélgica, Figuraron entre los iniciadores y organizadores del Movimiento de la Resistencia y de los destacamentos guerrilleros. Entre ellos desempeñaron el papel principal Jan Rutkowski (Simon), Grzegorz Korczyński, Franciszek Księżarczyk, Jan Leszkiewicz, Wladyslaw Tylec, Pawel Balicki, Piotr Malec, Wladyslaw Omastka, Franciszek Mogielani, Boleslaw Jeleń, Antoni Mrowiec, Henryk Sternhel (Gustaw), Jan Świt, Szymon Ciurlik y Leon Wachowiak. En la lucha por la libertad de Francia y de Polonia cayeron en los combates o perecieron en las mazmorras hitlerianas Stanislaw Kubacki, Leon Pakin, Stanislaw Toporowski, Feliks Zaluczkowski y Hersz Zimmermann (Henryk).

Los voluntarios desempeñaron un papel singularmente destacado en el desarrollo del movimiento guerrillero en la patria ocu-

Insignia de los combatientes de la 13ª Brigada Internacional (Brigada Dombrowski)

pada. Por encargo del Partido Obrero Polaco, en 1942 se trasladó de Francia y Alemania a Polonia un grupo integrado por más de sesenta dombrowskianos. El instructor del primer destacamento de la Gwardja Ludowa (Guardia Popular), al que se dio el nombre de Ludwik Waryński, fue Józef Mrozek. La Gwardja Ludowa y la Armja Ludowa (Ejército Popular) las organizaron ex combatientes de la Brigada Dombrowski, que mandaron destacamentos, brigadas, zonas y distritos guerrilleros y desempeñaron cargos dirigentes en el Alto Mando. Puede mencionarse entre ellos a Grzegorz Korczyński (con posterioridad viceministro de Defensa Nacional de Polonia), Franciszek Księżarczyk, Stefan

Andryjańczyk, Jakub Aleksandrowicz, Antoni Grabowski, Józef Dombrowski, Piotr Kartin (Andrzej Schmidt), Ludwik Kotas, Ignacy Kubat, Stanislaw Lange, J. Jasiński, J. Loczyński, Wasyl Lazowy, Mical, Jan Slawiński, Józef Spiro, Henryk Sternhel (Gustaw) y Henryk Wózniak. Por desgracia, la mayoría de ellos no vieron la Polonia Popular libre: más de cuarenta dombrowskianos perecieron en los combates o en las mazmorras de la Gestapo.

Algunos fueron detenidos ya camino de la patria, en Alemania, y martirizados en los campos de la muerte. Entre ellos se encontraban Stanislaw Ulanowski, primer jefe del Batallón Dombrowski, y Józef Gruszka. Los dombrowskianos que se encontraban en la URSS emprendieron la lucha contra los invasores hitlerianos ya en 1941. Cerca de cien cayeron en los combates en 1941 y 1942, por lo general, en la retaguardia del enemigo. Uno de ellos fue Józef Strzelczyk, ex jefe de la 13ª Brigada Internacional. A este grupo pertenecían Ignacy Bonrkowski (Wicek), futuro jefe de una brigada guerrillera del Ejército Popular; Józef Ziólkowski, que en nombre de los dombrowskianos participó en la organización de la Unión de Patriotas Polacos y fue uno de los primeros comisarios políticos de la División de Infantería Tadeo Kościuszko, formada en la Unión Soviética, y otro combatiente de esta división, Stefan Konieczniak, que había participado en la Gran Revolución Socialista de Octubre y en la defensa de Moscú en 1941.

Los dombrowskianos tomaron parte activa en la reconstitución de las Fuerzas Armadas Polacas en el territorio de la Unión Soviética. Después recorrieron el largo y glorioso camino de lucha del Ejército Popular Polaco desde Lénino hasta el Elba. Entre ellos figuraban Karol Swierczewski (general Walter), organizador y jefe del 2º Ejército de las Tropas Polacas y más tarde viceministro de Defensa Nacional de la República Popular Polaca; Henryk Toruńczyk, Eugeniusz Szyr, Mieczyslaw Szleyen, Józef Welker, Stanislaw Broszko, Franciszek Gorski, Stanislaw Janik, Jan Perkowski, Jan Staszkowski, Platon Stroziuk, Józef Truszkowski, Antoni Dalecki, Waclaw Kubiak y otros. En los combates por la libertad de Polonia cayeron, peleando en las filas del Ejército Polaco, Isak Bajlowicz, Wladyslaw Donajski, Hersz Rapaport y Michal Robak.

*

La participación de los voluntarios polacos en la guerra nacional revolucionaria del pueblo español es una bella página de las tradiciones progresistas del pueblo polaco y de la aportación internacionalista de la clase obrera polaca a la Resistencia antifascista. Su abnegada lucha en las Brigadas Internacionales contri-

buyó en grado extraordinario a formar entre vastos sectores de la opinión democrática polaca una idea justa de la esencia de la guerra española y del carácter criminal del fascismo alemán, enemigo de la libertad y la independencia de los pueblos.

Para los voluntarios polacos de las Brigadas Internacionales, la lucha contra el fascismo, iniciada en los frentes de España en 1936-1939, prosiguió durante los años de guerra por liberar a su patria de invasores hitlerianos y terminó con la victoria conjunta de los pueblos de la coalición antihitleriana sobre el Reich nazi.

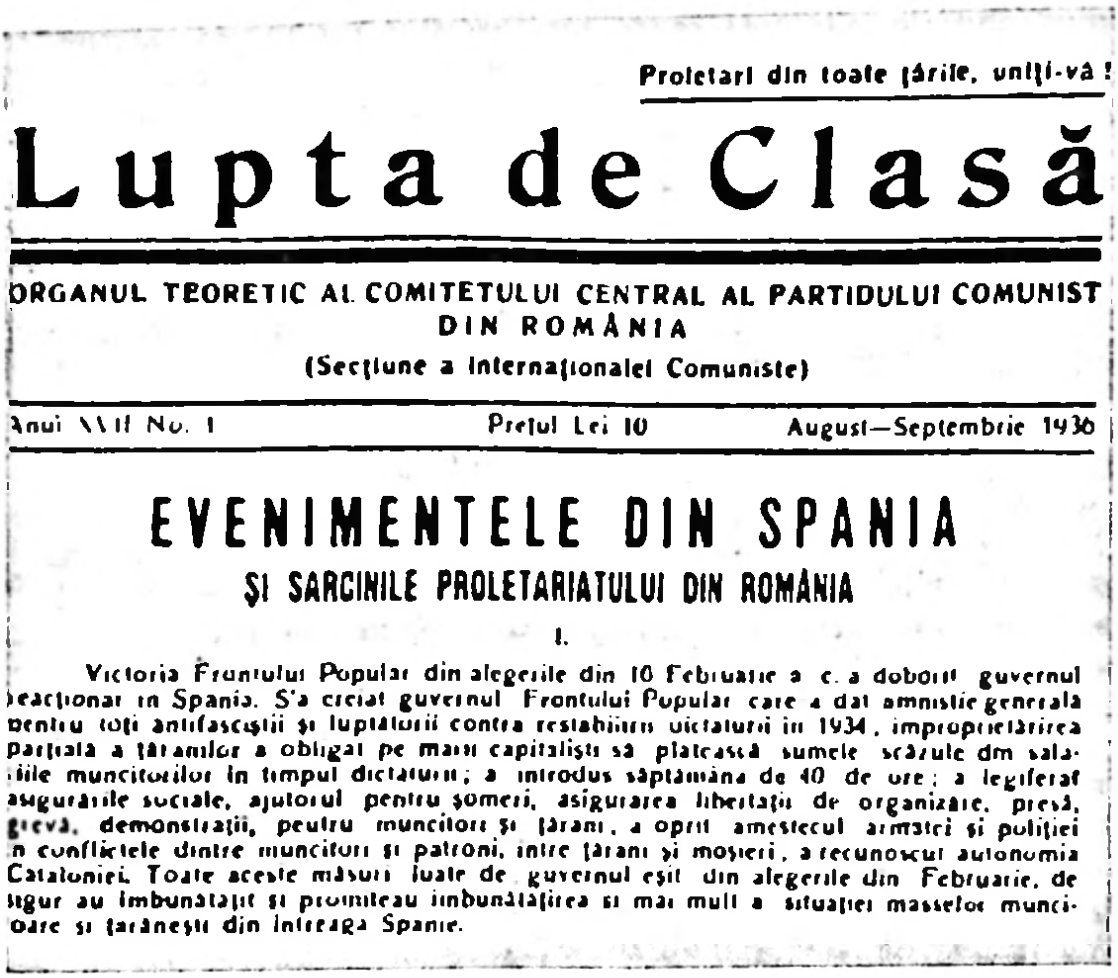
Al consagrar todas sus energías a la edificación de la Polonia Popular, que avanza por la vía del socialismo, los veteranos de las Brigadas Internacionales, lo mismo que todo el pueblo polaco, se inspiran en los sentimientos de patriotismo y de solidaridad internacional con los pueblos hermanos. Sus corazones están con los hermanos españoles, que no cesan la lucha por la libertad de su patria, a los que prestan ayuda constante.

RUMANIA

La heroica lucha del pueblo español en 1936-1939 por la independencia nacional, la democracia y el progreso tuvo una gran repercusión en Rumania. La clase obrera, los intelectuales progresistas y todas las fuerzas democráticas del país expresaron su simpatía por la España republicana y la solidaridad con sus heroicos defensores.

El Partido Comunista Rumano, que actuaba en las dificilísimas condiciones inherentes a la profunda clandestinidad, fue el inspirador y organizador del movimiento de solidaridad. Desde los primeros días de guerra, el Partido Comunista Rumano alzó su voz de protesta contra la rebelión militar fascista, contra la intervención armada de Hitler y Mussolini y la política de "No-Intervención" de los gobiernos de Inglaterra, Francia y los EE.UU. Bajo la dirección del PCR, las fuerzas democráticas de Rumania hicieron su contribución al movimiento internacional de solidaridad con la lucha del pueblo español. El PCR subrayó el gran peligro que representaba el fascismo para el pueblo español y para el destino de los pueblos del mundo. En los documentos redactados por el Comité Central, en la prensa ilegal del partido y en la prensa democrática legal, en manifiestos y llamamientos dirigidos a las masas populares, el partido reveló la significación de los combates en España y explicó el carácter justo, nacional revolucionario, de la guerra que sostenía el pueblo español en defensa de la República.

El V Pleno Ampliado del Comité Central del Partido Comunista Rumano, celebrado en agosto de 1936, envió un saludo al Partido Comunista de España, guía auténtico del pueblo español en su lucha por la libertad y la democracia. Al mismo tiempo, el PCR dirigió un manifiesto al pueblo rumano, llamando a las masas trabajadoras a apoyar al pueblo español y a su gobierno legítimo. En el manifiesto se decía que la lucha en España "se identifica con nuestra propia lucha por el trabajo, el pan, la tierra, la paz y la libertad". El manifiesto terminaba con el siguiente llamamiento:



Proletari din toate țările, uniți-vă!

Lupta de Clasă

ORGANUL TEORETIC AL COMITETULUI CENTRAL AL PARTIDULUI COMUNIST DIN ROMÂNIA

(Secțiune a Internaționalei Comuniste)

Anul VIII No. 1 — Prețul Lei 10 — August—Septembrie 1936

EVENIMENTELE DIN SPANIA

ȘI SARCINILE PROLETARIATULUI DIN ROMÂNIA

I.

Victoria Frontului Popular din alegerile din 10 Februarie a c. a doborît guvernul reacționar în Spania. S'a creiat guvernul Frontului Popular care a dat amnistie generală pentru toți antifasciștii și luptătorii contra restabilirii dictaturii în 1934, împroprietărirea parțială a țăranilor a obligat pe marii capitaliști să plătească sumele scăzute din salariile muncitorilor în timpul dictaturii; a introdus săptămâna de 40 de ore; a legiferat asigurările sociale, ajutorul pentru șomeri, asigurarea libertății de organizare, presă, grevă, demonstrații, pentru muncitori și țărani, a oprit amestecul armatei și poliției în conflictele dintre muncitori și patroni, între țărani și moșieri, a recunoscut autonomia Cataloniei. Toate aceste măsuri luate de guvernul eșit din alegerile din Februarie, de sigur au îmbunătățit și promiteau îmbunătățirea și mai mult a situației maselor muncitoare și țărănești din întreaga Spanie.

Reproducción fotográfica del artículo "Los acontecimientos en España y las tareas del proletariado de Rumania", publicado en "Lucha de Clases", órgano teórico del CC del PCR

"¡Obreros, campesinos, ciudadanos! ¡Celebrad asambleas, mítines y manifestaciones de calle contra la ayuda del fascismo alemán, italiano y portugués a la contrarrevolución española! ¡Votad mociones de simpatía, enviad telegramas de solidaridad al heroico pueblo español, que al defender su vida y su libertad defiende la paz en el mundo entero!"[1]

El 1 de septiembre de 1936, *Scînteia* ("La Chispa"), órgano central ilegal del PCR, señalaba la necesidad de crear en Rumania comités comunes de todas las organizaciones obreras y democráticas para ayudar al pueblo español.

Aquel mismo mes, la revista *Lupta de Clasă* ("Lucha de Clases"), órgano teórico del CC del PCR, publicó un artículo titulado *Los acontecimientos en España y las tareas del proletariado de Rumania*. En él se llamaba a la opinión pública rumana a orientar todos los esfuerzos "a la lucha contra el peligro de guerra y de fascismo, en defensa del pueblo español". El partido mostró la

[1] *Voluntari romani in Spania*. București, 1971, pp. 50-51.

comunidad de intereses entre los fascistas españoles, alemanes e italianos y los círculos reaccionarios de Rumania. En un folleto titulado *En España se decide la suerte de la paz y de la libertad*, se decía: "Nosotros, los obreros conscientes; nosotros, los demócratas honrados, hemos comprendido: en España se decide la independencia de los países más débiles, amenazados de ocupación fascista. En España están en juego también la independencia de Rumania, la libertad de sus ciudadanos y la vida de sus hijos".

La clase obrera de Rumania formó en las primeras filas del movimiento de solidaridad con la República Española. Los delegados al Congreso de la Unión General de Sindicatos CFR, celebrado en el verano de 1936, en nombre de los obreros ferroviarios del país enviaron un fervoroso saludo a todos los heroicos luchadores de España. Poco después de comenzar la guerra española, los comunistas organizaron en la capital de Rumania numerosas acciones en apoyo de la República Española, entre ellas, una gran manifestación ante la Embajada de España. El 1 de mayo de 1937, en Bucarest, Cluj, Iaşi, Brăila, Tîrgu Mureş, Timişoara, Tulcea, Braşov y otras ciudades tuvieron lugar asambleas y mítines antifascistas de solidaridad con el pueblo español. Además de los obreros, en este movimiento tomaron parte activa intelectuales progresistas, artesanos, campesinos, estudiantes, jóvenes y elementos burgueses de tendencias democráticas.

Entre los numerosos representantes de la intelectualidad rumana que expresaron su simpatía con la noble lucha de la España republicana figuraron políticos demócratas como el doctor Petru Groza; los conocidos militantes del movimiento obrero M. Gh. Bujor y P. Constantinescu-Iaşi; los periodistas y publicistas Al. Sahia, Al. C. Constantinescu, Geo Bogza, Scarlat Callimachi, Zaharia Stancu, Ilie Cristea, Demostene Botez e Iozsa Bela; científicos de renombre en el país y en el extranjero, como C. I. Parhon, Nicolae Iorga, Gheorghe Marinescu y Traian Săvulescu; artistas de prestigio, como el compositor George Enescu, el director de orquesta George Georgescu y el actor y director de escena Tony Bulandra; escritores como Mihail Sadoveanu, George Călinescu, Víctor Eftimiu, N. D. Cocea, Ion Călugăru y Eugen Jebeleanu.

Ante el creciente peligro hitleriano, que amenazaba la propia existencia nacional de Rumania, destacados políticos burgueses (por ejemplo, el doctor N. Lupu, Grigore Iunian, Dem Dobrescu, Gr. Filipescu y otros) se pusieron al lado de la República Española.

El ministro del Exterior de Rumania, Nicolae Titulescu, destituido de su cargo en agosto de 1936, demostró ser un político clarividente y partidario de la seguridad colectiva en Europa. Propugnó que se prestase ayuda al Gobierno legítimo español y participó activamente en las labores del Comité Nacional Rumano de Defensa de la Paz, del que era presidente honorario.

En diferentes congresos internacionales antifascistas, los delegados de este comité —que presidía el doctor Nicolae Lupu—, así como de otros comités y organizaciones de masas antifascistas, unieron su voz a la de los representantes de otros pueblos en apoyo de la lucha antifascista del pueblo español.

La actitud antihitleriana de una parte de la burguesía rumana explica, en cierto grado, la venta de petróleo al Gobierno republicano al comienzo de la guerra. En el segundo semestre de 1936 y en los primeros meses de 1937 zarparon del puerto de Constanza los barcos españoles *Compero, Remedios* y otros, cargados de petróleo y sus derivados. La creciente fascistización del aparato estatal y político del gobierno monárquico rumano redujo a la nada estas operaciones comerciales. Pero con posterioridad, por iniciativa del PCR se formaron en todo el país comités de ayuda a la España republicana. En los primeros días de guerra se constituyó en Bucarest un comité unificado que tenía la misión de coordinar las actividades de ayuda a España. Formaron parte de él representantes de numerosos partidos y organizaciones: Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Socialista Independiente, Frente Estudiantil Democrático, Comités de Defensa de los Antifascistas, Unión de la Juventud Socialista Independiente, Asociación General de Funcionarios Particulares y diversas organizaciones sindicales, sociales, etc.

Los comités de ayuda a España desplegaron su actividad de modo ilegal, estando expuestos a las persecuciones y represalias de las autoridades y a las agresiones de los elementos fascistas. A pesar de estas difíciles condiciones, los comités distribuyeron periódicos, folletos y manifiestos en los que se decía la verdad sobre la lucha del pueblo español y recaudaron donativos en dinero, víveres, ropa y medicamentos. En esta labor participaron activamente los sindicatos, el Socorro Rojo y otras organizaciones. En octubre de 1936 se envió a España la primera ambulancia, comprada con el dinero recaudado por los comités de ayuda rumanos.

Las organizaciones sociales y las autoridades de la República Española manifestaron en repetidas ocasiones la gratitud al pueblo rumano por la ayuda que prestaba a su país. Por ejemplo, en una carta enviada el 30 de noviembre de 1937 desde Cataluña a la Redacción del periódico *Zorile* ("La Aurora"), de Bucarest, se expresaba a las masas populares de Rumania la calurosa gratitud por su apoyo a la lucha del pueblo español.

El Partido Comunista fue el iniciador y organizador del envío de voluntarios a la España republicana. Obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales antifascistas respondieron al llamamiento del partido. La participación de cerca de 500 voluntarios rumanos en la lucha armada, al lado de los combatientes españoles y de los voluntarios llegados de numerosos países, fue la expresión suprema de la solidaridad del pueblo rumano con el pueblo español.

Siguiendo las mejores tradiciones revolucionarias de su pueblo, los voluntarios rumanos escribieron nuevas páginas gloriosas en la historia de su lucha por la libertad. El 16 de marzo de 1937 dijeron en un manifiesto dirigido al pueblo rumano: "Nuestra lucha aquí, en España, no es otra cosa que la lucha del pueblo rumano por la libertad y la paz. Nos enorgullecemos de poder llevar en alto al lado del pueblo español la bandera de nuestros antepasados Avram Iancu, Horia, Cloşca, Crişan, Tudor Vladimirescu y de cuantos cayeron en la lucha contra la opresión social y por el libre desarrollo de todos los pueblos del mundo". El ardiente amor de los voluntarios rumanos a la patria estaba vinculado orgánicamente al sentido del deber internacionalista, como lo testimoniaban las palabras inscritas en su bandera: "Por vuestra libertad y la nuestra". Los emisarios del pueblo rumano lucharon valientemente en todos los frentes de la República Española, demostrando la profunda fidelidad de los antifascistas de Rumania a la causa de la libertad del pueblo español.

En las Brigadas Internacionales del Ejército Republicano se formaron algunas unidades integradas principalmente por rumanos. Sus nombres recordaban a destacados políticos y páginas heroicas de la lucha rumana por la libertad. En la 11ª Brigada Internacional se organizó el Grupo de Artillería Ana Pauker (del que formó parte más tarde la Batería Tudor Vladimirescu); en Extremadura, el grupo de artilleros Gheorghe Gheorghiu-Dej, encuadrado en el Grupo Eslavo de Artillería Pesada; en Aragón y Levante, una compañía de ametralladoras y la Compañía Grivita, de infantería, en el Batallón Djuro Djaković de la 129ª Brigada Internacional, y en el Ebro, una compañía del Batallón Divisionario de la 45ª División.

El Grupo de Artillería Ana Pauker se formó en Murcia, en enero de 1937, con dos baterías de campaña. Lo componían, además de franceses y belgas, voluntarios rumanos y de otros países. Entre los combatientes de las distintas nacionalidades se estableció una estrecha amistad de lucha. Valter Roman, voluntario rumano, fue nombrado jefe del grupo.

Esta unidad recibió su bautismo de fuego al comienzo de la batalla del Jarama durante la liquidación de la brecha abierta por los fascistas. Los artilleros apoyaron con un intenso fuego a los batallones de la 11ª Brigada Internacional, que contuvo con dificultad el embate de las tropas enemigas. Los cañones de las piezas de artillería se recalentaron tanto que era imposible tocarlos.

En los días posteriores, el enemigo pasó al ataque en dirección a Morata de Tajuña y Arganda. Por iniciativa del Mando del Grupo de Artillería, el jefe de la brigada decidió, en contra del reglamento táctico en vigor, abrir por la noche un fuego masivo de artillería contra las posiciones y las concentraciones de tropas enemigas. Los fascistas fueron sorprendidos. Los prisioneros hechos

al día siguiente reconocieron que el fuego artillero de la noche anterior había desconcertado al Mando fascista y causado serias pérdidas en hombres y material.

Aquel mismo día, los cañones del grupo pusieron fuera de combate cinco de los dieciséis tanques fascistas que atacaron el sector defendido por la 11ª Brigada Internacional. Esto permitió a dicha brigada pasar al contraataque y reconquistar las posiciones perdidas.

Por su comportamiento ejemplar en el cumplimiento de la misión encomendada, el jefe de la 11ª Brigada Internacional, coronel Hans Kahle, expresó su gratitud al Grupo de Artillería Ana Pauker en una orden del día, en la que se decía: "El Grupo de Artillería Ana Pauker, compuesto de las baterías francesa y franco-belga, ha combatido estos días de una manera ejemplar y merece todo elogio. Ha reducido por completo una batería enemiga y ha destruido su depósito de municiones. Además, ha bombardeado muy eficazmente las trincheras enemigas, haciendo sufrir pérdidas considerables a los marroquíes; ha reducido nidos de ametralladoras y de morteros, ha destruido cinco tanques enemigos con un tiro preciso y ha frustrado ayer por la tarde, con intenso fuego de contención, un violento ataque enemigo. . ."[2]

Marzo de 1937 fue un mes de grandes victorias republicanas en Guadalajara. Después de difíciles días y noches de tenaz y cruenta resistencia, las tropas republicanas pasaron a la contraofensiva y culminaron la derrota de las divisiones fascistas italianas. En esta contraofensiva, el Grupo de Artillería apoyó las operaciones de las unidades españolas y de los batallones de la 11ª Brigada Internacional. Después de un fuerte bombardeo de la aviación republicana y de un intenso fuego artillero, las tropas leales, apoyadas por los tanques, rompieron la línea de defensa de los intervencionistas italianos.

El Grupo de Artillería recibió orden de apoyar con su fuego el ataque del Batallón Comuna de París contra un nudo de resistencia fortificado de los fascistas: la Casa del Cobo. El fuego era corregido desde el campanario de Trijueque, pueblo que acababa de ser reconquistado. Al darse cuenta de ello, el enemigo cañoneó el campanario, pero los oficiales artilleros no abandonaron el puesto de observación. Las tropas republicanas pasaron a la ofensiva y los fascistas, presas del pánico, abandonaron la Casa del Cobo. El Batallón Comuna de París, con un ataque a la bayoneta, cortó la retirada a los fascistas italianos e hizo muchos prisioneros.

Después de la operación de Guadalajara, el Grupo de Artillería Ana Pauker repuso su material con los cañones y la munición italianos capturados como trofeos. Varias tanquetas italianas com-

---

[2] *Pasaremos*, 2.III.1937.

pletaron los medios de transporte del grupo. Los artilleros participaron poco después, encuadrados en la 35ª División Internacional, en la primera gran ofensiva de las tropas republicanas en dirección a Brunete, particularmente en los encarnizados combates por el pueblo de Quijorna y en el rechazamiento de los contraataques enemigos en Brunete.

Durante la batalla de Brunete, el voluntario rumano Valter Roman desempeñó el cargo de jefe de artillería de la 35ª División, a la que pertenecía la 11ª Brigada Internacional.

Son memorables, sobre todo, las afortunadas acciones de los servidores de una pieza de artillería durante la ofensiva de la 35ª División en el Frente de Aragón, cerca de Zaragoza. Al atacar la ciudad de Quinto, que había sido sólidamente fortificada, la infantería republicana no conseguía tomar el cementerio, transformado en un importantísimo punto de la defensa enemiga. En vista de ello, un grupo de artilleros, con un camión cargado de proyectiles y un cañón a remolque, se acercó a cuatrocientos o quinientos metros de las posiciones enemigas y disparó con tiro rasante contra las trincheras fascistas. El enemigo, cogido de sorpresa, huyó a la desbandada. El general Walter (Karol Swierczewski), jefe de la 35ª División Internacional, dijo que "este cañón no sólo facilitó la ocupación ulterior de las posiciones enemigas por nuestra infantería, sino, lo que es más importante, convenció a los artilleros españoles testigos de esta escena de la posibilidad y las ventajas del tiro rasante"[3]. Las tropas republicanas aprovecharon esta experiencia en los combates posteriores por Quinto y Belchite.

Durante la toma de Quinto se capturó al enemigo gran cantidad de pertrechos bélicos, incluidos cañones. Diez de ellos fueron reparados, renovándose así el material del grupo de artillería.

En el riguroso invierno de 1937-1938, los artilleros rumanos participaron en la segunda fase de la batalla de Teruel. Las unidades republicanas tomaron por asalto la ciudad. Pero el enemigo, concentrando fuerzas superiores en número, pasó a la contraofensiva. La 35ª División fue trasladada al sector más amenazado. Las Brigadas Internacionales 11ª y 15ª, así como el Grupo de Artillería Ana Pauker, entablaron duros combates defensivos contra los fascistas. Una batería que defendía las posiciones en el Muletón quedó aislada de las fuerzas propias. Los artilleros lograron con dificultad romper el cerco. En estos combates quedaron inutilizadas todas las piezas del grupo de artillería.

Después de recibir nuevos cañones, los artilleros rumanos participaron en la gran batalla del Ebro. La Batería Tudor Vladimirescu pasó el río bajo un intenso bombardeo aéreo e inmediatamente entabló combate con los fascistas. Hasta el 23 de septiembre de 1938 —fecha en que las Brigadas Internacionales fueran reti-

[3] Karol Swierczewski (Walter). *W bojach o wolność Hiszpanii.* Warszawa, 1966, str. 86, 230.

radas del frente—, cada artillero cumplió honrosamente con su deber.

Otros artilleros rumanos operaron en Extremadura formando parte del Grupo Eslavo de Artillería Pesada. Una de sus baterías cubría un gran sector del frente, por lo que se veía obligada a cambiar con frecuencia el emplazamiento de las piezas. Los voluntarios rumanos revelaron allí iniciativa e inventiva. Con medios improvisados construyeron un dispositivo que permitía descargar y cargar con rapidez en los camiones las piezas de artillería y aumentar la resistencia de sus ruedas. La rapidez del cambio de posiciones de las baterías y del traslado de las piezas de un sector del frente a otro se multiplicó por cuatro. Con ello se consiguió inducir a error al Mando fascista acerca de la fuerza efectiva de la artillería republicana en aquel sector del frente.

La abnegación y el espíritu de iniciativa de los artilleros rumanos fueron destacados en repetidas ocasiones en órdenes del día del Mando de la división.

Jamás se olvidarán los nombres de los héroes artilleros Nicolae Cristea, obrero metalúrgico de Galaţi, ex secretario del Comité del PCR de la ciudad de Bucarest, que mandó en España la Batería Tudor Vladimirescu y murió heroicamente en la Resistencia francesa; Nicolae Pop, obrero comunista de Sibiu, uno de los primeros voluntarios rumanos en España, que entregó su vida por la causa del pueblo durante la segunda guerra mundial; Andrei Sas Dragoş, ingeniero Iancu Zilberman y Alexandru Lazăr, caídos también en las filas de la Resistencia francesa, y Matias Ludovic, muerto en el frente durante la segunda guerra mundial. En la batalla del Ebro participaron Mihail Florescu, Grigore Gheza Vida (hoy Artista del Pueblo de la República Socialista Rumana), Nicolae Moraru, Vasile Călugăru, Andrei Roman (comisario de la Batería Tudor Vladimirescu), Ion Sachelarie, Vasile Costiniuc, Mihai Bojku, Traian Bujor, Gheorgue Adorian y otros. En estrecha confraternidad de armas con los voluntarios rumanos actuaron los hijos de otros pueblos, entre ellos luchadores excelentes y camaradas inolvidables como los franceses Gaston Carré y Samuel Arbousset, jefes de batería; Paul Richard, comisario del Grupo de Artillería y héroe de la Resistencia francesa; los españoles Ricardo Camarillo y Angel Maroto; el italiano Giuseppe Calisuri; el checo Zdenek Pribyl, y tantos otros.

Los voluntarios rumanos participaron en numerosas batallas también en unidades de infantería. En todas partes pelearon con coraje y abnegación. En la defensa de Madrid murió heroicamente uno de los primeros voluntarios rumanos, Mihai Ardeleanu, hijo de un campesino de Transilvania.

Tras encarnizados combates en uno de los sectores del Frente de Madrid, los fascistas consiguieron abrir brecha en las posiciones republicanas. Había que informar urgentemente al Mando, pero

La Batería Tudor Vladimirescu

el camino estaba batido por el fuego enemigo. Mihai Ardeleanu se ofreció voluntario para llevar el parte. Saltó a un caballo y salió al galope. Los camaradas que quedaron en las posiciones le siguieron con la vista, profundamente preocupados. Llegó sin novedad al punto de destino, pero a la vuelta fue acribillado por una ráfaga de ametralladora. Aferrado al cuello del caballo, regresó, pese a todo, a sus trincheras. Mas cuando los camaradas salieron a su encuentro no pudieron ya ayudarle en nada.

En el sur de España, en la región de Montoro (Andalucía), se templó en el combate un grupo de voluntarios rumanos, ferroviarios, integrantes del 9º Batallón de la 14ª Brigada Internacional.

El 9º Batallón, formado en diciembre de 1936, llegó a Andalucía antes que las demás unidades de la brigada. Se le señaló la misión de parar la ofensiva del enemigo, que había roto el frente y avanzaba sin encontrar ninguna resistencia. Antes de que pudieran desplegar en orden de combate y ocupar posiciones, las compañías del batallón cayeron súbitamente bajo un intenso fuego cruzado desde las alturas circundantes. Poco después apareció la aviación fascista, que bombardeó y ametralló a los voluntarios. Estos, carentes de preparación militar y llegados por vez primera al frente, se desconcertaron. En aquel instante crítico, el joven comunista rumano Constantin Burcă, obrero ferroviario que mandaba una sección de ametralladoras, emplazó una máquina en una posición favorable y abrió fuego contra los fascistas. El momento más grave, el momento de pánico, había pasado. Las ametralladoras y varias secciones de infantería contuvieron al enemigo hasta la llegada de la noche, facilitando el repliegue de los restos del bata-

llón. Constantin Burcă cayó como un héroe. En aquel combate resultó muerto el voluntario Leontin Dorohoi, estudiante de Moldavia, cuando cubría la retirada del batallón a través del Guadalquivir. Al llegar los demás batallones, la 14ª Brigada Internacional cumplió la misión encomendada: paró a los fascistas.

En las tres semanas que duró la batalla del Jarama, los ataques y contraataques se sucedieron ininterrumpidamente, llegándose con frecuencia al cuerpo a cuerpo. En estos combates se distinguieron los infantes rumanos: el obrero Mihai Cristov, que formaba parte del Batallón Jorge Dimitrov, y el comunista Emil Şneiberg, estudiante de Iaşi, incorporado a un batallón francés y que murió más tarde heroicamente. Cuando todos los oficiales del batallón quedaron fuera de combate, Şneiberg asumió el mando hasta que una bala enemiga segó su vida. Los antifascistas franceses recuerdan incluso hoy su nombre con respeto.

Los voluntarios rumanos participaron en la batalla de Brunete encuadrados en el Batallón Djaković y en otras unidades. En aquel frente cayó George Ciul y resultaron heridos Constantin Cîmpeanu y otros.

A finales del verano de 1937 se formó la primera unidad de infantería en que predominaban numéricamente los rumanos: la Compañía de Ametralladoras del Batallón Djaković, al mando de Mihai Burcă.

La compañía se constituyó en Samper de Calanda, en Aragón, adonde llegó un grupo numeroso de nuevos voluntarios rumanos. Era una compañía auténticamente internacional: la componían rumanos, yugoslavos, españoles, búlgaros y griegos. Recibió su bautismo de fuego en el otoño de 1937, en el sector de Fuentes de Ebro, cerca de Zaragoza. Anghel Haralambie resultó herido, pero se negó a abandonar el campo de batalla. El Mando destacó la firmeza y la valentía de la compañía.

En noviembre, la 45ª División fue trasladada a Extremadura. Allí se formó una nueva Brigada Internacional —la 129ª—, compuesta por los batallones eslavo-balcánicos Dimitrov, Masaryk y Djaković. El jefe de este último era el yugoslavo Bauman, y su subjefe, hasta que resultó herido, el rumano Petre Borilă. Después de Bauman, en el otoño de 1937 asumió el mando del batallón Mihai Burcă. Constituyó un gran acontecimiento para los voluntarios rumanos la llegada de un nuevo grupo de compatriotas suyos y la formación de una compañía de infantería, a la que se dio el nombre glorioso de Griviţa[4]. La breve tregua en Chillón fue aprovechada por el Batallón Djaković y las demás unidades de la 129ª Brigada para perfeccionar la preparación militar de los combatientes, organizar el estudio político y estrechar los lazos fraternales con la población local.

[4] *Griviţa:* centro de la insurrección armada de los obreros rumanos en febrero de 1933. — *N. de la Edit.*

En la primavera de 1938, las unidades rumanas de la 129ª Brigada Internacional pasaron por durísimas pruebas en los frentes de Aragón y de Levante. Bajo la presión de las fuerzas enemigas, superiores en número y en material, el Frente de Aragón del Ejército Republicano se tambaleó. Las tropas fascistas se acercaron al Mediterráneo, amenazando con cortar en dos el territorio republicano. Con avances rápidos, las unidades motorizadas del enemigo rebasaron y coparon a algunas unidades republicanas. Se hizo cada día más difícil determinar las nuevas líneas de resistencia. Brigadas republicanas de reserva entraron en combate sobre la marcha, corriendo constantemente el riesgo de ser cercadas. Pero incluso en estas graves circunstancias, los combatientes españoles y los voluntarios de las Brigadas Internacionales dieron pruebas de tenacidad y heroísmo.

La 129ª Brigada Internacional tomó parte en encarnizados combates en el sector de Monroyo-Morella-Pobleta y tuvo muchas bajas.

Se encomendó al Batallón Djaković la misión de cubrir la retirada de una división vecina. En el sector del frente en que se encontraban las unidades rumanas, sólo tres camiones consiguieron llegar a los lugares señalados en la orden; los demás cayeron bajo un intenso fuego de los fascistas y se vieron obligados a dar un rodeo. Los combatientes de los tres camiones primeros ocuparon unas posiciones y las mantuvieron, no obstante la fuerte presión del enemigo, hasta que llegaron otras compañías del batallón. Algún tiempo después, los fascistas cercaron casi por completo a este grupo. Cayó muerto García, jefe de sección, y resultaron gravemente heridos varios soldados. Quedaron cortadas las comunicaciones con el Mando del batallón. Ştefan Megheri, miembro del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de Rumania, fue enviado con un parte al puesto de mando del batallón. Cruzó a rastras una zona batida por el enemigo y, a pesar del furioso fuego de los fascistas, consiguió regresar a la primera línea con una orden del jefe del batallón.

En Monroyo, la posición defendida por la Compañía Griviţa fue cañoneada violentamente durante 45 minutos. Después, los aviones lanzaron sobre ella centenares de bombas en varias pasadas. La infantería fascista, pensando que no encontraría resistencia, se lanzó al ataque. Los voluntarios dejaron acercarse a los fascistas lo más posible y luego, a una señal del jefe, abrieron fuego y rechazaron al enemigo.

Ştefan Megheri cayó disparando contra el enemigo hasta el último minuto de su vida. En los combates librados en este sector resultó gravemente herido el jefe de la Compañía Griviţa, Horia Moldoveanu.

Junto a Pobleta, los fascistas lanzaron de nuevo sobre las posiciones republicanas una granizada de proyectiles y de bombas. De

toda la sección mandada por el voluntario rumano Nicolae Roşu, obrero metalúrgico de Bucarest, sólo quedó un pelotón con una ametralladora. Nicolau Roşu rechazó con su máquina repetidos ataques de la infantería fascista, que alternaban con el cañoneo de las posiciones ocupadas por la sección a su mando. El valiente rumano resistió hasta que lo mató un proyectil.

El 15 de abril de 1938, cuando las tropas de los sublevados e intervencionistas cortaron en dos el territorio de la República, la 129ª Brigada fue la única Brigada Internacional que quedó en la parte sur del corte, en Levante. En sus filas, los voluntarios rumanos defendieron la región levantina y los accesos de Valencia, importante punto estratégico de la República.

La 129ª Brigada, rechazando los ataques de los fascistas, emprendió varios contraataques. Uno de ellos quedó grabado para toda la vida en la memoria de quienes participaron en él. Las tropas italianas y falangistas fueron pilladas de sorpresa. Tras dos horas de violentos combates, la infantería republicana rompió las líneas enemigas, tomó una cota dominante, arrancó la enseña franquista, izó la bandera de la República Española y capturó muchos prisioneros. En este combate cayeron el sargento Constantin Bodeanu y el soldado Cocimarovschi al tomar por asalto unas fortificaciones fascistas. Allí también, en el Frente de Levante, recibieron graves heridas los voluntarios rumanos Aurel Stancu y Minea Stan.

En la primavera de 1938, los infantes rumanos constituyeron el núcleo fundamental de una compañía del Batallón Divisionario de la 45ª División. El comisario político de la compañía fue Gheorghe Stoica, veterano del movimiento obrero rumano. La compañía tomó parte en la batalla defensiva en la orilla derecha del Ebro. Allí cayó el joven voluntario Constantin Jacob, hijo de un campesino de la región de Bacău.

La última gran batalla del Ejército Republicano fue la operación del Ebro, que comenzó el 25 de julio, en el caluroso verano de 1938. Dos cuerpos de ejército cruzaron el río e hicieron retroceder a los fascistas treinta kilómetros. Más tarde, pasando a la defensiva, los republicanos rechazaron los contraataques de los facciosos e intervencionistas. Los fascistas concentraron en aquel sector grandes fuerzas, todos los medios técnicos y la aviación. Durante cerca de tres meses se luchó por las alturas dominantes en la Sierra de Pandols y en la Sierra de Cavalls. Las posiciones pasaron varias veces de unas manos a otras. Citaremos un solo episodio. Los fascistas lograron un día ocupar una cota de importancia táctica en las montañas de la Sierra de Cavalls. Había que reconquistarla a toda costa. Se encomendó esta misión al Batallón Divisionario de la 45ª División. Los fascistas adivinaron las intenciones de los republicanos y abrieron fuego de barrera con todos sus cañones contra un valle que debían cruzar los combatientes de

la República. Pero el batallón, aprovechando los accidentes del terreno, avanzó hacia las trincheras enemigas y ocupó la cima de la cota. En los combates por la Sierra de Cavalls participaron, entre otros, los rumanos Constantin Doncea, ex presidente del Comité de Huelga de los obreros ferroviarios de los talleres de Griviţa-Bucarest en febrero de 1933; Alexandru Constantinescu, Marin Selea, los tres hermanos Minor y M. Faltin. En esta batalla resultó mortalmente herido Alexandru Făclie, estudiante de Craiova y activista del Frente Democrático Estudiantil de Rumania.

El 19 de septiembre de 1938 es un día memorable por haberse librado entonces uno de los últimos combates en el Ebro en que participaron los voluntarios rumanos. Al amanecer, la aviación fascista bombardeó las posiciones del Batallón Divisionario. Después de una preparación artillera de muchas horas, cuando parecía que no había quedado piedra sobre piedra en las trincheras del batallón, la infantería enemiga se lanzó al ataque. Pero los fascistas chocaron con una furiosa resistencia. Los republicanos rechazaron durante todo el día los ataques del enemigo. Al anochecer, los fascistas consiguieron, pese a todo, tomar algunas trincheras e intentaron penetrar en la profundidad del dispositivo del batallón y cercarlo. En las trincheras quedaron sólo dos voluntarios rumanos en condiciones de seguir peleando: Miron Lazăr y Alexandru Brix. Rechazaron al enemigo con fuego de fusilería y bombas de mano. Allí murió, luchando hasta el último aliento, el obrero Alexandru Brix.

Los voluntarios rumanos Ion Călin, Francisc Bocor, Alexandru Mihail y tantos otros, que se distinguieron por su arrojo y decisión en la batalla del Ebro, cayeron más tarde como héroes en la Resistencia francesa y en otros frentes de la lucha antifascista.

En el Ebro, los voluntarios rumanos pelearon también en otras unidades de las Brigadas Internacionales. Entre ellos figuraba Constantin Paliga, que murió combatiendo en la margen derecha del río.

*

En España actuó un grupo de cerca de 20 médicos y enfermeras rumanos. Los voluntarios rumanos del servicio de Sanidad se desperdigaron por toda la España republicana: las enfermeras trabajaron en hospitales de retaguardia, y los médicos —Ştefan Sinculescu, David Iancu, Bucur Cleja, Arcu, Hermina Tismăneanu y otros—, principalmente en unidades de Sanidad de las brigadas.

El personal sanitario rumano, como sus colegas de otras nacionalidades, compartió con los que peleaban todas sus alegrías y amarguras, todos los peligros y penalidades. Varios de ellos resultaron heridos, y dos, muertos.

Un grupo de voluntarios rumanos

El doctor Andrei Tilea fue el primer médico rumano que llegó a España como voluntario. Participó en los combates por Irún. Al ser ocupada la ciudad por los fascistas, la mayor parte de sus defensores se replegaron a Francia, volvieron a España y se reincorporaron al Ejército Popular; otra parte, compuesta principalmente de mineros asturianos, quedó en el norte del país y prosiguió la lucha en destacamentos guerrilleros. Andrei Tilea se echó al monte con los guerrilleros y participó en los combates hasta que fue hecho prisionero por los franquistas. Resistió con valentía todas las torturas. Los verdugos fascistas lo condenaron a muerte, pero no pudieron doblegar a este intrépido comunista.

Durante la operación de Brunete cayó heroicamente, en su puesto, el médico rumano Felix Ippen.

En el otoño de 1938, por decisión del Gobierno republicano español se retiró del frente a los voluntarios de las Brigadas Internacionales y se los acantonó, antes de salir para su patria, en diversas localidades de Cataluña. Los voluntarios internacionales que peleaban en los frentes de la Zona Centro-Sur fueron trasladados por mar a Cataluña, donde tuvo lugar un emocionante encuentro de todos los combatientes rumanos. No pudieron regresar a su patria, pues el reaccionario Gobierno rumano les prohibió la entrada en el país.

Pero en enero de 1939, los voluntarios rumanos, junto con todos los internacionales, volvieron a empuñar las armas. En constantes combates defensivos, hombro a hombro con las unidades españolas, dieron a centenares de miles de civiles, que huían de la esclavitud fascista, la posibilidad de cruzar la frontera francesa.

En los años de la segunda guerra mundial, los voluntarios rumanos se incorporaron a la Resistencia francesa y a los destacamentos guerrilleros que operaban en el territorio de Rumania, de la URSS, de Checoslovaquia y de otros países, así como a las unidades rumanas en el período de la guerra antifascista. Combatieron con audacia y abnegación contra los invasores fascistas y escribieron nuevas páginas de heroísmo en la historia de la solidaridad internacional y de la lucha del pueblo rumano por la libertad de su patria.

En nuestros días, el Partido Comunista Rumano y todo el pueblo rumano apoyan la lucha heroica e intrépida del pueblo español y de su Partido Comunista por la democracia y el progreso social, por una España independiente y libre.

SUECIA

Como los demás países capitalistas, Suecia sufrió en los años 30 las consecuencias de la crisis económica mundial: sobre el país cayó el desempleo. Suecia se vio sacudida por la oleada de un extenso movimiento huelguístico. En las empresas de la industria celuloso-papelera, en las obras y en la marina mercante se sostuvo una enconada lucha por los derechos de los trabajadores. Los esquiroles eran protegidos por la policía; pero eso resultó insuficiente, y el gobierno liberal burgués sacó las tropas a la calle.

En mayo de 1931, una patrulla militar abrió fuego en Ädal contra los obreros, matando a cinco. En todo el país tuvieron lugar violentas manifestaciones de protesta. La policía atacó con porras y sables a los manifestantes, muchos de los cuales fueron detenidos y encarcelados. Sin embargo, presionado por la opinión pública, el gobierno tuvo que retirar las tropas de la calle. El movimiento huelguístico, si decrecía en un lugar, estallaba con nueva fuerza en otro. La lucha más encarnizada se libró allá donde los patronos, negándose a entablar negociaciones con los obreros, disminuían los salarios en grado considerable.

La bancarrota del consorcio Kreiger puso al desnudo los profundos defectos del sistema económico de la empresa privada. Además, condujo a una crisis política, revelando la complicidad de las altas esferas de los partidos burgueses gobernantes, incluido el jefe del gobierno, en las especulaciones del capital monopolista.

La situación política en el país se distinguía entonces por su inestabilidad. En el partido de los "burgueses de izquierda" surgieron ya a comienzos de los años 30 dos corrientes rivales: los librepensadores y los liberales. De los partidos de derecha se desgajaron grupos de orientación filofascista. El ala izquierda del movimiento obrero se había debilitado, ya en los años 20, a causa de numerosas escisiones. El triunfo en las elecciones de 1932 al Riksdag (Parlamento) y la formación de un gobierno socialdemócrata acabó con la dominación de los partidos burgueses en la vida política del país.

Estos procesos en la vida política tenían como telón de fondo el clima de alarma y temor, reinante en Suecia y los demás Países Escandinavos, a consecuencia de la turbia ola de nazismo que sacudía a Europa Central.

En el ala reformista del movimiento obrero abundaban las sombrías predicciones de aniquilamiento inevitable de este movimiento y de largos decenios de terror sangriento. Sobre el mundo se cernió un peligro mortal. A través del humo del incendio del Reichstag se filtraban rumores sobre los monstruosos crímenes que se cometían en los campos de concentración hitlerianos. Las potencias occidentales cedían ante el fascismo, aplicando la funesta "política de apaciguamiento", y el único Estado socialista existente a la sazón estaba rodeado de enemigos.

Por eso, la victoria electoral de las izquierdas en Francia y en España encendió el fuego de la esperanza en el corazón de cada socialista y demócrata honrado. Pero, por otra parte, la creación del Frente Popular en dichos países despertó temores y provocó una reacción de hostilidad no sólo entre las fuerzas de derecha, sino también entre la burguesía liberal sueca. Esto puede parecer extraño, por cuanto eran los republicanos burgueses de izquierda quienes desempeñaban el papel dirigente en el bloque electoral de los partidos del Frente Popular español y en el Gobierno de la República. Sin embargo, debe recordarse que el socialismo de todos los matices era para la burguesía sueca una especie de demonio materializado, en tanto que el fascismo representaba para ella un fenómeno afín en el aspecto social y plenamente tolerable, sobre todo en su forma italiana. Está claro que algunas acciones de Mussolini —por ejemplo, la agresión a Abisinia— causaban una impresión desagradable y que la crueldad de los nazis alemanes repelía, en cierto grado, a los medios liberales. Pero, en cambio, el campo derechista de la burguesía rebosaba admiración y justificaba cualquier medio orientado a aplastar el movimiento obrero alemán, considerando plenamente oportuna la creación de campos de concentración.

Estos puntos de vista fundamentales se manifestaron con singular claridad cuando Franco y sus cómplices aparecieron en el escenario político. La prensa burguesa, salvo raras excepciones, publicaba versiones franquistas de lo que ocurría. Cribaba la información: como regla general, silenciaba las provocaciones y los asesinatos cometidos por la reacción y los falangistas; por el contrario, las contramedidas defensivas de los republicanos antifascistas eran generalizadas y presentadas en una sección titulada *El terror rojo*. "¡Un ingeniero sueco describe el terror en Barcelona!", "¡El terror en Valencia!": tales eran los titulares típicos de dos grandes rotativos de orientación liberal. El anuario *Svenska Dagbladet* (1936-1939), que presumía de exponer los hechos de un modo concreto y exacto, comentó en los siguientes

términos la liberación de los 35.000 presos políticos después de triunfar el Frente Popular en las elecciones de diputados a Cortes en 1936: "Una numerosa banda de asesinos —los organizadores de la insurrección de Asturias— ha regresado en triunfo al lugar de sus crímenes".

El mismo anuario dibujó así la situación en España en la primavera de 1936: "Los rojos han incendiado las iglesias y los conventos, han saqueado los bancos y agredido a quienes sustentan opiniones políticas distintas a las suyas. A mediados de marzo, toda España era una hirviente caldera de maleficio. En muchos lugares tuvieron lugar degollinas. Toda Granada, en la que los rojos campaban por sus respetos, fue sometida a las leyes del tiempo de guerra. En la provincia de Badajoz, miles de obreros agrícolas se apoderaron por la fuerza de la propiedad privada..."

Las redacciones de los periódicos burgueses no se limitaron entonces a seleccionar y elaborar tendenciosamente las informaciones. Fueron más lejos: publicaron falsedades evidentes, llamadas a apoyar a Franco y dañar la causa de los republicanos. Y como cerca del 85% de la tirada global de la prensa correspondía a los periódicos burgueses, es fácil comprender cuán falsa era la idea que tenía de los acontecimientos españoles una parte considerable de la población.

Las mentiras de la prensa burguesa, su descarada hostilidad a la democracia española y el apoyo activo que los pregoneros de "el amor a la patria, el honor de oficial y la fidelidad al juramento" prestaron al pérfido levantamiento contra el gobierno legítimo, elegido por el pueblo, suscitaron lógicamente la protesta de las fuerzas democráticas y, en primer término, de la clase obrera organizada.

Los periódicos obreros, pese a las escasas posibilidades de que disponían, apoyaron de manera consecuente a la República Española. Sus informaciones y artículos tuvieron una magna importancia para hacer comprender justamente al pueblo sueco el desarrollo de los acontecimientos en España y para refutar la falaz propaganda de la prensa burguesa.

La prensa obrera informó en febrero de 1936: "Victoria colosal de las izquierdas en España. La mayoría absoluta del pueblo se pronuncia a favor del Frente Popular". Al publicar diariamente despachos acerca de los choques en las calles con los provocadores falangistas y sobre los planes de la camarilla militar española de declarar el estado de guerra, el periódico *Ny Dag*, órgano central del Partido Comunista, llegaba, no obstante, a una conclusión optimista: "Sobre el mundo soplan vientos antifascistas"[1].

---

[1] *Ny Dag*, 18.11.1936.

En aquellos tiempos, los antifascistas suecos habían desplegado una campaña en ayuda de las víctimas de la reacción: de un grupo de marineros suecos, detenidos en la Alemania hitleriana; del guía legendario de los obreros finlandeses Toivo Antikainen, que estaba siendo juzgado en Helsinki, y de Ernesto Thaelmann, encerrado en las ergástulas fascistas. En señal de protesta contra las ferocidades de los hitlerianos se acordó boicotear la Olimpiada de 1936, convocada en Berlín. La mayoría de los sindicatos prohibió a sus afiliados participar en ella, y muchos deportistas famosos decidieron tomar parte en la Olimpiada Popular, que debía celebrarse en Barcelona del 22 al 26 de julio.

La sublevación fascista en España contribuyó a consolidar las distintas corrientes del movimiento antifascista de solidaridad sueco. El 28 de julio se celebró en Estocolmo, en la Plaza Östermalmstorg, un gran mitin en el que participaron todas las organizaciones políticas obreras y 83 sindicatos, asociaciones culturales, juveniles, etc. Al principio se concibió este mitin como un acto para exigir la libertad de los marineros suecos detenidos en Alemania y protestar contra la Olimpiada de Berlín. Sin embargo, el problema central que se trató en él fueron los acontecimientos de España. Los asistentes al mitin enviaron un mensaje de saludo al pueblo español, en el que decían: "Seguimos vuestra lucha y abrigamos la ferviente esperanza de que conseguiréis salvaguardar la libertad y la democracia en la lucha contra la ofensiva armada de la reacción"[2].

Desde aquel instante, el movimiento de ayuda a España adquirió una forma organizada. La Cruz Roja Sueca, varios sindicatos y algunas organizaciones femeninas empezaron la recaudación de fondos. Diversas organizaciones aprobaron resoluciones en las que se expresaban la solidaridad moral y económica del proletariado sueco con la clase obrera española, en lucha por la democracia, la libertad y la paz en el mundo entero.

El 9 de octubre de 1936 quedó constituido el Comité Central Sueco de Ayuda a España y se publicó un manifiesto en defensa de la República Española, firmado por 50 destacadas personalidades: dirigentes sindicales, profesores, directores de empresas, escritores y políticos de distintas tendencias. Encabezó el comité el senador y abogado Georg Branting, hijo del primer ministro Hjalmar Branting, fundador del movimiento obrero organizado en Suecia. Georg Branting había adquirido ya entonces popularidad entre la opinión pública antifascista mundial como defensor en el proceso de Sacco y Vanzetti en los EE.UU., organizador del contraproceso londinense en defensa de Jorge Dimitrov y defensor de los luchadores finlandeses contra el putsch fascista

---

[2] *Ny Dag*, 29.VIII. 1936.

de Lapua. La ayuda a la democracia española pasó a ser una de las obras más importantes de su vida.

La organización del Comité Central de Ayuda propició el impetuoso desarrollo del movimiento de solidaridad en Suecia. En todo el país se celebraron mítines y asambleas de solidaridad; en diversas regiones se constituyeron comités de ayuda a España y tuvieron lugar "domingos rojos españoles", durante los cuales centenares de voluntarios fueron de casa en casa recaudando donativos en dinero. En todas partes se formaron grupos de mujeres que cosían ropa para los niños españoles. Los mineros de Kiruna entregaron un día de salario en ayuda a España y exhortaron a los demás obreros a seguir su ejemplo. Más de mil voluntarios recorrieron en Estocolmo 600 barriadas y recogieron en unas cuantas horas mil paquetes de ropa. Se mandaron a España medicamentos y apósitos. Ya en las primeras semanas de actividad del Comité Central de Ayuda a España fueron entregadas al Ejército Popular seis ambulancias y enviados al País Vasco tres camiones con víveres. El barco sueco *Sil,* fletado por el Comité Central de Ayuda, transportó a España víveres por valor de 200.000 coronas. Otros mercantes llevaron después leche condensada y en polvo, azúcar, queso, conservas de carne, harina, sémolas, calzado, cigarrillos y otros productos por una suma de 240.777 coronas. Pero la ayuda no se limitó a eso.

En los corazones de los participantes en el movimiento de solidaridad ocupaba un lugar especial la suerte de los niños. Se propuso trasladar a Suecia mil niños españoles, pero las autoridades de la República expresaron el deseo de enviarlos a lugares más próximos a la patria, cuyas condiciones climáticas fueran más habituales para ellos. Por eso se instaló a los niños en Francia. Durante toda la guerra, el Comité Sueco de Ayuda costeó íntegramente diez guarderías infantiles en Francia y dos en España. La primera guardería infantil sueca en Francia, con personal también sueco, fue instalada en el Chateau de la Brevière, un palacio del banquero sueco Asberg. La ayuda a los niños tuvo también la forma de apadrinamiento: fábricas, organizaciones y ciudadanos particulares tomaron a su cargo la manutención de uno o varios niños españoles. Por ejemplo, los trabajadores de la fábrica de automóviles Scania-Vabis mantuvieron durante un año a trece niños; las obreras de una fábrica de tabaco, a doce; el Comité Infantil de los Ferroviarios, a treinta, etc. Redacciones de los periódicos, grupos de pedagogos, organizaciones juveniles, asociaciones de abstemios y centenares de particulares fueron para los niños españoles sus "segundos padres". En noviembre de 1937, cuando se recaudó una suma considerable para instalar una nueva guardería infantil en Francia, el Comité Sueco de Ayuda recibió una carta del ministro de Instrucción Pública de la República Española. En nombre del Gobierno republicano, ex-

presaba en ella su agradecimiento por la nueva prueba de solidaridad y rogaba que se hiciese llegar esta gratitud a todo el comité y a todas las organizaciones y antifascistas suecos que laboraban en aras de tan gran objetivo.

Debe decirse que los comités de ayuda sueco y noruego organizaron conjuntamente en Alcoy un hospital bien equipado, calculado al principio para 125 plazas y ampliado después a 650. En él trabajaron médicos suecos y noruegos. En una carta de agradecimiento del jefe de Sanidad Militar del Ejército Republicano se calificaba a este hospital de ejemplar. Este presente —se decía en la carta— tiene una enorme importancia material y una gran significación moral para nuestro heroico Ejército Popular. Más adelante se expresaba una gratitud singular por cuanto dicho regalo mostraba que el pueblo sueco comprendía la lucha del pueblo español y se solidarizaba con él.

En el primer año, el Comité Sueco de Ayuda a España recaudó más de un millón de coronas, y durante toda su actividad, varios millones de coronas, sin contar las grandes sumas entregadas por los comités locales, cuyo número llegó a 400.

El movimiento de solidaridad no se limitó a la ayuda material, sino que conjugó ésta con una amplia labor ideológica y de propaganda. En el transcurso de un año se celebraron más de 2.000 mítines y reuniones. El movimiento se extendió incluso al ejército. Se recibió una moción de tres regimientos, firmada por numerosos soldados y dirigida "A la juventud combatiente de España", que terminaba con estas palabras: "¡Viva la fraternal solidaridad internacional de la juventud en la lucha por la paz y la libertad!"

Aparecieron, con tiradas de decenas de miles de ejemplares, los folletos *Tempestad sobre España, España por la paz, La vida por España,* y otros. Se organizaron exposiciones y subastas de obras donadas por artistas al comité. Famosos escritores, muchos de los cuales eran miembros de la Academia Sueca, publicaron libros sobre la España combatiente y el Madrid heroico. Se dedicaron a los acontecimientos españoles versos que son hoy obras clásicas de la literatura sueca.

El Comité de Ayuda a España ganó la batalla por la opinión pública sueca. Las voces que se alzaban en favor de Franco se acallaron poco a poco. Redactores de periódicos socialdemócratas y burgueses y numerosas delegaciones fueron a la España republicana, donde conocieron sobre el terreno la situación existente en el país. Siguió su ejemplo una delegación de diputados al Riksdag.

El segundo aniversario del comienzo de la guerra civil fue conmemorado con una grandiosa manifestación y un mitin en Estocolmo. Se entregó a Isabel de Palencia, embajadora de la República Española, una bandera bordada por las mujeres suecas con la siguiente inscripción: "A Madrid". Georg Branting dijo en

este mitin: "Enviamos hoy a la laboriosa Barcelona, al orgulloso Madrid, a la bella Valencia y a todo el valiente pueblo español un saludo de los obreros suecos, un fuerte apretón de manos y la promesa de ayudarle constantemente en la medida de nuestras fuerzas".

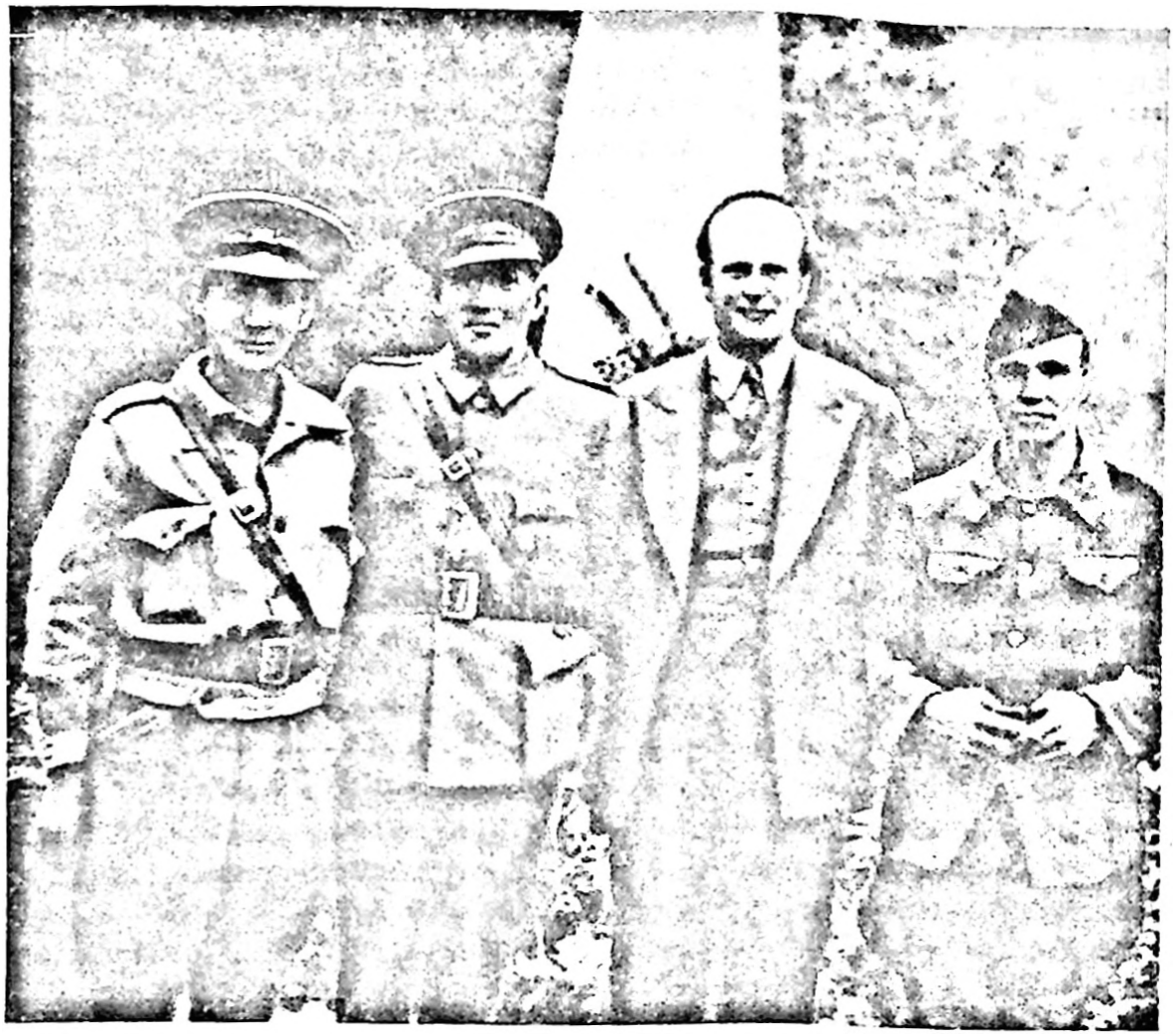
El movimiento sueco de solidaridad actuó hasta el fin mismo de la guerra. Al regresar de España en los últimos meses de dura y difícil lucha, Georg Branting dijo en un acto de masas celebrado en Estocolmo: "He regresado de este viaje a España con un penoso sentimiento, pero con la profunda convicción de que, en esta hora difícil, los obreros de todos los países apoyan firme e inflexiblemente la causa de la democracia española. La solidaridad internacional jamás ha sido tan fuerte como en estos días sombríos para España". En uno de los últimos manifiestos del Comité de Ayuda se decía: "Basándonos en la experiencia de la historia, consideramos que la toma del poder por la reacción en España es un fenómeno casual y pasajero... Saludamos al pueblo español en el momento de su dura derrota y consideramos que su valentía, su combatividad y su amor a la libertad son ejemplo para toda la clase obrera internacional".

El movimiento sueco de solidaridad con España no se manifestó solamente en la ayuda material y moral, sin igual en la historia del país. Además de eso, fue una aportación consciente del pueblo a la lucha por la democracia y la paz.

Los primeros voluntarios suecos llegaron a la España republicana en noviembre de 1936. Los que más se distinguieron entre ellos fueron Karl Ernstedt y el estudiante de teología Olle Meurling, caído en diciembre durante un combate en el Guadarrama cuando protegía con fuego de ametralladora la retirada de su unidad. Unas palabras de la última carta de Olle a un dirigente de los jóvenes comunistas suecos —"Cuidad de que resplandezca vivamente la llama roja"— se convirtieron en lema de la Juventud Comunista de Suecia en aquellos años.

El primer día en 1937, en la Plaza de Masthuggstorget subió a un tranvía un pequeño grupo de hombres, que fue aumentando en cada parada. En la Plaza de Järntorget, en el último instante, saltó en marcha al tranvía Holger Ekström. No contaban con él: dos semanas antes había comunicado que no iría; se decía que estaba muy enamorado.

En la estación se juntó todo el grupo: doce marineros suecos y un emigrado alemán. En el andén, un cazador de noticias intentó husmear de qué se trataba. ¿No saldrían los señores para España? ¡Oh, no, claro que no! Unos van a Copenhague; otros, a Dunkerque, y dos, a París. Al separarse del grupo, enseñó los dientes en una sonrisa maligna. Quienes quedaron con vida supieron más tarde que aquel individuo había escrito en su periódico una villanía sobre ellos.



Herman Wohlin, John Svensson, Raul Söderman y Sixten Rogeby

Era un grupo estrechamente unido. Todos se conocían por su labor en los buques, por las colas en la Bolsa de Trabajo o por sus actividades en los clubs de marineros; pero el carácter de cada uno se manifestó sólo durante el viaje y en los combates conjuntos. Ragnar Skotte, oficial de reserva, era sindicalista; Conny Andersson recalcaba, para que hubiera completa claridad en esta cuestión, su pertenencia al Partido Socialdemócrata; Helmer Hansson era leñador; Krister Reutersvärd, estudiante, tenía 21 años; Herman Wohlin, pequeño, flacucho, de mediana edad, inteligente y modesto, era la propia encarnación de la conciencia; Olof Liljegren, pintor, siempre de buen humor y bromista infatigable; Birger Dahlström, conocido por el apodo de "Rollo"; Erik Liljemark, silencioso; un hombre delgado y fibroso, con traje ya usado, puños descomunales y mirada penetrante, cuyo nombre no conocía nadie y al que todos llamaban "Palanca"; Gösta Andersson, que cantaba magníficamente y era llamado "el Cuclillo"; dos Eriksson, Per y Rune, al último de los cuales se le dio el sobrenombre de Sebastián, y el marinero Sixten Rogeby. Esos fueron los componentes

del primer grupo importante de Voluntarios de la Libertad suecos. Y su itinerario, París, Perpiñán, Barcelona, Albacete y Murcia.

Poco a poco llegaron otros escandinavos. Su número era ya suficiente para formar una compañía hispano-escandinava. En asamblea general de toda la compañía fueron elegidos los mandos: Ragnar Skotte, comandante; Gunnar Alm, de Yustad, y Kettil Repstock, de Copenhague, jefes de sección, y Herman Wohlin, brigada. La compañía quedó incorporada al Batallón Thaelmann. Seis suecos fueron destinados a la Compañía de Ametralladoras del Batallón Edgar André.

La compañía recibió su bautismo de fuego en febrero de 1937, en el río Jarama. Gösta Andersson relata así el anochecer del primer día de combate:

"Allan Eriksson, "Rollo" y yo montamos servicio de seguridad bajo un olivo, a cincuenta metros de nuestra primera línea. Pasan las horas, escuchamos con gran atención, el frío repta por las piernas... Delante oímos un débil susurro: ahí vienen. Estamos preparados, con las armas montadas. Allan marcha atrás para informar. El ruido crece. Es un ruido de gran número de hombres. Nos replegamos con precaución.

Skotte pregunta:

— ¿Qué pasa?

— Vienen.

Los muchachos han cavado como posesos y las profundas trincheras están preparadas. Las primeras salvas. Empieza la batalla. Hay que apuntar a los fogonazos. El enemigo intenta sembrar el pánico con un fuego huracanado. Las bengalas remontan el cielo y alumbran el terreno, pero nos mantenemos.

Y de pronto cesa el fuego. Silencio. Descanso. En el crepúsculo matutino distingo a los camaradas en las trincheras vecinas. Holger Ekström está sentado de espaldas a las posiciones fascistas; el casco oculta su perfil de gavilán; se dibuja el filo de la bayoneta. De la tierra se levantan cabezas tocadas con cascos de acero. Son el viejo fogonero Sjöberg, Lindgren, Fernström, Blomquist e Ivar Karlsson: todos marineros. Un par de ojos alegres se entorna bajo la visera del casco: es Conny Andersson, nuestro único socialdemócrata.

Herman Wohlin aparece entre los árboles con un saco de pan a la espalda. Unos disparos sueltos turban la tranquilidad del tardío refrigerio. Skotte estudia el mapa.

El primer proyectil pasa silbando y, al estallar, levanta una columna de tierra. El diablo afina sus instrumentos, los trozos de hierro se hincan aullando en la tierra, hacen explosión y los cascos de metralla emiten un sonido abominable al clavarse en los troncos de los árboles. La tierra tiembla. El sordo redoble de nuestra artillería suena como una bella música. Las ametralladoras tocan su *staccato* y sus balas, con un chillido siniestro, riegan nues-

tra línea de defensa. Algunos combatientes procuran ocultarse en la tierra más profundamente aún.

Tres tanques se arrastran por el campo y se acercan vomitando fuego venenoso. Tras ellos avanza la infantería: por los cascos se ve que son alemanes. Todo arde alrededor. Tabletean las ametralladoras pesadas de los tanques. Disparamos metódicamente, sin el menor pánico. La ofensiva ha sido rechazada. Pasamos a la contraofensiva, apoyados por nuestros tanques, y echamos al enemigo al valle. El combate trepida todo el día. El frente se asemeja a una cuerda elástica: los fascistas no logran romperlo. Nuestros camaradas están heridos, agonizan, pero el miedo no existe entre nosotros. Bajo una presión increíble nos replegamos lentamente, saltando de una trinchera a otra, defendiéndonos como enajenados... Anochece. Bajo el cielo español yace un grupo de escandinavos. Después de dos días de combates han quedado pocos de los que vinieron aquí impelidos por el anhelo de hacer su aportación a la lucha contra el fascismo. Han pasado sólo dos días, y el temor a la muerte ha desaparecido".

Cayó una tercera parte, aproximadamente, de los cincuenta escandinavos que lucharon en el Jarama; los demás, excepto cinco hombres, resultaron heridos, algunos de gravedad. Entre los caídos se encontraba el jefe de la compañía, Ragnar Skotte. Su sucesor, Axel Petterson, sufrió una contusión al día siguiente. El tercer jefe de la compañía, Per Eriksson, se salvó por casualidad. Una bala pasó un milímetro más arriba de la visera del casco, la dobló y rebotó.

De los trece componentes de primer grupo de Göterborg, tres murieron en los primeros días: Sebastián, "Palanca" y Lappen (Robert Lundström). Entre los heridos figuraba Skoglar Tidström, que conocía seis idiomas. Falleció dos meses más tarde en un hospital de Murcia. A él está dedicado, en primer término, un poema de Gunnar Ekelöf, que los críticos literarios incluyen entre los mejores.

Al llegar al frente, la Compañía de Ametralladoras del Batallón Edgar André tenía doce máquinas pesadas. Una semana después, diez de ellas habían sido averiadas, pereciendo a veces todos sus servidores. Una ametralladora sueca fue convertida en chatarra por un impacto directo, pero su personal quedó sano y salvo gracias, sobre todo, a que Helmer Hansson se había pasado toda la noche anterior trabajando tenazmente con la azada y la pala.

Aquella misma tarde, en un intento fallido de contraofensiva, cayó Krister Reutersvärd, amigo de Olle Meurling en la Universidad de Upsala. Varias horas antes, una bala alcanzó en la cabeza al estudiante noruego Gunnar Skjeseth, y el segundo tirador, un danés, recibió una herida leve.

Pero nuevos voluntarios afluían en torrente ininterrumpido y reponían las bajas. Cuando, a comienzos de marzo, se lanzó a la

brigada contra los italianos que atacaban en el sector de Guadalajara, las unidades escandinavas fueron completadas de nuevo. En particular, la Compañía de Ametralladoras del Batallón Edgar André se transformó, en una cuarta parte, en hispano-escandinava y sus ametralladoras averiadas fueron reparadas. El frente no tenía allí una línea continua y los encarnizados combates empezaron inmediatamente en posiciones improvisadas, cambiadas con frecuencia, entre las que había grandes intervalos. A consecuencia de ello, una sección escandinava fue aniquilada casi por completo durante un ataque de flanco de los fascistas. Con un impacto directo quedó destruida una ametralladora; el segundo tirador, Karl Dahlström, resultó muerto, y el primero, Bruno Franzén, gravemente herido. Otra ametralladora fue aniquilada con todos sus servidores.

En cambio, la Compañía Sueca del Batallón Thaelmann tuvo solamente unos cuantos heridos, entre ellos su jefe. Esta compañía intervino en la famosa contraofensiva de Guadalajara, que puso en fuga a los italianos y culminó en una importantísima victoria del ejército republicano español en la guerra nacional revolucionaria.

Las unidades suecas participaron igualmente en la lucha guerrillera y en los combates en el Frente Sur, Brunete, Teruel y el Ebro. Tuvieron muchas bajas, sobre todo en la gran retirada de Belchite en la primavera de 1938 y durante la contraofensiva fascista que siguió al paso del Ebro por el Ejército Popular, a finales de verano del mismo año.

Las acciones guerrilleras de los destacamentos republicanos hacían imprescindible enviar combatientes preparados a la retaguardia del ejército franquista para destruir las comunicaciones del enemigo y volar puentes, vías férreas, depósitos de armamento y otros objetivos militares. Esto implicaba siempre riesgos, pues había que caminar a pie y recorrer, a veces, muchos kilómetros por la retaguardia fascista. Los pequeños grupos se encontraban casi siempre indefensos ante las unidades regulares. Y aunque la población simpatizaba con los guerrilleros, era necesario, no obstante, tener en cuenta que alguien podría dejarse seducir por la recompensa de 25.000 pesetas que Franco pagaba por cada guerrillero capturado, vivo o muerto.

Karl Ernstedt, Gunnar Alm, Gösta Andersson, Harald Norrman y Oskar Svensson participaron voluntariamente en estas operaciones en la retaguardia del enemigo. Gösta Andersson ha descrito varias incursiones. Un grupo tenía que acercarse a Mérida para volar la vía férrea a varios kilómetros de la ciudad. Debía hacerlo en el mismo sitio en que las patrullas de Franco habían aniquilado al grupo precedente. La incursión transcurrió sin grandes contratiempos. Los voluntarios se ocultaban en refugios hasta que oscurecía y por la noche reanudaban la marcha.

"Tuvimos una suerte increíble —relata Andersson—. Cuando casi habíamos llegado al punto de destino, pasó ante nosotros un coche y a la luz de sus faros divisamos a un centinela, con el que habríamos tropezado de no haber sido por el automóvil.

Mientras trabajábamos en el talud y del ferrocarril vimos a varias patrullas. Una de ellas pasó sólo a medio metro de Gösta, que montaba la guardia, pero no nos descubrió. Después de acarrear y colocar en la vía los cajones de dinamita y los detonadores, el grupo podía emprender el camino de regreso.

Sin embargo, cinco días después se nos terminaron las reservas de víveres. Uno de los guías salió para la ciudad más próxima con el propósito de conseguir comida. Pero fue descubierto por un jinete falangista, que se olió algo malo y partió al galope hacia el lugar en que se encontraba el grupo. Una rápida maniobra, acompañada de la suerte, salvó al grupo, en cuya persecución había sido enviado un destacamento de caballería mora.

Durante la segunda incursión, los guerrilleros encontraron a unos obreros agrícolas que talaban el bosque en el mismo lugar en que se había ocultado antes el grupo. Se entabló una animada conversación. Los guerrilleros cambiaron cigarrillos por comida y agua. Nadie prestó atención a que uno de los leñadores mostraba gran interés por conocer el camino que seguiría el grupo al regreso. Consiguió enterarse de ello no se sabe cómo. Y cuando se hizo de noche y el grupo salió a la linde del bosque, le esperaba una emboscada. El guía español Venturas, que marchaba en cabeza, cayó muerto. El grupo volvió apresuradamente al bosque. Carecía de sentido entablar combate con los fascistas: se habían fortificado muy bien y, además, eran demasiados. Mas era imprescindible cruzar la carretera.

Los voluntarios esperaron a que oscureciera y, protegidos por las tinieblas de la noche, empezaron a cruzarla. Lo consiguieron. Los fascistas dispararon al azar, pero no hirieron a nadie. Al amanecer, el grupo regresó a su base".

Después del calor sufrido en Brunete y Aragón, el paso al frío intenso de Teruel, a comienzos de 1938, fue muy duro. Los norteños, acostumbrados a las heladas, sufrieron menos que los españoles, pero se registraron muchos casos de congelaciones graves. En la tierra helada era imposible, a veces, abrir trincheras. En vísperas de la operación de Teruel, los escandinavos fueron trasladados del Batallón Thaelmann al Batallón 12 de Febrero (austríaco). Algún tiempo después, el Estado Mayor de la brigada informó oficialmente de la formación del Batallón Escandinavo. Se dio a las tres compañías los nombres de Georg Branting, Martin Andersen-Nexö y Egede-Nissen. Uno de los oficiales suecos, Holger Ekström, había sido nombrado ya jefe del batallón. Se proyectaba también designar jefe de la Compañía Branting a Birger Dahlström, otro de los componentes del primer grupo de Göteborg.

Un grupo de voluntarios suecos

Pero el 20 de enero de 1938, Dahlström resultó muerto en un combate cerca de Teruel, y Ekström cayó poco después en Caspe. Conny Andersson, que fue herido en el Jarama y después peleó en Brunete, quedó sordo al estallar junto a él una bomba durante los combates de Aragón y fue enviado a la patria. Después de fallecer Ekström, Karl Ernstedt asumió el mando de la Compañía Branting, teniendo como comisario a Bengt Segersson.

El marinero Gösta Hjärpe, gravemente herido en Teruel por los cascos de una bomba de mano, pero reincorporado al frente

algunos meses más tarde, relata en los siguientes términos la última aportación de las Brigadas Internacionales en la batalla del Ebro:

"Serían aproximadamente las dos de la madrugada cuando, tras una marcha en una templada noche de julio, llegamos al Ebro, a un punto situado entre Ascó y Flix. Se nos ordenó "calar la bayoneta" y guardar el más completo silencio. La compañía contaba con unos cien hombres, entre los que había varios jóvenes españoles. Herbert Blom, jefe de los remeros, nos apresuró a pasar el Ebro. La primera barca cruzó el río. La nuestra fue la siguiente. Hasta nosotros llegaron frecuentes explosiones de bombas de mano. Desde la orilla opuesta dispararon varias ráfagas de ametralladora, pero los fascistas tiraban demasiado alto. Teníamos los nervios en tensión. Los remeros trabajaron con todas sus fuerzas. En cuanto la barca tocó fondo, saltamos de ella, y echamos a andar por el agua y luego por una escarpa hacia unos trigales. Gusten Forsman, Sven Viberg, Gösta Andersson y yo, con tres españoles, formábamos un grupo armado de ametralladoras ligeras. No habíamos tenido tiempo de recobrar el aliento y avanzar cuando me hundí hasta las orejas en una zanja antitanque, de la que salí con grandes dificultades, pues era muy profunda... Poco después abrieron fuego contra nosotros, pero seguimos avanzando, orientándonos por los cables telefónicos...

Al día siguiente, entre Corbera y Gandesa, tropezamos con un nido de ametralladoras bien camuflado. El comandante del batallón ordenó al jefe de la compañía:

— ¡Hay que pasar a toda costa!

Este ataque nos costó muchas vidas. Tratamos de vencer la resistencia de los fascistas con fuego de ametralladora a 250 metros de distancia. Otros cinco camaradas y yo colocamos un disco tras otro hasta que atacó la compañía...

Al principio, los nuestros avanzaron y llegaron a unos cien metros de las trincheras fascistas. Sobre los que evacuaban a los heridos recayó un trabajo tremendo. Tras una breve tregua, se intentó de nuevo atacar. Pero sin resultado. Después de varios ataques, la mayoría de los componentes de la compañía estaban heridos o muertos. Al día siguiente, lo mismo y con idéntico resultado..."

De la compañía quedó en filas sólo una sección. Los escandinavos llamaron a este lugar "el Cerro de la Muerte". Gösta Hjärpe, ascendido poco antes de este combate, fue nombrado jefe de la llamada "sección del Cerro de la Muerte".

En agosto, la compañía fue completada con nuevos combatientes del batallón de instrucción, en su mayoría españoles, y con nuevos oficiales en sustitución de los caídos, y ocupó posiciones defensivas en la Sierra de Pandols y en la Sierra de Cavalls. Los fascistas, después de trasladar a este sector gran cantidad de tropas

Miembros de la Sección de Göteborg del Sindicato de Marineros y del Club Comunista de Marineros. En el centro, en la fila superior, Holger Ekström

y material, hicieron los máximos esfuerzos por arrojar a los republicanos al otro lado del Ebro, preparando y acompañando los ataques de la infantería con fuego huracanado de artillería y fuertes bombardeos aéreos.

Las tropas republicanas abandonaron Corbera el 4 de septiembre, mas el estado de ánimo de los voluntarios suecos no decayó: habían recibido un nuevo cañón antitanque y los fascistas perdieron muchos carros de combate. Pero cuando se rechazó el quinto ataque enemigo, la Compañía Escandinava quedó reducida de nuevo a una sección. Kurt Svärd y Nilsson resultaron heridos.

El 23 de septiembre —día en que se retiró del frente a los voluntarios internacionales por decisión del Gobierno de la República— fue la última jornada del camino de lucha y de gloria de los combatientes de la Compañía Escandinava. A pesar de las ráfagas de ametralladora de Jerkers, voluntario de Upsala, los fascistas lograron tomar las posiciones de una unidad vecina. La compañía cayó bajo un fuego cruzado de todas las armas. Las granadas de mortero segaron la vida de muchos combatientes. Dos noruegos perecieron en las trincheras a consecuencia de un impacto directo, murió el comisario Pedersen, resultó herido Gustav Karlsson (cuya ametralladora quedó destrozada) y recibieron heridas Gottfrid Olovsson, Lemponen y Äke Richter. Pero la compañía no entregó sus posiciones.

En la tarde del 23 de septiembre llegó la orden de pasar a la reserva. Las unidades de la 11ª Brigada Internacional se con-

centraron en la margen del Ebro junto a Fallset. En la Compañía Georg Branting quedaban en filas tres voluntarios suecos.

Llegó el momento de disolver las Brigadas Internacionales. Per Eriksson, que después de los combates de Guadalajara fue enviado a unos cursillos de oficiales y quedó luego a disposición de las autoridades republicanas, relata así el último desfile en Barcelona:

"En las primeras horas de la mañana, la población de Barcelona se congregó a lo largo de la Diagonal, un bulevar que atraviesa la ciudad de punta a punta. Eran obreros, amas de casa, soldados heridos, refugiados de las regiones ocupadas por Franco, mujeres con hijos e hijos sin padres. Hambrientos, andrajosos y extenuados por los constantes bombardeos aéreos, esperaban pacientemente.

Cuando aparecieron las primeras filas de voluntarios internacionales, con el uniforme desgarrado, llegados directamente del frente, fue como si se derrumbara un dique: las mujeres corrieron hacia nosotros con flores y nos tendieron sus hijos. Los gritos de "¡Salud! ¡Vivan los internacionales!" resonaron sobre aquel mar humano y nos siguieron, como las olas de la resaca, a lo largo de todo el bulevar. Las manos se tendieron hacia las manos...

La conciencia de que no volveríamos a ver en mucho tiempo a aquel pueblo, que se había hecho tan querido para nosotros; el pensamiento de lo que sería de él después de nuestra partida, y la idea de que pronto dormiríamos en sábanas limpias y comeríamos hasta hartarnos, mientras que él proseguiría la guerra y pasaría hambre, hacían que se nos saltaran las lágrimas y sintiéramos un dolor físico...

Nadie, naturalmente, comprendía mejor a sus compatriotas que Dolores Ibárruri, la Pasionaria. Pronunció un discurso después del desfile. Y cuando mostró quiénes eran los responsables de la guerra, los rostros de los que la escuchaban se ensombrecieron con una ruda expresión de odio al fascismo. Pero esta expresión fue sucedida por otra, de cordialidad y ternura, cuando habló de la solidaridad internacional —de la que tantas pruebas habían recibido los republicanos— y de la solidaridad nacional que unía a hombres y mujeres de partidos distintos en la lucha por la libertad nacional de España, contra los ejércitos intervencionistas de Hitler y Mussolini. Refiriéndose a los combatientes de las Brigadas Internacionales, dijo:

— Nos lo daban todo, su juventud o su madurez; su ciencia o su experiencia; su sangre y su vida; sus esperanzas y sus anhelos... Y nada nos pedían. Es decir, sí: querían un puesto en la lucha...

Y dirigiéndose a los combatientes de las Brigadas Internacionales, prosiguió:

— Razones políticas os hacen volver a vuestra patria a unos, a la forzada emigración a otros. Podéis marchar orgullosos. Sois la historia, sois la leyenda, sois el ejemplo heroico de la solidaridad y de la universalidad de la democracia.

Pasionaria habló en nombre de un pueblo que nos había dado consuelo, de un pueblo que él mismo necesitaba consuelo. Y nos mostró la grandeza de este pueblo, que prefería dar y no quejarse.

Esta grandeza ha quedado grabada en nuestra memoria".

*

En las Brigadas Internacionales en España se contaban cerca de 500 voluntarios suecos. De ellos, 162 cayeron en el campo de batalla. Otros quedaron inválidos. Ninguno regresó a la patria completamente sano o ileso.

El médico canadiense Norman Bethune, que se granjeó merecidamente la popularidad y la gratitud mundiales como organizador del servicio de transfusión de sangre y que salvó la vida de numerosos heridos, presenta en sus recuerdos sobre la guerra de España la imagen esplendorosa de un voluntario internacional sueco. Cierto día llevaron un herido, directamente del campo de batalla, al hospital de sangre de Guadalajara. Tenía la cabeza vendada y el rostro cubierto de sangre: un casco de metralla le había alcanzado un ojo; en lugar de un brazo arrancado de cuajo se veían un informe tapón de gasa; los médicos se disponían a amputarle el otro brazo. Con una voz apenas perceptible pronunció unas cuantas frases, que sólo pudo comprender Henning Sorensen, uno de los colaboradores de Bethune:

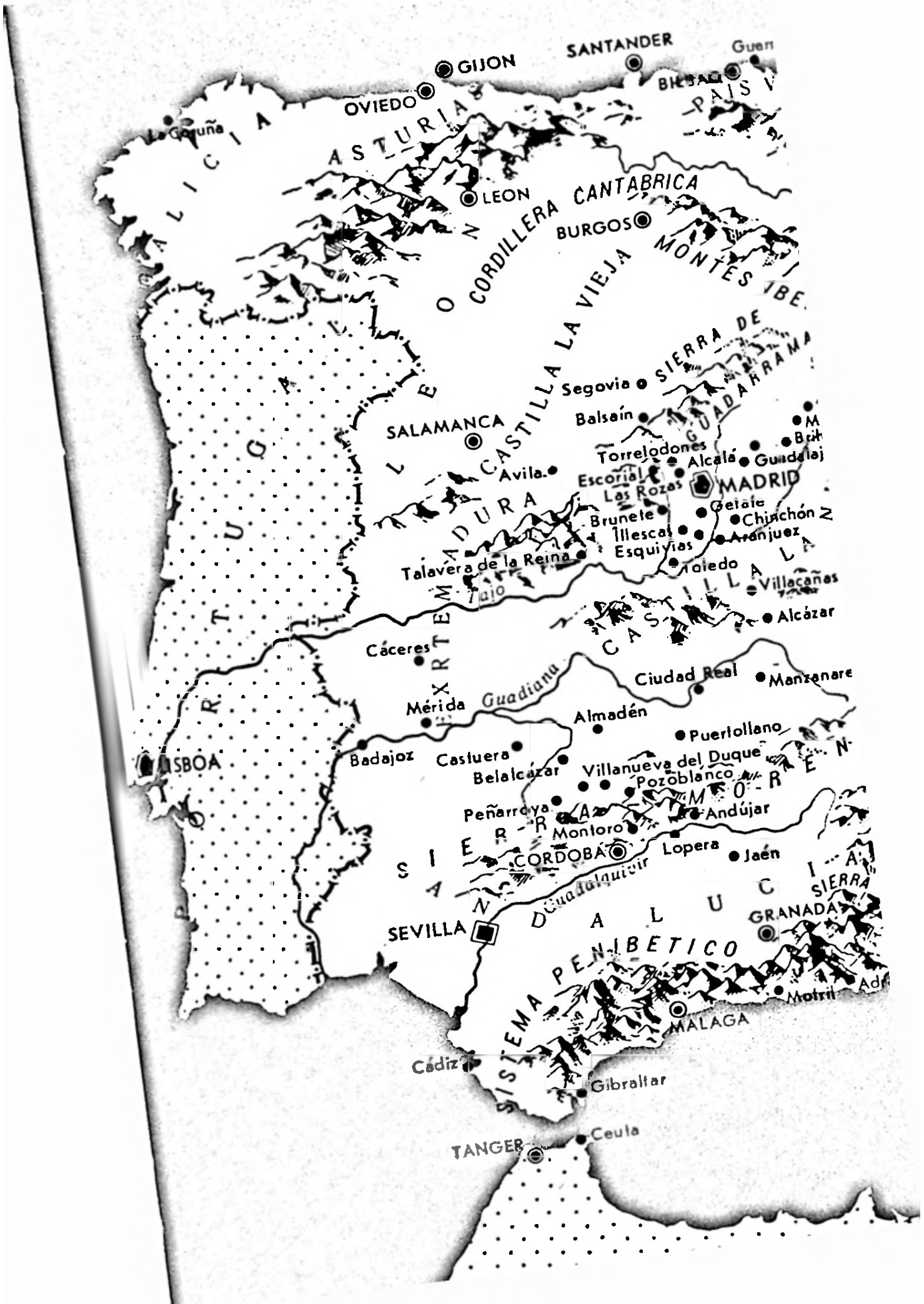
— Diez días atrás estaba aún en Suecia. Sólo hace tres días que llegué aquí, a España, e inmediatamente entré en fuego. El primer combate, y ya no puedo ayudar a los camaradas. No me ha dado tiempo a hacer nada para nuestra causa.

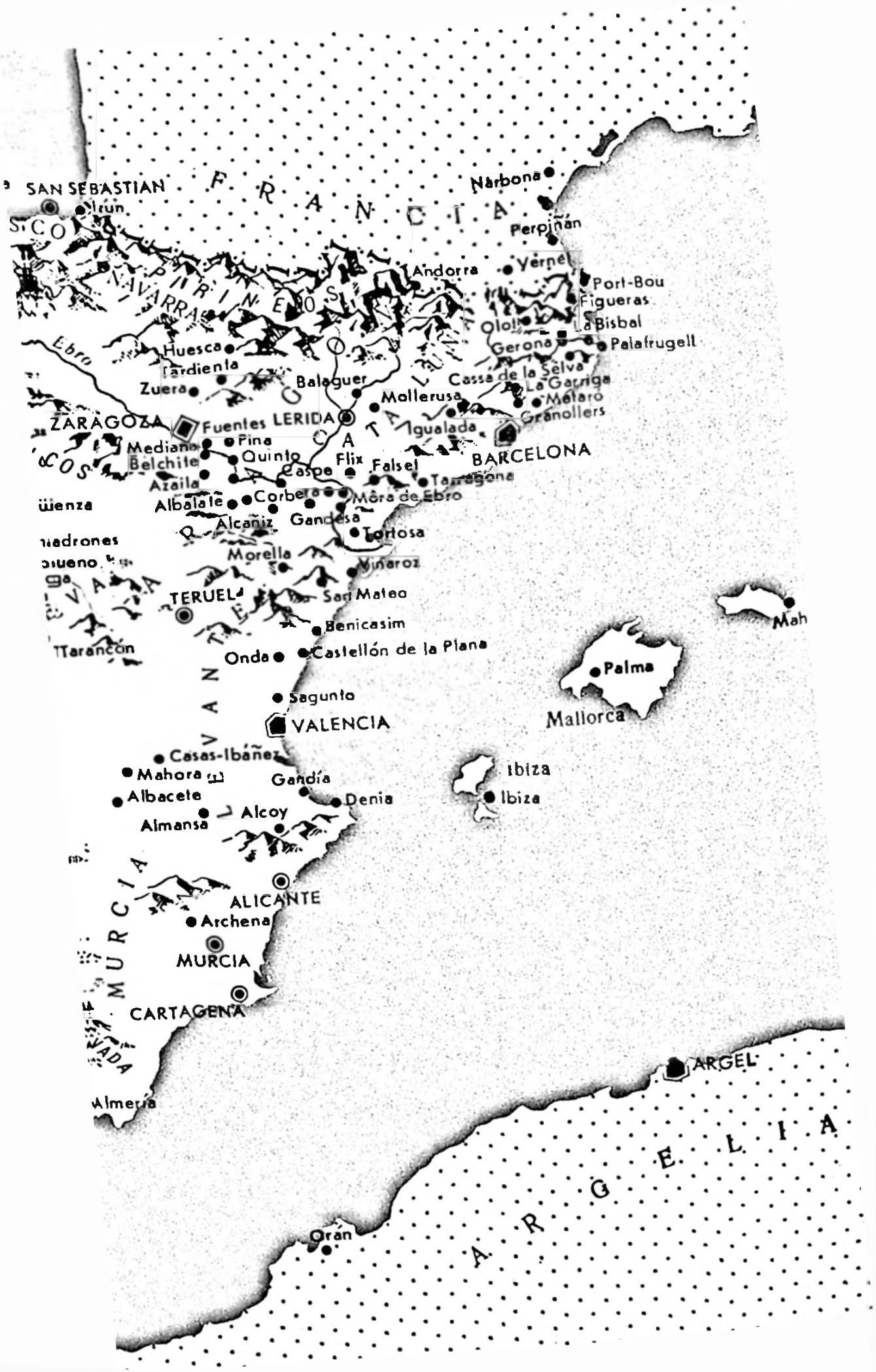
Bethune escribe: "Cruzamos una mirada. ¡No me ha dado tiempo a hacer nada! ¡Qué modestia! ¡Qué valentía! ¡Qué corazón! Pero tal es el espíritu de las Brigadas Internacionales, de los 10.000 hombres decididos, invencibles, que no piensan en sí mismos, que no piensan en el sacrificio, sino que, simplemente, con toda el alma, están dispuestos a entregar la vida por sus amigos. ¡No hay en el hombre un amor mayor que ése!"[3]

Los supervivientes guardan en su corazón ese amor al heroico pueblo español y la conciencia orgullosa de haber participado en su gran batalla contra el fascismo.

---

[3] *The Canadian Tribune*, 30.XI.1964.


GIJON
SANTANDER
OVIEDO
BILBAO
La Coruña
GALICIA
ASTURIAS
LEON
CORDILLERA CANTABRICA
BURGOS
PAIS V
MONTES IBE
SIERRA DE GUADARRAMA
Segovia
SALAMANCA
CASTILLA LA VIEJA
Balsaín
Torrelodones
Alcalá
Guadalaj
Avila
Escorial
Las Rozas
MADRID
Getafe
Chinchón
Brunete
Illescas
Aranjuez
Esquivias
Talavera de la Reina
Toledo
Villacañas
Tajo
EXTREMADURA
CASTILLA LA NUEVA
Alcázar
Cáceres
Ciudad Real
Manzanare
Mérida
Guadiana
Almadén
Puertollano
LISBOA
Badajoz
Casluera
Belalcázar
Villanueva del Duque
Pozoblanco
SIERRA MORENA
Peñarroya
Andújar
Montoro
CORDOBA
Lopera
Jaén
SIERRA
Guadalquivir
ANDALUCIA
SEVILLA
GRANADA
SISTEMA PENIBETICO
Motril
MALAGA
Cádiz
Gibraltar
Ceuta
TANGER



SAN SEBASTIAN
Irun
FRANCIA
Narbona
Perpiñán
Andorra
Vernet
Port-Bou
Figueras
La Bisbal
Olot
Gerona
Palafrugell
Cassa de la Selva
La Garriga
Mataró
Granollers
Igualada
BARCELONA
Tarragona
Mollerusa
Balaguer
LERIDA
Huesca
Tardienta
Zuera
Ebro
ZARAGOZA
Fuentes
Pina
Mediana
Belchite
Quinto
Azaila
Caspe
Flix
Falset
Albalate
Corbera
Mora de Ebro
Alcañiz
Gandesa
Tortosa
Morella
Vinaroz
TERUEL
San Mateo
Benicasim
Tarancón
Onda
Castellón de la Plana
Sagunto
VALENCIA
Palma
Mallorca
Mah
Casas-Ibáñez
Mahora
Albacete
Almansa
Alcoy
Gandía
Denia
Ibiza
Ibiza
ALICANTE
Archena
MURCIA
CARTAGENA
Almería
ARGEL
Orán
ARGELIA

SUIZA

La crisis económica mundial de 1929 comenzó en Suiza con retraso, pero, en cambio, duró más que en otros países. Las privaciones que acarreó a los trabajadores acrecentaron el grado de conciencia política y la actividad de las masas populares. A este proceso contribuyeron en gran medida los acontecimientos políticos en los países vecinos.

Por una parte, los medios reaccionarios suizos —estrechamente vinculados al capital financiero internacional—, al ver que el fascismo había levantado la cabeza en Italia y que se fortalecían el nacional-socialismo en Alemania y el fascismo clerical en Austria, trataron de crear algo semejante en su propio país. En Suiza surgieron diversas organizaciones filofascistas y en los partidos burgueses tradicionales se perfiló un notable desplazamiento hacia la derecha.

Por otra parte, las masas trabajadoras sentían seria alarma ante la desaparición de la República de Weimar y la implantación de la dictadura nazi en Alemania. Desde la huelga general de 1918, el Partido Socialdemócrata y los sindicatos obreros eran en Suiza una fuerza influyente. Pero la ofensiva de la reacción y del fascismo amenazaba con anular todas sus conquistas. La alarma de los obreros veíase reflejada en las acciones antifascistas masivas. Por ejemplo, el movimiento de protesta contra la farsa judicial hitleriana con motivo del incendio del Reichstag alcanzó en Zurich una amplitud sin precedente en la historia de esta ciudad. La heroica lucha de los Schutzbund en Austria y el éxito de los obreros comunistas y socialistas, que frustraron la tentativa de golpe fascista en febrero de 1934, contribuyeron asimismo a acrecentar las fuerzas de la resistencia a la reacción en Suiza.

El Partido Comunista de Suiza tenía pocos militantes y estaba compuesto, en lo fundamental, de obreros sin trabajo. Por lo general, cuando un obrero ingresaba en el Partido Comunista, los dueños de las empresas lo despedían en la primera oportunidad. Pese a ello, el Partido Comunista gozaba de cierta influencia

en Zurich y Basilea y en los cantones de Neuchatel, Vaud y Ginebra.

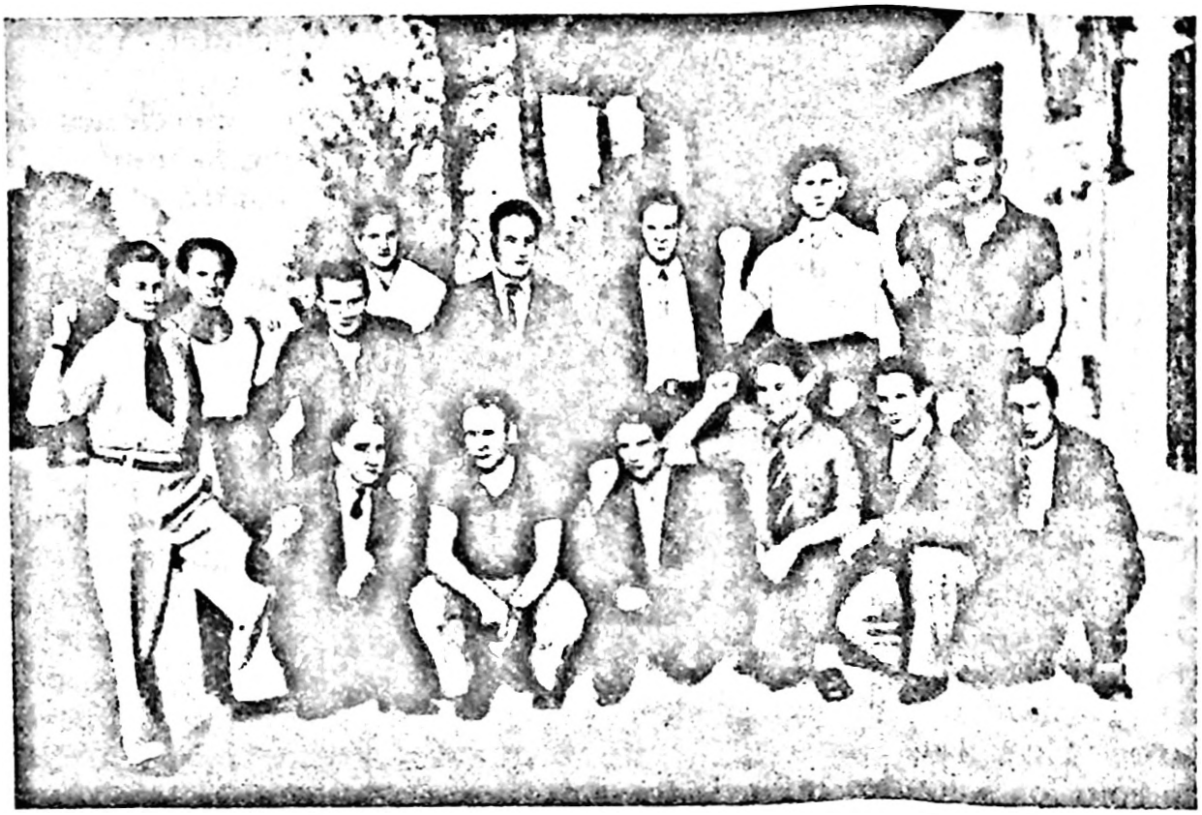
El triunfo del Frente Popular español en las elecciones de febrero de 1936 mostró a los trabajadores suizos que la unidad de acción proporcionaba éxitos efectivos en la lucha contra el fascismo. La victoria de las izquierdas en España fue acogida con entusiasmo por los obreros y los intelectuales progresistas. Los demócratas suizos seguían también con esperanza el desarrollo de la unidad de los trabajadores en Francia.

El capital monopolista y la gran burguesía de Suiza temían al Frente Popular e hicieron todo lo posible para impedir que se formase. El gobierno, que montaba la guardia de los intereses de la clase dirigente, defendía de palabra la democracia, pero, de hecho, luchaba por todos los medios contra la democracia auténtica.

Las noticias referentes a la sublevación de los generales fascistas contra la República Española del Frente Popular inquietaron a los trabajadores suizos. Muy pronto se hizo evidente que no se trataba de un putsch de corta duración, sino de una guerra larga. Cuando se evidenció que combatían contra la República no sólo los soldados de la Legión Extranjera y las tropas coloniales, sino también unidades militares, aviones y buques de guerra alemanes e italianos, en toda Suiza se desplegó un vasto movimiento en defensa del pueblo español. La prensa obrera llamó a apoyar al Gobierno del Frente Popular. En todas las regiones industriales se celebraron grandes mítines de solidaridad con la República Española, organizados conjuntamente por los dos partidos obreros. Se estableció la unidad de acción de socialdemócratas y comunistas y surgieron premisas reales para constituir el Frente Popular en el país.

No hace falta decir que semejante desarrollo de los acontecimientos contradecía de raíz los intereses de la clase gobernante. El 11 de agosto de 1936, las autoridades recogieron un número de la revista socialdemócrata *Arbeiter-Illustrierte* por publicar un montaje fotográfico de John Heartfield que ridiculizaba mordazmente la ingerencia de Hitler en los asuntos españoles.

El periódico socialista *Tagwacht* decía el 30 de julio de 1936: "En respuesta al llamamiento a defender la patria, la clase obrera española se ha armado y alzado en defensa del Gobierno y de la República. Y lo hace tan bien que nuestra prensa burguesa está evidentemente descontenta. Prefiere ver fascistas armados y no obreros armados. Prefiere ver un Estado fascista y no una república de obreros y campesinos. ¡Instinto de clase, intereses de clase! La solidaridad de los capitalistas es siempre inmutable... ¿Acaso podían ver tranquilamente cómo prosperaba y avanzaba la Unión Soviética? También allí intentaron organizar sublevaciones militares para aniquilar el poder de los obreros y los campesinos. Cuando fracasaron estos intentos, los siguió la intervención extranjera;



Un grupo de voluntarios suizos en París, camino de España. Otoño de 1936

después de ella, el boicot; luego, las campañas de calumnias, las amenazas y los insultos... Por lo visto, a España la espera ese mismo camino espinoso".

El 14 de agosto de 1936, antes de que entrara en vigor el Acuerdo de No-Intervención en los asuntos españoles, el Gobierno federal promulgó un decreto por el que se prohibía la exportación y el tránsito de armas, municiones y pertrechos bélicos de todos los tipos destinados a España y a cualquier otro país desde el que pudieran ser reexpedidos. El decreto del 26 de agosto de 1936 *Sobre el mantenimiento de la neutralidad suiza* preveía una pena de reclusión hasta de seis meses y una multa hasta de 10.000 francos "para quienes abandonen Suiza o intenten hacerlo con el propósito de participar en las operaciones militares en España; para quienes apoyan desde Suiza, de la manera que sea, las operaciones militares en España o contribuyan a ello, y especialmente para quienes se dediquen a recoger dinero con fines ajenos a la beneficencia, así como para quienes exhorten o inciten a contravenir este decreto".

En el decreto se decía más adelante que todo el dinero recaudado para dichos fines sería confiscado; que las reuniones en apoyo de una de las partes beligerantes en España podría celebrarse sólo con permiso de las autoridades cantonales, pero que, en caso de necesidad, podrían ser prohibidas por el Gobierno federal. Se prohibían asimismo los giros de dinero a España.

Con el pretexto de la neutralidad, estos decretos violaban los derechos soberanos de la República Española, con la que Suiza tenía relaciones contractuales normales, y ponían al mismo nivel al Gobierno legítimo de la República y a los facciosos, que se habían sublevado contra él. A pesar de las enérgicas protestas de la opinión pública progresista, ambos decretos estuvieron en vigor hasta el final de la guerra de España.

Sin embargo, pese a los obstáculos y las amenazas de las autoridades, en todo el país prosiguieron los mítines de solidaridad con el pueblo español y la recogida de dinero, ropa, lana, víveres, jabón, medicamentos, etc. La ropa usada era lavada y zurcida; en los círculos de tejeduría se confeccionaban jerseys, chaquetas de punto, bufandas, calcetines y guantes de lana. De conformidad con las leyes federales, se autorizaba la recaudación de donativos solamente para ayudar a la población y a los hospitales. En este sentido desplegaron su actividad el Socorro Rojo, las organizaciones del Socorro Obrero, el Comité Ginebrino de Ayuda al Pueblo Español, la Organización de Ayuda de Basilea, la organización Ayuda Suiza a los Niños de España, y otras. Es difícil sobrestimar cuanto hicieron estas organizaciones y sus círculos obreros locales, que continuaron su labor una vez derrotada la República Española e incluso después de comenzar la segunda guerra mundial, prestando ayuda a los refugiados españoles y a los combatientes del Ejército Republicano internados en los campos de concentración franceses.

El Comité de Ayuda al Pueblo Español envió a la República Española cuatro camiones, que abastecían de víveres a la población y envacuaban a los niños de las ciudades bombardeadas. En octubre de 1936 salió de Ginebra para España una ambulancia completamente equipada y se remitieron ropa de cama, ropa de vestir, apósitos e instrumental quirúrgico por valor de 15.000 francos.

La Organización de Ayuda de Basilea envió el 17 de noviembre de 1936 ocho grandes cajones con ropa, 500 botes de huevo en polvo y varios cajones con ropa interior de abrigo para las mujeres y los niños. El 5 de diciembre de 1936, el círculo obrero de las mujeres de Zurich, que se reunía cada semana, mandó a España tres grandes cajones con ropa y artículos de lana por un total de unos 15700 francos. Se constituyeron pequeños grupos de ayuda obrera a España en Lausana, La Chaux de Fonds, Vevey, Chur, Davos, Biel, Winterthur, Schaffhausen, Grenchen, Arbon y Oerlikon.

En vista de que la Cruz Roja se negó, poco después, con el pretexto de la neutralidad, a prestar ayuda a la República Española, las organizaciones sociales fundaron la Central Sanitaria Suiza, que mandó a España dos grupos de médicos y remitió cada semana medicamentos y apósitos. A partir de febrero de 1939, estas remesas se hicieron al hospital de refugiados en Perpiñán (Fran-

cia), en el que trabajaban dos médicos suizos mandados por la Central.

La solidaridad de los trabajadores de Suiza con la República Española no se limitó a los mítines y la ayuda material.

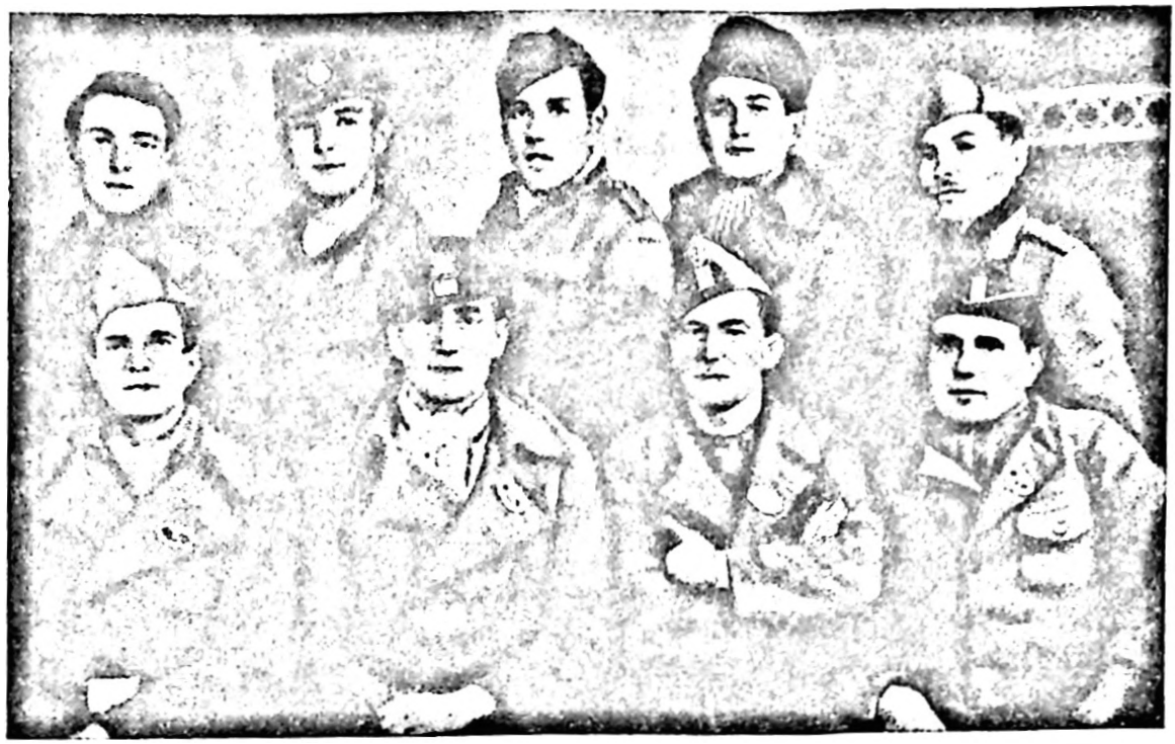
Los antifascistas suizos, contraviniendo todas las prohibiciones, facilitaron dinero y víveres a miles de voluntarios de Austria, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Yugoslavia, llegados a Suiza ilegalmente camino de España, y les ayudaron a pasar a Francia a través de los Alpes. En estas acciones se manifestó la fuerza del internacionalismo proletario.

Pero la manifestación más brillante de solidaridad fue la participación de voluntarios suizos, con las armas en la mano, en la guerra antifascista del pueblo español. Los primeros suizos que se alzaron en defensa del Frente Popular español contra los generales sublevados fueron los gimnastas de ambos sexos llegados en julio de 1936 a Barcelona, donde los sorprendió la rebelión, para tomar parte en la Olimpiada Popular. La gimnasta Käthe Hempel, de Schaffhausen, prestó servicio como enfermera en un destacamento de las Milicias Populares durante el aplastamiento de la sublevación. Otros deportistas se sumaron a la Centuria Gastone Sozzi, de las Milicias Populares, integrada por antifascistas italianos y suizos del cantón de Tesino. En unión de la Columna Libertad, formada en Cataluña, tomaron parte en los combates por Madrid. El subjefe de esta centuria era Antonio Canonica, de Tesino. Varios suizos se enrolaron en la Centuria Ernesto Thaelmann, una de las primeras unidades de las Milicias Populares que pelearon en el Frente de Aragón.

Llegar de Suiza a España no era tan fácil. Pudieron comprobarlo por sí mismos los trece antifascistas de Zurich que el 13 de agosto de 1936, antes aún de que se promulgara el decreto del gobierno, fueron detenidos en Basilea como sospechosos de querer incorporarse a las Milicias Populares españolas. Se negaron a responder a las preguntas del juez instructor y declararon la huelga del hambre en señal de protesta contra su detención ilegal. Se les puso en libertad a los ocho días, obligándoseles previamente a confirmar por escrito que conocían el decreto de 14 de agosto. Pero esto no arredró a los intrépidos antifascistas, que, pese a todo, consiguieron llegar a España.

Estos primeros voluntarios fueron seguidos de otros muchos. Según datos de la policía, dados a conocer por el juez Pfenninger en marzo de 1938 en la vista de la causa contra los voluntarios comunistas, hasta fines de 1937 abandonaron el país 369 suizos para sumarse a los combatientes de las Brigadas Internacionales del Ejército Popular español. De ellos, 119 partieron del cantón de Zurich; los demás, de Ginebra, Basilea, Berna y Tesino.

Pero, como es natural, no todos los voluntarios que abandonaron el país eran conocidos por la policía. Quedaron fuera de su



Un grupo de voluntarios suizos de Lausana

campo visual los voluntarios que salieron legalmente de Suiza para Francia e Inglaterra con el pretexto de seguir estudios o buscar trabajo, así como los suizos que residían en el extranjero. No se ha logrado establecer la cifra exacta de voluntarios suizos que pelearon en el Ejército Republicano español; pero, a juzgar por datos indirectos, se puede conjeturar que se acercaban a 700. Había entre ellos obreros, artesanos, estudiantes e intelectuales; una parte considerable de los llegados de Suiza eran parados forzosos. Los tribunales militares suizos subrayaron celosamente en sus veredictos esta última circunstancia, pretendiendo hacer creer a la opinión pública que el motivo que había impelido a los voluntarios a salir del país era el interés material. La realidad es que se les juzgó por sus convicciones políticas. Un ejemplo típico de la "argumentación" judicial fue el discurso del juez Pfenninger, antes mencionado, que respaldó con las siguientes palabras la petición de castigar duramente a los voluntarios: "Al dictar sentencia deben tener presente que se halla ante ustedes un hombre de mentalidad profundamente marxista. . ."

Según datos publicados el 10 de septiembre de 1937 en el periódico *Freiheit* por el consejero nacional Marino Bodenmann, una tercera parte de los voluntarios suizos en España eran militantes del Partido Comunista o de la Juventud Comunista y unos setenta pertenecían al Partido Socialdemócrata o a la Juventud Socialista. Pero la mayoría de los voluntarios no estaban afiliados a ningún partido. Muchos de ellos procedían de lugares en los que

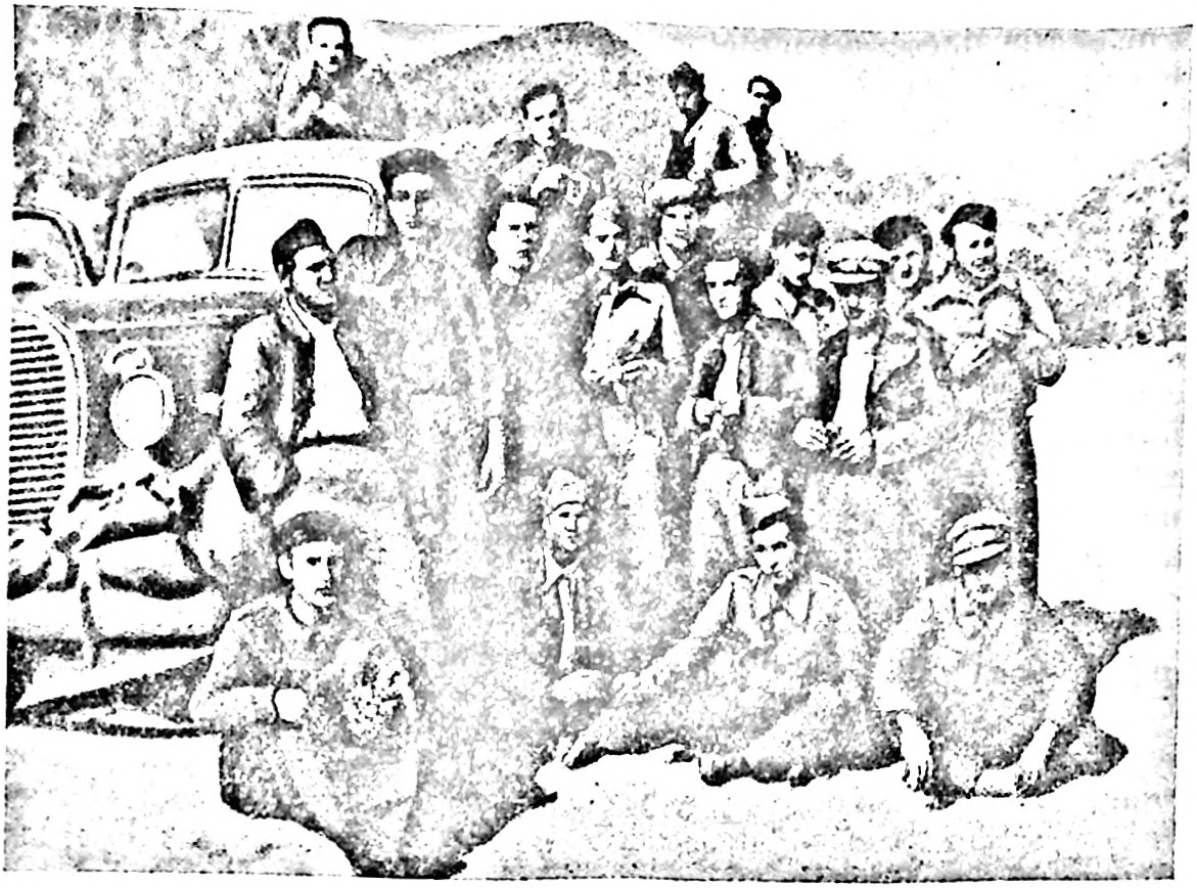
no había ninguna organización comunista. Bodenmann encontró también entre los voluntarios en España afiliados a organizaciones católicas. Todos los suizos que combatieron al lado de la República Española estaban unidos por algo principal: eran antifascistas convencidos.

Los voluntarios suizos no formaron una unidad nacional especial en las Brigadas Internacionales. De conformidad con el principio de la comunidad idiomática, adoptado al formar las unidades de las brigadas, los suizos que hablaban alemán fueron incorporados principalmente a los batallones de la 11ª Brigada Internacional; los que hablaban francés, a la 14ª Brigada, y los de Tesino, al Batallón Garibaldi. Los suizos de todos los grupos idiomáticos se enrolaban con agrado singular en el Batallón Chapáev, que mandaba Otto Brunner, de Zurich. En este batallón combatieron, en momentos diferentes, unos 80 suizos. En la 15ª Brigada había también algunos suizos procedentes de otros países.

Como los voluntarios suizos tenían, por lo general, una buena preparación militar, se los podía encontrar en todas las armas en calidad de francotiradores, artilleros, motociclistas, chóferes o camilleros. Un suizo fue piloto; otro, tanquista, y otro, director de una banda de música. Entre los guerrilleros que operaban en la retaguardia fascista había asimismo suizos. Numerosos voluntarios se distinguieron en los combates, siendo ascendidos a suboficiales, oficiales y comisarios. Dos mandaban batallones: Otto Brunner y Max Doppler. Este último, oriundo de Baden (Argovia), estuvo al frente del Batallón Hans Beimler.

En España entregaron su vida no pocos suizos. Incluso la lista incompleta de los caídos en el frente contiene 76 nombres; en realidad son muchos más. Entre ellos se cuenta Max Doppler, jefe de batallón. En la lista de desaparecidos figuran 51 nombres. Uno de ellos es Ernst Bickel, estudiante de Zurich, que fue comisario político de una unidad del Batallón Thaelmann. Los fascistas hicieron prisioneros a doce suizos. Algunos de los supervivientes del cautiverio lograron regresar a la patria en 1939; otros, sólo muchos años después.

En tanto que los antifascistas suizos peleaban heroicamente por la libertad y la democracia en la tierra española, el Gobierno federal, los monopolios capitalistas y toda la Suiza oficial simpatizaban de modo evidente con los fascistas españoles y les ayudaban. Por ejemplo, el ex consejero de la Embajada de la República Española en Berna, Bernabé de Toca, adepto de Franco, dió el 2 de mayo de 1937 una recepción en honor de la "Fiesta de la España nacional" sin que las autoridades suizas pusieran el menor obstáculo. De Toca fue recibido como representante de un Estado extranjero por un consejero (ministro) del Gobierno federal. Gozó del derecho de comunicación telegráfica cifrada y en el edificio que ocupaba ondeó la bandera de la España monárquica. Esto



Un grupo de voluntarios suizos de la 11ª Brigada Internacional

significaba que las autoridades suizas reconocían *de facto* a los rebeldes.

No es de sorprender que este señor tuviese la insolencia de enviar a los españoles que residían en Suiza notificaciones de movilización para hacer el servicio militar "en el territorio nacional".

Motta, consejero del Gobierno federal, no esperó siquiera el fin de la guerra en España y el 13 de febrero de 1939 reconoció oficialmente a Franco, rompiendo al mismo tiempo las relaciones diplomáticas con el Gobierno de la República Española. Por cierto, incluso cuando esas relaciones existían aún, estaban muy lejos de ser tan benévolas como con el "gobierno" del faccioso Franco. He aquí un ejemplo. Las autoridades federales, violando las prerrogativas diplomáticas, el secreto de la correspondencia y la neutralidad, confiscaron los testimonios documentales del bombardeo de Guernica, enviados por sacerdotes católicos a través de la Embajada española. Idéntica posición antirrepublicana adoptaron los dueños de una fábrica de leche condensada, que accedieron a vender a la República Española los 10.000 botes que había encargado para los niños sólo con un aumento de precio del 225%.

Mientras tanto, de la estación de Basilea partían trenes con material de guerra para Franco. Al lado de los franquistas pelea-

ron, según datos incompletos, 37 voluntarios fascistas de Suiza, a los que nadie exigió responsabilidades.

Es significativo que el reaccionario De Dissbach, jefe de división, fuese a visitar al general faccioso Franco por recomendación personal de Motta, en tanto que al comunista Bodenmann, entonces miembro del Consejo Nacional, se le negaron los documentos necesarios para viajar a la España del Frente Popular.

Simultáneamente a la hostilidad a la República Española se desplegó una campaña de hostigamiento y persecuciones contra los comunistas suizos. Fueron registrados en masa sus domicilios y los locales de sus organizaciones y recogidas las publicaciones marxistas. El gobierno recurrió a todos los medios para frustrar el movimiento de solidaridad con el pueblo español y amedrentar a quienes participaban en él. Las represiones estuvieron enfiladas, en primer término, contra el Partido Comunista.

En la sesión celebrada por el Consejo Federal en diciembre de 1936 se presentó un proyecto de *Disposición federal sobre la protección del orden público y la seguridad*. En esta "disposición" se preveían penas de cárcel contra los ciudadanos suizos por "maquinaciones comunistas", huelgas e incitaciones a cesar el trabajo y se prohibía toda crítica a los dirigentes de las Fuerzas Armadas. Se concedía al gobierno el derecho de suspender los periódicos indeseables por un plazo hasta de un año y prohibir, "en caso de necesidad", el Partido Comunista y otras organizaciones "indeseables". En contra de la Constitución, el Consejo Federal exigió que dicha disposición entrara en vigor inmediatamente.

Pero una transgresión tan manifiesta de la legalidad desagradó hasta a los diputados burgueses, y la exigencia del gobierno fue rechazada. La reacción decidió actuar dando un rodeo, a través de los cantones. En una reunión celebrada en La Chaux de Fonds falleció de un ataque cardíaco un fascista español. Su muerte fue aprovechada para fomentar el histerismo anticomunista. En los cantones de Ginebra y Neuchatel se decidió en febrero de 1937 prohibir las organizaciones cantonales del Partido Comunista. Esta decisión fue aprobada en los plebiscitos cantonales celebrados el 26 de abril de 1937 en Neuchatel y el 14 de junio en Ginebra.

Fracasó la tentativa de prohibir el Partido Comunista en toda Suiza. Pero los comunistas fueron excluidos de diversas instituciones y se prohibió la actividad de la Sociedad de Amigos de la Unión Soviética, del Socorro Rojo Internacional (SRI) y de otras organizaciones proletarias.

En el cantón de Vaud, las autoridades prohibieron la celebración del Primero de Mayo de 1937 y no permitieron que pronunciaran discursos el secretario del Partido Comunista de Suiza e incluso el socialreformista francés León Johaux, moderado en extremo. En cambio, se concedió ese derecho al fascista francés

El Batallón Chapáev en marcha

Doriot, al fascista belga Degrelle, al profesor fascista romano Guido Bartoletto y al alto dignatario hitleriano Sauckel.

Las autoridades intentaron tomar como pretexto para prohibir el Partido Comunista los procesos judiciales contra los "reclutadores" de voluntarios con destino a la España republicana. Ya en diciembre de 1936, en Zurich se efectuaron varios registros a fin de descubrir los vínculos de los comunistas locales con la España republicana. La policía estaba obsesionada por el fantasma de una supuesta "organización central de reclutamiento". La primera causa importante contra los "reclutadores" se vio en abril de 1937 ante un tribunal divisionario. Los acusados eran Otto Brunner, que se encontraba entonces en España; Andreas Weder, de Schaffhausen; Henri Trüb, de Ginebra, y otros. Con la ayuda de testigos falsos, a los que el tribunal creyó gustoso, se fabricaron acusaciones suficientes para condenarlos a diez meses de cárcel y a cinco años de privación de derechos cívicos activos. Pero el abogado defensor, doctor Maag, demostró la absoluta falta de pruebas de que existiera una "organización de reclutamiento" comunista. Debido a ello, el proceso no proporcionó fundamentos para prohibir el Partido Comunista.

En marzo de 1938, las autoridades montaron un nuevo y gran proceso contra los comunistas, en el que comparecieron como acusados tres secretarios y otros siete funcionarios del Partido Comunista. Mas a pesar de los largos meses de prisión preventiva de los acusados y de todas las artimañas de los instructores de la causa,

el tribunal no pudo demostrar que existiera una organización central de reclutamiento de voluntarios para España. Una vez más se evidenció que no había motivos para prohibir el partido.

Las maquinaciones de las autoridades durante este proceso fueron denunciadas en un folleto titulado *El centro de reclutamiento para España,* recogido con el pretexto de que exhortaba a ingresar en el Partido Comunista, a leer su prensa y a apoyar a las Brigadas Internacionales, atacaba al Consejo Federal y contenía expresiones intolerables sobre los dirigentes de un gobierno extranjero.

En meses posteriores continuaron las detenciones, sobre todo en el cantón de Tesino.

El 6 de enero de 1937 empezó a juzgarse, principalmente en rebeldía, a los voluntarios suizos que peleaban en España. Con este motivo se emprendió en todo el país una campaña para exigir la derogación de las sentencias condenatorias. Esta demanda fue aprobada en todas las asambleas dedicadas a España.

Cuando el Gobierno español retiró del frente a los voluntarios extranjeros, en septiembre de 1938, surgió el problema de su retorno a la patria. El abogado León Nicole hizo una interpelación en el Consejo Nacional, en la que pidió al Consejo Federal la promulgación de una amnistía. Pero el consejero federal Baumann se negó a ello. Esta negativa levantó una nueva ola de peticiones de amnistía. Se constituyó un Comité pro Amnistía, encabezado por Fritz Heimann, el doctor Otto Wyss y el doctor Karl Senn. Sus nombres figuraban los primeros al pie de esta demanda, seguidos de unas cien firmas. A ellos se sumaron los emigrados alemanes residentes en Suiza, entre los que figuraban Hans Marchwitza, conocido escritor antifascista, y Erich Arendt.

La prensa democrática publicó artículos dedicados a la participación de los suizos en las operaciones militares de las Brigadas Internacionales. Otto Brunner, el popular jefe del Batallón Chapáev, relató en las páginas de los periódicos la valentía de los voluntarios suizos en la guerra antifascista del pueblo español.

Al mismo tiempo comenzó una contracampaña reaccionaria. Por ejemplo, la agencia filofascista Mittelpresse calificó a los voluntarios de "mercenarios" y "delincuentes". *Neue Zürcher Zeitung* y los demás periódicos que apoyaban a Franco hicieron coro a la agencia, se opusieron a la amnistía y afirmaron que podía "perjudicar el comercio con la España franquista".

El 2 de enero de 1939 regresaron a la patria Otto Brunner y otros 63 voluntarios. Los discursos de Otto Brunner en los mítines dedicados a la guerra antifascista del pueblo español fueron acompañados invariablemente de la demanda de amnistía para los voluntarios. Con este motivo, el diario *Neue Zürcher Zeitung* publicó un artículo en el que calumniaba a Otto Brunner, el cual fue detenido el 12 de enero de 1939.

El Consejo Federal rechazó todas las demandas de amnistía y propuso que los voluntarios condenados presentaran peticiones de gracia. Por supuesto, la Unión de Voluntarios Suizos de la Guerra de España rechazó categóricamente esta proposición. El 2 de febrero de 1939 se presentó una petición de amnistía, firmada por 80.000 personas, que volvió a ser denegada.

Otto Brunner, jefe del Batallón Chapáev

Esto sirvió de pretexto a los tribunales militares para continuar las persecuciones. Como antes, el Tribunal Divisionario de Zurich fue el más reaccionario. Siguió condenando a los voluntarios a largas penas de cárcel y a privación de derechos cívicos durante tres años. Los demás tribunales redujeron en grado considerable los plazos de las condenas: de dos a seis meses.

Otto Brunner, puesto en libertad bajo fianza de 5.000 francos (recaudados en tres días), compareció ante el tribunal en mayo de 1939. Podía ser juzgado únicamente por participar en los combates, pero no por reclutar voluntarios. En resumidas cuentas, se le condenó a seis meses de cárcel y tres años de privación de derechos cívicos. Semejante desenlace del proceso enfureció a la prensa reaccionaria.

*

La derrota de la República Española representó también un duro golpe para el movimiento obrero suizo. Este hecho se manifestó no sólo en el fracaso de la campaña pro amnistía —que, pese a la amplia participación de los trabajadores, no consiguió el objetivo propuesto—, sino también en los resultados de las elecciones políticas generales y de los plebiscitos.

La unidad de acción de los dos partidos obreros quedó rota y la participación de las masas en los actos conmemorativos del 1 de Mayo de 1939 fue insignificante. La reacción levantó cabeza en todas partes.

Quienes intenten buscar hoy en los libros de historia moderna que se publican en Suiza datos acerca de la participación de los suizos en la guerra de España, podrán convencerse de que esa historia la escriben falsificadores reaccionarios. La República Española, en el caso de que se la mencione en dichos libros, es denominada "bandidesca dictadura roja". En cambio, Franco es presentado como un "héroe" que ha dado al país "la paz y el orden". Los reaccionarios siguen cubriendo de lodo a los defensores de la República Española, a los combatientes del Ejército Popular y a sus amigos.

Pero es imposible ocultar o borrar de la memoria del pueblo la verdad histórica. Los suizos que pelearon con las armas en la mano en las Brigadas Internacionales en tierra española lucharon por la democracia auténtica, por la paz y el progreso. Y con ello escribieron una página heroica en la historia del pueblo suizo.

URSS

El feliz cumplimiento del grandioso programa de edificación de la sociedad socialista en la URSS requería, como condición importantísima, mantener la paz. Movido por el deseo de asegurar una paz firme y duradera, el Gobierno soviético trató de establecer relaciones normales con todos los países. En 1936 sostenía relaciones diplomáticas con 32 Estados.

Después de terminar la guerra civil y la intervención extranjera, los efectivos de las Fuerzas Armadas Soviéticas se redujeron de año en año y a comienzos de 1936 no pasaban de 586.000 hombres. Tres cuartas partes de las divisiones fueron adaptadas al sistema de milicias territoriales. El entusiasmo del trabajo pacífico impregnaba todo el ambiente de la sociedad soviética.

Sin embargo, la situación internacional empeoró gravemente en la primera mitad de los años 30. La crisis económica mundial de 1929-1933 exacerbó al máximo las contradicciones entre los Estados imperialistas y en cada uno de ellos. Los medios imperialistas veían la salida de estas contradicciones en el desencadenamiento de una agresión.

En 1931, los imperialistas japoneses ocuparon Manchuria, limítrofe con la URSS. Cuatro años más tarde, en 1935, la Italia fascista desencadenó una guerra colonial contra Abisinia y ocupó este país. En el centro de Europa, el fascismo alemán, una vez en el poder, aplastó salvajemente el movimiento obrero y democrático y proclamó el culto de la violencia en las relaciones entre los pueblos, sin ocultar su objetivo principal: la conquista de "espacio vital" en Europa. Así pues, tanto en Oriente como en Occidente se precisaron los focos de peligro bélico que amenazaban no sólo a la Unión Soviética, sino a la paz en el mundo entero.

El Gobierno soviético adoptó todas las medidas a su alcance para unir estrechamente las fuerzas pacíficas de Europa e impedir una nueva guerra mundial. En 1934, la URSS ingresó en la Sociedad de las Naciones y presentó un plan tendente a crear en Europa un sistema de seguridad colectiva. Firmó pactos de no agresión

con diversos Estados, y en 1935, tratados de asistencia mutua con Francia y Checoslovaquia.

Al mismo tiempo se adoptaron medidas para aumentar la capacidad defensiva del país. En 1934 empezó a darse paulatinamente una estructura regular a todo el Ejército Rojo, a la vez que se modernizaban el armamento, los tanques y la aviación.

La política exterior de paz del Gobierno soviético y las medidas orientadas a reforzar la defensa del país fueron respaldadas por todo el pueblo. Centenares de miles de militantes del Komsomol participaron en el apadrinamiento de la Marina de Guerra, multitud de jóvenes ingresaron en clubs de aviación y escuelas de paracaidistas y rindieron los exámenes previstos en las normas del complejo físico-militar "Listo para el Trabajo y la Defensa" (LTD).

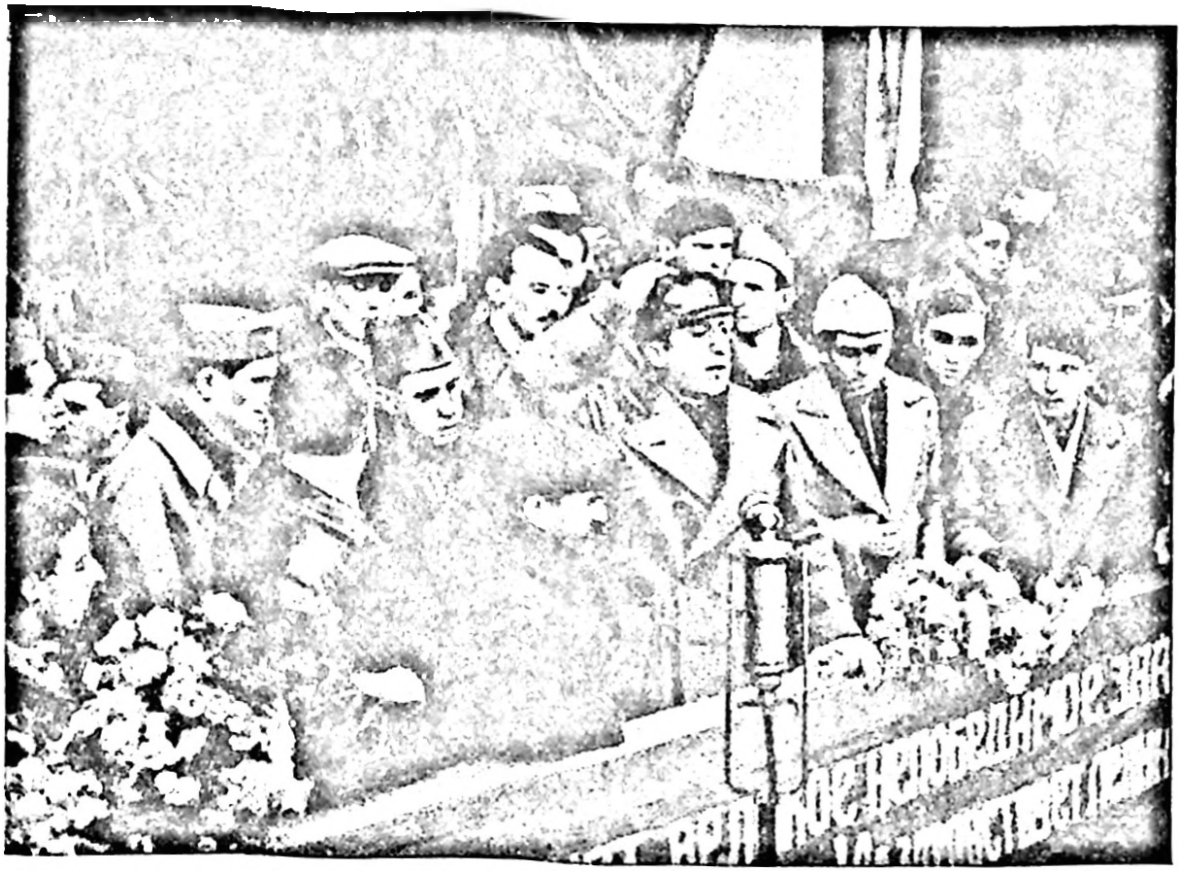
Todo el modo de vida de la sociedad socialista inculcó y afianzó en el pueblo soviético el espíritu de solidaridad proletaria y de internacionalismo. Los soviéticos seguían con gran atención las batallas de clases en los países capitalistas y la lucha de los trabajadores contra la reacción y el fascismo, sintiéndose consternados por sus reveses y alegrándose de sus éxitos.

Moscú pasó a ser la segunda patria para los perseguidos por los camisas negras en Italia y por los nazis en Alemania, así como para los revolucionarios que se vieron obligados a huir de Bulgaria, Polonia, Grecia y otros países en que existían regímenes fascistas. A comienzos de 1934, los luchadores de los Schutzbund austríacos, participantes en los combates antifascistas de Viena, fueron acogidos fraternalmente en la URSS y encontraron asilo en ella. En octubre del mismo año, cuando la reacción española ahogó en sangre la insurrección armada de los mineros asturianos, alzados a la lucha contra la amenaza fascista, una ola de solidaridad con ellos se extendió por todo el País Soviético. Las obreras del complejo textil moscovita *Las Tres Montañas* (que lleva el nombre de Félix Dzerzhinski) acordaron destinar medio día de jornal al fondo de ayuda a los mineros asturianos. Secundando su iniciativa, los trabajadores de la Unión Soviética reunieron tres millones de pesetas para las familias de las víctimas del terror fascista[1]. Numerosos participantes en la insurrección, pertenecientes a distintos partidos, encontraron asilo político en la URSS.

En la primavera de 1936, la mayoría del pueblo español votó a favor del Frente Popular en las elecciones de diputados a Cortes. Después de esta victoria, los luchadores asturianos regresaron a su patria, declarando en una carta de despedida al pueblo soviético: "Los revolucionarios españoles emigrados en la URSS nos disponemos a abandonar este país. Nuestra estancia en él nos ha proporcionado muchísimos conocimientos y experiencia gracias a la

---

[1] Véase E. Téper. *Llamas sobre Oviedo*, ed. en ruso, Moscú, 1965, pág. 122.



Una delegación de combatientes españoles interviene en un mitin en una fábrica moscovita. Otoño de 1936

hospitalidad fraternal del proletariado soviético, que nos ha hecho más llevadera la amargura de la emigración".

Pero no habían pasado seis meses cuando las fuerzas reaccionarias de España lanzaron un reto armado a la República.

La sublevación militar fascista en España, iniciada el 18 de julio de 1936, y la connivencia de los Estados fascistas con los insurgentes suscitaron en la Unión Soviética una airada protesta. El 2 de agosto se celebraron en numerosas empresas mítines de solidaridad con el pueblo español. Por ejemplo, en la resolución aprobada en un mitin de los obreros de la Fábrica Electromecánica Ordzhonikidze, de Moscú, se decía: "Enviamos nuestro saludo fraternal a los trabajadores de España, que luchan heroicamente bajo la dirección de su Gobierno por la libertad, por la República democrática, contra el fascismo, contra los sublevados, contra los traidores a la patria. ¡Muera el fascismo! ¡Viva la victoria del pueblo español!"[2]

Al día siguiente, la Plaza Roja de Moscú y las calles adyacentes se llenaron de gente. Los manifestantes portaban carteles en los que se decía: "¡La causa del pueblo español es nuestra propia

[2] *Pravda*, 3.VIII.1936.

causa!", "¡Tendamos la mano de ayuda al pueblo español!", "¡Abajo los sublevados fascistas y sus inspiradores!"

Abrió el mitin Nikolái Shvérnik, secretario del Consejo Central de los Sindicatos de la URSS. Tanto él como los demás oradores —P. Makárov, obrero de la Fábrica Hoz y Martillo; E. Bystrova, obrera de la Fábrica Aurora Roja; A. Fadéiev, escritor, y A. Fersman, académico— hablaron de la solidaridad del pueblo soviético con la justa lucha de la República Española contra los facciosos. Los asistentes al mitin —más de 120.000 personas— aprobaron un mensaje al Presidente de la República Española, Manuel Azaña, y al Presidente del Consejo de Ministros, José Giral, y exhortaron a los trabajadores de la Unión Soviética a recaudar dinero para el Fondo de ayuda a la España republicana. Aquel mismo día se celebró otro gran mitin de solidaridad con los antifascistas españoles en la Plaza de Palacio, de Leningrado, al que acudieron 100.000 personas. Después tuvieron lugar manifestaciones multitudinarias de solidaridad en Rostov del Don, Dniepropetrovsk, Kíev, Novosibirsk, Omsk, Ivánovo, Odesa, cuenca hullera del Donéts y en otros muchos lugares. En todas partes, los trabajadores acordaron por unanimidad hacer colectas y recoger ropa, efectos y víveres para el fondo de ayuda a los antifascistas españoles.

En septiembre se publicó en los periódicos una carta de las obreras del complejo textil *Las Tres Montañas,* dirigida a las obreras, campesinas, empleadas y amas de casa de la URSS, en la que proponían organizar la ayuda con víveres a las mujeres y los niños de España[3]. Este llamamiento encontró eco en todos los sectores de la población de la Unión Soviética: entre los obreros, empleados, koljosianos e intelectuales. Destacadas figuras de la ciencia, el arte y la literatura hicieron al Fondo de Ayuda cuantiosos donativos. "Aplaudo la magnífica iniciativa de los obreros —escribió V. Kachálov, Artista del Pueblo de la URSS—. Entrego mil rublos al fondo de ayuda al heroico pueblo español e invito a todos mis camaradas, los trabajadores del arte, a seguir el ejemplo de las principales fábricas de Moscú"[4]. Los pintores I. Grabar y A. Guerásimov, el escultur M. Manízer donaron obras suyas para el fondo de ayuda a España.

"Cada día comienza con un pensamiento: ¿qué hay de nuevo en España? —dijo el poeta Nikolái Tíjonov en el diario *Leningrádskaya Pravda*—. En estos días difíciles seguimos con gran cariño la lucha de los héroes que pelean por una humanidad nueva y les deseamos una victoria rápida y completa"[5].

Después de visitar la URSS a comienzos de 1937, el conocido

---

[3] Véase *Pravda*, 12.IX.1936.
[4] *Trud*, 23.IX.1936.
[5] *Leningrádskaya Pravda*, 10.X.1936.

poeta español Rafael Alberti dijo en un artículo titulado *Mi Moscú* que al entrar en cualquier casa veía en la pared un mapa de España, que Moscú y los moscovitas vivían al unísono con la vida del pueblo español, en impulso único con él. El Moscú de 1937, agregaba, es la ciudad del amor fraternal a mi patria[6].

Ni siquiera los niños quedaron al margen del impulso solidario de todo el pueblo. Aniuta Sosniná, del lejano Daguestán, escribió a un periódico: "Mamá y papá me han dicho que los niños pequeños pasan ahora hambre en España... He decidido entregar el dinero que tengo en la hucha (16 rublos y 20 kopeks) en ayuda de los niños del pueblo español. Había ahorrado este dinero para comprarme un regalo, pero he resuelto esperar por ahora"[7]. Las redacciones de los periódicos juveniles e infantiles recibieron entonces miles de cartas como ésta.

El 6 de agosto de 1936, en la cuenta corriente del Fondo de Ayuda a la España Republicana, abierta por el Consejo Central de los Sindicatos de la URSS, había ya 12.145.000 rublos[8], y a fines de octubre del mismo año, 47.595.000 rublos[9].

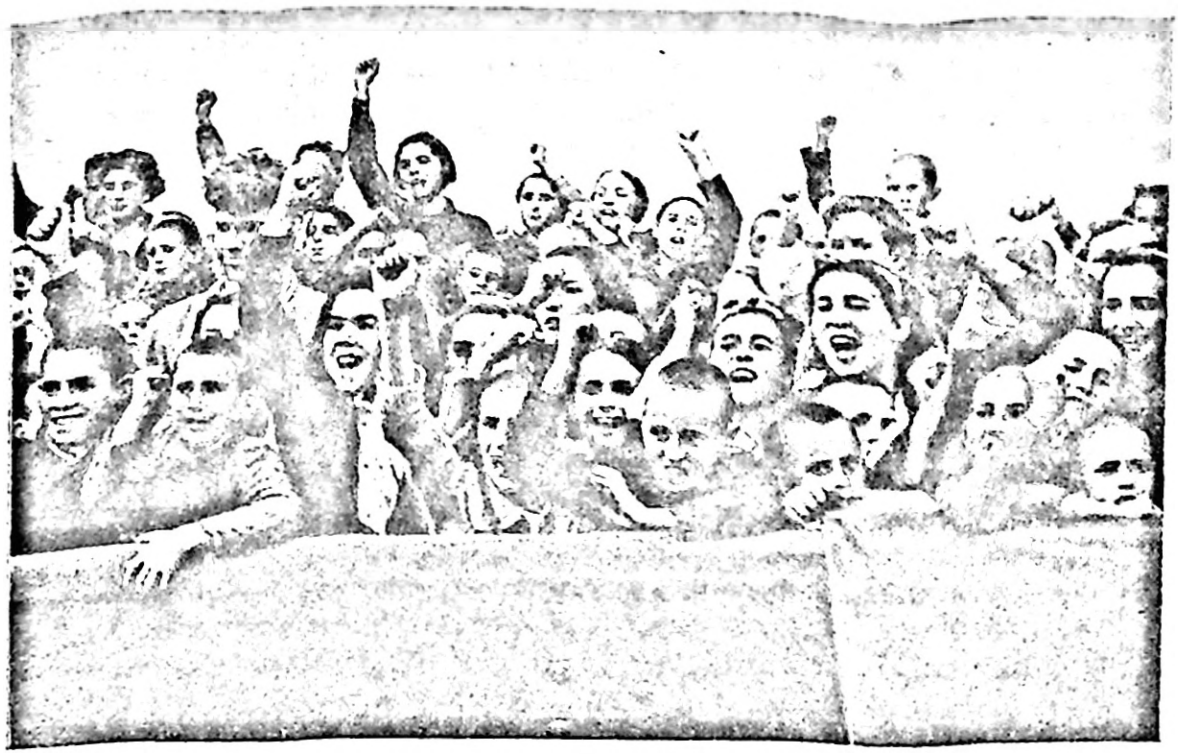
Con el dinero recaudado por los soviéticos se compraron y enviaron a España productos alimenticios y ropa. El 18 de septiembre de 1936 zarpó de Odesa el primer buque, el *Nevá,* con víveres; le siguieron los barcos *Kubán, Zyrianin,* de nuevo el *Nevá* y *Turksib.* Llevaron a España cerca de 1.000 Tm de mantequilla, más de 4.200 Tm de azúcar, 300 Tm de margarina, 250 Tm de artículos de confitería, 4.130 Tm de trigo, 3.500 Tm de harina, 2.600 Tm de pescado ahumado, 300 Tm de tocino y carnes ahumadas, cerca de 2.000.000 de latas de conservas, 125.000 botes de leche, café y cacao condensados, 1.000 cajones de huevos y 10.000 juegos de ropa, principalmente para niños[10]. Estos envíos fueron seguidos de decenas de otros semejantes.

La ayuda material y el apoyo moral de los soviéticos al pueblo español no cesó durante toda la guerra. En julio de 1938, el segundo aniversario del comienzo de la guerra antifascista del pueblo español se conmemoró en toda la URSS con reuniones de los trabajadores y una intensificación de la recogida de recursos en ayuda de España.

En diciembre del mismo año se comunicó que los sindicatos y diversas organizaciones habían recaudado otros 14.000.000 de rublos, con los cuales se habían comprado víveres para España[11].

Los periódicos, la radio, el cine y el teatro participaron activamente en el movimiento de solidaridad. La radio transmitía a diario los partes de guerra del Mando republicano y los periódicos

[6] *Izvestia del CEC de la URSS*, 23.III.1937.
[7] *Daguestánskaya Pravda*, 27.IX.1936.
[8] *Trud*, 6.VIII.1936.
[9] *Trud*, 27.X.1936.
[10] Ibíd.
[11] *Pravda*, 8.XII.1938.



Niños españoles llegan a la URSS. 1937

publicaban resúmenes de las operaciones en los frentes. Las corresponsalías de Ilyá Ehrenburg, Ovadi Sávich y, sobre todo, de Mijaíl Koltsov, así como los reportajes cinematográficos enviados desde España por R. Karmén y B. Makaséiev sumergían a los lectores y espectadores en la atmósfera en que vivía la República Española y en que combatían sus defensores.

Escribieron a España cartas de amistad miles de empresas, diversas organizaciones sociales, famosos obreros y koljosianos —como, por ejemplo, el minero inovador Alexéi Stajánov, la koljosiana María Démchenko y la tractorista Pasha Anguélina—, escritores y artistas, veteranos de la revolución y escolares. Muchas de estas cartas y las respuestas a ellas vieron la luz en la prensa soviética y española.

Las visitas a la URSS de delegaciones de trabajadores españoles y combatientes del Ejército Popular y sus entrevistas con los trabajadores soviéticos se transformaban en emocionantes manifestaciones de solidaridad.

El País de los Soviets acogió con auténtica solicitud paternal a los niños españoles. En la primavera de 1937 llegó el primer barco. Trajo a bordo niños y niñas de tres a dieciséis años procedentes de Asturias, aislada por los frentes de guerra del resto del territorio republicano. En noviembre de 1938 había en la Unión Soviética 2.848 niños españoles[12]. Se organizaron para ellos escue-

[12] Archivo de Política Exterior de la URSS, fondo (f.) 097, sección (s.) 103, documento (d.) 37, hoja (h.) 39. (En lo sucesivo, APE de la URSS.)

las-internados, en las que se les enseñaban en su lengua materna. Todos los niños españoles llegados a la URSS recibieron enseñanza general y profesional, y una parte considerable, enseñanza superior. En los años de la Gran Guerra Patria, muchos de ellos se incorporaron voluntarios al Ejército Rojo y, al lado de sus camaradas mayores que habían encontrado asilo político en la URSS, defendieron con las armas en la mano su segunda patria.

La opinión pública soviética, los sindicatos, las organizaciones femeninas y juveniles, la Cruz Roja, el Socorro Rojo Internacional, científicos y demás intelectuales tomaron parte activa en la convocación y celebración de congresos y entrevistas internacionales contra la guerra y el peligro fascista y en ayuda del pueblo español.

El prestigio internacional del Estado soviético y del Partido Comunista de la URSS y el ejemplo de la ayuda del pueblo soviético contribuyeron a extender el movimiento internacional de solidaridad con la España republicana. Para las fuerzas progresistas del mundo entero fueron como un lema y un llamamiento a acudir en ayuda del pueblo español las palabras del telegrama remitido por J. Stalin, Secretario General del CC del PC (b) de la URSS, a José Díaz, Secretario General del CC del PCE: "Liberar a España de la opresión de los reaccionarios fascistas no es asunto privado de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva".

La ayuda fraternal del País de los Soviets suscitó entre las masas populares de España frenéticas manifestaciones de simpatía por el pueblo soviético. El 14 de octubre de 1936, cuando llegó a Barcelona el buque *Zyrianin,* casi toda la población de la ciudad se echó a la calle: en el muelle se congregaron más de 200.000 personas[13]. En otras ciudades portuarias —Cartagena, Valencia, Alicante, etc.— se registraron manifestaciones semejantes.

Los acontecimientos posteriores y los años de prueba de la guerra profundizaron la confianza y la estimación de los trabajadores españoles al País de los Soviets y la gratitud por su constante ayuda múltiple. "El pueblo... vinculaba su salvación al Estado soviético"[14], escribió el historiador español A. Ramos Oliveira.

Poetas tan famosos como Antonio Machado y Miguel Hernández dedicaron inspiradas estrofas al País de los Soviets. En un mensaje poético consagrado al XX aniversario del Ejército Rojo, Rafael Alberti decía:

Yo quisiera esta noche, presentes y lejanos
guardas de las pacíficas labores de los hombres,

---

[13] APE de la URSS, f. 097, s. 102, d. 14, h. 59.

[14] A. Ramos Oliveira. *Politics, Economics and Men of Modern Spain 1808-1946.* London, 1946, p. 599.

haciendo de mi voz pulmón de todo un pueblo,
en vuestro aniversario de orden y luz deciros:
¡Que el corazón de España viva siempre en vosotros!

El sentimiento de afinidad singular de los dos pueblos veíase acentuado por la semejanza de la situación militar y política en que se encontraba el pueblo español y de la que hubieron de vivir los trabajadores soviéticos en los años de lucha armada contra los guardias blancos y los intervencionistas extranjeros. La victoria del pueblo soviético en la guerra civil era ejemplo inspirador para los defensores de la República Española y afianzaba su fe en el éxito.

El 20 de octubre de 1936, en vísperas de los combates decisivos por la capital española, José Díaz recalcó la semejanza existente entre la guerra en España y la guerra civil en Rusia, entre la defensa de Madrid y la defensa de Petrogrado en 1918, y lanzó esta consigna: "Haremos de Madrid el Petrogrado de España"[15]. Los combatientes del Ejército Republicano extrajeron enseñanzas de firmeza revolucionaria de películas soviéticas como *Chapáev, Los marinos de Cronstadt, El diputado del Báltico* y *El acorazado "Potiomkin"*. En el glorioso 5° Regimiento de las Milicias Populares había unidades denominadas "Leningrado" y "Los marinos de Cronstadt".

Se organizaron por doquier Asociaciones de Amigos de la Unión Soviética. Se dio el nombre de Lenin a diversas calles y escuelas de España. A pesar de las dificultades derivadas de la guerra, en la República se aprovechó en gran escala la experiencia de la Unión Soviética en el terreno de la instrucción pública: se organizaron facultades obreras, universidades nocturnas, etc. Entre los obreros industriales se extendieron la emulación en el trabajo y el movimiento stajanovista.

Comunistas, socialistas, republicanos e incluso anarquistas hablaban entonces de la Unión Soviética como del mejor amigo y el mejor ejemplo digno de imitación. "Como socialistas y españoles —decía el 5 de noviembre de 1937 el diario socialista *Adelante*—, admiramos y estamos agradecidos a este gran pueblo, que ha hecho realidad nuestros sueños. Rusia es la hermana mayor que muestra el camino al proletariado de todo el mundo".

A. Esbert, catedrático de la Universidad de Barcelona, que presidía una delegación española, dijo en un mitin celebrado en Moscú: "El pueblo soviético nos ha tendido su mano de solidaridad porque comprende que nuestra lucha es la causa de toda la humanidad progresiva... Declaramos que seguiremos vuestro gran ejemplo y, siguiéndolo, venceremos"[16].

El dirigente anarquista Buenaventura Durruti dijo en una

---

[15] José Díaz. *Tres años de lucha*, Toulouse, 1947, pág. 213.

Cartel de reclutamiento de voluntarios para el Batallón Vorochílov, de las Milicias Populares. 1936

carta *Al proletariado de la Unión Soviética:* "Hoy, trabajadores rusos, somos nosotros los que depositamos en vuestras manos la defensa de nuestra revolución; no confiamos en ningún político sedicentemente democrático o antifascista; nosotros confiamos en nuestros hermanos de clase, en los trabajadores; ellos son los que tienen que defender la revolución española"[17].

La sublevación militar fascista y la intervención de los Estados fascistas colocaron a la República Española en una situación muy difícil.

Cuando estalló la rebelión, el Gobierno de la República estaba convencido de que "las democracias occidentales" —Inglaterra, los EE.UU. y, sobre todo, Francia— le prestarían la ayuda necesaria para restablecer la legalidad y el orden republicanos.

Pero ocurrió otra cosa. El Gobierno de Francia, presionado por el Gobierno conservador de Inglaterra y por los medios reaccionarios franceses, que ansiaban concluir una alianza con el fascismo, se negó a vender a la República Española aviones y otro armamento y prohibió la exportación incluso del material de guerra que estaba ya pagado y en espera de ser embarcado para España. Simultáneamente, el primer ministro francés, el socialista León

[16] *Trud*, 14.XI.1936.
[17] *Solidaridad Obrera*, 30.X.1936.

Blum, propuso a los gobiernos de los Estados europeos, incluida la Unión Soviética, firmar un acuerdo que obligase a abstenerse de toda ayuda militar a ambas partes beligerantes en la guerra española.

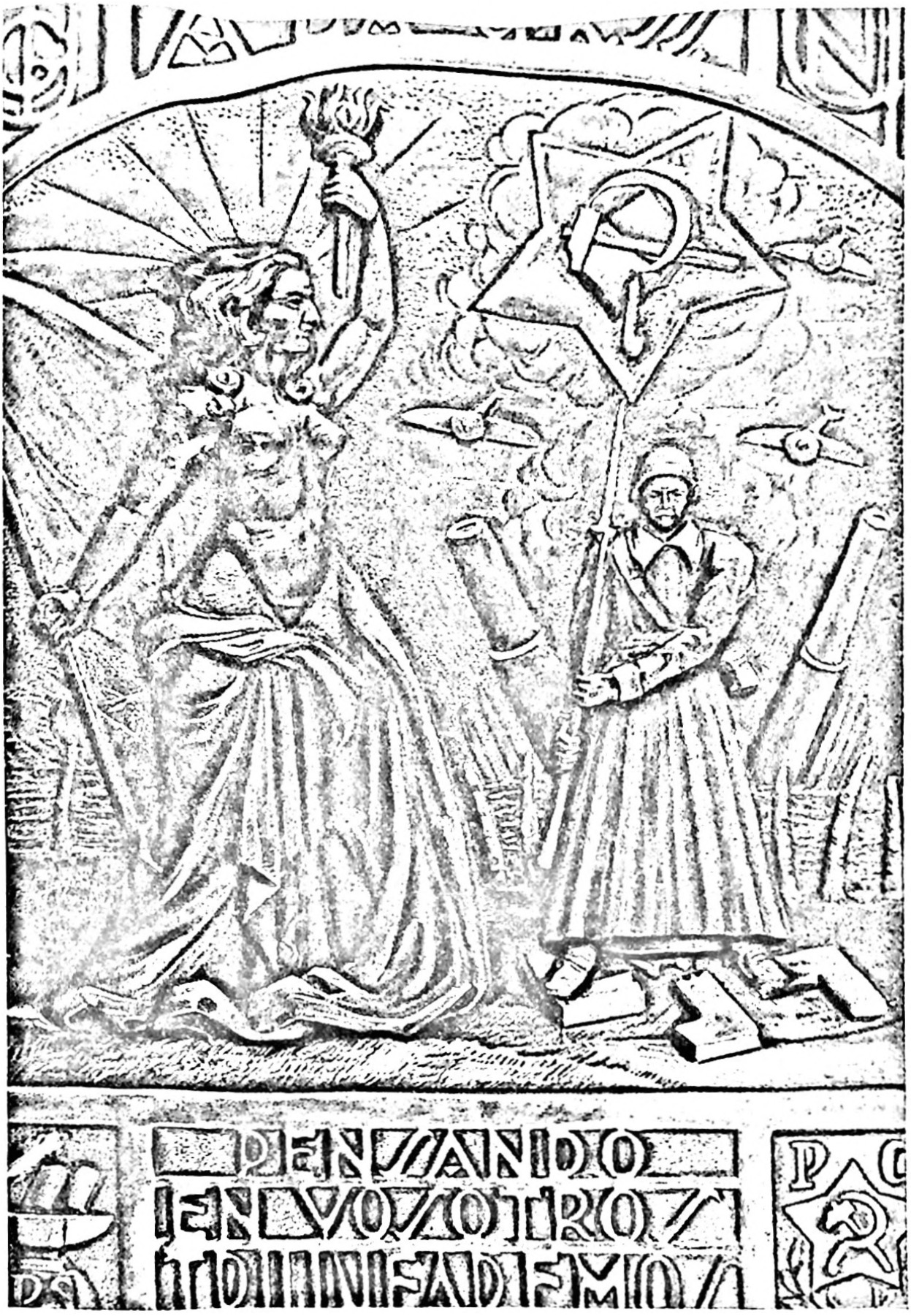
La URSS y la República Española no tenían entonces relaciones diplomáticas. Los contactos iniciados en 1933 entre ambos países, interrumpidos por el gobierno reaccionario de Lerroux al subir al poder en el otoño de dicho año, no fueron reanudados más tarde por los gobiernos democráticos de Azaña y Casares Quiroga.

Sin embargo, la Unión Soviética determinó su actitud ante la propuesta de no-intervención basándose en los intereses del pueblo español y de su Gobierno legítimo. El Gobierno soviético subrayó en todo momento cuán injusto era enfocar el problema de la guerra española de tal modo que se restringiesen al Gobierno legítimo del país sus derechos soberanos y se le colocase en idéntica situación que a los facciosos. Al mismo tiempo, la defensa de la democracia española y de la paz internacional exigía de la Unión Soviética no permanecer al margen del Acuerdo de No-Intervención. Este acuerdo, al que se habían adherido 27 Estados europeos, era apoyado por el propio Gobierno español y acogido favorablemente por vastos sectores democráticos de numerosos países, que entonces creían aún en la sinceridad de los propósitos de León Blum de cortar la intervención italo-alemana.

Al adherirse al Acuerdo de No-Intervención, el Gobierno soviético presentó dos condiciones indefectibles: 1) que Portugal se adhiriese también obligatoriamente a dicho acuerdo; 2) que cesase inmediatamente la ayuda que prestaban a los rebeldes ciertos Estados[18]. Estas condiciones determinaron la línea de conducta de la diplomacia soviética en la lucha por la causa de la República Española con posterioridad, cuando se constituyó en Londres el Comité de No-Intervención con participación de todos los países que habían suscrito el acuerdo.

Los representantes soviéticos en el Comité de Londres denunciaron infatigablemente el verdadero carácter y los resortes secretos de la hipócrita política de "No-Intervención", cuyos organizadores propugnaban de palabra la neutralidad, pero, de hecho, ayudaban a los invasores fascistas. Desde la tribuna del Comité de Londres, la delegación soviética dio a la publicidad sistemáticamente y puso en conocimiento de la opinión pública internacional los hechos probatorios de la agresión de los Estados fascistas en España y de sus crímenes contra el pueblo español. Por consiguiente, la labor de la diplomacia soviética en el Comité de Londres, representada por el embajador de la URSS en Inglaterra, Iván Maiski, fue un sector del frente de solidaridad internacional con el pueblo español.

[18] Véase *La política exterior de la URSS. Recopilación de documentos*, t. IV (1935-junio de 1941), ed. en ruso, Moscú, 1946, pág. 180.



"Libro de Oro" con un saludo personal de una fábrica de Madrid, con motivo del XX aniversario de la Gran Revolución de Octubre

Inscripción en una pared de España

Casi al mismo tiempo que entraba en funciones el Comité de Londres, España y la Unión Soviética establecieron relaciones diplomáticas. El 29 de agosto de 1936, el representante plenipotenciario soviético M. Rózenberg hizo entrega de sus cartas credenciales al Presidente de la República Española, Manuel Azaña. V. Antónov-Ovséienko fue nombrado cónsul de la URSS en Barcelona. Este hecho tuvo gran importancia para el desarrollo ulterior de la lucha liberadora del pueblo español y echó por tierra los planes de los Estados fascistas de aislar a la República Española en el ámbito de la política exterior.

El pueblo de Madrid recibió jubilosamente a los primeros emisarios del País de los Soviets. "No es fácil dar idea de la emoción y del entusiasmo que la llegada de los representantes soviéticos levantaron entre los españoles antifascistas de las más diferentes tendencias. Eran el testimonio vivo de que España no estaba sola; de que a su lado estaba el gran pueblo soviético. Eran el anuncio de la activa solidaridad de la Unión Soviética"[19].

La Unión Soviética aprovechó todas las posibilidades para apoyar la justa causa del pueblo español. Desde la tribuna de la Sociedad de las Naciones, en distintas conferencias internacionales y a través de las vías diplomáticas habituales, el Gobierno soviético defendió el legítimo derecho del pueblo español a decidir por sí mismo sus destinos, sin ninguna ingerencia extranjera.

---

[19] *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, ed. en español, Editorial Progreso, Moscú, 1966, t. II, pág. 105.

Cuando la descarada intervención armada de las potencias fascistas llevó a la República al borde de la muerte y movió al Gobierno español a pedir ayuda militar a la Unión Soviética, esta última la prestó.

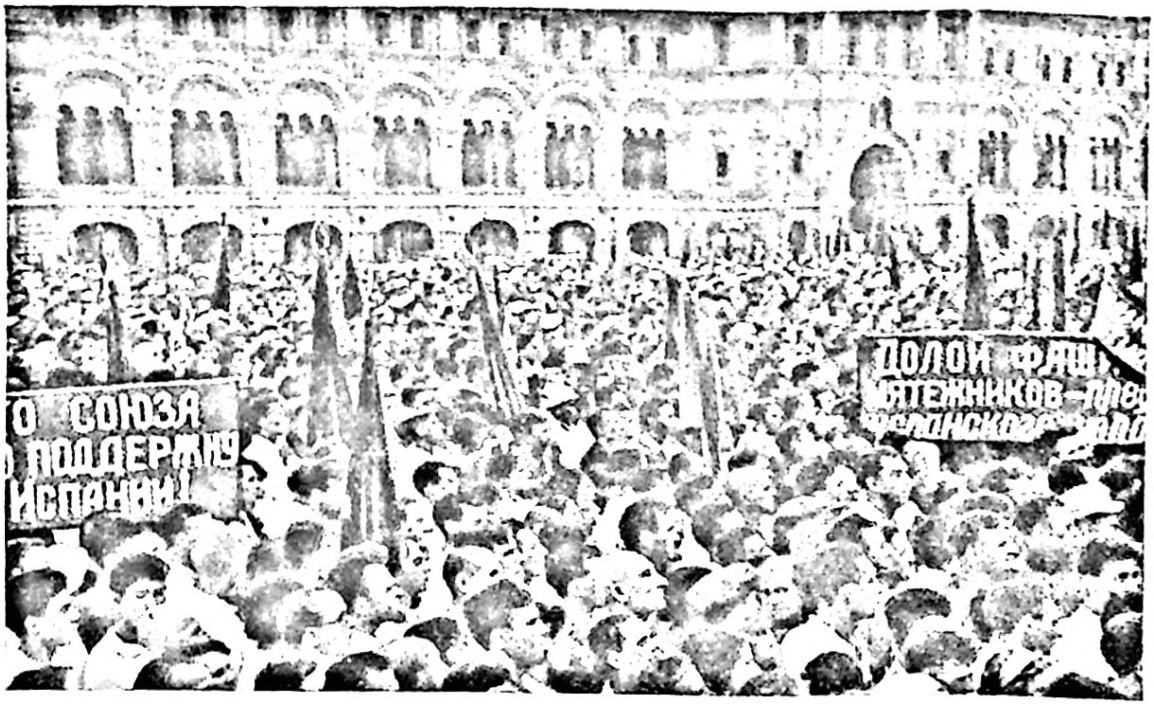
La parte soviética en el Comité de No-Intervención, tras repetidos e infructuosos intentos de moverlé a adoptar alguna medida contra la creciente intervención italo-alemana, declaró en las sesiones del 7, 23 y 30 de octubre de 1936 que el Gobierno soviético sólo veía una salida de la situación creada —devolver al Gobierno de España el derecho de comprar armas fuera del país— y no se consideraba ligado por el acuerdo en mayor medida que los gobiernos que aprovisionaban a los rebeldes a pesar del acuerdo.

La firme posición de principios de la Unión Soviética fue aplaudida por los hombres avanzados del mundo entero. El 10 de octubre de 1936, Romain Rolland, Pablo Picaso, Luis Aragón y el físico famoso Paul Langevin dirigieron una carta a M. Litvínov, Comisario del Pueblo de Negocios Extranjeros de la URSS, en la cual decían que en dos ocasiones importantes, en las que estaba en juego la suerte de la justicia y del derecho de los pueblos. . ., a propósito de Abisinia y España, la URSS había insistido en que fuera escuchada la voz de la conciencia mundial. Los intelectuales —agregaban— expresan su gratitud a la URSS por haber salvaguardado, en el caos y el oscurantismo actuales, los principios indestructibles de la justicia, de la dignidad y de la paz. Numerosos intelectuales de Europa y América se adhirieron a esta carta.

La opinión pública de la España republicana acogió con aprobación la firme actitud de la Unión Soviética. El diario socialista *Claridad* decía, refiriéndose a la declaración hecha por la parte soviética en la sesión del 7 de octubre del Comité de Londres: "La nota del Gobierno soviético arranca la careta a los Estados fascistas; la Unión Soviética —170 millones de personas— está resueltamente a nuestro lado". "La comedia ha terminado. Rusia ha declarado públicamente que no se considera obligada. La posición de la Unión Soviética rebosa dignidad. La URSS ha dado una merecida lección a los demás países", declaró el periódico anarquista *Solidaridad Obrera*. "Es la primera voz que ha sonado fuera de nuestro país en defensa de las libertades españolas, amenazadas por el fascismo", recalcó *El Liberal*.

En aquellos días se difundió también la siguiente declaración del líder anarcosindicalista García Oliver: "Si los fascistas atacan algún día a la Unión Soviética, iré a defenderla. Soy anarquista. Dejaré a un lado todos los programas e iré allí como combatiente, como soldado, como soldado rojo".

A todo lo largo de la guerra, la diplomacia soviética defendió infatigablemente los intereses de la República Española. Entre los numerosos episodios de esta batalla incruenta tuvieron una importancia singular la lucha por poner fin a los actos de piratería de



Mitin de solidaridad con la República Española en la Plaza Roja, de Moscú. 3 de agosto de 1936

los submarinos y los aviones italianos en el Mediterráneo y la tenaz resistencia de la URSS a que se reconociera al "gobierno" faccioso del general Franco los derechos de parte beligerante.

Los gobiernos de la Unión Soviética y de España establecieron las más cordiales relaciones de amistad y colaboración. Están impregnadas de un espíritu de sinceridad y confianza las cartas que cruzaron en diciembre de 1936 y enero de 1937 los dirigentes de la URSS (K. Vorochílov, V. Mólotov y J. Stalin) con el primer ministro de la República Española, Francisco Largo Caballero.

En la carta de los dirigentes soviéticos se decía, entre otras cosas:

"Hemos juzgado y seguimos juzgando que es nuestro deber, en los límites de nuestras posibilidades, el acudir en ayuda del Gobierno español, que encabeza la lucha de todos los trabajadores, de toda la democracia española, contra la camarilla militar-fascista, agente de las fuerzas fascistas internacionales.

La revolución española se abre caminos que, en muchos aspectos, difieren del camino recorrido por Rusia. . .

Con todo, creemos que nuestra experiencia, sobre todo la experiencia de nuestra guerra civil, debidamente aplicada a las condiciones particulares de la lucha revolucionaria española, puede tener determinado valor para España. Partiendo de ello y en vista de sus insistentes ruegos, que a su debido tiempo nos ha transmitido el camarada Rózenberg, accedimos a poner a su disposición una serie de especialistas militares, a quienes dimos instrucciones

de aconsejar en el terreno militar a aquellos oficiales españoles en ayuda de los cuales debían ser destinados por ustedes.

Se les advirtió de modo terminante que no perdieran de vista que, con toda la conciencia de solidaridad de que hoy están penetrados el pueblo español y los pueblos de la URSS, el especialista soviético, por ser extranjero en España, no puede ser realmente útil sino a condición de atenerse rigurosamente a la función de consejero y sólo de consejero.

Creemos que precisamente así utiliza usted a nuestros camaradas militares.

Le rogamos que nos comunique en pie de amistad en qué medida nuestros camaradas militares saben cumplir la misión que usted les confía, ya que, naturalmente, sólo si usted juzga positivo su trabajo puede ser oportuno que sigan en España".

Más adelante, los dirigentes soviéticos recomendaban la adopción de medidas en provecho de los campesinos y de la burguesía, pequeña y media, así como para proteger la propiedad de los ciudadanos de los países que no apoyaban a los facciosos[20].

En la carta de respuesta, fechada el 12 de enero de 1937, Largo Caballero decía:

"La ayuda que prestan ustedes al pueblo español... nos ha sido y continúa siendo de gran beneficio. Estén ustedes seguros de que la estimamos en su justo valor.

Del fondo del corazón, y en nombre de España y muy especialmente de los trabajadores españoles, se lo agradecemos; esperamos que en lo subsiguiente, como hasta ahora, su ayuda y sus consejos no nos han de faltar...

Los camaradas que, pedidos por nosotros, han venido a ayudarnos, nos prestan un gran servicio. Su gran experiencia nos es muy útil y contribuye de una manera eficaz a la defensa de España en su lucha contra el fascismo. Puedo asegurarles que desempeñan sus cargos con verdadero entusiasmo y con una valentía extraordinaria... Les estoy muy agradecido por los consejos de amigo que contiene el final de su carta. Los estimo como una prueba de su cordial amistad y de su interés por el mejor éxito de nuestra lucha".

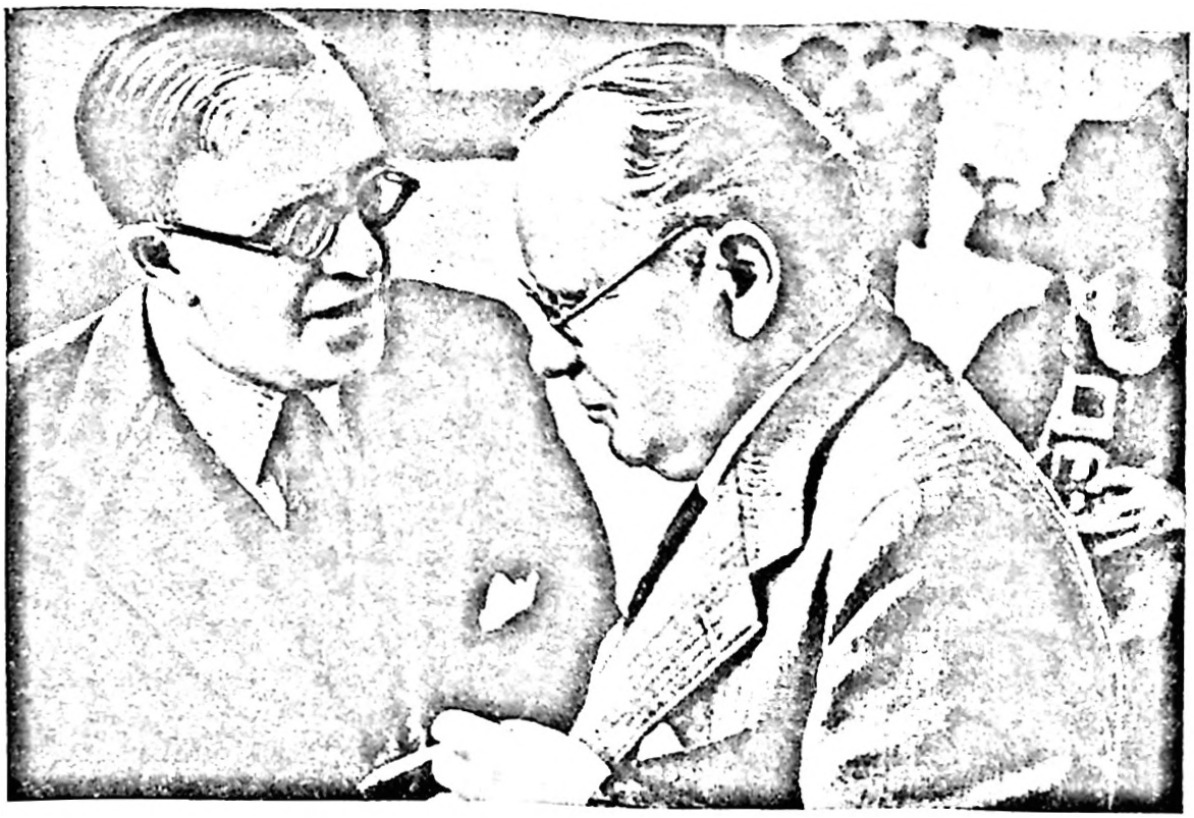
Como conclusión, Largo Caballero comentaba las medidas adoptadas por el Gobierno de la República en provecho de la unidad del pueblo[21].

Las relaciones sovieto-españolas siguieron siendo invariablemente amistosas hasta el final de la guerra nacional revolucionaria. Después de la dimisión del Gobierno Largo Caballero, en mayo de 1937, el primer ministro de España, el socialista Juan

---

[20] *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, t. II, págs. 101-102.

[21] Ibíd., págs. 102-103, donde se advierte que la carta ha sido traducida del francés.



M. Litvinov conversa con Alvarez del Vayo, ministro de Estado español. Ginebra, 1936

Negrín, declaró al representante plenipotenciario soviético que era partidario ferviente del acercamiento multilateral entre España y la URSS tanto en el terreno económico como en el político y militar[22].

La Unión Soviética ayudó a la República Española a romper el bloqueo económico y financiero. En 1937, la URSS facilitó a la España republicana 457.904 Tm de mercancías diversas por valor de 92.444.000 rublos[23]. El transporte de estas cargas no se parecía en nada a las travesías comerciales corrientes.

Cada buque bajo el pabellón de la URSS o de la República Española podía ser agredido por los submarinos o los aviones fascistas y ser hundido o apresado para los franquistas. Desde el comienzo de la guerra en España hasta el 4 de mayo de 1937 se cometieron 86 agresiones contra barcos soviéticos[24], fueron hundidos los buques *Komsomol, Timiriázev* y *Blagóev* y llevados por la fuerza a puertos que ocupaban los fascistas los mercantes *Petrovski, Utoraya Piatiletka, Soyuz Vódnikov* y *Smidóvich*. Los fascistas atacaban y hundían los buques de cualquier pabellón nacional si sospechaban que llevaban cargas de los puertos soviéticos a la España republi-

[22] APE de la URSS, f. 097, s. 102, d. 15, h. 45.
[23] APE de la URSS, f. 097, s. 103, d. 37, h. 38.
[24] Ibíd., f. 097, s. 102, d. 18, h. 6.

cana. Según datos de la Agencia de Prensa Stéfani (agencia oficiosa italiana), la aviación militar italiana atacó desde 1936 hasta 1938 a 224 buques de distintas naciones[25]. En esta situación, el comercio entre la URSS y España se redujo en los primeros siete meses de 1938, en comparación con el primer semestre de 1937, en más de la mitad en lo que respecta al tonelaje y en cerca de tres cuartas partes en cuanto al valor[26].

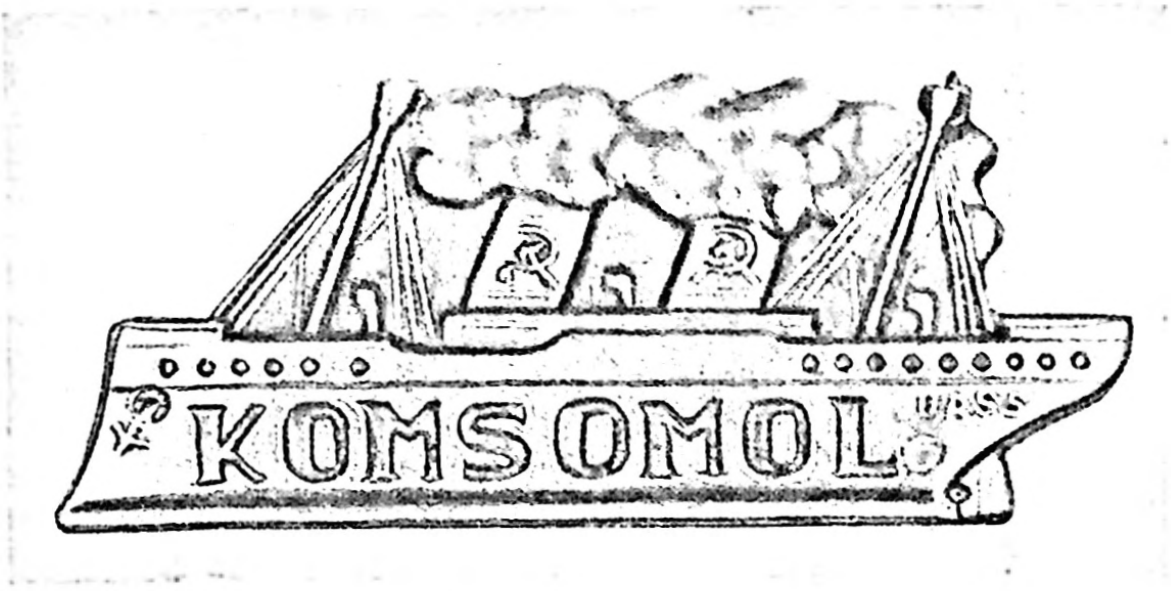
Movido por el deseo de eludir el bloqueo financiero (las autoridades francesas secuestraron el oro español consignado en París), el Gobierno español depositó en el Banco de Estado de la URSS una parte de sus reservas de oro, de las cuales pagaba sus compras tanto en la Unión Soviética como en otros países. Cuando se agotó este fondo, el Gobierno soviético concedió a España (en el otoño de 1938) un crédito de 85 millones de dólares[27]. Los últimos suministros de armamento soviético se efectuaron también a crédito. El general Ignacio Hidalgo de Cisneros, que en nombre del Gobierno español firmó en Moscú el convenio acerca de estos suministros, dice que tiene el derecho de "asegurar ante todo el mundo que la ayuda de la URSS fue completamente desinteresada y que a los soviéticos esta ayuda les costó muchos sacrificios..."[28].

Desde los primeros días de la sublevación fascista comenzó a llegar a las organizaciones sociales y a las instituciones gubernamentales de la URSS un verdadero torrente de solicitudes de ciudadanos soviéticos que deseaban marchar a España para participar en las operaciones militares al lado del pueblo. El Acuerdo de No-Intervención no prohibía la salida de voluntarios, y algunos de ellos vieron realizado su deseo en septiembre de 1936. Fueron los pilotos de caza I. Kopéts, E. Erlykin y A. Kovalevski; los pilotos y observadores de la aviación de bombardeo E. Shajt, Z. Zajaríev (Garánov), G. Túpikov, G. Tjor, V. Jolzunov, P. Gibelli, I. Proskúrov, G. Prokófiev y A. Hevesi, y los ingenieros Z. Ioffe e Y. Zalesski.

Al llegar a España se incorporaron, junto con los voluntarios de otros países, a las unidades internacionales de aviación mandadas por oficiales españoles. Los pocos aviones de que disponían estas unidades eran de tipos anticuados y no podían compararse con los alemanes e italianos que actuaban al lado de los sublevados. A pesar de la desigualdad de fuerzas, los pilotos republicanos —incluidos los voluntarios soviéticos— entablaban combate intrépidamente con los aviones fascistas y bombardeaban los aeró-

---

[25] Hugh Thomas. *La guerra civil española.* Paris, (s.a.), p. 525.
[26] APE de la URSS, f. 097, s. 103, d. 37, hh. 39, 13.
[27] Ibíd., f. 097, s. 103, d. 37, h. 38.
[28] Ignacio Hidalgo de Cisneros. *Cambio de rumbo (Memorias).* Segunda parte, ed. en español, Bucarest, 1964, pág. 192.



Insignia dedicada al buque soviético "Komsomol", hundido por los fascistas. Hecha en España

dromos, las concentraciones de material y las posiciones del enemigo. Tras unas cuantas semanas de combates y de infinitas reparaciones, los Niuport, Breguet, Potez, etc., republicanos se convirtieron en chatarra.

La aviación de los intervencionistas, aprovechando la superioridad en el aire, abría a las divisiones fascistas el camino de la capital. El núcleo de estas divisiones lo constituían las unidades de la Legión Extranjera, bien armadas y entrenadas, y los fanáticos mercenarios de las tribus marroquíes. Frente a ellos no pudieron resistir en campo abierto las tropas leales al Gobierno republicano, formadas por destacamentos voluntarios autónomos de las Milicias Populares, armadas mucho peor que el enemigo y carentes casi en absoluto de instrucción militar. A finales de octubre, la línea del frente se acercó al propio Madrid.

El Gobierno y los partidos del Frente Popular, especialmente el Partido Comunista, hicieron esfuerzos gigantescos para formar unidades militares regulares con los destacamentos inconexos de las Milicias Populares. Mas para cumplir esta tarea hacían falta dos condiciones: tiempo y armas. El tiempo lo concedieron los heroicos defensores de Madrid al parar al enemigo ante los muros de la ciudad. Las armas llegaron de la Unión Soviética. Constituyeron la base material de la defensa de la capital y de la abnegada hazaña de sus defensores: los patriotas españoles y sus amigos, los voluntarios internacionales.

Los buques con el material de guerra adquirido en la Unión Soviética empezaron a llegar a los puertos españoles a mediados de octubre. Los barcos *Komsomol, Stari Bolshevik, KIM, Volgolés, Lenin* y *Andréiev* llevaron 50 tanques y 100 aviones, además

de autos blindados, fusiles, cañones, ametralladoras pesadas y ligeras, lanzagranadas y municiones de tipos diversos[29].

Sin perder tiempo, el Mando republicano, con la ayuda de los voluntarios soviéticos, lanzó al combate por Madrid todo este material a finales de octubre y comienzos de noviembre. La guerra entró en una nueva fase.

Durante el otoño de 1936 y el invierno de 1936-1937, de los puertos del Mar Negro zarparon para España 23 transportes con material de guerra, armamento y munición[30]. Esto permitió formar y pertrechar las brigadas y divisiones regulares del Ejército Popular, defender Madrid, ganar la batalla del Jarama y derrotar en marzo de 1937 en Guadalajara al Cuerpo Expedicionario Italiano. Al mismo tiempo que el material de guerra, llegaron de la Unión Soviética varios grupos de voluntarios: aviadores, tanquistas y otros especialistas militares.

La aparición en el cielo de Madrid de los cazas republicanos tipo J-15 e J-16 procedentes de la Unión Soviética y pilotados por voluntarios soviéticos, es una de las páginas más brillantes de la épica defensa de Madrid. El jefe de la aviación de la República, Hidalgo de Cisneros, la recuerda así en sus Memorias:

"Durante aquellos críticos días, la aviación enemiga, tanto en los frentes como sobre la capital, trabajaba a placer, pues la nuestra había sido prácticamente anulada...

El 6 de noviembre por la mañana hicieron su aparición los Junkers de bombardeo alemanes, acompañados por una escuadrilla de cazas Fiat italianos... como tenían por costumbre... En aquel momento, y antes de que las sirenas terminaran de dar la alarma, un grupo de aviones con los emblemas rojos de la aviación republicana surgen en el cielo de Madrid y se lanzan rápidos, ágiles y potentes, contra los aparatos fascistas.

No puedo, y lo confieso, describir, aun ahora, mis reacciones ante aquello. Estaba tan excitado, que lo raro fue que no me estallase el corazón.

El espectáculo que pudieron ver los madrileños aquella mañana fue algo grandioso, de los que no se olvidan jamás...

La gente abandona los refugios, se lanza a la calle y, sin acordarse del peligro de las bombas, aquel pueblo que había estado sufriendo día tras día, sin poderse defender, los terribles bombardeos enemigos, presencia con emoción inenarrable la primera batalla aérea en defensa de su ciudad.

---

[29] Véase *Combatientes de Letonia en España*, ed. en ruso, Riga, 1970, pág. 20; K. Maidánik. *El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria*, ed. en ruso, Moscú, 1960, pág. 179.

[30] I. Maiski. *Cuadernos españoles*, ed. en español, Editorial Progreso, Moscú, pág. 105. Véase también M. Mescheriakov, *España en llamas*, ed. en ruso, Moscú, 1971, pág. 54.

Voluntarios soviéticos de una escuadrilla de caza. Madrid, noviembre de 1936. En la primera fila (de izquierda a derecha): primero, A. Tarásov; tercero, F. Zamashanski; cuarto, I. Lakéiev; quinto, A. Mináev, pilotos; en la segunda fila: primero, I. Fomenko; segundo, G. Konkov; tercero, T. Krupenin; cuarto, S. Mijailovski, técnicos de aviación

Entre las acrobacias de los combates y el ruido de las ráfagas de las ametralladoras, los madrileños vieron cómo los aviones republicanos derribaban, uno tras otro, nueve aviones enemigos, mientras el resto de las escuadrillas fascistas salían huyendo, cada uno por su lado, perseguidos por los cazas de la República.

Los madrileños, locos de alegría, con lágrimas en los ojos, daban vivas a la aviación republicana. Y lo que verdaderamente me sorprendió, pues creía que habíamos guardado muy bien el secreto de la llegada de aviones soviéticos, fue que también vitoreaban a la Unión Soviética con un entusiasmo y un júbilo imposibles de describir.

Desde aquel día y durante cierto tiempo cambió la correlación de fuerzas en el aire. . ."[31]

A lo largo de todos los meses de la encarnizada batalla por Madrid, casi cada día —y, con frecuencia, varias veces al día— se libraron combates en el cielo, que no cesaban incluso cuando en la tierra se producía una breve pausa en las hostilidades.

El agregado militar de la URSS en Madrid, V. Górev, dijo acerca de los voluntarios soviéticos: "Es imposible describir el heroísmo de los aviadores, que entraban en combate con fuerzas enemigas superiores en número, perdían hombres y aparatos y entablaban los combates siguientes con un heroísmo y una tenacidad mayores aún. . . La aviación de caza, a pesar de que cedía en número a la del enemigo, supo proteger la ciudad"[32].

Los límites de un artículo impiden recordar aquí los nombres de todos los voluntarios soviéticos héroes de estos combates aéreos y mencionar personalmente a los ingenieros, peritos y obreros que

---

[31] Ignacio Hidalgo de Cisneros. *Cambio de rumbo*, págs. 180, 186-187.

[32] K. Maidánik. *El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria*, pág. 182.

montaron en plazos brevísimos los aviones llegados de la Unión Soviética y aseguraron su constante preparación para lanzarse al combate. De los 160 aviadores que participaron en la defensa de Madrid citaremos solamente a los altos mandos de aviación y a los jefes de unidades: Y. Smushkévich (Duglas), consejero principal de aviación; P. Pumpur, consejero del grupo de cazas; S. Denísov, P. Rychagov, S. Tárjov y K. Kolésnikov, jefes de escuadrilla; N. Balánov, V. Bocharov, G. Zajárov, I. Kopéts, I. Lakéiev y S. Chernij, jefes de patrulla.

A comienzos de noviembre entraron en acción los bombarderos rápidos (SB) soviéticos, que eran entonces los más modernos y perfectos en su clase. Los SB, que superaban en velocidad a todos los aviones de caza fascistas, podían cumplir misiones de combate sin protección de los cazas. Bajo la dirección general de A. Zlatotsvétov, las escuadrillas de I. Proskúrov, V. Jolzunov y E. Shajt bombardearon aeródromos y objetivos estratégicos de los fascistas tanto en la profunda retaguardia —en las provincias de Burgos, Salamanca, Sevilla, Cádiz, etc.— como en la zona del frente.

Una tercera variedad de la aviación republicana la constituía el grupo de aviones de asalto (SSS), que mandaba K. Gúsev.

En la batalla aérea por Madrid, los aviadores voluntarios soviéticos perdieron a 21 camaradas, entre los que figuraban V. Bocharov, P. Gibelli, K. Kovtún, S. Tárjov e I. Jovanski, galardonados con el título de Héroe de la Unión Soviética.

Las pérdidas de los intervencionistas fueron incomparablemente mayores. En noviembre y diciembre, los pilotos republicanos derribaron 70 aviones fascistas. Pero el balance principal de la batalla aérea por Madrid consistió en que se puso fin al dominio de la aviación italo-alemana en el cielo de Madrid. Con ello se frustró el plan de la estrategia fascista: tomar la capital sobre la marcha, empleando la táctica de "la aviación barre todos los obstáculos y la infantería ocupa el territorio ya limpio". A los piratas aéreos fascistas sólo les quedaba descargar su cólera en vuelos nocturnos, destruyendo las barriadas de vivienda de la ciudad y matando a la población civil, a las mujeres y a los niños.

Todas las tentativas de los generales fascistas de irrumpir en las calles de Madrid fueron rechazadas enérgicamente por sus defensores. Franco se vio obligado a renunciar al asalto frontal de la ciudad e intentó tomarla con una maniobra envolvente. Después de completar sus tropas y recibir abundantes refuerzos de los intervencionistas, emprendió la ofensiva al noroeste de la capital (en enero de 1937); después, al sudeste, en el río Jarama (en febrero) y, por último, al nordeste, a lo largo de la carretera Zaragoza-Guadalajara-Madrid (en marzo). Mas también estas tres campañas fracasaron.

Resultaron vanas las esperanzas del Mando fascista de que los defensores de la República tendrían menos capacidad combativa y

Escuadrilla de bombardeo de A. Senátorov. Septiembre de 1937. De pie (de izquierda a derecha): primero, S. Ivanov, tirador; segundo, G. Starodúmov, piloto; tercero, U. Lavski, observador; cuarto, U. Baryshpol, observador; quinto, A. Ignatenko, observador; sexto, Matías Hierro (español), tirador; octavo, R. Simonián, observador. Sentados: primero, P. Arjánguelski, piloto; segundo, E. Torbéiev, tirador; tercero, S. Doyar, piloto; quinto, G. Sbytov, observador, y sexto, E. Súslov, observador.

firmeza en campo abierto que tras los muros de Madrid. A comienzos de 1937, a diferencia de septiembre y octubre de 1936, los fascistas no encontraron en su camino destacamentos inconexos de las Milicias Populares, sino brigadas y divisiones regulares de las tropas leales, subordinadas a un Mando único, apoyadas en el combate por los tanques y la artillería y protegidas desde el aire por la aviación, que los patriotas españoles denominaban con orgullo "La Gloriosa".

Durante la batalla de febrero de 1937 en el Jarama, en el aire se registraron grandes batallas, en las que participaron simultáneamente hasta ochenta aviones. Pero el cielo quedaba siempre en poder de la aviación republicana. El general Vicente Rojo, entonces jefe del Estado Mayor del Frente de Madrid, habla en su libro *España heroica* del comportamiento de los aviadores en el sector del Jarama: "La aviación colaboró con las tropas de tierra de manera que en algunos momentos fue decisiva... El coraje que ponían nuestros aviadores en atacar y derribar aviones enemigos producía en tierra un saludable efecto de emulación. Los servicios dados por los aviadores superaban todos los cálculos;

piloto hubo que realizó en una sola jornada siete servicios, todos con combate, pues las circunstancias en que se luchaba exigían una verdadera congestión de trabajo y de esfuerzo"[33]. Al citar estas palabras de Vicente Rojo, Hidalgo de Cisneros señala en sus Memorias: "Debo ser justo y dejar bien sentado que, por entonces, en la aviación republicana estaban en mayoría los pilotos soviéticos"[34].

Los fascistas sintieron más aún en su propia pelleja la fuerza de la aviación republicana en el sector de Guadalajara, donde a comienzos de marzo, sólo ocho días después de la batalla del Jarama, 50.000 italianos del Cuerpo Expedicionario pasaron súbitamente a la ofensiva en dirección a Madrid y rompieron la línea de las tropas gubernamentales, débilmente fortificada.

El Mando republicano lanzó toda la aviación disponible contra las columnas motorizadas de los intervencionistas, que se extendía por la carretera una decena de kilómetros. Bajo los golpes que se les asestó desde el aire, fuerzas considerables del enemigo fueron dispersadas o desmoralizadas antes ya de llegar al campo de batalla. Las unidades de reserva del Frente del Centro pararon a las vanguardias del Cuerpo Expedicionario Italiano, que habían avanzado treinta kilómetros. Después, el contraataque de la infantería y los tanques republicanos hicieron huir a los camisas negras.

La revista militar francesa *Revue de l'Armée de l'Air* dijo acerca de esta derrota de los agresores italianos: "Más indiscutible parece la maestría misma de las unidades aeronáuticas gubernamentales que han participado en esta batalla. Sus escuadrillas han mostrado que tienen capacidad de maniobra, son mandadas con energía y están bien entrenadas para los ataques en vuelo rasante. El Mando de la aviación ha aprovechado magníficamente la imprudencia increíble de los Estados Mayores fascistas, acostumbrados a combatir en Abisinia contra un adversario totalmente privado de aviación"[35].

Para completar el cuadro es preciso agregar que el mal tiempo en la zona de Guadalajara (lluvia, aguanieve y nubes bajas) era tan inadecuado para aplicarle el concepto de "favorable para volar" que la aviación agregada al Cuerpo Italiano (cerca de cien aviones) no se atrevió aquellos días a despegar.

La maestría táctica del Mando de la aviación republicana y de los voluntarios soviéticos se patentizó también con toda brillantez en la operación de Zaragoza, en el Frente de Aragón, durante el verano y el otoño de 1937. Un relevante episodio, que tuvo gran repercusión en la prensa militar internacional de aquellos años, fue el ataque de los cazas a una base de aviación fascista. Al

---

[33] General Vicente Rojo. *España heroica*. México, 1961, pág. 61.
[34] Ignacio Hidalgo de Cisneros. *Cambio de rumbo*. pág. 198.
[35] *Revue de l'Armée de l'Air*, N° 96, p. 814.

amanecer del 25 de septiembre, la escuadrilla de A. Serov, apoyada por las escuadrillas de A. Gúsev, G. Pléschenko y B. Smirnov, bajo el mando general de I. Eriómenko, atacó el aeródromo de Garrapinillos, cerca de Zaragoza, en el que había más de sesenta aviones. El golpe fue súbito. Ni un solo avión fascista logró despegar. Las baterías antiaéreas fueron reducidas por el fuego de los cazas. Hicieron explosión ocho bombarderos cargados de bombas. Casi todos los aviones enemigos ardieron tocados por balas incendiarias.

Después de las pérdidas sufridas en el Jarama y en Guadalajara, los intervencionistas italo-alemanes aumentaron el volumen de los suministros de material a los rebeldes, sobre todo de aviones y artillería antiaérea. Al mismo tiempo, llegaron a España nuevas unidades de la aviación regular italiana y de la Legión Cóndor alemana. "Mussolini e Hitler han enviado a España no sólo materiales de aviación o de artillería antiaérea para armar las unidades españolas, sino formaciones constituidas", afirmó la revista francesa *Revue militaire générale*[36].

Simultáneamente aumentaron en grado considerable los obstáculos con que tropezaba el suministro de armamento soviético. Varios transportes de la Unión Soviética con armas, aviones y tanques fueron hundidos por submarinos italianos.

Los intervencionistas trataron de superar a la aviación republicana también en el aspecto técnico. A mediados de 1937 aparecieron en España modernísimos aviones alemanes, el caza Messerschmitt-109 y el bombardero Heinkel-111, y el bombardero italiano Savoia-79. En algunos aspectos no eran inferiores a los aviones soviéticos e incluso los aventajaban. En estas condiciones, durante el segundo y el tercer año de guerra se manifestaron en primer plano, con mayor brillantez aún, las cualidades personales de los voluntarios soviéticos y de todos los aviadores republicanos, cualidades que los fascistas jamás pudieron superar.

Los especialistas militares extranjeros destacaron que la aviación republicana poseía un factor que equilibraba la desigualdad numérica e incluso técnica en aviones: su elevada moral. El general francés Armengaud dijo después de visitar los frentes de guerra en España: "Suele acurrir que una sola escuadrilla de Moscas[37] obligue a tres escuadrillas de Fiats a abstenerse de atacar... Los Moscas inspiran temor a sus adversarios tanto por su velocidad como por el arrojo de los pilotos que los utilizan... Los Chatos han abatido Messerschmitt alemanes: tan grande es la confianza de los pilotos republicanos en la maniobrabilidad de su aparato"[38]. Y el

---

[36] *Revue militaire générale*, Avril, 1938, N° 4, p. 416.

[37] Los madrileños bautizaron a su modo a los cazas soviéticos, a los que habían tomado cariño: el I-15 fue denominado "Chato" por la silueta característica de su parte delantera, y el monoplano I-16, "Mosca". Estas denominaciones llegaron a emplearse oficialmente y figurar en los partes de guerra.

[38] *Revue militaire générale*, 1938, N° 4, pp. 433, 436-437.

autor cita ejemplos de aviones de bombardeo fascistas derribados por los Chatos en combate nocturno cuando intentaban atacar ciudades republicanas[39].

La audacia y valentía de los defensores de la República, ya fuesen voluntarios soviéticos, aviadores españoles o amigos internacionales, tenían su origen en el convencimiento de que luchaban por una causa justa. El combate contra fuerzas enemigas superiores en número no fue una excepción para los voluntarios soviéticos ni para toda la aviación republicana, sino una regla a todo lo largo de la guerra. Con una particularidad: los fascistas sufrieron casi siempre pérdidas mayores que los republicanos. Citaremos sólo dos ejemplos.

Todo Madrid observó el 18 de julio de 1937 cómo atacaron 20 cazas republicanos a 40 Fiat que aparecieron sobre la Ciudad Universitaria en lo más álgido de la batalla de Brunete. Se entabló un combate, en el que intervinieron también ocho Messerschmitt. El enemigo perdió seis aviones, en tanto que todos los aparatos soviéticos regresaron indemnes a su aeródromo[40].

Un año después, en agosto de 1938 y en los meses posteriores, durante la batalla en la orilla derecha del Ebro —la más importante librada en los dos primeros años de guerra—, los pilotos republicanos sostuvieron victoriosamente combates aéreos con fuerzas enemigas superiores. He aquí unas cuantas cifras: el 14 de agosto, los republicanos derribaron 19 aviones fascistas y perdieron uno; el 24 de agosto abatieron siete aviones y perdieron dos. Un despacho de la Agencia Havas (francesa) informaba el 29 de agosto que los pilotos republicanos habían derribado en 25 días de combates en el Ebro 93 aviones enemigos, perdiendo 18 propios[41]. Estos datos reflejaban fielmente la superioridad de los aviadores republicanos sobre los mercenarios fascistas. Importa señalar que cuando se libró la batalla del Ebro había sido renovado por completo el contingente de voluntarios soviéticos; sin embargo, los nuevos pilotos de las escuadrillas de P. Korobkov, S. Gritsevéts y N. Guerásimov pelearon con la misma valentía y abnegación que los primeros defensores del cielo de Madrid.

Para aquel entonces, la mayoría de los pilotos de la República eran jóvenes patriotas españoles al mando de los jefes de escuadrilla Arias, Bravo, Morquillas, Pereira, Zarauza y otros, instruidos en las escuelas de aviación soviéticas y templados en los combates ala a ala con los amigos soviéticos.

Pero ni la gran maestría combativa, ni la valentía e intrepidez de los pilotos republicanos ni sus victorias tácticas en las batallas aéreas pudieron mantener el dominio de la aviación republicana en el aire. Ya en la operación de Teruel (diciembre de 1937-febrero

[39] Ibíd., pp. 438-439.
[40] B. Smirnov. *Viento de España*, ed. en ruso, Moscú, 1963, págs. 116-118.
[41] *Pravda*, 29.VIII.1938.

de 1938), los intervencionistas y los rebeldes dispusieron de cinco a seis veces más aviones que los republicanos. Esta desproporción aumentó en el transcurso de 1938. Al proteger a sus bombarderos o rechazar las incursiones de los fascistas, los pilotos republicanos asestaron sensibles golpes a los Fiat, Messerschmitt y Heinkel, pero no pudieron limpiar de ellos por completo el cielo: les faltaban aviones. Y entretanto, los aviones procedentes de la Unión Soviética, embalados en cajones, ¡se cubrían de polvo en cualquier puerto o depósito ferroviario de Francia en nombre de la "No-Intervención"!

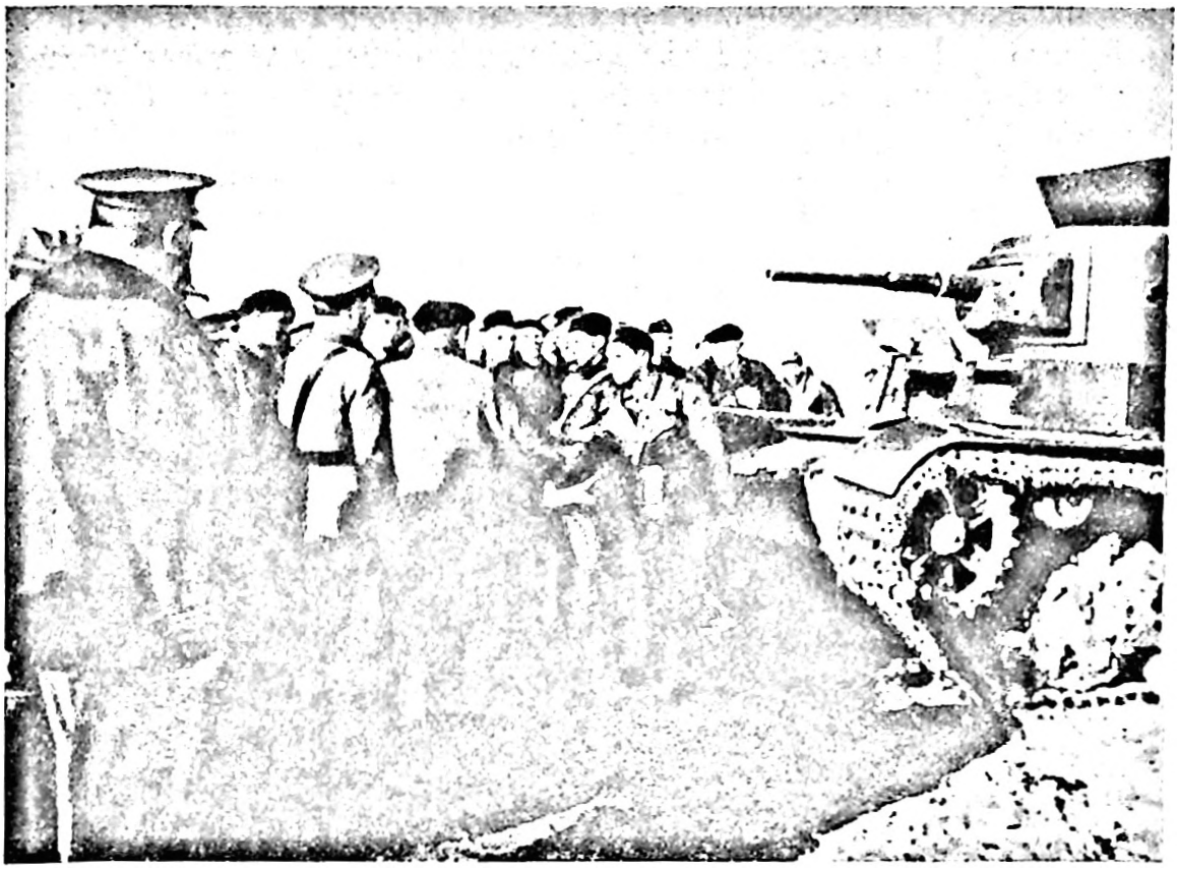
Al comenzar la guerra, en el Ejército Republicano no existían, prácticamente, unidades de tanques. El primer grupo de tanquistas soviéticos llegó a España al mismo tiempo que los tanques T-26, adquiridos por el Gobierno republicano en la URSS, y constaba de 80 voluntarios encabezados por S. Krivoshéin. Su primera misión consistió en preparar cuadros españoles para formar unidades de tanques republicanas. Con este fin, el Ministerio de la Guerra organizó en Archena un centro de instrucción mandado por el coronel Paredes. Sin embargo, la situación en el frente exigió que los tanques entraran en combate y los voluntarios soviéticos participaran en la batalla por Madrid antes de que estuviesen preparadas las tripulaciones españolas de los tanques[42].

El primer combate se libró en los accesos meridionales de Madrid, en el sector de Ceceña, el 29 de octubre de 1936. En él, los tanquistas de la compañía mandada por el capitán Paul Armand (15 carros, tripulados por 34 soviéticos y 11 españoles) revelaron valentía excepcional, causaron grandes pérdidas al enemigo y frustraron su ofensiva en dicho sector. Desde aquel día, los tanquistas soviéticos y españoles que tripulaban los T-26 no abandonaron ni una sola hora la línea del frente durante las varias semanas en que se decidió la suerte de la capital. Fueron la única fuerza móvil de choque dispuesta en todo momento, cumpliendo las órdenes del Mando del Frente de Madrid, a atacar al enemigo en el sector amenazado del frente y apoyar a la infantería. Dolores Ibárruri recuerda: "Luchaban los tanquistas todo el día, la mayor parte del tiempo sin apoyo de la infantería. . ., sorprendiendo al enemigo, destruyendo sus baterías, sembrando el pánico en sus filas. Actuaban limpiando los accesos de la ciudad, de la mañana a la tarde. Volvían al anochecer. Por la noche arreglaban los tanques y contra toda norma técnica y humana, ya que la resistencia de los hombres y del material tiene un límite, volvían al combate a la mañana siguiente. Muchos de estos héroes eran tanquistas soviéticos. . ."[43]

---

[42] *Combatientes de Letonia en España*, pág. 24.

[43] Dolores Ibárruri. *El único camino*. Ediciones en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1962, pág. 428.



Largo Caballero, ministro de la Guerra de la República Española, saluda a los tanquistas soviéticos voluntarios. Diciembre de 1936

La intensa participación en los combates dio lugar a que a fines de noviembre de 1936 estuvieran averiados una gran parte de los tanques y requiriesen serias reparaciones. Habían muerto en combate N. Selitski, S. Bystrov, D. Mózylev y P. Kupriánov, y a consecuencia de las heridas recibidas, S. Osadchi. Cayeron también, peleando en la retaguardia del enemigo, A. Klímov, I. Lóbach y el mecánico-conductor P. Mikólich. Muchos tanquistas resultaron heridos.

Las bajas sufridas en los combates fueron repuestas a fines de noviembre de 1936 con el segundo grupo de tanquistas voluntarios. El Gobierno español nombró a su dirigente, D. Pávlov, jefe de la 1ª Brigada de Tanques. Fue equipada con carros T-26 y, en lo sucesivo, completada con otros de esta clase adquiridos en la Unión Soviética. Con carros de otro tipo —los rápidos BT, llegados a España en el verano de 1937— se formó un regimiento internacional de tanques al mando de S. Kondrátiev.

Los tanquistas voluntarios soviéticos tomaron parte en todas las grandes batallas libradas desde el otoño de 1936 hasta la primavera de 1938. Sin el apoyo de los tanques era inconcebible ni una sola operación ofensiva o defensiva de las tropas republicanas. La Unión Soviética proporcionó a la República los tanques armados de

cañón que utilizaba entonces el Ejército Rojo y que eran los mejores en aquellos tiempos. Las cualidades tácticas y técnicas de estos carros de combate siguieron siendo insuperables hasta el final mismo de la guerra en España. La *Revue militaire générale* francesa corroboró en 1938 "el fracaso de los carros alemanes e italianos empleados en España"[44]. A esta misma conclusión llegaron también especialistas militares de otros países[45].

Los tanques republicanos tuvieron que hacer frente, sobre todo en las operaciones ofensivas, a un enemigo serio: no a los tanques de los facciosos, sino a su artillería, que los intervencionistas suministraban en abundancia al general Franco. Pero en la defensa activa, en los contraataques, los tanques republicanos asestaban al enemigo golpes demoledores. Así ocurrió, por ejemplo, en enero de 1937 al noroeste de Madrid y, especialmente, en las tres semanas que duró la sangrienta batalla del Jarama, en la que, como dice el general Vicente Rojo, los tanques jugaron especialmente un papel extraordinariamente útil[46]. Bajo el mando de M. Petrov e I. Urban, jefes de batallón, y de G. Sklezniov, D. Pogodin y V. Baránov, jefes de compañía, los tanquistas salvaron allí la situación más de una vez, y rechazando y aniquilando a los grupos de moros y legionarios que pugnaban por cortar la carretera de Madrid a Valencia.

Los voluntarios soviéticos y sus compañeros de armas españoles emplearon con éxito la experiencia adquirida en estos combates en las batallas de Guadalajara y de Brunete, así como en todas las operaciones posteriores. Al recibirse las primeras noticias de la ofensiva de los intervencionistas en la dirección de Guadalajara, se envió allí una compañía de siete tanques, con la misión de cerrar el paso a la vanguardia motorizada del Cuerpo Italiano. La atacó con audacia y durante todo el 8 de marzo de 1937, junto con un batallón de infantería, contuvo el avance del enemigo. Más tarde, cuando llegaron reservas del Frente del Centro, toda la brigada de tanques al mando de D. Pávlov participó en la victoriosa contraofensiva de las tropas republicanas contra los fascistas italianos, abriendo paso a la infantería. En la ofensiva de Brunete, los tanquistas, sufriendo grandes pérdidas, atacaron los nudos fortificados de la defensa fascista —Quijorna, Villanueva y Los Llanos—, con lo que ayudaron a las brigadas de asalto republicanas a tomarlos y a defender después las posiciones conquistadas.

Citaremos algunos de los numerosos ejemplos de elevado espíritu combativo de los voluntarios soviéticos. En el Jarama, el jefe de tanque Vasili Nóvikov rechazó al enemigo durante todo un día en un carro averiado por un proyectil entre las posiciones repu-

---

[44] *Revue militaire générale*, 1938, N° 4, p. 355.

[45] Véase, por ejemplo, *The Field Artillery Journal* (USA), May-June, 1938, vol. 28, N° 3, p. 188; *Revue militaire suisse*. Février, 1938, N° 2, pp. 91-92.

[46] General Vicente Rojo. *España heroica*, pág. 61.

Un grupo de tanquistas soviéticos voluntarios. Enero de 1937

blicanas y las fascistas. El y el mecánico-conductor estaban heridos. El tirador había muerto. Pese a ello, Nóvikov no abandonó el tanque hasta que, al hacerse de noche, no llegó ayuda y el carro fue remolcado a una zona fuera de peligro. En el hospital se descubrió que Nóvikov tenía trece heridas.

Idéntica firmeza reveló P. Tsaplin, jefe de una compañía de blindados, durante un combate librado junto a Teruel en enero de 1937. Herido, y con el tanque averiado, disparó contra el enemigo durante ocho horas y luego se abrió paso hasta el dispositivo de su unidad. En aquel mismo combate, el jefe de tanque K. Bilibin saltó a tierra bajo el fuego enemigo de artillería y ametralladora, reparó una oruga estropeada y condujo de nuevo el tanque al ataque. Más tarde, en el Jarama, murió al salvar a los tripulantes de un tanque averiado.

Los tanquistas soviéticos y españoles no cedían unos a otros en heroísmo. Cerca de Guadalajara, la sección de tanques de Ernesto Ferrero ametralló desde una emboscada cerca de veinte Ansaldos italianos y una columna de camiones con infantería. Allí también, el voluntario A. Abramóvich y su sección condujeron al ataque a una compañía de infantería republicana y capturaron cuatro piezas de artillería, ametralladoras y numerosos fusiles. Abramóvich pereció el 10 de julio durante un ataque en Brunete. En un combate en

Majadahonda (al noroeste de Madrid), G. Sklezniov, jefe de una compañía de blindados, se acercó a rastras a un tanque en llamas abandonado por sus tripulantes heridos y lo puso a salvo del fuego enemigo. En febrero de 1937 contraatacó con su compañía a los moros, que se habían abierto paso hacia el Puente Pindoque, en el Jarama, y los rechazó. Al día siguiente murió durante un segundo contraataque. La hazaña de Sklezniov fue repetida por el suboficial Víctor Nóvikov. El 13 de octubre de 1937, durante un combate ofensivo en Fuentes de Ebro —que fue para los tanquistas el más duro y sangriento de toda la guerra—, Víctor Nóvikov resultó herido y recibió graves quemaduras, pese a lo cual sacó del combate su tanque en llamas. Otros muchos tanquistas —voluntarios soviéticos, españoles y combatientes de las Brigadas Internacionales— dieron aquel día pruebas de excepcional valor y estoicismo. Los jefes de tanque S. Laputin y P. Semiónov, cercados por el enemigo, dispararon hasta el último proyectil y el último cartucho y lograron llevar a los combatientes heridos de sus tripulaciones hasta las posiciones republicanas. Los tanquistas soviéticos perdieron en Fuentes de Ebro a 16 de sus camaradas.

La preparación de tanquistas españoles en el centro de instrucción de Archena, bajo la dirección de instructores soviéticos, continuó con todo éxito. Y en el otoño de 1937, todas las tripulaciones de los tanques T-26 (y en el verano de 1938, todas las de los BT) estaban formadas por soldados y oficiales españoles. Sólo unos cuantos tanquistas soviéticos siguieron en España, desempeñando hasta el fin de la guerra funciones de instructores y consejeros en las brigadas de blindados.

La Marina de Guerra española ocupaba un lugar importante en los planes de los sublevados fascistas. La inmensa mayoría de sus oficiales, que formaba en España una casta singularmente privilegiada y cerrada, estaban complicados en el complot contra la República. Pero al producirse la sublevación, la conciencia política y la vigilancia de los marinos y suboficiales permitieron reducir a la impotencia a los conjurados. La mayoría de los buques permanecieron fieles a la República, aunque quedaron privados de casi toda la oficialidad. "La escuadra la mandan los cabos", se decía entonces de la marina republicana.

Los marinos soviéticos invitados por el Gobierno español como consejeros (N. Kuznetsov, V. Alafúzov, N. Basisti, N. Abrámov, N. Píterski, S. Sapózhnikov, G. Zhúkov y otros) centraron su atención principal en ayudar al Mando republicano a asegurar la llegada de cargas militares por vía marítima. De acuerdo con un plan exacto confeccionado especialmente en cada caso concreto, los buques de guerra recibían en alta mar, al salir de las aguas territoriales del Norte de Africa, a los transportes procedentes de la Unión Soviética y los escoltaban hasta los puertos españoles del Mediterráneo. Además, los consejeros ayudaron al Mando de la

flota y de algunos buques a resolver otros problemas relacionados con las operaciones navales. Un grupo de marinos soviéticos —A. Golovkó, V. Drozd, S. Ramishvili y otros— trabajó en los Estados Mayores de la marina, en la base naval de Cartagena. En los buques mismos actuaron I. Eliséiev, V. Bogdenko y otros especialistas.

Algunos marinos voluntarios fueron nombrados capitanes de submarinos y lanchas torpederas. I. Burmístrov, I. Grachov, N. Eguipko, V. Egórov, G. Kuzmín y S. Lisin mandaron en distinto tiempo submarinos; A. Batrakov, V. Lijoliótov, S. Osipov y otros, lanchas torpederas, cuyas tripulaciones estaban formadas en su mayoría por voluntarios soviéticos, debido a la falta en España de personal preparado.

I. Burmístrov y N. Eguipko se cubrieron de gloria por la dificilísima travesía de sus submarinos desde Francia, donde estaban en reparación, hasta Cartagena a lo largo de la costa atlántica de la Península Ibérica y a través del Estrecho de Gibraltar, es decir, por una ruta que los fascistas controlaban en casi toda su extensión.

Los consejeros soviéticos de las distintas armas hicieron una aportación sustancial a la defensa de la República y a la organización del Ejército Republicano. En contra de lo que decían los infundios de la propaganda hostil a la República Española, los consejeros no desempeñaron ni podían desempeñar en el Ejército Republicano ningún papel dominante. Observaron estrictamente a todos los niveles el principio de "ayudar, pero no mandar" y se atuvieron con la misma consecuencia a las reglas de la colaboración eficiente con todos los oficiales republicanos, independientemente del partido a que perteneciesen.

Basándose en su experiencia y en la confianza que tenían en la Unión Soviética los oficiales fieles a la República, los consejeros contribuyeron a mejorar la organización del ejército, los métodos de dirección de las tropas y la elaboración de los planes de operaciones en los frentes. Bajo la influencia de los consejeros, en cierto grado, se cambió la táctica de defensa pasiva de los primeros meses de guerra por la táctica de defensa activa, de aprovechamiento de todos los medios y posibilidades para asestar golpes a los facciosos y los intervencionistas. Los consejeros ayudaron al Mando español y a los Estados Mayores a emplear con acierto el nuevo material de guerra soviético. Prestaron ayuda a los Estados Mayores al confeccionar los reglamentos, disposiciones y ordenanzas de la instrucción de las tropas y del uso de distintos tipos de armas.

El Gobierno de la URSS recomendó como consejeros a expertos jefes militares. Desempeñaron sucesivamente el cargo de consejero principal Y. Berzin (1936-1937), G. Shtern (1937-1938) y K. Kachánov (1938-1939).

Diversos especialistas militares soviéticos trabajaron como consejeros en el aparato central de las Fuerzas Armadas de la República: P. Ivanov, K. Meretskov, B. Símonov y V. Butyrski (en el Estado Mayor Central); I. Nesterenko y D. Kolésnikov (en el Comisariado General de Guerra); A. Bergólts, Y. Smushkévich, I. Gáltsev, V. Lopatin, E. Ptujin, A. Agaltsov, A. Andréiev, F. Arzhanujin y A. Sharápov (en el Estado Mayor de aviación); N. Vóronov, N. Klich, V. Goffe y M. Dmítriev (en el Estado Mayor de artillería); Y. Tykin y N. Nagorni (en el Estado Mayor de la defensa contra aeronaves), y los médicos I. Kliuss y A. Veliki (en la Dirección de Sanidad Militar).

En los Estados Mayores y el Mando de los frentes actuaron como consejeros: R. Malinovski, M. Shumílov, P. Bátov, I. Kulik, I. Maxímov, A. Mokroúsov, I. Chúsov, V. Yushkévich, N. Ivanov, P. Vechni, V. Kolpakchí, V. Kumelán, V. Frolov, D. Kovaliov, P. Liapin, E. Toikko y M. Nedelin.

Los consejeros adjuntos al Mando de los cuerpos de ejército, divisiones y brigadas (N. Biriukov, N. Liáschenko, V. Máslov, P. Nóvikov, A. Pomóshnikov, E. Trotsenko, M. Jvátov (Járchenko), S. Churílov y otros), así como los instructores soviéticos voluntarios que actuaron bajo su dirección, ayudaron a los oficiales y soldados españoles y de las Brigadas Internacionales a dominar el manejo de las armas soviéticas y a preparar en el aspecto táctico a las unidades para las distintas formas de combate.

En los períodos de tregua entre las grandes operaciones, todo el Ejército Republicano se transformaba en una escuela inmensa: estudiaban los oficiales y los soldados. Había gran escasez de instructores. En las brigadas eran contados los oficiales españoles que tenían instrucción militar. Por eso, el Mando republicano aceptó con gratitud la ayuda de los consejeros e instructores soviéticos.

Las dificultades originadas por su desconocimiento del español fueron superadas con la ayuda de intérpretes, en su mayoría educandos de los centros de enseñanza superior de Moscú y Leningrado. Todos ellos marcharon voluntarios a España y cumplieron valientemente con su deber.

En la primera línea, bajo el fuego del enemigo, cumplieron también abnegadamente su misión los instructores de ametralladoras y artillería: A. Rodímtsev, N. Gúriev, D. Tsiurupa, I. Tatárinov, Y. Ischenko, Y. Izvékov, I. Semiónov, V. Podgoretski, N. Boikó, N. Pidorenko, M. Pliujin, N. Liáschenko, P. Nóvikov y otros. Los consejeros e instructores de los destacamentos guerrilleros (J. Mamsúrov, I. Stárinov, A. Sproguis, V. Troián, K. Orlovski y otros) hicieron frecuentes exploraciones en la retaguardia del enemigo, cumpliendo importantes misiones del Mando y dando ejemplo de audacia, ingeniosidad y valentía.

Entre los caídos en los combates en tierra española figuran los instructores N. Boikó, V. Dmítriev y V. Tsvetkov, así

como los consejeros V. Busjín, I. Pídgola, I. Skalkó y A. Fomín.

Un grupo de ingenieros y obreros soviéticos prestó ayuda a la República en la organización de la industria de guerra. En Madrid, Valencia, Barcelona, Sagunto, Murcia, Cartagena y Sabadell se organizó la producción de armas de infantería, artillería y munición, la reparación fabril de tanques y aviones y la fabricación de autos blindados e incluso, aunque en pequeñas proporciones, de aviones de caza. La Unión Soviética facilitó la documentación técnica necesaria para ello.

A medida que los jefes y los Estados Mayores españoles fueron adquiriendo experiencia de organización, operativa y táctica, el Gobierno soviético retiró paulatinamente a los consejeros e instructores.

Los pilotos y otros especialistas voluntarios salieron de España en septiembre y octubre de 1938 después de la decisión del Gobierno republicano de retirar del frente a los extranjeros. En febrero de 1939 sólo quedaba allí un pequeño grupo —treinta hombres— de consejeros y personal auxiliar, que después del golpe capitulador del coronel Segismundo Casado abandonó también España. En su tierra quedaron para siempre 157 voluntarios soviéticos. Uno de cada seis tanquistas y aviadores voluntarios no regresó a la Patria.

Los patriotas y demócratas españoles han valorado así en la *Historia del Partido Comunista de España* la hazaña de los voluntarios soviéticos: "En la gran ayuda moral y material del país del socialismo a nuestro pueblo destaca con inmarcesible y emocionante recuerdo la de los heroicos voluntarios soviéticos que llegaron a España para enseñar a nuestros soldados y a los jóvenes comandantes de nuestro Ejército Popular el manejo del moderno material de guerra y el arte militar contemporáneo. Derrochando modestia y valor, ellos mostraron cómo se debía combatir en el aire, desde los tanques modernos y contra ellos. Los voluntarios soviéticos merecen ocupar un puesto de honor en la historia de nuestra guerra"[47].

En publicaciones occidentales se pueden encontrar cifras fantásticamente exageradas sobre la participación de los soviéticos en las operaciones militares en España. La realidad es que durante toda la guerra española combatieron y pelearon al lado de la República poco más de 2.000 voluntarios soviéticos, de ellos, 772 aviadores, 351 tanquistas, 222 consejeros e instructores de diversas armas, 77 marinos de guerra, 100 artilleros, 52 militares de otras especialidades, 130 obreros e ingenieros de las fábricas de aviación, 156 radiotelegrafistas y otros trabajadores de transmisiones

[47] *Historia del Partido Comunista de España (Versión abreviada).* Editions sociales, Paris, 1960, p. 134.

y 204 intérpretes[48]. Con una particularidad: en España jamás estuvieron al mismo tiempo más de 600 u 800 soviéticos[49]. Tales fueron "la intervención soviética" y "las divisiones soviéticas" sobre las que tanto gritó la propaganda fascista y que utilizaron como pretexto los hipócritas "apaciguadores" del fascismo en los medios gobernantes de París y Londres para colocar al mismo nivel la ayuda del pueblo soviético a la República Española y la invasión masiva de España, al lado de los rebeldes, de centenares de miles de soldados y oficiales de los ejércitos regulares italiano y alemán.

El volumen global de los suministros de material de guerra soviético se ve expresado en las cifras siguientes: desde la Unión Soviética se envió al Gobierno español 806 aviones de combate (principalmente cazas), 362 tanques, 120 autos blindados, 1.555 piezas de artillería, cerca de 500.000 fusiles, 340 lanzagranadas, 15.113 ametralladoras, más de 110.000 bombas de aviación, cerca de 3.400.000 proyectiles de artillería, 500.000 bombas de mano, 826 millones de cartuchos, 1.500 Tm de pólvora, lanchas torpederas, estaciones de reflectores para la defensa antiaérea, camiones, emisoras de radio, torpedos y combustible[50]. No todos estos pertrechos bélicos llegaron a su lugar de destino, pues, como hemos señalado ya, algunos buques soviéticos y buques de otros países fletados al efecto fueron hundidos por los piratas italianos o conducidos a puertos que se hallaban en poder de los facciosos.

Las cargas militares soviéticas llegaban a España por dos caminos: por mar a los puertos españoles del Mediterráneo y a través de Francia. Ambos caminos eran inseguros en extremo. El Gobierno francés dejaba pasar por su territorio sólo de cuando en cuando, y no por completo, el material de guerra, que permanecía meses y meses en Francia. Desde el otoño de 1937 hasta la primavera de 1938, la frontera pirenaica estuvo cerrada herméticamente para el armamento soviético. La última gran remesa de material de guerra soviético enviada a Francia comenzó a llegar a través de la frontera franco-española sólo a fines de enero de 1939, cuando gran parte de Cataluña había sido ocupada por los fascistas y no existían ya aeródromos para el montaje de los aviones.

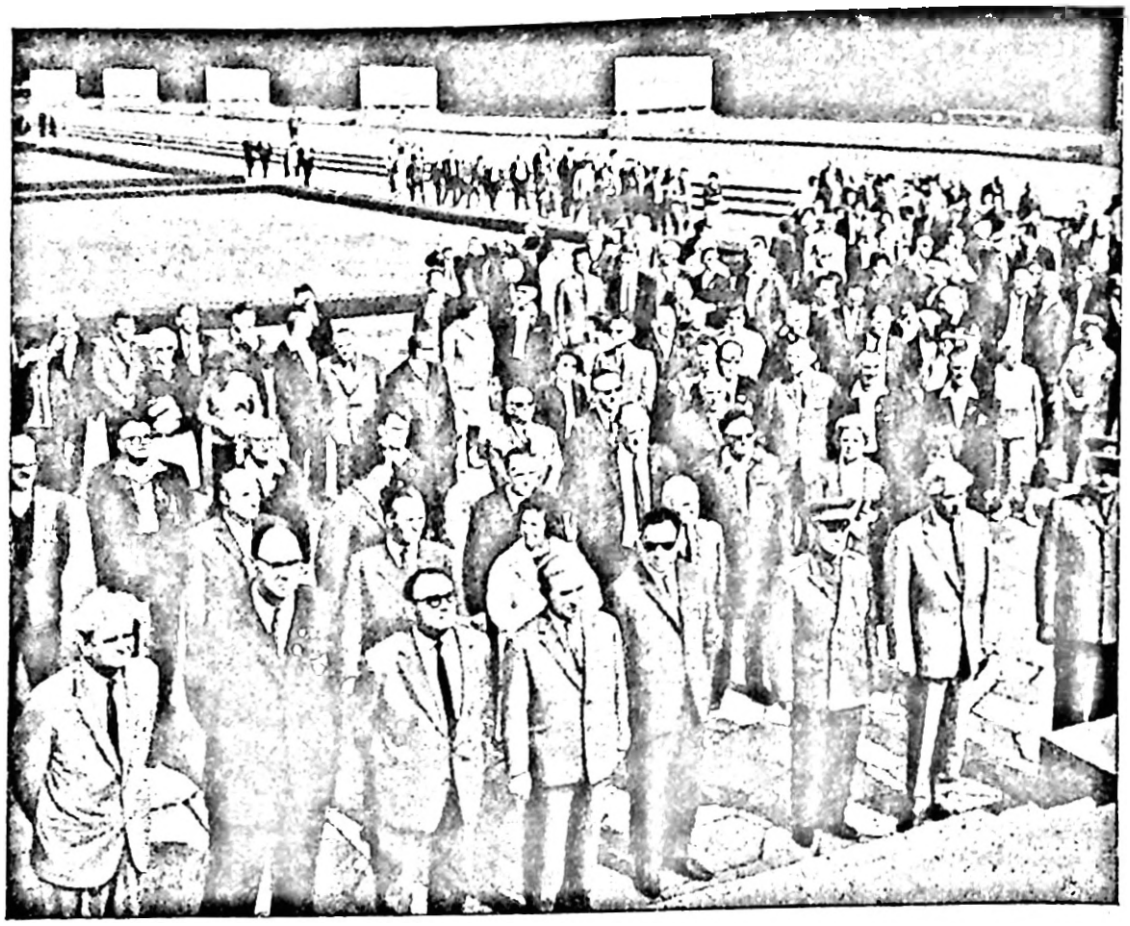
*

La lucha contra el fascismo en España fue una lucha por la paz. La derrota de la República Española, de la que son responsables en mucho los "apaciguadores" del fascismo en los gobiernos

[48] Revista *Nóvaya y Novéishaya Historia* ("Historia Moderna y Contemporánea"), ed. en ruso, 1971, N° 2, pág. 145.

[49] En la *Historia de la Gran Guerra Patria de la Unión Soviética. 1941-1945* (ed. en ruso, Moscú, 1960, pág. 113) se dice equivocadamente que en España hubo, en total, 557 voluntarios soviéticos. La realidad es que esta cifra se refiere a un momento concreto (octubre de 1937).

[50] *Revista Histórico-Militar*, ed. en ruso, 1971, N° 7, pág. 75.



Veteranos de las Brigadas Internacionales de 22 países y representantes del Partido Comunista de España depositan una corona en el monumento al combatiente soviético liberador, en el cementerio del Parque de Treptow (Berlín). Julio de 1966

de París, Londres y Washington, abrió el camino de la guerra. Tan sólo seis meses después de caer la República Española, la Alemania fascista desencadenó la guerra mundial. Embriagado por sus fáciles victorias sobre Francia y otros países capitalistas de Europa, Hitler agredió pérfidamente a la URSS en 1941. Todo el pueblo soviético, encabezado por el Partido Comunista, se alzó a la lucha a muerte contra el fascismo.

Desde aquel momento, los pueblos esclavizados de Europa vincularon sus esperanzas al desenlace de la guerra en el Este. "Cada victoria de la URSS sobre Hitler será una victoria para nosotros", proclamó el 22 de junio de 1941 el Partido Comunista Francés, organizador del Movimiento de la Resistencia en su país[51]. En Polonia, Checoslovaquia, Grecia, Bulgaria, Yugoslavia, Hungría y otros países invadidos por los fascistas, la resistencia popular, encabezada por los correspondientes partidos comunistas, recibió un nuevo y poderoso estímulo.

[51] *De la historia de la solidaridad proletaria internacional. Documentos y materiales.* Recopilación VI, ed. en ruso, Moscú, 1962, pág. 283.

En los combates en las afueras de Moscú, Stalingrado y Kursk, sin precedente en la historia por la cantidad de hombres y material que participaron en ellos, las Fuerzas Armadas Soviéticas partieron el espinazo a la fiera fascista. "De los 13.600.000 hombres a que llega el total de bajas de la Alemania fascista, en el frente soviético-alemán perdió diez millones entre muertos, heridos y prisioneros; tres cuartas partes de las pérdidas totales de la aviación fascista y más de la mitad de las pérdidas de las unidades de artillería y tanques corresponden también al frente soviético-alemán"[52].

Después de expulsar al enemigo de los límites de la URSS, los combatientes soviéticos, cumpliendo con su deber internacionalista, llevaron la libertad a los pueblos de Europa Oriental, Sudoriental y Central.

Para los voluntarios soviéticos del Ejército Republicano español, la Gran Guerra Patria fue la continuación de la lucha contra el fascismo comenzada en la tierra y el cielo de España.

Cualesquiera que fueran los puestos que ocupasen en esta guerra —jefes de frente o de batallón—, todos llevaron al campo de batalla contra los invasores hitlerianos la experiencia adquirida en España, el ferviente patriotismo, el internacionalismo y el odio al fascismo.

La España de 1936 a 1939 fue el campo de batalla en que se libraron los combates de vanguardia entre las fuerzas de la democracia y las del fascismo. La gran victoria de las fuerzas de la coalición antihitleriana, encabezada por la Unión Soviética, coronó dignamente la heroica lucha contra el enemigo a muerte de todos los pueblos: el fascismo.

---

[52] *La segunda guerra mundial*, libro I, ed. en ruso, Moscú, 1966, pág. 33.

YUGOSLAVIA

La historia de la lucha liberadora de los trabajadores de Yugoslavia bajo la dirección de su Partido Comunista ofrece numerosos ejemplos de solidaridad de los combatientes yugoslavos por la libertad con los movimientos avanzados y revolucionarios de otros países. Así ocurrió durante la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, en la que participaron activamente miles de luchadores yugoslavos, entre los que figuran jefes militares tan famosos como Aleksa Dundić, Danilo Srdić y otros. Así ocurrió también en la propia Yugoslavia, donde surgieron en repetidas ocasiones movimientos masivos de solidaridad: en defensa de la joven República Soviética frente a los intervencionistas imperialistas, en apoyo de la revolución húngara y de la lucha revolucionaria en Bulgaria y, más tarde, en defensa de Dimitrov durante el proceso de Leipzig y por la salvación de Thaelmann y otras víctimas del nazismo. En los años 30 ocupa un lugar especial el movimiento de ayuda al pueblo español, que peleó valientemente de 1936 a 1939 contra el fascismo interior e internacional.

La participación de los antifascistas yugoslavos, entre los que había muchos comunistas, en la guerra nacional revolucionaria española es un jalón importantísimo en la historia del Partido Comunista de Yugoslavia y en la lucha de los pueblos de todo el país contra el fascismo. Desde los primeros días de guerra, el PCY explicó a las masas que el nazismo alemán y el fascismo italiano eran los principales inspiradores y cómplices de la sublevación militar fascista en España y que este alzamiento formaba parte del complot imperialista contra las fuerzas progresistas del mundo entero.

El periódico *Proleter,* órgano del CC del PCY, llamó en julio y agosto de 1936 a la clase obrera, a los campesinos, a todos los amigos de la paz y a todos los hombres progresistas del país a alzar su voz de protesta contra la agresión del fascismo internacional, que ayudaba a los facciosos españoles. El PCY subrayó

Un grupo de voluntarios yugoslavos en el hospital de Benicasim

que la derrota del Frente Popular en España asestaría un duro golpe a la causa de la paz y la libertad no sólo en España, sino en el mundo entero. "La lucha del pueblo español es nuestra propia lucha —dijo *Proleter* en agosto de 1936—. Es una lucha del pueblo por el derecho a ser dueño de sus destinos, es una lucha en defensa de la libertad, del pan y la paz, es una lucha contra el fascismo y la guerra. Ayudémosle rápidamente, de todo corazón y con el mismo entusiasmo con que los luchadores españoles entregan su vida por la causa de la democracia y de la libertad".

La clase obrera y todos los hombres avanzados de Yugoslavia siguieron con admiración la heroica lucha del pueblo español contra los sublevados fascistas.

La vasta campaña de ayuda al pueblo español combatiente, encabezada por Josip Broz Tito, secretario del CC del PCY, tendía a cohesionar y fortalecer el Partido Comunista de Yugoslavia en los aspectos orgánico, ideológico y político, a combatir la agresión fascista y movilizar a todas las fuerzas progresistas en la lucha contra el fascismo.

El Partido Comunista mostró a los pueblos de Yugoslavia que el fascismo significaba para ellos la esclavitud, la expoliación e incluso el exterminio físico. Por eso, la tarea primordial del partido consistía en organizar un movimiento de masas contra las fuerzas de la reacción en Yugoslavia, que dependían cada día más del nazismo hitleriano y del fascismo italiano. Las potentes manifestaciones celebradas entonces en numerosas ciudades yugoslavas testimoniaban la creciente influencia del Partido Comu-

nista. El movimiento democrático y antifascista, dirigido por los comunistas, pasó a ser el rasgo distintivo de la vida política del país.

El PCY denunció la falacia de las declaraciones hechas por el Gobierno monárquico filofascista de Yugoslavia acerca de su supuesta neutralidad en la guerra española, demostrando que eran una careta tras la que se ocultaba su complicidad con los sediciosos fascistas. Esta complicidad se patentizaba a diario en las acciones de la policía y de la censura contra toda manifestación de solidaridad con la España republicana y en la tolerancia completa de las declaraciones de apoyo a las fuerzas reaccionarias y fascistas españolas.

El Gobierno yugoslavo persiguió a sus ciudadanos que se solidarizaban con el pueblo español. El ministro del Interior dictó una disposición por la que se prohibía toda actividad en favor de la República Española. En ella se amenazaba también con privar de la nacionalidad yugoslava a quienes se enrolaran en el Ejército Republicano español.

Pero ninguna represión pudo impedir que los hombres avanzados de Yugoslavia, en particular los comunistas, cumplieran con su deber de solidaridad internacional.

El Partido Comunista de Yugoslavia, juntamente con otras fuerzas progresistas del país, organizó e inspiró las múltiples y variadas acciones de solidaridad con la lucha del pueblo español: colectas y recogida de víveres, medicamentos, ropa y otros efectos que necesitaban la población y los combatientes de la República; propaganda oral y escrita en defensa de la República Española y de su pueblo frente a las calumnias de los elementos reaccionarios, clericales y policíacos; selección y envío de voluntarios para el Ejército Republicano español, etc.

Durante la guerra fueron a España más de 1.600 voluntarios yugoslavos, procedentes en su mayoría de la propia Yugoslavia. Llegaron también de Francia, Bélgica, URSS, Canadá, Checoslovaquia, EE.UU., Argentina y otros países, a los que se habían trasladado en busca de trabajo o como emigrados políticos. Diez emigrados yugoslavos residentes en España se incorporaron inmediatamente a la lucha armada de los obreros y campesinos españoles.

Pero no todos los yugoslavos, ni mucho menos, que partieron en ayuda del pueblo español lograron llegar a España. Muchos de ellos fueron detenidos por la policía, encarcelados e internados en campos de concentración en la propia Yugoslavia y en otros países.

Entre los voluntarios yugoslavos había hijos de todos los pueblos de Yugoslavia: croatas, eslovenos, servios, montenegrinos y macedonios. Más de 600 eran comunistas; algunos de ellos, destacados dirigentes del PCY.

La mayoría de los voluntarios estaba compuesta de obreros de profesiones diversas y campesinos. Se contaban también no pocos intelectuales: quince médicos, diecisiete ingenieros, once maestros de escuela, diez periodistas, oficiales, abogados, artistas, pintores y empleados. Entre los voluntarios llegados de Yugoslavia figuraban algunas mujeres: médicas, enfermeras, obreras y estudiantes. Estuvieron en España figuras destacadas de la cultura y el arte yugoslavos, entre ellas el escritor August Cesarec y el pintor Djordje Andrejević (Kun), ambos comunistas. Quisiéramos destacar la participación de los estudiantes en las Brigadas Internacionales y su intensa actividad en la campaña de ayuda al pueblo español. Al señalar este hecho, el Boletín de la Organización estudiantil española decía el 1 de enero de 1938: Yugoslavia es un bello país. Oprimida por una tiranía brutal, ha hecho con su sangre una gran aportación, al igual que los demás países balcánicos, a la defensa del pueblo español. Los campos del Jarama, de Villanueva de la Cañada y de Belchite conocen los actos heroicos del Batallón Dimitrov, del Batallón Djuro Djaković y de la Compañía Matija Gubec. Los estudiantes yugoslavos combaten también en otras unidades militares como comisarios, comandantes, pilotos y tanquistas.

Los jóvenes estudiantes comunistas Milun Božović, Mojsije Stefanović, Djordje Kovačević, Bastijančić, Turk y tantos otros entregaron su vida por la causa del pueblo español.

Los voluntarios yugoslavos estuvieron representados en todas las Brigadas Internacionales. El núcleo más numeroso combatió en la 129ª Brigada Internacional (en los batallones Dimitrov, Djaković y Masaryk) y en el Batallón Divisionario de la 45ª División. Formaron parte también de las baterías de artillería Liebknecht, Stepan Radić, Kolárov, Rosa Luxemburgo y Gottwald, así como de otras unidades. En el XIV Cuerpo de Ejército (guerrilleros) hubo igualmente yugoslavos. Como los hubo en la aviación, la marina y los servicios de Sanidad Militar. Las unidades de que formaban parte los voluntarios yugoslavos pelearon en casi todos los frentes de España, desde la defensa de Madrid (noviembre de 1936) hasta los últimos combates de retaguardia en las estribaciones de los Pirineos (comienzos de febrero de 1939). Los yugoslavos dieron por doquier ejemplo de intrepidez y valentía, por lo cual una buena parte de ellos recibieron condecoraciones de guerra del Gobierno republicano español. Numerosos voluntarios yugoslavos fueron jefes y oficiales, entre los cuales figuraron: dos tenientes coroneles, ocho comandantes, 35 capitanes, 105 tenientes, 39 comisarios de compañía y de batería, siete comisarios de batallón y un comisario de brigada. Vladimir Ćopić, destacado dirigente del PCY, mandó la 15ª Brigada Internacional. Božidar Maslarić y Marko Orešković, activistas del movimiento obrero yugoslavo, desempeñaron cargos de dirección.

Más de la mitad de los voluntarios yugoslavos perecieron en los frentes de la España republicana. Entre ellos figuran Blagoje Parović, miembro del CC del PCY y comisario de la 13ª Brigada Internacional, caído el 6 de julio de 1937 en un combate junto a Villanueva de la Cañada, y el comisario del Batallón Djaković, Djordje Kovačević, en el pasado secretario del Comité del partido en la Universidad de Belgrado. Recibieron graves heridas Aleksa Demnievski (Bauman), jefe del Batallón Djaković, y Veljko Vlahović, uno de los dirigentes de la Unión de Juventudes Comunistas de Yugoslavia.

Vladimir Copić, jefe de la 15ª Brigada Internacional (a la derecha) y Blagoje Parović, comisario de la 13ª Brigada internacional

Al comienzo de la guerra, los voluntarios yugoslavos estuvieron diseminados en distintas unidades de las Brigadas Internacionales. Pero a medida que fue aumentando su número, sobre la base de la Compañía Balcánica del Batallón Dombrowski se formó el Batallón Djuro Djaković (secretario del CC del PCY, salvajemente asesinado por la gendarmería el 29 de abril de 1929), en el que la mayoría de los soldados y oficiales eran yugoslavos. Además de ellos, en el batallón había españoles, búlgaros, rumanos, griegos, turcos, albaneses, franceses, letones, etc. En julio de 1937, el batallón, que formaba parte de la 45ª División como unidad especial y dependía de su Mando, tomó parte en los combates de Brunete. Allí se encontró también una batería antitanque compuesta de yugoslavos, al mando de Mirko Kovačević, estudiante comunista de Montenegro. Su comisario era también un estudiante comunista de Servia: Branko Krsmanović. Ambos cayeron heroicamente en 1941 peleando contra los invasores fascistas en las

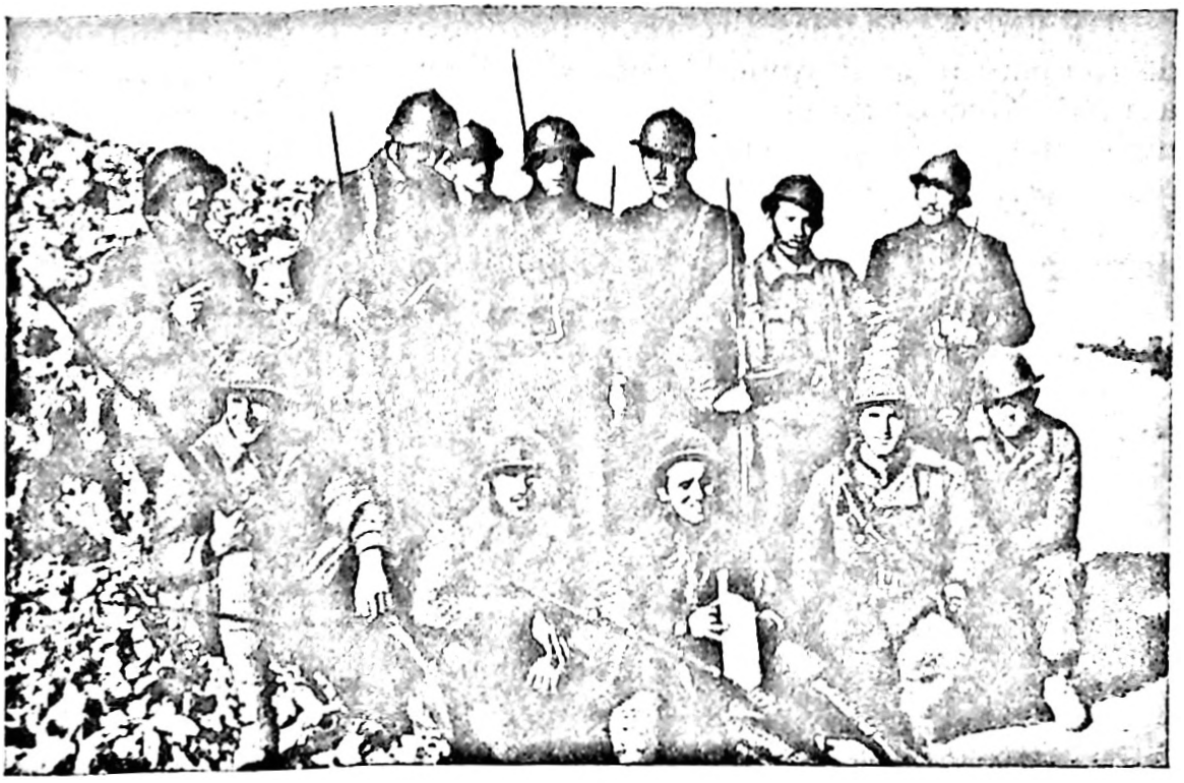
filas del Ejército Popular de Liberación de Yugoslavia. En 1945 se concedió póstumamente a Branko Krsmanović el título de Héroe Popular de Yugoslavia.

A fines de agosto, después de los combates de Brunete, el Batallón Djuro Djaković fue trasladado al Frente de Aragón. Durante la ruptura de las fortificaciones enemigas y la defensa de las posiciones conquistadas, el batallón perdió entre muertos y heridos más de la mitad de sus efectivos.

En el otoño de 1937, una vez completado con nuevos voluntarios, el Batallón Djuro Djaković fue incorporado al grupo de reserva de la 45ª División, al que pertenecía también el Batallón Jorge Dimitrov. En febrero de 1938, en Chillón (Frente de Extremadura), el grupo fue transformado en la 129ª Brigada Internacional, de la que formaron parte, además de los batallones mencionados, el Batallón Tomás Masaryk, una batería antitanque compuesta de yugoslavos, una compañía de morteros y un escuadrón de caballería. A fines de marzo del mismo año, la 129ª Brigada Internacional fue trasladado a la dirección de Teruel y participó en los combates defensivos contra las unidades fascistas que pugnaban por llegar al Mediterráneo. La brigada tuvo muchas bajas en estos combates, sobre todo en la zona de Monroyo-Morella. En aquel sector, la 3ª Compañía del Batallón Djuro Djaković fue aniquilada casi por completo, pereciendo Mojsije Stefanović, Vlade Brkić y otros muchos voluntarios jugoslavos.

Después de estas operaciones, la 129ª Brigada siguió combatiendo en el Frente de Levante; pero parte de sus componentes, que se habían replegado a Cataluña, participaron en la batalla del Ebro encuadrados en el Batallón Divisionario de la 45ª División. Cuando los voluntarios internacionales fueron retirados del frente por decisión del Gobierno español, la mayoría de los yugoslavos se vieron obligados a seguir en España, imposibilitados de volver a su patria. En enero de 1939, lo mismo que los combatientes de las Brigadas Internacionales procedentes de otros países, volvieron a empuñar las armas para contener la ofensiva de las tropas fascistas contra Cataluña. Junto con todo el Ejército Popular, se replegaron hacia la frontera de Francia y fueron internados en campos de concentración franceses. En ellos sufrieron durante más de dos años quinientos luchadores yugoslavos.

El Partido Comunista organizó en Yugoslavia la recaudación y el envío de recursos en ayuda de los voluntarios yugoslavos internados en Francia y de los prisioneros encerrados en los campos y las cárceles franquistas. Al mismo tiempo, el partido desplegó una vasta campaña exigiendo que se autorizase la repatriación de los voluntarios yugoslavos recluidos en campos de concentración en otros países. "La lucha por el regreso de nuestros voluntarios —dijo el periódico *Proleter*— forma parte de la lucha popular por la democracia y el mantenimiento de la independencia del



Voluntarios yugoslavos en el Frente de Aragón

país... Exigimos que el Gobierno adopte medidas urgentemente para el retorno de todos nuestros voluntarios supervivientes".

La demanda del Partido Comunista fue apoyada por las masas populares. En todo el país se celebraron conferencias, mítines y asambleas de protesta. Más de 300.000 personas firmaron una petición al gobierno, en la que se exigía el regreso de los voluntarios. Pero el gobierno presentó como condición que éstos firmasen una "declaración de arrepentimiento", sin lo cual no serían autorizados a repatriarse. Por supuesto, esta condición fue rechazada y la lucha continuó. Nada más terminar la guerra española, el PCY consiguió trasladar a unos cincuenta ex combatientes de las Brigadas Internacionales para desplegar actividades revolucionarias en Yugoslavia y trabajar entre los emigrados yugoslavos en otros países.

En 1941, el PCY envió ilegalmente a Yugoslavia a otros 250 voluntarios, que se incorporaron sin demora a la lucha de liberación nacional. Salieron de Francia y, a través de Alemania, llegaron a la frontera austro-yugoslava. Desde allí siguieron viaje hasta Zagreb, donde se encontraba el centro clandestino de recepción y envío de los voluntarios a las unidades del Ejército Popular de Liberación y a los destacamentos guerrilleros.

La experiencia adquirida por los antifascistas yugoslavos en la guerra nacional revolucionaria de España les fue muy provechosa en su patria.

De los que lograron regresar ilegalmente a Yugoslavia, más de 150 perecieron durante la guerra de liberación nacional de 1941 a 1945. Muchos de ellos fueron organizadores de insurrecciones, dirigentes de destacamentos guerrilleros y jefes de unidades. He aquí sus nombres: Marko Orešković, Marijan Krajačić, Mirko Kovačević, Branko Krsmanović, Ilija Engel, Ratko Pavlović, Fadil Jakić, Milan Blagojević, Danko Mitrov, Ahmet Fetahagić, Robert Domani, Žikica Jovanović, Franjo Ogulinac, Henrik Žnidaršić, Miljenko Cvitković, Božo Dakić y Većeslav Cvetko. Ivan Gošnjak, capitán del Ejército Republicano en España y hoy general de ejército, desempeñó el cargo de jefe del Estado Mayor Central del Ejército Popular de Liberación y de los destacamentos guerrilleros de Croacia. Franc Rozman, ex combatiente de las Brigadas Internacionales y Héroe Popular de Yugoslavia, encabezó el Estado Mayor Central del Ejército Popular de Liberación de Eslovenia y murió en este puesto. Ex combatientes de la guerra de España mandaron los cuatro ejércitos del EPLY. Otros ex voluntarios de las Brigadas Internacionales fueron jefes y comisarios políticos de división y cuerpo de ejército. Entre ellos figuraron los siguientes Héroes Populares de Yugoslavia: Koča Popović, Kosta Nadj, Vladimir Popović, Peko Dapčević, Iván Rukavina, Danilo Lekić, Dušan Kveder, Veljko Kovačević, Srećko Manola, Vlado Ćetković, Vojo Todorović, Otmar Kreačić y Vicko Antić. Desempeñaron altos cargos militares y políticos los siguientes ex voluntarios de la guerra de España: Karlo Mrazović, Iván Krajačić, Gojko Nikoliš, Iván Hariš, Maks Baće, Stane Bobnar, Stanko Semić, Grga Jankez, Ćedo Kapor, Djuro Mešterović, Jelisije Popovski, Isidor Strok, Iván Vejvoda, Cvetko Usunovski, Ratko Vujović y Jože Gregorčić.

Durante la guerra de liberación nacional de Yugoslavia y después de ella, numerosos ex combatientes de las Brigadas Internacionales recibieron altos grados militares, incluso el de generales.

Por sus relevantes méritos en la lucha contra los invasores fascistas se confirió el título de Héroe Popular de Yugoslavia a más de cincuenta ex combatientes de las Brigadas Internacionales. Todos los demás fueron galardonados con altas condecoraciones.

Muchos combatientes yugoslavos que no lograron regresar a su patria participaron en el Movimiento de la Resistencia en Francia, Bélgica, Holanda y Polonia; pelearon en el ejército de operaciones de la Unión Soviética, Inglaterra, Estados Unidos de América y otros países aliados. El obrero metalúrgico Koturović ("Cot"), de Belgrado, fue un héroe legendario del Movimiento de la Resistencia francés. En dicho movimiento desempeñaron un destacado papel Ljubo Ilič, Vlajko Begović y Lazar Latinović.

En toda Europa, desde Madrid hasta los bosques rusos, hay tumbas de comunistas y antifascistas yugoslavos, de ex voluntarios del Ejército Republicano español, que pelearon abnegadamente y

Voluntarios de la Sección Dimitrov en las trincheras (en el centro, Matija Vidaković, jefe de la sección)

cayeron en la lucha por la libertad de otros países durante la segunda guerra mundial. Ello constituye una brillante manifestación de la solidaridad internacional del pueblo yugoslavo.

En la actualidad viven aún poco más de 300 ex voluntarios yugoslavos de las Brigadas Internacionales, a los que el pueblo sigue llamando "nuestros españoles".

Muchos de ellos han desempeñado y desempeñan cargos de dirección en la vida política y social de Yugoslavia, forman parte del Comite Central de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y de los comités centrales de las repúblicas.

Los camaradas Veljko Vlahović, Iván Gošnjak, Vladimir Popović y Koča Popović son miembros del Presídium del Comité Ejecutivo del CC de la Liga de los Comunistas de Yugoslavia y del Consejo de la Federación. Los camaradas Aleš Bebler, Vlajko Begović, Peko Dapčević, Veljko Kovačević, Iván Krajačić, Kosta Nadj, Jelisije Popovski, Iván Rukavina y Vojo Todorović pertenecen al Consejo de la Federación. Otros muchos han sido elegidos diputados a la Skupschina (Asamblea) Federal y a las Skupschinas de las repúblicas socialistas, son miembros de la Veche Ejecutiva del Gobierno de la Federación y de las repúblicas socialistas, embajadores y dirigentes de los sindicatos o constituyen una parte considerable de los altos mandos del Ejército Popular Yugoslavo.

*

La guerra civil en España fue un importante acontecimiento en la historia del Partido Comunista de Yugoslavia no solamente porque coincidió con la lucha del PCY y de todo el movimiento comunista internacional contra el peligro fascista, por la paz y la independencia nacional. Tuvo también no menos importancia el hecho de que las enseñanzas sacadas de esta guerra ayudaron al Partido Comunista de Yugoslavia a prepararse mejor y en mayor grado para las pruebas venideras, para el desarrollo ulterior de la lucha antifascista en su propio país. En la guerra española se templaron y adquirieron valiosa experiencia militar y política muchos futuros combatientes y dirigentes del Ejército Popular de Liberación y de los destacamentos guerrilleros.

Los combatientes yugoslavos de las Brigadas Internacionales, lo mismo que todos los comunistas y todo el pueblo yugoslavos, no olvidan la gran deuda que tienen contraída con el pueblo español. Con ese pueblo que fue la primera víctima de la agresión fascista en Europa y que fue también el primero que eligió el camino del combate, el camino de la defensa armada de su libertad, de su independencia y de sus ideales revolucionarios y que sostiene hoy una abnegada lucha contra la dictadura fascista.

EPILOGO DE LA REDACCION

La guerra nacional revolucionaria en España (1936-1939) figura entre los acontecimientos más importantes de la historia universal. Los años intermedios de la década del 30 fueron una etapa clave en la lucha de las fuerzas de la paz y de la guerra, en la lucha del proletariado contra la reacción burguesa y su manifestación más extremista: el fascismo.

Fueron los años en que los ejércitos fascistas italianos aplastaron a Abisinia, en que la Alemania hitleriana comenzó descaradamente a restablecer sus fuerzas armadas y las introdujo, ya en 1936, en la región desmilitarizada del Rin. En Asia, el Japón, después de ocupar el Nordeste de China y atacar la ciudad de Shanghai, se preparaba para apoderarse de las regiones centrales chinas. Alentados por el fortalecimiento de los Estados fascistas, los partidarios de la reacción extrema intensificaron su actividad en numerosos países. En Bulgaria, Grecia, Rumania, Polonia y Austria se fascistizaban los regímenes políticos. Los "Cruces de Fuego" en Francia, los "rexistas" en Bélgica y los adeptos de Quisling en Noruega pugnaban por subir al poder para imponer el fascismo en dichos países. Pero en todas partes se cohesionaban también las fuerzas del progreso.

La clase obrera de numerosos países —y especialmente su destacamento de vanguardia, los comunistas— comprendían los peligros y sufrimientos que el fascismo acarreaba a los pueblos. Por desgracia, el movimiento obrero internacional estaba dividido en aquel momento crucial de la historia. Los líderes de la II Internacional se negaron a crear el frente único obrero, a pesar incluso del peligro mortal que implicaban la ofensiva del fascismo y el acercamiento de una nueva guerra mundial.

El VII Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en el verano de 1935, hizo un gran aporte a la cohesión de las fuerzas antifascistas y antibélicas. El Congreso trazó una orientación estratégica acertada, llamó a la clase obrera a la unidad de acción en la lucha contra el fascismo y la amenaza de una nueva

guerra imperialista y exhortó a formar un Frente Popular que uniese a los obreros, los campesinos, las masas principales de la pequeña burguesía urbana y los intelectuales.

Las resoluciones del VII Congreso de la Comintern encontraron eco en los corazones y la conciencia de vastos sectores populares de los países de Occidente y de Oriente. El Frente Popular triunfó ya en 1936 en las elecciones en España y en Francia. En los EE.UU., Inglaterra y otros países del mundo capitalista podían observarse tendencias unitarias entre las fuerzas democráticas y éxitos efectivos de los trabajadores en la lucha contra la reacción.

La Unión Soviética hizo en aquellos años magnos esfuerzos por crear un sistema de seguridad colectiva en Europa y organizar la resistencia a los agresores. El feliz cumplimiento de los primeros planes quinquenales y el fortalecimiento del potencial industrial y defensivo del país permitieron a la URSS ocupar posiciones cada día más firmes en la palestra internacional. Los tratados de asistencia mutua firmados por la URSS con Francia y Checoslovaquia en mayo de 1935 representaron un serio aporte a la organización de ese sistema de seguridad colectiva.

La lucha entre las fuerzas de la democracia y del fascismo adquirió un carácter cada día más encarnizado y, en una serie de casos, desembocó en choques armados.

El escenario del primer choque armado importante de estas fuerzas fue España.

Más de 35 años nos separan del comienzo de la sublevación militar fascista en España. Los acontecimientos iniciados el 18 de julio de 1936 con el levantamiento de los generales reaccionarios y de las organizaciones monárquicas y fascistas figuraron inmediatamente en el centro de la política mundial. Estaban en juego no sólo los destinos de la democracia en España, sino también la solución de muchos problemas de los que dependía, en grado considerable, el porvenir de todo el continente europeo.

Las transformaciones progresistas en España, hasta las realizadas en los límites del régimen parlamentario democrático, suscitaron la ingerencia de poderosas fuerzas reaccionarias exteriores. El conflicto de clases interno se transformó en internacional.

El desenlace de la batalla entablada en España debía determinar qué camino habría de seguir este país: el camino del desarrollo democrático o el de un régimen fascista. Además, el desenlace de la guerra española debía influir también, en grado notable, en la correlación general de fuerzas en la palestra internacional y alejar o acercar un nuevo conflicto mundial.

Como se sabe, el comienzo de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español en julio de 1936 fue precedido de varios años de enconada lucha de clases y política en el país. El derrocamiento de la monarquía en 1931 no condujo al establecimiento de un

régimen republicano firme. Las fuerzas reaccionarias no renunciaron a las tentativas de restaurar el poder del rey, se lanzaron a levantamientos militares contra la República y organizaron atentados terroristas contra sus líderes más destacados. El bloque creado por los partidos de derecha, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), representaba los intereses del gran capital, de los terratenientes y de la Iglesia y se orientaba hacia la Alemania hitleriana y la Italia mussoliniana. En el mismo campo de la reacción se encontraba, en realidad, el llamado Partido Radical de Lerroux, que formó gobierno después de triunfar en las elecciones a fines de 1933. La política reaccionaria y antipopular de ese gobierno impulsó a los obreros de Asturias (provincia septentrional del país) a alzarse en armas, en octubre de 1934, en defensa de la democracia. La insurrección fue ahogada en sangre por las autoridades, pero dio impulso a la unidad de las fuerzas republicanas progresistas: comunistas, socialistas, partidos de la pequeña y media burguesía e intelectuales liberales.

En enero de 1936, los partidos y organizaciones antifascistas firmaron el pacto de creación del Frente Popular. Y un mes después, el Frente Popular triunfó en las elecciones a Cortes. Comenzó una nueva fase en la historia de España, cuyos rasgos distintos fueron el entusiasmo revolucionario de las masas y la naciente unidad de la clase obrera y de los demás adeptos de la República. Pero simultáneamente se consolidaron las fuerzas reaccionarias y fascistas. La gran burguesía, la clase de los terratenientes (muy numerosa en España), la oficialidad del ejército y una parte considerable de las jerarquías de la Iglesia católica, perdidas las esperanzas de reconquistar por vía constitucional la dominación política, empezaron a preparar un golpe de Estado armado.

Como fuerza política de choque de la reacción aparece en el proscenio Falange Española, partido fascista organizado al estilo nazi, que hizo suyos los métodos hitlerianos de provocación, terror y demagogia social. Los futuros sublevados realizaron su labor disgregadora, reclutaron adeptos y provocaron acciones contra la República en el seno del ejército y de la marina, entre los elementos desclasados de las ciudades y entre los campesinos de las regiones más atrasadas del país. Al mismo tiempo, establecieron vínculos con las capitales de los Estados fascistas: Berlín y Roma.

Los hitlerianos prometieron ayuda a la reacción española ya antes de que se produjera la sublevación. En febrero de 1936, uno de los dirigentes de la conjura, el general Sanjurjo, salió en avión de Portugal a Berlín. Allí se entrevistó con Goering y Rosenberg, informó a los cabecillas nazis de los planes de los conspiradores españoles y se aseguró su apoyo. El concurso de la Italia fascista estaba garantizado ya desde antes. En 1934 se firmó en Roma un pacto entre los representantes de la reacción española y Mussolini,

en virtud del cual este último se comprometió a ayudar con armas y dinero a derrocar el Gobierno republicano.

El levantamiento, iniciado el 18 de julio, se desarrolló en los primeros momentos desfavorablemente para los facciosos. En la mayoría de los centros del país fueron sofocadas las sublevaciones antigubernamentales de las guarniciones. El puntal principal de los rebeldes —las unidades marroquíes y la Legión Extranjera— se encontraba en Africa. Pero Franco carecía de medios para trasladarlas a la península: la flota mercante y la mayoría de los marinos de la escuadra no secundaron a los fascistas. La sublevación pudo ser ahogada en germen. Louis de Brouckère, presidente de la II Internacional, que estuvo en España a comienzos de agosto de 1936, dijo: "La primera conclusión a que he llegado consiste en que el Gobierno español y el pueblo español estarán en condiciones de sofocar la sublevación si no se produce una intervención de cualquiera otra parte"[1]. También entonces, en agosto de 1936, el almirante nazi Raeder informó a Hitler: por cuanto una gran parte de las fuerzas aéreas y navales permanecen fieles al Gobierno republicano, "no es de esperar que el Gobierno de Franco pueda mantenerse con éxito mucho tiempo sin una amplia ayuda desde fuera"[2].

Los cabecillas de la conspiración cayeron también en el pesimismo. El embajador de los EE.UU. en España, Claude G. Bowers, comunicó en una carta a Franklin D. Roosevelt el contenido de sus conversaciones con el conde de Romanones, uno de los pilares e ideólogos de la reacción. Al día siguiente del levantamiento, el conde de Romanones expresó la seguridad de que los rebeldes triunfarían "en cuatro o cinco días, como máximo". "Diez días después —escribe Bowers— le recordé sus palabras, y él, pensativo, me contestó: "Contábamos con la escuadra, pero nos hemos equivocado. Suponíamos que los vascos estarían con nosotros, pero están contra nosotros. Pero lo más serio es que no esperábamos que se alzara contra nosotros todo el pueblo".

En efecto, agrega por su parte Bowers, "todas las clases inferiores a la aristocracia nobiliaria y adinerada pelean con un coraje y un heroísmo sobrehumanos, sin igual en la historia de España"[3].

Hasta el general Mola —comandante en jefe de los rebeldes en la zona septentrional— escribió aquellos días al general Franco que consideraba perdida la partida[4].

---

[1] *Pravda*, 12.VIII.1936.

[2] *Akten zur deutschen auswärtigen Politik 1918-1945.* ("Documentos de la Política Exterior Alemana") Serie D (1937-1945), Bd. III. (1936-1939). Baden-Baden, 1951, S. 45.

[3] *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, Vol. III. Cambridge, 1969, pp. 396-397.

[4] *Guerra y revolución en España. 1936-1939*, t. 1, pág. 185.

En aquel momento fueron enviados Junkers alemanes en ayuda de los franquistas. Hitler dispuso que se prestara pleno apoyo a los sublevados.

En los aviones de transporte facilitados por Alemania, Franco trasladó en dos semanas de Tetuán a España 18.000 soldados y oficiales marroquíes con todo su armamento. En Alemania se prepararon grandes unidades de aviación, que más tarde, en noviembre de 1936, salieron para España formando parte de la Legión Cóndor. A los puertos y aeródromos ocupados por los facciosos llegaron miles de soldados y oficiales de los ejércitos regulares alemán e italiano, armamento y pertrechos bélicos. Los hitlerianos y los fascistas italianos emprendieron una guerra de exterminio contra el pueblo español y, al mismo tiempo, ocuparon importantes posiciones estratégicas en la parte occidental del Mediterráneo.

Los datos siguientes, que están lejos de ser completos, dan una idea de las proporciones de la agresión fascista en España. Durante la contienda, Italia envió a los sublevados: 1.000 aviones, 950 tanques y autos blindados, 1.930 cañones, 8.759 ametralladoras pesadas y ligeras, 1.426 morteros, cerca de 250.000 fusiles, más de 7.500.000 proyectiles de artillería, 324 millones de cartuchos para armas ligeras, 16.720 Tm de bombas de aviación, 1.000 Tm de explosivos y otro mucho material de guerra y pertrechos bélicos por un valor total de 14.000 millones de liras. De Alemania llegaron también cantidades enormes de material de guerra, armamento, munición y pertrechos. Sólo en los dos primeros años de contienda —hasta junio de 1938—, Hitler mandó a los rebeldes 650 aviones, 200 tanques y 700 piezas de artillería.

Los efectivos del ejército italiano que invadió España oscilaban entre 150.000 y 200.000 hombres, y los de la Legión Cóndor (alemana) pasaban de 50.000[5].

Si al material de guerra y la fuerza viva de los intervencionistas se agregan más de 100.000 oficiales profesionales y soldados instruidos de las unidades regulares del ejército español en Africa —comprendidos marroquíes y mercenarios de la "Legión Extranjera"—, se comprenderá cuán grandes fueron la valentía, la firmeza y la abnegación de que dio pruebas el pueblo español en la lucha por su libertad.

El Gobierno francés asestó una verdadera puñalada por la espalda a la democracia española al negarse pérfidamente a entregar a la República el armamento que había comprado, e incluso pagado, hacía ya mucho. Centenares de miles de obreros y demócratas franceses exigieron en mítines y manifestaciones: "¡Armas para España!" Pero fue en vano. El gobierno presidido

---

[5] Michal Bron, Eugeniusz Kozlovski, Maciej Techniczek. *Wojna Hiszpánska, 1936-1939.* Warszawa, 1946, str. 486; revista *La Internacional Comunista*, 1938, N° 7, pág. 57.

por el líder del Partido Socialista, León Blum, capituló de hecho ante la imposición de la burguesía reaccionaria francesa.

Los intereses de clase de la burguesía y su odio al socialismo, el miedo al afianzamiento de la democracia en la Península Ibérica, el deseo de debilitar el Frente Popular en Francia y las fuerzas democráticas en Inglaterra y la aspiración a utilizar a la Alemania fascista como fuerza de choque contra la URSS impelieron a los medios gobernantes de dichos países no sólo a no obstaculizar la intervención contrarrevolucionaria de los Estados fascistas en España, sino incluso a estimularla. Las tendencias reaccionarias de los políticos miopes de Occidente fueron atizadas por la propaganda alemana, que levantaba gran alboroto hablando de "la mano del Kremlin", de la amenaza de "bolchevización de España", etc. En los mismos días en que de los puertos alemanes zarpaban para España, protegidos por la oscuridad de la noche, barcos cargados de armas y de soldados vestidos de paisano, Goebbels gritaba por la radio: "Sabemos muy bien que los bolcheviques necesitan de España para saltar sobre Francia".

En estas condiciones surgió, ya en los primeros días de la sublevación militar fascista, la idea anglo-francesa del Acuerdo de No-Intervención en los asuntos españoles. Fue propuesta oficialmente por Blum a todos los gobiernos y tendía a encubrir la política de estímulo de la agresión fascista en España, dando a esta política un aspecto aceptable para las grandes masas. Se encomendó la vigilancia del cumplimiento del acuerdo a un Comité, integrado por representantes de 27 Estados europeos, con sede en Londres. Pero en contra de lo que se proponían los iniciadores de la "No-Intervención", la tribuna del Comité de Londres fue utilizada, gracias a los esfuerzos de la diplomacia soviética, para dar a conocer a la opinión pública internacional los hechos probatorios de la criminal intervención armada de los Estados fascistas —Alemania, Italia y Portugal— en España y para esclarecer la posición de principios de la Unión Soviética.

El Gobierno soviético declaró públicamente en el Comité de No-Intervención, en la Sociedad de las Naciones y en diversos documentos que, de conformidad con las normas de Derecho Internacional generalmente admitidas, la ayuda al Gobierno legítimo, incluida la venta de armas, no podía ser considerada como intervención. En consecuencia, el Gobierno soviético no se consideraba obligado por el Acuerdo de No-Intervención en mayor medida que otros participantes del acuerdo, que seguían abasteciendo de armas a los rebeldes[6].

A partir de septiembre se envió a España una abundante ayuda material de todo género, resultado de la campaña popular de solidaridad desplegada por la opinión pública soviética. En la

[6] *Izvestia*, 8, 24 y 30 de octubre y 11 de diciembre de 1936

segunda quincena de octubre empezaron a llegar a España las primeras remesas de material de guerra comprado en la URSS: aviones, tanques, armas de infantería, artillería y munición.

En manos de los defensores de la República, estas armas permitieron parar el avance de los sublevados e intervencionistas hacia Madrid. Cambió también el propio carácter de la guerra, y los destacamentos y columnas de las Milicias Populares se reorganizaron sobre una base regular.

La creación del Ejército Popular de la República en el curso de la guerra constituyó uno de los éxitos más importantes del pueblo español. En las batallas por Madrid, en el Frente de Aragón, en el Ebro y en otros combates, el Ejército Republicano, dirigido por talentosos jefes salidos del pueblo, conquistó gloriosas victorias. Pero la encubierta hostilidad de Francia, Inglaterra y los EE.UU. —que tendieron el anillo del bloqueo alrededor de la República— estimuló de hecho la piratería fascista en el Mar Mediterráneo. A consecuencia de ello se rompían los hilos del transporte entre la Unión Soviética y España y se aseguraba la creciente superioridad de los rebeldes e intervencionistas en material de guerra: estos últimos podían hacer llegar sin obstáculos y sin limitación alguna tropas y material de guerra al territorio de España ocupado por los facciosos. Tal desigualdad determinó, en fin de cuentas, el desenlace de la guerra, desfavorable para la República.

La guerra nacional revolucionaria del pueblo español contra las fuerzas unidas del fascismo suscitó en el mundo entero un movimiento masivo de solidaridad. Como movimiento auténticamente popular, se distinguió por la riqueza y variedad de formas y abarcó a hombres de origen social diferente y de profesiones, convicciones políticas y creencias religiosas diversas. Los amigos del pueblo español se señalaron dos objetivos fundamentales. Primero: romper el bloqueo de la República Española, encubierto con la política de "No-Intervención", y restablecer los derechos legítimos del Gobierno español a adquirir armas para defender el régimen democrático. Segundo: ayudar por todos los medios a la población de la República Española, a los niños y las mujeres que sufrían las consecuencias del bloqueo y los salvajes bombardeos de ciudades y pueblos pacíficos por la aviación alemana e italiana.

El primer objetivo no se llegó a lograr en toda la guerra, pues los gobiernos "democráticos" de Francia, Inglaterra y los EE.UU. no desearon tomar en consideración la voluntad, claramente expresada, de las masas populares de sus países. Sin embargo, la presión de la opinión pública dio algunos resultados. En particular, esta presión explica los debilitamientos periódicos de las rigurosas medidas de control en la frontera franco-española, lo que permitía el tránsito de cargas en ayuda de la República, incluido el material de guerra procedente de la Unión Soviética.

En lo que respecta a la campaña de ayuda material, sus éxitos son indudables. Según datos del Comité Internacional de Coordinación y de Información para la Ayuda a España, solamente de 18 países se enviaron víveres y otras mercancías por valor de 800 millones de francos. En el mundo entero, millones de personas aportaron su grano de arena a esta noble obra.

Por valiosos que fueran los resultados materiales, el resultado principal —y de mayor significación desde el punto de vista histórico— del movimiento de solidaridad consistió en que representó una importante etapa en el desarrollo del pensamiento progresista internacional, amplió y profundizó la comprensión por las masas populares del peligro que representa el fascismo y contribuyó a pasar de las formas pacifistas y pasivas de protesta a formas activas y eficientes. Rabindranath Tagore dijo en un llamamiento a la opinión pública mundial: "Hay que cerrar el paso al torrente asolador del fascismo internacional. Hay que asestar un golpe demoledor a este desenfreno inhumano del obscurantismo, de los prejuicios raciales, del ansia de saqueo y de glorificación de la guerra... Hay que salvar a la civilización del torrente de barbarie"[7]. Otro soberano de los pensamientos de la intelectualidad progresista, Romain Rolland, dijo en un mensaje al Congreso de la Confederación General del Trabajo de Francia: "¡Unámonos, más que nunca, en torno a nuestra bandera: *Paz* y *Libertad!*... La *Paz* no es en modo alguno el cobarde egoísmo que abdica los deberes sagrados del pueblo, su dignidad, su respeto de la palabra dada, su resistencia a la opresión... Debemos evocar, además, otra palabra-luz... Esa palabra es la de *Valentía*..."[8]

El insolente desafío lanzado por el fascismo a la democracia, a la independencia de los pueblos y a las conquistas sociales de los trabajadores engendró la disposición a replicar con la fuerza a la violencia fascista. El anhelo de participar personalmente en la lucha, de empuñar las armas para cerrar el paso al fascismo, fue la respuesta de centenares y centenares de obreros y demócratas antifascistas a la agresión italo-alemana en España.

Este impulso no fue súbito. Estuvo preparado por el proceso de crecimiento de la combatividad de los trabajadores, ante todo de la clase obrera, en la primera mitad de los años 30. Entre los numerosos síntomas de este proceso deben mencionarse: las insurrecciones de Asturias y de Viena en 1934; la acción de los obreros de París, que frustraron la tentativa de golpe de Estado fascista en febrero de 1934 en la capital; la acción de los obreros antifascistas ingleses, que en 1936 desalojaron de las calles de Londres a las bandas de Mosley, y tantos otros.

---

[7] *De la historia de la solidaridad proletaria internacional. Documentos y materiales.* Recopilación V, ed. en ruso, Moscú, 1961, pág. 479.

[8] Revista *Internatsionalni Mayak*, 1938, N° 23-24, pág. 17.

En agosto de 1936, 300.000 norteamericanos se dirigieron a la Embajada de España en Washington expresando el deseo de enrolarse voluntarios en el ejército de la República Española[9]. En Canadá, Polonia y otros países se registraron peticiones espontáneas análogas, que adquirieron carácter masivo. Pero muy pronto se descubrió que los gobiernos de los Estados burgueses, hasta de los más democráticos, estaban muy lejos de simpatizar con la República Española. Esos gobiernos recurrieron a medidas legislativas y administrativas de todo género para impedir la salida de voluntarios a la España republicana.

Las medidas prohibitivas no condujeron más que a una selección natural de los voluntarios, en cuyas filas quedaron los combatientes más resueltos, valientes y convencidos. Los partidos comunistas de todos los países se pusieron al frente del movimiento y le entregaron sus mejores cuadros. Sólo los comunistas, la Internacional Comunista en su conjunto, podían cumplir esta tarea.

Harry Pollitt, dirigente de los comunistas ingleses, dijo en un libro dedicado al escritor comunista Ralph Fox, caído cerca de Córdoba en un combate con los fascistas: "Los amigos de España que no son miembros del Partido Comunista me perdonarán que hable con tanto orgullo de los logros de todas las secciones de la Internacional Comunista en el apoyo al Gobierno español. Sin la existencia de esta Internacional de luchadores revolucionarios templados y disciplinados, la ayuda material y moral a España no habría dado resultados completos"[10].

En efecto, las Brigadas Internacionales, que agruparon en sus filas a luchadores antifascistas de todas las corrientes políticas, han entrado en la historia como la manifestación más completa de la solidaridad internacional y de la ayuda al pueblo español por parte del frente antifascista mundial. La organización de la selección de los voluntarios, de su salida al extranjero y de su llegada a España recayó casi por entero sobre los partidos comunistas de los distintos países y sobre la Internacional Comunista en su conjunto.

¿Qué fueron, pues, las Brigadas Internacionales, estas tropas sin precedente en la historia, que han dejado una huella tan brillante en la conciencia de los contemporáneos, en la política, la literatura y el arte; que desempeñaron un importante papel en la lucha de las Fuerzas Armadas republicanas contra los facciosos y los intervencionistas; que promovieron cuadros de la Resistencia a la ocupación hitleriana en una serie de países durante la segunda guerra mundial, y que se han convertido en símbolo de fidelidad a la causa de la democracia y de la libertad de los pueblos, de abnegación y dedicación a los mejores ideales de la humanidad?

[9] D. Nadzháfov. *El pueblo de los EE.UU., contra la guerra y el fascismo*, ed. en ruso, Moscú, 1969, pág. 141.

[10] Ralph Fox. *A Writer in Arms*. New York, 1937, p. 4.

El lector actual debe conocer, aunque sea superficialmente, los hechos referentes a la organización, composición y camino de lucha de las unidades internacionales. Tanto más que, incluso en nuestros días, la propaganda burguesa —unas veces francamente filofascista y otras disfrazada de objetividad científica— no ceja en sus intentos de presentar una imagen falsa de los Voluntarios de la Libertad y de su papel histórico.

La formación de las Brigadas Internacionales transcurrió desde el primer día de conformidad con el plan del Gobierno: organizar un nuevo Ejército Republicano regular. Según dicho plan, las columnas de milicianos que operaban en el Frente de Madrid debían transformarse en brigadas, al mismo tiempo que en la retaguardia se formaban 15 brigadas de reserva (cuyos números de orden serían del 11 al 25) con la plantilla reglamentaria establecida. Se encomendó esta labor a una Comisión gubernamental (Junta) encabezada por Diego Martínez Barrio, Presidente de las Cortes, y con sede en Albacete. Por orden del ministro de la Guerra, en esta misma ciudad se instaló también el 20 de octubre la base de las unidades internacionales.

Martínez Barrio asignó a las Brigadas Internacionales los cinco números primeros (del 11 al 15) y no se equivocó: efectivamente, fueron las primeras que entraron en combate. Dos brigadas —la 11ª y la 12ª— salieron para el frente a comienzos de noviembre de 1936; otras dos —la 13ª y la 14ª—, a fines de diciembre. Las otras diez brigadas (españolas) terminaron su formación y participaron en las operaciones en enero y febrero de 1937, junto con la quinta Brigada Internacional: la 15ª.

Estas cinco brigadas constituyeron el núcleo fundamental de las unidades internacionales. A partir de entonces, la labor organizativa de la base consistió en recibir e instruir a los nuevos voluntarios, formar con ellos pequeñas unidades de marcha para el frente y reincorporar a filas a los dados de alta en los hospitales[11].

En junio de 1937, en el Frente del Centro se desglosó de la 12ª Brigada una nueva Brigada Internacional, a la que se dio el nombre de Dombrowski. Pero como casi al mismo tiempo fue disuelta la 13ª Brigada —después de las grandes pérdidas sufridas en la operación de Brunete—, se adjudicó su número a la nueva brigada, cuyo número provisional era el 150. La sexta Brigada Internacional —la 129ª— nació en febrero de 1938 también en

[11] Según datos del jefe de la base, general Gómez, desde noviembre de 1936 hasta abril de 1938 fueron enviados al frente, a través de la base, 52.000 voluntarios en los plazos siguientes: hasta marzo de 1937, 18.714; de abril a julio, 6.017; de agosto al 15 de noviembre, 7.781; desde el 16 de noviembre de 1937 hasta abril de 1938, 19.472. En estas cifras están incluidos también los heridos que pasaron de nuevo por la base. (*De la historia de la solidaridad proletaria internacional. Documentos y materiales.* Recopilación VI, ed. en ruso. Moscú, 1962, págs. 72-73.)

el frente (en Extremadura), uniendo en sus filas el grupo de batallones de reserva que existían en la 45ª División.

Se formaron, además, otros tres batallones internacionales: en la 86ª Brigada española y en las divisiones 35ª y 45ª. Estas dos divisiones, aunque oficialmente no se denominaban internacionales, estaban compuestas, como regla general, por Brigadas Internacionales.

La base formó igualmente seis baterías especiales de artillería antitanque, dos baterías antiaéreas y seis grupos de artillería de campaña. Los aviadores y tanquistas voluntarios fueron destinados a las correspondientes unidades republicanas.

Como en todo el ejército español, las unidades básicas de las Brigadas Internacionales eran los batallones. Tenían un número de orden oficial y un nombre —no oficial, pero admitido por todos como una costumbre— en honor de personalidades o acontecimientos históricos, de líderes revolucionarios y luchadores antifascistas, así como de compañeros de lucha caídos en los combates en España[12]. A menudo, estos nombres, vinculados a las tradiciones revolucionarias o democráticas nacionales, se convirtieron en la patria de los voluntarios —en los EE.UU., Canadá, Polonia, Italia, etc.— en una especie de santo y seña para los amigos de la España Republicana y estimularon la campaña de ayuda a la República y a sus defensores: "lincolnianos", "dombrowskianos", "garibaldinos", etc. En diversos casos, el nombre dado a una unidad era un tributo de solidaridad con la lucha antifascista de otros pueblos o de estimación a los líderes de la clase obrera.

Debe subrayarse que los nombres de las unidades no definían obligatoriamente la nacionalidad de todos sus combatientes o incluso de la mayoría de ellos. Para facilitar la dirección de las unidades, hacer más eficaz la instrucción y aumentar la comprensión mutua en el campo de batalla entre los oficiales y los soldados, los mandos y los comisarios políticos se esforzaron por formar unidades con combatientes que hablasen el mismo idioma, pero jamás lo consiguieron plenamente. Ni una sola brigada y casi ningún batallón fueron homogéneos por su composición nacional. Tanto más admirable es, pues, el sentido de cohesión y unidad, peculiar de las Brigadas Internacionales. El espíritu del internacionalismo proletario, que agrupó bajo las banderas del Ejército Popular a hombres de todo el planeta, salió airoso de la prueba en las duras y sangrientas batallas en España.

El proceso gradual, pero incesante, de españolización de los efectivos de las Brigadas Internacionales, así como de las unidades

---

[12] En la base de Albacete se formaron, en total, 30 batallones, de ellos, nueve de voluntarios franceses. Varios batallones fueron disueltos o fusionados con otros a consecuencia de las pérdidas sufridas. Al final de la guerra, en las seis brigadas quedaban 22 batallones. (Michal Bron... *Wojna Hiszpanska*..., str. 484-485).

de aviación y de tanques, transcurrió en un ambiente de fraternal amistad y unidad de los combatientes españoles e internacionales. En julio de 1938, las Brigadas Internacionales estaban compuestas, en sus dos terceras partes, por soldados y oficiales españoles, que en la brillante operación del Ebro y en la subsiguiente defensa del territorio conquistado (julio-septiembre de 1938) dieron pruebas de gran combatividad y heroísmo masivo.

Este libro no tiene por objeto exponer sistemáticamente el desarrollo de las operaciones de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español y la participación en ella de los voluntarios internacionales. Sin embargo, para tener una idea más clara de los diversos episodios de esta guerra que citan los autores de los artículos, será conveniente señalar, aunque sólo sea, los jalones fundamentales del camino de lucha recorrido por las Brigadas Internacionales. Por eso enumeramos, en orden cronológico, las operaciones principales en que participaron las Brigadas Internacionales y los combates que sostuvieron.

Operaciones y combates	Fecha	Brigadas
Defensa de Madrid	XI.1936-I.1937	11, 12, 14
Mirabueno (Sigüenza)	I.1937	12
Teruel	XII.1936-I.1937	13
Lopera	XII.1936	14
Motril	II.1937	13
Pitres	II.1937	13
Jarama	II.1937	11, 12, 14, 15
Guadalajara	III.1937	11, 12
Pozoblanco	IV.1937	13
Pingarrón	IV.1937	12
Garabitas	V.1937	12
Utande	V.1937	11
Balsaín (Segovia)	V-VI.1937	14
Huesca	VI.1937	12
Brunete	VII.1937	11, 12, 13, 15
Zaragoza		
Quinto	VIII.1937	11, 15
Villamayor del Gállego	VIII.1937	12, 13
Belchite	IX.1937	15
Mediana	VIII-IX.1937	11
Grañén	IX-XII.1937	11, 15
Fuentes de Ebro	X.1937	15
Cuesta de la Reina	X.1937	14
Teruel	I-II-1938	11, 15

Operaciones y combates	Fecha	Brigadas
Segura de los Baños	II.1938	11, 15
Zalamea	II.1938	12, 13, 129
Combates defensivos en el Frente de Levante		
Belchite-Lécera	III.1938	13, 15
Vinaceite	III.1938	11
Hijar	III.1938	13, 15
Caspe	III.1938	11, 12, 13, 14, 15
Maella	III.1938	129
Monroyo	III.1938	129
Batea	III.1938	11, 15
Gandesa	III-IV.1938	11, 15
Lérida	III-IV.1938	13
Mora la Nueva	IV-V.1938	11, 13, 15
Aliaga	III-IV.1938	129
Castellón	VII.1938	129
Operación del Ebro		
Amposta	VII.1938	14
Ascó-Flix	VII.1938	11, 13, 15
Corbera	VII.1938	11, 13, 15
Sierra de Pandols		
Sierra de Cavalls	VIII-IX.1938	11, 13, 15
Vértice de Gaeta	VIII-IX.1938	11, 12, 13, 14, 15
Manzanera (Levante)	VIII-X.1938	129

Dicha enumeración no incluye los traslados de las brigadas de un frente a otro, los períodos de guerra de posiciones ni las pequeñas operaciones de carácter local. Mas de ella se deduce que no hubo una sola gran operación de las tropas republicanas —ofensiva o defensiva— en la que no tomasen parte los voluntarios internacionales. Este hecho, unido a la creciente capacidad de combate de las mejores unidades del Ejército Republicano, prueba por sí solo que el Alto Mando de la República valoraba grandemente las cualidades combativas de los voluntarios. Juan Modesto, destacado jefe militar del Ejército Popular, ha escrito: "El combate y el comportamiento de la 35ª División, por la que pasaban en rotación todos los internacionales, y que me acompañó toda la guerra, desde Brunete hasta el Ebro, me llenaba de orgullo en este aciago mes de marzo. Y me sigue llenando hoy"[13]. Es significativo que a pesar del aumento considerable de los efectivos del

[13] Juan Modesto. *Soy del Quinto Regimiento*. París, 1969, pág. 157.

ejército gubernamental (en 1938 tenía ya 776 batallones), las Brigadas Internacionales —25 batallones, por término medio— desempeñasen hasta el fin de la guerra el papel de unidades de choque.

Las hazañas de las unidades internacionales no fueron más que episodios en las operaciones de las grandes unidades del Ejército Popular. Pero sin ellos serían incompletos los anales de la lucha del pueblo español contra la agresión fascista. Esos episodios forman parte también de la lucha librada por las fuerzas de la democracia y del socialismo para derrotar en la segunda guerra mundial a la Alemania y la Italia fascistas.

Las pérdidas sufridas por los voluntarios internacionales —no menos de 20.000 muertos en combate o a consecuencia de las heridas recibidas, desaparecidos, heridos e inválidos— fueron las primeras víctimas de la resistencia de los pueblos europeos al fascismo. Pero, al mismo tiempo, testimonian una vez más con toda elocuencia la actividad combativa de las Brigadas Internacionales.

En las obras de historia se evalúa de distinta manera el total de voluntarios internacionales que pelearon en las filas del Ejército Popular español. Lo más frecuente es que se cite la cifra de 35.000[14], aunque un jefe militar tan reflexivo y competente como el general Walter (K. Swierczewski), que mandó la 35ª División del Ejército Republicano, consideraba plenamente posible la cifra de 42.000[15]. El general Walter explicaba las dificultades en esta cuestión por el defectuoso registro de personal en la base de Albacete y en las propias Brigadas Internacionales.

Según informaciones de la prensa, la Comisión Militar de Control de la Sociedad de las Naciones —llegada en octubre de 1938 para controlar la desmovilización de los voluntarios internacionales— estableció, después de toda una serie de comprobaciones, que en España habían estado en total 32.109 internacionales, de los cuales sólo quedaban en octubre 12.144.

La cifra total de voluntarios requiere, indiscutiblemente, cierta precisión. Además de la observación de K. Swierczewski sobre los defectos en el registro de personal en la base de las Brigadas Internacionales, que hemos citado antes, hay que tener en cuenta otros aspectos. En la base de Albacete no se registraban todos los voluntarios internacionales, en particular los que procedían de países latinoamericanos y que, gracias a la comunidad de idioma, ingresaban directamente en las unidades españolas de las Milicias Populares y del ejército regular. Tampoco eran registrados los

---

[14] K. Maidánik. *El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria*, pág. 205; M. Azcárate y J. Sandoval. *986 días de lucha*, Editorial Progreso, Moscú, 1965, pág. 72; José García. *La España del siglo XX*, ed. en ruso, Moscú, 1967, pág. 228.

[15] Revista *Archivo Histórico*, 1962, N° 2, pág. 172.

voluntarios soviéticos —pilotos, tanquistas y otros especialistas— incorporados a las unidades militares españolas.

Además, al señalar la nacionalidad de los voluntarios no se seguía siempre el mismo criterio. Los emigrados —polacos, ucranianos, húngaros, italianos, etc., llegados a España de la Argentina, los EE.UU., Canadá y Bélgica— eran registrados unas veces por su origen nacional, y otras, por los países de donde procedían y donde habían quedado sus familias. Esto explica, en particular, que el número de voluntarios señalado en algunos artículos del presente libro no coincida con los datos de la base de Albacete de las Brigadas Internacionales citados por Swierczewski[16]. Y es muy probable que la cifra total de voluntarios, después de investigaciones minuciosas en cada país, deba ser aumentada en 4.000 ó 5.000. Pero, en todo caso, el número de voluntarios internacionales, que jamás pasó de 12.000 ó 15.000 en cada período tomado por separado, fue menor en muchas veces a los efectivos de los ejércitos intervencionistas alemán e italiano, en los que combatieron simultáneamente no menos de 100.000 a 120.000 hombres.

El auténtico carácter de las partes beligerantes en España y el papel de las fuerzas extranjeras en esta lucha se manifestaron claramente en la reacción de cada parte cuando el Comité londinense de No-Intervención propuso evacuar de España a los voluntarios extranjeros. El Gobierno de la República, recalcando la significación nacional de la lucha contra los intervencionistas y los sublevados fascistas, aceptó inmediatamente retirar del frente a los voluntarios internacionales y aplicó sin demora esta decisión entre el 23 y el 25 de septiembre de 1938. Por el contrario, el general Franco se negó categóricamente a aceptar el plan de evacuación de las tropas italo-alemanas: no se atrevió a quedarse solo, cara a cara con el pueblo español, sin el apoyo de las bayonetas de los intervencionistas.

El 15 de noviembre terminó la batalla del Ebro, que fue la última en el camino de lucha recorrido por los voluntarios en tierra española. Lo mismo que dos años antes, en los días de la defensa de Madrid, los combatientes de la República dieron pruebas de abnegación, firmeza y fidelidad a los ideales de la libertad y de la patria. Al abandonar la tierra de España y despedirse de sus compañeros de armas españoles, los voluntarios tenían clara conciencia de que les esperaba la continuación de la lucha contra el fascismo iniciada en España. En dos años, el mundo se había acercado de lleno al borde de la guerra. Con los esfuerzos del "eje" fascista Berlín-Roma-Tokio, aumentaba el numero de países que se veían arrastrados a una nueva guerra imperialista: después de Etiopía, España; después de España, China, para cuya conquista lanzó el Japón al combate más de un millón de soldados. En otoño

[16] Ibíd., págs. 172-173; K. Swierczewski-Walter. *W bojach o wolnosc Hiszpanii*, Warszawa, 1966, str. 217.

de 1938, el Japón realizó una agresión armada al territorio de la URSS junto al lago Jasán, pero se le rechazó. Austria y Checoslovaquia fueron víctimas de la agresión fascista en Europa.

Al cometer cada agresión, los países del "eje", enarbolando la bandera del anticomunismo, se aseguraron la protección invariable de su bandolerismo por parte de los Estados "democráticos": Francia, Inglaterra y los EE.UU.

En octubre de 1936, ya al comienzo de la intervención masiva en España, Hitler aleccionaba en una conversación con Ciano: "Debemos pasar al ataque. La maniobra táctica que nos ayudará es el antibolchevismo. Como resultado, muchos de los países que recelan de la amistad italo-alemana por miedo al pangermanismo o al imperialismo italiano, y que estarían dispuestos a adherirse al campo enemigo, se sumarán a nosotros si ven en la unidad italo-alemana una barrera contra el peligro bolchevique dentro y fuera de sus países"[17].

El Pacto de Munich de Inglaterra y Francia con Alemania e Italia sobre la desmembración de Checoslovaquia fue el cebo más importante, pero no el último, arrojado a la Alemania fascista con la esperanza de empujarla a una agresión contra la URSS. La víctima siguiente debía ser España.

El bloqueo en el mar y en la frontera franco-española estranguló a la República con un dogal de hierro. Cuando 400.000 soldados y oficiales fascistas emprendieron la ofensiva contra Cataluña, en diciembre de 1938, el Ejército Popular los hizo frente con los depósitos de munición vacíos después de la batalla del Ebro, sin haber repuesto las pérdidas en fusiles, ametralladoras, cañones, tanques y aviones. Y fue vencido en el desigual combate. La caída de Cataluña significó el prólogo de la derrota del pueblo español en marzo de 1939. En los últimos días de la tragedia de Cataluña, para salvar a centenares de miles de refugiados —mujeres, niños y ancianos—, que huían del infortunio fascista hacia la frontera francesa, los ex voluntarios de las Brigadas Internacionales (que se encontraban aún en España en espera de la evacuación) volvieron a empuñar las armas, conteniendo en combates de retaguardia a las unidades avanzadas del enemigo.

La tragedia de Cataluña levantó en todos los países una nueva ola de solidaridad con España y de protestas contra los incendiarios de guerra fascistas. El Gobierno soviético adoptó todas las medidas posibles para adelantar el tránsito por Francia, con dirección a Cataluña, del armamento que había encargado el Gobierno español; pero cuando el Gobierno francés accedió, por fin, a permitir que el material de guerra cruzase la frontera, era ya tarde.

En Inglaterra, Francia y los EE.UU., las masas populares exigían con tenacidad que se pusiera fin a la política de estímulo

---

[17] *Ciano's Diplomatic Papers*. London, 1948, p. 57.

a los agresores. Pero, por desgracia, las fuerzas de la democracia no pudieron (en grado considerable, por la falta de unidad entre los partidos y organizaciones de la clase obrera) obligar a los gobiernos de sus países a cumplir la voluntad de los pueblos. Europa y el mundo conocieron muy pronto las calamidades de la segunda guerra mundial.

Los ex voluntarios internacionales reanudaron la lucha, a menudo sin haber cicatrizado siquiera las heridas recibidas en los campos de batalla españoles. De sus filas salieron muchos talentosos jefes militares de las Fuerzas Armadas Soviéticas y de los ejércitos de liberación popular de varios países europeos. Numerosos componentes de las Brigadas Internacionales fueron abnegados luchadores de la Resistencia europea durante la segunda guerra mundial, intrépidos combatientes clandestinos, jefes y soldados de los destacamentos guerrilleros, agentes del servicio secreto y enlaces.

La Unión Soviética y sus Fuerzas Armadas desempeñaron el papel decisivo en la derrota de las potencias fascistas. La batalla contra el fascismo, que empezó junto a los muros de Madrid, terminó con la gran batalla de las tropas soviéticas por Berlín y con la capitulación incondicional de la Alemania hitleriana.

En los decenios transcurridos desde el comienzo de la guerra nacional revolucionaria en España ha cambiado la faz política del mundo. Ha surgido y se ha afianzado el sistema socialista mundial y sobre los escombros de los imperios coloniales en Asia y Africa se han creado decenas de nuevos Estados independientes. El imperialismo ha perdido el monopolio sobre los destinos de los pueblos, en tanto que las fuerzas de la paz y del progreso han crecido, aumentando en inmenso grado su influencia en el desarrollo de los acontecimientos. Sin embargo, muchos problemas que preocupaban al género humano en los años 30 siguen siendo de palpitante actualidad también en nuestros días.

Los hombres de las viejas generaciones vuelven la vista a los años vividos y reflexionan sobre la experiencia de la década del 30; la juventud, ávida de saber, busca en ellos modelo y ejemplo a seguir en su actividad. Esa es la causa del creciente interés que se manifiesta en los últimos tiempos por "los tempestuosos años treinta", por los acontecimientos de la guerra española, por el movimiento internacional de solidaridad con el pueblo español y por la hazaña de la vanguardia combativa de la solidaridad: los voluntarios de las Brigadas Internacionales.

Los veteranos de las Brigadas Internacionales de veintiún países que han escrito este libro —una especie de narración de los acontecimientos hecha por quienes participaron en ellos— esperan que será acogido benévolamente y leído con interés por las viejas y las nuevas generaciones, por cuantos extraen enseñanzas del pasado para luchar y trabajar por un futuro mejor.

INDICE DE NOMBRES

A

Aalto, William 149
Abrámov, N. 364
Abramóvich, A. 363
Adams, Franklin P. 137
Addis, Thomas 141
Adler, Federico 24, 25, 26, 27, 29, 30
Adorian, Cheorghe 297
Agaltsov, A. 366
Agard 172
Agostini, José 113, 114
Alafúzov, V. 364
Alberganti, Giuseppe 255
Alberti, Rafael 44, 339, 341
Aleksandrowicz, Jakub 287
Alexander, Bill 198, 199
Alexéiev Piotr 91
Alfonso, Celestino 182
Alm, Gunnar 313, 315
Alonso Barroso, Manuel 113
Alvarez, Humberto 113, 114
Alvarez, Santiago 204
Alvarez Tabío, Luis 111
Alvarez del Vayo, Julio 16, 26, 250, 350
Allan, Ted 97
Aman, Ursula 41
Amlie, Hans 146
Andersen-Nexō Martin 262, 316
Andersson, Gösta ("Cuclillo") 312
Andersson, Gösta 313, 315, 316, 318
Andersson, Conny 312, 314
André, Edgar 186
André 273
Andréiev, A. 366
Andrejević, Djordje 374
Andryjańczyk, Stefan 287
Aneiros Subirat, Evelio 113
Angel, René 177
Angeloni, Mario 241
Anguélina, P. 340
Anguélov. Tódor 94
Antić, Vicko 378
Antikainen, Toivo 154, 155, 308
Antonini 241
Antónov-Ovséienko 346
Antoš, Pavel 127, 132
Appen, Kurt von 44
Appere 182
Aragón, Luis 166, 347
Arbousset, Samuel 297
Arcu 302
Ardeleanu, Mihai 297, 298
Arendt, Erich 332
Arjánguelski, P. 356
Arma, Pál 207
Armand, Paul 360
Armengaud 358
Arthur, Jimmy 196
Arzhanujin, F. 366
Atholl, duquesa de 187, 190
Atkinson, Brooks 137
Attlee, Clement 187, 202
Auerhan, Rudi 76
Avrámov, Rubén 87, 95
Azaña, Manuel 166, 196, 220, 338, 344, 346
Azzi, Amedeo 242

B

Baće, Maks 378
Badoglio, Pietro 253
Bahnik, Wilhelm 41
Baillet, Jean 182
Bair, Max 79
Bajlowicz, Isak 288
Bakalár, István 208
Balánov, N. 355

Baldwin, Stanley 189, 190
Bálev, Ilía Y. 88
Balicki, Pawel 286
Bálint, György 207
Baller (v. Szántó, Rezsö)
Barbusse, Henri 164, 170, 179
Bard, Philip 137
Barontini, Ilio 248, 254, 255
Barry, Tom 220
Barry, William 225
Barsky, Edward 14, 140, 141, 148
Barth, Ferdinand 80
Bartoletto, Guido 330
Bartoš, Josef 127
Barwiński, Jan (v. Strzelczyk, Józef)
Baryshpol, V. 356
Basch Endre 210
Basisti, N. 364
Basso, Luigi 250
Bastijančić 374
Batista, Fulgencio 114
Bátov, P. 366
Batrakov, A. 365
Battistelli, Libero 251
Bauer, Karl 74
Bauman (v. Demnievski, Aleksa)
Baumann 332
Baumgarten, Paul 44
Bayo, Alberto 114
Beattie, William 230
Beaulieu 182
Bebler, Aleš 318
Becker, Artur 41, 48
Beckett, Clem 195
Begović, Vlajko 378, 379
Beimler, Hans 39, 42, 43, 44, 45
Bela, Iozsa 292
Bélev, Kristio 85
Belino, Fernand 177, 181, 182, 184
Belov (v. Lukánov, Karlo)
Belloqui, José 62
Benchley, Robert 137
Benz, Willy 74, 76
Berger, Franz 74
Bergmann, Paul 41
Bergólts, A. 366
Bernanos, Georges 166
Bernard 172, 173, 182
Bertolini, Renato 255
Bertoni, Pietro 241
Berzin, Y. 365
Bessières 182
Besteiro, Julián 30
Bethune, Norman 97, 98, 101. 202, 321
Bevin, Ernest 26
Bianchi Vincenzo 251
Bibby, Leonard 195
Bickel, Ernst 328
Bielecki, Stanislaw 277
Bielfeld 34
Bier, Elisabeth 41
Bilibin, K. 363
Billoux, François 172, 184
Birch, Lorrimer 194
Biriukov, N. 366
Black, Jack 197
Blagojević Milan 378
Blank, Ernst 41, 76
Blank, Walter 43
Blesy, Louis 182, 184
Bloch, Jean-Richard 164, 166, 168
Blom, Herbert 318
Blomquist 313
Blondeau 177
Blum, León 8, 11, 165, 166, 167, 191, 344, 386
Blume, Franz 51
Bobnar, Stane 378
Bobruś (v. Nysenbaum, Boruch)
Bocchi 245
Bocor, Francisc 302
Bocharov, V. 355
Bodeanu, Constantin
Bodeck, Günter 43
Bodenmann, Marino 330
Bogdenko, V. 365
Bogza, Geo 292
Boikó, N. 366, 367
Bojku, Mihai 297
Bolek (v. Ulanowski, Stanislaw)
Bolfík, Rudolf 127
Bonano 62
Bonar, Henry 226, 229
Bonar, Hugh 229
Bono, Pablo (v. Guaglierini, Ettore)
Bonrkowski, Ignacy 288
Bonte, Florimond 172
Borah, William E. 146
Bordes, Vicente S. 75
Borilă, Petre 299
Botez, Demostene 292
Bottagisi, Severino 259
Botticher, Herman 148
Boujard, Louis 177
Boursier, Emile 177, 178, 271
Bowers, Claude G. 384
Božović, Milun 374
Bradley, Carl 144, 146
Branting, Georg 308, 310, 311, 320
Branting, Hjalmar 36, 308, 316
Braun, Ernst 41
Braun, Kurt 41
Braun, Madeleine 166
Bravo 359
Bré, Fanny 181
Bredel, Willi 41, 52

Brent, Jack 204
Bret, Francesco 250
Breton, André 181
Bright, George 195
Brignoli 249
Brings, Max 51
Briskey 195
Brito 113
Brix, Alexandru 302
Brizuela, Américo 80
Brkić, Vlado 376
Broszko, Stanislaw 288
Bröttinger, Kurt 41
Brouckère, Louis de 27, 28, 29, 30, 31
Brown, George 196, 230
Brown, Isabel 187
Browne, Felicia 192
Brožek, Miloš 122
Brunner, Otto 328, 331, 332, 333
Bruzón Neira, Roberto 113
Bubeníček, Alexandr 130
Buck, Tim 23, 96, 97, 98
Bujor, M. Gh. 292
Bujor, Traian 297
Bulandra, Tony 292
Burcă, Constantin 298, 299
Burcă, Mihai 299
Burmístrov, I. 365
Busch, Irving 141
Busch, Ernst 41
Buschmann, Ernst 51
Bushka, Henry 155, 156, 157
Busjín, V. 367
Butyrski, V. 366
Bystrov, S. 361
Bystrova, E. 338

C

Caballero (v. Largo Caballero, Francisco)
Cachin, Marcel 25, 26, 28, 164, 166, 172
Cagney, James 140
Calandrone, Giacomo 249
Caldwell, Erskine 137
Călin, Ion 302
Călinescu, George 292
Calisuri, Giuseppe 297
Călugăru, Ion 292
Călugăru, Vasile 297
Callimachi, Scarlat 292
Constantinescu-Jaşi, P. 292
Camen (v. Paietta, Giuliano)
Campeau, Ralph 195
Campos Cuina, José 113
"Canadiense" (v. Kozlowski, Stefan)
Canapino (v. Calandrone, Giacomo)
Canaris, Wilhelm 34
Candón, Policarpo 112
Cane, Lawrence 149
Cannon, Walter B. 141
Canonica, Antonio 326
Carbajal, Ladislao G. 4
Carrara, Giuseppe 250
Carre 170, 181
Carré, Gaston 182, 297
Casado, Segismundo 9, 30, 367
Casals, Roberto 113
Casares Quiroga, S. 344
Cassou, Jean 164
Castello, R. (Walsh) 160
Castiella 204
Castro, Fidel 114
Cathala, Jean 172, 182
Caudwell, Christopher 195
Cazala 179
Cazalet, Víctor 190
Cecil, lord 87
Cesarec, August 374
Ćetković, Vlado 378
Ciano, conde Galeazzo 238
Cibrario, Prieto 250
Cîmpeanu, Constantin 298
Citrine, Walter 26, 191
Ciul, George 299
Ciurlik, Szymon 286
Clark, Christie 222
Clark 146
Claudel, Paul 166
Cleja Bucur 302
Clerc 177
Clive, Lewis 201
Cloşca 294
Clouet 182
Coady, Denis 227
Cocea, N. D. 292
Cocimarovschi 301
Codovilla, Victorio 23
Cohen, Nat 192
Colombo, Cesare 4
Comida, Paolo 192, 241
Connolly, James 232, 224, 227, 229
Connolly-O'Brien, Nora 222
Conroy, Frank 226
Constantinescu, Al. C. 292
Constantinescu, Alexandru 302
Constantinescu-Jaşi, P. 292
Contreras, Carlos (v. Vidali, Vittorio)
Conway, Kit 225, 227, 229
Cooney, Bob 200
Cooperman 197
Copeman, Fred 196
Copić, Vladimir 374, 375
Cornford, John 23, 194
Cosgrave, William Thomas 219, 225

Costello, J. A. 220
Costinuc, Vasile 297
Cot, Pierré 168
Cotille 182
Coutelle, Rosa 41
Cripps, Stafford 202
Crişan 294
Cristea, Ilie 292, 297
Cristea, Nicolae 297
Cristov, Mihai 299
Croft, Henry Page 190
Crome, L. 202
Cséby, Lajos 213
"Cuclillo" (v. Andersson, Gösta)
Cueira, Manolo 113
Cuervo 114
Cuevas, Julio 113
Cummins, Seamus 225
Cunningham, Jack 194, 196, 197, 228
Cvetko, Večeslav 378
Cvitković, Miljenko 378
Ćwik, Tadeusz 271
Czyra, G. 278

CH

Chamberlain, Neville 50, 189, 190, 191
Champion 182
Chautemps, Camille 167
Checa, Pedro 28
Che Guevara, Ernesto 114
Chernij, S. 355
Chobánov, Nedelcho 89
Choltiz, von 181
Chrétien, Henri 181
Churchill, Winston 190
Churílov, S. 366
Chúsov, I. 366

D

Dahlem, Franz 3, 5, 21, 23, 27, 28, 30, 42, 52
Dahlem, Käthe 41, 203
Dahlström, Birger 312, 316, 317
Dahlström, Karl 315
Dakić, Božo 378
Daladier, Edouard 50, 167
Dalecki, Antoni 288
Dalmau Naranjo, Pedro 113
Daly, Peter 230
Dalland, Randulf 4
Dallet, Joseph 103, 143, 146
Damiánov, Raiko 87, 95
Dank, Leo (v. Neissl, Hermann)
Dapčević, Peko 378, 379
David 108
Davidovitch, M. 195
Davis, William 230
Dawidowicz, Adam 277
Degrella, León 330
Delaprée, Louis 166
Delbos, Yvon 166
Delcamp 182
Delmiro, Gagliardo 250
Delvigne, Jean 27
Démchenko, M. 340
Demnievski, Aleksa 299, 375
Denísov, S. 355
Denz, Albert 40
Detro, Philip 144
Deutsch, Julius 27, 65
De Valera, Eamon 219, 220
Dewey, John 137
Diánkov, Doncho 88
Díaz, José 12, 13, 14, 17, 96, 340, 342
Díaz Soto, Luis 113
Díaz, Ricardo 106
Dickel, Fritz 41
Díchev, Dimo 95
Díchev, Sybi 95
Dietrich, Fritz 43
Digges, Alec 204, 232
Dimitrov, Jorge 24, 25, 27, 308, 371
Dimitrov, Sybi 87, 94, 95
Dissbach, de 330
Djaković, Djuro 90, 91, 92, 127, 130, 375
Dmítriev, V. 367
Dmítriev, M. 366
Dobias, Hans 69
Dobrescu, Dem. 292
Dobritzhofer, Anton 69, 73, 74, 76
Dobróev 91
Dobson, Harry 201
Dóichev, Jristo 92
Domani, Robert 378
Domański-Dubois, Mieczyslaw 271
Dombrowski (Dabrowski), Józef 288
Donajsski, Wladyslaw 288
Donati, Alberto 241
Doncea, Constantin 302
Donnelly, Charlie 229
Doppler, Max 62, 328
Doran, Dave 147
Dorf, Arthur 41
Dörfel, Emmy 41
Doriot, Jacques 330
Dorohoi, Leontin 299
Douda, J. 126
Douglas, Paul 141
Doyar, S. 356
Draxler, Peter 68
Drozd, V. 365
Drumm, Hermann 41, 45

Duclos, Jacques 23, 172
Dufek, Karel 127
Duff, Paddy 225, 233
Dula, Jaroslav 122
Dumont, Jules 170, 174, 181
Dunbar, Walcolm 196, 200
Dundić, Aleksa 371
Dürmayer, Heinz 70
Durruti, Buenaventura 342
Dwornikow, Mikolaj 270, 280
Dycka, Josef 69

E

Ebb, Gunnar (v. Koskinen, Paavo)
Ebert, Imre 214
Edelman, Bernardo 60, 62
Edelman, Fanny 62
Eden, Anthony 190
Edwards, Frank 225, 233
Edwards, Lionel 100, 106
Eftimiu, Víctor 292
Egórov, V. 365
Eguipko, N. 365
Ehrenburg, Ilyá 340
Einstein, Alberto 141
Eisner, Jan 132
Ekelöf, Gunnar 314
Ekström, Holger 311, 313, 316, 319
Elguer 62
Eliséiev, I. 365
Eloesser, Leo 141
Elliot, Bob 196
Enafe, Eugène 172
Enescu, George 292
Engel, Ilija 378
Engelmann, Leo 80
Engelmann, Wilhelm 39
Epstein, Joseph 181, 182
Erb, Ferdinand 70
Erbe, Hans 48
Ercoli, Mario (v. Togliatti, Palmiro)
Eriksson, Allan 313
Eriksson, Per 312, 314
Eriksson, Rune 312, 314
Eriómenko, I. 352
Erkillä, Tauno 160
Erlykin, E. 351
Ernstedt, Karl 315, 317
Esbert, A. 342
Escure, Charles 172
Estella (v. Noce, Teresa)
Estensen, Otto 197
Etz, Franz 70
Etz, Willy 70
Evans, Harry 202
Ewert, Olla 41

F

Fabian (v. Auerhan, Rudi)
Fabien 172, 173
Fábry, Máté 125
Fábry, Stefan 125
Făclie, Alexandru 302
Fadiman, Clifton 137
Fadéiev, A. 338
Fairchild Henry Pratt 147
Fajans, Irving 149
Falco, Bernardo 250
Faltin, M. 302
Farini, Carlo 255
Faupel, Wilhelm 34
Feldmann 43
Feller, Paul 41
Ferák, Jan 127
Fernández, Evaristo Luis 182
Fernández Marthen 113
Fernández, Pedro (v. Cséby, Lajos)
Fernando (v. Bahnik, Wilhelm)
Fernström 313
Ferrand, Albert 183
Ferrero, Ernesto 363
Fersman, A. 338
Fetahagić, Ahmet 378
Fierro 62
Filipescu, Grigore 392
Filípov, Spas Belkov 62
Fischer, Adolf 70, 76
Fischer, Dorothy Canfield 137
Fischer, Walter 69
Flatter, Ottó (v. Münnich, Ferenc)
Florescu, Mihail 297
Foley, Jim 226
Fomenko, I. 353
Fomín, A. 367
Fongarnard 182
Ford, John Anson 140
Fort, Gabriel 176, 177
Forbáth, Imre 207
Forsman, Gusten 318
Forsman, Walter 159, 160
Fox, Ralph 23, 193, 194, 227
Fox, Tony 226
Fox, William 229
Fraga Iribarne, Manuel 204
Franco, Francisco 9, 36, 48, 50, 59, 63, 64, 68, 83, 86, 108, 120, 132, 135, 143, 150, 167, 183, 189, 190, 191, 221, 222, 234, 238, 239, 248, 266, 306, 307, 320, 328, 329, 330, 348, 355, 384
Franek (v. Kolárov, Piotr)
Franzén, Bruno 315
Friedemann, Golda 41
Friedemann, Max 39, 51
Friedman, A. I. 141

Friemel, Rudolf 77
Fritz, Heinrich 71
Fritz, Mali 80
Frolov, V. 366
From, Walter (v. Laakso Eino)
Fry, Harold 198
Füchsel, Roman 79
Fügedi, Pál 217
Fugmann, Fritz 51

G

Gabula, Karol 127
Gacek, Jan 284
Gál, János 209, 213
Galán, José María 173
Gáltsev, I. 366
Gallacher, William 202
Gallagher, Leo 140
Galli, Honoré 181, 184
Gallo (v. Longo, Luigi)
Gannes, Jarry 60
Gannon, Bill 224
Garánov (v. Zajaríev, Z.)
Garbarini, Kurt 41, 52
García 299
García, Cristino 182
García, Lino 113
García Lorca, Federico 56
García Oliver 347
Gartmann, Hermann 41
Gaudefroy 182, 184
Gebhart, Franz 79
Gede, Kazimierz 125
Geisen, Hermann 39, 52
Geiser, Carl 146
Gellhorn, Martha 137
Gemmel, Rudolf 39
Georges, Pierre (v. Fabien)
Georgescu, George 292
Gerasi, Fernando 270, 277
Giacobini, Guido 240
Gibelli, Primo 241, 351, 355
Gilmore, George 220
Ginzburg, Frieda 79
Giral, José 191, 338
Glacken, Peter 230
Gladewitz, Richard 41
Glaser, Otto (v. Stern, Max)
Glaser, Wilhelm 48
Gleditsch, Kristian 263
Gleditsch, Nina Haslund 263
Goas Leão, Efalio 113
Goebbels, Paul Josef
Goering, Hermann Wilhelm 33, 35, 383
Goff, Irving 149
Goffe, V. 366
Golderger, Max 80
Golovkó, A. 365
Gómez (v. Zeisser, Wilhelm)
Gómez, Máximo 111
Gómez, Miguel (v. Avrámov, Rubén)
González, Manuel 143
González Lanuza, Andrés 113
González Tuñón, Raúl 60
Górecki, Waclaw 277
Górev, V. 354
Gorrisch, Walter 41
Górski, Franciszek 288
Gošnjak, Iván 375, 379
Gottwald, Klement 116, 125, 126, 127, 129, 131, 132
Gough, Joe 194
Grabar, I. 338
Grabowski, Antoni 287
Grachov, I. 365
Graf, Josef 44
Graham, Sidney 144
Grandel, Jean 172, 182
Grebenárov (v. Paúnov, Iván Ivanov)
Green, Leo 226
Green, Nan 204
Gregoire, André 172, 184
Gregorčić, Jože 378
Greiner, Ferdinand
Grenete 113
Grepp, Gerda 262
Grieg, Nordahl 262
Grillet 175
Grimau, Julián 15, 183, 204
Gritsevts, I. 354
Groza, Petru 292
Grózev, Simeón 89
Grubeshlíeva, María 85
Grünberg, Gottfried 52
Gruszka, Józef 287
Grynchárov (v. Gúmushev, Zhecho)
Gua, Renzo 252
Guaglierini, Ettore 240
Gueórguiev, Vlado 95
Gueorguíev, Mirón (v. Dobróev)
Gueorguíev, Spas 95
Guerásimov, A. 338, 359
Guerrini, Nunzio 250
Guest, David 201
Guimpel, Boris 175, 176, 182
Guiteras, Antonio 110
Gúmushev, Zhecho 89
Gundelach, Gustav 41
Gúriev, N. 366
Gúsev, A. 358
Gúsev, K. 355
Gustaw (v. Stenhel, Henryk)
Gyárov, László 216
Györkel, Jenő 4

H

Hackl, Anton 78
Had, Rudolf 70
Hager, Kurt 41
Hager, Sabine 41
Haken, Oldřich 127
Halifax, E. F., lord Irwin 191
Hamon, René 179
Hansson, Helmer 312, 314
Hansteen, Viggo 262
Hapiot, Julien 182
Haralambie, Anghel 299
Hariš, Iván 378
Haudecoeur 178, 181
Hautojärvi, Eero 158, 159, 160
Heartfield, John 323
Heilbrunn 41
Heimann, Fritz 332
Heller, Otto 69
Hellfeld, Hanry 74
Hewingway, Ernesto 37, 47, 137
Hemmen, Jean 172, 182
Hempel, Käthe 326
Hene 97
Henlein, Konrad 120
Henri (v. Matuszczak, Stanislaw)
Henry, Bill 229
Henry, William 144
Henryk (v. Zimmermann, Hersz)
Heppner, Otto 52
Héras, Just 182
Herebejös, László 207
Hermans, Tauno 159
Hermlin, Werner 39
Hernández, Miguel 341
Hernández, Oscar 113
Herriot, Edouard 168
Hertl, Hans 77
Hertz, Paul 37
Hevesi, Ákos 214, 215, 271, 351
Hidas, Antal 207
Hidalgo de Cisneros, Ignacio 351, 353, 357
Hiebl, Laurenz 70, 80
Hierro, Matías 356
Hilliard, R. M. 227
Himmler, Heinrich 37
Hinks, Joe 196
Hirsch, Sepp 39
Hirschmann, Franz 70
Hitler, Adolfo 7, 33, 34, 35, 36, 50, 64, 68, 76, 77, 96, 116, 120, 149, 166, 167, 190, 238, 267, 276, 290, 320, 323, 358, 369, 384, 385
Hitzenberger, Hias 70
Hjärpe, Gösta 317
Hofer, Peter (v. Steiner, Paul)
Hofer, Thomas 66, 74
Hoffmann, Erich 41
Hoffmann, Heinz 41, 53
Hoffmann, Reinhold 39
Hoffmann, Richard 51
Holdoš, Laco 125, 130
Holubec, Karel 116
Honner, Franz 79, 79
Horia 294
Horner, Arthur 138
Hošek, Jaroslaw 125
Hössler, Albert 41, 52
Hreisemnou, Franz 69
Hruška, Josef 127
Hubert, Gabriel 172, 178
Hubmann, Erich 78
Hukkinen, Onni 161, 163
Humhál, László 208
Hunter, Hugh 233
Hynes, Harry 144

I

Iancu, Avram 294
Iancu, David 302
Ibárruri, Dolores 3, 4, 7, 18, 19, 167, 179, 284, 320, 360
Ignatenko, A. 356
Ilič, Ljubo 378
Illyés, Gyula 207
Inzelsztein, León 273
Ioffe, Z. 351
Ippen, Felix 303
Isáev, Mladén 84
Ischenko, Y. 366
Iunian, Grigore 292
Ivanov, Blagói 87, 95
Ivanov, N. 366
Ivanov, P. 366
Ivanov, S. 366
Iwens, Joris 47
Izvékov, Y. 366

J

Jacob, Constantin 301
Jacopini, Francesco 250
Jacquot 171, 182
Jakic, Fadil 378
Jaláichek, Kiril 95
Janik, Stanislaw 288
Janin, Henri 172
Jankez, Grga 378
Járchenko (v. Jvátov Mijaíl)
Jasiński, J. 287
Jász, Dezsö 210
Jaszuński Szymon 282
Javoli, Giuseppe 250

Jebeleanu, Eugen 292
Jeleń, Boleslaw 286
Jensen, Fritz 69, 71
Jerkers
Jiminez, Michael 149
John, Rudolf 127
Joliot, Frédéric 164
Jolzunov, V. 351, 355
Jones ("Patata") 204
Jones, J. L. 189
Jorga, Nicolae 292
Joschka (v. Kavka, Josef)
Jouhaux, León 26
Jourdan 182
Jourdain, Francis 168, 182
Jovanović Zikica 378
Jovanski, I. 355
József, Attila 207
Jrístov (v. Marínov, Nikola)
Jungman 62
"Junker" (v. Maksymiuk, A.)
Jürgensen, Juli 38
Jürgensen, Otto 41
Jvátov, Mijaíl 280, 366

K

Kachálov, V. 338
Kachánov, K. 365
Kahan 132
Kahle, Hans 41, 47, 253
Kalaš, Josef 125
Kapitański, Marian 286
Kapor, Ćedo 378
Kárbov (v. Tódorov, Liubomir)
Kardash, William 105
Karlenius, Boris 160
Karlsson, Gustav 319
Karlsson, Ivar 313
Karmén, Román 340
Kartin, Piotr 287
Kaspar, Karl 74
Kassák, Lájos 207
Kast, Peter 41
Katz, Karl 44
Kavka, Josef 71
Keller. Fred 146
Kelly, Michael 230
Kerekes, Ferenc 208
Kerr, Bob 103
Kerrigan, Peter 194
Kessler, Paul 81
Keszöcze, Endre 210, 212
Keto, Reino 162
Kveder, Dušan 378
Kijak, Andrzej 277
Kilpi, Sylvi-Kyllikki 153
King 146
Kioseivánov, Gueorgui 83, 86
Kirchner, Jan 284
Kirílov, Kiril 93, 95
Kisch, B. 116, 118
Kisch, Egon Erwin 66
Kískinov, Jordan 95
Kiwitz, Heinz 41
Klamm, Franz 41
Kleber (v. Stern, Manfred)
Klich, N. 366
Klímov, A. 361
Kliuss, I. 366
Knézl, František 128
Knézl, Miloš 127
Knobloch, Walter 75
Knopp, Leopold 70
Kobylák, Antonín 125, 127
Kochanek, Antoni 270, 273
Kokoška, Oskar 116
Kolárová, Nikolái Vasílev 89, 90
Kolárov, Piotr 89, 93
Kolésnikov, D. 355, 366
Kolésnikov, K.
Kolorz, Józef 284
Kolpakchí, V. 366
Koltsov, M. 340
Komar, Waclaw 271, 277
Komjat, Aladár 207
Kondrátiev, S. 361
Koniecznak Stefan 288
Konkov, G. 353
Koplenig, Johann 66
Koptés, 351, 355
Korchyński, Grzegorz 286, 287
Korobkov, P. 359
Korous, Walter 69
Korpi, Yrjö 162
Koskinen, Paavo 156, 157, 158, 159 161, 162
Kostecki (v. Kolorz, Józef)
Kotas, Ludwik 287
Koturović 378
Kovačević, Djordje 374, 375
Kovačević, Mirko 375, 377
Kovačević, Veljko 378, 379
Kovács, Ferenc 272
Kovacsik, Gyula 208
Kovalevski, A. 351
Kovaliov, D. 366
Kovtún, K. 355
Kozderka, Kamil 127
Kozlowski, Stefan 278
Kozovski, Ferdinand 23, 87, 89, 95
Král, Karel 127
Kramer, Erwin 52
Kramer, Hermann 41
Krajačić, Iván 378, 379
Krajačić, Marijan 378
Kreačić, Otmar 378

Krejčí, Jan 125
Krejčí, Stanislav 132
Krémer, I. 4
Krieger (v. Bianchi, Vincenzo)
Krístanov, Tsvetán 89
Krivoshéin, S. 360
Kríž 127
Krobš, Roman 122
Kronovitz, Mátyás 208
Kršák, Géza 127
Krsmanović, Branko 375, 376, 378
Krupenin, T. 353
Kruth, Niilo 155
Kružik, František 4
Krzykalski, Boleslaw 278
Księzarczyk, Franciszek 3, 280, 283, 286, 287
Kubacki, Stanisław 286
Kubat, Ignacy 287
Kubiak, Waclaw 288
Kubín, K. 131
Kugler, Norbert 51
Kühn, Bruno 41, 51, 52
Kühne, Otto 41
Kukowitsch, Hans 51
Kulik, I. 366
Kumelán, V. 366
Kun (v. Andrejević, Djordje)
Kupriánov, P. 361
Kurt (v. Dycka, Josef)
Kuttner, Erich 37
Kuzmín, G. 365
Kuznetsov, N. 364
Kuznicki, Wiktor 240, 273, 274
Kveder, Dušan 378
Kymlička, Antonín 125
Kynchev, Vl. 92
Kyyny, Yrjö 156

L

Laakso, Eino 161, 162
Laakso, Kallas 161, 163
Laborda, Ramón 224
Lacierra, José 274
Ladi, Péter (v. Sziklai, Sándor)
Lafond 172, 182
Lagunas 182
Lajdl, Lorenc 126
Lakéiev, I. 353, 355
Lamb, Leonard 146
Lampredi, Aldo 255
Landeta 113
Landis, Arthur H. 4
Lange, Stanislaw 287
Langer, Marcel 182
Langevin, Paul 164, 168, 347
Lanier Sobrado, Leopoldo 113
Lappe, J. 4
Lappen (v. Lundström, Robert)
Laputin, S. 364
Largo Caballero, Francisco 238, 348, 349, 361
Lassila, Ahti 163
Laštovička, Bohuslav 126
Latinović, Lazar 378
Laughran, William 230
Laurent, Emilio 111
Laval, Pierre 165
Lavski, V. 356
Law, Oliver 144
Lawther, Clifford 195, 202
Lawther, Will 195
Lazăr, Alexandru 297
Lazăr, Miron 302
Lazowy, Wasyl 271 287
Leandro, Andre 250
Leclerc 182
Lee, Samuel 226
Lehane, Michael 232
Lehén, Tuure 154
Lehtovirta, Hugo 158
Lekić, Danilo 378
Lemaitre 182
Lemponen 319
Lenhardt, Víctor 76
Leone, Francesco 241, 255
Lerroux, Alejandro
Leszkiewicz, Jan 286
Lettner, Fritz 78
Leveson, Raquel 62
Lewiński, Adam 284
Lewis, Sinclair 137
Liáschenko, N. 366
Lie, Ottar 262, 263
Liimatainen 163
Lijoliótov, V. 365
Liljegeren, Olof 312
Liljemark, Erik 312
Lindbaek. Lise 262
Lindgren 313
Lippe, Just 262
Lisin, S. 365
Líster, Enrique 249, 275
Litvínov, M. 347
Liversedge, Ronald 103
Lóbach, I. 361
Locateli 245
Loczyński, I. 287
Lohberger, Kurt 52
Lohn, Gustav 125, 127
Lojander, Eero 157, 158, 159
Longo, Luigi 4, 10, 25, 27, 28, 30, 203, 240, 241, 244, 249, 250, 252, 255
Longuet, Jean 168
Lopatin, V. 366

López 179
López Raimundo, Gregorio 204
Lorski, Andrzej 272
Lose, Paul 44
Löwenstein, Franz 39
Luda, Franz 71
Ludovic, Matias 297
Ludwick, P. 108
Lugli, Bruno 251
Lukács, Pál (v. Zalka, Máté)
Lukánov, Karlo 23, 87, 95
Lundström, Robert 314
Lupu, Nicolae 292, 293
Lustig (v. Hubmann, Erich)

LL

Llaca Argudín, Enrique 111
Llamas 280
Llera Gafas, Miguel de la 113

M

Maag 331
Macardle, Dorothy 222
Mackenzie 99
Mancháček, B. 126
Machado, Antonio 341
Machado, Gerardo 110, 113
Madarász, Emil
Madariaga, Manuel 113, 207
Mahnke, August 51
Maidagán 113
Maiski, I. 344
Májek, Jožko 125, 126, 129, 130
Major, Józef 277
Mak, Henry (v. Mäki, Henry)
Makárov, P. 338
Makaséiev, B. 340
Mäkelä Niilo 107, 154, 158
Mäki, Henry 155, 159, 161
Maksymiuk, Adam 278
Malec, Piotr 286
Malinovski, R. 366
Malraux, André 164, 166, 170
Mallina, Leopold 70
Mamford, Lewis 137
Mamsúrov, J. 366
Maniou, Armand 214
Manízer, M. 338
Mancini (v. Roatta)
Mann, Enrique 37
Mann, Tomás 37
Mann, Tom 192, 202
Mannien, Kalle 160
Manola, Srećko 378
Manouchian 182
Mantere, Aser 158, 159
Manuel 228
Manzanelli, José 62
Mara (v. Gincburg, Frieda)
Marchwitza, Hans 41, 332
Marinello, Juan 61
Marinescu, Gh. 292
Marínov, Nikola 90, 273
Marínov, Stoiko 89
Maroto, Angel 297
Martelar, Pía 113
Martens, Hans 41
Martínez Barrio, Diego 390
Martínez Méndez, José A. 111
Martínez, Waldo 113
Martini, Martino (v. Vaiga, Alecsandro)
Marty, André 23, 170, 172, 174
Marschall, László 218
Masaryk, Tomás 93, 126, 130
Masaryk, Jan 120
Masereel, Franz 37
Maslarić, Božidar 374
Máslov, V. 366
Maslow 44
Massinger, Hermann 52
Masters, Sam 192
Matthews, Herbert 137
Matuszczak, Stanislaw 270, 278
Matych, Karol 127
Mauriac, François 166, 241
Maurovic, Remigio 241
Mauvais, León 172
Mavródiev (v. Tsípurkov, Iván)
Maxímov, I. 366
May, Allan 97
May, Mick 226
Mayer, Johann 73
Mayer, Philipp 44
Mazza, Domenico 250
McDade, Alex 196
McDaid, Paddy 229
McGregor, Liam 201, 232
McGrotty, Eamon 144
Mc'Laughlin, Paddy Roe 232
McLaurin 194
Meehan, John 226
Megheri, Ştefan 300
Menon, Krishna 200
Meredith, Bill 196
Meretskov, K. 366
Merino, Pedro 282
Meruelos Bartarraín, Homero 113
Merriman, Robert 143, 144
Mešterović, Djuro 372
Meurling, Olle 311, 314
Mewes, Reinhol 53
Meyer, Georg 44
Mezö, Imre 214, 218

Mical, Augustyn (Gustek) 287
Michaut, Roger 4
Míchev, Konstantín 84, 89
Midgely, Harry 222
Mielke, Erich 41
Mihail, Alexandru 302
Mijáilov, Gueorgui 87
Mijailovski, S. 353
Mikkolo, Arvi 160
Mikólich, P. 361
Milch, Erhard 34
Mildwater, Geoffrey 197
Miller, Morris 206
Mináev, A. 353
Mínkov (v. Míchev, Konstantín)
Mínkov, Svétoslav 85
Minlos, B. 60
Minor 302
Mitrov, Danko 378
Mitter, Fritz 76
Mittermaier, Sepp 70
Modesto, Juan 49, 50, 145, 198, 385, 393
Mogielany, Franciszek 286
Makroúsov, A. 366
Mola, Emilio 59, 188, 241, 384
Moldoveanu, Horia 300
Molnár, István 215, 218, 283
Molojec, Boleslaw 271
Mólotov, V. 348
Möller, Lotte 41
Montalbán, Enrique 113
Morales, Mario 113
Moraru, Nicolae 297
Morillo, Fernando 250
Morley, Christopher 137
Morquillas 359
Mortensen, S. 4
Morris, Thomas 230
Mościcki, Ignacy 286
Mosley, Oswald 187, 388
Motta 329
Mózylev, D. 361
Mraz, Lorenz 74
Mrazović, Karlo 378
Mrkva, Jan 127
Mrowiec, Antoni 286
Mrozek, Józef 287
Mroziński, Beniamino 284
Mudado, Beniamino 250
Müller, Hugo (v. Fischer, Adolf)
Müllner, Víctor (v. Zipper, Hans)
Münnich, Ferenc 23, 75, 209, 213, 218
Munschke, Ewald 41
Murray, Ben 230
Murray, Sean 220, 221, 222, 225
Mussolini, Benito 7, 50, 68, 76, 96, 116, 149, 165, 167, 175, 190, 236, 237, 238, 245, 248, 250, 290, 320, 338
Myllykangas, Arvi 160
Mynttinen, Aarne 157

N

Nadj, Kosta 378, 379
Nagorni, N. 366
Nagy, Pál 214
Nalty, Jack 201, 227, 232
Nanetti, Nino 249
Nathan, George 175, 193, 196
Nedelin, M. 366
Negrín, Juan 350
Nehru, Jawaharlal
Neissl, Hermann 70
Nekvasil, Miloš 127
Nelson, Steve 146
Nenni, Pietro 27, 244
Neruda, Pablo 61
Nesterenko, I. 366
Neumann, Alfred 41
Neveu, Henri 182
Nicolau, Ramón 111
Nicole, León 332
Nicoletti (v. Vittorio, Giuseppe di)
Nicholl, Arthur 197
Niebuhr, Pál (v. Hevesi, Ákos)
Niewiadomski, Stefan 270
Nihtilä Kauko 156, 157
Nikoliš, Gojko 378
Nilsson 319
Nissen-Egede 316
Nitti, Fausto 251
Noce, Teresa 249
Nodal, Norberto 114
Nolan, Michael 226
Norrman, Harald 315
North, Joseph 137
Nóvikov, V. A. 362
Nóvikov, V. M. 364
Nóvikov, P. 366
Nye, Gerald Pentice 146
Nysenbaum, Boruch 278

O

O'Brien, Francis 233
O'Brien, T. Thomas 230
O'Connor, Peter 233
O'Daire, Paddy 195, 197, 229, 232
O'Donnel, Peadar 220, 221, 222, 334
Odpadlík 127
O'Duffy, Owen 220, 221
O'Farrill, Ramón 111

O'Flaherty 226
O'Flanagan 223, 224
Oghen (v. Uchmar Anton)
Ogulinac, Franjo 378
O'Hanlon, Liam 233
Ohman, Olavi 159
Olovsson, Gottfrid 319
Olsson, Knut 4
Ollenhauer, Erich 37
Ollerenshaw, Arthur 197
O'Malley, Ernie 222
Omastka, Wladyslaw 286
O'Neil, Dick 229
Opatrný, Vendelín 126, 127
Oppmann, Taddéc 182
O'Regan, James F. 233
Orešković, Marko 314, 378
O'Reilly, Donal 225, 233
O'Riordan, Michael 233, 234
Orlovski, K, 366
Ortelli, Angel 62
Ortiz 62
Osadchi, S. 361
Osipov, S. 365
Osorio y Gallardo, Angel 55, 60
Osten, Maria von 41
O'Sullivan, Paddy 232
Oussidoum, Rabah 175, 177, 178

P

Pääkkö, Villi 156, 157
Pablo Juan de (v. Jász, Dezsö)
Pacciardi, Randolfo 242, 251
Paczenig, Anni 79
Paietta, Giuliano 249, 251
Päiviö, I. 159
Pajunen, Paavo 155
Pakin, León 286
Pakkala, Frans 155
Palacios 113
Palencia, Isabel de 310
Paliga, Constantin 302
Palka, Franciszek 270
Panchevski, Piotr 87, 95
Papadzhákov, Dimitr 87,
Papineau 99
Paredes 360
Parhon, G. I. 292
Parović, Blagoje 251, 375
Parra Sarmiento, Carlos M. 113
Paternoster, Alfredo 250
Patterson, Ellis
Patton, Tommy 225
Paúnov, Iván Ivanov 91
Pávlov, D. 361, 362
Pavlović, Ratko 378
Paynterr Will 204
Pearson, Drew 146
Pedersen 319
Penchienati, Carlo 246, 251
Pénev, Kosta 87
Penz, Rudolf 65
Peña, Leoncio 150
Peraza, Luis 113
Pereira 359
Peri, Gabriel 166
Perkowski, Jan 288
Perrault, Louis 172
Perrin, Jean 164
Perrin, Marc 182
Peso, Manuel del 113
Pétain, Henri Philippe 52
Peters, James B. 141
Petroček, Juraj 125
Petrov (v. Kozovski, Ferdinand)
Petrov, M. 362
Petterson, Axel 314
Pfenninger 327
Pfordt, Wilhelm 39
Picasso, Pablo 347
Picelli, Guido 245, 246
Pídgola, I. 367
Pidorenko, N. 366
Pieck, Guillermo 23, 36, 46
Pieragostini, Rafaele 255
Pietrzak, Antoni 284
Pilsudski, Józef 204
Pimpeau 181
Pina, Víctor 111
Pinessi, Luigi 250
Pinnecke, Wilhelm 48
Pískovský, Ladislav 127
Píterski, N. 364
Pitha, Bruno 127
Pléschenko, G. 358
Plieseis, Sepp 78
Pliujin, M. 366
Podgoretski, V. 366
Pogodin, D. 362
Pol (v. Wiśnia, Pawel)
Poletti, Pietro 250
Pollitt, Harry 23, 193, 198, 389
Pomóschnikov, A. 366
Poole, J. 192
Poor, Ana 206
Pop, Nicolae 297
Popov, Avgust 95
Popov, Borís 95
Popović Vladimir 378, 379
Popović, Koča 378
Popovski, Jelisije 379
Porombka, Vincenz 52
Porras, Pablo 113
Power, John 226, 233
Patrick (Paddy)
Power, William (Whillie) 226

Prater (v. Sattler, Karl)
Prendergast, Jim 225, 233
Prestes, Luis Carlos 186
Pribyl, Zdenek 297
Priess, Heinz 51
Primo 113
Prítsker, D. 4
Prokófiev, G. 351
Proskúrov, E. 351, 355
Ptujin, E. 366
Pumpur, P. 355

Q

Quisling, Vidkun 257

R

Rach, Adolf 127
Radevski, Raiko 89
Radiónov (v. Radóinov, Tsviatko)
Rádnoti, Miklos 207
Radóinov, Tsviatko 87, 95
Raeder, Erich 384
Rajk, László 216, 217
Rákosi, Mátyás 125
Ramishvili, S. 365
Ramos Oliveira, A. 341
Rapaport, Hersz 288
Rasquin 176
Rau, Heinrich 41, 52, 203
Real, Orlando del 113
Rebière, Pierre 180, 181
Reboul 181
Reicher Gustaw 272, 278
Reiner, Adolf (v. Dobritzhofer, Anton)
Renn, Ludwig 41, 47
Repard, Theodoro 60
Repstock, Kettil 313
Rettmann, Fritz 41
Reuter, Emil 74
Reutersvärd, Krister 312, 314
Reversen, J. 4
Richard, Paul 170, 297
Richter, Äke 319
Říha, Stanislav 127
Rimbach, Karl 74
Ríos, Fernando de los 111
Rivani, Pietro 250
Rivas, Luis 252
Rivet, Paul 164
Roasio, Antonio 242, 247, 255
Roatta 175, 248, 249
Robak, Michal 288
Robert, Yvonne 181
Robeson, Paul 37, 149
Robles 283
Rodes (v. Radevski, Raiko)
Rodímtsev, A. 366
Rodríguez Valdés, Joseíto 113
Rodriguito 113
Rogeby, Sixten 312
Rogers, Frank 108, 159
Rojo, Vicente 251, 356, 357, 362
Rol 179
Rol-Tanguy, Henri (v. Tanguy, Henri)
Roloff, Carlos 111
Rolla, Bruno 255
Rolland, Romain 164, 166, 347, 388
"Rollo" (v. Dahlström, Birger)
Roman, Andrei 297
Roman, Valter 3, 294, 295
Romanones, conde de 384
Römer, Beppo 53
Rónai, Mihály András 207
Roosevelt, Franklin D. 135, 384
Rosa Fernando de 240
Roscher, Max 41
Rosenberg, Alfred 383
Rosselli, Carlo 241
Rosskampf, Heinrich 52
Roşu, Nicolae 301
Rouquès, Pierre 168, 181
Rowe, Bill 204
Rózenberg, M. 346, 348
Rozman, Franc 378
Rubinstein, Józef 278
Ruiz, François 177
Rukavina, Iván 378, 379
Rutkowski, Jan 286
Ruzicka, Alfred 70
Rwal (v. Reicher, Gustav)
Ryan, Frank 220, 225, 226, 227, 230, 232, 233
Ryan, Maurice 232

S

Sachelarie, Ion 297
Sadoveanu, Mihail 292
Sagnier, Marcel 171, 174, 175, 178, 179
Sahia, Al. 292
Saint-Exupéry, Antoine de 166
Salazar, Antonio de Oliveira 167
Salfkow, Anton 53
Salinger, Hermann 52
Samec, Alois 127
Samet León 272
Sánchez, Alberto 112
Sánchez Díaz, Mario 113
Sandemann Toni
Sanjurjo, José 33, 34
Sapózhnikov, S. 364

Sarabia 47
Sas Dragos, Andrei 297
Sattler, Karl 80
Sauckel, Fritz 330
Sávich, O. 340
Săvulescu, Traian 292
Saxton, R. S. 202
Sbytov, G. 356
Scott, Bill 224, 225
Scott, John 144, 226
Schacht, Julius (v. Fritz, Heinrich)
Schenk, Richard (v. Glaser, Wilhelm)
Schérev, Iván 89
Schevenels, Walter 27
Schindel, Gerta 81
Schindler, Julius 75
Schmidt 182
Schmidt, Andrzej (v. Kartin, Piotr)
Schmidt, Anni 41
Schmidt, Eberhard 41
Schneeweiss, Pepi 69
Schneider, Franz 41
Schonberg, Harry 149
Schreiner, Albert 39
Schuldt, Hermann 41
Schürmann, Heinrich 51
Schuschnigg 64
Schuster, Louis (v. Vehlow, Franz)
Schwager, Zalel 80
Schwarze, Werner 51
Schwendemann, Karl 34
Schwindlig, Hans 44
Sdolsek, Richard 78
Seacord, Douglas 144
Sebastián (v. Eriksson, Rune)
Sebes, György 215
Sedlák, Miloš 122
Sedlák, Stanislav 127
Segersson, Bengt 317
Sehlmann, Walter 41
Seifert, Herbert 41
Seldes, George 137
Selea, Marin 302
Selitski, N. 361
Semić, Stanko 378
Semiónov, I. 366
Semiónov, P. 364
Senátorov, A. 356
Senn, Karl 332
Seoane, Manuel 62
Serov, A. 358
Serrata, Francisco 266
Serrata, Juan 266
Shajt, E. 351, 355
Shaker, Kenneth 149
Sharápov, A. 366
Sheehy-Skeffington 222
Shishkov, Borís (v. Filípov, Spas Belkov)
Shtern, G. 365
Schumílov, M. 366
Shvarts (v. Stóev, Gueorgui Dóbrev)
Shvérnik, N. 338
Sieloff 62
Siltanen, Viljo 161
Šima, Ondrej 125
Šimović, Gustav 128
Simon (v. Rutkowski, Jan)
Simonián, R. 356
Símonov, B. 366
Sinclair, Upton 137, 140
Sinculescu, Stefan 302
Sirkov, D. 4
Sise, Hazen 97
Siskonen, Kaarlo 159, 160
Sjöberg 313
Skalkó, I. 367
Škarvada, Břetislav 127
Skjeseth, Gunnar 314
Sklezniov, G. 362, 364
Skotte, Ragnar 313, 314
Slater, Hugh 196
Slawinski, Jan 287
Smirnov, B. 358
Smith, Bob 222
Smith, Edward Cecil 106, 108
Smith, Paddy 233
Smushkévich, Y. 355, 366
Sneiberg, Emil 298
Soběslavský, Alois 127, 128
Södermann, Raul 312
Sollenberger 202
Sorensen, Henning 97, 101, 321
Soria, Georges 166
Soukup, Willi 74
Sorzi, Gastone 241, 243
Spanner, Sepp 80
Sperrle, Hugo 34
Spiro 287
Sprigg, C. St. John (v. Caudwell, Christopher)
Springhall, D. F. 194
Sproguis, A. 366
Srdić, Danilo 371
Stahlmann, Richard 41, 42
Staimer, Richard 41
Stajánov, A. 340
Stalin, J. 11, 341, 348
Stalker, Ken 195
Stan, Minea 301
Stancu, Aurel 301
Stancu, Zaharia 292
Stankov, Mirko 92
Stanzl, Leopold 79
Starodúmov, G. 356
Staszkowski, Jan 288
Stechmayer, István 210

Stefanović, Mojsije 374
Štefek, Karel 127
Steiner, Paul 75, 80
Steinmetz, Miklós 214
Stelmach, Tomasz 274
Štern, Eugen 127
Stern, Jeanne 41
Stern, Kurt 41
Stern, Manfred 69, 244
Stern, Max 80
Sternhel, Henryk 286, 287
Stibi, Georg 41
Stimson, Henry L. 145
Stóev, Gueorgui Dóbrev 89
Stoica, Gheorghe 301
Stopczyk, Wladyslaw (v. Ćwik, Tadeusz)
Straney, Jimmy 232
Štrof, Eduard 122
Strohmeier, Erwin 41
Strok, Isidor 378
Stroziuk, Platon 288
Strzelczyk, Józef 274, 277, 278, 288
Suhonen, Olavi 110
Suni, Toivo 155, 156
Súslov, E. 356
Svärd, Kurt 319
Svensson, John 312
Svensson, Oskar 315
Šverma, Jan 130
Svoboda, Ludvik 132
Swierczewski, Karol 23, 47, 104, 158, 176, 197, 199, 275, 278, 279, 288, 296, 394, 395
Swift, John 224
Świt, Jan 286
Syvänen, Karl 161
Szalvai, Mikhály 92, 210, 212, 213, 214, 218, 285
Szántó, Rezsõ 212, 215
Sziklai, Sándor 214, 218
Szinda, Gustav 40, 41, 72
Szkliniarz, Pawel (v. Kuźnicki, Wiktor)
Szleyen, Mieczyslaw 288
Sznurawa, Karol 277
Szyr, Eugeniusz 283, 288

T

Tabákov, Prodan 92, 129
Taggard, Genevieve 137
Tagore, Rabindranath 388
Taivanen, Aulis 158
Talaš, Zdeněk 127
Talenberg, D 128
Tanguy, Henri 172, 179, 181, 184
Tapsell, Walter 196, 198, 200
Tarásov, A. 353
Tárjov, S. 355
Taro, Gerda 42, 166
Tarr, Imre 213, 214, 271, 277
Tarr, Klara 206
Táshek (v. Schérev, Iván)
Tatárinov, I. 366
Teke, László 208
Telgue, Oskar (v. Krístanov, Tsvetán)
Tendeland, Erling 263
Tenner, Günther 52
Tery, Simone 166
Terroba, Francisco 177
Thaelmann, Ernesto 186, 308, 371
Thoma, Karl (v. Blank, Ernst) 41, 51
Thomas, Jack 106, 107, 146
Thompson, Robert 103, 149
Thorez, Maurice 23, 25, 26, 29, 164, 166, 172
"Tich" 194
Tichy, Jaroslav 125
Tidström, Skoglar 314
Tíjonov, Nikolái 338
Tilea, Andrei 303
Tismăneanu, Hermina 302
Tito, Josip Broz 372
Titulescu, Nicolae 292
Tjor, G. 351
Tkaczow, Jan 270, 280
Toca, Bernabé de 328
Tódorov, Liubomir 92
Todorović, Vojo 88, 378, 379
Togliatti, Palmiro 23, 237, 243, 255
Toikko, E. 366
Tomás, Pascual 26
Tomaszewicz, Stanislaw (v. Dwornikow, Mikolaj)
Tõmpe, András 216
Toporowski, Stanislaw 286
Torbéiev, E. 356
Torres, Armando 113
Torriente Brau, Pablo de la 112
Toruńczyk, Henryk 285, 288
Tóshev, Gueorgui (v. Dóichev, Jristo)
Tourné, André 182, 184
Tourunen, Sulo 160
Trānkler, Fritz 70
Tremul, Giovanni 250
Tríchkov, Vlado 95
Troián, V. 366
Trotsenko, E. 366
Trüb, Henri 331
Truszkowski, Józef 288
Tsaplin, P. 363
Tschäpe, Herbert 52
Tsípurkov, Iván 91
Tsiurupa, D. 366

Tsvetkov, V. 367
Tumilson, Liam 229
Túpikov, G. 351
Turk 374
Twedy, R. N. 222
Tykin, Y. 366
Tylec, Wladyslaw 286

U

Uchmar, Anton 255
Uhse, Bodo 41
Ulanowski, Stanislaw 270, 273
Ulbricht, Walter 35, 36
Urban, I. 362
Uribe, Vicente 111
Usunovski, Cvetko 378

V

Vaia, Alecsandro 252, 255
Vaillant-Couturier, Paul 164, 166
Valdés Cofiño, Julio 112
Valenzuela 62
Valerio, Plasido di 250
Valeš, Oskar 127
Vallet, Georges 181, 182
Vandervelde, Emilio 25
Vaptsárov, Nikola 84
Varela, L. 280
Várnai, Zseni 207
Vátov, Nikolái 93
Vattulainen 162
Vechni, P. 366
Vega, Rafael de la 113
Velhow, Franz 43
Vejvoda, Iván 378
Vejvoda, Karel 127
Veliki, A. 366
Venberg 162
Vera, Bernabé 274
Verner, Paul 41
Vespor, Walter 51
Vető, Miklós 207
Viberg, Sven 318
Vida, Grigore Gheza 297
Vidaković, Matija 379
Vidali, Vittorio 240, 249
Viezzoli, Giordano 241
Vigier, Robert 39
Vilaplana, Antonio Ruiz 60
Viollis, Andrée 166
Virtanen, Syvert 159
Vittori, Aurèle 175, 177
Vittori, François 181
Vittorio, Giuseppe di 23, 245, 244
Vladimirescu, Tudor 294, 296, 297, 298
Vlahović, Veljko 375, 378
Volkmann, Otto 44
Vorochílov, K. 348
Vóronov, N. 366
Vujović, Ratko 378

W

Wachowiak, León 286
Wagner, Hans 76
Wagner, Richard 44
Walshe, David 230
Walter (v. Swierczewski, Karol)
Wallon, Henri 164
Wash, Jim 195
Wasiluk, Piotr 273
Wasiun, Ignacy 277
Watts, Jean 97
Weber, Kurt 51
Weder, Andreas 331
Weinert, Erich 41, 52
Weiss, Fritz 81
Weiszbrunn, György 213, 215
Welykanowicz, Jurko 284
Wellman, Saul 103, 106, 146
Whaley, Eric 198
Wicek (v. Bonrkowski, Ignacy)
Wickman, Morris 144
Wieland, Heinrich
Wild, Sam 199, 200, 201, 212
Wilder,Thornton 137
Wilson, Arnold 190
Wille, Willi 39, 44
Williams, Bert 196
Willinger, Franz 70
Wingate, Sybil 191
Wintringham, Tom 191
Wiśnia, Pawel 278
Wisniewski, Stefan (v. Krzykalski, Voleslaw)
Wohlin, Herman 312, 313
Wohlrath, Käthe 41
Wolf, Christian 41
Wolff, Milton 146, 147, 149
Wömper, Ernst 45
Woods, Tommy 226
Wózniak, Henryk 287
Wroclawski, Stanislaw 273
Wurmser, André 166
Wurzel, Leo (v. Mraz, Lorenz)
Wyss, Otto 332

X

Xirgu, Margarita 56

Y

Yánkov, Gueorgui (v. Stánkov Mirko)
Yánov, (v. Díchev, Dimo)
Yushkévich, V. 366

Z

Zaisser Wilhelm 41
Zajaríev, Zajari 94, 95, 351
Zajárov, G. 355
Zalesski, Y. 351
Zalka, Máté 23, 90, 125, 209, 210, 212, 213, 214, 244, 250, 251, 270
Zaluczkowski, Feliks 286
Zamashanski, F. 353
Zámter, Paul (v. Marínov Stoico)
Zapirain, Sebastián 204
Zartl, Franz 76
Zeissez, Wilhelm
Zettler, Josef 41, 52
Zelézov (v. Mijáilov Gueorgui)
Zhúkov, G. 364
Zhúlev, Gueorgui 92
Zielasko, Franz 52
Zilbermann, Iancu 297
Zimmermann, Hersz 286
Zimmermann, Paul (v. Kaspar, Karl)
Ziółkowski, Józef 288
Zipper, Hans 78
Zlatotsvétov, A. 355
Žnidaršič, Henrik 378
Zsinkó, Vilmos 207
Zweig, Arnold 37
Zyromski, Jean 166, 168

INDICE

De la Redacción 3

D. Ibárruri
La lucha continúa 7

L. Longo
Una importante etapa de la lucha de los pueblos contra el fascismo 10

F. Dahlem
La guerra de España y la lucha del movimiento comunista internacional por la unidad de las fuerzas antifascistas 21

Alemania 33

Argentina 54
Austria 63
Bulgaria 82
Canadá 96
Cuba 110
Checoslovaquia 115
Estados Unidos de América 133
Finlandia 152
Francia 164
Gran Bretaña 186
Hungría 205
Irlanda 219
Italia 236
Noruega 257
Polonia 264
Rumania 290
Suecia 305
Suiza 322
URSS 335
Yugoslavia 371
Epílogo de la Redacción 381
Indice de nombres 398

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso,
Zúbovski bulvar, 21,
Moscú. URSS

Lo abandonaron todo: cariño, patria, hogar, fortuna, madre, mujer, hermanos, hijos, y vinieron a nosotros a decirnos: ¡Aquí estamos!, vuestra causa, la causa de España, es nuestra misma causa, es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva.

DOLORES IBARRURI

En las páginas de este libro revive el impulso de solidaridad con que los trabajadores y demócratas de todos los países acudieron en ayuda de la España republicana, agredida por las fuerzas unidas de los generales rebeldes, del nazismo alemán y del fascismo italiano.

LUIGI LONGO

Los veteranos de las Brigadas Internacionales de veintiún países que han escrito este libro esperan que será acogido benévolamente y leído con interés por las viejas y las nuevas generaciones, por quienes extraen enseñanzas del pasado para luchar por un futuro mejor.